

BURCKHARDT

HISTORIA de la CULTURA GRIEGA

OBRAS MAESTRAS

JACOB BURCKHARDT

HISTORIA
DE LA
CULTURA GRIEGA

Traducción del alemán por
GERMÁN J. FONS

VOLUMEN V



OBRAS MAESTRAS

Depósito Legal: B. 47985 - 1971



IMPRESO EN ESPAÑA

EMEGÉ, Enrique Granados, 91 y Londres, 98 - Barcelona

SECCIÓN NOVENA

EL HOMBRE GRIEGO

(Continuación)

CAPÍTULO IV

EL HOMBRE DEL SIGLO IV HASTA ALEJANDRO

Desde el fin de la guerra del Peloponeso, la historia de la civilización griega se convierte en la historia griega en sí. Antes, el heleno sólo pudo concebirse como parte viva de su polis, a la que se circunscribía todo su pensamiento, aspiración y moral. El desarrollo de la democracia, en su aspecto más lúgubre, y el salvajismo que la guerra del Peloponeso introdujo en toda la helenidad, separaron (en el fondo incluso en Esparta) a los más capacitados, interior y en parte exteriormente, de su polis. Unos no quieren ya otra cosa que dominar y explotar el estado y la situación de Grecia, sin sentirse ligados interiormente a nada. Otros viven sólo para sus intereses intelectuales, que ya no tienen nada que ver con el Estado, y la inmensa mayoría no quiere otra cosa que satisfacer su sed de placeres; muchos siguen como mercenarios a cualquier poderoso que pague bien sus servicios.

Éste es el carácter del siglo IV. Aun así, la nación tenía en su transformación enormes fuerzas individuales y un gran porvenir; ella será en los dos siglos siguientes la levadura que provocará la fermentación de todo el Oriente Medio, al mismo tiempo que servirá de escuela intelectual a los romanos. El helenismo no es otra cosa que la aplicación de lo heleno a todo

el mundo, y su absorción por él, el gran mediador en la continuidad del espíritu entre el mundo antiguo, el romano y el del Medievo.

Deberíamos desechar la costumbre de desear algo respecto a tiempos pasados, cosa de que solemos pecar en nuestra actualidad y en nuestra vida cotidiana, cultivando deseos necios. Sin embargo, respecto al helenismo nos sería imposible desear las cosas de otra manera de como acontecieron. No podemos desear —y en ello no se trata sólo de un interés por las curiosidades de parte del historiador— que en lugar de la supremacía macedónica en Grecia y de la conquista de Persia se hubiera producido la conquista de Grecia, desunida y trastornada, por alguna nueva potencia primitiva de Asia o del Norte escita. No podemos desear que Roma, como hubiera ocurrido en tal caso, quedase sin la cultura helenística, porque sólo al filohelenismo de los romanos hacia una Grecia existente y viva se debe el que la civilización suya haya sobrevivido en todo el mundo antiguo. La Roma helenista fue la base imprescindible para la propagación del Cristianismo, y éste, abstracción hecha de su carácter de religión, se convertiría luego en el único puente que había de unir el mundo antiguo con sus conquistadores germánicos. En toda esta cadena de causas y efectos el eslabón principal es el helenismo.

Empezando por el cambio de la situación geográfica, hay que mencionar en primer lugar el hundimiento de la Magna Grecia. Todavía durante la guerra del Peloponeso (420) fue conquistada Cumas, que antes había defendido valientemente su libertad contra los campanios, que extirparon a sus habitantes y los vendieron como esclavos, y no tardará mucho en ser Nápoles la última ciudad griega de aquella región. A principios del siglo IV se repitieron los ataques de los lucanos sobre las ciudades del golfo de Tarento, las

cuales se habían unido en alianza defensiva contra los bárbaros y su aliado Dionisio *el Viejo*, y que después de la derrota aplastante de los turios en Laos (390), sucumbieron en su mayoría a ambos adversarios. Siguió el avance de samnitas y brutios, que en el tiempo en que fue escrita por Escílax la descripción de su viaje (cerca del 356), habían subyugado a muchas ciudades griegas, adueñándose de todo el territorio que se extendía desde el mar Tirreno hasta el Jónico. Sólo Tarento, que tenía en los primeros decenios del siglo a Arquitas, notable como estadista, general, filósofo, pitagórico, matemático, mecánico y teórico de la música, había quedado con poder bélico para contestar a las reuniones, después de sus largos combates con los mesapios; además de los mercenarios, dícese pudo llamar a filas, de sus ciudadanos, a 20.000 infantes y 2.000 jinetes; pero la población estaría, sin duda, fuertemente mezclada con elementos itálicos, siendo sus relaciones con la península más importantes e íntimas que con la Grecia antigua. Cuando luego los lucanos se dirigieron con todo su poderío contra Tarento, Metaponto y Heraclea, se contrataron por éstas periódicamente *condottieri* principescos extranjeros; primero Arquidamo III de Esparta, quien, en el 338, se dice fue derrotado el mismo día en que los griegos fueron vencidos en Queronea; luego Alejandro de Epiro, el hermano de Olimpia, que pudo decir que el destino favorecía a su sobrino dándole victorias sobre las mujeres, y a él presentándole duras luchas con hombres. Después de éxitos variadísimos, por su propia culpa, se desavino con los tarentinos, y (332), después del encuentro malaventurado de Pandosia fue asesinado. También debía ayudar contra los lucanos y romanos (303) el desalmado espartano Cleónimo, el mismo que luego, en su ira y sed de venganza, llevaba a Pirro contra Argos. Después de algunos éxitos iniciales, se demostró también éste

completamente inseguro y, entre otras cosas, saqueó, junto con los lucanos, la ciudad griega de Metaponto. A pesar de todos estos golpes que recibían los griegos en la Italia Meridional, las mayores ciudades griegas, como Turios, Metaponto, Heraclea, Regio, y la ya mencionada Nápoles, siguieron por de pronto sosteniéndose, aunque debilitadas y a menudo en dependencia; incluso en el campo y en ciudades pequeñas eran tolerados los griegos, y, por ejemplo, Cumas, Posidonia, Hiponión y Laos quedaron aún, como lo comprueban las monedas y el relato de Escílax, bajo el dominio samnita, siendo ciudades griegas.[1] Sin embargo, muchas fueron destruidas o bien habitadas por extraños, y aun donde se mantuviera un núcleo de ciudadanos griegos habrían quedado sin tierras, recogiéndose dentro de las murallas de su ciudad en una extensión mínima; así, por ejemplo, los habitantes de Posidonia (Pestum), según la bella cita,[2] mencionada anteriormente en esta obra, del historiador de música Aristóxeno, se sentían, a pesar de todo, como condenados a hundirse en la barbarie. En muchos casos se hablaría, probablemente, el sabelo y el griego, uno al lado del otro. En cambio, persistirían aquellas cualidades singulares del espíritu heleno, y lo griego, como idioma y como civilización, influiría de un modo bastante intenso entre los bárbaros de la Italia Meridional;[3] no obstante, se produjo aquí una grave pérdida de linajes del capital racial griego.

En Sicilia, donde antes los tiranos habían ya mezclado las poblaciones urbanas de la manera más cruel,[4] el fracaso del ataque ático tuvo la consecuencia de que

1. Esto de Mommsen., *Röm. Gesch.*, I, p. 352 y s.
2. Tomo I, p. 416.
3. Mommsen., *ibíd.*
4. Cf. tomo I, p. 249 y s.

la Egesta semigriega, temiendo ahora la venganza de todos los sicilianos, llamase en su auxilio a Cartago. Aníbal, enemigo nato de los helenos, que tenía, además, que vengar a su abuelo Amílcar, derrotado en el río Himera, se presentó (408) y tomó, una después de otra, a Selinunte, Himera, Agrigento, Gela y Camarina, cuyos habitantes fueron en parte aniquilados y expulsados. Después de esta sangría enorme de los griegos sicilianos, la mayor justificación de la política de Dionisio *el Viejo* (405 a 367) es que, sin él, toda Sicilia hubiera sucumbido para siempre a Cartago, perdiéndose así para la civilización grecooccidental;[5] él se aprovechó, empero, como pronto se verá, del terror que se tenía a los cartagineses para dominar las ciudades griegas, no demostrando ningún interés en rechazarlos completamente;[6] es más, cuando hubiera podido aniquilarlos, los dejó adrede escapar. Sus medios eran terribles, porque contra las ciudades griegas parece no haber conocido otra alternativa que el aniquilamiento de la población griega o su trasplante a Siracusa. En esta capital pululaban centenares de miles de habitantes, debido a aquella mezcla increíble y constante de antiguos y nuevos ciudadanos de toda clase, entre ellos también esclavos emancipados, y, sobre todo, muchos mercenarios; a esta masa multicolor se le destinaron barrios enteros; en Ortigia, alrededor del castillo, el soberano sólo dejó instalarse a sus partidarios especiales y mercenarios, y a estos últimos les dio en recompensa las ciudades cuyos antiguos habitantes concentraba en Siracusa. Como se ve, este cambio terrorífico de posesión del país y ciudad es la negación completa de la Polis, es decir, de

5. Sin embargo, conviene tener presente que además existen siempre monedas con la belleza característica griega, pero con inscripción púnica.

6. Cf. tomo I, p. 252.

lo específicamente helénico. Dionisio hizo con ello lo que había que hacer, si quería dominar a los habitantes de distintas polis al mismo tiempo, aunque, aparte la ambición del tirano de hacer de Sicilia un Estado de primer orden, para lo que el peligro cartaginés no dejó de serle un pretexto, excitara y aumentara en las sufrientes polis una fuerza y una ira que sólo suele presentarse tal vez en las luchas religiosas más encarnizadas. Librarse de los cartagineses y del tirano era, desgraciadamente, un ideal que ya no podía conseguirse, así que, por lo menos Siracusa, se mantuvo quieta durante los últimos dos tercios de este reinado.

Sigue el reinado de Dionisio *el Joven*, que, en resumidas cuentas, no era sino un crapuloso y un atroz tirano, y a éste la inútil llamada de «liberación» de Dión, por lo que sólo se puso de manifiesto el poco valer de los griegos.[7] La consecuencia de todas estas turbulencias fue que cuando volvió el tirano, Siracusa (346) fuera casi desolada; que el resto de Sicilia, debido a la expulsión de los antiguos habitantes, quedase en un estado lamentable, y la mayoría de las polis en poder de masas de bárbaros, arbitrariamente mezcladas, y, sobre todo, de mercenarios sin pagar, cuyos jefes se elevaron a tiranos.[8] Con todo eso seguía Cartago mezclándose en los asuntos sicilianos, y la isla había de quedar perdida si la patria no hacía los últimos esfuerzos para conservarla. Este designio es el que llevó a Timoleón de Corinto a Sicilia, y su misión es de interés en dos aspectos: en primer lugar, por ser

7. Cf. tomo I, p. 254 y s. Según Éforo, fr. 141 (*Escol. a Arístides Rétor*, 309 b, *Panat.*, 177), Dionisio *el Joven* había llegado incluso a concebir el proyecto de repartirse Grecia entre Persia y él, apoyando con este fin a Esparta contra Atenas.

8. Plut., *Timol.*, 1.

un acto voluntario, de libre decisión de los griegos, y en segundo, por constituir un eslabón imprescindible en aquella cadena que fue la causa de que Sicilia se mantuviera firme en manos de la tribu de Jafet; por cierto que no puso fin a las calamidades de Sicilia, constituyendo sólo un intervalo entre dos clases de calamidades. Al principio de llegar no confiaron en él las desdichadas ciudades, porque estaban ya tan amargadas por toda clase de jefes de tropas, que temían no hacer más que cambiar de dueño. En la privilegiada Siracusa había crecido la hierba en el ágora, y caballos y chalanes pastaban y acampaban allí; también las otras ciudades, en su inmensa mayoría, estaban invadidas por los ciervos y jabalíes; en los suburbios se solía cazar; de los castillos y ciudadelas, a los que se había acogido la población, nadie se atrevía a bajar a la ciudad; temblaban ante todo lo que sonase a Agora, a asuntos políticos o a tribunas de orador, porque de tales lugares les habían salido la mayor parte de sus tiranos.[9] Fue un mérito de Timoleón el que todo esto sufriese ahora un cambio; Siracusa volvió a repoblarse por la llegada de innumerables desterrados y de otros colonos, pues los corintios, en todos los agones y fiestas en que hubieran refugiados sicanos, hasta en la misma Asia, invitaron a volver a todo el que quisiera, por lo que aumentó la población con procedentes de Corinto, Grecia e Italia, importándose unas 60.000 personas, a las que Corinto concedió paso libre. También en otras ciudades, como Leontina, Apolonia y Entela fue instituida la democracia, el helenismo resurgió y la dominación púnica vacilaba. Cuando Timoleón derrotó (339) a los cartagineses en Crimisos, siguió a esto también la extinción de los tiranos mercenarios en las ciudades, la paz con Cartago dejó a éstos solamente el territorio

9. *Ibíd.*, 22.

al oeste del Halicos y se concedió a los griegos de esta región libre salida y el compromiso de no apoyar más a ningún tirano.

Timoleón llegó a ver, antes de su muerte (336), la afluencia general desde la Grecia amenazada por Filipo y desde las ciudades de la Magna Grecia acosada por los lucanos, y Sicilia pasó por un nuevo período de florecimiento. Además de Siracusa, también se recobraron algo Agrigento, Gela, Camarina, etc., esta última principalmente con la ayuda de los eleatas y corcirios, que llevaron con ellos los antiguos ciudadanos. De los nuevos colonos de Siracusa procedía el hijo de un fugitivo de Regio, Agatocles, que después de nuevos revuelos de los partidos volvió a establecer la tiranía, en la que se mantuvo veintiocho años (317-289). Su conducta para con la población helénica es, en lo esencial, la misma que la que observó Dionisio *el Viejo*, sólo que algo más aguda. También su dominio tiene que considerarse como el único medio contra el peligro cartaginés; las ciudades que querían eludirlo no tenían otro remedio que someterse al tirano. Después de su expedición africana y de luchas horrorosas de toda clase, se realizó un nuevo reparto de la isla entre las dos potencias, así que, bajo su dominio (como bajo Dionisio), en sus últimos años, hubo otra vez un período de alivio para aquel país desdichado.

Mientras que las polis de Sicilia, como hemos visto, hacen alarde de un último y desesperado esfuerzo antes de sucumbir, en otras regiones griegas se producen varios cambios de población. Mausolo de Caria (377-353) trasladó los habitantes de seis ciudades lelégeas a Halicarnaso, dejando subsistir solamente a dos.[10] Al mismo tiempo, los habitantes de la isla Cos fundaron (366) su brillante capital, logrando que alcanzara

10. Estrabón, XIII, 1, 59, p. 611.

un florecimiento considerable[11], en el Peloponeso se produjeron, después de Leuctra, las grandes fundaciones de Epaminondas: Megalópolis y la nueva Mesena. Si no se destruyó la Fócida completamente, después de la Guerra Sagrada, fue sólo mérito de Filipo, a quien le bastaba tenerlos inermes, mientras sus vecinos deseaban su aniquilamiento; a tal fin fueron arrasadas las murallas de veintidós ciudades focenses, vendidos todos los caballos y destruidas las armas. En los confines del mundo helénico es de suponer que en aquel entonces los griegos del Ponto estaban ya más bien en declive, mientras que, por el contrario, en la Cirenaica, debió de haberse mantenido perfectamente el elemento griego, porque de allí contribuyeron con colonos cuando se produjo la reconstrucción de Mesena. En la costa de Jonia se sostuvo la vida griega, aun cuando, según parece, hubiera seguido al ejército en retirada de Agesilao el recaudador de impuestos persa,[12] y puertos persas, y quizá ciudades industriales de Persia, de aquella región, probablemente ni desearían siquiera la «liberación».[13] La Tracia Meridional, que en el siglo v había llegado a tener un papel considerable en los asuntos griegos, bien como aliada o como enemiga, bajo la égida de unos caudillos tormentosos, después de la muerte del rey Seutes, jefe del resto de los Diez Mil de Jenofonte, se descompuso, formando una serie de principados, con lo que dejó de constituir un factor peligroso; la gran pérdida que sufrió Grecia en aquel litoral por la destrucción de las

11. Diodoro, xv, 76.
12. Cf. Plut., *Cim.*, 19.
13. Plut. *Alex.*, 3, relata que en el incendio del Artemisión de Éfeso (356) «todos los magos que allí estaban se pusieron fuera de sí» (dando la impresión de que habría en Éfeso muchos de ellos). Por lo demás, no nos enteramos de cosa semejante.

ciudades calcídicas no fue obra de los tracios, sino de Filipo de Macedonia. El Epiro[14] no era apto para intervenir en los asuntos griegos,[15] por su situación a orillas del Adriático; sólo había que contar con él como una fuerza primitiva convertida al barbarismo, y peligrosa únicamente cuando la manejaba un solo soberano. Pero ciertamente pudo ser una gran ventaja que estos semibárbaros fueran lo bastante poderosos para apartar de los griegos otras olas de pueblos completamente bárbaros: ¿No bastó sólo el hambre para que en el año 378 los tribalos de la Tracia Septentrional asaltaran a Abdera en número de 30.000 combatientes, dejándola al borde de la ruina? [16]

Veamos, por fin, Macedonia y su porvenir helénico. Este país participaba a lo menos de las antiguas reminiscencias helenas, pues, según Herodoto, los dorios habían sido en un principio macedonios; el patriarca del pueblo se llamaba Pelasgo; su idioma sólo *parecía* bárbaro a los helenos, como también el de los habitantes del Aquéloo; por lo demás, pertenecía al mismo grupo idiomático que el griego, y tendría con él, posiblemente, el mismo parentesco que el sueco y el danés con el alemán,[17] lo que no excluye poseyese algún barbarismo, debido a la influencia de los ilirios. Las dinastías, empero, pasaban por helénicas, por haber llegado en alguna época Bacquíadas corintios a Linco y Temenidas argívicos (por consiguiente Heraclidas) a la Orestida.[18] Estos Temenidas habían conquistado la

14. Su historia en Justino, XVII, 3.
15. Según la definición, probablemente oficial, de la Grecia propiamente dicha, que encontramos en Plut., *Foc.*, 29, todavía pertenecía a la Hélade, por lo que ésta se extiende desde Ténaro hasta el cabo Ceráunico.
16. Diodoro, XV, 36.
17. Cf. sobre Macedonia, Curtius, *Griech. Gesch.*, III, 394, y s.
18. Cf. la cita principal, respecto a ello, en Herodoto, VIII,

llanura litoral de Emacia, que por sus habitantes (según se decía venidos de Creta con su culto de Apolo), los botieos y los pierios, conocidos por su culto a Dionisos y a las Musas, así como por las colonias costeras helenas, estaba en más estrecha relación con los griegos. La importancia de Macedonia consistía, en un principio, sobre todo, en que protegía a la Hélade en el Norte contra los verdaderos bárbaros, los ilirios, y probablemente también los celtas;[19] importantísimo es que todos los reyes, desde aquel Alejandro que enteró a los helenos en Platea del inminente ataque, eran, en cierto sentido, filohelenos, aunque unos apeteciesen más la civilización y celebridad griega y otros poseer las ciudades costeras helenas. En particular, Arqueleo (413-399) ocupaba, durante la guerra del Peloponeso, una posición social similar tal vez a la de Felipe de Borgoña durante la descomposición de Francia, pudiéndose también com parar la forma con que se solía trasladar a su capital, Pela,[20] con los viajes de los modernos europeos occidentales a Rusia;[21] su intención era apoderarse de la civilización helénica con miras a una dominación futura de los helenos. Las horrorosas revueltas que siguieron a la muerte del rey Amintas (390-369) llevaron a aquel país como árbitros, entre otros, a los tebanos, y Tolomeo, que era el favorecido por Pelópidas, tuvo que mandar a su cuñado Filipo a Tebas junto con otros

137 y s., donde se expone la genealogía de los Temenidas hasta Alejandro Filheleno.

19. En Aristóteles, *Nicom.*, III, 10, son considerados como el pueblo temerario por excelencia, que no teme nada ni siquiera los terremotos o el mar.

20. En Pela estaba, según Estrabón, VIII, fragm., 20, p. 330, el χρηματιστήριον de Macedonia. Esta vieja ciudad gubernamental fue ampliada luego por Filipo, que se había educado allí.

21. El escarnio de Sócrates, en Eliano, *V. H.*, XIV, 17.

treinta muchachos nobles. Éste era el hombre genial en cuyas manos aquel Estado, hasta entonces inadvertido, iba a hacerse dueño de la Hélade.

Mientras que la nación helénica, en su conjunto, menguaba materialmente, la descomposición del Estado causaba necesariamente el quebranto progresivo de la moralidad. Toda la vida intelectual y ática de los griegos estaba relacionada, como antes ya hemos dicho, con el Estado; la familia, esencialmente, no era sino una institución política, y hasta la religión tenía como parte más fuerte sólo lo local. Este Estado, mientras se conservó íntegro, es decir, guiado por una dirección bien definida, se había considerado como algo divino, permitiéndosele todo a él y a su omnipotencia. Tan pronto como llegara a caer en manos de gente incapaz, tan pronto como empezaran a combatirse unos a otros dentro de la patria, persiguiéndose sañudamente por razones políticas, toda esta construcción estatal tenía que quebrantarse, sin excluir siquiera a la religión.[22] Efectivamente, una vez llegado este estado de cosas, los tiranos de la discordia más horrible le hicieron pedazos cual a Zagreo. Es de suponer que los griegos se darían asco a sí mismos cuando realizaron esto, cuando hubieron deshecho al dios.[23] Una parte de ellos tenían la afortunada posibilidad de proceder, como filósofos,

22. A esto había que añadir, además, su descomposición por la filosofía. Como las crisis civiles hacen surgir los pleitos particulares, cf. Plut., *De frat. am.*, 2, donde se citan: el esclavo enredador, el adulador que insinúa y el conciudadano envidioso y calumniador, a los que hay que aplicar el verso: ἐχδὶ διχοστασίῃ καὶ ὁ πάγκακος ἔμμορε τιμῆς.

23. Más adelante, bien sabía Pausanias (III, 7, 10) que la guerra del Peloponeso διέσεισεν ἐχ βάθρων τὴν ʽΕλλάδα. En el fragmento conservado de su *Olimpiacos* (de 388), Lisias aconseja a los honorables participantes de la fiesta, la liberación de Sicilia, mediante la expulsión de Dionisio, empezando por el saqueo de la lujosa tienda que éste mandó a

mediante una valiente resolución, a la ἀπολιτεία; para la mayoría, con la Polis habían desaparecido todo su orgullo y culto, el fin más alto de sus esfuerzos, la representación más sublime de su propio ser. Por ello, a pesar de todo, fue restaurada la Polis, con todos los esfuerzos, pero, claro está, en forma más pobre, y siempre volviéndose a despertar la anarquía y las luchas en las mentes griegas, hasta que se llegó a aquella debilitación mortal que se manifiesta en el siglo II a. de J. C.

Habiendo desaparecido la divinidad de la Polis, desde el final de la guerra del Peloponeso, surgieron nuevos ídolos, primero en la persona de aquellos «sin ley», a cuya cabeza estaba Lisandro;[24] luego en los tiranos

Olimpia (con lo que se ayudaría mucho a la causa), y expone como Hélade (aquí todos los griegos en su totalidad) se halla en un estado vergonzoso (αἰσχρῶς δια κειμένη). «Gran parte de ella está bajo el dominio de los bárbaros, muchas ciudades han sido destruidas por tiranos. Si fuera consecuencia de la debilidad, tendríamos que aguantarlo como una necesidad, pero como la discordia (διά στάσιν) y las riñas intestinas son la causa de ello, ¿por qué no poner fin a esta situación?... Nos vemos rodeados de grandes peligros, y vosotros sabéis que el poder es de aquellos que dominan los mares; el rey persa dispone de grandes medios; debido a sus riquezas, tiene a su disposición a los griegos como mercenarios, posee muchos barcos, y el tirano de Sicilia también. Hace falta, pues, zanjar las riñas inmediatamente, trabajar por la salvación y avergonzarse de lo pasado», etc. Al final se extraña el orador de con qué idea dejan los lacedemonios que arda la Hélade, es decir que la Magna Grecia y la Asia griega sean aplastadas por el poder abrumador de los tiranos y de los persas (a lo que Esparta podría haber contestado: «Estábamos en Asia Menor con nuestras fuerzas bajo el mando de Agesilao, en un avance que prometía mucho contra los persas, hasta que Atenas, Tebas, etc., sobornados por el Gran Rey, hicieron necesario retirar nuestras tropas por su levantamiento contra nosotros».)

24. Lisias caracteriza el carácter criminal con las palabras, XII, 9: οὔτε θεός οὔτ' ἀνθρώπους νομίζει.

del tipo posterior, y, por fin, en Filipo de Macedonia. Mediante el engaño de los mirones, por un lado, y el desaliento y el apartamiento de los mejores elementos, por otro, intenta afianzarse la soberanía personal tan pronto en un sitio como en otro y en parte con una pretensión directa a la veneración como un dios. Los «elementos mejores», empero, creen poder aún «superarse», cuando, como hemos dicho, se apartan con todas sus fuerzas del sistema estatal, perteneciendo al Estado tal vez de un modo pasivo, o incluso dejando completamente de pertenecer a él. Lo único que, según el criterio moderno, pudiera haber surgido en sustitución, tras esta quiebra de toda fe y esperanza en la Polis, sería una potencia, nacida de entre tantos horrores de los Estados pequeños (tal vez como el actual «regno d'Italia»), mediante la usurpación por un genial aventurero —de los cuales no había pocos en aquellos tiempos—; pero esto no lo lograron los griegos. Tal potencia, si hubiera llegado a existir, habría tenido que concentrar en sí el privilegio de la voluntad y crímenes, que hasta entonces eran repartidos entre cientos de miles de individuos. Para llegar a esto hubo que esperar a que viniesen los romanos, porque la Polis griega, tal como existía, no podía morir, pero tampoco le era posible delegar su poder en un conjunto mayor. Así que, consecutivamente, se sucedieron la supremacía de Esparta y la de Tebas, luego la de nadie, y, por fin, la de Filipo, y es muy significativo que la misma Macedonia, aun después de Queronea, no incorporase las polis a su reino, sino que, excepción hecha de Tebas, las dejó prudentemente «independientes», contentándose con gobernarlas parcial y momentáneamente.[25]

25. La necia fantasmagoría de unas ciudades griegas que serían libres y capacitadas de «deliberación» mediante el

El siglo IV es, pues, sobre todo, la Era del declive político; también es, en opinión de muchos hombres de ciencia modernos, la terminación de aquella conducta edificante de que suelen hablar al tratar de la Grecia antigua, y la cual les repele adaptar a las Eras cristianas. La democracia había producido por todas partes una enorme petulancia. Un desprecio íntimo contra los gobernantes del Estado y las jurisdicciones; el escarnio general (incluso en la comedia) coincide con convites públicos y fiestas clamorosas; se forma un verdadero populacho, y la gente que constituye esta chusma puede comprometer a la ciudad entera con fechorías de toda clase.[26] El mayor mal, no obstante, fue y seguía siendo que la mal llamada democracia empujase a los individuos más aptos, por negarles toda seguridad, al desafuero o a la política, perdiendo así toda ocasión de crítica serena por parte de sus miembros juiciosos.[27] De esta época y ambiente en que se vio aban-

envío de delegados a la Corte macedonia, pacificadas entre sí por Filipo y aliadas suyas contra Persia, todo esto lo expone el *Filipo*, de Isócrates; el orador opina (68) que, aun cuando Filipo, siendo cabeza de todos los griegos, no alcanzara aquella gran aspiración, por lo menos ganaría una gran popularidad entre los helenos, recompensa mucho más espléndida que si tomara a la fuerza muchas ciudades helenas. Realmente, en caso de haberse realizado tal parlamento nacional en Pela, se hubiera enredado a los delegados en cada ciudad, persiguiéndolos, cuando Filipo no les hubiera hecho caso, mediante pleitos y acusaciones. Además, que estos delegados hubieran llegado ya con la predisposición al engaño y a evadirse del Rey, para asegurarse a sí y a sus Estados el dinero que venía de la Corte persa, la cual tenía en todas partes algún partido sobornado a su favor.

26. Recuérdase el comportamiento de los trentinos con los delegados romanos. Además, este mismo elemento tuvo la culpa de la expedición siciliana de los atenienses.

27. Plut., *Foc.*, 2, contiene la siguiente conclusión general respecto al ambiente político y actuación de una Polis venida a menos: Parece que el demos es tanto más insolente con los primorosos, cuando le va bien y se cree enal-

donada la Grecia de entonces data la exaltación a las virtudes de los antepasados, su piedad hacia los padres, dioses y templos, y, en general, la *laudatio temporis acti*[28] de todos los oradores y la santificación del juramento más allá de toda medida;[29] en esta época Platón[30] considera necesario rodear su Academia de un influjo superior de honores sagrados y sacerdotales para garantizar su honradez, la que de una forma natural se efectuaría, como hoy en día, mediante fianzas. Si en el curso del siglo hay alguno que, como Foción, se resistiese a todo soborno, no se cansan de alabarle;[31] ya Conón, por cierto, había dado el consejo a Farnabazo[32] de sobornar a los demagogos de las ciudades griegas. La corrupción existía en todas partes, e indu-

tecido por las empresas y el poder; pero también ocurre lo contrario: la desgracia vuelve su conducta melancólica e inclinada a la ira, toda palabra enérgica causa enfado. El que censura faltas cometidas parece reprochar a la gente su propia desgracia; el que habla libremente parece como si fuera uno de los que les desprecian... Una ciudad que ha sufrido un desastre imprevisto es tumultuosa y floja y no aguanta la franqueza, cuando más necesidad hubiera de ella; la situación ya no permite deshacer lo que erróneamente se hizo.

28. Cf. tomo IV, p. 274. Más tarde aumentó aún esta manía, cuyo representante principal era Isócrates en el siglo IV.

29. Cf. tomo II, p. 433 y s. Al Zeus de los juramentos en el Buleuterión de Olimpia puede que le hayan colocado los rayos en ambas manos. Sin embargo empiezan, o aumentan en número, los casos en los que se convino vender la victoria (cf. tomo IV, p. 156). En la Olimpíada, XCVIII, un tesalio sobornó a tres adversarios para que se dejaran vencer en el pugilato. Otra falsificación fue cuando, en tiempos de Alejandro, Anaxímeno de Lámpsaco hizo uso de su maña de imitar estilos ajenos para fingir un libelo difamatorio al estilo de Teopompo contra varios Estados griegos, con tal habilidad, que engañó a todo el mundo, provocando con ello un gran odio hacia Teopompo. Pausan., VI, 18, 3.

30. *De legg.*, XII, p. 947.

31. Cf., por ejemplo, Eliano, *V. H.*, I, 25.

32. Polieno, I, 48, 3.

dablemente el Ática y Esparta no se llevarían mucho. Es una lástima que no haya llegado a nuestros días la parte del libro X de Teopompo sobre los demagogos áticos;[33] pero toda la vida de Demóstenes, su lucha contra los tutores, contra Midias y sus adversarios políticos posteriores, da la impresión de una situación en la que prevalece lo inmoral y se ve con qué enorme descaro se presenta en público la maldad.

La verdadera situación en Grecia se revela con mayor claridad en el caso de los hijos descastados. Es cierto que en todos los tiempos y países puedan venir a menos las familias, pero en Atenas y en Grecia se manifiesta esto más ostensiblemente, por lo que se había fanfarroneado anteriormente y por haber existido aquí una fe firme en el linaje, es decir, una fe en la herencia del «primor», que ahora fue desmentida de la manera más ruda y cruel. Este fenómeno se nota por cierto, no sólo en el siglo IV (que en lo demás también puede ser se haya creído hijo degenerado del siglo V), sino mucho antes, en los hijos de Arístides y de Tucídides *el Viejo;*[34] pero con el tiempo llegó a saltar tanto a la vista, que Aristóteles[35] puede establecerlo como una observación generalizada, y opina que las familias degeneran de espléndidas dotes intelectuales hacia la locura, y las que se distinguen más bien por su carácter asentado y serio, hacia la necedad y la pereza, citando como ejemplo de lo primero los descendientes de Alcibíades y de Dionisio *el Viejo,* y de lo segundo, los de Cimón, Pericles y Sócrates.

33. Aten., IV, 61, cita algo de ello sobre Eubulo y Calístrato.

34. En Platón, *Laques,* 179 c., culpan su falta de importancia a que sus padres les dejaron hacer en su juventud lo que quisieron. De los descendientes de Arístides, vivía uno del arte de comentar sueños.

35. *Ret.,* II, 15, 3.

No quisiéramos deducir la degeneración de la comunidad cívica de los helenos del hecho de que la mayor parte de los matrimonios se celebrasen entre hijos e hijas de familias o linajes emparentados,[36] sino que más bien nos inclinamos a creer que Atenas misma degenerara a sus habitantes por la libertad del carácter democrático que practicaba y por las consecuencias de esto, buscando desde luego en ellas la causa de la degeneración de los hijos; la relajación, que en Atenas se había apoderado de las familias antiguas, y que en las «nuevas» era cualidad innata, ni crea, en efecto, ni perpetúa espíritu alguno, ni costumbres ni convicciones. Los hijos de los que eran relajados, pero geniales, no son más que lo primero, y sus nietos ya sólo son vulgares; únicamente el respeto perpetúa las familias y les da las tradiciones.[37] Por esto nos parece muy natural que los hijos de los logreros ambiciosos de la política careciesen de todo valer. A Sócrates, que por cierto también tenía hijos torpes, según dice, se le atribuye la frase de que los hijos de los políticos no eran en nada mejores que los de los zapateros.[38] Característico de una casa que frecuentan muchas personas interesantes, pero donde se han descuidado de implantar el respeto, es el relato de Plutarco sobre la familia de Pericles.[39] Según el mismo, el mayor de los dos hijos legítimos del estadista,[40] Jantipo era un prodigio nato; casado con una joven y exigente esposa, hija de Tisandro, aguantaba pacientemente la parca

36. Esta relación la supone Curtius, *Griech. Gesch.*, III, p. 549.
37. Plut., *Catón el Censor*, 20.
38. Seudo Platón, *Teages*, p. 126 d. Una serie de ejemplos nos da también el diálogo seudoplatónico *Periaretes*.
39. Plut., *Per.*, 36.
40. También en Platón, *Alcib.*, I, p. 118 e., se les llama bobos (ἠ λιθίω).

economía del padre, que sólo le solía dar una subvención muy modesta, y en cierta ocasión, valiéndose de un amigo de la casa, pidió dinero a préstamo como si fuera por encargo de Pericles; cuando el prestamista pidió la devolución, le enredó Pericles en un pleito, pero el joven Jantipo, enfadado por ello, insultó a su padre dando publicidad a las «conversaciones» que éste solía tener con los sofistas, con intención de escarnecer a su padre; además, fue él quien originó entre la gente las murmuraciones «por aquella mujer» (Aspasia), así que la enemistad entre padre e hijo se mantuvo irreparable hasta la muerte. Todos estos acontecimientos tienen un grado de verosimilitud interior demasiado alto para poderlos desechar como calumnias de un Estesímbroto, a quien, si bien era un coleccionista de escándalos, no es posible contradecirle en cada punto, porque para esto ni siquiera bastaría nuestra capacidad crítica. Se vislumbran aquí situaciones cuyo aspecto realmente podía contribuir muy bien a presentarles como una decisión grata a los filósofos el quedarse célibes.[41]

Entre los hijos descastados hay que mencionar también a Alcibíades *el Joven*, contra el cual se dirigen los discursos XIV y XV de Lisias; se gastó todo su patrimonio en el juego, cosa que hacían muchos jóvenes atenienses de entonces, lo cual es característico de una generación que, si bien había heredado de sus padres la necesidad de grandes emociones, no así, además de su nervio, su fortaleza; posteriormente, y durante al-

41. Referente a divergencias desagradables entre padres e hijos, conviene recordar la conocida anécdota del pleito del anciano Sófocles. Una figura odiosa es y será siempre la del πατραλοιας de Aristófanes (*Aves*, 1.337 y s.), que pretende ahogar a su padre para heredarle. Por cierto que el poeta no le presenta como un ateniense normal, pero a ningún moderno se le ocurriría, en una situación como la de las *Aves*, la idea de un parricida.

gún tiempo, se dedicó a la piratería.[42] Ctesipo, hijo de Cabrias, vendió las piedras del monumento que el Estado, con un gasto de mil dracmas, había erigido a su padre,[43] interesándose en balde por él Foción, que le encontraba frívolo e indómito. También el propio hijo de Foción, Foco,[44] aunque ganara una vez un campeonato en las Panateneas, era un beodo y llevaba una vida desordenada; su padre le llevó a Lacedemonia, haciendo que se relacionara con los jóvenes que allí se educaban, pero, a pesar de esta educación en un internado de la Esparta de entonces (que ya se había hundido en la molicie más baja), parece que no mejoró considerablemente, y aunque más tarde vengara a su padre en las personas de sus acusadores, no llegó a ser un hombre formal (ἀνὴρ σπουδαῖος), casándose con una muchacha que había comprado en una casa pública.

Además, no hay que olvidar que en toda Grecia la democracia despojaba entonces a numerosos «oligarcas» de su vida o de su patria y familia, es decir, que la clase alta perecía en todas partes en el curso de repetidas crisis;[45] de modo que no tenía descendencia ninguna, ni buena ni mala. Es cierto que más tarde

42. *Lisias*, xiv, 27. La lista que allí se da del resto de sus crímenes no merece entera confianza. A su favor pronunció Isócrates su discurso *Peri tou zeugous* (si es que se trata de la misma personalidad, pues existe todavía cierta duda cronológica). Alcibíades tenía también un hermano, Clinias, al que llama (en Platón) en otro lugar un μαινόμενον ἄνθρωπον.

43. Sobre éste, Plut., *Foc.*, 7; Aten., iv, 60. Cf. Schäfer, *Demóst.*, i, 373 y s.

44. Sobre él, v. Plut., *Foc.*, 20, 30, 38. Según Aten., iv, 67, todo el mundo le odiaba y le escarnecía como pródigo y adulador del comandante macedónico.

45. Ya cuando un descendiente de Harmodio le echó en cara a Ifícrates su bajo nacimiento, éste contestó: «Conmigo empieza mi linaje, mientras el tuyo termina contigo». Plut., *Apophth. Reg. S. V. Iphicr.* Puede ponerse en duda si verdaderamente empezaría un linaje con este Ifícrates.

alguno que otro pretendió descender de los céricos y eumólpidas, pero, en general, desaparecen en el siglo IV las viejas familias nobles, y sólo sus tumbas sobreviven en tiempos de Isócrates. De los individuos del tiempo de Demóstenes apenas si hay alguno de linaje conocido o afamado.

Al considerar ahora los Estados por separado, encontramos, sobre todo en Esparta, a principios de esta Era y en la persona de Lisandro, la figura verdaderamente simbólica de esta combinación especialmente espartana y generalmente griega, de vileza mezclada con dotes eminentes.[46] El sistema espartano en sí era horroroso, aunque anteriormente Brasidas y, en tiempos de Lisandro, Calicrátidas, hayan llegado a portarse de modo bien distinto.

Lisandro, después de su victoria, entra en la más estrecha complicidad con todos los más viles, que cometían sus fechorías con las heterías oligárquicas; les permite todo desenfreno, no se acobarda ante las matanzas más horrorosas y, en Mileto, entrega ochocientas personas del partido popular, después de haberlas sacado con promesas y mentiras de sus escondites, a los oligarcas, para que sean asesinadas;[47] la recompensa, empero, a sus amigos, consiste en un dominio irresponsable sobre las ciudades y un poder absoluto.[48] Por otro lado, presume, a pesar de tener que haber adquiri-

46. Cf. a este respecto el tomo I, p. 169 y s., II, 390. Además de Plutarco, nos interesa sobre todo Diodoro, XIV, 13. Aquí encontramos, además de la nota de que el rey que reinaba cerca del Ammonio era su huésped y amigo de su padre, y que su hermano, gracias a esta amistad curiosa para un espartano, se llamaba Libis.

47. No obstante, es también un salvador a su manera; había que tener en cuenta lo que antes habían sufrido los respectivos oligarcas por su demos.

48. Plut., *Lis.*, 19.

do secretamente mucho dinero para sus fines costosos,[49] de ser espartano pobre e insobornable, mientras muy característicamente recibe de las ciudades, como el primero de todos los griegos, y como si se tratara de un dios, altares, ofrendas y peanes, aceptándolo con toda naturalidad; además, va acompañado constantemente por el poeta Querilo, poetastro adulador suyo.[50] Cuando las quejas, no ya de las ciudades griegas, sino las de Farnabazo, producen su destitución y emprende un viaje al Ammonio, los nobles espartanos no quieren ya su dominio, ejercido por las heterías, que servían de pretexto, y dejan que surja el demos en las ciudades respectivas, pero tomando ahora esta inclinación tal incremento, que Lisandro, al volver, consigue persuadir a los espartanos apoyen de nuevo al partido de los oligarcas. Aun logra que sea nombrado rey, en vez de Leotíquidas, su amigo Agesilao, a quien él había educado como hombre adicto suyo; sin embargo, esta vez tiene que sufrir la dura experiencia de ver cómo el nombrado se hace el dueño, independientemente de su influencia. Muy decepcionado vuelve a Asia, adonde había acompañado al rey a su país, odiando todo el sistema estatal espartano aún más que antes, y se vuelve a entregar a los planes que ya anteriormente había enfocado, y que consistían en hacer asequible el cargo de rey a todos los Heraclidas, e incluso a todos los espartanos, de manera que no fuera limitado sólo a los que directamente descendieran de Heracles, sino

49. En su último viaje al Ammonio, llevaba consigo, según Diodoro, χρημάτων πλῆτος lo que debe haber poseído desde sus mandos anteriores. Sin embargo, murió pobre, y los pretendientes de sus hijas se retiraron por ello, siendo castigados por esta conducta. Plut., *Lis.*, 30.

50. Plut., *Lis.*, 18. A otro poeta adulador le llenó el sombrero de plata, y a un tercero le coronó.

51. Cf. tomo II, p. 390.

que pudiera ejercerse también por «sus semejantes», buscando con ello que infaliblemente tuvieran que elegirle a él. Con este fin se hace componer por Cleón de Heraclea un discurso a sus conciudadanos, y opinando que antes convendría, además, influir en ellos por el temor y la disidemonia, intenta sobornar los oráculos délfico, dodoneo y ammonio por medio de la presentación de un niño precoz, educado admirablemente para el caso,[51] y con otra serie de engaños tan toscos y manifiestos, que hasta un niño hubiera adivinado quién era su autor. Todos estos planes se derrumbaron cuando este hombre, vil en todos los aspectos y casi enloquecido por una creciente melancolía y rabia (395), cayó en Haliartos.

Para Esparta, el poderío conquistado en Egos Pótamos y la hibris fueron la causa directa de su decadencia. Lo que en otras partes produjera la derrota y la descomposición de los partidos, aquí lo produjo la victoria; al tener que gobernar una Grecia ya completamente dividida, a la fuerza habría que individuar también al pueblo griego, descomponiendo por completo el espíritu espartano, que ya estaba algo corroído. El reinado de Agesilao, cuyas campañas en el Asia Menor no son en el fondo más que simulacro de poderío y gloria, no pudo restablecer el modo de pensar, una vez que se había quebrantado. Según dice Isócrates,[52] por el dominio, en aquella comunidad que durante setecientos años había permanecido inconmovible, llegó a producirse el tumulto, corriendo el peligro de descomponerse; el dominio llenó al individuo de injusticia, de desaliño, de insubordinación ante las leyes; llenó al Estado de altanería hacia sus aliados, de codicia por la

52. *De pace,* 95 y s. Esta cita es una de las grandes listas de los crímenes de Esparta, desde la guerra del Peloponeso hasta Leuctra.

propiedad ajena y de desprecio hacia los juramentos y tratados. El orador sabe que es un error la opinión de muchos al señalar a Leuctra como causa del desastre, «porque el odio de los aliados no empezó allí; Esparta sucumbió por la hibris, ejercida anteriormente, y ésta empezó cuando se apoderó del dominio de los mares».[53] Pero con Leuctra y con la traición por parte de sus aliados, cuando todo aquello en que fundaban el orgullo anterior tuvieron que entregarlo, fue cuando aquellos síntomas de decadencia que antes mencionamos se colocaron en el primer plano: el abandono oficial del pathos espartano en el trato a los desertores, la forma espartana de la apolítica, la ausencia de los reyes de una Esparta que había llegado a ser insípida, de un Arquidamo III, de Acrotato *el Viejo* y del infame Cleónimo.[54] También aquí se tuvo que tragar la Polis toda su altanería anterior; no cambió nada la ironía de Alejandro en la ofrenda que éste hizo del botín del Gránico con la inscripción de «Alejandro y los helenos, excepto los lacedemonios»;[55] ni aun así logra bajarles los humos, y no tardan en planear un levantamiento contra él.

¡Si no hubiera sido porque estas cosas causaban

53. Tomo I, p. 181 y s.

54. Que Agesilao mismo haya ido con Taco, puede disculparse, quizá por razones políticas, aunque Plutarco (*Ages.*, 36) admite que él no aguantaba ya la vida en Esparta, por lo que vendió al Egipto su persona y fama mundial, ἔργα μισθοφόρον καὶ ξεναγοῦ διαπραττόμενος; de Arquidamo III, ya se dice en Aten., XII, 51, que salió para vivir ξενικῶς καὶ μαλακῶς porque no pudo soportar la vida en su país; esto ocurrirá, de todos modos, en una época en que Esparta (poco después tan duramente humillada por Filipo) bien hubiera necesitado su gente en casa. Sobre él y Cleónimo, cf. también antes p. 9 y s. Acrótato fue (314) general de los agrigentinos contra Agatocles; tuvo que abandonar este cargo por su conducta infame.

55. Plut., *Alex.*, 16.

también inquietud en el resto del mundo helénico! Pero en todas partes, antes de Leuctra, y aún más después, fueron exterminados aquellos gobiernos que se habían formado con el apoyo de Esparta mediante las mayores crueldades; sigue a ello el esquitalismo en Argos y aquella serie de horrores en Corinto, Fliunte y Figalia, de los que se habló anteriormente en esta obra.[56] De Argos, dice Isócrates,[57] a mediados del siglo aproximadamente, que estaba constantemente en guerra con sus vecinos más fuertes, pasando cada año por devastaciones de su territorio, y con la misma regularidad, por ejecuciones de sus ciudadanos más eminentes y ricos, gozando la gente en estos espectáculos macabros más que si se tratara de matar enemigos; la guerra, opina el orador, había de terminar también esto. En forma instructiva Diodoro mezcla a estas historias las fechorías contemporáneas de Dionisio en Sicilia contra los griegos. No se nos ocurriría pretender que los oligarcas exterminados hubieran sido mejores, ni muchísimo menos, que sus adversarios, pero, ¿qué había de ser de un pueblo en el que se exterminaba de tal manera toda la clase intelectual y pudiente? Con la riqueza se acabó también la costumbre culta, y se hundiría, entre otras cosas, una buena parte del esplendor agonal; y hasta en la vida intelectual griega podía comprobarse aún más claramente el cese y el impedimento de una clase superior. Por fin, hasta la misma Naturaleza se mostró contraria entonces a la Hélade; un terremoto, con sus consecuencias subsiguientes, destruyó en el 373 las ciudades de Hélice y Bura en la Acaya, y su hundimiento se consideró como manifestación de la ira de los dioses.

Veamos ahora el levantamiento de Tebas bajo Pe-

56. Tomo I, p. 342 y s.
57. *Filipo,* 51 y s.

lópidas y Epaminondas, que sólo fue posible gracias a los malos tratos de los espartanos. Levantarse contra Esparta con todo su poderío era una empresa muy grande, pues podían figurarse que la lucha, en el mejor de los casos, recaería con todo su peso sobre Tebas sola, ya que la alianza de Beocia era cosa muy poco estable. En Leuctra, todo lo hicieron los 6.000 tebanos solos, y después de esta victoria, la más brillante que jamás ganasen helenos contra helenos,[58] sólo pudieron acometer la tarea de derrumbar el poderío espartano con la ayuda de aliados seguros; pero la base para todas estas hazañas, llevadas a cabo gracias a la decadencia enorme de Esparta, era verdaderamente pequeña si Tebas contaba solamente con 8.000 ciudadanos.[59] Era para Grecia una desgracia muy grande el que no les fuese dado a Atenas y Tebas entenderse de un modo duradero sobre una base razonable, aun sin llegar a una alianza, pues esto hubiera resuelto el problema. Atenas, en su política exterior, gustaba de sutilezas, y toda manifestación de vida por parte de Tebas la enervaba, y no sólo al Gobierno, sino hasta al pueblo y su Asamblea, que en su envidia y preocupación mandaron ya en el 369 para auxiliar a Esparta (muy apurada por Epaminondas) un ejército, bajo Ifícrates, volviendo a apoyarla de la misma manera en la guerra de Mantinea (363-2). Además, sentía una enemistad mortal por las demás ciudades beocias, contra las que se portaba de un modo sangriento. Ya antes de Leuctra (374) había

58. Paus., IX, 6, 1; parecido, 13, 4.

59. Es cierto que según Plut., *Alex*, II, Alejandro vendería cerca de 30.000, y que 6.000 habían perecido. Pero ¿son ciertas estas cifras? Los 7.000 hoplitas y 700 jinetes con los cuales fueron a la guerra los tebanos, después de la muerte de Pelópidas, no cabe duda que eran todos los ciudadanos que podían alistarse.

sido destruida Platea por los tebanos (por tercera vez desde la guerra contra Jerjes);[60] más adelante ocurrió lo mismo con Tespia, cuya tropa se había separado del ejército tebano a la cabeza de los aliados beocios, tan poco dignos de confianza, antes de la batalla decisiva, y cuyas murallas habían sido arrasadas ya anteriormente. También Orcómeno, refugio de los oligarcas beocios, fue destruida cruelmente, y esto en una época en que Epaminondas (probablemente por una expedición marítima en el mar Egeo) estaba fuera de Beocia; dijo después que, si hubiera estado allí, no habría acontecido esta fechoría, pues él había observado siempre una conducta conciliadora entre los enemigos.[61]

A todo esto hay que añadir la envidia de los demagogos tebanos contra el gran caudillo, cuando él y Pelópidas, a pesar de la pena de muerte que le amenazaba, se habían atrevido a prolongar su beotarquía por algunos meses; sólo para poder destruir para siempre, con su expedición al Eurotas, el poderío de Esparta, se les absolvía en el pleito contra ellos; pero el orador Meneclides, ante uno de los conjurados en la casa de Caronte, para la liberación de Tebas, más adelante aquí

60. En el discurso plateico de Isócrates, que se refiere a su destrucción, bien sea un ensayo en la composición de libelos políticos, o realmente pronunciado en favor de los plateos que pedían protección, se dice (18 y s.) que los vecinos de Tebas, en parte, no lo pasaban mejor que esclavos, y estaban amenazados de sufrir la misma suerte que los plateos; estos tebanos acusan a los lacedemonios de haber ocupado militarmente la Cadmea y tenido acuarteladas tropas en las ciudades; esto, por cierto, ellos no lo hacían, pero en cambio demolían las murallas o destruían completamente las ciudades. Allí mismo se encuentra un extenso registro de todas las hostilidades sostenidas por Tebas contra Atenas.

61. Diodoro, xv, 79; Pausan., ix, 15, 2. Se relata cómo Epaminondas, en una expedición al Peloponeso, se las arregla para salvar a los allí presentes, tránsfugas y refugiados beocios, que Tebas había condenado a muerte.

postergado, por lo que se había convertido en un sicofante malvado y desesperado, logró poco después la sustitución de Epaminondas de la beotarquía e intrigaba contra Pelópidas, poniendo a Caronte muy por encima de él. A Epaminondas, no obstante, le fue restituido otra vez el mando supremo, después de haber hecho como soldado raso al principio la campaña para la liberación de Pelópidas, prisionero en Ferea (368);[62] pero no deja de notarse que en Tebas, una vez liberada de los espartanos la Cadmea, debió de haber empezado a predominar un indigno arrivismo político. Tampoco podía fiarse mucho de los aliados en el Peloponeso. Ya en el año 369 no llegaron a conquistar la ciudad en su campaña contra Esparta, porque los árcades, que todo lo debían a los tebanos, indisciplinadamente se marcharon.[63] Además, la nueva nación árcade demostraba una grave debilidad. La tendencia al sinoiquismo de las ciudades del país, a formar un Estado con la nueva capital de Megalópolis, era algo verdaderamente catastrófico,[64] sin que satisficiera las necesidades, porque pronto surgió la desconfianza por el predominio de Tebas sobre el Peloponeso y disputas de toda clase entre los que, en parte a la fuerza, acababan de unificarse. Ya en el 364 se encuentra Mantinea en fuerte oposición a todos los demás, lo que más tarde ha de llevarla a aquella alianza con Esparta y Atenas; sólo el temor de Esparta mantuvo una parte de Arcadia leal al partido tebano.

Pero aun con todo esto hay que reconocer que Tebas, en su gran época, era muy poderosa, porque había logrado una gran alianza; desde Leuctra hasta

62. Cf. tomo I, p. 268 y s.
63. Plut., *Ages.*, 32.
64. Cf. tomo I, p. 92 y 438 y s.

Mantinea eran sus ejércitos los que dictaban las suertes de Grecia;[65] sus intervenciones en los revueltos países del Norte, Tesalia y Macedonia, así como el tratado, que contenía el reconocimiento de la independencia de Mesenia, y que Pelópidas logró hacer con el gran rey, son fuertes pruebas de su preponderancia en aquellos tiempos. Cuando Epaminondas, al morir, se enteró en su tienda de que también habían caído Daifanto y Jolaidas, y que, por lo tanto, no le quedaba ya ningún estratego a Tebas, se figuró lo que iba a suceder, y aconsejó por estas razones la paz;[66] pero, por fin, llegada ésta (362) en la que sólo Esparta no tomaba parte, ya no remediaba nada. En Grecia, en general, la confusión y el trastorno eran mayores que antes; ningún Estado era ya lo bastante fuerte para asumir la jefatura. Atenas, una vez libre de su rival, se entregaba a su diversión bajo Eubolo, y en el Peloponeso, la caída de Esparta, a pesar del bien que acarreaba, probablemente ocasionaba aún más males. La hegemonía tebana no se disolvió, como opinaba el buen Éforo[67] por haberse ocupado los tebanos tan sólo en sus armas, descuidando con ello la elocuencia, sino por la anarquía, que aquí, como en todas partes, acechaba detrás del patriotismo, y en el momento en que no hubo nadie que la dominara, se cometieron violencias por todas partes. Cuando la Guerra Sagrada, había llegado a tal grado esta polis antes tan virtuosa, que las invasiones extranjeras dañaban menos a los ciudadanos que la vuelta del ejército, enredando a los más prestigiosos en pleitos y matanzas, y tuvo que

65. Aquél, con el que fue Epaminondas por primera vez al Eurotas, era probablemente, con sus 70.000 hombres, el más grande que hasta entonces hubiera en Grecia bajo un solo mando. De ellos, sólo la duodécima parte eran tebanos.

66. Eliano, *V. H.*, XII, 3.

67. Estrabón, IX, 2, 2, p. 401.

acudir por fin a Filipo de Macedonia pidiendo ayuda.[68]

Esta misma Guerra Sagrada (355-46), no es soló por su desarrollo, sino por la predisposición general que revela, un fenómeno de sentido verdaderamente simbólico para aquella época. Según epopeyas antiguas,[69] Crío, hijo de un soberano de Eubea, había sido muerto por Apolo por saquear el santuario y las casas de los ricos delfios; más tarde, los flegios, una rama degenerada de asesinos y salteadores de los orcomenios, había sido aniquilada por el dios, mediante rayos y terremotos, por igual motivo; también de Neoptólemo se dice que intentaba el saqueo cuando fue muerto en Delfos.[70] En *Las bacantes*, de Eurípides (1336), Dionisios profetiza al ejército de Cadmo una desgraciada retirada en caso de que se saquee el oráculo de Loxias, y fanfarronamente hace expresar el himno homérico (178 sig.), incluso al pequeño Hermes, la intención de hacerlo. Sin embargo, en tiempos anteriores, el robo de templos, en gran escala, no había sido usual; todavía el tan temible Hipócrates de Gela se enfadó, cuando al esta-

68. Esto es el final de la opinión resumida en Isócr., *Fil.*, 53 y s. El orador expone aquí cómo los tebanos no se habían aprovechado bien de sus victorias, quedando en la misma miseria que los vencidos. Primero habían oprimido las ciudades del Peloponeso, luego intentado someter y esclavizar a Tesalia, después amenazado a sus vecinos en Megara, quitado a Atenas una parte de su territorio, desolado a Eubea, mandado trirremes a Bizancio para una guerra contra los focenses, como si sus ciudades y regiones fuesen a caer pronto en sus manos, y como si pudiesen vencer, con su propio dinero, la competencia del tesoro de Delfos. Todo esto se les malogró: en vez de ganar ciudades focenses habían perdido las suyas propias, etc.

69. Pausan., x, 6, 3; 7, 1; 34, 2; ix, 36, 2.

70. Esto también en Estrabón, ix, 3, 9, p. 421. Eurípides, en *Andrómaca* (1.090 y s.), por lo menos emplea extensamente la injusta sospecha de Neoptólemo para justificar su asesinato.

blecer su campamento, después de su victoria sobre los siracusanos en el períbolo del templo de Zeus, sorprendió al sacerdote y a algunos ciudadanos queriendo llevarse los anatemas y el vestido áureo de la estatua de Zeus, probablemente para ponerlos a salvo; los llamó ladrones de templos y se abstuvo de apoderarse de los anatemas por la buena fama y porque el que hiciera tal guerra no debía pecar contra la deidad.[71] Pero ahora que el desenfreno general había aumentado de tal manera que, por ejemplo, en la guerra del Peloponeso la inviolabilidad del territorio de la Élida no era respetada ya por ninguno de los partidos, al mismo tiempo que las necesidades del Estado, sobre todo al ser preciso mantener grandes tropas de mercenarios, aumentaban extraordinariamente, hicieron surgir la cuestión de por qué se iba a dejar inactivo un capital efectivo tan enorme como los tesoros del templo de Delfos. Miradas ávidas echaría sobre todo Dionisio de Siracusa hacia el tesoro del dios, él que, donde podía, solía saquear templos, acompañando el robo con los chistes más irreverentes;[72] también de Jasón de Ferea se sospechaba, en parte, que planeara aquel sacrilegio,[73] y, cuando fue asesinado (370), se dijo que era un justo castigo a su codicia. La forma cómo los anfictiones, ins-

71. Más adelante, cuando Pirro se dejó convencer para saquear el tesoro del templo de Perséfona, en Siracusa, no sólo perdió todo, sino que se creó por ello las mayores preocupaciones. Dion. Hal., xx, 9 (19).

72. La cita principal de ello es Cicerón, *De nat. deor.*, VIII, 34. Cf., también, Eliano, *V. H.*, I, 20. De todos modos, cuando en Siracusa se robaron todos los tesoros de los templos, él mismo tuvo que echar mano a la estatua de Zeus, porque los obreros titubeaban. Si por otra parte ofrendaba obsequios suntuosos a Delfos, lo haría probablemente para no levantar sospechas respecto a sus propias pretensiones. Sus intenciones respecto a Delfos las expone Diodoro, xv, 13.

73. Jenof., *Hel.*, VI, 4, 30.

tigados por una Tebas completamente desorientada, dictaban sus sentencias en las disputas más corrientes, unilateralmente siempre contra los espartanos y focenses, tenía que provocar irremisiblemente la desgracia.

Mientras que Tebas no tenía ni aun la Beocia por entero a su lado, el jefe focense Filomelo ganó secretamente para su causa al rey Arquidamo de Esparta, alistó mercenarios con dinero propio y espartano, y se apoderó rápidamente de Delfos, donde exterminó la casta sacerdotal de los Trácidas, confiscando sus bienes, pero sin poner la mano ni en los ciudadanos ni en el tesoro del templo. Que lo dejó intacto y permitió un examen completo de ello, lo afirmaba mediante correos en todas partes, aun cuando tuvo que pagar a sus mercenarios, después de su victoria sobre los locrenses, aliados de Tebas, paga y media, y tenía el oráculo completamente a discreción; mientras que él, esperando un ataque más fuerte de los beocios y locrenses, se contentaba con imponer rescate a los delfios ricos, sus adversarios decidieron castigar a los focenses como saqueadores del templo; sólo entonces, cuando excepto Esparta y Atenas, se levantaron todos contra ellos, se vio obligado Filomelo a echar mano a las ofrendas sagradas y robar el Oráculo. Así empezó para los focenses el círculo vicioso; para defenderse se necesitaban mercenarios, para mantener éstos se necesitaba dinero, pero como mercenarios acudían sólo las gentes más turbulentas y los mayores sacrílegos.[74] Tampoco

74. De todos modos, puede dudarse si entonces, con los desafueros enormes y diarios contra Apolo, no se tendría ya preparado algún nuevo culto especial para los soldados. Algo de esto se manifiesta más tarde en la actuación de los piratas, antes de su exterminio por Pompeyo, cuando Roma no era capaz, para vergüenza indeleble suya, de proteger la parte oriental del Mediterráneo que hacía mucho se la había incorporado. Los piratas destruyeron templos innumerables,

eran los focenses los únicos culpables; Atenas también participó bastante, reclamando parte del botín focense,[75] y los espartanos, que habían obtenido su famosa constitución por Delfos y que habían hasta entonces consultado al dios en las cuestiones más importantes, eran cómplices de los saqueadores del templo.

Después de una campaña, en el fondo bastante descuidada y de varias derrotas, obtuvieron por fin los tebanos, que además de los locrenses y una parte de Tesalia contaban con la ayuda de varios pueblos pequeños de la Anfictionía, una victoria importante, en la que Filomelo, herido, para no caer en manos de sus enemigos, se arrojó a un precipicio (354); su hermano Onomarco, que personalmente sufría varias condenas por parte de los anfictiones y, por lo tanto, no sentía ningún deseo de paz (que Tebas además sólo habría concedido para engañarlos), insistió en un nuevo alistamiento de mercenarios, y sin miramiento alguno, convirtió el tesoro en monedas, sin tener en cuenta para nada la ira tremenda que tenía que producirse en Grecia contra aquellos que *primero* se aprovechasen de la gran «caja de ahorros griega». Con este dinero no se sobornaba sólo a los más importantes personajes de las ciudades aliadas, sino incluso de las enemigas,

pero, según Plut., *Pomp.*, 24, hicieron sacrificios extraños y consagraciones secretas, de las cuales se han mantenido las de Mitra. Esto habrá sido necesario para hacerlos insensibles contra los dioses griegos, y cabe pensar que a todos los que se unían a ellos les impusieran esta religión como condición y hasta a la fuerza, porque el saqueo de templos tiene que haber sido, por lo menos durante algún tiempo, su botín más productivo.

75. Los atenienses también habían tolerado que poco antes de la Guerra Sagrada apresara Ifícrates un transporte de Dionisio destinado a Delfos y Olimpia (portador de estatuas de oro y marfil); ellos, que solían adorar a Apolo como πατρῷος y πρόγονος. Diodoro, XVI, 57.

como los tesalios, al objeto de que quedasen inactivos. En Fócida mismo se mataba a todos los que fuesen contrarios al tirano, confiscando sus bienes. De nuevo invadió éste la Lócrida, la Beocia y la Dórida, conquistando ciudades y devastando el país, y finalmente acudió en ayuda del tirano tesálico Licofrón. Aquí se le enfrentó Filipo de Macedonia, que también fue derrotado en dos batallas, de tal modo, que resultó difícil restablecer el orden y disciplina en su ejército, pero quien en una segunda campaña obtuvo una victoria decisiva (352). Seis mil mercenarios cayeron en la batalla, tres mil fueron hechos prisioneros y después ahogados; muchos se salvaron nadando hacia la armada del ateniense Cares, que «por casualidad» pasaba por allí. Onomarco fue muerto al intentar hacer lo mismo y su cadáver empalado. Como el tesoro no se había agotado aún, el nuevo jefe, Failo, volvió a alistar mercenarios, para llenar los huecos producidos por las bajas, ofreciendo doble paga, movilizó los aliados y siguió acuñando monedas. Espartanos, aqueos y atenienses le apoyaban aún abiertamente, mandándole más de ocho mil hombres de refuerzo; el tirano de Ferea, que se había quedado sin país, se unió con dos mil hombres a su ejército, y bastantes polis pequeñas estaban de su parte por los subsidios que de él recibían. Sin embargo, sus armas no fueron favorecidas por el éxito. Vencido en varios encuentros por los beocios, Failo murió poco después por consunción, y bajo su sucesor Faleco, el hijo, aún muy joven, de Onomarco, gran parte de la Fócida fue desolada definitivamente y saqueada. Pronto, no obstante, la propia Tebas se hallaba tan exhausta, que tuvo que mendigar cerca del rey persa la entrega de unos trescientos talentos, y aun cuando los hubiera recibido, no llegó a aventurarse en ninguna empresa notable en los años siguientes.

Mientras tanto, se habían acuñado en Delfos los

ciento veinte ladrillos de Creso, además de trescientas sesenta fuentes de oro, y las estatuas de una mujer y de un león, que juntas pesaban treinta talentos de oro, lo que en valor plata importaba en total cuatro mil talentos. También de los tesoros de plata del templo se habían sacado más de 6.000, juntándose, pues, más de 10.000 talentos, en un espacio muy corto, con lo que al emitirse tanta moneda nueva, el dinero bajó de valor.[76] Este procedimiento ocasionó disenciones entre los mismos focenses; Faleco fue destituido, otros torturados y ajusticiados, porque habían robado dinero para ellos particularmente. En Tebas no habían sabido sacar provecho de estas revueltas; Beocia volvía a ser ocupada parcialmente por los focenses, así que, por fin, se dirigieron por medio de delegados al rey Filipo, suplicándole encarecidamente les ayudara, mientras que en tiempos de Failo todavía, solamente una ocupación rápida de las Termópilas por parte de los atenienses había impedido que fuese invadida la Fócida.

No sabemos lo que pensaría en su interior cuando tuvo que presentarse patéticamente ante Apolo, como vengador del sagueo de un templo y como heraldo de la moralidad helénica frente a los ladrones. Desde un principio había contemplado con amargo dolor cómo en esta lucha se malgastaba ese rico tesoro, en vez de ser empleado para sus propios fines. Ahora que acababa de aniquilar a Olinto (348) le agradaba la humillación de Tebas y no le urgía ayudarlos, sino

76. Los estrategos de Faleco, inducidos por la cita de Homero, incluso habían mandado excavar en el templo, alrededor del altar y del trípode, pero desistieron asustados por un terremoto. El cambio del valor del dinero (lo que a menudo trae como consecuencia grandes cambios morales) se deduce de Aten., VI, 19.

que estaba dispuesto a quitarles a los tebanos toda «su altanería de Leuctra» (τὰ λευκτρικὰ φρονήματα συστεῖλαι). No obstante, mandó tropas que exterminaron a un grupo focense en el templo incendiado de Abea, y apareció en persona cuando el espartano Arquidamo llegó en auxilio de los focenses con un fuerte ejército, reforzado esta vez por los tesalios. Entonces capituló Faleco, que había vuelto a ser nombrado jefe, y, mediante parlamentarios, pidió la libre retirada con su ejército a donde quisiera ir. Después de salir éste, dirigiéndose con ocho mil mercenarios al Peloponeso, Filipo ocupó la Fócida y convocó a los anfictiones, encomendándoles las demás decisiones; tras las resoluciones de agradecimiento, venganza y odio, tomadas por éstos, llegó a su fin este terrible episodio de la historia griega.

De los mercenarios se murmuraba que todos habían tenido un mal fin. Faleco llevó una vida azarosa de aventurero, y fue muerto en Cidonia por un rayo o, según otros, asesinado por un mercenario; las tropas mercenarias del anterior ejército focense fueron muertas, bajo el mando de Arquidamo, por los lucanos, incluso con el propio rey, y los restos que quedaron hallaron su aniquilamiento en el Peloponeso; al gran Timoleón, cierto trasio, que había formado parte del ejército focense, le extrajo en el momento decisivo antes de empezar la gran batalla principal contra los cartagineses, mil mercenarios, cuyo grupo pereció más adelante en Brutio. También a las mujeres de los sacrílegos las alcanzó la Nemesis. La esposa de un jefe focense, que había llevado puesto el collar de Helena, fue más tarde una prostituta ordinaria, y la que había recibido el de Erifile se quemó viva en una casa, que su hijo mayor había incendiado en un acceso de locura.[77]

77. Diodoro, XVI, 61-64, 78 y s., 82.

Volviendo a hablar de otra forma de las formas esenciales de la Hélade de entonces, la tiranía de los últimos tiempos, nos limitaremos a tratarla someramente, remitiéndonos a párrafos anteriores.[78] Esta clase de tiranía surge en los confines del mundo griego y se muestra con todos sus rasgos crueles en Sicilia, Heraclea Póntica y Tesalia; en cambio, no la encontramos en Atenas, Grecia central ni en el Peloponeso, a pesar del presentimiento de Platón de que necesariamente había de surgir del catilinario. Como aquí ningún tirano hubiera podido usurpar el dominio sobre más de una ciudad y se habría además hundido al primer ensayo de aumentar su poderío, la tiranía no hubiera estado en proporción con el peligro que correría,[79] y por otra parte, también influía que el populacho prefería sacar provecho de los ciudadanos ricos, consumiendo sus bienes poco a poco por su propia cuenta, que ayudar a que usurpara el poder un tirano, cuyos mercenarios pronto se encargarían de exterminarlo a su vez. Sólo cuando la chusma de la más baja especie espera más tarde sacar provecho mediante el levantamiento de un tirano, surgen las tiranías con las características del siglo III.

Como ejemplos cercanos del terror y aborrecimiento, Grecia tenía aún, en la primera mitad del siglo IV, los tiranos de la Ferea tesálica. Frente a la aristocracia de los Alevadas del resto de Tesalia, se había levantado aquí, apoyado por el pueblo, un hombre llamado Licofrón que, al ganar (404) una gran batalla, se había apoderado de gran parte de la Tesalia. Su obra fue continuada con éxito por Jasón (probablemente su hijo) mediante el apoyo de seis mil mercenarios escogidos.

78. Cf. tomo I, p. 252-273 y s.

79. Considérese el pathos del tiranicidio. Cf. tomo I, p. 270 y s.

Con su modo de conquistar ciudades sin desdoro para ellas y su habilidad de administración, logró que Fársalos (vencida por Licofrón, pero no domada) se sometiese a él definitivamente y que fuera elegido jefe (ταγός) de toda Tesalia; se dice que incluso tenía puestas sus miradas sobre la conquista de Persia. Puso en pie un gran ejército popular tesálico, ocupó la Heraclea traquínica, es decir las Termópilas, construyó una armada, se aseguró la mayoría en el Consejo de los anfictiones, y parecía iba calificándose como jefe de la nación entera, cuando (370), a mitad de sus mejores planes, fue asesinado «como tirano» por siete jóvenes. Entonces tuvo que aguantar Tesalia, después que los hermanos de Jasón se hubieron asesinado mutuamente, el régimen de horror, ya tratado en otro lugar, de su pariente Alejandro, que también llegó al trono por el asesinato, y cuya muerte, a manos de su propia esposa y cuñados, no produjo todavía el fin de la tiranía, por lo que no les quedó a los Alevadas, impedidos para recibir ninguna ayuda por parte de Tebas, bastante ocupada ya con la guerra focense, otro recurso que acudir al apoyo de Filipo de Macedonia.[80] Éste libró a Tesalia de los tiranos fereos y de sus aliados, los mercenarios focenses, declarando a Ferea ciudad libre, pero ocupando para siempre el importante puerto de Pagasea. Desde entonces, los reyes macedonios gobernaron continuamente sobre este país, que, a pesar de toda su libertad nominal, estaba sujeto por completo a los mismos deberes de súbditos que los propios macedonios.

También tenemos que volver a tratar de Sicilia,[81] donde se manifiesta una clase especialísima de la tiranía tardía. Se trata del régimen más monstruoso, del

80. Tomo I, p. 266 y s.
81. Cf. tomo I, p. 252 y s., y en éste, p. 10 y s.

llamado oportunismo, del cual la Polis —tal vez excepción hecha de Siracusa—, de todas sus pretensiones griegas, no saca más que la miseria más espantosa. Por un lado está Cartago, enemigo hereditario que, a la fuerza, tendrá que aniquilar, tarde o temprano, al helenismo sicano, si quiere ocupar la isla totalmente y para siempre; frente a esto están las ciudades, cada una de ellas independiente, con una población excesivamente mixta, acostumbradas desde el siglo v a toda clase de violencias, y demasiado separadas entre sí por el odio y las discordias para poder formar jamás una alianza fija, e incluso dispuestas en parte a tratar con Cartago y entregarse a ésta.[82] Sólo mediante la violencia o la ruina parcial (exterminio de castas enteras, traslado forzoso a Siracusa, ocupación por mercenarios como población, etc.) se logra unificarlos de alguna manera, y esto sólo lo saben hacer individuos desalmados y terribles: Dionisio *el Viejo* y Agatocles, que ceden temporalmente una parte de la isla a los cartagineses para poder gobernar ellos el resto como los más duros de los tiranos.

¡Qué figura más poderosa es la de Dionisio *el Viejo*, y qué inteligencia más malvada se manifiesta en todos sus actos! Frío e inaccesible a los goces corrientes, demuestra, en los actos particulares de su dominación, la mayor ingeniosidad. Decididamente, se coloca muy por encima de toda concepción de cualquier índole; además, siempre dispone de dinero, y frente a sus mercenarios se porta con sumo tacto; no deja de tener dificultades con ellos, pero siempre sabe atraérselos, así que puede terminar su vida sin impugnaciones considerables. Largo tiempo ignoraron los griegos con quién

82. Los pequeños tiranos, aislados casi siempre, eran partidarios de Cartago, como antes los jonios lo fueron de Persia.

tenían que habérselas, hasta que llegaron a conocer su capacidad extraordinaria y el carácter implacable de su tiranía.

Si desde el 405 las ciudades se hubieran sometido voluntariamente a él y a los siguientes tiranos, se hubieran ahorrado muchas vidas helénicas; pero como polis no podían rebajarse a ello, y ya que los que pensaban en el sentido de la vieja Polis estaban predispuestos a manifestarse mediante sublevaciones o conspiraciones, en las que podían permitírselo todo[83] y aun tenía que sospecharse de los que no tuvieran tales ideas, los tiranos se veían obligados a aniquilar, dentro de lo posible, todos aquellos elementos que frente a ellos parecían no ostentar el pensamiento oligárquico. Lo que por tales motivos se destruyó de la vida política no puede uno figurárselo sin sentir horror, ni tampoco la magnitud del sufrimiento que fue causado a las poblaciones, cuya mayor ilusión de dicha había coincidido con la pretensión de tener participación en esa misma vida política. Pero sólo de este modo fue posible salvar a la nación del peligro cartaginés, aunque con ello se hundiera lo específicamente helénico, la Polis.

Entre las dos grandes tiranías se encuentran la figura lúcida de Timoleón, que probó la implantación de lo único que podía prosperar aun en un campo tan sumamente pisoteado: la democracia auténtica,[84] resta-

83. Las primeras víctimas de las revoluciones contra los Dionisios eran generalmente sus espías; se les solía matar a palos (ἀποτυμπανίζειν). Sobre lo que Dionisio *el Joven* tuvo que aguantar en su familia y cómo fueron tratados los demás tiranos después de las victorias de Timoleón, cf. Plut., *Tim.*, 13, 33 y s. Hipón de Mesena fue conducido al teatro, donde se burlaron de él, matándole al fin; para este espectáculo aleccionador fueron llevados incluso los niños de las escuelas.

84. Según Diodoro, XVI, 70, empezó seguidamente después de salir Dionisio a νομογραφεῖν y además δημοκρατικοὺς νόμους

bleciéndose, en aquella corta pausa, todas las formas exteriores y prerrogativas de la Polis. Esto duró todo el tiempo que podía durar, y con la muerte de Timoleón (336) empezó de nuevo la vieja miseria con los mercenarios, el apostatismo de unas ciudades y la complicidad de otras con Cartago, y así, tras veinte años de horror, volvió a surgir con Agatocles la tiranía; hízolo al principio cautamente, dándoselas el tirano, todo el tiempo posible, de demócrata, aun después del aniquilamiento de los «oligarcas» de Siracusa, pero luego pronto llegó a procedimientos aún más terribles que los de sus antecesores, convirtiéndose este hombre, que juega continuamente con su destino, en la figura más sorprendente de todos los tiranos sicanos. En ninguna otra parte se ve mejor que en su propia historia, que examinaremos más adelante, las extraordinarias fuerzas subjetivas que aún tenía el termperamento del helenismo tardío.

Un interés más bien sólo patológico tiene la tiranía de la Heraclea Póntica. Aquí, el demos, que se había vuelto muy insolente, exigió la fusión de deudas y un nuevo reparto de tierras, con lo que el Gobierno de la ciudad, que en balde se había dirigido en este apuro a Epaminondas y Timoteo pidiendo ayuda, se vio obligado a hacer volver a Clearco, desterrado por él mismo, quien había estudiado durante cuatro años en Atenas con Platón e Isócrates, como director de la unidad pública (ἔφορος τῆς ὁμονοίας). Clearco regre-

πλείστην φροντίδα τῆς ἰσότητος ποιούμενος. Constituyó un cargo supremo el de anfípolo del Zeus Olímpico, pero era sólo de un año de duración, y según el que lo ostentara así se llamaba el año; esto duró hasta los tiempos de Diodoro, por lo que se ve bien claro lo poco que importaba o que se quería que importase. Por todas partes donde intervino fue proclamando la ἐλευθερία y la αὐτονομία.

só (364) pero se cuidó muy bien de no emplear su poder, cual los antiguos esimnetas,[85] en la mediación de las discordias, sino que decidió, embrutecido por el exilio, conseguir en seguida la tiranía para él, sirviéndose a este propósito de una doble traición. Primero engañó al sátrapa persa Mitrídates, a cuyo servicio había estado antes, instándole para que fuera a Heraclea, so pretexto de que iba a entregarle la ciudad, apresándole, y dejándole luego en libertad sólo mediante un crecido rescate; a continuación se puso al lado del partido del demos[86] e hizo que éste le encargara el poder gubernamental, prometiéndole que en cuanto se sintiera lo bastante fuerte para resistir al partido en el poder saldría inmediatamente con sus soldados, a no ser que el pueblo deseara que se quedase. Acto seguido encarceló a sesenta miembros del Gobierno anterior y les pidió rescate, como si les quisiera dejar con vida, pero una vez cobrado aquél les dio muerte. En su actuación de tirano tomó por modelo —igual que Apolodoro de Casandrea[87]— a Dionisio: a los mercenarios les consintió toda clase de atropellos contra los ciudadanos, y exterminó a éstos poco a poco, para poder así pagar a los mercenarios con sus bienes confiscados; así se lee que durante el asedio de una ciudad mandó acampar, durante los calores de la canícula, a los ciudadanos comprendidos de los dieciséis a los sesenta y cinco años entre pantanos y aguas estancadas, dejando que se murieran de fiebres, mientras él y sus mercenarios acampaban en lugares sanos y sombreados; por esto no puede uno por menos de sacar la impresión de que buscaba el exterminio de todos los ciudadanos verdaderos.

85. Cf. tomo I, p. 229.
86. Justino, XVI, 4: *Ex defensore senatoriae causae repente patronus plebis evasit.*
87. Cf. tomo I, p. 273.

Cuando los que lograron huir de su terror instigaron a las ciudades vecinas a hacerle la guerra dio la libertad a sus esclavos, casando a éstos, bajo amenazas de muerte, con las mujeres e hijas de los fugitivos, muchas de las cuales, por cierto, dieron muerte al marido forzoso, suicidándose a continuación. Ganó una batalla contra aquellas ciudades rebeldes, en la que logró capturar a los fugitivos, que llevó en triunfo a casa, llenando la ciudad de encarcelamientos, torturas y matanzas. Como este hombre, que por la constante suerte que le seguía en todas sus empresas se creía un dios, fue finalmente asesinado, después de gobernar durante doce años, por dos platónicos, ha sido relatado antes;[88] pero con la muerte del tirano no volvió la libertad, sucediéndole primero su hermano y luego su hijo.[89]

Además de algunos tiranos de Eubea y del intento de usurpación de Timófanes en Corinto, habría que mencionar aquí al curioso tirano Hermias de Atarnea y Asos.[90] Era éste eunuco y esclavo de un cambista; llegado a Atenas había sido discípulo de Platón y de Aristóteles, y después de regresar fue tirano adjunto de su amo, y más tarde su sucesor, ya que aquél se había apoderado, en su ausencia, del poder en aquellas regiones. Mandó venir a Aristóteles y Jenócrates a su Corte, los favoreció y dio al primero una sobrina suya en matrimonio. Después de algún tiempo se apoderó de él, por traición, el rodense Memnón, que en aquel entonces era jefe independiente persa, y remitiéndoselo al Rey, éste le mandó ahorcar; los filósofos lograron

88. Cf. tomo I, p. 271.

89. La historia de Clearco se encuentra en Justino, XVI, 3-5 (con variaciones); en Diodoro, XV, 81; XVI, 36; Polieno, II, 30. Algunos rasgos en Plut., *Ad princ. inerud.*, 4, y Antígono, en Keller, Parad., p. 29 y s.

90. Cf. Estrabón, XIII, 1, 57, p. 610.

salvarse, huyendo de aquella región, que se convirtió entonces en territorio persa.

Los mercenarios, que en la Guerra Sagrada y en la tiranía tardía hubo que citar con tanta frecuencia, son, por la importancia y extensión que llegan a alcanzar ahora, un producto característico y especial de la época. Hasta qué grado el sistema bélico sufrió un cambio por ello nos lo demuestra el solo hecho de que los *condottieri* que surgieron ahora lograban, frente a Atenas y otras polis, obtener en los pleitos fallos a su favor por la fuerza o por el soborno, y que ciudades más pequeñas no se atrevían de por sí a molestarles, mientras que en el siglo v, y tratándose de estrategos elegidos y ejércitos de ciudadanos, les había resultado, en cambio, facilísimo a los demagogos instigar una democracia vacua e infame contra estrategos inocentes, aun cuando no hubieran sido vencidos, sino simplemente por no haber logrado algo decisivo, o, según el criterio del populacho, no haber sido su actuación lo suficientemente bizarra.[91] En lugar de amenazado, el estratego se presenta ahora amenazador, y a veces hace bien poco caso a la polis que le ha contratado.

El sistema mercenario, sin embargo, tenía sus antecedentes anteriores.[92] Psamético había tenido a su servicio a jonios y carios; arqueros cretenses participan en las guerras mesenias, y de muy antiguo se em-

91. Este peligro para los estrategos, ilustrados sobre todo en el pleito de las Arginusas, tendría como consecuencia natural que, en casos de desastre, o de indisciplina de sus ejércitos cívicos, prefiriesen arreglárselas de algún modo con el enemigo. En Siracusa (año 450), Diodoro expone el caso de un jefe militar como efectivamente sobornado, y relata de otro que ha sido ajusticiado por sospechas de haberlo sido.

92. Cf., respecto a esto, el artículo «Mercenarii», en *Pauly* (de Bahr), y el artículo de Ersch y Gruber, III, 21, p. 426 y s. (de Hase).

plearon también los arcadios como tropas mercenarias.[93] Mientras, en general, el servicio militar era un deber cívico y honroso, los tiranos siempre tuvieron tropas asalariadas como guardia personal y para sus guerras. Así se dice, por ejemplo, expresamente de Polícrates,[94] que, además de los arqueros nacionales, tenía tropas auxiliares de aquel carácter. En Sicilia, Gelón, no sólo había tenido mercenarios, sino que concedió la ciudadanía a diez mil, y el hermano y sucesor de Hierón, Tresíbulo, odiado por su tiranía, había alistado una masa enorme de ellos para poderse enfrentar con el ejército de los ciudadanos. Los sicanos vencedores concedieron a estos mercenarios libre salida, pero, a pesar de ello, se quedaron con siete mil en la isla, a los que no se dejaba participar en los cargos públicos, una vez restablecidos los antiguos derechos de ciudadanía, sea porque no se les consideraba dignos o porque no se confiaba en ellos por su tendencia a la tiranía.[95] En la propia Grecia, por cierto, lucharon aún en la primera mitad de la guerra del Peloponeso ejércitos cívicos de hoplitas con mucho valor, pero al mismo tiempo aparece ya entonces el Peloponeso como región afamada para el alistamiento de tropas mercenarias;[96] durante la expedición de Sicilia, llegan a Atenas aquellos 1.300 tracios, alistados a un dracma por día, que luego cometieron los horribles atropellos de Micalesos,[97] y en la lucha por Siracusa intervinieron por ambos bandos

93. Según Diodoro, IX, fr. 32, Creso quería mandar alistar tropas en el Peloponeso, al hacerse inminente la guerra contra Ciro, pero su agente, el efesio Euríbato, en vez de hacerlo, se fue a Ciro y le traicionó.

94. Herodoto, III, 45.

95. Diodoro, XI, 67 y s., 72.

96. *Tuc.*, IV, 76. Alistan orcomenios refugiados a gente del Peloponeso, e *ibíd.*, 80, obtiene Brasidas 1.700 hombres para Macedonia, de los cuales 1.000 son mercenarios peloponesios.

97. Cf., tomo I, p. 384.

mercenarios arcadios, y del lado de los atenienses también cretenses y etolios.[98]

Con el final de la guerra del Peloponeso, el empleo de estas tropas, fomentado por la desarticulación de los Estados, el empobrecimiento o destierro, la vagancia de innumerables seres y los crecientes deseos de aventuras, va en aumento rápidamente y se generaliza, encontrando como figura paralela a la de Lisandro la característica del lacedemonio Clearco, que logra ser al mismo tiempo espartano, tirano de un lugar y *condottiero*. Después de haber estado en la guerra del Peloponeso al mando de la armada espartana, le manda Esparta a Bizancio cuando ésta le ruega (403), por disensiones interiores y un ataque de los tracios, el envío de un jefe; como los bizantinos le dejan mano libre y le toleran que aliste grandes fuerzas de mercenarios, pronto adopta costumbres de tirano; asesina alevosamente a los arcontes de la ciudad durante un sacrificio al que han sido invitados, manda estrangular al Consejo de los Treinta (los llamados βοιωτάρχης), confiscando todos los bienes de los muertos, acosa a otros ricos con acusaciones falsas, que les acarrean como consecuencia la muerte o el destierro, y aumenta, con las riquezas así ganadas, el número de sus tropas. Cuando los espartanos le invitan por medio de delegados a deponer su poder no les hace caso. Sólo cuando le llega la noticia de que se envían tropas contra él al mando de Pantoidas traslada su poderío a Selibria, que también es dominio suyo; de aquí, derrotado en una batalla y asediado por Pantoidas, huye durante una noche a Jonia, donde empiezan sus relaciones con

98. *Tuc.*, VII, 57 y s. No habrá que pensar entonces en alistamientos individuales, sino más bien en un entendimiento (como los tracios en Aristóf., *Acarn.*, 134 y s.) con el Estado correspondiente.

Ciro.[99] Según el retrato que de él nos hace Jenofonte en la *Anábasis* (II, 6, I sigs.) después de relatar su muerte, era amante de la guerra y del peligro en su más alto grado e incondicionalmente, muy activo para su gente y capaz de inspirar a cada uno la idea «de que había que obedecer a Clearco»; era tenebroso, de voz ronca y aspecto feroz. El soldado debía temerle más que a los enemigos si el servicio no se cumplía con la precisión indispensable. En los momentos de peligro la impresión, sin embargo, de su persona era contraria a la de los tiempos corrientes, pero cuando el peligro había pasado se le escapaban muchos, porque le faltaba el don de saber atraerse la gente; era siempre severo y brutal, de modo que nadie le seguía por amistad o por inclinación.

Y sigue relatándose así en la misma *Anábasis:* Si algún fenómeno horroroso en sí se nos puede presentar bajo forma seductora es precisamente ahora, al principio del siglo IV, cuando surge una imagen gloriosa, pero engañadora, con el sistema mercenario. Aunque Ciro, gracias a la victoria espartana, que a él se debía, y a la opresión de todos los helenos, no era, como consecuencia, ni mucho menos, popular en sentido general,[100] acudieron a su ejército, de Grecia y del Pe-

99. Esto, según Diodoro, XIV, 12. Según Jenofonte intervendría fuertemente Clearco en favor de su misión cerca de los éforos, «dañando los tracios a los helenos»; pero pronto se cambió de parecer en Esparta, y los éforos le mandaron, cuando estaba aún en el Istmo, la orden de volver, sin que él hiciera caso, por lo que se le condenó a muerte en su patria. Se hizo dar por Ciro 10.000 dáricos y formó con ellos aquel ejército que primero empleó contra los tracios, hasta que Ciro lo necesitara. Varias de sus estratagemas las relata Polieno, II, 2. Aquí también existe la variación (7), de cómo vuelve a ganar a Bizancio, que le había abandonado mediante la traición y asesinato de los estrategos.

100. Cf. Isócrates, *Fil.*, 95 y s., donde análogamente se expone cómo Filipo tenía a los griegos de su parte.

loponeso, 13.000, y, según parece, también de Asia 7.000 griegos.[101] Poco antes de la batalla de Cunaxa prometió a todos los jefes griegos que, en caso de salir victoriosos, les daría, como aliados, los cargos que tenían los sátrapas amigos de su hermano, además de regalarles a todos una corona de oro. Más interesante sería saber lo que Clearco le pudo haber prometido a él. Además, no se sabe cómo lo habría pasado Grecia si Ciro hubiera vencido. Sin duda hubiese obtenido una influencia enorme sobre los griegos, pero las consecuencias de su actuación habrían causado el quebranto del Imperio persa, que de otra forma pudo seguir viviendo, continuando la intervención de los Aqueménidas en las controversias de los Estados griegos, teniendo a éstos en sus país como mercenarios y no como amos.

La firmeza orgullosa que los griegos manifiestan después de Cunaxa, empezando por Clearco, induce a los persas al empleo de la más baja traición, apresando a los capitanes en la tienda de Tisafernes y dándoles muerte. A esto sigue la subida al poder de Jenofonte, en cuyos discursos se concentra todo el valor de la tropa y toda la supremacía intelectual del heleno, especialmente del ateniense. «Podríamos mantenernos aquí, se les dice a ellos, pero entonces, acostumbrados a la vida lujosa y a las bellas mujeres persas, cual los que comen loto, nos olvidaríamos de volver a la patria. Os doy un consejo: ir a donde vivan los nuestros, a Grecia, y añadiremos que si en la patria viven como pobres suya será la culpa, puesto que están libres de venirse aquí y tomar posesión de estas riquezas.» Con esta espléndida unión de inteligencia, elocuen-

101. Aun con todo eso Isócrates, *Paneg.*, 146, llama a estas tropas: οὐχ ἀριστίνδην γὲπειλεμένους ἀλλ' οἵ διὰ φαυλότητα; ἐν ταῖς αὑτῶν οὐχ οἷοί τ' ἦσαν ζῆν.

cia y energía en él, de hecho, el caudillo, mientras que Quirísofo lo es sólo nominalmente. Vienen luego combates con las tropas persas, la lucha entre pueblos montañeses, riadas, nieve y hambre, hasta que, por fin, en el monte Teques, entre Ercerum y Trapizonte, se oye el grito: θαλασσα! θαλασσα! Lloran de alegría y erigen un monumento de piedras, y cuando cerca de Trapizonte alcanzan el mar, celebran con fiestas y juegos el acontecimiento.

Mientras existe el peligro, la comunidad demuestra cierta grandeza, formando, por decirlo así, una especie de polis concorde; después la disciplina va en declive, y la concordia es, por lo menos temporalmente, quebrantada mediante las intrigas contra Jenofonte. De todos modos, no le falta a la tropa comprensión para su situación, y experiencias graves la inducen a volver a unirse, después de separarse cerca de Heraclea en tres grupos debido a su discordia. Después de la muerte de Quirísofo y de las luchas desafortunadas de su sucesor Neón contra bitinios y tropas de Farnabazo, se le da a Jenofonte el mando supremo. Éste evita el saqueo de Bizancio por su ejército, y entra, por fin, debido a las intrigas infames del harmosta espartano de aquella ciudad, al servicio del príncipe tracio Seutes. Pero como éste no les paga, a pesar de sus relevantes servicios, entrega el resto del ejército, en Pérgamo, al general espartano Timbrón, para la lucha inminente contra Tisafernes; son todavía seis mil hombres, y él mismo llega como persona adinerada a Grecia.

En la propia Grecia, el mercenario fue pronto una institución general. Aquí todos los Estados debilitados hubieran necesitado la paz en el siglo IV, Esparta y Tebas tanto como Atenas, pero las consecuencias de los hechos cometidos, la descomposición interior y la misma debilidad hacían imposible una verdadera paz; efectivamente, bien porque (como en Esparta) hubiera

pocos ciudadanos, o por que éstos, y sobre todo los ricos, tuvieron (como en Atenas) tanta repugnancia a servir a su patria como militares, que preferían dejarse saquear los bienes para pagar a los alistados, el caso es que los mercenarios vinieron a llenar este hueco, pues éstos, además, tenían la ventaja de la mejor disponibilidad en el transporte de tropas a distancias a veces bastante considerables. Los medios para alistar tales tropas los conseguían aquellos Estados, de vez en cuando, de Persia. Esparta, en cambio, en la época de su predominio pudo obligar a sus aliados a pagar subsidios en metálico a este fin, en vez de aportar tropas; también Agesilao permitió a los helenos asiáticos que se librasen, mediante pago en metálico, que utilizó para alistar mercenarios, y tenemos que figurárnosle llevando a cabo su guerra asiática sirviéndose principalmente de tales tropas, componiéndose, probablemente, su ejército de un número mucho menor de aliados y de muy pocos espartanos; al final de su vida se vendió él mismo a los egipcios.

Estos ejércitos de mercenarios se establecen, pues, como una fuerza guerrera completamente independiente de cualquier polis, y forman parte también, por lo tanto, del apartamiento general del Estado. La misma apolítica que conduce al filósofo a la reflexión soberana sobre los gobiernos y sobre el Estado en sí, se presenta aquí en su nueva manifestación armada, pudiendo decirse que los filósofos son un polo de ella y los mercenarios el otro. Al lado de esta fuerza guerrera, tanto material como intelectual, de la que podía disponer el que la alistaba, el ejército cívico casi ya inexistía. Si el utopista Platón, con intención de realizarlo, opinaba que en estos tiempos todavía se podía establecer artificialmente en la Polis una casta segregada de milicias (φύλακες), hay que considerarlo como un extravío,

parecido a la idea de un armamento nacional, en la que pensó Maquiavelo.

Veamos ahora, sobre todo, el sistema mercenario de Atenas. Para este Estado constituyó Conón una tropa en la llamada guerra beociocorintia (394-387), que suele conocerse con el nombre de «el ejército mercenario de Corinto».[102] Ésta fue la tropa que con Ifícrates, del que pasó a depender luego, y Cabrias mejoró considerablemente al cambiarle el armamento y la organización, llegando (aunque unida a un ejército cívico) a derrotar a los lacedemonios. Desde entonces todos los caudillos militares áticos son esencialmente, y en su inmensa mayoría, jefes de mercenarios, al igual que más adelante lo son los reyes lacedemonios, y el sinfín de mejoramientos tácticos y mecánicos, nuevas clases de armas, estratagemas, etc., que se citan en combinación con sus nombres, no forman ya parte de la historia de las ciudadanías y milicias cívicas griegas, sino que son de incumbencia de la propia ciencia militar. Sin embargo, es de mucha importancia que estos griegos formen ahora, en el arte militar, el elemento adaptable e inventivo, precisamente en una época en que la misma Persia quizá (sin hablar ya, excepción hecha de Cartago, de los otros países bárbaros o semibárbaros) no podía librarse de un estilo de guerra anticuado y estrechamente ligado a sus características raciales. Aunque sus maestros de estrategia militar, los homóplocos, hubieran propuesto a veces artificios nada prácticos e incluso irrealizables en la propia guerra, sin duda se alcanzaron otros muchos que constituyeron un verdadero progreso. A las máquinas de guerra que ya había tenido Pericles, hay que añadir las catapultas, de las que se dice que el rey Arquidamo III exclamó al verlas: «¡Oh, Heracles! ¡Con esto se acabó todo el empeño

102. Aristóf., *Plut.*, 173.

del hombre!». También en la guerra naval estarían seguramente los griegos de ahora mucho más adelantados en maniobrar que los demás, y a menudo emplean la colocación de la armada en forma de media luna.

Materia de la historia militar es la fama anecdótica de Ifícrates, que debió de hacer una verdadera propaganda, y quien además era amigo de las fanfarronadas,[103] en la multitud de recursos y ocurrencias salvadoras y prácticas, se manifiesta en él y otros, una vez más, la parte odiseica del carácter griego. A veces poco se puede confiar de los mercenarios, y dos mil de los suyos se pasan a los lacedemonios, si bien consigue en tal caso, mediante un mensaje, hacer que el enemigo sospeche de tales desertores. En otra ocasión sabe engañar a la tropa en un momento en que, excitados por la miseria, están a punto de amotinarse, exigiendo una asamblea —aun esta chusma, procedente de todos los rincones del mundo griego, exige, pues, una asamblea— con delegados falsos del rey de Persia, que se presentan con sus ropas típicas y anunciaban en lengua persa la llegada inmediata del transporte con el dinero.[104] También, se dice, prefería que los mercenarios estuviesen ávidos de botín y sedientos de placeres, porque de este modo, para satisfacer sus deseos, luchaban

103. Cf. Polieno, III, 9, 25. Según Hésico, escribió primero su nombre en piezas de botín consagradas, siendo así que antes sólo el nombre de la ciudad se inscribía en ellas. Cómo Lisias pudo permitirse fanfarronear en la Asamblea del pueblo, cf. *Lis., fragm.*, 11 hasta 15. En Polieno no tiene menos de 63 artículos, y a esto hay que añadir aún Nepo, Diodoro, Frontín y otros más.

104. Polieno, III, 9, 57, 59. En general, Ifícrates, como todos los generales de Polieno, usa demasiado frecuentemente disfraces de toda clase, tan pronto para engañar al enemigo, como para engañar a su propia gente. Con qué bromas entretenía Filipo de Macedonia a sus mercenarios, a los que debía la paga, cf. IV, 2, 6.

con mayor arrojo.[105] Por cierto, que durante bastante tiempo no está al servicio de Atenas, sino que lucha contra los tracios por cuenta propia; se casa con la hija del rey tracio Cotis, y en tan poco tiene todos los favores de los atenienses, que queda a su lado aun cuando aquél se convierte en enemigo de éstos.[106] Siguen su ejemplo Cares y Caridemo, con los que Atenas no obtiene especial ventaja, porque éstos no hacen ninguna diferencia entre amigos y enemigos, malgastan el dinero, exigen rescates de los aliados[107] y aceptan con sus tropas servicios ajenos, hasta el punto que Atenas llega a ignorar incluso dónde se encuentra su ejército. El último de ellos, oriundo de Oreos en Eubea, y, por lo tanto, no ateniense, era a veces hasta traidor; también Cares el intrépido *condottiero* fanfarrón, hombre de moral bajísima, a pesar de sus cualidades militares, en los cincuenta años de servicio a los atenienses más bien les ha perjudicado que favorecido.

Si nos ocupamos ahora en el origen de estos mercenarios tenemos que acudir también a la misma cita anterior[108] del *Filipo*, de Isócrates (96), donde se dice: «las cosas en Grecia son tales, que sería más fácil reunir un ejército de los refugiados sin patria (πλανώμενοι) que de los que viven en las ciudades como ciudadanos (πολιτευόμενοι), y tal ejército pudiera ser mayor y mejor que la tropa de Ciro y de Clearco, porque hasta entonces no había habido tropas mercenarias (constantemente en pie), sino que se alistaban en las ciudades,

105. Plut., *Galba*, I.
106. Demóst., *Adv. Aristocr.*, 129 y s.
107. *Ibíd.*, *dice* (61): «Esto lo sabéis vosotros (atenienses), seguramente, que todos los que tienen un ejército exigen rescate (ἄγουσι καὶ φέρουσι χρήματ' αἰτοῦντες) de los que esperan dominar.
108. Tomo I, p. 356.

gastándose más dinero en obsequios para los reclutadores que en pagas para los soldados». Esta cita es muy importante para explicar la posibilidad de las colonias posteriores de Alejandro y los diadocos, por los que este programa se realizó mucho más ampliamente de la que el buen Isócrates pudiera jamás haber soñado; también explica el incremento del sistema mercenario, desde principios de siglo, y por último, es retrospectiva y de mayor importancia para la disgregación efectiva del ciudadanismo griego. La existencia del mercenario puede surgir por mera emigración, en casos de exceso de población, pero forzosamente aparece cuando las polis son aniquiladas por Estados vecinos o cuando ellas mismas obligan a la expatriación a ciertas clases de su población, mediante destierros u otras acciones violentas que provocan su huida y les hace inaguantable la estancia en su país, como ocurrió aquí con la implantación de la democracia (bien entendido, después de haberse implantado en la mayoría de los Estados). Precisamente aquellas fuerzas que más falta hubieran hecho al ejército cívico se convierten ahora en los mercenarios más crueles, resultando este fenómeno como contrapeso de la Polis, una vez convertida en pérdida ella misma, que ve ahora las mismas masas humanas, expulsadas de otras polis por la guerra, formando una nube amenazadora de tormenta en derredor suyo y su propia podredumbre militar, y obligándole frecuentemente a tomarlos a su servicio a cambio de una paga muy elevada. Luego el orador invita al rey Filipo (120 sig.) a fundar ciudades en el vasto Imperio persa, o, por lo menos, en la parte occidental de Asia Menor, avecindando en ellas a los expatriados, por lo que es de suponer hubo un número suficientemente grande de éstos para prever una colonización en gran escala; no puede uno por menos de preguntarse de qué habrá vivido esta masa enorme de hombres, fuera de

sus ciudades natales, a no ser que fueran mercenarios. De paso, se cita en la misma obra que ocasionaban perjuicios a todo el que se encontrara con ellos, y si no se frenase su concurrencia, llegarían pronto a ser tan numerosos que podrían convertirse inadvertidamente para los helenos en un peligro más temible aún que los bárbaros. Efectivamente, es probable que los numerosos piratas que entonces hacían tan inseguro el mar,[109] se reclutarían de entre esa casta tan peligrosa para todo el mundo y que, repentina e insensiblemente, podían convertirse en seres aún más peligrosos. Lo más adecuado para esas gentes, desarraigados de su patria, solía ser el servicio como mercenarios, para muchos simplemente por la razón de que quien vivía sin derecho en una polis extraña podía fácilmente ser hecho esclavo. También otros elementos, reñidos con el orden actual, aspiraban a esta profesión, y es característico que ya en *Las aves*, de Aristófanes (1367), se aconseja al hombre que quería matar a su padre emplease sus esfuerzos en ella.

¿Qué opinaba el propio griego de estos mercenarios? No podía hacer otra cosa que lamentarse y protestar, pero no podía pasarse sin ellos. En su discurso sobre Aristócrates, que se dirige contra el propósito necio de una distinción de Caridemo, dice Demóstenes (139) respecto a este caudillo militar: «Todos estos jefes mercenarios buscan, al conquistar ciudades helenas, ejercer un dominio y se portan —si se debe decir la verdad— en cada país como el enemigo común de

109. Alopeceneso (en la parte occidental del Quersoneso) estaba lleno de λῃσταί y καταποντισταί, y cuando los atenienses los atacaron ayudó Caridemo a los piratas. Demóst., *Adv. Aristcr.*, 166 y s. También los coriceos, cerca de la Eritrea jónica (piratas muy peligrosos, que tenían sus espías en varios puertos de mar), pertenecerían a esta época. Estrabón, XIV, 1, 32, p. 644.

todos aquellos que deseen vivir en su patria libres y conforme a sus leyes». También Isócrates pinta a estos profesionales, y particularmente a los de Atenas, con los colores más lúgubres: «En vez de adiestrarnos a nosotros mismos —dice[110]— empleamos expatriados, desertores y demás chusma, que viene agolpándose de todos los rincones del mundo criminal, que cuando encuentren alguien que les pague más lucharán incluso contra nosotros, y cuando se portan en algún sitio con especial violencia aún nos alegramos de ello. Hemos llegado a ser tan necios, que, aun teniendo la miseria en la propia casa, nos hemos comprometido a alimentar a extraños, exigiendo rescate de nuestros aliados y perjudicándolos para poder darles la paga... En las empresas marítimas, nuestros antepasados empleaban como tripulantes extraños o esclavos, quedando los ciudadanos, empero, como hoplitas; nosotros, en cambio, empleamos extraños como hoplitas y hacemos remar a los ciudadanos». Platón, dice, por fin, de los mercenarios,[111] que entre ellos hay muchos intrépidos, pero que, con muy pocas excepciones, eran gente insolente, violenta, desenfrenada y, en una palabra, lo más violento que existía.

Era verdaderamente triste contemplar cómo el costoso alistamiento de tales fuerzas, cuyo mando frecuentemente ni siquiera tenían ya los ciudadanos del Estado que los pagaba, sino *condottieri* extranjeros, arruinaba las finanzas en todas partes, y cómo los soldados, que a pesar de todo muy a menudo quedaban sin su paga, se la cobraban por sus propios medios, acudiendo a saqueos de toda clase. Con el tiempo llegaron a convertirse sus métodos, en los casos en que Persia no pagaba los subsidios o no podían obtenerse tributos de los

110. *De pace*, 44 y s.
111. *De legg.*, I, p. 630 h.

súbditos, en verdaderas atrocidades para obtener el dinero. Lo que en tiempos modernos ha sido tenido por más despreciable, el gastar los bienes de los aristócratas y de la Iglesia, se realizó entonces. Fuera de los Estados de tiranos, cuyos gobernantes, como es natural, son esclavos de sus propios mercenarios, en quienes confían su bienestar, pero a los que temen como conspiradores,[112] se presenta el espectáculo odioso de polis democráticas que no se someten al servicio militar, sino que, como Cícico,[113] pagan a sus tropas con los bienes confiscados de los ricos, o como Calcedonia[114] emplean un sistema muy peligroso de apresamiento, para obtener el dinero para ellos. Aparte esto, se va formando poco a poco, en las mentes de los osados, una conexión causal entre mercenarios y tesoros de los templos. Lo que hicieron las tropas focenses tenía su antecedente en que Dionisio alistó, con el tesoro robado en Pirgos, un ejército de mercenarios y en sus malas intenciones para con Delfos.[115] En cambio, Arcadia hizo todo lo humanamente posible cuando después de vencer a Élida se abstuvo de emplear los tesoros del templo de Olimpia para continuar la guerra.

La Polis, en el fondo, no sacó gran provecho de los mercenarios, y en la guerra de Queronea, donde los aliados de Atenas (Tebas, Corinto, Megara y Cercira), sin contar los ejércitos cívicos, quizá de mediana importancia, llevaron a la batalla una tropa de 15.000 infantes y 2.000 jinetes,[116] fueron vencidos a pesar de todo. Pero si consideramos el fenómeno en sí, no podremos por menos de reconocer que en ello tenemos un elemento

112. Isócr., *De pace*, 112.
113. Seudo Aristót., *Econom.*, II, 12.
114. *Ibíd.*, II, cf., también, tomo I, p. 347. Sería interesante saber de qué época son estas historias.
115. Diodoro, XV, 14, 14, cf. p. 37.
116. Demóst., *De cor.*, 237.

poderoso del carácter griego, que llevaba el peso de su importancia en sí mismo.

Conviene echar una ojeada sobre las grandes potencias reclutadoras de mercenarios de aquella época: Cartago, Siracusa y Persia. Después de sus grandes victorias, quería Cartago apoderarse de toda Sicilia en el año 406, y emprendió para ello, con un derroche de poder financiero, y aparte el reclutamiento de sus ciudadanos y aliados africanos, el alistamiento de tropas en la mayor escala,[117] pudiendo así lanzar a iberos, baleares, camporios y otros bárbaros de Italia Meridional, sardos, etc., en masa sobre Sicilia,[118] con lo que tal vez los griegos sicanos no tendrían otro remedio que contratar también mercenarios;[119] de estas circunstancias se aprovechaba Dionisio, que, aparte ellos, parece haberse permitido también un reclutamiento regular,[120] aunque su tiranía tiene esencialmente el carácter de mercenaria; respecto a la forma como logró resolver el problema del tratamiento de los mercenarios, ya lo hemos visto en párrafos anteriores.[121] Los mercenarios acudían a él de todas partes y Esparta le permitía expresamente el alistamiento.[122] No obstante, los tenía

117. Diodoro, xiii, 80.

118. Según Polieno, v, 2, 17, los cartagineses habían empleado también griegos en Sicilia; pero, no fiándose ya de ellos, los habían despedido, con sumo gusto para Dionisio; según Plut., *Timol.*, 30, en cambio, se emplearían por primera vez aquéllos por éstos, bajo el mando de Giscón, contra Timoleón. Sobre ellos, cf., también, Diodoro, xvi, 81.

119. Varias ciudades tenían mercenarios antes que Dionisio. Así, por ejemplo, según Diodoro, xiii, 85, Agrigento.

120. Según Polieno, *V*, 2, 14, solía entregar a este ejército cívico las armas, antes de cada campaña, quitándoselas después, y ambas cosas a una distancia de 100 estadios de la ciudad.

121. Cf. p. 45 y s.

122. Diodoro, xiv, 44, 58. Si mandó que los lacedemonios le enviasen 1.000 mercenarios, no tienen que haber sido necesariamente ni periecos ni ilotas, sino que hay que figu-

también de otras varias procedencias no griegas; sicanos nativos, sobre todo campanios e iberos. Como recompensa, les cedió Entela, Catania y Etna voluntariamente, y aunque también cierta vez obligado por una revolución de mercenarios leontinos y contratando, inmediatamente después de esta revolución, nuevas tropas.[123] En varias ocasiones hemos relatado cómo se procuraba el dinero, además de por contribuciones y confiscaciones, por el robo escandaloso de templos.

En la confusión de los tiempos de Dionisio *el Joven* y de Dión, también los mercenarios desempeñan su papel correspondiente, y, al surgir la segunda tiranía de Dionisio (desde 346), cuando éste dominaba sólo mediante tales tropas y espías, algunos capitanes mercenarios fundaron en varias ciudades tiranías semejantes y, al llegar Timoleón, tomaron partido por los cartagineses, pero los 10.000 mercenarios se pasaron a aquél, y, tras la batalla de Crimisos, perecieron también los pequeños tiranos. Después de la muerte de Timoleón, al surgir de nuevo la escisión entre oligarcas y demócratas, cuando los primeros buscaban el apoyo de los mercenarios y era inminente otra guerra con Cartago, se volvió a levantar con Agatocles el sistema mercenario en su forma más terrible y general. Con expatriados, presidiarios que trabajaban en canteras y pobres desesperados formó como estratego sus fuerzas de choque. Por cierto, más tarde, cuando le iba mal, le detuvieron en África, y sólo con grandes esfuerzos logró escapar;

---

rarse una tropa mixta de mercenarios, bajo el mando espartano.

123. Diodoro, XIV, 78. Una vez, cuando quiere despedir a gran parte de ellos y arman por tal causa tumultos, los distribuye en varios puestos y los despide aisladamente, Polieno, V, 2, 11. También era capaz de sacrificar en la lucha, intencionadamente, a una tropa mercenaria insubordinada. Diodoro, XV, 72.

no tuvieron entonces ni comprensión ni piedad para aquel hombre, que indudablemente era un ser extraordinario.

Tras los mercenarios sicanos, que por su empleo político y por componerse en su mayor parte de campanios y medio bárbaros eran específicamente diferentes de sus semejantes griegos, volvamos a tratar del mercenario griego bajo los persas. Persia reconocía francamente que no podía existir sin contratar tropas en Grecia; las necesitaba como la Roma imperial a los germanos, por la sencilla razón de que sus reyes adversarios de Egipto también los tenían, y así los encontramos bajo el Gran Rey como al servicio de los sátrapas. Una vez (380) tiene que dominarse Atenas y hacer regresar a Cabrias, que había ayudado con sus mercenarios griegos a Nectanebo, dueño del Egipto sublevado, y poner, además, a disposición de Farnabazo, que tenía que someter el país, a Ifícrates, a pesar de lo cual no se logró someter a los sublevados. Al mismo tiempo (375), para terminar la guerra beocia bastaba sólo que Artajerjes lo insinuara, ya que el rey necesitaba los mercenarios a su vez para hacer la guerra.[124] Si los persas hubieran tenido los ojos abiertos, el Gran Rey podría haber contratado, en una época en que toda la fuerza militar de los griegos estaba a disposición del que tuviera dinero,[125] y tan sólo con voluntad firme, y por su alianza con varios Estados helenos, todos los mercenarios griegos aun contra la misma Grecia, ya que los tesoros de Ecbatana estaban todavía intactos; es un optimismo sorprendente el de Demóstenes cuando en su discurso a los simorios (31, sig.) dice que si bien acudían mercenarios griegos al rey persa para lu-

124. Diodoro, xv, 29, 38.

125. Ya dice Lisias en *Olimp.*, 5: τὰ τῶν Ἑλλήνων σώματα των δαπανᾶσθαι δυραμένον ἐστι.

char contra los egipcios y otros revoltosos, estaba convencido de que ninguno se prestaría a luchar contra Grecia.[126]

Las últimas sumisiones de las provincias occidentales persas sublevadas le fueron posibles al rey Oco, a pesar de que Atenas y Esparta le habían negado el alistamiento en su territorio, gracias a los mercenarios griegos, encontrándonos, después de la caída de Sidón, con el rodense Méntor, Lácrates con un contingente tebano y Nisóstrato con uno argivo. En Pelusio lucharon, gracias a la ambición mutua, griegos contra griegos en la forma más heroica, y cada una de las tropas helenas tenía en la batalla, además de su propio estratego, un jefe supremo bárbaro. Es cierto, en cambio, que los griegos de Nectanebo, después de su derrota, capitularon con relativa facilidad ante los de Oco (que prometieron llevarlos indemnes a su país) y entregaron Pelusio. Méntor, empero, alcanzó ahora inmenso poder, por obligar al eunuco todopoderoso Bagoas a hacer causa común con él, y cederle la misma posición en el occidente del Imperio que éste ostentaba en su parte oriental, convirtiéndose al mismo tiempo en el contratista principal de mercenarios para todo el Imperio. Profusamente obsequiado por Oco, pudo conseguir fuera readmitido y congraciado su hermano Memnón, que, habiendo caído en desgracia, se hallaba huido, y quien luego, al acaecer su muerte, vino a ocupar su lugar.[127]

De todos modos falta en el Imperio persa, en tiempos de Oco y Arses (338-336), o mejor dicho, de Bagoas, que gobernaba ilimitadamente en Susa, exterminando a ambos reyes y a sus familias, una dirección inteligente y central. En vez de alarmarse por el ejemplo peligroso, que ya Ciro *el Joven* había experimentado,

126. Schäfer, *Demóst.*, I, p. 414.
127. Cf., sobre estos acontecimientos, Diodoro, XVI, 44-52.

de utilizar griegos contra el gobierno persa, entonces, y aun bajo el reinado de Darío Codomano, tal cuestión les tenía sorprendentemente despreocupados. Todavía cuando Filipo mandó a Atalo y a Parmenio al Asia, Memnón no pudo hacerles frente con más de 4.000 hombres, y después de la muerte de Filipo estuvieron por mucho tiempo sin la menor preocupación. Por fin pareció que Memnón había conseguido un armamento más poderoso; por lo menos, en el año 335, logró echar a los macedonios de Asia con 5.000 hombres, mandó un mensaje persa invitando a los Estados griegos a una alianza contra Macedonia, se dieron subsidios persas a Atenas, y sigue a ello el romper las hostilidades de parte de Tebas y su catástrofe.

Llega ahora la invasión de Alejandro. Éste, intencionadamente, limitó su ejército a 30.000 infantes y 5.000 jinetes. Le hubiera sido fácil ampliarlo considerablemente con mercenarios, pero no se llevó más que 5.000 de éstos, por ser el abastecimiento más seguro con pocos; el resto eran macedonios, contingentes de aliados griegos y semibárbaros con armamento ligero. Memnón, empero, no tuvo bastante crédito en el consejo de guerra persa para lograr que no le fuera presentada batalla, sino que fuera expuesto al hambre mediante el asolamiento del país. En mayo del 334, en contra de su voluntad, se llegó al encuentro del Granico, en el que los infantes (cerca de 20.000 mercenarios griegos) no llegaron a entrar en acción, siendo todos acuchillados sin piedad, a excepción de unos 2.000, después de la huida de su caballería. Los supervivientes fueron llevados con cadenas a Macedonia, destinándolos a trabajos forzados; Alejandro los trató (al igual que los generales de la primera República francesa a los emigrados) como desertores y traidores. Memnón se retiró a Halicarnaso, y con él los capitanes atenienses Efialtes y Trasíbulo. Cuando aquí ya no pudo mante-

nerse se fue a Cos, e intentó llevar la guerra a espaldas de Alejandro, es decir, a la propia Grecia, pero murió en el asedio de Mitilene, lo que supuso una pérdida muy grave para el Imperio, ya que las tropas estuvieron mandadas desde entonces por persas necios, siendo aniquiladas paulatinamente grupo por grupo.

En Isa, Darío reunió otra vez 30.000 mercenarios griegos, que lucharon valientemente, pero fueron aniquilados en la derrota, salvándose sólo 8.000, que en buen orden se retiraron a Trípoli, de donde navegaron a Chipre y a Egipto. Alrededor de Darío se colocaron varias veces miles de mercenarios griegos, cuya lealtad fue prueba de que sólo luchaban por la paga.[128] En Arbela formaron su guardia personal, y aun en su huida hacia Ecbatana, 2.000 de ellos estuvieron a su lado bajo el focense Patrón y el etolio Glauco; este resto de los 50.000 helenos que habían servido bajo sus banderas le permaneció leal aun contra Beso. Cuando, a pesar de todo, no pudieron salvarle, capitularon los últimos 1.500 incondicionalmente, siendo incorporados al ejército de Alejandro.

Una vez que éste se apoderaba de las cámaras repletas de los tesoros persas, podía emprender un alistamiento de hombres que le pondría en condiciones de conquistar realmente todo el mundo de aquellos tiempos.

Volvamos a echar una ojeada sobre Atenas. Esta ciudad todo lo explica mejor que otras, no ya porque estamos bien provistos de testimonios históricos referentes a ella —la historia política, al contrario, tiene que adivinarse a través de las obras de Jenofonte, Diodoro y otros más—, sino porque de ella conocemos, por los oradores y al principio también por Aristófanes,

128. Schäfer, *Demóst.*, III, 172 s.

una multitud de hechos morales. Estos hechos son tales, que pudiéramos poner como lema al principio de nuestras observaciones una frase de Isócrates, que nos cita Eliano, según la cual la ciudad, para una estancia pasajera, era más agradable que cualquier otra ciudad de Grecia, pero para una vida duradera no ofrecía ya seguridad, y ello a causa de los sicofantes y demagogos.[129]

¿Qué había pasado después de Egos Potanos? Era un hecho conocido, y el mismo Andóciles lo expresó claramente, la desagradable verdad[130] de que, después de aquella catástrofe, fue a Esparta a la que se debió siguiera existiendo Atenas, porque, de haberse cumplido el deseo de los posteriores aliados de Atenas, los tebanos y corintios, los ciudadanos atenienses hubiesen sido vendidos como esclavos y destruida la ciudad. Es cierto que Esparta salvó a Atenas sólo para evitar que Tebas se volviese demasiado poderosa, como, después de Leuctra, no fue precisamente la nobleza del alma[131] el motivo que movió a Atenas a mandar a Ifícrates con 12.000 hombres en ayuda de los lacedemonios, que pedían auxilio, sino más bien por preocupación y envidia hacia la Tebas cercana. De todos modos, se aseguró entonces la supervivencia de Atenas, y, después del corto dominio de los Treinta Tiranos, también el Estado pudo ser reconstruido mediante la completa restauración de la democracia en sus antiguas formas. No obstante, la amnistía general que entonces se con-

129. *V. H.*, XII, 52. Compara la ciudad con las heteras, con las cuales se desea estar junto a veces, pero nunca, a no ser un loco, convivir con ellas toda la vida.

130. *De pace*, 21. Antes ya subraya (19) el ánimo conciliador de los lacedemonios, a pesar de sus victorias, y pregunta: «¿Qué paz habrían alcanzado ellos, en cambio, de nosotros, si hubiesen sido vencidos en una sola batalla?»

131. Con ello motiva Diodoro, XV, 63, la ayuda prestada.

cedió fue algo dudosa desde un principio. Lo que con severa lógica los oligarcas habían previsto, cuando se aprovechó la derrota de la ciudad para implantar una Atenas sin defensas, sin buques y sin poderío, sabiendo que con la democracia volvería a los antiguos derroteros de la ambición política desenfrenada y cruel y del sicofantismo, se realizó, a pesar de la palabra dada, rápida e inevitablemente. Por todas partes fueron presentadas demandas posteriores, y como en todo había algún recuerdo de aquella época confusa, los sicofantes podían echar mano al botín inmediatamente después de efectuada la restauración.[132]

En política exterior se vivía de las reminiscencias

132. Cf. el párrafo en el que Andócides previene a los atenienses de restar valor a la amnistía, por hacer excepciones parciales, privando a muchos de la seguridad (*De myst.*, 103 y s.), y recuérdese, además, por ejemplo, aquel caso tratado por Lisias en su discurso, XVIII. Eucrates, el hermano del caudillo militar Nicias, y Niceratos, su hijo, perecieron bajo el dominio de los Treinta, porque desdeñaron participar en aquella política. A pesar de ello, fue solicitada la confiscación de la herencia de Eucrates, por un pretendido delito, inmediatamente después de la restauración de la Democracia. Este primer intento no tuvo éxito, pero en el 397, probablemente, cierto Poliuco volvió a solicitarlo, y entonces se defienden (8) los hijos de Eucrates, preguntando: «¿Quién sería de esta forma más desdichado que nosotros? Bajo la oligarquía se nos mataba porque éramos partidarios del pueblo; bajo la democracia se nos quiere despojar de nuestros bienes pretendiendo que fuimos adversos al pueblo». Después de esto (16, 20), el orador echa a los jueces en cara que solían decidir aquello que más ventajoso parecía a los oradores personalmente, que se podrían comprender todavía estas confiscaciones si el Estado sacase provecho de ellas, pero tal como se procedía, lo confiscado solía desaparecer o ser vendido a un precio irrisorio, por lo que el Estado andaría mucho mejor sin las confiscaciones y contando, en cambio, con las liturgias de los pudientes. Muy elocuente es la introducción del final: «No puedo, señores jueces, presentar a nadie como intercesor en favor nuestro, porque de

de la época de Pericles. Éste había intentado en su tiempo prepararlos mediante una ocupación (u ocio) netamente política y artística, para una hegemonía permanente sobre los demás griegos, y, en cambio, había creado la democracia, con todas sus consecuencias. Con ello se habían despertado todos los apetitos en el resto de Grecia, que también era vanidoso, y la consecuencia fue la guerra del Peloponeso. Todos los Estados hubiesen necesitado la paz urgentemente una vez terminada la guerra, pero como en el interior de los hombres la hostilidad de los ánimos era demasiado grande, no bastaban la voluntad o conveniencia para guardar la paz; el sufrimiento interior, la fiebre abrasadora, volvía siempre a producir sus erupciones. De tal manera, que la pérdida en hombres de la humanidad griega proseguía en su trayectoria devastadora, primero en forma de guerra, con la beociocorintia,[133] en

nuestros deudos unos han caído como valientes y defensores del poder del Estado en la guerra, los otros han bebido la cicuta bajo los Treinta, como defensores de la democracia y de vuestra libertad; la virtud de nuestra casa y la desgracia de la ciudad son las causas de nuestro aislamiento». (Habría que obligar a ciertos hombres eruditos, que todavía alaban la Atenas del siglo IV, a que viviesen en ella tan sólo un año.) Según la importante hipótesis de Lisias, XXXIV, se temía ya, ante la caída de los Treinta, que las masas pudieran, una vez en posesión de su poder anterior, perseguir a los pudientes, y un tal Formisio propuso que el derecho activo de ciudadanía fuese reservado sólo a los terratenientes, por lo que 5.000 ciudadanos hubieran sido excluidos del mismo. Lisias y su cliente, desde luego, son completamente opuestos, pero en el fondo este temor estaba muy justificado.

133. Para la conclusión de la paz es pronunciado, durante esta guerra, el discurso de Andócides, *De la paz.* El orador enumera cómo en el siglo V aumentaba el esplendor en Atenas cada vez que eran hechas las paces; refuta a los necios que quieren seguir guerreando hasta que los lacedemonios estén agotados por la lucha, amonestándoles, con lo que tenía que esperarse en tal caso de parte de los bár-

que a las luchas en campaña se añadieron las revoluciones urbanas de cada partido, y, después de la paz de Antálcidas (387), con las riñas en aumento entre tantas polis convertidas en autónomas. Es verdad que Atenas se vio algo aliviada ahora de la opresión espartana, y después de la liberación de la Cadmea (378) fue incluso posible la reconstrucción de una alianza naval ateniense. Cabrias venció en Naxos (376) y Timoteo (375) en Leucadia sobre armadas lacedemonias. Además, se denominaban aún las islas de Lemnos, Imbros y Esciros y un territorio en el Quersoneso tracio, pero la nueva hegemonía era muy modesta, el ejército cívico terrestre continuaba siendo débil, así que toda política «grande» era imposible por ahora. Atenas ya no ejercía ninguna fuerza mágica, y aunque tuviera para sí todavía sus nervios, sin embargo estaba lo bastante desilusionada para no volver a permitirse una locura colectiva como la de Sicilia; sólo una vez había podido jugarse la existencia a una sola carta, pero después de esto ya no era posible.

Como la envidia es aún más fuerte que el odio, después de Leuctra, como queda dicho, se unían con Esparta contra Tebas, pero ya no eran sus armas las que decidían, y todas las alianzas y guerras de Atenas

baros (es decir del Gran Rey, que no puede tolerar ninguna hegemonía unilateral en Grecia); menciona la falta absoluta de medios para hacer la guerra; subraya el espíritu reconciliador que habían demostrado los lacedemonios hasta la fecha, a pesar de sus victorias, y como se les había contrariado siempre en esto, demuestra la falta de valor de una alianza con Argos (citando como mal corriente —en contraste diametralmente opuesto a la cita referida en p. 191 de Eurípides— que Atenas se una al más débil en vez de buscar alianza con el más fuerte y que haga la guerra por los intereses ajenos en vez de los suyos propios) y menciona como medios por los que antes se había enaltecido Atenas, la persuasión, el engaño, el soborno y la violencia.

de esta época resultaron estériles. Bien podía molestarles que un Pelópidas, con su fama de guerrero, fuera más apreciado por el Gran Rey que Atenas con su retórica,[134] pero lo peor de todo era verse obligados diariamente a tener a la vista a Egina, que en 457 se había hecho tributaria; en 431, tras la expulsión de sus habitantes, se había poblado con clerucos, y después de Egos Pótamos les había sido quitada, devolviéndola a los eginetas.[135] Este solo hecho basta para poderse figurar el ánimo de los atenienses, parecido al que más tarde sentiría Esparta ante la restauración de Mesenia; con esto tenían que sufrir el dar por no realizada su hazaña política, probablemente lo más fuerte de todo para ellos.

Ya que el poderío exterior se había perdido, aunque las pretensiones seguían, la máquina estatal se saciaba en la política de la propia Ática, al mismo tiempo que existía el continuo e intenso temor por el supuesto peligro de que alguien pudiera derribar la constitución democrática existente. Explotando este temor supersticioso fue como combatieron los rétores, por ejemplo, durante la guerra beociocorintia, la negociación de una paz con Esparta.[136] Cuán fuerte había llegado a ser el asco que en general se tenía a la política, nos lo demuestran *Las asambleístas,* de Aristófanes (quizá representadas en el año 392). En esta obra, hasta el escarnio y la malicia tienen algo de tullido; es la primera de este poeta en la que no aparece en escena ningún contemporáneo, mientras a muchos de ellos los menciona y los escarnece ocasionalmente, y donde no lo hace así, por lo menos divierte a la posteridad con

134. Plut., *Pelop.*, 30.
135. Los eginetas prohibieron ahora a todo ateniense la entrada en su isla.
136. Andócid., *De pace,* 1 y s.

las más curiosas críticas generales.[137] Es cierto que la injuria posiblemente había perdido gran parte de su efecto en el siglo IV, pero que se prohibiesen las caretas personales se debería más bien al hecho de que ahora podían prohibirse. Ni Estado ni público tenían ya celebridades como los Cleón, Eurípides y Sócrates; las personas de primer rango vivían apartadas de ambas, parte de ellas en pobreza voluntaria, y Atenas tuvo que contentarse para sus asuntos con gente inferior, prescindiendo de lo que se murmurase de ella.

En esto precisamente es en lo que hay abundancia; se propone se hagan cargo del Estado las mujeres, porque, según se queja Praxágora, que las capitaneaba (176, sig.), la Polis siempre elige los peores jefes, cada uno de los cuales, por un día que haya sido justo y honrado, es injusto y deshonesto durante otros diez, y cada sucesor causa aún mayores males que su antecesor. También el demos no mira más que en su provecho personal, a la Asamblea popular acude sólo, como los cargadores de barcos, por los tres óbolos, es decir, que toda cuestión se reduce al cobro de un jornal.[138] El filisteo ateniense aparece (435, sigs.), según testimonio de su mujer, como ladrón, sicofante e infame, y esto en su tipo medio. Sólo saben callarse las mujeres, mientras que los hombres mismos reconocen que todo lo que ellos deliberan lo divulgan, con la diferencia de que no se engañan uno a otro, mientras que ellas lo hacen por muchos testigos que haya. Se da a entender (473, sig.) como una muestra de la ligereza imperante, que para aquella generación no sería un don tan inde-

137. Cf. lo que dice en 112 y s., sobre la gente joven, de la cual salen los mejores oradores.

138. Hay un juego de frases con la palabra ἀρχή. También en él se habla del odio que tienen los atenienses a todo cuanto existe.

seable el antiguo consuelo optimista: «Todo lo que nosotros —los atenienses— decidamos de insensato y necio, nos sale perfectamente», y con bella forma se expresa la inclinación ateniense por todo lo nuevo e inaudito, al decir (455, sigs.) que se debería entregar el Estado a las mujeres, porque era lo único que todavía no se había intentado; y cuando a la heroína, en su temor irónico de que esto podría causar escándalo (586, sig.), se la tranquiliza diciéndole que no se preocupe por tales innovaciones, porque ellas y el descuido de lo antiguo y acostumbrado reinaban en Atenas y sustituían para los atenienses cualquier otro régimen.[139] También en el *Pluto*, que en su forma existente ha sido puesto en escena el 388, predomina un ambiente igual de desaliento. A los buenos les va mal, y a los malos, bien; los rétores se enriquecen; del supuesto amigo hay que guardarse contra cualquier jugada sicofantesca (377, sigs.), y, sobre todo, aparece una inmensa pobreza general. También aquí desempeña su papel la paga de eclesiastas y heliastas (329, sig., y 1.166, sig.), debido a los malos honorarios han dejado de existir los buenos médicos (407, sig.); la miseria es tanta, que hay quien ha empeñado hasta la coraza y el escudo (450 y sig.). En el Asclepión reina la misma pobreza, y el sacerdote vive de los pasteles e higos que roba de la mesa sagrada y que «santifica» metiéndolos en su propio bolso; el que la gente pobre robe con toda regularidad las comidas que los pudientes mensualmente colocan en las tumbas de sus muertos, sólo es concebible en una época de la más profunda miseria.

En medio de esta miseria, como hemos visto,[140] a ciertos oradores les entra un idealismo sin par a favor

139. Se habló de ello anteriormente.
140. Cf. 274.

del siglo precedente, pudiendo recordar cómo en el *Areopagítico,* de Isócrates, mediante el elogio del tiempo anterior, se caracteriza el presente, es decir, el del régimen de Eubulo. Las propuestas del orador, tendentes a una restauración del poder del Aerópago, eran irrealizables, ya que no era factible hacer revivir el antiguo modo de ser, la condición previa para tal restauración.[141] También tiene evidentemente ideas fabulosas de los siglos VI y V, y su erudición histórica y política no era nada considerable; probablemente habría inventado alguna que otra cosa, ya que tampoco le importan los hechos, mientras en su discurso logra redondear bien los giros y dotarlo de dinamismo. Pero como este discurso es un verdadero resumen de todo el malestar, en la democracia ática del siglo IV, por las quejas que da de su propio tiempo, es en sumo grado instructivo para nosotros. Isócrates se figura una Atenas antigua tal como nunca existió, es decir, algo democrática, pero a pesar de ello, todavía justa y feliz; a través de todo el discurso se ve, pues, la ridícula fanfarronada de la democracia ática, al mismo tiempo que el lamento sobre la democracia concreta. De los buenos tiempos de antes relata que no fueron condicionados los cargos públicos, ni tampoco hubo tanto afán y pretensión para obtenerlos. Cada uno atendía a sus propios negocios, y no se le hubiera ocurrido a nadie la idea de exigir que éstos fuesen subsidiados con medios de la hacienda pública. El que disponía de tiempo libre y de bastantes bienes tenía que servir a la comunidad

141. Cf., también Demóst., *Ad. Aristócr.,* 65-79, en el trato ridículo de cosas sagradas que da a los tribunales antiguos que proceden de tiempos míticos (¡y que, no obstante, estarían a cargo de los atenienses de aquellos tiempos!). Los menciona todos (Areópago, Paladio, Delfineo, Pritaneo, este último en Preatis) con sus antigüedades.

como un criado; los honrados eran elogiados; los deshonestos, castigados sin piedad; en el culto, los nuevos lujosos sacrificios no habían sustituido aún a los viejos y tradicionales; la concordia entre ricos y pobres era tan grande, que los pobres vivían sin envidia y convencidos de que su propio bienestar iba mejorándose a la par que aumentaba la riqueza de los ricos, y éstos, considerando la miseria de los pobres como una vergüenza para ellos, ponían remedio a esto mediante la entrega de tierras por una renta baja, empleándoles en su comercio exterior y facilitando otras actividades; es más, se veía con más agrado al que prestaba dinero que al que lo devolvía. De esta manera hubo paz interiormente, y a cada enemigo exterior se le dominaba...; pero es que entonces tampoco la juventud pasaba su tiempo sentada en los sitios donde se jugaba a los dados y donde los flautistas tocaban; si tenían —raras veces— que atravesar el Ágora lo hacían con toda modestia; contradecir a gente de más edad u ofenderla era considerado entonces como cosa más grave que ahora el hacer lo mismo respecto de los padres; comer o beber en una tasca no se atrevía a hacerlo ni siquiera un esclavo bien educado, y los chistosos y burlones que lón) talentos (εὐφυεῖς), entonces eran considerados gente ahora se llaman (con haberse generalizado el tono burdesdichada. La mayor culpa de este cambio la tiene, según el orador, la generación inmediatamente anterior, que quebrantó el poder del Areópago; pero que, aun con todo, no se estaba dispuesto a arrepentirse ni enmendarse, lo demuestran las frases, como aquella que dice que la democracia había adornado tanto la ciudad con instituciones humanas y divinas, que aun ahora los visitantes extranjeros la consideraban digna de dominar a todos los helenos y al resto del mundo; de todas formas, se habían producido cambios importantes en el modo de ser de los ciudadanos. Si antes y durante

la guerra del Peloponeso los banausos habían sido poderosos en el Estado, después de la restauración «la falta de hombres» hizo necesario conceder los derechos de ciudadanía a muchos extranjeros, que, como tesalios y andrios, habían llegado de este modo (probablemente a través de la fase intermedia del estado de metecos), en gran cantidad, a obtener los derechos de ciudadano ático.[142] Que esto fue necesario debido a la muerte de muchos atenienses originarios durante la guerra del Peloponeso, nos lo prueba la cita importante de Isócrates, quien en su discurso de paz (86 y sig.) enumera todas las grandes pérdidas en hombres sufridas por Atenas, desde la expedición egipcia del 458, y sigue de esta manera: «Cada año se erigía una tumba común, a la cual acudían en peregrinación nuestros vecinos y otros helenos, no para llorar sus muertos con nosotros, sino para gozarse con nuestras pérdidas. Con todo esto no se daban cuenta que las tumbas las llenaban de ciudadanos, y, en cambio, las fratrías y listas de ciudadanía se llenaban con quienes no tenían nada que ver con la ciudad..., pues las familias de los hombres ilustres y las casas más encumbradas, que habían sobrevivido al tiempo de los tiranos y la guerra persa, vemos que están exterminadas. No es digna de titularse dichosa una unidad que de todas partes y a la ventura acumula ciudadanos, sino aquella que mantiene desde un principio la mejor raza entre sus colonos.»

Las grandes contradicciones que existían en el régimen de esta polis las hemos dado a conocer en la parte segunda de esta obra.[143] Por un lado existe un régimen tiránico en extremo, desde el momento que el Estado (mediante la Asamblea o poderosos tiranos)

142. Andócid., *De myst.*, 149.
143. Tomo I, p. 293 y s.

tiene siempre la razón, sospechando enemigos en todas partes, infligiendo penas de muerte por cualquier insignificancia y empleando la confiscación de bienes como fuente constante de su hacienda, y por otro lado hay un funcionamiento desordenado en extremo de los órganos del Estado, entre los cuales el redactor de leyes Nicómaco[144] y sus amigos forman una verdadera ilustración de *Las asambleístas,* siendo el Estado ateniense entero incapaz de oponerles resistencia. La «fabricación» de leyes florece de tal modo, que, según expresión de Isócrates,[145] que ve en la multitud y sutileza de las leyes un mal augurio para la situación política, las estoas están más llenas de documentos que las mentes de la conciencia de la justicia, así que se decretan una multitud de leyes oportunistas y con fuerza retroactiva. Todo ello, a pesar de que la institución del Estado mantiene aún gran parte de la complicada cautela formalista, y así, por ejemplo, tratándose de nuevas leyes, el que las propone tiene la obligación de exponer públicamente en el mercado el texto del proyecto de ley y a su lado la ley antigua, para que cada uno pueda examinar y adelantar sus reparos en la Asamblea popular, e incluso nombrar los ciudadanos abogados defensores de la anterior. Es que la legislación y el sistema de la administración de la justicia no impiden que el Estado se haya convertido en un órgano para poner trabas y persecuciones, y que los individuos se hayan hecho malvados y corrompidos; los oradores nos prueban hasta qué punto la ley es eludida o incluso a veces directamente contravenida.

Cuanto más patéticos son los ademanes del Estado y cuando más tiránicas son sus intenciones en cada

144. *Ibíd.*, p. 296 y s.
145. *Areop.*, 40 y s.

caso, tanto mayor es el ánimo de desenfreno en el individuo y la decisión de burlar sus leyes. El arte de la perfecta astucia, practicado aquí (lo que el griego llama πανοῦργον), y en el que la gente, para conseguir su provecho propio, arriesgaba su vida con la mayor ligereza, es algo sorprendente; así, por ejemplo, se amenazaba con la muerte, en caso de contravención, a todos los que se dedicasen al tráfico de cereales, según vimos anteriormente (247 y sig.). Las contribuciones al Estado, odiosas al ciudadano por su degeneración y congojas, se eludían tan pronto como se disponía de la suficiente influencia; así, por ejemplo, se les reprochaba vehementemente a trescientos de los más pudientes, que formaban la primera clase en las divisiones establecidas el año 357 para el equipo de trirremes (συμμορίαι), y que tenían que adelantar el dinero en la preparación de cualquier expedición, que hubiesen repartido las cargas injustamente sobre los menos adinerados, por lo que el equipo se solía efectuar a menudo de un modo lento y deficiente.[146] «Con toda seguridad os roban lo vuestro. O bien no se da nadie cuenta de ello, y entonces gozan de los frutos del robo sin

146. Cf. Rauchenstein sobre Demóst., *De cor.*, 103. Demóstenes se jacta, en 107 y s., de haber mejorado la situación en todos los aspectos, por su ley. Muy característica de la manera cómo los desvergonzados se evadían de las cargas del Estado, es el caso de Diceógenes, que sienta el motivo para el discurso v de Iseo. «No le compadezcáis, señores jueces —se dice en 35 y s.— como si fuera pobre y mísero, ni le favorezcáis como si hubiese hecho algún bien para la ciudad. Yo demostraré que es rico y que se portó de la forma más vil con la ciudad, parientes y amigos. Su coregia, a la que no logró substraerse, la ha cumplido míseramente. Como tantos se presentaron para trierarcas, no se encargó de ninguna trierarquía, ni participó en ninguna en unión de otros, en tiempos en que la gente cuyos bienes ni siquiera alcanzaban el importe que él cobra sólo en alquileres fueron trierarcas... Cuando todos los ciudadanos paga-

temor, o bien se revela, y entonces se libran del peligro pagándolo con una parte del botín de sus fechorías, o cuando llega el pleito se salvan por sus influencias». Así habla Lisias en un discurso suyo pronunciado durante la guerra beociocorintia,[147] refiriéndose a determinados sujetos, a los que echa en cara haberse convertido con la guerra de pobres en ricos, enriqueciéndose con los bienes del pueblo, que por ellos se había quedado mísero en grado tal, que ya no se enfadaba por lo que éstos le robaban, sino que se contentaba y agradecía lo que todavía le dejaban. Los funcionarios del Estado eran todos, según las circunstancias, sobornables, y precisamente por eso se codiciaban estos cargos, porque en ellos podía uno ser sobornado. En muchos no se haría sentir sólo la intención de aprovecharse del riesgo, sino que lo decisivo era más bien cierta osadía y la delicia de ser por una vez un impostor con éxito. A nosotros nos dan la impresión todas estas cir-

ban para la guerra —coríntica— y la salvación de la ciudad tantos impuestos sobre sus fortunas (εἰσφοραί), él no pagó nada, ni siquiera las 300 dracmas a que se había comprometido, cuando una vez le amonestó alguien en la Asamblea popular. Su nombre fue puesto luego en una lista, colocada delante de las estatuas de los héroes de la tribu, con la inscripción difamatoria: «Los siguientes se han comprometido a contribuir al demos voluntariamente con dinero, para la salvación de la ciudad, y no han cumplido su promesa». «Otra serie de tacañerías y de vilezas de Cicéógenes para con su familia, amigos y templos, es en sus detalles parecida a otros casos similares, pero que pocas veces se encuentran acumulados en tal grado. Tal individuo era descendiente de Harmodio, aunque no participó en los convites del Pritaneo. Lo triste es que tal personaje puede ponerse en jarras delante del juzgado.»

147. Or., XXVII (contra Epícrates), 6. También el discurso siguiente (contra Ergocles) empieza con una poderosa diatriba contra aquellos que en una época de gran aumento en los impuestos se enriquecen robando al Estado y dejándose sobornar.

cunstancias de que a la mayoría de los atenienses de entonces les hubiera convenido, mejor que su situación en la Polis, una vida privada tranquila y trabajadora bajo el amparo de la policía.

En medio de todo ello perora a voces un charlatán hacendista que pretende recetar al Estado unas medicinas soberbias, con las que podría hacerse dichoso. Es el autor del escrito *Sobre los ingresos,* es decir, Jenofonte *el Viejo* —si es que él fue el autor—, quien, en tiempos de la Guerra Sagrada, después de levantarle los atenienses su condena de destierro, escribió su tratado en favor de Eubulo.[148]

Hemos visto ya[149] cómo Jenofonte, mediante el trato mimado a los metecos, a quienes incluso pretendía regalar valores para edificar y organizar un instituto especial, el *Metecofilaces,* y mediante la explotación de las minas de plata y aumento de los esclavos mineros, pretendió acrecer los ingresos del Estado hasta lo infinito,[150] y todo esto porque se figura, en sus conceptos chapados a la antigua, como deseable y posible una ciudadanía, existente sólo para el Estado y su poderío. Los tiempos para ella hacía mucho que habían pasado. En cambio, constituye un fenómeno general de la vida ateniense de entonces que se exijan derechos en vez de deberes y diversiones en vez de trabajos, revelándose en ellos las consecuencias fatales del concepto antibanáusico. Como no se sentía la felicidad y la satisfacción que da el trabajo verdadero e intensivo, y quería

148. Esto, según lo supuesto por Boeckh, *Staatshaush.,* tomo I, 2, p. 777.
149. Tomo I, p. 202 y s.
150. El mismo fin se intentaba al facilitar a los comerciantes y navieros extranjeros el tráfico con Atica, mediante una rápida justicia comercial, y proedrias, y convites, para los cuales el único gasto consistía en «sefismas liberales y atenciones».

vivirse fuera de su sistema, tenía que buscarse otro camino para lograr una buena vida, y en este afán todo se llegó a considerar lícito. A menudo se convertían en canallas y criminales; los perjurios y testimonios falsos, el hurto común (el λωποδυτεῖν y el τοιχωρυχειν) y los viles asesinos con ánimo de lucro, estaban a la orden del día, y se formó la figura odiosa del parásito. Hubiera sido harto necesario por parte del Estado quitarle a tiempo a esa chusma las ganas de la holgazanería y la lujuria, pero desgraciadamente ocurrió al contrario, que aquél no tenía fuerza para proteger a nadie, ni en pleno día, contra los ataques más infames, sino que, al revés, ponía a disposición del atacante todo el arsenal de sus formas e instituciones.[151]

Para conocer al detalle el estado mísero en el que se encontraba la Atenas contemporánea, el orador Iseo es el más instructivo de todos, aunque sus discursos pronunciados en pleitos civiles sólo iluminan una parte de la infamia griega. Sobre todo puede uno enterarse por él de cómo la herencia que no estuviese protegida por gente muy resuelta y fuerte era acechada por gran número de rufianes codiciosos. En el discurso IV, por ejemplo, se da el caso siguiente: Ha caído en la guerra, fuera de su patria, cierto Nicóstrato, y los herederos naturales de su fortuna, que no importa más que dos talentos, son dos hijos del hermano de su padre. Gran número de individuos se cortan entonces el pelo y llevan luto como si tuvieran derecho a heredar. Uno pretende ser el sobrino del testador; se le prueba que es un impostor, y retira su demanda; otro pretende que el testador se lo ha legado todo, pero también se le hace callar; otro más presenta al arconte un niño de tres años del testador, a pesar de que éste había estado

151. Cf. tomo III, p. 461.

ausente de Atenas durante once años; otro dice que aquél había legado sus bienes a Atenea y al mismo tiempo también a él; otros dos más pretenden que perdió un pleito contra ellos por un talento, pero, como no lo pueden probar, terminan por pretender que el muerto fue un esclavo manumiso suyo, lo que tampoco logran probar. Son ellos los que desde un principio se arrojaron ávidos contra la herencia; al ser rechazados, sólo perdían el importe del depósito hecho al empezar el pleito, que ascendía a una décima parte del capital en litigio, y con razón opina el orador que esto era demasiado poco y que el rechazado debiera de pagar al Estado tanto como había querido ganar en el litigio, ya que entonces acabarían tales desprecios a la ley, ofensas a parientes y difamaciones de muertos. Luego llega otro reclamante con un presunto testamento del muerto a su favor, impugnando al mismo tiempo que éste haya sido hijo del tío de los herederos, y pretendiendo lo haya sido de otro hombre distinto. De forma semejante, en el discurso VIII, Diocles, un pariente acucioso, emparentado sólo por casamiento, pretende delante de los propios hijos de la hija de un tal Cirón, y por lo tanto sus únicos herederos, que su madre no había sido siquiera hija de Cirón, al mismo tiempo que sale a relucir, para caracterizar aun mejor a este hombre infame, que los bienes que le permiten ahora dárselas de gran señor son bienes ajenos; se apoderó de ellos al introducirse como hijo adoptivo de un padre que dejaba tres hijas herederas, a pesar de que éste no hubiera dejado ningún legado a este respecto. Cuando los bienes de dos de estas hijas fueron reclamados por sus maridos, supo apoderarse del de la mayor de ellas, encerrándole y maltratándole de manera injuriosa, por lo que fue denunciado por ultraje, pero logrando haber quedado impune hasta aquella fecha. Al marido de la otra hija lo hizo asesinar por

un esclavo, al que mandó fuera del país; inculpó del crimen a la hermana, y después de intimidarla por sus infamias, substrajo al hijo de ella, del que se había hecho tutor, toda su fortuna, apoderándose de su finca, a cambio de la cual no dio a aquéllos más que algunas tierras pedregosas. Por esta horrenda exposición de hechos puede verse lo que ocurriría en Atenas para apropiarse de bienes a la fuerza, y los desmanes que podían quedar impunes. No existía ningún fiscal, ni se levantaba contra tales individuos —según parece— ningún sicofante.

Casos corrientes serían aquellos, similares al que constituye el motivo del discurso VII, en que un tío, como tutor rapaz y desleal, pretendiera ser él mismo coheredero, además de malversar la herencia del fallecido; o en que una familia, como la de Demóstenes, tuviera que aguantar que la herencia le fuera robada mediante fallo injusto del juzgado, hasta que los herederos en derecho o sus hijos hubieran llegado a la edad de poder hacer valer su derecho ante el tribunal.[152]

Otro ambiente, a saber el de las instituciones del derecho cívico, es aclarado por el discurso de Demóstenes contra Eubúlides. Aquí se trata de aquellas depuraciones en los demos, en las que todos los que no fueran engendrados por un ciudadano y una ciudadana (y efectivamente muchos con razón) eran eliminados y degradados a la condición de metecos. Es cierto que contra ello hubo posibilidad de apelar delante del Tribunal popular, pero quien obtuviera un fallo desfavorable era vendido como esclavo. Aprovechándose de estas circunstancias, se había introducido en este proceso

152. Sobre el hecho de que después hubo también encargados por parte de la autoridad, que levantaron denuncias falsas contra un tutor leal, cf. Lisias, fragm. XXVIII, 43.

del demo Álimos una persona con el nombre de Eubúlides. Frente a sus víctimas, entre las que se encuentra Euxiteo, el cliente a quien defiende Demóstenes entretiene a la Asamblea del demo (que fue celebrada en el mismo) tanto tiempo con discursos y trivialidades, que, anochecido, la mayoría de los reunidos se fueron a sus casas; los treinta que se quedaron eran cómplices suyos, procediéndose a una votación fraudulenta, en la que la mayor parte votaron con más de un voto; así que se encontraron más de sesenta votos en contra de Euxiteo en la urna electoral. El pretexto que sirvió para despojarle de su derecho de ciudadanía era tan sólo que su padre vivía y hablaba con modales extranjeros, hecho que se debía a haber sufrido largo tiempo la esclavitud fuera de su patria como prisionero de guerra, y que la madre (lo que frecuentemente ocurría en la miseria general que reinaba) había estado sirviendo como ama; la lista de ciudadanos, según se decía, se había perdido en los disturbios. El descaro de Eubúlides, que quería vengarse de Euxiteo, porque éste, junto con otros, había dado testimonio en contra suya en una de sus sicofancías, era tanto mayor cuanto que disponía de multitud de parientes de padre y madre y un sinnúmero de testigos, y por haberle tratado los vecinos del demo a él y su familia, durante decenios, como ciudadano, y hasta incluido en el sorteo para el cargo de sacerdote de Heracles.[153]

153. Ocasionalmente se entera uno de que en ningún demo pasaban atropellos tales como en el de Álimo. Hubo casos en que de hijos de los mismos padre y madre, uno fue eliminado y el otro no; los nombres de gente vieja y pobre fueron omitidos en la lista por aquellos conspiradores, introduciendo, en cambio, extranjeros como ciudadanos, repartiéndose el importe del soborno (5 dracmas por persona); en general fueron muchos los que por dinero se perdieron o se salvaron. Ya el padre de Eubúlides, cuando fue demarca, había expulsado a diez personas, de las cuales, no obstante

En todas las épocas han existido personas pérfidas, y la violencia de toda la vida pública en Atenas no puede juzgarse bajo nuestro concepto de la seguridad. Lo que es chocante en sumo grado, y por lo que Atenas llena de asco a los oradores y a nosotros, consiste en que la Asamblea popular y los tribunales, aun con todas sus formalidades oficiales, se prestan a ser teatro e instrumento de los peores embrollos y persecuciones. Si tenemos presente todos aquellos oradores sobornables, el sinnúmero de fallos sin ejecutar, los charlatanes y divulgadores, los sicofantes y testigos falsos, el enredo de inocentes en pleitos criminales, el hacer callar al que está en su derecho mediante el asesinato, no podemos por menos de asombrarnos del descaro enorme con que lo malo se presenta aquí públicamente. Este estado de cosas[154] tiene su paralelo en aquel del terror francés de 1793-94. En Atenas, sin embargo, tienen que haber existido permanentemente más personas infames y en más alto grado que proporcionalmente en cualquiera de las grandes metrópolis modernas.

Aun con todo esto, la Asamblea popular y los tribunales eran también organismos en los que un Demóstenes llegaba a ser oído y a vencer. Además, encontraba una comprensión que sólo la madurez política y la formación intelectual de los atenienses hacían posible.

y en apelación, fueron restituidas nueve por el Tribunal; fue entonces cuando se hizo desaparecer la lista de los ciudadanos. En la persecución de Euxiteo fueron robadas, entre otras cosas, las armas que él había ofrendado a Atenea, y fue mutilado el sofisma erigido por el demo en su honor, pretendiendo luego que lo hubiera hecho él mismo para hacerlo valer ante el juzgado como fechoría de sus enemigos; también se cometió un intento de robo en una aislada casa de campo suya.

154. Hace comprensible el juramento oligarca contra el demo, citado en el tomo I, p. 341.

Tampoco hay que olvidar que aun lo más grave se nos presenta aquí siempre envuelto en las formas de la más elevada cultura intelectual.

En una época en la que todo el mundo estaba decidido a gozar de la vida de cualquier manera, hasta el Estado se inclinaba hacia la diversiones, y empieza el régimen de Eubulo, que desde el 354 gobernó durante década y media a Atenas. Propúsose desistir de guerras (lo que incluso en tiempos anteriores hubiera sido muy acertado), que todo fuera una diversión constante y que la parte principal de la vida ateniense fueran las fiestas y el reparto en ellas de dinero. De tal manera, que el presupuesto de fiestas se convirtió en el más importante del Estado, al que tenían que entregarse los excedentes de las demás cajas. Demóstenes dice así:[155] «Para vosotros, Panateneas y Dionisias se cele-

155. *Fil.*, I, 35. También en el *Areopagítico*, de Isócrates, 53 y s., aparece el afán de fiestas de aquel entonces como un estado patológico. Un testimonio muy importante, que como es obvio se refiere a esta época y procederá posiblemente de algún orador, se encuentra en Plut., *De glor. Ath.*, 6. Aquí se enumeran todos los gastos para la representación de tragedias, relatando que un lacedemonio lo había visto una vez, diciendo con cierta razón que era un gran error de los atenienses dedicar todos sus esfuerzos a la diversión, es decir, gastando en el teatro el importe de grandes expediciones y ejércitos, pues si se sumaban los gastos hechos en todos los dramas habidos, se vería cómo el demos había gastado más en *Bacantes, Fenicias* y *Medeas*, etc., que en guerras para garantizar la hegemonía y la libertad. Por otro lado era necesario a los coregos ofrecer a los coreutas, durante su largo período de ensayos, los platos más refinados, mientras que las tripulaciones en el mar se abastecían con harina cruda, cebollas y queso. Una cita importante, respecto al relajamiento de la *virtus* ática después de la muerte de Epaminondas, en la que se mencionan especialmente las fiestas y el teatro, la contiene también Justino, VI, 9; opina que era precisamente entonces cuando todo contribuía para que surgiese Macedonia.

bran en tiempo preciso (mientras en las guerras perdéis por descuido el momento propicio) y os cuestan lo mismo que cualquier expedición guerrera; para ellas, todo está previsto puntualmente, y cada uno de vosotros sabe previamente quién será corego y quién gimnasiarca de la fila correspondiente, cuándo y a quién habrá que dirigirse para todas las cosas, mientras que para la guerra nada hay ordenado debidamente». Por fin —como se sabe— se amenazaba con pena de muerte al que propusiera el empleo de los importes correspondientes para otros fines que el de la diversión, y tardó mucho Demóstenes en lograr romper esta tela de araña. ¡Qué bajo nivel como nación supone esta política! Lo cierto es que hacía imposible toda guerra, y cuán grande era el ansia por la paz lo demuestra el discurso en tal sentido de Isócrates, pronunciado poco antes de tomar posesión de su cargo Eubulo, partiendo del punto de vista de que aun la denominación sobre otros (ἀρχή) había arruinado tanto a Atenas como a Esparta (94 y sig., 104 y sig.); quería convencer a los atenienses para que abandonasen todo poderío exterior, todo dominio del mar y toda guerra, haciéndoles creer que serían entonces (a pesar de todo lo ocurrido) amados y respetados por todo el mundo; viene a dibujar (20 y sigs.) casi con el carácter de un Eubulo, aquella situación deliciosa, en la que, libres de los altos gravámenes y de trierarquías y liturgias de guerra, podían dedicarse sin peligro a la agricultura, navegación y otros oficios, teniendo la ciudad el doble de ingresos, llenándose de comerciantes, extranjeros y metecos, y pudiendo avecindar en la costa tracia atenienses u otros helenos verdaderamente necesitados.

Aun con tanta suntuosidad de fiestas, sólo existía una arquitectura y ejecución de edificios públicos bastante pobre, no pudiéndose enorgullecer más que de almenas blanqueadas e instalaciones de vías y fuen-

tes.[156] En cambio, empiezan a manifestarse los bienes y el lujo particulares con más intensidad y fastuosidad. Demóstenes dice[157] que los ricos viven ahora en casas mucho más bellas que en sus tiempos Milcíades y Arístides, e incluso que edificaban más suntuosamente que el propio Estado. Es de suponer haya sido aquélla la época en que las diferencias en la fortuna empezaban a adquirir mayor importancia.

Sin embargo, no puede borrarse la impresión de que con todo este ajetreo se había perdido el antiguo esplendor; parecía como si la ciudad se hubiera convertido en una anciana alimentada con sopas y calzada con sandalias.[158] No obstante, sobraban los motivos para reaccionar contra esa vida de placeres, puesto que los descuidos del régimen se ponían de manifiesto en forma muy desagradable. En la bahía de Saronia florecía la piratería, y por ejemplo Diógenes, en el viaje de Atenas a Egina, fue capturado por los corsarios de un tal (evidentemente conocido) capitán Escírpalo, que le llevaron a Creta, y a un Alejandro de Feres pudo ocurrírsele «sorprender el Pireo con un asalto de sus naves piratas y mandar despojar todas las mesas de los cambistas de allí».[159]

La gran Atenas de antes había, pues, pasado irremisiblemente a la historia. De un modo modelo para toda Grecia, se efectuó aquí el gran cambio de la helenidad, de potencia política en potencia cultural, y la transformación del ciudadano en aquel hombre intelectual que más adelante había de ser el portador del helenismo; la

156. Dem., *Olint.*, III, 29.
157. *Ibíd.*, y *Adv. Aristocr.*, 208.
158. Según la expresión de Demandes. Curtius, *Gr. Gesch.*, III, p. 730.
159. Polieno, VI, 2, 2. Sobre el sino, frecuentemente terrible, de los raptados y vendidos, Andóc. *De myst.*, 138.

filosofía, en su fobia y apartamiento del Estado, dio el ejemplo para todo ello. La primacía intelectual teníala ahora Atenas más que nunca, ya que las ciudades jónicas habían perdido toda importancia para la vida intelectual, al igual que Corinto, Tebas, Argos y Esparta. Hay que hacer excepción respecto a las artes figurativas, las únicas que seguían teniendo ubicuidad. Desde luego, en filosofía se sebreentiende que Atenas representaba el primer papel, y todos los filósofos que existían en Grecia tenían que llegarse allí por lo menos temporalmente.[160] Ya la importancia inaudita que se daba al arte oratorio hubiera causado por sí sola una decisión en favor de Atenas. De Isócrates, dice Dionisio que adiestró a los mejores talentos, tanto de Atenas como del resto de Grecia, convirtiéndose unos en oradores forenses, otros afamados en asuntos del Estado, y otros en historiadores «de las luchas entre helenos y bárbaros». También tenía que persistir en ser la sede principal de la elocuencia, por ser ésta bien pronto su mejor fuerza. Si a esto añadimos que aun existía la tragedia, que fue aumentada con nuevas obras, y que allí radicaba el principal escenario de la comedia media y nueva, se sacará la impresión de que todavía prevalecía una vivacidad espiritual fantástica. Atenas contaba aún con fluidos que se buscarían en vano en otra parte.

La situación política y militar de Atenas era, en cambio, bastante mala en el año 350, cuando empezó a crecer la amenaza del peligro macedonio. La alianza marítima había ido en declive completamente después de la disidencia de Quío, Rodas, Cos y Bizancio, y

160. Plut., *De prof.*, lo dice, καταπλεῖν τούς πολλοὺς ἐπὶ σχολὴν Α'θήναζε. Cf. también sobre Atenas, como sede de la mayor parte de los filósofos a Plut., *De exil.*, 14.

apuntaba la fatal guerra de aliados; dondequiera que aun tuviese la ciudad aliados o pequeñas tierras de su soberanía, no cabía para ellos mayor espanto que el ver llegar jefes atenienses con la flota, porque podían estar seguros (supuesto que las guerras no debían costarle nada a Atenas), de tener que pagar, en el mejor de los casos, contribuciones, y en el peor, ser saqueados por los mercenarios hambrientos y faltos de paga.[161] Que se dependía completamente de ellos y de sus jefes, es cosa que ya hemos visto.[162] Podían quejarse de la maldad y poca formalidad de los *condottieri*[163] todo lo que quisieran, pero, en vista de su situación, no se puede por menos de concederles cierta razón, puesto que a su lado estaban los rétores, que tenían la ambición de instruirles primero y acusarles después, y los atenienses siempre estaban dispuestos a creer a mentirosos y basar en sus mentiras las resoluciones más precipitadas. Así que, según Demóstenes, todo general tenía que exponerse dos o tres veces a un pleito de vida o muerte, y como no era factible un dominio verdadero de estos mercenarios, tampoco lo era el pleito auténtico; a ello se debe que los falsos juicios fuesen tomando in-

161. Cf. la cita importante de Dem. *Fil.*, I, 45 y s.

162. Cf. antes, p. 59 y s. De Cares dice Diodoro (XV, 95), que siempre había mirado por sí cuando se tenía que enfrentar con los enemigos, pero tratándose de aliados los había perjudicado, y Plut., *Foc.*, II, relata que al llegar una armada ateniense, los habitantes de las islas u otros aliados solían reforzar sus murallas y cerrar sus puertos con diques de protección, poniendo a sus esclavos, mujeres y niños a salvo dentro de las ciudades; en cambio, cuando llegó Foción fue otra cosa, yendo ellos a su encuentro con las armas adornadas de coronas. Cf. *ibíd.*, 14, sobre Cares.

163. Por ejemplo, Isócr., *De pace*, 50. Aunque la pena de muerte amenace todo soborno, nosotros nombramos estrategos a notorios sobornantes. 55: Confiamos misiones de estratego a gente a la que no consultaríamos ni en asuntos particulares ni en los del Estado.

cremento.[164] Si antes había intimidado a sus jueces el general Ifícrates mediante sus soldados, ahora Cares dejó en Atenas los dineros destinados a la guerra; cuando no los malversaba para sus libertinajes, los gastaba en oradores, intrigantes en los sofismas y pleitistas entre los ciudadanos, y el demos nunca se lo tomó a mal, al contrario, le quería. «Porque —decían—[165] la gente vive de igual manera; la juventud pasa el tiempo sentada en las tabernas con las flautistas y con las heteras; los de más edad juegan a los dados o pasatiempos parecidos, y todo el demos se gasta más dinero en francachelas y repartos de carne que en toda la administración de la ciudad.» También de Caridemo menciona Demóstenes, en su discurso sobre Aristócrates, que sobornó a los rétores; y por eso podía atreverse a actuar de vez en cuando y francamente contra los intereses atenienses; así, por ejemplo, cuando apoyó a los piratas que se habían reunido en Alopeconeso, en la costa oeste del Quersoneso, con motivo de quererlos exterminar los atenienses, o cuando entregó al caudillo tracio Atemófilo y a su hijo, que había cogido prisioneros por traición, a sus enemigos los cardianos, para que les diesen muerte;[166] los cardianos, en efecto, ahogaron al padre, después de matar al hijo ante sus propios ojos. Esto se toleraba en Atenas, lo mismo que el dejar robar descaradamente, con tal que al mismo tiempo se contribuyera a la diversión de los atenienses. Pero estos *condottieri*, a los que en Atenas se les erigían estatuas atribuyéndoles todas las vic-

164. Cf. tomo I, p. 311 y s.
165. Aten., XII, 43.
166. *Adv. Aristocrates,* 166 y s. El tracio Cersoblepte le hubiera perdonado, porque no era costumbre entre ellos matarse mutuamente (incluso Filipo solía en tales casos perdonar la vida a sus adversarios capturados); en cambio, una ciudad helena se prestaba a ello.

torias[167] ganadas por la ciudad, conscientes de que los atenienses eran pérfidos con todos[168] (χαλεποί), se aseguraban puntos de apoyo fortificados y depósitos en el extranjero, a donde no llegaba el poder de aquéllos; tal hicieron Conón en Chipre, Timoteo en Lesbos, Ifícrates en Tracia, Cares en Sicione y Cabrias en Egipto. No tenían otro remedio, pero todo ello deja entrever una relación entre patrono y empleado, cuya inmoralidad jamás ha sido sobrepasada por ningún otro contrato de trabajo.

Por otra parte estaba en completa descomposición la milicia cívica ateniense. «Nuestros ciudadanos han llegado a tanto, que cuando se trata de combatir al enemigo no se atreven ni a colocarse delante de sus murallas», dice Isócrates en su crítima del modo de ser ateniense,[169] y en otro lugar:[170] «Mientras que no dejamos pasar ni un solo día sin amargarnos la vida uno al otro, no tomamos parte ni en un desfile siquiera como no nos den una paga», o bien:[171] «Queremos dominar, pero sin tomarnos la molestia de emprender las campañas personalmente; empezamos pendencias con medio mundo, pero la ejecución de la guerra la abandonamos a mercenarios sin patria y tal vez desleales». Habíase llegado a tal extremo, que una vez Foción dejó tranquilamente que desertaran en masa todos aquellos charlata-

167. Cf. cómo Demóstenes, en *Adv. Aristocr.*, 196 y s., se queja de que ahora se diga que Timoteo haya tomado a Cercira, Icícrates aplastado la Mora espartana y Cabrias obtenido una victoria en Naxos, mientras que las hazañas anteriores en Maratón, etc., se atribuían a la Polis. Pero realmente no vencía ya la Polis ática en aquellos tiempos, sino los ejércitos mercenarios bajo el mando de jefes hábiles.

168. Aten., XII, 43. A los espartanos afamados les pasó por cierto lo mismo, haciéndolos φιλαπόδημοι.

169. *De pace*, 77.

170. *Areopag.*, 82.

171. *De pace*, 44.

nes maliciosos, independientes e indisciplinados, porque sólo perjuicios le hubieran causado en la campaña, mientras que así la mala conciencia los haría callar e impediría levantasen escándalo contra él o le atacasen con sus artilugios sicofantescos.[172] También ocurría que los ciudadanos participasen en la expedición como remeros, mientras que mandaban mercenarios como ejército de hoplitas propiamente dicho. Cuando alguna vez salió el ejército de ciudadanos, en un «arrebato grandioso», resultó como consecuencia un Queronea. Veamos ahora los órganos de los cuales se servían un Eubulo y otros estadistas importantes para dominar la Asamblea popular y el Tribunal del pueblo. «Ellos eran, antes como ahora, los oradores del Estado (ῥήτορες) cuya infamia en general era notoria. A pesar de la pena de muerte, que amenazaba todo soborno, se podían comprar los discursos o conseguir que se callasen. Cuando nuestros embaucadores quieren excitar a la guerra contra cualquier Estado, se atreven a decir que debiéramos seguir el ejemplo de nuestros antepasados, mientras se hacen pagar dinero por ello.» Así dice, por ejemplo, Isócrates.[173] Demóstenes manifiesta también sobre ellos la siguiente fuerte expresión:[174] «Si alguien os preguntara qué clase de gente en la Polis consideraríais como los más malvados, no nombraríais los labradores, comerciantes, obreros de las minas de plata u otros parecidos, sino que todos, creo yo, unánimemente lo confirmaríais, si alguien nombrara como tales a los que por dinero pronuncian discursos o suelen ser autores de las mociones». Bien sabido era que por dinero desprestigiaron el derecho de ciudadanía y otros honores, pues incluso ene-

172. Plut., *Foc.*, 12.
173. *De pace*, 36.
174. *Adv. Aristocr.*, 146.

migos de Atenas y criminales fueron obsequiados con ellos,[175] y no hacían absolutamente nada que no les fuera provechoso, apuntándose con el dedo a algunos que de mendigos se habían convertido en ricos, de gente obscura habían llegado a ser prestigiosos,[176] construían casas particulares suntuosas y subían tanto más cuanto más se hundía el Estado; pero a pesar de todo se les absolvía aun cuando hubieran cometido la más grave falta y aunque estuviesen convictos notoriamente, con tal que dijeran una o dos de sus gentilezas (ἀστεῖα), y cuando realmente llegaba a ser condenado alguno, era sólo por una bagatela.[177] La causa por la que Atenas, mil veces engañada por ellos, no quiso apartarse de esta gente consistía en que siempre sabían darse las apariencias de obrar en todo caso por amistad hacia el pueblo (δημοτικοί), y esta población, que temblaba constantemente por el temor de una posible destrucción de la democracia, reservaba todo su odio mortal, que tenía en el fondo de su alma, para los representantes de la antigua calocagatia.[178] De tal suerte, que el demos no consentía la intervención de gente noble y desinteresada, porque éstos pasaban por tener ideas oligárquicas, y consideraba, como dice Isócrates,[179] a los ebrios como más adictos a sus ideas que los sobrios, ya que los primeros adulaban sus apetitos desenfrenados y le ayuda-

175. *Ibíd.*, 201 y s. Ya en 185 se dice aquí que «Caridemo puede considerarse obsequiado por vosotros con tal que no se haga responsable mediante un pleito. Pero no es esto lo que quieren decir los rétores, sino que gritan: ¡Ciudadanos! ¡Bienhechores!: ¡Coronas! ¡Obsequios!, y por esto los paga de su bolsillo, pero vosotros sois a quienes engaña y os extrañáis de lo que pasa».
176. Demóst., *Olint.*, III, 29, y parecido en *Adv. Aristocr.*, 208 y s.
177. *Ibíd.*, 206.
178. Cf. Isócrat., *De pace.*
179. *Ibíd.*, 13.

ban a saciar sus pasiones, porque todavía le era dado al ateniense el ser cruel.[180] Al lado de los completamente desvergonzados[181] había otra clase formada por los que sólo eran malos relativamente; un tal Piteas, de los tiempos de Filipo, cuando alguien le echó en cara su maldad no lo negó, ya que su conciencia no se lo hubiera permitido, pero decía que de los politicastros atenienses había sido él quien menos tiempo fue malvado, enorgulleciéndose evidentemente de que no lo fuera siempre, y opinando que no cometía ninguna falta mientras no se le pudiera equiparar con los más malvados.[182] Se sobreentiende que, mientras tanto, seguía sin mengua la función de los sicofantes, y muchas veces no se sabía dónde terminaba el orador y empezaba el sicofante;[183] a todo este tráfago puede seguírsele la pista hasta que

180. Foción, después de una de sus victorias en Eubea, dio la libertad a todos los prisioneros griegos, por temor a que los rétores pudieran instigar a los atenienses a tratarlos sin piedad. Plut., *Foc.*, 13.

181. Como tal parece Demades, en cuya persona se nos presenta muy especialmente el demagogo insaciable y, por lo tanto, sobornable. Según Plut., *De Cup. divit.*, 5, se extrañó una vez al ver desayunarse a Foción, que éste fuera político y quedase satisfecho con tan pocas cosas, ya que él mismo era demagogo por razones «de estómago». Antípatro, que le conoció cuando era un anciano, dijo que, como en un animal sacrificado, no quedaba de él otra cosa que la lengua y el vientre.

182. Eliano, *V. H.*, XIV, 28.

183. Frente a la infamia sicofantesca de Poliecuto contra el Euxenipo inocente, se pronuncia, por ejemplo, Hipérides, en *Pro Euxen.*, 43, de la siguiente manera: «No hay en el mundo ni un estado, ni una comarca, ni un pueblo más magnánimos que el demos de Atenas. Éste no abandona a la gente (sean varios, sea uno) que esté perseguida por los sicofantes, sino que los ampara». Y a esto sigue una lista de confiscaciones contra inocentes, contra los que los sicofantes en balde hubieran querido instigar al demos. Un tal Tisis propuso confiscar los bienes de Eutícrato (60 talentos), luego prometió los de Filipo y Nausicles, que se habían enriquecido en minas, pero aquí le salió mal el

el estadismo ático se nos hace obscuro en el momento en que el último orador desaparece.

Entiéndase bien que los oradores, cuando sirven a sus propósitos, al lado de las acusaciones más fuertes contra las circunstancias, gustan de usar la fanfarronería característica de Atenas. «No el huir de los peligros, sino todo lo que os puede traer deshonra o vergüenza es vuestra costumbre nacional», dice, por ejemplo, Isócrates,[184] y entremezclado con las verdades del discurso sobre Aristócrates, tenía que halagarse a los atenienses con frases, como: «Vosotros, los atenienses, no habéis traicionado jamás a ningún aliado; los tesalios, en cambio, a todos y siempre». Con preferencia empleábase la exaltación patética cuando se trataba de celebrar los asesinatos de tiranos, discursos éstos que siempre se oían con placer. Cuando el rey tracio Cotis, al que se había concedido la ciudadanía honrándole con coronas de oro, si bien luego se enemistó con ellos, fue asesinado por Pitón y Heráclides (358), sus asesinos recibieron a su vez la ciudadanía y coronas áureas, lo que no impidió que Pitón, a pesar de tales honores, siguiese luego a Filipo.[185]

asunto, puesto que se le demandó por atimia. Otro, un tal Lisandro, denunció las minas de Epícrato de Balene, en las que tenían participaciones los más ricos de la ciudad, prometía que la confiscación daría a la ciudad 300 talentos, porque esto era lo que aquéllos habían ganado en ello, pero los jueces sólo miraron por la justicia y confirmaron a los propietarios en su posesión. Después de algunos razonamientos más sobre tales confiscaciones en contra de todo derecho, pregunta el orador: «Cuando el adquirir y el ahorrar se hacen contraproducentes, ¿quién querrá arriesgar aún algo?» Pero también puede formularse la pregunta: «¿Cuánto *más frecuentemente* habrá accedido el demos (a quien tanto se halaga aquí) a la confiscación?» Lo que enumera Hipérides tal vez han sido los casos excepcionales.

184. *Plataic.*, 39.

185. Demóst., *Adv. Aristocr.*, 118 y s., 127. Cf. tomo I, p. 271 y s.

Un contraste notable con todas estas exaltaciones patéticas, que a veces se empleaban, lo formaban las cajas vacías del Estado. Es cierto que en el Ática los bienes en total sujetos a contribuciones importaban 6.000 talentos, y Demóstenes puede decir con razón que en esta ciudad casi había tanto dinero como en las demás juntas,[186] pero sobre la situación económica del Estado, se dan quejas desde el principio del siglo, y el mismo Lisias nos da los ejemplos más infames de cómo el Estado solía salir de apuros mediante las confiscaciones de bienes pertenecientes a gente inocente.[187] Incluso una vez puede reprochar Demóstenes a sus conciudadanos: «No tenéis en vuestra caja siquiera el dinero para equiparos para un solo día». También se queja constantemente del empobrecimiento de tantos ciudadanos. Da qué pensar el que una fortuna de 90.000 dracmas, como era la que poseía el padre de Demóstenes, hacía que su poseedor perteneciera ya a la clase más alta de contribuciones. En el *Areopagítico,* de Isócrates, se nos ofrece la historia lastimosa de gente, sin duda muy numerosa, que desde las primeras horas de la mañana estaban esperando ante los tribunales, con la esperanza de que en el sorteo les tocase sentarse en el tribunal y ganarse así la media dracma correspondiente; también se relata cómo personas que en fiestas y procesiones se presentaban vestidos de trajes dorados (prestados), llevaban muchas veces, durante el invierno, vestidos de los que mejor era no hablar.

Respecto a la corrupción general de los estadistas, oradores, etc., que, por cierto, no sólo reinaba en Atenas, sino en toda Grecia, nos consta un testimonio importante en el tercer discurso filípico de Demóstenes (36 y sig.). Después de hacer una descripción de la si-

186. Demóst., *De symm.*, 19, 25.
187. Cf. tomo I, p. 301 y s., 326 y s.

tuación de Grecia, con la intención de provocar la indignación de sus oyentes, hace resaltar la diferencia principal entre sus tiempos y los de la guerra persa; entonces lo más terrible era el ser convicto por soborno, y ninguno de los oradores y estrategos podía comprarse el momento propicio para alguna empresa que planeara, mientras que ahora todo era objeto de venta como mercancía en un mercado. Habíase ahora introducido todo cuanto podía corromper a Grecia; envidia contra el que había recibido algo; burlas cuando él lo confesaba; perdón para los convictos de haber cometido este crimen; odio cuando alguien censuraba tales procedimientos y todo lo que estaba vinculado al soborno. Así tenía que ocurrir que un pueblo que llegó a caracterizarse por tales hechos se viera cara a cara con una lucha enorme que ponía en peligro su existencia y con un Filipo de Macedonia como adversario.

Hagamos constar, por de pronto, el rasgo más importante de historia cultural que se nos presenta durante esta lucha en Atenas; consiste en que esta ciudad, a través de los discursos de sus oradores, se da cuenta constantemente de su existencia y de todo su balance político. Podemos comparar los discursos olínticos y filípicos de Demóstenes a la parénesis de la historia contemporánea en los profetas judíos. Sólo estos discursos ya aclaran, como chorros de luz, la vida de los griegos de entonces; ninguna otra ciudad ofrece cosa que se le parezca ni aun remotamente.[188] Aunque De-

188. Si hubiera existido tal cosa, no dejaría de mencionarlo la sabiduría alejandrina. Siendo así, no tuvieron los espartanos más que su «laconismo» mordaz frente a Filipo cuando éste llegó al Peloponeso, y de Tebas no tenemos ni un solo documento del tiempo de su hegemonía. Plutarco no nos ha dejado, desgraciadamnte, ninguna obra sobre Epaminondas.

móstenes se equivoque de vez en cuando y Esquines mienta y disimule, no deja de existir todavía una ciudad donde el estado de cosas se hace resaltar en alta voz.

Realmente, los atenienses tienen que escuchar grandes verdades.[189] El gran orador todo se lo expone para que obren por su propia conciencia, diciéndoles que disponen de hombres que puedan dar el consejo más acertado, y que ellos mismos están capacitados para juzgar la conveniencia de todo consejo, pudiendo actuar, si ahora se animasen, saliendo de su inactividad, o cuando les amonesta:[190] «Todavía es explicable que estos o aquellos mesenios o peloponesios obren en contra de lo que les dicta la inteligencia, pero que *vosotros,* vosotros que todo lo comprendéis y que oís de nosotros lo amenazados y enredados que estáis, os quedéis inactivos hasta que repentinamente os invada el desastre, denota que tanta trascendencia tiene para vosotros el goce del momento y la pereza que lo que pudiera salvaros». También les echa en cara cuán fácilmente sería tener las cosas hechas de otro modo. «Esparta está reducida a la impotencia —dice en el tercer discurso olíntico (27)— y Tebas está ocupada en otros asuntos; nosotros podríamos salvaguardarnos y conseguir para otros les fuera hecha justicia, y estaríamos solos, es decir, sin competencia. Pero hemos perdido nuestras propias posesiones territoriales y hemos gastado más de 1.500 talentos en balde.»

Desde luego, puede dudarse si Filipo, desde un principio, tendría realmente el propósito de luchar contra Atenas; el caso es que hizo que los atenienses se pu-

189. *Olint.*, III, 15.
190. *Fil.*, II, 26 y s. Una apelación parecida a la vanidad se encuentra en *Adv. Aristocr.*, 107, donde a los olintios se les pone como ejemplo los atenienses.

sieran nerviosos, y al acercase él surgió inmediatamente una escisión y se crearon nuevos partidos. Si Atenas hubiera estado gobernada por un régimen absolutista no se habría desechado la idea de asociarse a Macedonia para hacer el negocio en compañía, pero como no existía la política secreta y todo tenía que ser tratado en la Asamblea popular, era imposible hacerlo, además de que Filipo era persona tan audaz y causaba en los helenos un presentimiento tan profundamente funesto, que no era fácil se uniesen con él en una alianza. En cambio, había en Atenas un partido *macedonio* cuyos cabecillas eran Esquines y Demades; dicho partido fue cada vez más conocido en toda la ciudad, hasta que por fin pudo decirse que incluso los niños de la escuela conocían sus oradores a sueldo, los anfitriones macedonios que venían a Atenas y aquellos que le ofrecían sus respectos en las calles.[191]

Con ellos se enfrentó Demóstenes. Éste tuvo, como se sabe, durante mucho tiempo, grandes dificultades para lograr que el pueblo le hiciese caso, porque si bien estaba dispuesto con gusto a disfrutar del goce que producía oír un discurso pronunciado por un orador bueno, e incluso lo exigía de sus oradores, tasando y criticando los discursos, no por ello se consideraba obligado a guiarse por sus consejos.[192] Su impotencia po-

191. Hipérides, *Pro Euxen.*, 33 y s. Esto por cierto se dice en una época en la que Alejandro ya estaba en Asia.

192. Según Plut., *Dem.*, 7, le ayudaría el actor Sátiro (cuando estaba desesperado porque nadie le escuchaba, mientras gente tosca y embriagada dominaba las tribunas de orador) mediante la corrección de su pronunciación; sin embargo, dudamos que aun la mejor pronunciación haya podido imponerse a aquella gentuza. De todos modos (8), opinaba Demóstenes mismo que la preocupación por la elocuencia caracterizaba al hombre democrático, mientras el mostrarse despreocupado, por la acogida que daría la multitud al discurso, era señal de que se trataba de un oli-

lítica sólo tocó a su fin con el comienzo del conflicto con Filipo,[193] y en éste puso en práctica sus mejores dotes: una elocuencia sin par y una constancia extraordinaria. Su moral política, empero, era discutida en la Antigüedad, aunque no se supo si había aceptado oro persa y cuánto,[194] y tomar partido contra él en este asunto no es de nuestra incumbencia. Sin embargo, también nos parece tomar las cosas demasiado a la ligera el hacer del gran orador, basándonos sólo en la impresión estética que nos produce, un modelo inmaculado de patriotismo, condenando los reproches de un Hipérides, de un Teopompo y de un Demetrio de Falero como meras habladurías malévolas, por lo que no podemos unirnos incondicionalmente a los intentos modernos de su rehabilitación.[195] Tenemos que confesar que el que conoce la Atenas de aquella época no puede por menos que proceder con mucha cautela para decidir tales cuestiones. El escándalo y la murmuración política eran tan corrientes y estaban de tal modo generalizados, que opinamos que aun los mejores han sido algo discutibles, y no podemos librarnos de esta impresión, como

garca, que más se fiaba de la violencia que de la elocuencia. Más tarde, sus discursos gustaban a las masas, los peritos (χαρίεντες) tildaban su modo de hablar de vulgar, innoble y afeminado (11). De Foción se opinaba que sabía expresar en forma más corta un máximo de sentido. La victoria, sin embargo, a pesar de toda la elocuencia que se gastaba, la obtuvieron durante muchísimo tiempo solamente los más malvados.

193. Plut., *Dem.*, 12, dice que él, como mejor medio para su actuación política, había emprendido la representación de los derechos helénicos frente a Filipo, habiendo luchado por ellos magníficamente, elevándose por sus discursos y su franqueza a tales alturas, que Grecia le admiraba, el rey persa le respetaba e incluso Filipo le estimaba.

194. Sobre los individuos persas, cf. los párrafos citados por Westermann, en *Pauly*, II, p. 970.

195. De un modo circunspecto y crítico toma partido en favor de Demóstenes A. Schäfer.

tampoco en la Atenas de Aristófanes.[196] Tales tiempos en balde exigirían se constituyera un carácter íntegramente intacto.

De todos modos es Demóstenes quien tiene el mérito de haber interrumpido el régimen de Eubulo. Parecía que se producía un ambiente político más recio en los ciudadanos, y un olor a gloria se hizo sentir, al mismo tiempo que Atenas tomó la cosa por su parte estéticoambiciosa, enorgulleciéndose de que en él ardiera el foco cumbre de la elocuencia contra Filipo, mientras que con Esquines y sus partidarios albergaba entre los mismos muros al partido contrario. Pero es que Demóstenes como orador no tiene igual, y nunca podrá leerse sin sentir honda admiración por su talento el tercer discurso olíntico, y de los filípicos particularmente el tercero, en el que con un tono de ironía acusadora hace, por decirlo así, que a los atenienses les dé el corazón un vuelco en el cuerpo. ¡Qué ardor contienen los párrafos, como, por ejemplo, el final de este último discurso, cuando exige armamentos, alianzas y delegaciones, pidiendo a los helenos se reúnan y se asocien, enseñándoles y previniéndoles, exponiendo bien claro al oyente que allí mismo deben tomar la delantera, dando el ejemplo en sus esfuerzos y no esperando a que los calcídicos y megarenses salven a Grecia, molestia que podían ahorrarse, porque a *ellos* les habían dejado los antepasados este deber de honor! No es de extrañar que el hombre que daba tales golpes reuniese a toda Atenas efectivamente alrededor de su persona,[197] e incluso que lograse convencer a los tebanos, hasta ahora tan empedernidos enemigos, con todos sus estra-

196. Cf. tomo IV, 346.
197. Respecto a cómo adquirió el poderío para conseguir ejecuciones contra individuos traidores, cf. Plut., *Dem.*, 14.

tegos y beotarcas, hasta tal punto, que Demóstenes llegó a gobernar la Asamblea popular tebana al igual que la ateniense.

Una contemplación menos apasionada de las circunstancias podría, sin embargo, poner en duda en muchos aspectos la conciencia de la política belicista del orador. Es muy dudoso que Filipo no hubiera preferido de buen grado mantener la paz con toda aquella parte de Grecia situada al sur de Parnaso, para poder realizar mejor sus planes ambiciosos contra Persia. Lo cierto es que había ofendido a los corintios, aqueos y tebanos, pero no a los atenienses, por lo menos no directamente.[198] A pesar de ello, según la tercera filípica, debió de presentarse Atenas como protectora de toda la nación griega, porque sólo con este argumento logra Demóstenes apasionar a los atenienses. Se necesitaba una fe inmensa para suponer que las ciudades griegas, después de tratarse durante cien años de la manera más terrible y haciendo tanto tiempo que toleraban que el extranjero se entrometiese en sus asuntos, adoptase de repente un panhelenismo capaz de hacer milagros a última hora. Por eso primeramente ese orador tiene que decir a sus atenienses, por ahora, que eran demasiado débiles para una lucha decisiva contra Filipo y que se expondrían a una derrota, ya que el adversario no era como antes el lacedemonio en la guerra del Peloponeso y que Filipo tenía un modo de llevar la guerra muy distinto.[199] Pero

198. Si se pretende que Filipo desde un principio buscase un entendimiento sincero con la primera potencia naval, es decir, Atenas, pero que la posesión segura del Quersoneso fue para ésta una cuestión vital, mientras que Filipo lo necesitara para sus planes de conquista en Asia, no hace ello sino demostrar principalmente lo artificial de la existencia del Estado ático. No conviene hacer depender un país de posiciones tan lejanas y dudosas.

199. No sería difícil construir un discurso contrario en

a pesar de todo, y sabiendo muy bien lo poco que valía la milicia cívica ateniense, instiga a este pueblo, sediento de placeres y desaliñado, a una guerra, que a la fuerza tenía que convertirse en una lucha por la existencia. Quizá esperase algún acontecimiento en la misma Macedonia, lo que insinúa al indicar que sólo se las tenían que haber con un hombre, pero Filipo no murió y tampoco entonces fue asesinado. De todos modos era terriblemente atrevida esta política, y conviene recordar que no todos los adversarios de Demóstenes eran partidarios macedonios sobornados, pues particularmente Foción era contrario desde un principio a todo este tráfago.

En el alistamiento para la lucha decisiva presentóse, como dicen,[200] voluntariamente toda la gente joven, poniéndose en camino hacia Beocia; los aliados trajeron, aparte sus grupos de ciudadanos, un gran ejército de mercenarios,[201] y así se produjo la batalla de Queronea (338). Hubiera sido gran suerte para Demóstenes caer en esta lucha, pero fue, como afirman autores más modernos, «envuelto en la fuga», o como dice Plutarco menos suavemente, huyó de su puesto y se escapó de la manera más miserable, tirando las armas.[202]

favor de la paz y amistad con Filipo, en el que incluso pudieran emplearse hechos aislados mencionados por Demóstenes, como, por ejemplo, el asunto de Oreos, en «sensu contrario». Lo que pudiera decirse posteriormente en favor de la guerra de Queronea, y cómo pudiera haber salido mucho peor para Atenas, se trata más tarde en *De la corona.*

200. Diodoro, XVI, 85.

201. Cf. p. 59.

202. Plut., *Dem.*, 20. El residuo de la auténtica tradición ateniense lo reproduce probablemente Luciano, *Parasit.*, 42, quien dice del comportamiento de los atenienses famosos de aquella época: «Isócrates no se ha presentado nunca ante un tribunal, ni muchísimo menos en la guerra, por miedo o por no tener ni siquiera una voz adecuada. Demades, Esquines y Filócrates han traicionado a la ciudad y a sí mismos

Filipo anunciaba triunfalmente al atardecer del día de la victoria su propósito de declarar la guerra: «Demóstenes, hijo de Demóstenes de Peania, he propuesto la moción». Aquí, decididamente, hay una quebradura en la vida del orador, porque lo que sigue después no ha servido para aumentar la fama.

En Atenas, al conocerse la noticia de la derrota, en la que habían caído mil ciudadanos, se produjo en el primer momento un espanto brusco. Esto se revela, entre otras cosas, en la moción de Hipérides, de trasladar mujeres y niños al Pireo, declarar libres a los esclavos y ciudadanos a los metecos, e instituir en sus derechos a los que habían sido expoliados por una atimia.[203] Esta moción fue aceptada en el primer momento, pero afortunadamente no se puso en práctica, porque hubiera equivalido al más completo terrorismo de la desesperación. Después que, todavía en el siglo IV, todos los que no procedían de un matrimonio auténticamente ciudadano habían sido eli-

en favor de Filipo, haciendo los asuntos de éste en Atenas... Hipérides, Demóstenes y Licurgo, que presumían siempre de valientes, chillando e insultando en las asambleas populares contra Filipo, ¿qué han hecho de particular en la guerra? Aquellos dos ni siquiera salieron del recinto de las murallas, limitándose a preparar «mocioncitas» y «decisioncitas del Consejo», y el orador principal que siempre había exclamado en las asambleas populares; «el bribón de Macedonia, país en el que ni siquiera puede comprarse un esclavo decente», atrevióse por cierto a avanzar hasta Beocia, pero tiró su escudo antes de que se llegara al combate, lo que es notorio en el mundo entero». Sobre la ἀτολμία πρὸς καιρὸν de Demóstenes, por la que no contestó a Demades improvisamente, si éste le había atacado de tal manera, cf. Plut., *Dem.*, 8. *Ibíd.*, 3, se habla luego de su πρὸς κινδύνους καί πολέμους ἄτολμον.

203. Plut., x, *On vit. Hyperid.* No se creería el sofisma, si no pudiera leerse también en la descripción patética y casi tragicocómica del Estado, después de Queronea, por Licurgo, *In Leocr.*, 41.

minados de la ciudadanía, esta sola moción (por la que Hipérides tuvo más tarde que exponerse a un pleito) demuestra ya cuán bajo era el ánimo. Filipo no realizó el tan temido ataque de Atenas; es más, se mostró —aunque de un modo irónico— benévolo; mandó los caídos a Atenas, para que les dieran sepultura, puso en libertad sin rescate a los dos mil prisioneros áticos, y no sólo dejó a los atenienses el Ática, sino que les dio, de las posesiones de sus aliados tebanos, el lugar fronterizo de Oropos, por el cual habían luchado mucho tiempo. A cambio de todo esto tuvieron, sin embargo, que concluir una alianza con él; pero pudiendo quedarse con sus estadistas antimacedónicos, el demos aun ahora tomó partido en favor de Demóstenes, en contra de todas las acusaciones. Ya que no se quería manifestar ningún arrepentimiento, se le confió, como se sabe, el discurso fúnebre en honor de los caídos.

Una vez recuperada la serenidad en Atenas, empezó una verdadera lluvia de pleitos contra los jefes militares. Unos eran acusados de haber traicionado naves, otros ciudades aliadas, y todos los afectados huyeron, evidentemente, porque nadie esperaba encontrar justicia en los tribunales atenienses. Se produjo una verdadera fiebre de denuncias en los acusadores públicos, presentándose solemnes procesos de Estado (εἰσαγγελίαι) por verdaderas bagatelas, por ejemplo, por haberse alquilado flautistas a un precio superior al que permitía la ley, o por haberse hecho inscribir en otro demos distinto al que correspondía.[204]

Aparece ahora también aquella figura odiosa de ora-

204. *Hiperides pro Euxeno*, 18 y s., donde se enumeran también los casos reservados por la ley a la εἰσαγγελία. Se sigue diciendo abiertamente que los oradores gozaban de los honores y ventajas de su actuación estadista, por lo que sería injusto hacer responsables de los peligros que de ellos provocaban a los no oradores (ἰδιώτας).

dor, Licurgo. Éste, sin duda, ha sido excelente patriota y buen administrador de la hacienda, que no acostumbraba lucrarse con los bienes del Estado,[205] pero, aparte esto, era un fanático completamente unilateral.[206] Por su moción los atenienses tuvieron que condenar a muerte a Lisicles, que en Queronea, por las buenas o por las malas, tuvo que encargarse del mando, ya que Cares no era ningún genio, y en sus discursos era el «acusador más severo». Su acusación es una muestra del estilo más terrorista del período 1793-94:[207] «Tú has sido jefe —acosa a Lisicles ásperamente— allí donde cayeron 1.000 ciudadanos y donde otros 2.000 fueron hechos prisioneros, donde fue erigido un monumento de victoria contra Atenas y toda Grecia cayó en esclavitud».

205. Según el decreto en su honor (que se ha conservado), elevó los ingresos del Estado, durante su actuación de doce años en la administración hacendística (probablemente de 338 a 326), a 1.200 talentos anuales. El concepto que de él expresa Pausanias, I, 29, suena como si quisiera describirnos un segundo Pericles. «Llevó 6.500 talentos más que aquél a la Acrópolis, creó [nuevos y más suntuosos] utensilios para las fiestas (πομπεῖα) de la diosa, y Nices áureas y adornos para cien vírgenes, armas, proyectiles y 400 trirremes, para la guerra; de edificios terminó el teatro, que otros habían empezado, y también fueron hechos por él los arsenales del Pireo y el Gimnasio del Liceo». Es cierto que no pudo remediar una cosa: la milicia cívica quedó vencida en Queronea, y en la guerra lamíaca volvieron a sucumbir otra vez, poco después de morir Licurgo. Sobre la acusación que se formó contra él cuando se estaba muriendo, cf. tomo I, p. 313.

206. A pesar de su riqueza, llevaba puesto el mismo himatión, tanto en verano como en invierno, y sólo en días en que le eran imprescindibles se ponía las sandalias. También prohibió a las mujeres, bajo multa de 6.000 dracmas, que fueran en carro a Eleusis, para que, de este modo, las pobres no se sintiesen humilladas por las ricas, y cuando su propia mujer infringió el decreto, pagó un talento a los mismos sicofantes. Su figura da la impresión de un jacobino virtuoso.

207. Diodoro, XVI, 88.

Después que todo esto aconteció bajo tu mando te atreves a vivir, y ver la luz del Sol, y pisar el ágora, tú, que eres el recuerdo viviente del deshonor y de la vergüenza de la patria». No se ha podido probar, sin embargo, que Lisicles hubiera cometido la más leve falta, y en el fondo, todo esto en tono patético, igual se podía haber dicho de Demóstenes. Licurgo tenía que dar curso a su empeño fogoso y teatral o a su afectación política, y Lisicles cayó como víctima propiciatoria.

Cuando (336) Filipo, después de haberse hecho nombrar, en la Asamblea de aliados, en Corinto, generalísimo de la nación helena contra Persia, fue asesinado en la boda de su hija en Egea, reinó el más alto júbilo en Atenas. Se ofrendaron sacrificios de alegría, y Demóstenes se presentó en público con corona y traje suntuoso, a pesar de habérsele muerto una hija pocos días antes. Esta alegría es comprensible, pero que se decretara inmediatamente honrar al asesino Pausanias (es decir, cuando se le llegase a ver) con una corona de oro es uno de los excesos de la ridiculez ateniense. Ahora tenían que habérselas con Alejandro. A éste le juzgó Demóstenes con un desacierto sorprendente, llamándole muchacho y μαργίτης;[208] por muy poco que entonces pudiera sospechar que éste había de ser uno de los hombres más poderosos de todo un milenio, no debiera haber hablado de él como lo hizo. Lo imperdonable es cómo instigó a los tebanos a rebelarse, procurándoles armas para asesinar a las tropas macedonias de ocupación. Él dominaba entonces la tribuna de orador; los atenienses preparaban la guerra y se esperaba ayuda de los gobernadores persas en Asia Menor; mas cuando Alejandro apareció en Beocia, decayó el valor del pueblo, Demóstenes «se apagó» (ἀπεσβήκει),[209] como

208. Cf. tomo IV, p. 226.
209. Plut., *Dem.*, 23.

dice Plutarco, y Tebas, abandonada, sucumbió; ya que le habían instigado a rebelarse, lo natural era que hubieran hecho por su causa muchísimo más. De una embajada, que poco después fue mandada a Alejandro, se retiró Demóstenes a tiempo, temiendo la ira del rey, pero aun así corría el peligro de ser puesto en manos del vencedor, ya que éste exigía la entrega de diez estadistas antimacedonios. Demades logró apaciguar al rey y éste dirigió su atención al Asia. En Atenas ocurrió entonces la gran pendiencia entre Demóstenes y Esquines, que había empezado por la moción de Ctesifonte, de coronar públicamente al primero, y la protesta del segundo, poco después de Queronea, y que, durando varios años, encontró su digno fin con el discurso victorioso *De la corona*, de Demóstenes, y el destierro voluntario de Esquines. Que esta lucha de oradores, mientras Alejandro avanzaba victoriosamente en Asia, pudiera desarrollarse ante la atención general de toda Grecia, demuestra más que nada la afición incurable que por la elocuencia tenían aquellos griegos. Por lo demás, estos discursos, en los que se saca a relucir una cantidad respetable de ropa sucia, dan al lector, aun al que los cree, una impresión penosa. Queda un resabio que da que pensar.

También el pleito de Licurgo contra Leócrates[210] corresponde a esta época (cerca de 332). El acusado habría eludido el servicio militar por haber estado ausente de su patria durante la guerra de Queronea, y en Rodas, sobre todo, con sus falsas noticias de que Atenas estaba ocupado por Macedonia y el Pireo sitiado, había motivado que las cargas de trigo preparadas para ser transportadas a Atenas se quedasen allí; después había vivido durante cinco años en Megara como meteco. En su discurso acusatorio, Licurgo no conoce límites en

210. Cf. tomo I, p. 319.

falsear la ley para perder a este hombre, que había vuelto a Atenas a pesar de estar seguro de que aquí se le iba a someter a juicio. Su ardid principal consiste en hacer recaer sobre Leócrates toda la culpa por aquella supuesta pérdida de Atenas, que hubiera ocurrido si todos hubiesen obrado como él, y esto lo expone a través de todas las circunstancias. A los atenienses se les hace objeto de las más torpes adulaciones; ellos tenían que escuchar con toda seriedad que se distinguían entre todos los hombres por su veneración a los dioses, piedad a los padres y emulación en servir a la patria, y que parecería que todo esto era tratado por ellos con negligencia si Leócrates lograra escapar a su justa venganza. En un tono completamente lapidario[211] dice, como algo «que a pesar de parecer paradójico es cierto, que los caídos en Queronea han muerto venciendo, que con sus cuerpos se ha llevado a la sepultura la libertad de los griegos», y sigue perorando que sólo los atenienses sabían honrar a los hombres dignos, ya que en otras ciudades los atletas eran colocados en las ágoras, y en Atenas, los buenos estrategos y los tiranicidas. Luego repite la vieja cantilena de las guerras persas, según la cual ninguna nave de guerra bárbara logró asomarse a las aguas helenas y que los griegos asiáticos debieran ser autónomos. Además, añade que en esto era en lo que aventajaba Atenas a todos los demás en esplendor; que llegó a ser, para todos los helenos, un modelo para las grandes hazañas, porque así como en edad era la más antigua de todas, de igual modo se habían distinguido los antepasados áticos de todos los demás hombres por su primor; a ello sigue, con un detenimiento patético, la historia de la muerte en sacrificio de Codro.[212] Con

211. Cf. tomo IV, p. 262.
212. Un ejemplo de la altanería irreparable de los ate-

todo, el discurso tenía algo de chapado a la antigua y esforzado. Ya al empezar advoca Licurgo a los dioses y héroes de la patria, para que sirvan de testigos contra el que haya manchado con la traición sus templos, lugares sagrados y sacrificios tradicionales, y repite más tarde iguales fogosidades de piedad.[213] Como a Leócrates se le tiene que considerar como perjuro, se vuelve incluso a tratar del juramento de los Efebos, y un escribano tiene que leerlo públicamente, igual que el juramento prestado por los helenos antes de Platea (y esto en una época en que los perjurios eran lo normal); y como él, indirectamente y en lo que dependía de un solo individuo, habría podido causar se hundiesen los cultos patrios, que los padres cayesen en poder del enemigo y que los muertos perdiesen los honores que les correspondían, subraya con énfasis el cuidado de los dioses por los actos de los hombres, y principalmente por su piedad hacia los padres y muertos, relatando una fábula según la cual la lava del Etna se había dividido en dos corrientes para no dañar a un hijo que había salvado a su padre. Aparte estas delicadezas religiosas, cuya ridiculez en la Atenas de entonces es evidente,[214] resalta sobre todo la predilección del orador por los mitos y antigüedades. Nos enteramos de las decisiones que los atenienses tomaron en sus iras, y también se citan párrafos de poetas patrióticos, de Tir-

nienses de aquella época es que se pudo creer en serio en Atenas que Alejandro, después de la conquista de Tebas, había mandado decir a los atenienses comprometidos que se encargasen de los asuntos [helénicos] porque, en caso de que él se muriera, Atenas debía gobernar toda Grecia. Plut., *Alex*, 13.

213. Cf. 17, 25, 26, 59.

214. Respecto a cómo hubo que dar premios en metálico en el agón musical de Poseidón, que el mismo Licurgo había fundado, porque el celo por sí solo no hubiera bastado ya, cf. p. 172, nota 210.

teo y otros. ¡Cuán pronto habría que cantar en Atenas el Itifálico sobre Demetrio!

Entretanto, Atenas fue el cuartel general de todas las intrigas contra Alejandro. Sucedió que la historia más grande de defraudador público que conoce el mundo tuvo, en parte, a Atenas como escenario. Hárpalo, el tesorero fugitivo de Alejandro, llegó de Babilonia a Grecia llevando aún consigo a Atenas 700 talentos de los 5.000 que había robado. Esta suma hizo que toda la ciudad se pusiera en revuelo, y en el pleito que fue por fin iniciado contra los demagogos de más influencia, por haber recibido primero al defraudador y por haberle dejado después escapar, fue envuelto también Demóstenes, que había abandonado su resistencia inicial contra la admiración del ladrón, porque Hárpalo le había sobornado, según se decía, con 20 talentos. La culpabilidad del orador la sostienen, entre otros, Hipérides[215] y el acusador, para quien escribió Dimarco, así como Teopompo por parte de los historiadores, al que Plutarco copia *nude crude*. El tribunal le consideró culpable y le condenó a una multa de 50 talentos. Los modernos, en su mayor parte, le creen víctima de una intriga. Como absolver o condenar rotundamente y de una vez para siempre, *ex conjectura*, nos parece precario, no nos atrevemos tampoco a tomar decisión

215. De los fragmentos que se han conservado de su discurso de acusación citaremos aquí el décimo, porque deja entrever la situación del orador. «Consentís, a sabiendas, muchísimo a los estrategos y rétores, y, aunque no lo permita la ley, se lo consiente vuestra clemencia, con la sola reserva de que lo que ellos reciban sea por vosotros y no en contra vuestra. Yo creo que Demóstenes y Demades (es decir, los que antes eran adversarios) se han ganado, por sofismas y proxenias, cada uno más de 60 talentos, sin contar con el dinero de la corte persa y el de Alejandro. Pero ni lo primero ni lo último les basta todavía, y se han hecho dar obsequios que ponen en peligro la existencia del Estado.»

alguna en este caso. El hecho es que Demóstenes fue detenido, viéndose obligado, una vez que logró escapar, a sufrir un destierro de bastante duración en Egina y Trecena; entre los testimonios más importantes sobre Atenas figura lo que Plutarco relata de él en estos tiempos, particularmente el que aconsejara a los jóvenes que habían llegado buscando su compañía no entrar en la vida política, diciendo que si desde un principio se le hubieran abierto dos caminos, uno a la tribuna de orador y a la Asamblea popular y otro directamente a la muerte, y que si entonces hubiese conocido los males, las angustias, persecuciones de la envidia, calumnias y luchas de la vida política, habría preferido tomar el camino de la muerte.[216] Así quizá habrán opinado con el tiempo todos los políticos de Atenas.

Después de la muerte de Alejandro (323) se produjo un nuevo movimiento para la expulsión de los macedonios de Grecia, que tenía, sin duda, más probabilidades de éxito que el anterior. Demóstenes fue llamado por su patria, que le recibió espléndidamente, pero después de unos bellos éxitos iniciales se reveló, en esta llamada guerra lamíaca, la debilidad interna de las polis griegas. Cuando la causa macedónica volvió a triunfar, huyó el orador de nuevo, hallando más tarde (322) la muerte conocida en Calauria.[217]

Habiendo mencionado, al pasar revista a la situación de Atenas, tan a menudo, la megalomanía ateniense, nos vemos obligados a hacer constar que, no sólo Atenas, sino Grecia entera había heredado del siglo v un

216. Plut., *Dem.*, 26. Lo cierto es que tales personas no suelen decir esas cosas nunca en serio; no hacen más que predicar para los demás. También Demóstenes se volvió a ocupar muy pronto en política.

217. Los últimos tiempos de Demóstenes los relata Plut., *Dem.*, 27 y s., evidentemente con un ambiente fuertemente anecdótico.

concepto grandioso de las cosas, un recuerdo de glorias pasadas, que no les permitió dormir sobre sus laureles. Tales herencias tienen sus ventajas y sus inconvenientes. Toda época, en la vida de un pueblo, puede tener su deber y su tarea especial, a los que no se debe faltar, dejándose desconcertar por lo que se ha logrado en una juventud gloriosa. Sin embargo, esto se refiere tal vez sólo a tareas culturales; normalmente no se debía nunca bajar del nivel alcanzado, y el caso es que Grecia moralmente había ido en disminución evidente; notablemente muy por debajo del nivel del siglo v, y no tanto en la moral privada como en todo lo que a la Polis se refería. Aquí, la idea más sublime de la vida griega había hecho quiebra ante los ojos de todo el mundo; el apartamiento de los pensadores e intelectuales del Estado, su apolítica y cosmopolitismo eran fenómenos reconocidos públicamente.

Cambiar la situación sólo podía lograrse mediante esfuerzos colosales y modelos de individuos que diesen un ejemplo edificante. Mientras tanto, la bajeza roía a toda Grecia, causando insomnio a los buenos. Y no hay que olvidar que Atenas probablemente estaría mucho mejor que otras partes, y que sabemos de la vida interior de la mayoría de las otras ciudades muy poco o nada coherente, y casi sólo las fechorías. Sobre todo las ciudades jónicas se acercarían, como en el siglo v, a Atenas solamente en las artes; en todo lo demás carecían completamente de importancia y llegaron a sobrepasarla, con todo, municipios como Rodas y Cos.

Mientras la Polis se iba haciendo cada vez más odiosa a la gente por toda clase de motivos, se produjo realmente, aunque sólo en pocos individuos aislados, aquel poderoso esfuerzo del idealismo individual; a él se unió la conciencia de la nación (completamente madurada entre tanto) de lo que ella era en comparación

con otras naciones; así que surgió otro tipo, que vamos a llamar, para salir del paso, el del *panheleno virtuoso.* Este tipo se distingue totalmente del de los afamados estadistas atenienses (unos Conón, Timoteo, Cabrias, Ifícrates, Foción) que, excepción hecha de Demóstenes,[218] eran sólo atenienses, y representa una convicción, que se ha producido a través de la reflexión, y que quizá, esencialmente, sea producto de la ética pitagórica y socrática. Mientras muchos querían dejar completamente a un lado el Estado (tanto el propio como el ajeno), para vivir como filósofos, investigadores, viajeros o meramente para dedicarse a sus placeres, este modo de pensar induce a algunos a dedicarse a la vida por la nación, en el sentido más amplio, y a seguir siendo helenos, es decir, hombres políticos, en cualquier terreno que sea.

Entre *estos* panhelenos no incluimos, desde luego, a hombres como Dionisio *el Viejo,* aunque se sobreentendía que en su lucha con los bárbaros quisiera pasar por un representante de la helenidad, pero sólo la protegía en cuanto le convenía para sus fines personales, e intencionadamente no aniquiló el poder cartaginés en Sicilia, para no dejar de ser imprescindible él mismo. Tampoco forman parte de este concepto los epidíctos, desde los sofistas del siglo v hasta Isócrates. Es cierto que su retórica se había apoderado del panhelenismo, empezando a predicar a los helenos la concordia y la lucha común contra los bárbaros y tiranos, pero lo patético aquí era barato, y el vivirlo realmente y dar ejemplo de lo que predicaban era difícil, y como no llegaron a practicar lo último, era un justo castigo, por el desgaste de la idea, que estos rétores no conocieran al

218. Éste, por cierto, quería levantar Atenas por todos los medios, haciendo de ella, primeramente, una potencia preponderante para la libertad de Grecia. Cf. Niebuhr, *Kl. Philol. Schr.*, I, 480.

heleno auténtico allí donde éste realmente se les presentaba, y que por ejemplo Isócrates, cuyo patriotismo no es en realidad más que una melodía altisonante, no citara a Pelópidas y Epaminondas ni en un solo párrafo siquiera.

En cambio, puede en cierto modo considerarse como uno de ellos a Jenofonte. Por sus dotes de mando, después de la traición de los generales, automáticamente se vio en la necesidad de asumir, ante su ejército tan diverso, la representación de todo lo helénico. Más adelante, cuando se le destierra de Atenas, probablemente por los servicios prestados a Ciro, aliado de Esparta, manifiesta un espartanismo unilateral, y desconoce lo nacional donde se le presenta en su verdadera forma, igual que Isócrates;[219] puede ser haya creído representar, precisamente con lo espartano, el auténtico helenismo, e incluso en su exterior intentaba demostrar sus ideas panhelénicas, pues se le describe[220] armado con escudo argívico, coraza ática, yelmo de manufactura beocia y montado en un caballo epidáurico.

Ahora figuran en primer plano una clase muy singular de hombres, los pitagóricos itálicos. Como hemos visto antes,[221] la congregación de Pitágoras no había tenido por sí mismo la finalidad de ejercer un dominio político, y si después de sus crisis en Crotona y Metaponto, en las que sucumbieron lugares y hombres, hubiera ejercido una actividad enérgica hacia el exterior, sin duda se habría oído hablar de ello en el siglo v; pero ahora, después de observar esta gente, probablemente durante largo tiempo, una vida contemplativa de sectarismo obscuro y pacífico, se les vuelve a mencionar

219. Cf. tomo I, p. 176 y s.; III, p. 595.
220. Eliano, *V. H.*, III, 24.
221. Tomo III, p. 420.

muchísimo desde los tiempos de Sócrates en adelante, además de que aparecen como desarrollando actividades políticas. Ésta es la clase a que pertenecen Filolao de Tarento (o Crotona) y Lisis de Tarento, que llegaron a Tebas, lo mismo que Clinias de Tarento, que vivía en la Heraclea lucánica, y Eurito, que moraba en Metaponto, y más adelante el tarentino Arquitas.[222] Carece de importancia si ha existido o no realmente en alguna fecha la charlatanería de una sociedad secreta, y sobre todo, en esta época tardía, más esencial era que a todos les uniese el mismo modo de pensar; ellos querían una reforma religiosa y moral de la vida griega y sólo podían pensar en su realización si obtenían influencia política en las ciudades.[223] Siguen creyendo que mediante una alianza filosoficoaristocrática se podría ayudar una vez más a Sicilia y restaurar sus polis. Son ellos los que piden a Platón, con cartas urgentes, acepte la invitación de Dionisio *el Joven*, logrando convencerle a una última visita, en satisfacción a los ruegos encarecidos de Dionisio, y los que cuando se ha vuelto a enemistar con éste consiguen su libre salida mediante una embajada casi amenazadora. El hombre en quien descansan sus esperanzas es Dión, en el que coinciden la tradición pitagórica y una estrecha amistad con Platón. Pero Platón mismo, sobre todo en su teoría del alma y del más allá, seguía en alto grado la doctrina pitagórica, que en él se fusiona con la ética de un Sócrates. Las relaciones cordiales de estos dos hombres se revelan claramente con la estancia de Dión en

222. Cf. p. 9.
223. Cf. Curtius, *Gr. Gesch.*, III, 258: «La doctrina pitagórica era de naturaleza reformatoria. No sólo se ocupaba en la «cabeza», sino que exigía al hombre en su totalidad. Era un helenismo ideal, que quería verse realizado en la vida y que empujaba a los que había afectado a una expansión continua e ilimitada».

Grecia, donde éste pone a disposición de Platón los medios necesarios para una coregia suntuosa, siendo por su parte recomendado a todos los griegos por el filósofo.[224] Entre ellos había, por cierto, ya en la opinión pública, una admiración blanda y barata por tales aspiraciones, pero el ensayo que se hizo ahora de dar a Siracusa una constitución que correspondiera a estos ideales, estaba completamente exenta de probabilidades de éxito, y que Dión, tras haber conseguido la expulsión de Dionisio de Siracusa, cayera víctima de una conspiración, fue el final que, según las circunstancias dadas, había que esperar en un hombre modelo como él.

La figura más completa de esta clase es Epaminondas, del cual siempre será deplorable no haya sido objeto de una biografía por parte de Plutarco. En casa de su padre Polimnis se había hecho miembro de la familia Lisis, que había seguido a Filolao en su huida a Tebas, y en constante contacto con él se convirtió el muchacho en el hombre que luego, en un pueblo especial, había de surgir como figura ideal panhelénica con las dos tendencias: la de la virtud cívica y la del amor a la sabiduría, y que ha expresado este tema suyo con las famosas palabras: que los tebanos, si quisieran ser los primeros en Grecia, tendrían que colocar los propileos de Atenas en la subida a la Cadmea.[225]

224. Sobre Dión., cf. tomo I, p. 254 y s.; *ibíd.*, p. 450 y s., los viajes de Platón a Sicilia. Cómo el buen Dión fue amonestado por sus vigilantes morales, cf. Plut., *De adul.*, 29. donde se cuenta cómo Platón, cuando todos le admiraron por su personalidad espléndida y el primor y la magnitud de sus actos, le previno contra el orgullo (αὐθάδεια), que iba ligado siempre a tal aislamiento, y Espeusipo le escribía que no se hiciera vanidoso, cuando entre mujeres y gente joven se hablase mucho de él, sino que aspirara a hacer famosa la Academia, adornando a Sicilia con la piedad, la justicia y las buenas leyes.

225. En cierto modo se nos presentan estos círculos con

Después de haber logrado liberar, en el año 379, a Tebas de los espartanos, con la ayuda de algunos que pensaban igual que él, a los que había instruido (entre éstos se encontró también Pelópidas) su partido neobeocio pronto dominó toda Beocia y obligó a los disidentes a unirse con ellos. En el Congreso de Esparta (371) ya no habló para Tebas solamente, sino para toda Grecia, y después de su victoria de Leuctra, demostró su helenismo, no sólo restaurando a Mesena y creando un Estado de toda la nación árcade, lo que sólo era posible para un panheleno como él, sino pensando únicamente en hacer a Esparta inofensiva y no en aniquilar ciudades helénicas.[226]

El mayor efecto lo ejerció Epaminondas donde menos lo podía sospechar, es decir en Timoleón de Corinto, del cual se atestigua claramente[227] era el que

su modo de pensar en el escrito *De genio Socratis*, donde Plutarco se esmera por crear (en parte combinando noticias ciertas con otras creadas y observando dentro de lo posible el ambiente local y temporal) una clase de novela histórica en forma de diálogos. Aquí se relata cómo un crotoniata distinguido, el sabio Teanor, aparece en Tebas, para llevar a su patria itálica los restos mortales de Lisis, de cuya muerte se han enterado mediante el demonio del fallecido, y reembolsarle a su amigo Polimnis, padre de Epaminondas, los gastos de su enfermedad. Pero se entera de que, por parte de los amigos tebanos, ya se han administrado al muerto todos los ritos sagrados especiales de la secta, y que con su dinero no puede impresionarles, porque Lisis los ha entusiasmado con el ideal de la pobreza voluntaria («la mejor nutridora de hombres y querida compañera de las casas») y conocen bien los deberes del ascetismo pitagórico. Lisis ha dejado aquí huellas imperecederas. Cf., sobre este escrito, tomo III, p. 537, y sobre la educación de Epaminondas, Curtius, en otro lugar.

226. Según Polieno, II, 3, 5, salva, sin embargo, a Esparta del aniquilamiento, porque Tebas tendría que enfrentarse si no con sus aliados peloponésicos, que sólo la ayudan para humillar a Esparta y no para ensalzar a Tebas.

227. Plut., *Tim.*, 36.

más aspiró a imitarle. Cuando llegó su salvador a Sicilia, la situación era ya tal, que sólo se podía elegir entre helenos y bárbaros (respectivamente los tiranos, cuya existencia convenía a los intereses de Cartago), entre la salvación o el hundimiento de la nacionalidad. No es, pues, de extrañar que este hombre de Corinto surgiese como un salvador en medio de toda esta miseria, y que en su bandera tremolase desde un principio la salvación de la helenidad sicana.[228] Ya hemos indicado [229] cómo lo había de lograr gracias a la enorme afluencia de gente que traía de toda Grecia y de la Magna Grecia a Sicilia, y después de la batalla del Crinisos pudo hacer de Corinto, con los obsequios que le hizo del botín de la batalla, aquella ciudad cuyos templos más hermosos no estaban decorados, como en otras, por expoliaciones a otros helenos, sino a los bárbaros.[230] Panheleno lo es ya por la población heterogénea de griegos de todas clases que avecindó en Sicilia; de Dión se diferenciaba en que no tenía ideas aristocráticas, sino que, al contrario, restaurara la democracia en todas partes, lo que entonces, por buenas o por malas, era lo único factible.

Aquella capacidad de soportar privaciones de toda clase y la subordinación de las propias inclinaciones a lo más conveniente, que encontramos en aquellas figuras inolvidables de Epaminondas y Timoleón, no era cosa a la que los griegos fuesen del todo propensos, por lo que no debe extrañar que tal especie de hombres escasease. Tampoco debe preguntarse, respecto de tales tendencias, cuántos las realizaron, sino, al contrario, sólo si se realizaron realmente, y esto no se puede negar

228. Compárese, por ejemplo, los reproches que tienen que escuchar los mercenarios griegos de los cartagineses en Plut., *Tim.*, 20, por parte de la gente de Timoleón.
229. Cf. p. 13 y s.
230. Plut., *Tim.*, 29.

de los mencionados hombres. Con estos precedentes era lo más natural también, para un Filipo y para un Alejandro, dárselas también de panhelenos, y al primero se lo dice el propio Isócrates en voz alta:[231] «Otros descendientes de Heracles pueden amar a la ciudad, la que tienen como su patria; en cambio, tú, que no dependes de ninguna polis, puedes considerar a toda Grecia como patria tuya, como antes vuestro antepasado [Heracles] mismo». Y al lado de todo esto, y en contraste con ello, Diógenes lo alumbra todo con su linterna, buscando no ya al ciudadano, quizá ni siquiera al heleno, sino sólo al hombre.

La Polis no basta ya al hombre ático, ni tampoco siquiera al egoísta ávido de fama. Respecto a esto, ya demuestra la experiencia que Atenas tuvo con Ifícrates, cuán indiferentes dejaban a muchos los honores corrientes concedidos por las ciudades. «¡Sabéis, atenienses —dice Demóstenes[232]—, que Ifícrates tuvo por nosotros una estatua de bronce y convites en el Pritaneo, obsequios y demás honores, con los cuales era felicísimo! (εὐδαίμων). Pero, a pesar de ello, osó luchar en interés de Cotis contra vuestros estrategos y estimar el bienestar de Cotis por encima de todos los honores que disfrutó de vosotros. Puede haber sido, no obstante, bastante amargo el tener que abandonar incluso su estatua para conseguir *el gran negocio*». En cambio, se practica en varias ocasiones un afán de fama que pretende llamar la atención de amplios círculos de la nación, a veces de la manera más rara. Podían ser aprovechadas para esto las grandes fiestas, como Dionisio *el Viejo,* que, además de la medida del bien y el mal, también tuvo que haber perdido el tacto para lo adecuado y para lo ridículo, pues inundó a los griegos, desde Siracusa,

231. *Fil.*, 217.
232. *Adv. Aristocr.*, 130.

con una tromba de malas tragedias, y cuando por fin los atenienses galardonearon su *Liberación de Héctor*, en las Leneas, con el primer premio, tuvo una satisfacción tan grande, que se embriagó en una noche de orgía y murió a consecuencia de ello.[233] Sobre todo, hay que tener en cuenta aquí la gran propaganda que iba unida a los grandes sepelios; el exceso de honores fúnebres de los tesalios y otros aliados por el Pelópidas caído (364),[234] en «que se sobrepasó todo lo que el primor humano hasta entonces había realizado», asociándose grandes escoltas de todas las ciudades y provincias. La procesión fúnebre no había sido ya motivada totalmente por el sentimiento auténtico, sino más por un fenómeno de contagio nervioso, una necesidad de adoración de la fama.[235] Más aún fue ahora el entierro del príncipe cario Mausolo (352) un motivo de presunción, no ya tan sólo en su propia capital Halicarnaso, sino mucho más allá, por adquirir fama entre todos los helenos. Él mismo había tenido inclinación hacia lo monumental, y después de volver a construir la ciudad de Halicarnaso, ideó el plan para su palacio aprovechando la situación del terreno,[236] y cuando falleció, el luto por él fue convertido por su viuda y hermana Artemisia en cuestión de estética nacional. Ella, por su actuación, que fue corta (352-350), pues se dice que el dolor por la pérdida del marido la llevó pronto a la tumba,[237] pertenece aún a una época anterior a la

233. Según Olimpiodoro, *Vit. Plas.*, se vanagloriaba Dionisio, después de haber cometido lo más inaudito, de ser también un buen juez, lo que le presentaba a Platón como una gran cosa.

234. Plut., *Pelop.*, 33 y s.

235. En tales panhelenos todos los honores fúnebres eran muy considerables. También la procesión fúnebre de Timoleón fue una fiesta suntuosa. Plut., *Tim.*, 39.

326. Cf., respecto a esto, la cita principal coherente en Vitrubio, II, 8.

237. Si es o no cierto el que se tomase las cenizas de su

que en Macedonia atrajo hacia sí todos los mirones y admiradores. Su gran propaganda pudo, pues, adelantarse aun a la gran fama histórica y mundial de aquéllos, sobrepasando, no solamente todo el lujo anterior de los monumentos sepulcrales con el Mausoleo, edificio contra cuya construcción podrían haberse objetado bastantes reparos, y con la cual iba paralela una fanfarronería sin igual, sino que, además, se celebraba en aquella fiesta gigantesca de inauguración del sepulcro, a cuya terminación no sobrevivió Artemisia, aquel agón imponente, en el cual hubo además un certamen de tragedias —como si no bastara ya una oración fúnebre— y una competición de cuatro grandes oradores[238] que tenían que hacer la apología de Mausolo; dícese que el historiador Teopompo obtuvo la palma de la victoria en este proceso epidíctico, el más colosal de todos los tiempos.

El recurso del individuo depravado frente al panhelenismo idealista, es la fama mediante crímenes y el afán de convertirse en ídolo. Grandeza la querían los buenos y los malos, y por el medio anterior, es decir por la abnegación hacia la Polis (por el *Spartam nactus es; hanc orna)* ya no pudo ser alcanzada. Sobre todo impera ahora el afán de fama (abandonado por la auténtica conciencia de Estado) no sólo hacia lo abs-

marido poco a poco en sus bebidas, tal como lo relatan Gelio, x, 18, y Val. Max., IV, 6, es cosa que dejamos indecisa. Por lo demás, se deduce de Vitrubio en otro lugar que como viuda no sólo se cuidaba de su luto. En la lucha con los rodenses manifestó energía, astucia y decisión. Se dice que había subyugado completamente a Rodas, donde erigió un grupo escultórico en conmemoración de su victoria, que reproducía la ciudad de Rodas, marcada por ella con hierro candente. Los mismos rodenses no se atrevieron, más tarde, a quitar este artefacto, y se contentaron con edificar encima de él un cuerpo de guardia, llamándolo después ἄβατον.

238. Cf. tomo III, p. 449.

tracto, idealístico, tal como sería el caso en el asesinato de Jasón de Ferea por tiranicidas idealistas, sino incluso hacia lo destructivo y absurdo. Así Heróstrato, que incendió (356) el templo de Éfeso, confesó al menos, en el tormento, su intención de adquirir fama por ello[239] *(mentis furorem)*, y Teopompo divulgó su nombre en la Historia, nombre que los efesios habían decidido mantener en secreto. Si antes las ciudades habían reñido por cual de ellas tendría el honor de ser el lugar de nacimiento de Homero, ahora, en cambio, se reñía por quien había sido muerto Epaminondas, si por un mantineo, un espartano o por el ateniense Grilo,[240] y Pausanias, el asesino del rey Filipo, había preguntado antes de cometer el crimen, al sofista Hermócrates, por qué medios podía alcanzar la mayor fama, a lo que le contestó: «Cuando matares a aquel que hubiera hecho la cosa más grande». De esta manera fue el asesino envuelto y elevado por la fama del asesinado, al mismo tiempo que, posiblemente, satisfizo el odio que existía contra lo raro y lo único.[241]

También había la autoidolatría de los que no se contentaban con la fama ordinaria. En el fondo, con el concepto bajo en que se tenía a los dioses y su poder, el cumplido que se intentaba hacer a sí mismo no era tan enorme; pero, aun así, era agradable subir al rango

239. Val. Máx., VIII, 14.
240. Pausan., VIII, 11, 4.
241. Diodoro, XVI, 94. Compárese también el razonamiento que impone Dión Casio, XLII, 32, en el inquisto Dolabella, que, desesperándose de obtener el perdón de César μέγα τι χαχόν ἐπεθύμει δράσας ἀπολέσθαι, ώς καὶ ονομα ἐχ τούτον ἐς ἀεὶ σχήσων ἤδη γάρ τινες καὶ τῶν χαχίστων ἔργων ἐρασταὶ ἐπι τῇ φήμῃ γίγνονται. También en Plutarco es característico el placer con que describe detalladamente un complot y una crisis en la vida de Pelópidas y en *De genio Socratis*, en la descripción de la liberación de Tebas. Recuerda en esto a los italianos del Renacimiento.

de dios, siempre que lo creyera la gente, y mientras que antes la descendencia de los dioses había sido una especie de diploma de nobleza, ahora en este tiempo de desenfreno, aquel a quien se le antojaba se declaraba dios a sí mismo.[242] El primero que se hizo venerar de tal manera fue, como dijimos antes,[243] Lisandro, que aceptaba peanes y sacrificios, mantenía a un poeta que le elogiaba, y en Samos, donde había derribado la democracia, hizo celebrar, en vez de las fiestas en honor de la diosa Hera, las Lisandrias.[244] Con el tiempo siguieron su ejemplo tan pronto uno como otro sucesor. Así, el terrible Clearco exigía de Heraclea la veneración y el honor que correspondían a los dioses olímpicos, se ponía trajes que se habían encontrado en imágenes de dioses, y se titulaba, cuando quería ser modesto, hijo de Zeus, llamando a su hijo Cerauno y mandando que en la calle fuera llevada delante de él en procesión un águila de oro.[245] Es raro que algo parecido se contase también de Heráclides Póntico, discípulo de Platón y Aristóteles, autor muy universal, natural de la misma Heraclea, y que ayudaría, de algún modo, a la liberación de su ciudad natal de los sucesores de Clearco. Éste habría tenido, según se cuenta, el deseo de ser venerado como héroe, y sobornó a la Pitia para que prometiese ayuda a una embajada de Heraclea, que debido a un hambre había venido a consultar a Delfos, en caso de

242. Cf. tomo I, p. 64 y s. No podemos inclinarnos a opinar como Nagelsbach, *Nachhom. Theol.*, 6, según el cual los hombres llegaron por desilusión a idolatrar a otros hombres, cuando vieron que sus dioses de piedra o madera carecían de poder o sentimientos. Si hubiera sido esta la causa, la idolatría del hombre tendría que haberse producido mucho antes, pues aquella desilusión era antiquísima.
243. Cf. p. 28.
244. Plut., *Lis.*, 18.
245. Justino, XVI, 5; Eliano, fr. 86.

que en vida se le honrase con una corona de oro y después de su muerte le fuesen concedidos honores de héroe. Lo cierto es que la cosa salió mal para todos los interesados. Heráclidas murió de una apoplejía en el acto de su coronación en el teatro, y la Pitia fue mordida por una víbora en el Aditón, en Delfos, aproximadamente al mismo tiempo. Al acercarse su muerte, mandó Heráclides aún hacer desaparecer su cadáver y poner en vez de éste una serpiente encima de la cama, para que pareciese que él se había ido con los dioses; pero hasta este engaño fue descubierto,[246] por lo que se probó que Heráclides no había sido otra cosa que un necio. Al lado de esta historia ya no puede sorprender que el suegro de Ifícrates, el caudillo tracio Cotis, un borracho peligroso, preparase un día un convite y una cámara nupcial para contraer matrimonio con la diosa Atenea. De sus guardias de corps, a quienes envió a ver por qué no venía, mató, en su borrachera, al primero, al llegar éste con una respuesta negativa, y lo mismo hizo con el segundo; el tercero fue más listo, y le anunció que hacía mucho que la diosa le esperaba. Además, de uno de los jefes de mercenarios que tenía Artajertes Oco, Nicóstrato, que al someter las provincias extremas disidentes de Persia se mostró muy hábil en consejos y actos,[247] se relata que su inteligencia se ofuscó de necedad, porque, como se distinguía por su gran fuerza física, fue armado en campaña, a imitación de Heracles, con piel de león y maza. Entre las personas que se creyeron divinas, hay que mencionar también al famoso médico Menécrates de Siracusa, que se llamaba Zeus,[248] por convertirse, gracias a su arte, en causa de

246. Diógenes Laercio, v, 6, 6, y la variación en Suidas, sv. Heráclides.
247. Diodoro, xvi, 44.
248. Aten., vii, 33 y s. Influiría también un juego de palabras en lo que ζῆν recordaba Ζεύς, Ζηνός.

la vida para los hombres; obligó a los que había curado de epilepsia reconociesen por escrito ser esclavos suyos, y le seguían como séquito, vestidos con trajes de dioses, un Heracles, un Hermes con clámide, bastón de heraldo y botas con alas; un Apolo y un Asclepio; Menécrates andaba en medio de este coro de dioses vestido de púrpura y calzado suntuosamente, con una corona áurea y un cetro. Cuando él, «como creador de todo lo viviente», escribió a Filipo como «destructor de todo lo existente», dio con uno que podía con él y que contestó deseándole una mente sana (ὑγιαίνειν). También se cuenta que Filipo una vez se burló de él, preparándole en un convite espléndido una clina y el lugar más honroso, pero haciéndole servir, mientras que los otros comían, nada más que incienso; durante algún tiempo Menécrates estaba orgulloso por el honor de que se le hacía objeto, pero, por fin, ante el hambre que se le entraba, mostró ser un hombre, y además hombre muy necio, saliendo indignado y diciendo que se le había hecho una hibris.[249] No hay que extrañarse demasiado por todas estas cosas. La gente de aquellos tiempos podía enloquecer de esta manera, porque ya no podían destacarse en la Polis, si no querían seguir el camino del politicastro de baja calaña, y porque ignoraban los fines mejores y más sencillos de la vida. Hemos de recordar asimismo en esta relación la figura singular de Friné (sin que para nosotros tenga importancia si históricamente ha habido una o dos). Cuando Hipérides

249. Como destinatario de la carta se nombra en Plut., *Ages.*, 21, a Agesilao. La historia del convite también en Eliano, *V. H.*, XII, 51. De paso mencionaremos que un cartaginés, Anno, no se contentaba con ser simplemente un hombre; compró unas aves y les enseñó en la oscuridad a decir la frase: «Anno es un dios», soltándolas después, pero en la libertad cantaban sus propias melodías y ya no se preocuparon de Anno. Eliano, *ibid.*, XIV, 30.

la defendía ante el tribunal popular, contra la acusación de asebia promovida por el eutias ofendido, temiendo perder el pleito, rasgó sus vestidos y enseñó a los jueces su seno, lo que a éstos causó un sagrado temor que les impidió matar a la sacerdotisa y recadera de Afrodita. En las Eleusinias y Poseidonias se sumergía desnuda en las aguas delante de todos los helenos, lo que era tanto más notable si se considera que siempre ella gustó de ir cuidadosamente vestida y no frecuentaba ningún baño público. Sirvió de inspiración a Apeles para su *Anadiómena,* y con Praxíteles eran todas las relaciones, que en el templo de su lugar natal, Tespia, estaban colocados no sólo el Eros que él había regalado, sino además su propia estatua al lado de una de Afrodita también hecha por él. Si a esto se añade que en Delfos estaba colocada una estatua de oro de Friné, en una misma fila con los reyes Arquidamo y Filipo, puede llegarse a creer que, evidentemente, la gente se había creado una confusión entre Friné y Afrodita, aunque Praxíteles las distinguía todavía; todo esto en una época en que se perseguía a Aristóteles, en un torpe pleito de asebia, pretendiendo que había cantado en elogio de Hermias de Atarnea de una manera como sólo podía hacerse tratándose de dioses.[250]

Al lado de aquellos que se tenían por dioses o que se manifestaban como tales había otros que se contentaban con un comportamiento especialmente idealizante. Así, el cómico y ditirámbico Anaxandrides, al tener que ensayar un ditirambo venía montado a caballo recitando parte de su obra; tenía, además, una figura alta y hermosa, una cabellera larga e iba vestido con un traje principesco con bordes de oro. Si una de sus obras no ganaba la victoria, no volvía a refundirla, sino

250. Aten., xv, 51 y s.

que la rompía y la quemaba en el incienso.[251] En estas personas bien podía hincar sus dientes el mordaz escarnio de los atenienses.

Después de todos estos idealistas de la virtud, de infames y de necios, llega por fin, en la persona de Filipo de Macedonia, el gran político realista. Hemos visto antes cómo fue entregado en su tierna infancia a Pelópidas, como rehén para Tebas,[252] por su cuñado Tolomeo, que al mismo tiempo era el amante de su madre. Permaneció tres años en casa de Pammenes, que pertenecía al círculo de Epaminondas; entre tanto, fue muerto su hermano mayor Alejandro por Tolomeo, y éste a su vez por *Perdicas, el segundo hijo de Amintas.* Era éste para Macedonia un tiempo de disturbios terribles por las riñas interminables de la sucesión al trono, a las que había que añadir las luchas en todos los países vecinos.[253] Perdicas dio a Filipo, cuando regresó a su patria, un pequeño Estado vasallo, pero, después de pocos años, pereció el hermano en una terrible lucha contra los ilíricos (359). Así recayó en él, a la edad de veintitrés años, el reino de Macedonia, aunque por cierto en situación crítica. Cómo se libró de los distintos aspirantes al trono y venció a los ilirios en su primer gran victoria sobre su rey Bardilis, expulsándolos definitivamente de Macedonia, es una historia que ya demuestra por sí sola la personalidad de este rey. Habiéndose visto ante la necesidad de hacer a su pueblo, tras grandes esfuerzos, capaz para el combate, esta victoria contra los ilirios probablemente habrá que considerarla como una hazaña militar mucho más heroica y difícil que la de Queronea en tiempos poste-

251. Aten., IX, 16.
252. Cf. p. 17 y s.
253. En qué estado Alejandro se hizo cargo de Macedonia, véase en el discurso, muy exagerado, de Alejandro, en *Opis. Arriano,* VII, 9.

riores. La suave elasticidad con la que desde un principio se apresta genialmente a la lucha entre los peligros que le rodeaban, y la decisión de hacer valer en todos los casos su propia personalidad, son pruebas de que había aprendido a navegar en un mar tormentoso en el que otros se hubieran ido a pique.

En dónde, en cambio, hubiera podido aprender escrúpulos morales es ya cosa difícil de comprender. El trato con los tebanos, de tendencias pitagóricas, tal vez pudiera haber producido en él algunas nociones del bien; pero las demás experiencias que iba adquiriendo, pronto debieron prevalecer sobre aquéllas. Es probable que en Tebas llegara todavía a conocer a los griegos con sus buenas y malas cualidades, aprendiendo a despreciar a los hombres en sí, y frente a todos ellos, precisamente por su falta de escrúpulos, es un griego auténtico. Lo es también por su vivacidad espiritual, por su don de adivinarlo todo y de calar las intenciones de los hombres; tiene tanto de lo odiseico de ellos como cualquier otro. Sólo del político griego le separa un abismo enorme: en lo de ser real y verdaderamente un rey que puede contar con la lealtad de su pueblo hacia la monarquía.

Sus macedonios, por sí mismos, no querían las guerras ofensivas, y sin Filipo hubieran preferido quedarse tranquilos y abandonar a los helenos y persas a su suerte. Pero ahora adquirió toda su importancia la vieja costumbre de que los hijos de los nobles se educaran en la Corte, como escuderos y pajes del rey. Cuando algunos linajes se ponían a mal con éste, sus hijos siempre quedaban como en rehenes, al mismo tiempo que éstos recibían, bajo una disciplina severa, una educación que los ponía en condiciones de servir en el porvenir al rey como capitanes o gobernadores. Con ellos se completó la guardia personal del rey, que se formó de la tropa guerrera de la casta dominante;

el primer rango lo ocupan las escuadras de caballeros «amigos y compañeros (ἑταῖροι) del rey», iguales a él en nacimiento. En la última expedición de Filipo a Grecia se componía de ochocientos, y en la invasión de Asia por Alejandro se habían duplicado en número; estaban ciertamente dotados con fondos reales.[254] Les seguían en categoría los escuderos (ὑπασπισταί),[255] una tropa de infantes selecta, y privilegiada también por su nacimiento. La masa de la infantería pesada se componía de las levas de distintas tribus, y también estos hijos de libre nacimiento del país fueron honrados con el nombre de «compañeros del rey en el servicio de a pie» (πεζέταιροι).[256] En la comisión aristocrática del ejército, el llamado Agema, que al mismo tiempo era conocido como una especie de representación del pueblo ante el rey,[257] tenía éste un apoyo como ningún tirano griego jamás lo poseyera. Y esto es lo que los griegos durante mucho tiempo no pudieron comprender, ya que Filipo les parecía un bárbaro, su reino una gran mezcla heterogénea y por ende insostenible, y su país un pue-

254. Respecto a ello, Eliano, *V. H.*, XIV, 48, evidentemente, de un apunte auténtico.

255. Según Aten., VI, 77, los ochocientos gozaban, en tiempos de Filipo, de ingresos (καρπίζεσθαι) no inferiores a los diez mil helenos dotados de las mejores y más amplias tierras.

256. Esto según Schäfer, *Demest.*, II, p. 33 y s.

257. Cf. Curtius, *Gr. Gesch.*, III, p. 419. Es lástima que por los testimonios de los griegos no pueda obtenerse claridad absoluta sobre el Agema, porque, sea que fuere más bien una clase de institución feudal o una piedad desconocida para ellos, estaba completamente más allá de su comprensión. Puede ser, incluso, que tal institución les enojara tanto que despreciaran el estudiarla. También Arriano y los demás historiógrafos de Alejandro sólo pueden consultarse respecto al significado de ἑταῖροι, ἄγημα, etc., con mucha precaución y muy condicionalmente, ya que estas expresiones, durante la expedición de Alejandro, habían cambiado su significado semipolítico por otro completamente militar.

blo de esclavos; como en su patria la lealtad era aquello que más escaseaba, ¿cómo podían explicarse una cosa basada en la piedad, tal como lo era la lealtad hacia su rey por parte de los macedonios?

En esfuerzo, podía exigir Filipo lo más increíble a sus súbditos.[258] En la guerra le servía maravillosamente la táctica de Epaminondas, a quien probablemente llegó a conocer en Tebas. Él la perfeccionó aún más, y por la fama invencible que iba adquiriendo su falange, despertó en su pueblo aquel orgullo militar que aun parece haber tenido su resonancia bajo los emperadores romanos.[259] También oficiales griegos mercenarios le ayudaron en sus innovaciones del arte de la guerra; siempre mantenía, al lado de sus ejércitos macedonios, tropas mercenarias, empleándolas para alguna que otra empresa y a veces también aisladamente.

El todo de este ejército lo fue Filipo mismo. Con una vivacidad constante (aun cuando a veces sirviera a sus fines fingirse muerto), estaba siempre donde su presencia hiciera falta. No obstante, empleaba generales en su servicio, y en sus exigencias hacia ellos era severísimo, diciéndose que alguna vez tildó irónicamente de felices a los atenienses que anualmente lograban elegir diez estrategos, mientras que él, durante tantos años, no había encontrado más que uno solo de valía, Parmenio.

Entre los grandes griegos le bastaba (aunque su antepasado Arquelao había llamado a Macedonia a multitud de celebridades) uno solo: Aristóteles. A éste,

258. Polieno, IV, 2, 10, relata que cubrieron a menudo, cargados con pesada coraza y con la impedimenta necesaria, 300 estadios en un día.

259. Léase, por ejemplo, el prefacio de Polieno, el que, si todavía tuviera fuerzas participaría, Μακεδονικῇ ῥώμῃ χρώμενος, en las guerras persas, como hombre macedonio a quien era tradicional el vencer a los persas. Pero hallándose así, al menos aporta su libro a la causa.

como se sabe, le confiaba, por decisión especialísima, la educación intelectual de su hijo; también favorecía sus trabajos de investigador, lo que no se le hubiera ocurrido a ninguna polis, poniendo a su disposición los medios para muchas investigaciones, y especialmente zoológicas.[260] Es dudoso que deseara también tener en su Corte a Isócrates.

A su lado estaba su esposa Olimpia de Epiro, con la que se casó en su juventud, después de conocerse ambos de niños en las fiestas de Samotracia. Esta mujer, orgiástica y sabia en los sacrificios, que tenía también sus matices terribles, y probablemente fue culpable de la muerte de su marido, tiene que haber sido, no obstante, una mujer extraordinaria, capaz de ser la madre del hombre excepcional. Es cierto que Filipo tenía también otras relaciones;[261] esta misma poligamia, causa principal de aquella terrible tradición del regicidio en la familia macedonia de los Temenidas, había de serle fatal también. Lo probable es que en su Corte hubiera a veces un ambiente salvaje; dicen que formó una sociedad terrible de griegos y bárbaros, y que, sobre todo, los griegos que le rodeaban eran la hez de entre los asesinos, ladrones y libertinos que allí se habían reunido. De sus extravagancias en los convites, su bufonería, sus danzas y romanticismos y sus múltiples borracheras se contaban muchas cosas.[262] Estos detalles engañaban en su criterio a los griegos, amantes de lo patético. Puede ser que haya tenido alrededor suyo mucho elemento infame, y es que sólo toleraba a aquellos a quienes necesitaba para sus fines,

260. Eliano, *V. H.*, IV, 19.
261. En Aten., XIII, 5, se enumeran, además de Olimpia, seis mujeres o concubinas más, con sus niños.
262. Aten., IV, 62, VI, 77. Sobre su chistosidad, Polieno, IV, 2, 6.

y sabía librarse de los peores, cuando le convenía, con mucho acierto. Podía haber dado que pensar a los griegos el saber que tenía una «ciudad de desalmados» (πονηρόπολις), Calibe, donde encerraba cerca de dos mil testigos falsos, sicofantes, etc., gente toda ella a quien pudiera haber mandado matar, pero a quienes prefería hacer inofensivos de esta manera, como también los tracios evitaban matar a los hombres.[263] En lo que se refiere al tono libertino debe tenerse en cuenta que Teopompo, que conocía bien estos feos deslices, y probablemente los relataría con alguna exageración, no obstante, llegaba al criterio de que, en resumidas cuentas, no había producido Europa todavía un hombre como él.[264] Este rey activo, que no se cansaba nunca, y que impresionaba al mundo extraordinaria e incluso diabólicamente, mucho de su carácter lo exteriorizaría, al parecer, sólo para mejor poder sonsacar a los demás.

Respecto al presunto programa político de Filipo, parece cierto que él intentaba reunir un poderío enorme helénico, para emprender con él la lucha contra el carcomido Imperio persa. Someter a este fin las distintas polis helénicas una por una era, como bien sabía, cosa imposible, pues se le hubiera ido el tiempo de su vida en esta tarea; pero no necesitaba tampoco la sumisión de toda Grecia, sino sólo de algunos países (tal vez hasta Beocia) y la impotencia del resto de Grecia y del Peloponeso, que con el pago de subsidios a los correspondientes partidos y cierto número de tropas de ocupación podían ser mantenidos en tranquilidad y paz.

263. Demóst., *Adv. Aristocr.*, 169. Ponerépolis: Teopompo en Müller, *Fg. hist. Gr.*, I, p. 298; Estrabón, VII, 6, p. 320; Plin., *Hist. Nat.*, IV, 18. ¿Es que dejaba vivir a la gente para utilizarla tal vez para algo? Parece poco probable que sólo abrigara la intención humorística de que ellos entre sí se sirvieran de fastidio.

264. Polib., VIII, 11.

Una vez se obtuvieran los tesoros persas, sería posible pensar en que la conquista del Extremo Occidente fuera factible mediante el alistamiento de tropas mercenarias, pero en tal eventualidad no pensaría probablemente la mente práctica de Filipo. Aun para sus fines más directos, probablemente no calificaría de pequeñas las dificultades que tuviera que vencer, porque si bien engañaba a otros, a sí mismo —al contrario de lo que solían pecar los griegos— nunca se engañaba. Empieza, pues, su carrera frente a los helenos, cuyas intenciones tan acertadamente preveía siempre; después de poner (mediante su victoria sobre los ilirios) la primera gran base para su poderío, gana, por la conquista de Anfípolis, el dominio sobre la importante región del Estrimón, con sus minas de oro; abre luego paso a Macedonia hacia el mar, tomando las ciudades litorales aliadas de Atenas; se aprovecha de la Guerra Sagrada para declararse «salvador» de Tesalia del tirano de Ferea y de sus cómplices focenses, y pretende ser el jefe y caudillo de toda Grecia; extermina, para romper en el Norte las resistencias más importantes, a la muy poderosa Olinto y a sus aliadas, las ciudades de la Calcídica, arrasándolas completamente; interviene de nuevo, cuando le llega el ruego de ayuda por parte de Beocia, en la Guerra Sagrada, y concede a Faleco y sus mercenarios libre salida; castiga a los focenses, es hecho anfictión, sigue de paso la política de Tebas, protegiendo a los demás peloponésicos contra Esparta; y, entre tanto, trabaja siempre en Iliria y Tracia para aumentar su poder sobre las tribus del Norte. Su lema constante en todo esto es ganar la colaboración de todos, empleando los buenos aprovechándose de los malos;[265] este lema lo realiza con tal virtuosidad, que la mayor

265. Plut., *Apophth. Reg. Phil.*, 17.

parte no saben resistirle. Sobre todo, soborna por doquier a las personas y los partidos. Que la tribuna de orador producía una cosecha de oro,[266] era un dicho que en Grecia tenía validez desde hacía mucho tiempo; se necesitaba dinero para vivir decentemente, y que se hiciese pagar lo mejor posible era considerado como una debilidad «de nervios» perdonable; el dinero que venía de fuera podía sonar igual de agradable que el que se ganaba por otros medios, y esto lo comprendían muchos. Sobre todo después de la conquista de Olinto, que había caído por la traición de dos jefes de los mismos ciudadanos, empezó el oro macedonio a encontrar en todas partes camino libre para llegar a las manos de las personas de influencia; el que lo aceptaba en las ciudades se llamaba huésped y confidente de Filipo, y en las fiestas (como en la que dio las gracias a Zeus Olímpico por esta victoria),[267] ejercía una influencia tan deslumbradora, que por sí sola acudían a él verdaderas masas de tales gentes.

Excelentemente representa también el papel de protector del oráculo délfico. Ya cuando los atenienses (342) le cierran el paso por las Termópilas, vuelve a su país con el éxito de haber afianzado su dominio por sus actos y su piedad hacia la deidad. En su intervención posterior (346) tiene especial cuidado en que todo aparezca como si él pensara sólo en vengar al oráculo robado, y sabe con maestría guardar las apariencias después de la capitulación y salida de Faleco (la que fue concedida, sin duda, muy en contra de las inclinaciones de sus aliados griegos), de un respeto profundo hacia los anfictiones, dejándoles la entera decisión sobre todas las cuestiones a que hubiera lugar. Que ellos, por tanto,

266. Cf. tomo I, p. 310.
267. Diodoro, XVI, 53-55.

le admitan a él y a sus descendientes en su círculo, y, además, con derecho a dos votos, es ya una preparación de su jefatura venidera sobre todos los helenos, la que, según se dice, alcanzó precisamente por su comportamiento piadoso.[268]

Es importante que con la presencia de Filipo terminaron las relaciones vergonzosas con Persia, así como su papel de árbitro supremo en asuntos helénicos, al que no sólo Esparta en la paz antalcídica, sino también Tebas en la embajada de Pelópidas, se habían tenido que someter, diciendo el Gran Rey que los helenos fueran autónomos y que Mesenia debía ser restaurada. Es característico cómo ahora, después de la conclusión de la paz de Filócrates (346), cuando Filipo se ha convertido en «el amigo de Atenas»,[269] el viejo Isócrates, en su *Filipo,* recomienda la guerra contra Persia. El orador establece en serio como programa que el futuro jefe de los helenos debería reconciliar los cuatro Estados principales de ellos: Atenas, Esparta, Tebas y Argos (cuyas enemistades internas y entre sí en aquellos tiempos tilda, muy acertadamente, de locura), y apaciguarlas interiormente, tarea que probablemente hubiera reclamado, no sólo la vida entera de un Filipo, sino la de dos o tres sucesores, malgastando todo este tiempo antes de que se hubiera dado un solo paso siquiera contra Persia. Pero no debería dominar de ningún modo a aquellas ciudades, porque (107) «no estaban acostumbradas a aguantar el dominio de uno solo sobre ellas»,[270] sino que él se figura la actuación de Filipo en tres escalas, y tiene la inge-

268. Diodoro, 38, 58-60, 64.
269. Esta época es más verosímil que la supuesta (según el argumento de Hermipo), poco antes de la muerte de Filipo.
270. Jasón de Ferea habría dicho ya que Persia era más fácil de vencer que Grecia. Jenof., *Hel.*, VI, 1, 12.

nuidad de recomendárselas a tal hombre (154) con las siguientes palabras: «Digo que debes obrar el bien para con los helenos, dominar a los macedonios como rey (βασιλεύειν), y a todos los demás bárbaros posibles como señor (ἄρχειν)». Ya es algo que se haga esta diferenciación entre las dos clases de dominios, y también parece que al orador se le han abierto los ojos respecto a la lealtad macedonia hacia su rey, cuando promete a éste gran fama en caso de que logre inclinar en su favor a los helenos, como lo estaban los lacedemonios hacia sus reyes, y sus propios «compañeros» (decir «los macedonios» no se lo permite la altanería ática) hacia él.

La alianza «libre» de las polis griegas con Macedonia contra Persia, que ahora proponía, era en sí una idea ridícula;[271] mucho tiempo tendría que haber esperado Filipo hasta lograr que en los helenos se produjera alguna lealtad hacia la monarquía, y unas relaciones prácticas o alianzas eran del todo imposibles con unos organismos tan petulantes como aquellas polis;[272] es sabido que ni siquiera la popularidad de una expedición contra Persia era tan considerable entre los griegos como para llegar a tal decisión, por muy halagadora que la pintase Isócrates, que pone a Filipo ante la alternativa de tomar toda Persia, o, según algunos proponían, contentarse con la conquista de Asia Menor y Sicilia hasta Sínope, es decir, con el «proyecto más pequeño». Todos estos consejos se los da en un escrito, en el que el propior autor (73 y sigs.) tiene que reconocer que el poderío de Filipo en la misma Atenas era objeto de la mayor desconfianza, porque los adversarios (es decir, Demóstenes y su partido), con su pre-

271. Cf. p. 20, nota 25.

272. Considérese cómo los peloponesios, con los que tan bien se había portado, le escarnecían en las Olimpíadas.

tensión de que éste no era aumentado en pro, sino a través de Grecia, se llevaban las masas, y, además, reconoce abiertamente (129) que su ciudad natal se preocupaba menos de lo que él decía y más de lo que decían aquellos que la enfurecían desde la tribuna de los oradores. Filipo recibió el discurso y acto seguido lo leyó; puede figurarse la cara «bomolóquica» que le pondría.[273]

Muy detenidamente observa Demóstenes la irrupción fatal de Filipo en los asuntos griegos, y lo ha descrito con incomparable maestría que nos conmueve aún en nuestros tiempos. Él sabe que de parte del rey están los hechos, de parte de los atenienses las meras palabras; que éstas mismas le han hecho grande, y que si le ocurriese una desgracia, su descuido pronto haría surgir a otro Filipo, y da las gracias a los dioses que mandaran al rey como elemento instigador, sin el cual el propio Estado se hubiera hundido por su propia iniciativa en la más completa negligencia. También sabe caracterizar excelentemente sus modos de actuar y sus fines, haciéndolo principalmente en la tercera filípica, donde expone, por ejemplo, refiriéndose a la suerte de Olimpia (10), que Filipo, si estuviera en plena invasión guerrera contra el Ática y el Pireo, no admitiría que fuera el agresor; como, al contrario del estilo arcaico de hacer la guerra, en la contienda peloponésica, él no hacía ninguna distinción entre verano e invierno, y nos dice también que solía operar sin su falange de hoplitas, sólo con tropas ligeras, jinetes y mercenarios, y cuando las ciudades que padecían de malestar interior

273. Es, evidentemente, una fantasía de oradores lo que relata Eliano, *V. H.*, XIII, 11, de que Filipo haya sido movilizado primero contra Persia por el llamamiento del *Panegírico*, de Isócrates, que había llegado hasta él; esto más bien sería cierto para el *Filipo*.

no le ofrecían una resistencia sería, en seguida tenía dispuestas sus máquinas de asedio. En batallas decisivas lograba más ventajas que los griegos, por lo que era conveniente procurar entretenerle en su país, etcétera (47, sig.). A pesar de todos estos conocimientos, aún no sabe Demóstenes qué rey y qué estratego era Filipo en realidad. En el mismo discurso (31) le considera como un hombre que no era heleno y ni siquiera bárbaro de un país que pudiera citarse con cierto prestigio, sino un ser espantoso de Macedonia, de donde antes ni siquiera podían obtenerse esclavos decentes (lo que, dicho sea de paso, más bien parece halagüeño para los macedonios). También fía demasiado el orador en el odio que podría haber contra Filipo en su reino norteño, inclinándose con gusto a creer en una sublevación de los tésalos, ilirios y tracios[274] opina que por sus numerosas guerras se haya hecho más bien inseguro su dominio sobre los macedonios, que la gente no tenía parte en el honor de sus éxitos, sino sólo en los trabajos de sus empresas, que la guerra les arrancaba de toda su vida privada y los excluía del comercio, de lo que se deduce que Demóstenes juzgaba a los macedonios como si se tratara de atenienses, para los que ciertamente tales circunstancias podían suponer una desgracia, y que no tenía ni la más remota noción de aquella filotimia que reinaba en el cuartel general macedonio, precisamente por no conocer más que el individualismo ateniense. También de la vileza del séquito de Filipo saca la consecuencia equívoca de que al primer revés de fortuna revelaría su importancia;[275] evidentemente, no logra distinguirle de un mero tirano, dándole a veces este nombre. A esto se junta el error general de que un dominio fundado en un profundo egoísmo, mentira

274. *Olint. I,* 21 y s.
275. *Olint II,* 14 y s.

y violencia no podía ser sólido,[276] como si en general las potencias del mundo se fundasen en algo distinto. Es cierto que las democracias pueden hundirse con estas circunstancias, pero cuando ha de crearse una gran potencia, ésta no suele realizarse, ordinariamente, en un tiempo bueno, sino entre las tempestades.

No se puede negar que Filipo quebrantaba todo juramento,[277] pisoteaba todos los convenios y compraba toda traición. Pero si se le quiere hacer justicia, hay que tener en cuenta que también los griegos de entonces eran los más desvergonzados perjuros, y no podían figurarse que ellos tenían el derecho exclusivo de obrar así. Que cada hombre tuviera su precio por el cual se le podía obtener fuera una máxima que pudiese expresar Filipo, se debía precisamente a que los griegos eran sumamente sobornables, pero de ningún modo puede cargársele a él toda la culpa.[278] Sin embargo, es cierto que por él llegaron a aprender los griegos una diplomacia que les era odiosa. Con sus asambleas populares, constantemente hablando, adoptando sofismas y desgastando todo interés, estaban completamente indefensos frente a tal práctico. «Él mismo era, lo que es más importante en la guerra, dueño absoluto de su gente, que, además, tenían las armas constantemente en las manos. Era también rico en medios económicos,

276. *Ibíd.*, 9 y s., donde el bueno de Demóstenes por lo menos se podía haber ahorrado la doble aseveración de οὐ γάρ ἔστιν, οὐκ ἔστιν.

277. Cf. Pausanias, VIII, 7, 4, donde la perdición de él y de toda su familia es documentada caso por caso, motivándolo con su perfidia.

278. Dem., *De cor.*, 295, da una lista de los partidarios de Macedonia en Tesalia, Arcadia, Argos, Élida, Mesenia, Sición y Corinto. Polib., XVIII, 14, defiende a los mencionados por no haber simpatizado con Filipo por dinero, sino para salvar a sus Estados contra el afán de Esparta en dominarlos.

y ponía en práctica lo que había decidido sin anunciarlo de antemano por sefismas o discutirlo públicamente en Consejos, y también sin que sicofantes le pudieran llevar ante el Tribunal o perseguirle con pleitos por infracción de la ley, sin ser responsable absolutamente ante nadie, sino teniendo, en resumidas cuentas, él solo el poder, la jefatura y la decisión en todo», nos dice, después de su muerte, nada menos que un Demóstenes.[279] Para hacernos cargo de toda la superioridad que le daba esta situación basta pensar en las flojas milicias cívicas y los inseguros ejércitos mercenarios, con sus estrategos amenazados por los sicofantes. Así pudo él actuar, mientras que los otros politiqueaban; por ser rey podía a veces retroceder un paso, y no le importaba que sus enemigos le creyesen en duro trance mientras él los engañara.[280]

Bajo estas circunstancias iba acercándose Grecia (pues Demóstenes no era de los que se dejaba comprar por Filipo) a la guerra decisiva. No le era, sin duda, muy agradable que en ella tuviese que producirse una batalla contra atenienses y tebanos, pero ya que tenía que ser así, calculaba con Demóstenes y los atenienses, y se preparó para dar el golpe necesario a los ejércitos cívicos aliados de los griegos. Con sus 30.000 infantes y 2.000 jinetes era lo bastante fuerte para esto, y parece dudoso que realmente haya creído, inmediatamente antes de Queronea, conseguir que los tebanos se pusieran de su lado.[281] En su victoria tuvo la gran suerte

279. *De cor.*, 235.

280. Un ejemplo que coincide con esto (aunque se refiera a una ciudad tracia, o tal vez una griega en el litoral tracio) lo relata Polieno, IV, 2, 4. Manda él unos legados a la ciudad, los habitantes celebran una asamblea y les encarecen que hablen y todo el mundo les está escuchando atentamente; entretanto emprende Filipo su ataque y conquista la ciudad.

281. Esta es la versión de Diodoro, XVI, 85.

de vencer a las dos polis más grandes, no sólo por su astucia y aprovechándose de su tibieza, sino, además, en un momento en que todo su entusiasmo había sido movilizado en balde. Ahora Tebas podía ser degradada a ser sólo una capital rústica de Beocia, Esparta ser extremadamente humillada, Atenas ganada por la amabilidad, y Filipo, en la Asamblea de Corinto, pudo ser elevado a jefe militar de los helenos contra Persia, teniendo que servir para esta guerra contra los persas el pretexto de la venganza por la devastación de templos realizada por Jerjes, aunque los sentimientos griegos de entonces no estaban precisamente inspirados por la enemistad hacia Persia. Los helenos fueron tenidos en jaque y obediencia, por tropas de ocupación macedonia, en Tebas, Calcis, Corinto y Ambracia, y ya pisaban tropas macedonias el suelo de Asia Menor cuando el asesinato de Filipo en Egea puso fin aparentemente a la empresa. No se sospechaba, no podía sospecharse en aquel momento que Alejandro habría de llevar a cabo toda la herencia política que su padre le había dejado y de una manera tan rápida como llegó a hacerlo.

Con Filipo se encontraba Grecia bajo el mando de un hombre que procedía de modo muy distinto al de todos los tiranos conocidos hasta entonces, e incluso al del resto de los helenos; aniquilando donde le convenía pero capaz, en el caso contrario, de no temer las fuerzas existentes, sino tomarlas a su servicio. A su lado, aburridas celebridades, como Agesilao, se hunden en la oscuridad; en cambio, se produce una curiosa y repentina simpatía, por parte de los griegos cultos, en favor de la monarquía. De la Grecia exterior que se formaba en su Corte, ya admite Isócrates en su *Filipo* (19) en qué consistió este círculo de hombres no desconocidos, que no desmerecían del nombre de sabios, y cuyo trato le fue muy útil para la ampliación de su

régimen.[282] Era palpable que Filipo había sido enteramente creador de su propia fortuna;[283] habiendo surgido en momentos de un peligro enorme, supo reorganizar su Estado, crear su ejército y fundar un reino tal como ahora era el macedonio; pero también es verdad que las polis helénicas en su concepto antiguo terminan ahora.

Recordemos, por fin, una serie de anécdotas y palabras ingeniosas, en las que revela Filipo un rasgo notable de clemencia y cordialidad, y de vez en cuando, hasta de grandeza de alma. Así, no dejó que la suerte se le subiera a la cabeza en sus victorias, o tal vez sólo durante aquel corto instante, cuando parodiaba cantando el sefisma de Demóstenes, y según dicen algunos, no erigió ni siquiera un trofeo.[284] Pudiera ser auténtica la historia de[285] que se dejara influir, en su triunfo victorioso, por un reproche del Demades prisionero, y quitándose la corona y haciendo callar todo el júbilo dejara en libertad a los prisioneros áticos sin rescate;[286] sólo que los buenos atenienses no se daban

282. Después se dice (29) que hubiera tomado (según se decía) también su parte en la filosofía, en lo que cabe pensar en Aristóteles.

283. De buena gana sabríamos de quién es la importante frase que Diodoro, XVI, 1, repite, después de una exposición de las hazañas de Filipo: καὶ ταῦτ' ἔπραξε νοῦ διά τὺ χην, ἄλλα, διὰ τὴν ἰδίαν ἀρετήν.

284. Pausan., IX, 40, 4, donde conviene observar la discusión curiosa, según la cual los macedonios desechaban esto desde los tiempos de su antiguo rey Carano, para no provocar el odio irreconciliable en sus vecinos, sino, al contrario, alcanzar su buena voluntad (¿o sería tal vez para preparar mejor su conquista y hacerla más fácil?).

285. Diodoro, XVI, 87.

286. Plutarco relata en los *Apofthegmenos*, donde algunas cosas son auténticas y características (sobre todo donde Filipo habla con desahogo), *Fil.*, 8, el bello chiste de que el Rey, cuando los atenienses exigían también sus vestidos y equipaje, dijo a los suyos: «¿No os parece, como si los ate-

cuenta de que no les halagaba más que para ahorrarse fuerzas.[287] Un rasgo hermoso es también cuando ante varias noticias felices que le llegan a la vez, pide a Tique una pequeña desgracia, y muy fina es la manera de ser que observa frente a gentes que le insultan, declarando, por ejemplo, estar agradecido a los demagogos, porque le provocan con sus insultos a tener que contradecirles con sus hechos, no echando de su Corte a un notorio difamador para que éste no llevara su malicia a círculos más amplios, o en vez de sufrir y enojarse por cada escarnio o contradicción, como hacían los griegos, sencillamente examina al hombres en cuestión y le soborna.[288] Siendo una vez juez de dos malhechores, ordena al uno salir de Macedonia y al otro perseguir al primero. A su hijo le recomienda hacerse querer por los macedonios, mientras le sea dado ser amable con ellos, siendo otro el rey. Demuestra un noble corazón y mucha discreción cuando dice a un antiguo huésped tebano, amigo de su juventud, que no

nienses pensaran haber sido vencidos por nosotros tan sólo en el juego de astrágalos?»

287. La enorme nobleza, por cierto, con la que, según Luciano, *Demost. encom.*, 33 y s., Filipo reconoce, en su conversación con Parmenio y Antípatro, a Demóstenes como un gran hombre, no es otra cosa que una invención sutil del rétor posterior, que por fin se ha dado cuenta de que las alabanzas de boca de un enemigo eran las que mejor sonaban.

288. Plut., *Reg. Apophth. Fil.*, 3, 7, 5, 6. Al patético y maniático de la difamación, Arcadio de Acaya, que volvió a aparecer por Macedonia, a pesar de que sus amigos le aconsejaron que le castigara, le trató amablemente y le mandó regalos. Después ordenó hacer investigaciones sobre los discursos que Arcadio pronunciaba entonces en Grecia, y todos le aseguraron que se había convertido en el más ferviente divulgador de sus alabanzas, por lo que dijo a sus amigos: «Ya veis que soy mejor médico que vosotros». Había previsto muy acertadamente que Arcadio, siendo un charlatán, seguiría charlando aun cuando lo hubiera ganado para sí. Plut., *De cohib ira*, 9.

quiere aceptar nada de él: «No me robes mi invencibilidad, haciendo que sucumba frente a ti en atenciones»; o cuando expresó su dolor por no poder corresponder, haciendo el bien, a un fallecido que le había favorecido antes.[289]

Sin duda, era del más alto interés para Filipo trabar conocimiento con Dionisio *el Joven* en Corinto. Después de una larga conversación le preguntó el rey, por fin, a qué se debía que Dionisio no supiese mantenerse en el dominio que había heredado de su padre, recibiendo la contestación famosa de que éste se lo había dejado en herencia todo menos su suerte.[290]

Se dice que Filipo tenía ordenado que todas las mañanas un criado le dijera que él no era más que un hombre,[291] y en qué forma se burlaba de Menécrates, que pretendía ser Zeus, ya lo hemos visto hace poco.[292] Aunque no desechaba la posibilidad de un milagro,[293] es probable que se haya resistido todo lo posible contra la deificación de su persona. No puede negarse que en Egea, en la misma mañana del día en que fue asesinado, hiciera que su propia imagen, como dios de la Pompa, siguiese a las doce diosas en un carro decimotercio,[294] pero que por esto haya llegado él mismo a creerse realmente dios no nos parece verosímil.

Procediendo a tratar de la vida privada griega de aquella época, empezaremos por un fenómeno en el

289. Plut., *Reg. Apophth. Fil.*, 12, 16, 18, 21.
290. Eliano, *V. H.*, XII, 60.
291. *Ibíd.*, VIII, 15.
292. Cf. p. 130.
293. Cuando vio a Olimpia con una serpiente enroscada a su cuerpo, se apartó de ella por parecerle funesto, aunque debía saber que ella ya, como clodona báquica, manejaba tales animales.
294. Diodoro, XVI, 92.

que ya varias veces nos hemos ocupado: del *apartamiento del Estado*. Existía una antigua convicción teórica de que era poco «decente» vivir fuera de la patria,[295] y la legislación y práctica de las polis tiranizantes hizo los posibles para que lo forzoso de la estancia en ellas se cubriese bajo el manto de lo tradicional. Con el tiempo, sin embargo, saltaba a la vista que ya Simónides como Esquilo habían ido a Sicilia, que Eurípides había muerto en Macedonia y que Heródoto había vivido en Turios.[296] Aunque un Estado opresor, mientras perdurase, podía perseguir como un crimen el huir fuera del país, igual que en los años 1793 y 1794 la emigración, aunque si coincidía además con el acto de evadir el servicio militar, lo podía tildar en discursos salvajes como en el caso de Licurgo contra Leócrates, como digno castigo de muerte,[297] no por ello se logró evitar el apartamiento o la salida del Estado, y lo peor para la Polis era que aun los más importantes personajes que se quedaban, se apartaban de su patetismo, de lo que a ella parecía una necesidad vital. Para no ser devorados por ella, lo que era la suerte de aquellos que, habiéndose hecho muy «virtuosos», pretendían a pesar de ello vivir participando en el Estado, los más listos se

295. Sin duda, de fuente antigua, cita Plut., *De exil.*, 8, la frase de que no está bien ni es justo abandonar la propia patria y vivir en otro país; debería honrarse a la patria (por ejemplo Esparta), aunque careciese de fama, fuese insalubre y estuviera trastornada políticamente.

296. *Ibíd.*, 13. Eurípides expresa el «ubi bene, ibi patria», por ejemplo en el fragmento (Nauck, fr., 1047):

A través de todo el espacio el águila lleva su vuelo,
y para para el hombre noble, cualquier país se convierte en [patria.

297. . Lisias, *Or.*, 31, 6, ya se declara contra los que consideran toda región como patria suya, siempre que en ella ganen lo suficiente para vivir; su tendencia era, dice, no considerar a la ciudad, sino a su bolsa, como su patria.

quedaban en casa, aguantando lo que viniera, pero ella ya no disponía del alma de los hombres; precisamente porque había aumentado su poder muy por encima de todos los conceptos se la escapaba la fantasía de la gente, concentrándose en la filosofía o en cualquier otra cosa el gozar de la vida.

Así se nos presenta en la figura de Isócrates la elocuencia auténtica, como la ocupación de un particular. Entre los tres títulos de su fama, que dejaría a la posteridad, según se dice, estaba también el de la mayor sofrosina, «por haberse mantenido alejado del Estado, persistiendo en no querer intervenir en ningún asunto cívico». Su muerte voluntaria al enterarse de lo de Queronea parece, sin embargo, al lado de esto, la prueba más alta de su amor por la libertad.[298] Especialmente se presenta el apartamiento del Estado en su crítica negativa y positiva (en las utopías) por parte de los filósofos. Hemos visto, al tratar de la personalidad libre,[299] que la libertad, en parte, consiste precisamente en que no se cuide uno de su polis; si, además, da la casualidad de que uno sea pobre, ella tampoco se cuida de uno. Éste es el camino por donde van caminando uno tras otro. De Platón tenemos aquella frase memorable, sobre el filósofo que no conoce la calle que conduce al Ágora o al Pnix;[300] Antístenes y Diógenes se presentan ya totalmente como cosmopolitas; especialmente son de mencionar también Aristipo y la secta

298. Pausan., I, 18, 8. También en la muerte de Demóstenes da Pausanias (I, 8, 4) el razonamiento (indudablemente general en la época tardía de los griegos) siguiente: «Me parece que se expresa mucha verdad al decir que jamás hombre alguno que se haya dedicado sin reservas a la política y confiado en el demos, ha tenido un fin dichoso». Cf., también, las frases del Demóstenes desterrado, ya citado en la p. 116.

299. Cf. tomo III, p. 491 y s.

300. *Ibíd.*, p. 515.

de los hedónicos, cuyo absurdo egoísmo filisteo declara que el filósofo en todas partes era un extranjero. Esta trayectoria la toma, no en menor grado, el saber empírico (en sí dependiendo de viajes frecuentes). Demócrito, Hipócrates y Eudoxo, y de los historiadores Éforo y Teopompo forman en este sentido una unión; el gran Aristóteles abandonó completamente toda intervención activa en la Atenas política, pero llegó en sus observaciones teóricas sobre el Estado al reconocimiento de varias formas justificadas del mismo con lo que no se coloca aparte del Estado concreto, sino por encima de él.[301] Epicuro, por último, quien, en su recomendación de vivir anónimamente, no sólo se sustrae al Estado, sino también a la notoriedad, reúne al mismo tiempo el desprecio del Estado con el de los hombres, quizá por preocupación ante la malicia humana y su escasa aptitud e inclinación de hacer felices a otros (y particularmente a los más relevantes que ellos) o de tolerar tan sólo su felicidad.

Una forma especial que adquiere este movimiento en la Atenas democrática es alabar las instituciones antiguas, que se siguen conservando estacionariamente, sobre todo las egipcias, a lo que hay que añadir la gran ilusión de los oligarcas por Esparta, en la que se creía ver una imitación de Egipto. La predilección por este país no sólo se encuentra en Platón, que es conocido por ella: también Isócrates la expresa en cada ocasión. Recuerda la ilusión que tenían algunos de los progresistas del siglo XVIII por la China, cuando vemos cómo en Busiris (15, sig.) el sistema de castas es elogiado como institución sabia de un fundador de imperio y legislador arcaico, o cuando se lee (20) que en Atenas se pasaría la vida mucho más feliz si unos, según las instituciones egipcias, se encargasen del trabajo y los

301. Cf. tomo I, p. 368.

otros (es decir la casta de los guerreros) de conservar la propiedad; también la piedad egipcia es (24) como en Platón, elogiada especialmente.

Vivían asimismo apartados del Estado, por razones especiales, los sin patria y los mercenarios. Muchos de los que seguían viviendo en él no tenían otra alternativa que ser desdichados o infames.

Otro ideal del cual se había ido cansando era el agonal. Ya en el siglo v conocieron el agón de superarse uno al otro dentro del Estado, amargándose con ello la vida de un modo aún más desagradable que antes, pero ahora se hicieron valer otras fuerzas, que todavía más intensivamente hicieron decaer lo agonal. Por cierto que la gimnástica se mantenía constante como un elemento esencial en la vida de todos los nacidos libres;[302] y Aristóteles incluso tiene que enfrentarse de vez en cuando con el exceso de educación gimnástica, que estropeaba la belleza y la salud,[303] y también con su ejercicio prematuro, que iba en perjuicio del desarrollo general del cuerpo.[304] Lo agonal, no obstante, formalmente no había dejado de existir, siempre que no lo interrumpiese una catástrofe como la Guerra Sagrada. Cuando el vencedor olímpico hacía su entrada en la ciudad natal, todavía acudían las masas, para

302. Cf. el párrafo importante de Plut., *An seni*, 18, sobre la gimnástica, incluso de hombres viejos, todavía en la época de los emperadores.

303. Pol., VIII, 3, se dice de las ciudades consideradas como las más celosamente dedicadas a la educación: αἱ μὲν ἀθλητικὴν ἕξιν ἐμποιοῦσι, λωβώμεναι τά τε εἴδη καὶ τὴν αὔξησιν τῶν σωμάτων. Es cierto que los espartanos evitaban esto, pero en cambio educaban a sus hijos a ser θηριώδεις (lo que ahora tampoco les servía para nada). Cf. también *Edik. meg.*, I, 5.

304. Pol., VIII, 4. Calcula que entre los vencedores olímpicos no habría más que dos o tres que, venciendo de muchachos, volvieran a lograr la victoria siendo hombres.

admirarle desde las azoteas, etc., y el fabuloso gigante y hombre forzudo Polídamas vivía, al menos en la época, entre el fin del siglo anterior y el principio de éste,[305] pero verdadera fama no pudo ganarse como antes, ni estaba dispuesto nadie, probablemente, a costear cualquier forma de lírica, coros, etc.; incluso contra las carreras de cuadrigas existe una frase de desprecio directo, por parte de Platón: cuando Anicerio de Cirene (el mismo que comprándole le liberó de la esclavitud en Egina) se vanagloriaba de tal deporte, y para demostrar su arte, conducía impecablemente a través de la Academia, dijo, mientras todos le admiraban, que quien dedicara tanta seriedad a cosas tan indignas y pequeñas estaría imposibilitado para poder realizar cosa grande alguna.[306] Además, en la mayor parte de las regiones griegas ya nadie tenía ni ganas ni medios para presentarse con la suntuosidad de antes en las Olimpíadas, por la sencilla razón de que los pudientes en muchos sitios estaban expuestos a una persecución sistemática, por lo que ya podía uno darse por contento con que en la propia patria pudieran satisfacerse las coregias, etc. En tal estado de cosas, los que condujeron cuadrigas serían más bien gente de los confines del mundo griego, y así probablemente le vendría tal idea a Dionisio *el Viejo;* ahora tenía el campo libre para hacer él el papel de un Gelón o de un Terón. El malvado tirano mandó (388) a su hermano Tearides a las Olimpíadas, con tiendas de campaña bordadas de oro y adornadas con las más suntuosas telas de colores para la asamblea festiva y con varias cuadrigas, que ganaron a todas en velocidad. También mandó los rapsodas más

305. Pausan., VI, 5, 3. Una victoria olímpica suya aconteció en la Olimpíada XCIII.
306. Eliano, *V. H.*, II, 27.

hábiles para que recitasen sus poesías, y efectivamente acudió la gente en masa atraída por las bellas voces de los recitadores. Poco después, cuando lo pobre de sus poesías se hizo manifiesto, se burlaron de Dionisio; es más, el desprecio alcanzó tal grado, que algunos saquearon sus tiendas de campaña. El orador Lisias, que estaba presente, amonestó a las masas por no admitir a los teoros, mandados por la tiranía más impía, en los agones sagrados, y cuando a pesar de ello tuvo efecto el agón, ocurrió por casualidad que de las cuadrigas de Dionisio unas salieran disparadas fuera de la pista y las otras chocaran, aplastándose unas con otras.[307] Lo característico de esta historia, sea cierta o no, es que en seguida se formó entre los griegos el siguiente consenso: «Caballos, carros y tiendas los vemos con agrado, pero a los versos malos contestamos con silbidos». Lo que permite deducir que entonces, incluso en Olimpia, los procederes eran bastante democráticos y correspondientes a la teatrocracia ática.

Veamos ahora los atletas. El desprestigio de todo lo espartano desde Leuctra, sin duda había contribuido en parte a la mengua de todo lo agonal gimnástico. Sobre todo, los guerreros profesionales dejaron de hacerle

307. Diodoro, XIV, 109. También la nave en su viaje de vuelta a Sicilia fue desviada por las tormentas a Tarento. El tirano, consolado por sus aduladores que le pusieron el pretexto de que lo primoroso siempre fue el blanco de todas las envidias, siguió con ahinco haciendo poesías y llamó poetas famosos para que le corrigiesen y ayudasen en sus poesías. Éstos le alabaron tanto, que llegó a envanecerse más de sus hazañas poéticas que de las militares; sólo Filóxeno, según la anécdota conocida, no se calló la boca. Diod., XV, 6. Sobre la victoria en las tragedias de Dionisio en Atenas, cf. anteriormente, p. 125. En cuanto a cómo quería mandar a persuadir, y persuadió, a vencedores pugilistas para que pretendieran ser de Siracusa, cf. tomo IV, página 156.

caso. Epaminondas exigía que el hoplita estuviera instruido militarmente antes que atléticamente.[308] Los filósofos tampoco sentían estimación; una directa negación la contiene la doctrina de todos los hedónicos, desde Aristipo hasta llegar a Epicuro: «Querer ser siempre el primero, es *a priori* incompatible con una vida holgada». También Diógenes era muy contrario a los hombres atléticos. Mientras daba a los hijos de Xeníades, sus educandos, una buena instrucción gimnástica, perseguía a los atletas profesionales con toda clase de escarnios. Cuando se le preguntaba cuál era la razón de que fuesen tan insensibles (ἀναίσθητοι), contestó: «Porquén están hechos totalmente de carne de res y de cerdo». Al ver en cierta ocasión a un luchador a brazo partido, que por ser muy torpe en esta profesión se había hecho médico, le dijo: «¿Será porque quieres vencer ahora de esta manera a los que a ti te vencieron antes?».[309] Nos parece muy dudoso que Platón en persona haya participado en las luchas a brazo partido y ganado en ellas en las Istmicas, tal como lo relatan sus biógrafos.[310] Con el tiempo se iba formando en Atenas tal desprecio por lo agonal, que dicha ciudad (332), al ser condenada al pago de una multa porque cierto Calipo había sobornado a su adversario para que se dejase vencer en el péntalon, no procuró arreglar el asunto sencillamente pagando el dinero, sino que se permitió el capricho de enviar a Élida su mejor orador forense, Hipérides, para que pleitease por la remisión de la multa, y como los elienses no quisieron saber nada de esto, tampoco pagó y dejó sin más ni más que se le excluyera de la participación en las Olimpíadas. Sólo cuando Delfos, sin duda instigado por los elienses, de-

308. Plut., *Reg. apophth.*, *Epamin.*, 3.
309. Diógenes Laercio, VI, 2, 6; 49, 62.
310. *Ibíd.*, III, 5. Según Diecarco, en las Olimpíadas y Nemeas: Anónimus (Western., *Biogr.*, p. 390 y s.).

claró que el dios no daría más oráculos a los atenienses mientras no pagasen la multa, fueron entregadas las seis estatuas de Zeus, cuyas inscripciones leyó Pausanias.[311] También Alejandro, de joven, [312] había desechado, a pesar de ser un corredor veloz, el correr en Olimpia, y no opinaba nada bien de los atletas; señaló premios para la música, caza y esgrima, pero no para el pugilato ni para el pancracio.

De lo que en el siglo v había sido el agón principal, es decir, el afán competidor de hacerse destacar en los cargos del Estado, se había apartado el público; el ansia de ser famoso había encontrado los horribles derroteros de que ya hemos hablado, y el campo de competición de ahora era más bien el chiste, por el que se hicieron famosas un gran número de personas. Van en aumento las personas famosas por su glotonería, etc., es decir por las actividades más antiagonales, y hasta se llegaría a introducir la competencia en las mismas comilonas.[313] También la riqueza era uno de los medios más importantes para destacarse las personas; un jonio joven se pasea por Atenas con un traje de púrpura con bordados de oro, y cuando le preguntan por su patria, dice: «Soy rico».[314]

Respecto a la situación de lo intelectual, la filosofía es sin duda en el siglo IV uno de los grandes fenómenos de la época; en vez de la Polis, que se ha hecho odiosa a los pensadores, y de la religión, cuya base mítica está descompuesta, al mismo tiempo que no se ha creado por el monoteísmo creciente más que un sustituto muy

311. Pausan., v, 21, 3.
312. Plut., *Alex.*, 4.
313. Cf. la enumeración de las distintas tendencias en el libro x de Ateneo.
314. Aten., IV, 49, donde también se encuentra una cita del mismo contenido de Alexis.

dudoso, busca su campo de acción junto con sus hermanas la sofística, la retórica y la ciencia en general, en la misma vida. Tiene como representantes a Demócrito, Platón y Aristóteles, el saber y los pensamientos florecen de un modo extraordinario, y la vida peligrosa, tan rica en persecuciones, no es desfavorable para su propagación.

Como los filósofos, al lado de los estadistas y guerreros se convierten en las verdaderas celebridades de la época, esto trae como consecuencia inmediata que se llene y falsee su profesión con gente indigna y fanfarrona. Lo que Luciano relatará medio milenio después (por ejemplo en *mercede conductis)*, se manifiesta ahora en sus principios, y se nos presenta en aquel fragmento corto pero importante de Isócrates, al que se ha dado el título de *Contra los sofistas*. Según esto, debieron de haber surgido —quizá precisamente en la época de mayor auge de Platón— al lado de los verdaderos filósofos, cierta cantidad de personas que tal vez pasaban por filósofos, pero que vivían en todo el mundo griego como preceptores, rétores, etc., y por no valer ni como filósofos ni como rétores causaron en el público profano cierta aversión contra toda esta «espiritualidad», ya que su saber no estaba en proporción con sus exigencias. Puede ser que Isócrates hable de ellos un poco *pro domo;* siendo sus competidores, y tratándose además de gente a la que en cierto modo se parecía mucho, es fácil darse cuenta que su profunda aversión tenía por fin el que les rebajasen sus precios.[315] No

315. Se queja, por ejemplo, de que pedían tres o cuatro minas de sueldo a sus educandos (él mismo pedía diez) al mismo tiempo que presumían de despreciar el oro y la plata; de que observaban las contradicciones en la vida, pero no en sus lecciones; que pretendían conocer el porvenir, pero no sabían decir nada razonable sobre el presente, haciendo el ridículo delante de los hombres prácticos, que sólo seguían sus opiniones (δοξαι), pero que actuaban más

obstante, tiene que haber existido tal generación, que se comprometía a educar por el discurso en el más amplio sentido, adornándolo, además, con pretensiones filosóficas y éticas y con la esperanza vana de que por ella se podía llegar a ser mejor. La culpa de esto no la tenía nadie más que la Grecia de aquella época, en la que el discurso era una mercancía tan apreciada y los distintos giros de la retórica tan necesarios, que a la fuerza tenía que surgir tal clase intermedia instructiva, sin tener en cuenta si la divulgación fomentada por ella había de dar buenos frutos o producir formas ficticias y nocivas.

En la poesía todas las formas han dado ya sus mejores frutos, y la producción contemporánea de las formas más ideales tiene que haberse visto perseguida por una curiosa incredulidad, así que aunque su producción fuera copiosa, no hubiera logrado alcanzar fama alguna. La epopeya es algo que ha pasado a la historia; es cierto que en tiempos de Lisandro aún vivía Antímaco, pero, por lo que se puede juzgar de fragmentos, su *Tebais* fue compuesta intencionadamente a la antigua, tal como la *Argonáutica* de Apolonio. También la elegía desaparece o se reduce a la forma de simple epigrama. La lírica suprema ha muerto con Píndaro. De las tragedias áticas, que seguían durante todo

proporcionada y acertadamente que los que se vanagloriaban de su sabiduría. También se les hace, en parte, los mismos reproches a los que pretenden dar doctrinas políticas. Además se dice de estos chapuceros, que a veces escribían peor de lo que hablaba la gente ordinaria cuando improvisaba, y a pesar de ello se comprometían a hacer rétores a sus alumnos. También se sabe que muchos (con la intención de darse importancia como orador en el Estado) se dedicaron a la filosofía, habiéndose quedado a pesar de ello en última fila, mientras que muchos que no se han tratado con estos sofistas se han hecho oradores fuertes y políticos importantes, sólo por su capacidad innata y por sus ejercicios.

el siglo en turnos regulares, no se ha conservado nada, por decirlo así, y sólo tuvieron fama algunos actores aislados. Todo esto se debe a que la poesía caía víctima de la filosofía y de la política; el primer charlatán que llegaba acaparaba la atención que el público prestara al poeta; por otra parte, fueron intimidados o exterminados por la democracia aquellos que podían haber sido los continuadores del arte poético. También había desaparecido el público antiguo, aquella Grecia distinguida, que en tiempos anteriores brillara en los lugares agonales, para la cual habían compuesto los poetas epinicios, himeneos y trenos, y el simposio estaba envenenado por los prejuicios sociales. Poesía no recitada, aún no existía, o, si la había, quedaba en la oscuridad. En cambio, florecía entonces todo lo que contribuyera a la diversión, es decir, la comedia media y nueva y el gran organismo de música con todos sus virtuosismos, cuya especie es el nuevo ditirambo, así como los coros múltiples en el culto, para lo que el rescate de los ricos sigue dando los medios.[316] Como en vez del Estado fallecido resucita una política en forma de ciencia, así se da en aquella época de retraimiento en la práctica poética, por lo menos su teoría: Aristóteles crea su poética.

La única fuerza que no disminuía en el curso del siglo IV era el arte figurativo. Por tener la suerte enorme de ser considerado como banáusico, no atraía más que a los que verdaderamente tenían vocación. No podían atacarlo ni la retórica ni la filosofía, no podía disolverlo la charlatanería, y los deseos piadosos de Platón de que hubiera menos estatuas griegas y más en estilo egipcio no se realizaron. El arte tenía la dicha

316. Sobre la perduración de la organización musical popular, véase la cita dada a conocer en el tomo III, p. 195 y s. de Polibio sobre Arcadia.

de poder mantener íntegramente el gran poder de voluntad del siglo v, conservando igual altura en el acabado y manteniendo toda su ingenuidad. No dependía, como el drama, de un éxito por un simple juicio de los árbitros del campeonato e incluso de una vulgar teatrocracia, no había tenido a su lado la parodia (como Eurípides la de Aristófanes), no había sido mezclado en el gran proceso de descomposición general de fines del siglo v. Con sus fuerzas íntegras entró en la nueva época y desarrolló ahora precisamente todo el esplendor helénico, produciendo sus frutos más dulces. Además, se mantiene independiente de toda la miseria política, insensible a un Leuctra, Mantinea y Queronea, y puede conseguir que el lujo privado naciente le apoye de vez en cuando. También son los artistas los últimos que han observado a los dioses de nuevo modo, dándoles la forma definitiva en el arte. El espíritu más subjetivo de esta época encuentra la forma más profundamente patética, la expresión del ánimo excitado. Surgen los dioses del entusiasmo, del ansia y de la melancolía; el mayor encanto y el más profundo dolor encuentran su manifestación de la cual irradian maravillosas cualidades internas. Es ahora cuando Cefisódoto crea el más antiguo ciclo completo de las Musas, así como la unión del niño con la figura de adulto, Irene con Pluto, Hermes con el joven Dionisos. Luego, el gran Escopas pasa de nuevo a los dioses, por decirlo así, por el crisol: por primera vez se crea una Afrodita desnuda, y nace la procesión de las deidades marinas (exentas de la caricatura anterior). ¡Qué motivos más interesantes son por ejemplo la Ménade enfurecida, las tres maravillosas figuras de Eros, Potos e Himeros (Amor, Ansia y Deseo) que él fue capaz de crear! Al lado de Escopas surge el divino Praxíteles, algo más joven que aquél, que continúa la labor de su precursor allí donde éste la abandonó, creando el complemento del

grupo trinitario, acabado de mencionar, para el mismo santuario de Afrodita, con su grupo de Pitos y Parégoro (Persuasión y Consuelo). A él se deben la figura maravillosa de la Afrodita Cnídica, el Eros (que tiene que haber sido por lo menos equivalente al de Escopas) y las nuevas formas de Dionisos y Hermes. Él ha creado en los seres dionísicos, los sátiros, etc., una belleza de clase inferior, así como a Sauróctono, al Apolino y al Diadúmeno, etc. Sólo ahora son posibles obras como el Hermes del Vaticano, sin las cuales no podríamos concebir el arte antiguo, y en la época de Alejandro es Lisipo quien, con una fecundidad gigantesca, crea para sus obras de bronce un nuevo canon, de formas más esbeltas, calculado para el efecto del desnudo dinámico. De sus 1.500 obras, mencionaremos sus representaciones de Heracles y Alejandro y el Apoxiómeno. En la misma época viven Parrasio y Apeles, y el gran arte no se extingue con estos maestros, al contrario, se salva en la sombra del concepto antibanáusico de los siglos III y II. Entre los escritos de Aristóteles no se encuentran felizmente ni una Plástica ni siquiera una Gráfica.

Respecto a la vida en sociedad, es el tono de la ingeniosidad e hilaridad el que llega a preponderar sobremanera en el siglo IV; los griegos siempre habían gustado de ello, y se solía decir de poblaciones enteras, que no eran capaces de resistir la tentación de reírse.[317] Actualmente esto se iba convirtiendo en un estado verdaderamente de nerviosidad, en su afán de hilaridad, en la conspiración formal contra la seriedad, lo que desde luego no implica, ni mucho menos, un optimismo en el concepto de la vida; hay, pues, un cambio obvio

317. Cf. la historia relatada por Aten., VI, 79, de los tirintios. *Ibíd.* se menciona que los habitantes de Festos en Creta eran especialmente chistosos.

frente a lo anterior.[318] Este gusto de risas y burlas de toda clase, que tiene su paralelo en la *Hedónica*, de Aristipo, y en el prevalecer de la comedia media y nueva sobre toda clase de poesía, se revela, sobre todo, en las colecciones de chistes, que empiezan a ser recopilados en esta época y de las cuales Ateneo nos relata bastantes. A nosotros no nos parece chistoso todo aquello (evidentemente se contentaba a veces también con mercancía más floja), pero hay que tener en cuenta que el griego muchas veces consideraba como chiste lo que se decía con acierto y sencillez, con tal de que hiciera efecto, demostrando esto cuán novel era aún el chiste en sí.[319] Un sitio clásico para los que se dedicaban a

318. Sobre tal hilaridad, cf. Nietzsche, *Geb. d. Trag.*, 58.

319. Ateneo cita, por ejemplo, VIII, 19, 335, y en otro lugar las *Geloia apomnemoneumata* de un tal Aristodemo, VIII, 41, los chistes del citaredo Estratónico, famoso en el siglo IV, relatados en yambos prolijos por el alejandrino Macón, todo muy distinto en valor y en parte tan suave, que se le puede llamar soso. En *ibíd.*, 42-46, aparece una colección de chistes de prosaístas por el mismo Estratónico, por los cuales pudiera ser explicada la naturaleza de los chistes griegos en todas sus facetas, de forma bastante completa. (Además, se dice que después de Éforo, el gran Simónides fue el modelo para Estratónico en la invención de chistes.) También cita Ateneo un gran número de epítetos, mediante los cuales se circunscribieron las cosas de un modo más o menos ingenioso, por parte de Dionisio *el Viejo*, del orador Demades, etcétera. Ateneo, III, 54 y s. Los creados por verdaderos poetas son a menudo audaces, pero plásticos y usados en lugar conveniente. En el siglo IV esto ya es materia propia del ocioso pedante e ingenioso. Así dice Dionisio, en vez de παρθένος: μένανδρος por que la virgen espera al hombre; en vez de στῦλος, μενεκράτής porque la columna aguanta y es fuerte; en lugar de μυῶν διεκδόσεις (ratoneras): μυστήρια, ὅτι τοὺς μῦς τηρεῖ. Quería hacer chistes, pero más bien era floreo retórico, cuando Demades decía que Egina era la legaña del Pireo (λήμη); Samos, un trozo arrancado de Atenas (ἀποῤῥώξ) los efebos, la primavera del pueblo; las murallas, el traje de la ciudad; el trompeta, el gallo común de los

hacer chistes en Atenas era el templo de Heracles, en el demo de Diomea, cerca del de Cinosarges; allí se solían reunir sesenta de tales autores, y cuando un *bon mot* circulaba en toda Atenas, sólo se decía: «Lo han dicho los Sesenta». Para ello mandó Filipo desde Macedonia un talento, y encargó a ciertas personas apuntasen y le remitiesen lo que allí se decía, al igual que en el siglo XVIII príncipes extranjeros mantuvieron *rapporteurs* en los salones parisienses;[320] si entre ellos había también *agents provocadeurs*, no lo sabemos; de todos modos, se ve que quería conocer a los griegos también en esta particularidad y sentirse o mostrarse griego, como, en otra forma y en el espíritu de otra época, mediante simpatías políticas y participación en los agones, lo había sido su antepasado Alejandro Filheleno.[321]

Una verdadera peste tienen que haber sido en el simposio los acertijos interminables que se ponían mientras se bebía, con castigos báquicos para los que no sabían acertarlos.[322] Era ésta, probablemente, una costumbre arcaica, pero que tuvo su auge enorme en esta época, haciéndose muy popular; de no ser así, no se

atenienses. Por esto se le llama aquí también el «cazador de nombres». Gran cantidad de estas perífrasis, que tan poéticas pretenden ser, y a menudo son en parte cómicas, se encuentran también en Aten., x, 70, en un fragmento de Antífanes. Más bien pretenderán ser «elegantiae sermonis» y no acertijos, aunque como tales se los presente. De manera parecida se coleccionaban también los laconismos.

320. Aten., VI, 76, XIV, 3. Que los atenienses eran considerados como más chistosos que los sicanos, rodenses, bizantinos, nos lo dice Cicerón, *De orat.*, II, 54, 217. Argos, Corinto y Tebas quedaron sin ser mencionados tampoco a este respecto.

321. Sobre los βωμολικοι, que Filipo tenía a su alrededor, cf., Aten., x, 46.

322. Aten., x, 69 y s. Sobre los castigos báquicos, *ibíd.*, 86, 88.

explicaría el uso intenso que de ella hacen en la comedia media sus autores (difícilmente en provecho de sus obras). Hubo quienes por acertar e inventar tales acertijos, algunos de ellos de la obscenidad más descarada, se hicieron famosos. También el citar versos homéricos y completarlos con contrastes cómicos, la recitación precipitada de héroes aqueos mientras que otros enumeraban los troyanos, etc., dieron lugar a toda clase de diversiones.[323] Otros se especializaban en la pantomima, tal como aquel Eurdico, que fue famoso por su imitación de luchadores a brazo y pugilistas, es decir como parodista cómico de lo agonal.[324] El bufón (γελωτοποιός) corriente, desde luego, tampoco había desaparecido, aunque quizá tuviera en estos parásitos una grande competición. Tanto más fácil le habrá sido recuperar su puesto en la Era de los diadocos,[325] en la que la vida social y la sociabilidad, por lo menos en parte, se habían hecho más rudas gracias a la fuerte mezcla con semibárbaros, apenas refinados, a la vida cortesana, la militarización de la sociedad, etc.

En esta época es cuando la teoría sigue a todos los fenómenos para explicarlos. Un escrito de Teofrasto «sobre lo cómico», aunque probablemente haya sido una colección de anécdotas, seguramente las habrá acompañado, según el modo de ser de este filósofo, de definiciones y observaciones. Otro discípulo de Aristóteles, Clearco, escribía sobre acertijos y proverbios, y su diccionario de estos últimos debe de haber tenido gran difusión.[326] Cicerón, que trata de este tema, al

323. Aten., x, 86, 87.
324. Aten., I, 35.
325. Sobre el πλῆθος τῆς σοφίας ταύτης, en Atenas, en que también son incluidos los Sesenta, Aten., XIV, 3. La cosa quedó como género (εἶδος) reconocido, al que se dedica sólo en ciertos lugares algún citaredo, porque no se puede sostener ya como tal, o porque la bufonería da más de sí.
326. En una cita (Aten., x, 86) es, con respecto a los

hablar del chiste en el discurso público,[327] opina, sin embargo, que no se alcanzó gran cosa con ello y que la teoría malograda de lo grotesco era en sí lo más ridículo; él mismo distingue dos clases de afecto: la del tono comicohumorístico, que abarca todo *(cavillatio)*, y la del chiste aislado, deslumbrante *(dicacitas)*. Probablemente les costaría trabajo a los filósofos librar a sus enseñanzas propias del escarnio y de las risas, que se extendían por todas las esferas públicas.[328]

Examinemos también la vida de placeres de aquella Era. La entrega al goce sensual (τρυφαν) había llegado a predominar en la vida griega desde los tiempos más remotos, siempre que se dispusiera de los medios. Las colonias, que apenas sabían en qué emplear los productos maravillosos de sus tierras, que ejercían un dominio sobre los vecinos, o que tal vez acumulaban mediante su comercio enormes riquezas, tenían que llegar a tal situación, sobre todo si una clase de grandes propietarios tenía en sus manos el poder, y muy similar sería el ambiente entre la nobleza de Tesalia.[329] A esto hay que añadir que precisamente los tiranos, desde un principio, habían fomentado la vida lujosa. En el siglo IV, Dionisio *el Joven* se permite los mayores excesos, y a su lado son, sobre todo, los so-

acertijos, un «laudator temporis acti» y censura las preguntas obscenas, las hechas durante las comidas y los besos, que ahora se ofrecen como premio, mientras la obligación de beber vino sin mezclar se impone como castigo.

327. *De oratore*, II, 54.

328. Eliano, *V. H.*, III, 35, dice que en tiempos anteriores no se permitía la risa en la Academia, porque se intentaba hacer inasequible este lugar a toda clase de insolencias o frivolidades.

329. Sobre las colonias, cf., tomo IV, p. 119 y s. Según Eliano, *V. H.*, I, 27, había en Sicilia un santuario de la 'Αδηφαγία y una estatua de la Δημήτηρ Σιτώ (según Aten., VIII, 36, además un 'Απόλλων ὀψόφαγος también en Élida); sobre los tesalios, Aten., XIV, 83.

beranos semihelenos de los últimos confines del mundo griego los que más rienda suelta dan a sus caprichos; así, el rey Cotis de Tracia, un rey Estratón de Sidón y, en competición con éste, Nícocles de Chipre.[330] También en Atenas hacía mucho tiempo que se prefería vivir bien a vivir mal. Aristófanes, que sabe mucho de estas cosas, dibuja con gran detenimiento y con la mayor comicidad el profundo enternecimiento de Diceópolis, que después de estar privado de anguilas durante seis años, coge por primera vez una en el lago Copaico;[331] También la Jauja de sus contemporáneos Teleclides y Ferécrates[332] se describe en formas en las que predomina la glotonería. Es, en cambio, algo nuevo y que sólo se explica por un completo abandono del Estado y del sistema agonal, el que filisteos particulares puedan presentarse en su propia secta filosófica como hedónicos, y desarrollar en contraste con los cínicos su programa y manifestar su moral —válida hasta incluso en nuestros tiempos—, teórica y prácticamente; nueva es la gente sensual que, como el exhuberante (ἡδυπαθής) Poliarco puede viajar con tales novedades y exponerlas a hombres como Arquitas y sus compañeros;[333] nuevo es muy particularmente también el que la glotonería entre a ocupar el primer plano en la poesía y que toda comedia ática saque de ella su substancia principal. Hemos visto antes[334] que la comedia media

330. Aten., XII, 42, 41, según Teopompo, cf. Eliano, *V. H.*, VII, 2.
331. *Acarn.*, 885.
332. Aten., VI, 95 y s.
333. Aten., XII, 64 y s. La conclusión lógica de su discurso es que actualmente el rey de Persia era el hombre más feliz del mundo, porque Dionisio *el Viejo* (estando entonces Poliarco en Tarento como embajador suyo), en comparación con aquél, no podía permitirse sino gastos muy limitados.
334. Cf. tomo III, p. 374 y s.

pudo reanudar en este aspecto las obras del sicano Epicarmo, cuyos fragmentos consisten, en sus tres cuartas partes, en historias de gastrónomos; esta tradición da a la comedia el efecto de un constante saboreo con la lengua, como si Atenas no fuera otra cosa que un figón, y aun la comedia nueva contiene en exceso asuntos de cocina y comestibles;[335] todo esto en contraste con lo poco que se habla de las artes figurativas, cuyas noticias principales siempre provienen de tiempos romanos solamente. El acompañamiento teórico y didáctico, empero, lo daban los poetas gastronómicos en sus libros de cocina poéticos,[336] que tienen también su origen en Sicilia, como que las *mesas sicilianas* eran proverbiales.[337]

El simposio en la casa particular no lo es ya todo, al contrario, no se abstenían ya de ir a la fonda pública (κατηλεῖον), y mayormente las clases bajas del pueblo tienen que haberlas frecuentado, quizá porque la buena comida de allí resultaba mejor que en casa. Cuando Diógenes, desayunándose en una taberna, llamó a Demóstenes que pasaba por allí y éste no quiso entrar, le preguntó: «¿No te da vergüenza? Tu amo (el demos) entra aquí todos los días».[338] El orador parece haber tenido respecto a esto un concepto más severo y haber usado incluso una vez, refiriéndose a la juventud ática, la palabra «bebedores» (ἀκρατοκώθωνες).[339]

A veces se reprocha la vida regalada de poblaciones enteras, pudiendo referirse a atenienses o bizantinos las

335. Cf. respecto a ello, tomo III, 380 y s., 387 y s.
336. Cf. tomo III, p. 180.
337. Luciano, *Dial. Nort.*, 9, 2. Filóxeno, el amigo de Dionisio *el Viejo*, deseaba tener el esófago de una grulla según Aristót., *Eth., Eud.*, III, 2. Todavía en la comedia nueva, un cocinero agradecido cita al siciliano Lábdaco como inventor. Aten., IX, 68.
338. Eliano, *V. H.*, IX, 19.
339. Hipérid., *Adv. Demosth. Fr.*, 14.

palabras de Aristóteles[340] de que no habían leído otra cosa que *El banquete*, de Filóxeno, y aun éste no enteramente; la importancia de la carne curada (τάριχος) para Atenas, debe de haber sido tan grande, que (por cierto según un cómico) a los hijos de un comerciante que había importado tal especie de carne se les concedió el derecho de ciudadanía por los méritos de su padre.[341]

Respecto al goce, la expresión más vulgar de su teoría la expresa Alexis por boca de un esclavo,[342] mientras que en lo demás, el premio a la hilaridad suele expresarse, en general, con mayor ingenio por los poetas;[343] no obstante, por muy finamente que se ironice, en el fondo suena siempre a tristeza; así, por ejemplo, en Antífanes,[344] una persona, después de exponer todos los peligros que amenazan al hombre por parte de la Polis y otros lugares, llega a la conclusión de que «Nada es seguro; sólo tal vez lo que uno se gasta diariamente para gozar personalmente, y aun en esto puede venir otro y quitarle la mesa ya puesta; sólo cuando tienes el bocado entre tus dientes puedes pensar en que lo tienes seguro». Todo el que podía se daba a la buena vida. Así surgieron entre los poetas y otros autores aquellas listas de los que pecaban de gula (ὀψοφάγοι), y no se debe suponer hayan sido ellos mismos la sola excepción, más bien puede sospecharse que la pura y hambrienta envidia motivara el que algunos fueran tachados de tal forma.[345] También los glotones se

340. Aten., I, 10.
341. Aten., III, 90.
342. Aten., VIII, 15 del Ἀσωτοδιδάσκαλος.
343. Ejemplos en Aten., VII, 12 y s., VIII, 14.
344. Aten., III, 62.
345. Cf. Aten., VIII, 28 y s., donde ni siquiera falta Aristóteles; todos estos párrafos de Ateneo están llenos de nombres.

nos presentan por series, en Ateneo,[346] extraídos de coleccionistas de noticias y de poetas; además de chistes muy sustanciosos sobre el apetito de pueblos enteros, como los beocios, farsalios y otros más, llegamos a conocer curiosidades tales como la de aquellos que en suntuosas y pesadas vajillas de plata comen platos miserablemente magros, o los que realmente pobres se empeñan, empero, en comer con vajilla de plata, aunque sea tan delgada como una piel fina,[347] o como el gastrónomo avaro, que todos los platos los pide en diminutivo.[348] Manjares de especial finura se enumeran en abundancia, y a veces se citan recetas enteras en trímetros.[349] Sin embargo, causa un efecto verdaderamente entristecedor cuando en gran número de obras se expresan las quejas más lamentables contra los pescaderos;[350] chillan por sus precios descarados, su grosería, el que contesten apenas a uno; se les llama criminales, que pretendiendo cumplir un voto, pero en verdad para usarlo como telón que tape su mutilación vergonzosa, dejan crecer el cabello lo más largo que pueden; se les llama tramposos en cambiar y devolver el dinero, vendedores de mercancía podrida y muerta, la ruina de los bienes; se les cita como el peor de los males, y se lamenta que existan tales animales, debido a los cuales se convierte uno en un mendigo.[351] También

346. Al principio del libro x.
347. Aten., vi, 17.
348. Aten., viii, 58.
349. Así para el manjar lídico candaulos, Aten., xii, 12. El hígado de ganso como manjar aparece en Eubulo, Aten., ix, 32.
350. Aten., vi, 4, 11. De Arcipo existía hasta una pieza *Icthyes*.
351. Un tal Linceo de Samos redactó, para consuelo de lastimosos, un escrito dirigido al comprador desafortunado *El arte de comprar víveres*, una enseñanza de cómo había que proceder contra aquellos «pescadores asesinos». Aten., vi, 12.

los pescadores llegan ahora a ser personas desproporcionadamente importantes, que se sienten muy superiores a los mejores generales.

Se acentúan los peligros de tal situación, ya que el glotón empobrecido se convierte en ladrón y catilinario. «De un pobre que aún tiene dinero para golosear, puede suponerse que de noche asalta a todos los que encuentra inermes, y al pobre y vigoroso joven a quien se ve comprar por la mañana anguilas en Mición, deberíasele llevar a la cárcel inmediatamente», dice Alexis, y Dífilo elogia una ley corintia, según la cual un glotón pobre podía ser castigado, e incluso pasar a manos del verdugo, ya que tal persona, evidentemente, no podía satisfacer sus lujos sin cometer crímenes, y forzosamente tenía que vivir del hurto de trajes, del robo con fractura, ser sicofante o sacar dinero de testimonios falsos.[352]

Una figura indispensable en estas comedias es, como hemos visto al tratar de la poesía cómica, el cocinero. Éste era, en tiempos anteriores, al menos generalmente, no un esclavo,[353] sino un trabajador a jornal, y aun en la comedia nueva aparece tal jornalero al lado de los esclavos cocineros, como indispensable en todas las ocasiones de mayor monta. Se le llega a conocer, por los fragmentos, en todos sus modales groseros y presumidos. «Toda la gente cocinera es fanfarrona», se dice en una obra,[354] en la que se presenta uno que se vanagloria de que debido a él se han gastado muchos su fortuna comiendo. También parece ser que estos

352. Aten., VI, 12.
353. Aten., XIV, 77, *δοῦλοι ὀψοποιοί παρῆλθον ὑπὸ πρώτων Μακεδόνων* (es decir, por su hibris o por la desgracia de las ciudades conquistadas, cuyos cocineros tal vez habían sido hechos esclavos).
354. Aten., VII, 36.

bribones eran algo leídos, se las daban de científicos, se permitían fanfarronerías de carácter literario y filosófico y les decoraba su saber de sacrificios.[355] Todo esto perdura hasta muy entrada la época de los diadocos, en la que uno se vanagloria de ser el primero en suministrar anchoas al rey Nicomedes, a doce jornadas de viaje tierra adentro, y de cortar zanahorias preparándolas con la salsa adecuada, «porque en nada se distinguía el cocinero del poeta, ya que para ambos el arte es cuestión de su ingenio».[356] Causa verdadera alegría cuando al leer a Ateneo, se dice alguna vez: «Basta ya de cocineros».

Sin embargo, la cocina ática se considera frugal en comparación a la tesálica, y la helénica en sí, comparándola con la bárbara.[357] Era ridículo que los últimos espartanos presumiesen de su indiferencia por las golosinas y pasteles, cuando se suministraban de carne en masa. Así, por ejemplo, Agesilao, en Tacos, aceptó harina de trigo, terneras y gansos, mientras dejaba que se distribuyesen los postres, dulces y ungüentes, entre los ilotas; esto no obsta para que se vendiera el mismo y su fama mundial a los egipcios cuando la vida le pareció inaguantable en Esparta. ¡A tanto se llega en esta época!

Una figura específica es la del parásito, de cuyo carácter, de múltiples facetas, ha sabido dar Ribbeck[358] una descripción tan hermosa. Igual que el arte culinario fue desarrollado con un siglo de anticipación en Sicilia, llegando a Atenas por medio de aquellas permanentes y grandes irradiaciones de sacrificios; también encontramos allí esta figura por vez primera, y en su

355. Aten., XIV, 78.
356. Aten., I, 13.
357. Aten., IV, 14, 6.
358. Kolax, *Eine ethologische Studie*. Leipzig, 1883.

Elpis nos ha dado Epicarmo una fiel descripción de ella.[359] En Atenas existía ya esta clase de gente en el siglo v, sólo que entonces se les llamaba κόλακες (aduladores).[360] En un párrafo de la obra de Eupolis, que llevaba este título y que tomaba como modelo a un rico pródigo, Calias, se caracterizan ya por arrimarse a un necio rico, valiéndose de bajas adulaciones, para aprovecharse de él, empleando en todo dichos graciosos (χαρίεντα), a fin de evitar se les eche por la puerta.[361] En una edad de elevada cultura social aparece, pues, un ser muy especial, cuya existencia sólo se explica por la coincidencia de una profunda aversión contra el trabajo, una elasticidad y habilidad grandes y una enorme avidez por la vida regalada. El griego es con ello antibanáusico hasta en el precio de la deshonra, complemento inevitable del mundo antibanáusico, siendo en el fondo el protector quien forma una figura aún más repugnante, por su necesidad incondicional de sociabilidad, pasatiempos y adulaciones, a lo que se añade el deseo de tener alguien que se presta a ser objeto de sus caprichos.

En los tiempos sanos y fuertes políticamente, el simposio auténtico por sí mismo no hubiera tolerado tales plantas parásitas; éstas se crían sobre la base de una sociedad corrompida, aunque todavía ingeniosa, en la

359. Aten., VI, 28. Su «parásito» dice: Yo como con quien quiero, basta que me llame; y aun con quien no me quiere, y éste ni hace falta que me llame. Allí soy hombre encantador y provoco muchas risas y elogio al anfitrión. Y si uno le quiere contradecir, le insulto y le riño. Luego como y bebo bien y me marcho. Ningún esclavo me acompaña alumbrándome con una linterna, yo me deslizo, resbalando en los charcos, sólo a través de la oscuridad, etc.

360. El nombre de παράσιτος se solía usar en una principio para los que tomaban parte en una asociación venerable de sacrificios.

361. Aten., VI, 30.

que todos se ven reducidos a su vida privada, habiendo degenerado el simposio por el afán de placeres; es más, puede decirse incluso que el simposio, en cuanto los admite con regularidad, ha desaparecido como forma de sociabilidad.[362] El parásito toma parte en todo y se insinúa, haciendo las más fervientes afirmaciones de su amor, declarando su conformidad con todo lo que se desea, nunca tiene otro gusto que el del amo y le admira obligatoriamente, de un modo tal, que el mundo de hoy día no se prestaría a ello. Con este fin se le admite,[363] porque no se saciaban de fama y de honores. Según y cómo se den los caprichos, se le trata lo más desalmadamente posible; se le tira a la cabeza el mayor de los huesos hasta herirle, sin que por esto tenga derecho a enojarse —pues «no debe uno ser parásito, si se es susceptible»[364] y se sirve de él como del descarado principal frente a otros, empleándole incluso como criado de la casa, que tiene que echar de la misma a invitados ebrios; como no puede manifestar orgullo alguno, tampoco puede negarse a cometer tal vez un crimen para su amo, o a prestar testimonio falso, etcétera.[365] Esto le hace a veces desdichado, y en ocasiones se queja de la servidumbre a que su vientre le condena;[366] pero como reconocidamente es un esclavo de su sensualidad ἥττων τῆς ἡδονῆς) acepta los place-

362. El parásito tiene un odio muy natural contra las meriendas campestres. «Quien inventara comer la comida de otros fue un hombre benigno para el pueblo, pero a quien primero solicite participación en los convites, debiérasele mandar sin medios al destierro», dijo uno en Eubulo. Aten., VI, 35.

363. Respecto a cómo se le invitaba principalmente, para que los chistes que uno mismo hacía produjesen las debidas risas, cf. Macón, en Aten., XIII, 42.

364. Dífilo en Aten., VI, 51.

365. Antífanes en Aten., VI, 35.

366. Alexis y Dífilo en Aten., X, 19.

res a cualquier precio y no se queja, aunque el mismo pescado de hoy se le ponga en la mesa mañana y maloliente.[367] Los parásitos más conocidos tenían sus motes;[368] además, una parte de ellos son escarnecidos a menudo personalmente por los cómicos en la escena, sobre todo por los de la comedia media, pero el siglo tenía una piel tan dura, y esta gente estaba tan acostumbrada a aguantar tales malignidades, que estos alfilerazos poco les pueden haber dolido. Es imposible expulsarlos y hasta pronunciar la palabra «Llamo» para acordarse de ellos. «Cuando al salir a la guerra llamo a Ares y a Nice, también llamo al mismo tiempo a Ceréfono, porque si no le llamo viene sin que se le llame», dice alguien en la comedia; en las bodas se introducen secretamente, y aunque para ello se tengan que disfrazar como portadores de la cesta de pájaros;[369] para disculpar su entrada descarada pueden servir eventualmente de motivos el ejemplo de Zeus de las amistades (Ζεὺς φίλιος) u otras razones míticas.[370] El bufón de antaño fue sin duda en el fondo persona mucho más honrada; representaba desde tiempos muy remotos un oficio especial con aptitudes y tradiciones; se le había contratado mediante pago de unos honorarios, o por lo menos podía esperarlos, mientras que el parásito de ahora es sólo el tolerado que se dedica a provocar la risa.

367. Axiónico en Aten., VI, 37. De vez en cuando se deja admirar uno como glotón; por ejemplo, el mencionado en Aten., X, 18, del Alexis, que come callando y respirando con esfuerzo, y sólo inclina la cabeza para contestar cuando se le pregunta algo.

368. Aten., VI, 41.

369. Apolodoro de Caristos, en Aten., VI, 43. Ya que en una boda no era lícito invitar más que a treinta personas, ocurrió que los funcionarios, al contarlas, encontraron a un parásito como treinta y uno, y queriéndole echar, éste les dijo: «Contad otra vez, pero empezando por mí». At., VI, 45.

370. Diodoro, en Aten., VI, 36.

No obstante, aun siendo simple parásito, podía alcanzarse la fama como la lograron el ya citado Ceréfono y un tal Corido, que en Alexis era mencionado como el modelo de una ambición ansiosa de otro y del cual incluso se escribieron memorias[371] (ἀπομνημονεύματα) realmente no puede negarse que muchos de los chistes de estos parásitos son excelentes; pero por mucha ingeniosidad que se malgastara, el resultado fue que la sociabilidad quedó envenenada. ¿Y qué eran los helenos sin ella?

Se sobreentiende que el parásito es encontrado en todas las Cortes. Cerca de Alejandro de Feres vive un tal Melantio,[372] que, en devoción póstuma, contestó a la pregunta, de cómo había sido apuñalado el tirano, con las palabras: «A través de su pecho en mi estómago». También los aduladores de Dionisio *el Joven* entran en esta categoría; siendo miope el tirano, hacían como si también ellos lo fuesen, chocando unos con otros, tirando las fuentes; sabían de memoria sus peanes, etc.; no obstante, le dijeron a veces alguna grosería sobre la libertad.[373] Cosa similar se cuenta también del famoso Clísofo, en la Corte de Filipo de Macedonia,[374] quien se puso una venda sobre un ojo cuando el rey perdió uno de los suyos, y al ser éste herido en el muslo se puso a cojear en medio del séquito real. Existen multitud de datos sobre los parásitos de varios diadocos, que constituyen en esas Cortes una parte de la vida griega conservada a la fuerza y algo más grosera; in-

371. Aten., VI, 39. Según parece, trataba ante todo de chistes de parásitos el escrito *Geloia apomnemoneumata* de un tal Aristodemo. En parte, estos chistes son muy sosos. Una lista de famosos κόλακες y noticias sobre su fama, también nos la da Eliano, fragm. 107 y s.

372. Plut., *De adult.*, 3.

373. Plut., *De adult.*, 9, 27; Aten., VI, 56.

374. Aten., VI, 54.

cluso lograron pervertir a los príncipes de los gálatas.[375]

Aparte los parásitos corrientes de las comidas, se iba formando también poco a poco el artífice de la adulación como tal, evidentemente con un talento y afán específicos de insinuaciones; Plutarco habla de ellos en *De adulatore*, por cierto como si fueran un fenómeno de la Era imperial, pero algunos ejemplos que presenta demuestran que, por lo menos, había un tipo en la Grecia tardía, tal vez exclusivamente griego, que se dedicaba a adular el poder y la riqueza. El adulador, no sólo finge ser ciego o sordo cuando su amo lo es, sino que pretende incluso parecérsele en sus desgracias domésticas, malas esposas, hijos o parientes. Aún más adelante se daba el caso de que cortesanos de Mitrídates, a quien le gustaba hacer de médico, se dejaran cortar o quemar por él. Carnéades decía que los hijos de los ricos y de los reyes no aprendían nada bien sino el montar a caballo, ya que el preceptor los adulaba, el adversario en la lucha cuerpo a cuerpo dejábase doblar hacia el suelo y sólo el caballo no conocía cumplidos ni diferenciaciones.[376]

¡Si al menos la vida familiar hubiera sido mejor! Pero es precisamente de ella de donde recibimos los indicios más desconsoladores. El matrimonio se considera, como hasta ahora,[377] asunto simplemente jurídico y político, en que el Estado quiere obtener por él ciudadanos legítimos y nada más. Todavía al final del

375. En Tolomeo Filapátor se llamaron γελοιασταί. Aten., VI, 48. Sobre los parásitos entre los diadocos, cf. *ibíd.*, 58 y s., 60 y s.

376. Plut., *De adul.*, 9, 14, 16. La perfección a la que ha llegado la adulación en las Cortes de los diadocos, se entrevé en la descripción de la camarilla cortesana de Tolomeo Filopátor y su fingido reproche de algunos versos y versiones, mientras que se callaban completamente sobre sus crímenes y orgías bacanales. *Ibíd.*, 17.

377. Cf. tomo IV, p. 333 y s.

siglo v había renovado el orador Aristofón (a pesar de que tenía hijos como una hetera) una ley de Pericles, según la cual sólo el engendrado por un ciudadano y una ciudadana debía tener el completo derecho de ciudadanía. La causa de esta ley era meramente política; no se intentaba con ella fomentar en sentido moral los matrimonios legales, sino que sólo se buscaba mantener más firme la unidad ciudadana, porque si los hijos de heteras se hubieran reconocido como ciudadanos, y más aún como herederos, pronto se hubiera llegado a la descomposición general y el matrimonio legal hubiera disminuido cada vez más. A qué intrigas sicofantescas se podía llegar al aplicar tales leyes cuando «toda la ciudad se levantaba indignada contra los intrusos» en los demos[378] lo hemos visto[379] al tratar del discurso contra Eubúlides.

La mujer es, pues, sólo una cosa, un medio para el caso, y hasta el divorcio es muy fácil; lo único que frena tal vez un poco tales separaciones es más bien la condición de que hubiera que devolver la dote. Que sólo interesaba tener descendencia lo demuestra la frecuencia con la que se solían prohijar personas; esto ocurre mayormente en los casos de fallecimiento del hijo único, eligiéndose con preferencia a un pariente cercano; también intervino en esto la dirección legal, produciendo efectos jurídicos solamente cuando el que prohijaba no estaba afectado por enfermedad mental, incapacitado por debilidad senil, embrujado por medios mágicos o reducido por intrigas de mujer, teniendo preferencia natural los adoptados «inter vivos» sobre los que se prohijaban por testamento. Sin embargo, resultaría a menudo bastante difícil probar que existiera una de las condiciones excluyentes, y así se manifiesta

378. Demóst., *Adv. Eubul.*, 49.
379. P. 86 y s.

en estas relaciones el rebajamiento de la Atenas de entonces, en tal extensión, que sólo puede explicarse por la justicia tan miserable y la práctica universal de poner trabas a todo, sobrepasando con mucho a lo que hoy día se puede hacer en cuestión de matrimonios y adopciones por obstinación y odio contra los propios descendientes. El estado, ya que no disponía de fiscales, nunca intervino por parte de la justicia, y esta particularidad de que sólo se originase un pleito cuando fuera presentada una demanda, acrecentaba en tales casos, como en tantos otros, la avidez y la persecución de los sicofantes. Consecuencia de ello eran las interminables pendencias entre los prohijados y los parientes de sangre, de las que estamos enterados principalmente por Iseo. En su tercer discurso vemos el caso de una hija bastarda que niega la herencia a un sobrino del testador, declarado por éste hijo adoptivo y heredero, aun después de veinte años, alegando que su madre estuvo casada legalmente, y en otro segundo caso se queja un hermano de que el otro haya prohijado al hermano de su mujer, influido por ella, después de haberse divorciado de mutuo acuerdo al perder las esperanzas de tener hijos propios. Cómo un malvado pudo introducirse en una familia, incluso sirviéndose de una falsa adopción, lo hemos visto en el caso de Diocles.[380]

También las hijas herederas motivaban muchos pleitos, puesto que el pariente más cercano tenía el derecho de casarse con una de ellas o de darla en matrimonio a un hijo suyo. En el caso del décimo discurso de Iseo, el tío, hermano del padre, casa a la muchacha con otro, pero se queda con sus bienes; y en el sexto, se reclama a una viuda por el pariente más cercano al objeto de casarse con ella, de lo que se desiste cuando cambian

380. Cf. p. 85.

las circunstancias. En el discurso sobre Eubúlides, que pronuncia Demóstenes, nos enteramos de un pobre, que para casarse con una heredera rica se divorcia de su mujer, con la que ya tenía un hijo; él, o más bien el hermano de ella, la da sencillamente a un buen amigo, y éste tiene con ella más hijos, todo esto con el beneplácito de los dos tíos de ambas partes.[381]

Son malísimas las condiciones en las que se ejercen las tutelas. Por Lisias conocemos a un tal Diogitón, que es tío y abuelo de sus pupilos, y a pesar de ello les priva infamemente de sus bienes. De lo más triste es lo que tuvo que pasar Demóstenes en su juventud, a pesar de pertenecer a una casa relativamente distinguida y rica; el padre entrega su fortuna de 14 talentos a tres tutores —uno es el hijo de su hermana, Afobo; otro el de un hermano, Demófono, y el tercero es un antiguo amigo, Terípides—, con la condición de que el primero se casara con su viuda, con una dote de 80 minas; el segundo con su hija (que sólo tenía cinco años al morirse el padre), una vez que haya llegado a la edad núbil, recibiendo mientras tanto dos talentos, y asignando al tercero 70 minas en usufructo hasta que el hijo llegue a ser mayor de edad. Al querer, evidentemente, poner a buen seguro a su viuda e hija, interesando por ello a dos tutores, no puede hacerlo de otro modo que disponiendo de ellas como de una cosa —y esto es característico para la situación de la mujer en aquellos tiempos—. Como se sabe, no cumplieron los dos sobrinos las condiciones, y los tres tutores malgastaron la fortuna de modo que cuando Demóstenes llegó a ser mayor de edad sólo le quedaba una dozava parte de ella.

Respecto al concepto en que se tenía a las mujeres, ellas mismas, por boca de la Praxágora de Aristófa-

381. Demóst., *Adv. Eubul.* 40 y s.

nes,[382] se proclaman, con cierta malicia, ser el elemento conservador frente al carácter innovador de los hombres; en lo demás, prosiguen las conocidas injurias de que se las suele hacer objeto en las comedias.[383] Si a pesar de ello buscamos impresiones más consoladoras, conviene recordar que *El económico*, de Jenofonte, relata ciertamente una conversación sostenida con Sócrates, pero que, no obstante, ha sido escrita ya muy entrado el siglo IV, por lo que volveremos a recordar la frase ya citada[383a] de Iscómaco. Aunque el grado de los sentimientos del honrado labrador serían conceptuados en una novela moderna como más fríos que el hielo e incluso ridículos, no deja de manifestar aquel final maravilloso unas relaciones nobles entre los cónyuges. Con gusto las supondríamos iguales a los matrimonios de los que el arte figurativo nos da aun testimonio en las hermosísimas losas sepulcrales del siglo IV.

Era significativo el papel que desempeñaban las mujeres en Siracusa, gobernada casi siempre monárquicamente, y además, de origen dorio; puede mencionarse aquí a Demareta, la esposa de Gelón I, en el siglo V; además, las dos mujeres de Dionisio *el Viejo* estaban relacionadas con cuestiones de gran trascendencia politicodinástica;[384] la hermana y la esposa de Dión, Aristómaca y Areta, se ponen más de relieve,[385] y

382. Aristóf., *Asamb.*, 214 y s
383. Cf. Aten., XIII, 6 y s. Alexis hace decir (7), por ejemplo, a alguien: Nosotros los hombres todavía podemos perdonar una injusticia, pero éstas se quejan, aun cuando son ellas las que le hacen. Lo que no deben, lo hacen, y lo que deben, lo dejan, y además lo afirman todo con prejuicios. Y Anfis deduce allí mismo que, como la hetera depende de su amabilidad, mientras que la esposa se apoya en sus derechos, más vale elegir aquélla que ésta.
383*a*. En tomo IV, p. 334.
384. Cf. tomo I, p. 253.
385. Plut., *Dión*, 51.

de las mujeres de la Corte de Dionisio *el Joven* se sabe que se interesaba mucho por Platón.[386] Una mujer muy poderosa de aquella época es Artemisia de Halicarnaso, y más adelante, en las Cortes de los diadocos, llegaron algunas mujeres a disfrutar de gran poder. Con las mujeres espartanas las cosas iban mal, en cambio; eran en parte muy ricas, y con el tiempo se dice tuvieron la posesión hasta de las tres quintas partes de todos los bienes raíces, además de que las herederas tenían el derecho de testar según su libre voluntad, pero vivían arbitrariamente y no resistieron la prueba. Aunque ninguna de ellas había visto jamás el humo de las hogueras de un campo enemigo, estuvieron ayudando a los hombres durante siglos en sus fanfarronerías patrióticas, y durante la invasión de Epaminondas no supieron guardar serenidad, gritando y corriendo sin orden ni concierto, viéndoselas revueltas y completamente fuera de sí.[387] Quisiéramos, por fin, hacer mención de las mujeres pitagóricas. Aunque los fragmentos de Fintis y de Perictiona que ha conservado Estobeo sean de época más tardía,[388] el criterio que en ellos se expresa seguramente habrá existido ya en la Italia meridional del siglo IV y habrá formado paralelos con aquel pitagorismo que fue la fuente de la virtud panhelénica.[389] En el tratado de Fintis sobre la dignidad moral (sofrosina) de la mujer, se da una idea de su severa nobleza moral. Estas mujeres pitagóricas no se limitan a exigir que la santidad del lecho matrimonial sea mantenida severamente, sino que quieren hacer feliz al marido, exigen una vida sencilla, trajes modes-

386. Plut., *Dión*, 19.
387. Aristót., *Polít.*, II, 6; Plut., *Agesil.*, 31.
388. Rohde., *Gr. Rom.*, p. 67, las coloca sólo en el siglo I a. J. C. y supone hayan sido relatados en Alejandría, pero reconoce la influencia de conceptos pitagóricos antiguos.
389. Cf. p. 119 y s.

tos, abstención de actos ruidosos en el culto, limitación de los sacrificios populares a la deidad del lugar, y en lo demás, recogimiento y costumbres puras; en una palabra, se presentan en todos los aspectos como mujeres de la más alta clase.

Desgraciadamente forman un repugnante contraste con estos rasgos nobles las demás características sensuales de la época. Del amor entre hombres desaparece paulatinamente toda pretensión ética; excepción hecha de Esparta, donde la encontramos especialmente En Agesilao, y tal vez también en los espartanos de épocas posteriores, el último caso que pretende ser idealista sería el de la «compañía sagrada» de Tebas, que en Queronea, aun en la muerte, provocó la admiración de Filipo.[390] Las relaciones de Alejandro con Hefestión son ya las de dos iguales, no las del amante con respecto al amado, sino todo lo contrario. En todo lo demás prevalece lo sensual en este aspecto de la existencia.

Más aún puede decirse esto de la vida de las heteras. En sí no es ninguna novedad, como tampoco lo es el resto de aquella serie de placeres sensuales, pero ciertamente sobrepasa lo corriente en el siglo v el que la hetera ocupe un lugar tan relevante en la atención pública, como ocurre ahora, y el que la comedia pueda hacer un uso tan frecuente de ella. Se trata, pues, de un interés evidentemente enorme, que una vez más demuestra claramente la falta de toda meta superior de la existencia. A cada paso se ocupan los poetas de las heteras,[391] tanto de las esclavas que son vendidas o alquiladas por un tercero después de haber recibido una educación adecuada, como de las libres, que sos-

390. Plut., *Pelop.*, 18.
391. Aten., XIII, 21, cita, por ejemplo, siete comedias, cuyos títulos eran nombres de heteras.

tienen casas suntuosas. Frecuentemente lo hacen en sentido despreciativo, comparándolas con los monstruos del mito, por su afán de robar y sus artes en aprovecharse de la gente,[392] y una parte de ellos previene constantemente contra los amoríos peligrosos y costosos (como también con las mujeres casadas), siendo así que las prostitutas corrientes podían obtenerse tan cómodamente y sin riesgos.[393] Un poeta de la comedia media incluso compuso una *Antilais,* en la que describió la Lais envejecida, con escarnio ignominioso,[394] y Meandro, que amaba a su Glicera, se aventuró, no obstante, cuando Filemón en una de sus obras llamaba «buena» a una que él amaba, a dictar la sentencia de que ninguna era «buena».[395] Con preferencia se las escarnece por sus afeites y demás artes de tocador,[396] con las que quieren ocultar defectos físicos. Pero al mismo tiempo sacan a relucir los mismos poetas rasgos cordiales y amables de su carácter;[397] ellas aparecen como seres encantadores para consolar a sus amigos en los momentos de mal humor, haciendo honor con ello a su nombre de heteras (amigas). Si en un fragmento de Eubulo se lee la frase: «Cuán graciosamente sabía comer», se relaciona casi involuntariamente el mismo sentimiento con el que se expresa en la *Filina,* de Goethe.

Nos hallamos, pues, ante la era de las grandes heteras, que en Grecia no se ocultaban en un harén, sino que, por el contrario, se manifestaban con carac-

392. Cf. Anaxilas en Aten., XIII, 6.
393. Aten., XIII, 24 y s.
394. *Ibíd.,* 26.
395. *Ibíd.,* 66.
396. Por ejemplo, Eubulo, en Aten., XIII, 6, y Alexis, *ibíd.,* 23.
397. Cf. Aten., XIII, 29.

teres públicos. Se nos enumeran gran cantidad de nombres. Ateneo cita en este lugar (XIII, 21) cinco autores que escribían libros sobre las heteras en Atenas, y entre ellos se encuentran hombres de ciencia excelentes, como Apolodoro y Aristófanes de Bizancio.[398]

De estas fuentes salen muchos de los chistes sobre heteras que se han conservado.[399] Éstos, en parte, no carecen de finura,[400] pues había algunas heteras que tenían cultura; una tal Gnatena redactó inclusive unas reglas sobre urbanidad en la mesa (νόμος συσσιτικός), como parodia a las obras filosóficas de esta índole. Además, no puede negarse que en ellas iba unida la espiritualidad con la gracia, y que su conversación tenía el encanto que, según se reconoce de un modo general, la esposa no podía producir. Precisamente respecto a las más famosas, como Lais, Tais, Friné y Glicera, nos hace extraordinariamente difícil un examen crítico de sus condiciones de vida. Si se tiene en cuenta que la fantasía de toda Grecia se ocupaba de ellas, fácilmente se comprenderá que no puede haber ninguna exactitud en los datos, y así se citan relaciones que cronológicamente son absolutamente incompatibles. Sobre todo respecto a Lais, que constituye un verdadero prototipo, es imposible reconstruir su vida sin suponer la existencia de dos personas de tal nombre, y aparece tildada, especial y preferentemente, como mala y co-

398. La poetisa Filenis de Leucadia fue defendida en su epitafio, compuesto por Escrión, contra el reproche de haber sido autora de *To peri aphrodision acolaston siggamma*, escrito que sería del ateniense Polícrates.

399. Aten., XIII, 46 y s.

400. Glicera dice, por ejemplo, al filósofo Estilpon, aludiendo a las murmuraciones de διαφθείρειν τούς νέους: Para los desdichados no hay diferenciación entre sí, viven con la hetera o con el filósofo.

diciosa.[401] Con respecto al arte, las relaciones de más importancia fueron sin duda las de Praxíteles con Friné, de las que ya anteriormente hemos tratado en otro capítulo.[402]

Según una de las citas principales del Seudo-Demóstenes,[403] las heteras eran para la diversión; las mancebas siervas (παλλακαὶ) para el uso diario, y las esposas para engendrar hijos legítimos y disponer así de administradoras caseras en las que se pudiera confiar. Si una hetera daba a luz, probablemente repudiaría al recién nacido, sobre todo si era una niña. En los diálogos de heteras de Luciano (2) declara una de ellas, abandonada por su amante y próxima a dar a luz, que no piensa repudiar el que va a nacer, sobre todo si es un niño, sino que lo criará (excepcionalmente), por muy difícil que esto sea para una hetera, al objeto de que un día reproche a su padre la conducta que éste observó para con su madre. Probablemente habría mucho de verdad en las frases melancólicas que se atribuyen a Lisias:[404] «El día en que una mujer se entrega y se aparta de su virtud, se aparta inmediatamente de sus sentimientos anteriores, considera a sus parientes como enemigos y a los extraños como dignos de confianza, y tiene sobre lo noble y lo vulgar un criterio completamente opuesto al de antes». También en la comedia buscamos en balde rasgos del alma de las heteras, que realmente no debieran faltar, si la poesía quiere hacer uso de tales figuras. Pero quien quiera conocer toda la brutalidad y bajeza de la verdadera tercería y de las heteras encontrará una relación de lo más repugnante que pueda figurarse en el

401. Eliano, *V. H.*, XII, 5, XIV, 35.
402. Cf. p. 131.
403. *In Neaer*, 122.
404. Lisias, *Fragm.*, 90.

discurso contra Neera, que equivocadamente se atribuía a Demóstenes.

Otros objetos en los que se empleaba el lujo de aquellos tiempos era, sobre todo, en algunos sepulcros dignos de mención. Es indudablemente por influencia del ostentoso Oriente que el heroón experimenta un desarrollo y transformación que llega a veces a alcanzar los esplendores más sublimes, no sólo en honor de hombres como Timoleón, que lo tenían bien merecido, sino incluso para celebrar a individuos que apenas tenían gloria alguna y que sólo destacaban por ser adinerados. No encontraron medida ya ni la celebridad ni la riqueza, y así, sobre la tumba de Isócrates hubo un pilar de treinta varas de altura, encima de él una sirena de siete varas y cerca de ello una losa con imágenes, que (sin duda en relieve) representaban a los poetas y preceptores de Isócrates, entre otros a Gorgias, mirando un globo astrológico y a su lado representado aquél. También en el sepulcro del trágico Teodectes, situado al lado del camino sagrado que conducía a Eleusis, estaban representados, además de él, otros poetas famosos, y éstos, según parece, ya no en bajorrelieve, sino en estatuas.[405] Éstos, al menos, habían sido realmente hombres destacados, pero al llegar el defraudador Hárpalo hizo edificar para su esposa Pitiónica, que antes había sido hetera, un sepulcro en Babilonia y otro en el camino sagrado de Eleusis, en los que, según dicen, se gastó en total 200 talentos; el segundo de ellos era, según Pausanias, entre todos los monumentos anteriores a la época romana de Atenas, el más digno de verse, y en tamaño y suntuosidad sólo le igualaba el sepulcro de un rodense que se había trasladado a Atenas; desde lejos hubiera podido creerse se

405. Plut., *X. orat. vit s. v. Isócrates.*

trataba, por lo menos, de la tumba de un Milcíades o un Pericles.[406]

No obstante, el lujo privado de Atenas era aún probablemente bastante primitivo, en general, por mucho que en cada caso se le critique, y, desde luego, no era más que un fenómeno subordinado de la decadencia. Quien quería malgastar el dinero tenía que hacerlo en comitivas y con las heteras. Gastarlo en coches o en edificios era peligroso. El que una casa lujosa fuese motivo de escándalo lo demuestra la acusación principal de Demóstenes mencionada anteriormente (página 91). También le reprochaba a su adversario Midias el que, además de su casa en Atenas, edificase otra en Eleusis con rango de palacio; que en los Misterios y otras ocasiones se presentase con un tiro blanco suntuoso, comprado en Sicione; que él montara, como solían hacer las mujeres, en jamugas de Eubea chapadas de plata, y que tuviese una servidumbre numerosa y espléndidas ánforas y trajes. Hay que reconocer que si éstos eran considerados como excesos, no fue tan peligroso el lujo ático de los ricos de entonces. El pueblo, sin embargo, consideraba evidentemente el lujo particular como un robo que se cometía contra él, por lo que Demóstenes acentúa con insistencia, en su discurso acusador,[407] que Midias no contribuyese lo suficiente para las liturgias, mientras que él, durante su anterior conflicto con aquél, se encargó de una liturgia costosa, compuesta de un coro de hombres con flautistas, equipados con trajes festivos bordados de oro y con coronas áureas.

Igual que en Atenas habrá ocurrido en todas las demás ciudades; el dinero era ya con mucho la princi-

406. Paus., I, 37, 4; Aten., XIII, 67; Plut., *Foc.*, 22.
407. En *Mid.*, 153 y s.

pal medida de las cosas, pero no era aún la única, y así se mantuvo en muchos aquel criterio antibanáusico que les hacía preferir quedarse pobres a desempeñar cualquier trabajo remunerado. Éste seguía cubierto de cierta mácula, aunque, como ocurría en el caso de los trapezitas, intermediarios del tráfico monetario, diese muchas ganancias.[408] La riqueza, una vez que se conocía, tenía sus cargas y sus peligros como quizá en ninguna otra época de civilización superior, si exceptuamos los países del Islam. Tampoco existía, comparándolo con nuestro mundo moderno, un motivo que acuciase para hacerse rico, pues la distinción social no dependía de las riquezas, sino de la gimnástica física e intelectual, por lo que las mujeres tampoco influían sobre sus maridos estimulándolos hacia el dinero. Un elogio muy fino de la pobreza honrada o inteligente lo contiene el discurso con el que Penia se defiende a sí misma en el *Pluto*, de Aristófanes (507, sig.), el cual, además, constituye un testimonio principalísimo del estado social a principios del siglo; prueba cómo la pobreza es la madre de todas las artes y progresos, y que bien claramente se distinguía de la mendicidad (πτωχεία). Si se prescindía de los placeres —a los que por cierto invitaba mucho la vida— y no se convertía uno en parásito, se podía, aun con una forma muy insignificante, tener prestigio como hombre inteligente; de ahí que conozcamos una sociedad sublime de personalidades independientes que con toda intención querían quedarse pobres. Entre éstas hay que mencionar, como ya hemos dicho antes,[409] la mayor parte de los filósofos, sobre todos los cínicos y pitagóricos, y también dícese

408. Cf. tomo IV, p. 192 y s., y sobre las causas de la mala fama de los trapezitas, Baumstark., en Pauly, *Realenc.*, III, p. 126 y s.
409. Cf. tomo III, p. 488 y s.

que el músico Filóxeno abandonó su lujosa casa con las siguientes palabras: «Estos bienes no terminarán conmigo, sino que yo terminaré de seguir consiguiéndolos para mí». Dichas personas vivían con un mínimo, lo que se les hacía más fácil por el clima, y mantenían viva la voluntad de hacer cosas grandes, algo parecido a como en nuestros tiempos ha conseguido hacer (con mayor dificultad dada la época) el conde Borghese, en San Marino, que durante treinta años vivió casi de nada, al mismo tiempo que creaba las obras más importantes.

Al lado de éstos resaltan algunos que son capaces de renunciar hasta a la riqueza que se les ofrece, tal como lo habían hecho en el siglo v Efialtes y Arístides.[410] Proverbiales son los dos grandes tebanos Pelópidas y Epaminondas. De éste recordaremos seguía las tradiciones pitagóricas, y rechazó las 50 monedas de oro que le ofrecía Jason de Ferea, tomando prestadas 50 dracmas cuando hizo la invasión del Peloponeso, y que cuando su escudero aceptó dinero de un prisionero, le dijo: «Dame el escudo y cómprate un comercio para vivir de él, porque ya no querrás exponerte al peligro una vez que seas rico».[411] Se dice también que rehusó aceptar 30.000 dracmas del rey persa. Para Atenas, el gran ejemplo de tal independencia nos lo ofrece Foción. Éste es, según nos lo describe Plutarco, la crítica viviente de todo lo que ocurre en su ciudad y en su tiempo. Aunque nos parezca algo exagerada su figura hacia un estilo pericleico, cuando leemos que ningún ateniense jamás le viera reír, llorar, bañarse en un

410. Eliano, *V. H.*, II, 43, XI, 9.

411. Plut., *Reg. Apoph. Epam.*, 21. Además que los ricos de los siglos VI y V, no habían sido contrarios al κινδυνεύειν. Expuesta anecdóticamente aparece la pobreza de Epaminondas en Eliano, *V. H.*, v, 5.

baño público ni gesticular con la mano fuera de su clámide, no deja de parecernos muy digna de elogio su independencia frente a toda tendencia o empresa pasajera de los atenienses. Igual que tenía valor como particular para no participar en una colecta para un sacrificio, alegando que no había podido pagar aún a sus acreedores, lo tenía también para no dejarse arrastrar en asuntos políticos por la corriente reinante entre sus conciudadanos. Cuando quieren romper las hostilidades en un conflicto fronterizo con los beocios, les dice que mejor harían en luchar con las palabras, lo que era su fuerte, que con las armas, en las que eran más débiles. En vista de los malos auspicios guerreros, previene contra la guerra de Queronea, y hace lo mismo, sin que tampoco le hagan más caso, contra la guerra lamíaca, y no quiere consentir en hacer una petición para que la fuerza de ocupación macedonia abandone a Atenas, probablemente por opinar que Atenas tenía con ello un régimen en el que se podía vivir. Sin duda sería cierto lo que se cuenta sucediera en cierta ocasión al leerse un oráculo; éste decía que cuando hubiera en un asunto unanimidad completa entre los atenienses un solo hombre pensaría de otro modo que toda la ciudad, a lo cual él contestó: «No os preocupéis en averiguar quién es: soy yo a quien esto se refiere». Ese mismo hombre rechazó el obsequio de cien talentos que le hacía Alejandro, y contestó a los enviados de éste que le decían ser el único hombre a quien el rey consideraba noble y diestro: «Pues que me deje así».[412] de la misma áspera manera despachó a Hárpalo, que con sus

412. Plut., *Foc.*, 18. Cuando luego le siguieran a su casa verían a su mujer amasando pan, y él mismo sacando agua del pozo para lavarse los pies; probablemente no tendría esclavos. Más preciso, pero en parte probablemente fabuloso, es el relato de Eliano, *V. H.*, I, 25.

tesoros había llegado a Atenas, si bien logró, no obstante, catequizar a su yerno; más adelante tampoco aceptó para sí, ni para su hijo, el dinero macedonio que volvía a ofrecérsele. Cuando de la lucha de los poderosos macedonios que competían entre sí salió victorioso Polispercón, que restauró la democracia, cayó por fin Foción, víctima de los demagogos y sicofantes que habían vuelto a invadir la vida estatal. La acusación contra él le inculpaba de ser de ideas oligárquicas y de odiar al demos. Por la vileza salvaje con que se procedió contra él, librándose apenas del tormento y desterrándose incluso su cadáver del Ática, cabe deducir que precisamente el odio que le tenían muchos atenienses era motivado por ser un «hombre honrado» (ὁ χρηστός), ya que a pesar de su aspereza solíasele considerar como tal.

Aparte los panhelenos virtuosos y el ateniense honrado,[413] animado de elevados sentimientos, parecidos a los de aquéllos, hubo, sin embargo, también hombres poderosos malvados, a los que no importaba vivir como gente humilde; tal fue el caso de Antípatro, amo malvado y tirano, que irónicamente ocultaba su poder[414] tras un aspecto vulgar, de vestidos y manutención humilde, que le hacían tanto más terrible para aquellos que le tenían que sufrir.

413. Hasta en su muerte, dice Foción a otro condenado a la última pena, que se lamenta: «Pero, ¿cómo? ¿No te gusta morir junto con Foción?»
414. Plut., *Foc.*, 29.

V

EL HOMBRE HELENÍSTA

MIENTRAS que en la Hélade la vida privada frente a la estatal viene a colocarse en el primer plano, aparece una poderosa naturaleza (μεγάλη φύσις), en el sentido más gigantesco y de la más alta importancia para la Historia mundial, que coloca sobre sus hombros la suerte de Grecia, de Oriente y de toda la posteridad, un hombre que está llamado a helenizar el mundo aún más allá de su voluntad individual: *Alejandro Magno.*

Desde que los Diez Mil de Jenofonte volvieron a su país, teníase en Grecia una idea general de lo relativamente fácil que sería apoderarse del botín que se les brindaba en Asia. La infamia de Ciro *el Joven,* aliado de los intelectuales griegos, y la situación notoria en que se encontraba la Corte de los Aqueménidas bajo el régimen del eunuco Bagoas,[1] tenía que abrir los ojos a la gente de que la mayor de todas las antiguas monarquías mundiales, erigida sobre las ruinas de antiguos templos y castillos reales, estaba en decadencia. Las provincias más extremas del Imperio, debido a la disidencia de sus habitantes, estaban en un estado de desmembramiento constante y en el interior era grande el temor que se tenía a los sátrapas y a las provincias insubordinadas, que se sostenían frente a Grecia mediante

1. Cf. p. 67.

el soborno de Estados griegos y el alistamiento de mercenarios; a todo esto había que añadir la socavación de la religión de Ormuzd y de las costumbres antiguas, situación de la cual da una idea el epílogo de la *Ciropedia.*[2]

Si el Imperio se hubiera descompuesto sin la intervención de los griegos, probablemente hubiera sido otro el destino de los diversos pueblos que lo componían, pues hubiesen vuelto a encerrarse de nuevo en sus civilizaciones especiales, canceladas ya, pero mantenidas por ellos tenazmente; Palestina, por ejemplo, se hubiera aislado, como un rincón de la tierra donde se hablaba el arameo; por los siglos de los siglos hubiese quedado incomprensible para los paganos, y apenas nos podemos figurar lo que hubiese sido de un Egipto separado para siempre del resto del mundo. Al Oriente, en su totalidad, probablemente le hubieran consumido (como luego hicieron los partos) algunos pueblos turanios e incluso los mogoles, a quienes Alejandro tan sabiamente tuvo a raya, como rudos zampones, arruinando la civilización persa, y los romanos probablemente no se hubieran metido mucho en Persia bajo tales auspicios. ¿Y qué habría sido sin Alejandro de los mismos griegos? Probablemente sabríamos poco de ellos, y aun este poco preferiríamos no saberlo. Entre sí sólo sabían maltratarse unos a otros y sus luchas de partidos, de Estado contra Estado, y dentro de los Estados, casi inevitablemente provocaban permanentemente la intervención de algún que otro país extranjero, al mismo tiempo que sus posiciones externas coloniales casi en todas partes eran vencidas por pueblos bárbaros o perecían en experimentos horribles como los de los tiranos sicanos. Sin una Macedonia fuerte y sin la exis-

2. Cf., sobre la descomposición del Imperio, también Isócr., *Fil.*, 101 y s., y Diodoro, XV, 90.

tencia de otros reinos helenistas, la nación hubiera caído probablemente en manos de amos peores, quizá como víctima de sus propios etolios, que habían quedado casi por civilizar, o de bárbaros norteños como los ilirios, tribalios, etc.; o bien hubiera sido Cartago (que, teniendo dinero, en un instante podía alistar un ejército de treinta miríadas), la que hubiera destruido a Corinto en vez de Roma.

Pero los griegos tenían su intelecto, y éste era el único capaz de concebir todo el resto del mundo y de interpretarlo, y su espíritu tenía aquel sublime don de la participación en la poesía, las artes y la filosofía. A este intelecto y a sus portadores activos sólo una amplia helenización del mundo podía abrirles el camino hacia las demás naciones, y esto únicamente pudo acometerlo un gran conquistador.

Macedonia se ofrece a llevar esta nación griega a la gloria, victoria y venganza. Compenetrada de lo griego justo, hasta tal grado que no puede parecer a los griegos como algo completamente heterogéneo,[3] esta potencia aporta las ventajas de una monarquía militar, y con ello, una organización guerrera que suple todas las instituciones políticas e incluso la nacionalidad. Ella dispone, si quiere, de la ayuda militar de Tracia, Tesalia y del Epiro; pero, como hemos visto bajo Filipo, no se exige de los griegos, al sur de Beocia, que se sometan, sino que se contenta con su impotencia, en la que ve la garantía de que su dominio en el Norte no sea estorbado, y procede ahora a la manera conocida desde hacía mucho tiempo, es decir, buscando obtener la jefatura entre los griegos, prometiendo la lucha contra Persia, aunque la verdadera enemistad contra Persia en la Gre-

3. El comportamiento de Filipo con Grecia no era, ni con mucho, el de Napoleón con la Confederación renana; los macedonios, por lo menos, fueron en parte también griegos.

cia de entonces se estaba apagando y esta lucha no representaba ya ningún ideal de la nación.

Y en el momento en que ha de empezar la guerra persa, recae la jefatura, por el asesinato de Filipo (336), en Alejandro. Éste se parece al padre, y por otra parte, se distingue infinitamente de él: no tiene su fría intriga calculadora y carece completamente de su rasgo burlón; es, al contrario, un carácter altamente patético, y por su madre, la misteriosa y terrible Eácida Olimpia, a la que su manera de ser supersticiosa y orgiástica,[4] su manejo de serpientes, etc., dan una expresión de vigor intrépido y apasionamiento terrible, parece estar en contacto con una formidable fuerza de la Naturaleza. Y además de este padre y esta madre, tiene al preceptor Aristóteles. Existen toda clase de conjeturas sobre el grado que hayan alcanzado sus enseñanzas.[5] Pero, ¿quién va a saber cómo *este* preceptor y *este* alumno se relacionaron entre sí? Que Alejandro fuera un carácter difícil de influir, pero científico y ávido de aprender, lo creemos de buena gana. Y precisamente lo más considerable que hizo Aristóteles para la historia universal fue ganar influencia sobre él y educarle.

Muy temprano tomó parte Alejandro en las terribles de la Corte, en los negocios y en la guerra. En la batalla de Queronea fue el primero en acometer con-

4. Cuando Alejandro le escribe que le comprara un cocinero que estuviese enterado de todo lo referente a sacrificios, ella contesta: «Recibe de tu madre al cocinero Pelignas (quizá un esclavo itálico del país de los pelignos), porque éste sabe de todos los sacrificios de tu tribu paterna, tal como hay que hacerlos, y además, de sacrificios orgiásticos y báquicos, y todos los de petición, que hace Olimpia, los entiende. No te lo dejes perder; recíbele y contéstame en seguida». Ateneo, XIV, 78.

5. Según Plut., *Alex*, 7 y s., Alejandro tomó parte también en los cursos filosóficos más difíciles, y tenía (como Pedro *el Grande*) una gran afición para el oficio de médico.

tra la compañía sagrada; en cambio, probablemente no estaría comprometido en la muerte de su padre y se enteraría de los cómplices sólo muy poco a poco. El asunto se extendería posiblemente hasta los cargos más importantes del séquito militar, de modo que, para él, ni siquiera podía ser deseable una investigación. Es casi cierto que obtuvo conocimientos seguros de la complicidad de Olimpia, pero no quiso comprometer de ningún modo a la que parece haber considerado como una personalidad muy grande. Él mismo es en la tradición sangrienta y lúgubre de la dinastía macedónica casi la figura más luminosa y amable.

De la crisis que seguía a la muerte de Filipo frente a los bárbaros y helenos, sólo le salvó la audacia. Él castigó primero a los pueblos del Norte, que se habían levantado contra él,[6] y después tuvo que pagar Tebas con su destrucción el haberse también alzado contra él, por desgracia y bajo los auspicios de Demóstenes, a pesar de su impotencia y con una obstinación desaprensiva, acometiendo violentamente a las tropas de ocupación macedonias. Ahora podía empezar su campaña contra Persia.

La herencia que Filipo le había dejado para este fin eran: tres millones de deuda, las levas macedonias, los amigos y compañeros, la falange y la dudosa ayuda militar griega, porque Grecia era y seguía siendo amotinada. Esparta había declarado de antemano que no era su costumbre obedecer a otros, sino mandarlos. Pero también de los demás había que temer un levantamiento con el primer falso rumor que circulara; su hegemonía era por lo tanto, en el fondo, muy especial.

6. En su expedición contra los getas, traba conocimiento con los celtas adriáticos, que le dicen las consabidas hermosas respuestas. Estrabón, VII, p. 301 y s.

Pero Alejandro no piensa en calcular probabilidades, va mucho más allá. Una base asegurada, una ampliación paulatina, mantener en sus exactas proporciones las tareas principales con las secundarias, nada de esto le preocupaba, así que no se presta su personalidad a cálculos, ni militar ni políticamente; parece a veces como si su carrera fuese un sueño; él creía que el don de vencer (τὸ κρατοῦν) en sí era de índole divina. Es una especie de aventurero a lo grande, y sobre todo un *explorador*, que nunca se harta de viajar por el mundo, y después, sólo con infinito pesar renuncia al país del Ganges. En cambio, es muy oportuno en todas sus medidas estratégicas[7] y probablemente a veces hasta genial, pero en el momento de la acción el guerrero intrépido se imponía al caudillo militar; así ocurre ya en la batalla del Gránico empezada con furia (μανικῶς), en la que se arroja en la parte más densa de la carga de los jinetes. Si alguna vez la Historia da la impresión de que la guía la mano del Todopoderoso, es al observar a este hombre inconmensurable. La empresa de historia universal que le llevó a franquear las fronteras es demasiado gigantesca para que podamos negarnos a reconocerlo.

Pero también debieron de haber reinado, por otra parte, en la Corte persa una desorganización y una falta de sentido común sin par. Ahora se pagaba que el Estado estuviera durante años bajo la égida de un asesino, que tenía interés en que no surgiera ningún Aqueménida capacitado. Después de que Filipo hubiera iniciado ya la guerra en Asia Menor, se necesitaba aún dos años para armarse, para empezar luego —contra el consejo de Memnón[8]— la campaña en un momento poco

7. Según Arriano, VII, 28, 2, era καὶ τάξαι στρατιὰν καὶ ὁπλίσαι τε καὶ κοσμῆσαι δαημονέστατος.
8. Cf. p. 68.

propicio. En la primera gran derrota se perdió Asia Menor hasta el Tauro, y Alejandro, que en ella había vencido a sus enemigos más peligrosos, los mercenarios griegos, obtuvo el tiempo necesario para apoderarse de una región tras otra. Que hubiera cortado realmente entonces en Gordión aquel nudo famoso puede quedar en duda; Arriano no lo sabe; a nosotros nos parece que ni lo desató ni lo cortó; pero ha puesto el semblante como si lo hubiese hecho, y el que sabe poner tal semblante derrota al Universo.[9] Sigue, pues (333), la victoria sobre Darío en Isa. Ahora ya se siente Alejandro completamente dueño del reino persa. «No me escribas ya como a tu igual, manda recado al rey vencido,[10] sino como al rey de Asia y dueño de todo lo tuyo, y entonces, dime lo que deseas. Pero si sigues negándome el poder, no huyas, que yo voy a tu encuentro dondequiera que estés.» El trato humano que da a las mujeres capturadas se basa quizá más que nada en la consideración de que en ellas descansa, en el concepto oriental, una parte del derecho hereditario del reino; de todos modos, hereda en el Oriente el vencedor el harén del vencido. Pero, de un modo general, Alejandro no tiene, al igual que su padre, ningún rencor o crueldad; le gusta perdonar la vida y quiere conservarla a los mercenarios griegos cuando éstos, más tarde, caen en sus manos.[11] Es de un simbolismo revelador

9. Arriano, II, 3, 8: ἀπηλλάγη δ' οὖν ἀπὸ της ἁμάξης ὡς τοῦ λογίου τοῦ ἐπὶ τῃ λύσει τοῦ δεσμοῖ σομβεβηκότοσ.

10. Arriano, II, 14, 9.

11. Arriano, III, 24, 5: ἔνδηλος ἐγεγόνει οὐ φαῦλον ποιούμενος σῶσαι τοὺς ἄνθρας. También, en el caso de los conspiradores más peligrosos, suele preferir resolverlo mediante la deportación. Según Plut., *Apophth. Reg. Alex.*, 22, de los mercenarios prisioneros mandó maniatar a los atenienses y tésalos porque, según decía, no habían tenido necesidad de alistarse como tales, pero a los tebanos los dejó en libertad por habérseles quitado todo.

que coloque el manuscrito de *La Ilíada* en la maravillosa caja de joyas que cayó en su poder junto con la tienda suntuosa de Darío; es como realmente ha sucedido: el espíritu griego debía ser guarnecido por las riquezas de Asia.

El asedio de Tiro, que emprendió después, no era mera terquedad, sino, al contrario, estaba justificado en el más alto grado.[12] Alejandro sólo tendría las espaldas libres cuando no existiese ningún poderío naval persa, cuando toda la armada feniciopersa sirviese sus fines y cuando desapareciera toda preocupación por Grecia. Que expulsara de la ciudad conquistada, igual que hiciera más tarde en Gaza, a toda su población anterior, prueba la importancia que daba a que no quedara ninguna población dispuesta a servir a los intereses persas. Ahora podía emprender, después de habérsele unido ya durante el asedio de Tiro el resto de los fenicios y chipriotas, el avance contra Egipto. Nos gustaría saber si los griegos allí avecindados le salieron al encuentro de una manera u otra cuando él fundó en el bajo Egipto la gran ciudad que aun hoy lleva su nombre. No sólo indica el trazado de sus calles, sino que incluso decide cuántos templos hay que construir y a qué deidades hay que dedicarlos, y cuando tal hace no sólo piensa en los dioses helenos, sino también en la Isis egipcia, iniciando —probablemente sin darse cuenta de la trascendencia de la cosa— la gran tendencia nueva de la teocracia. La expedición al Ammonio, que sigue luego, puede haber tenido en parte su motivo: el que, teniendo en cuenta las sólidas supersticiones antiguas, esperase obtener allí una verdadera información, sobre todo res-

12. Grote, que no logra sentir la necesidad histórica tan colosal de Alejandro, y le odia porque era molesto a las polis griegas, critica que hubiera cogido la armada fenicia aun sin la conquista de Tiro. A nosotros nos parece más acertado dejar la decisión de este problema al mismo Alejandro.

pecto a los detalles del asesinato de Filipo.[13] Pero principalmente habrá querido obtener de este centro de mentiras, que desde los tiempos de Lisandro evidentemente era sobornable, la declaración de que él era el hijo de Zeus Ammón. A ello le inclinó la necesidad de obtener una autoridad que no tolerara contradicciones; en el momento en que él fuera un hijo de dios, también los griegos podían ser llevados a aquella veneración y adoración incondicional (προσκύνησις) hacia él a la que los orientales ya estaban bastante acostumbrados. Que de aquéllos exigiera resoluciones del Estado sobre su divinidad eran cosas que solían permitirse en la Grecia de sus tiempos.[14] Los helenos, que frente a esta pretensión se mostraban tan quisquillosos, ya podían acordarse que setenta años antes adoraron a Lisandro como a un dios.[15]

La larga ausencia en países tan lejanos como Fenicia y Egipto era «peligrosa», como todo lo que emprendía Alejandro, pero estaba en el destino que todo le tenía que salir bien; el desbarajuste evidente del Gobierno persa hizo que no le perjudicara. Cuando se presentó, después de dos años (331), en Mesopotamia, Darío había vuelto a reunir un gran ejército, pero ahora llegamos al final, y después que los persas fueran derrotados

13. En Arriano, VI, 19, 4, suena como si el Ammonio le hubiera prescrito sus sacrificios para otros dioses.

14. Los espartanos decidieron, como se sabe: «Como Alejandro quiere ser dios, debe ser un dios»; los atenienses, en cambio, castigaron a Demades, que lo propuso, por asebia, con una multa de 100 talentos. Eliano, *V. H.*, II, 19, V, 12. ¿Qué habrá de verdad en la afirmación de Efipo en Aten., XII, 53, de que él se presentara a convite disfrazado, tan pronto de Ammón, como de Artemis, Hermes, etc.? En épocas posteriores parece no haber dado ya tanta importancia a la paternidad de Ammón, y en los sacrificios en el país del Indo sólo se le menciona de modo incidental; en cambio, habla de su descendencia de Heracles, a lo que tenía derecho como Temenida. Arriano, V, 26, 5, VI, 3, 2.

15. Cf. p. 28 y 128.

en Arbella, ya no hubo Gobierno persa. Alejandro, en quien había vuelto a prevalecer durante la lucha el guerrero sobre el general, haciendo que él personalmente asaltara —como en Queronea— al frente de sus compañeros y de su falange las líneas enemigas, gritando en alta voz y decidiendo con ello la huida de Darío, no abandonó ahora la persecución a un capitán de jinetes, sino que siguió en persona al derrotado más de 600 estadios; y, sobre todo, más adelante, cuando se trató de perseguir las bandas de Beso y de apoderarse vivo del Rey, que ellos tenían preso, otra vez fue él quien mandó la vanguardia, y a lo último no le quedaba más que un residuo de su ejército, unos cientos de hombres; pero cuando alcanzó al que buscaba, éste estaba ya muerto.

Desde Arbela poseía Alejandro lo que en sus manos podía convertirse en medio para el dominio del mundo: los tesoros de Persia, y con ellos una posibilidad ilimitada de alistar tropas; Babilonia y Persépolis cayeron en su poder. Él motivó el incendio intencionado de esta última, después de sacar de ella todos los tesoros reales, en las devastaciones que, sobre todo en Atenas, había causado Jerjes. Sin embargo, es más probable que este acto tuviera el fin de hacer ver a toda Asia que Persia ya no era la región dominante en el Imperio; esto, por lo menos, hubiera sido la auténtica firma de un Alejandro, legible para todos los pueblos.[16] Ahora podía decirse como Esquilo en *Los persas* (929):

¡Oh Rey y Señor, el país asiático ha caído
terrible, terriblemente destruido!

16. Lo mismo podrá decirse de la destrucción de la ciudad de Brasida. Plut., *De sera num. vind.*, 12. De que Alejandro, durante una orgía ruidosa y a ruego de Tais, haya lanzado su antorcha, con decisión repentina, en el palacio, no nos dice ni una sola palabra Arriano, pero en cambio sí nos habla en VI, 30, 1, de que más tarde se arrepintiera de ello.

Después de la muerte de Darío los macedonios estaban por cierto llenos de esperanza de que la guerra hubiese terminado, pero Alejandro los persuadió a seguir; él tenía que exterminar también a los sátrapas y dárselas completamente de heredero y vengador del último Aqueménida. Y aquí se manifiesta brillantemente su grandeza; cualquier otro, probablemente hubiera abandonado las regiones pedregosas del Este, en cambio, él termina la lucha en combates terribles y (según el criterio griego) sin gloria, por castillos entre rocas y nieves, para que después no llegara a invadirse su reino desde aquí.[17] Es cierto que en esta campaña obtuvo también a Roxana, la perla del Oriente. No puede extrañar que el gran fundador no llegara a organizar al mismo tiempo las instituciones provisionales y fugaces, ni que, como hasta entonces los Aqueménidas, repartiera su Imperio entre sátrapas (y, bien entendido, no sólo entre macedonios, sino también entre persas a los que apenas conocía). Es que él es el regente de Asia, haciéndolo lo mejor posible en tales circunstancias, pero ante todo, es el general más grande que se ha presentado hasta entonces en la Tierra, y aun más que general, guerrero,[18] y más que nada, explorador. Lo que él quiere ver, lo tiene que conquistar; el dominio viene después y el gozarlo no llega nunca.[19]

Durante estas luchas en Hircania, Bactriana y Sogdania tienen los primeros importantes conflictos con los macedonios. No le damos importancia cuando de él se murmuraba que hubiese adoptado las costumbres bárba-

17. Esto al contrario, por ejemplo, que los árabes en España, que no se molestaron en conquistar la parte Norte del país, siendo luego vencidos desde allí.

18. Cf. sobre ello las manifestaciones reprobadoras de sus amigos, que cita Arriano, VI, 13, 4.

19. Por esto les resulta tan fácil al clínico de Corinto y a los faquires en la India mantenerse frente a él.

ras en la bebida,[20] porque en la Corte de Filipo también se solía beber mucho, y después de asesinar a Clito cuando estaba ebrio, le invadió un profundo arrepentimiento; además, tales excesos no pueden haber sido más que excepciones, dada su enorme actividad. En cambio, tienen que haber provocado un fuerte descontento su orientalización de trajes y costumbres que difícilmente pueden ser juzgados favorablemente, y sus nuevos contingentes persas, lo que motivó diversas conspiraciones. Así, la de Filotas denotaba este ambiente general de descontento. La investigación fue llevada a cabo «delante de los macedonios», siendo luego ellos mismos quienes mataron al culpable con sus propias jabalinas.[21] El ejército era, pues, autoridad judicial y ejecutiva, y el Rey, tan leal como no pueda serlo más un jefe de ejército en país extranjero, lo queda también probado por su comportamiento con los absueltos. A Parmenio, padre de Filotas, le consideraría como cómplice, acaso por no juzgarse seguro dejándole con vida después de la muerte de su hijo. Referente a los informes que sobre estos asuntos tenemos, puede ser que los ayudantes, que eran los garantes de Arriano, tuviesen sus razones para restringir sus informes, habiendo ocurrido ya en la Corte de Filipo cosas tan rudas que probablemente nadie, excepción hecha de Hefestión, tenía antecedentes limpios del todo. La conspiración de los pajes, acontecida posteriormente, aunque fue revelada por confesiones en el tormento, más adelante se confirmó voluntariamente. Lo más extraño es que Alejandro tuviera consigo tanto tiempo a Calístenes, a quien se designaba como conspirador. Es que aquél opinaba que el Rey y sus acciones estaban *sujetos* a él y

20. Arriano, IV, 8, 2.
21. Que fuera sometido al tormento, por lo menos no lo relata Arriano

a sus escritos, y que él no estaba en su compañía para adquirir fama propia, sino para hacer famoso al Rey y que la parte de divinidad que tuviera Alejandro no dependiese de las mentiras de Olimpia sobre su nacimiento divino, sino de lo que él, Calístenes, propagara por escrito entre los hombres. Quien se hace tan petulante, por mera charlatanería, puede convertirse en víctima de ciertos conspiradores que le hagan escudo de sus ataques.

Pero Alejandro quería seguir avanzando mientras quedase una potencia enemiga; era ésta una norma que, de haberla seguido, le hubiera obligado a ir luchando hasta los confines del mundo. Así llegó al Indo y al Penjab, donde atraviesa un río tras de otro, porque había oído que más allá del Hifases vivían pueblos dichosos y valientes, con muchos elefantes.[22] Es verdaderamente inaudito que todo lo que había conquistado hasta entonces lo pudiera olvidar completamente, durante algún tiempo, cual un sueño pasado; pero el gran aventurero, que goza con la conciencia de su poder, no hubiera atravesado ciertamente todos esos ríos si no hubiese querido llegar mucho más allá. Al llegar al Hifases le ponen trabas sus guerreros, y es realmente conmovedor oírle decir a sus macedonios, en una elocución sin duda auténtica, que Arriano nos ha transmitido en sus puntos principales, estas palabras:[23] «Yo os demostraré que el mar Hircánico (Caspio), Índico y Persa están en conexión uno con otro, y desde el mar persa será circundada Libia hasta las columnas de Heracles por nuestra armada, y desde estas columnas pertenecerá a nosotros totalmente, así como toda Asia por igual; los límites

22. Arriano, v, 25, 1.
23. *Ibíd.*, 26, 2. Evidentemente, supone que Asia era mucho más pequeña de su tamaño real, y considera el resto

de nuestra dominación coincidirán, pues, con los límites del mundo». Como es natural, los soldados no estaban poseídos de aquella fiebre exploradora que el alumno de Aristóteles suponía en ellos, y le obligaron a volver, erigiendo aras a las doce deidades, celebrando un agón espléndido y tomando rumbo al Sur. Aún en el Bajo Indo tuvo que sostener luego combates terribles. Fue entonces el primero en atravesar la muralla, en el asalto de la ciudad de los malas, exponiéndose al peligro de no volver a levantarse jamás, y las heridas que recibió allí fueron tan importantes, que se le daba por perdido. El justificarlo, diciendo «que si él hubiera perecido, por lo menos habría sido después de cometer hazañas grandes y dignas para conocimiento de las generaciones futuras» es, quizá, una manifestación posterior suya. Y cuando siete días después, aunque muy débil todavía, se presenta a su ejército montado en su caballo, resuenan cual un trueno las orillas y valles de un júbilo general, y cuando aparece entre ellos a pie, todos acuden para tocarle, bendecirle y arrojarle cintas y flores. Se asombra al descubrir, en el Bajo Indo, las mareas, y hace su salida por los dos brazos de la desembocadura del río, consecutivamente, para explorar cuál de ellos era el más ventajoso para la navegación. A esto siguen, por fin, los terribles sesenta días de marcha desde Oritas hasta la capital de Gedrosia y Mesopotamia.

Entretanto, todo el mundo se había portado como si Alejandro no fuese a volver «de entre tantos pueblos y elefantes»;[24] cuando, a pesar de ello, su regreso pareció inminente, Hárpalo huyó a Grecia con su robo de 5.000 talentos y con 6.000 mercenarios disidentes. Otros que habrán cometido arbitrariedades se quedaron,

24. Arriano, VII, 4, 2.

encontrando en el Rey un juez severo. También tenía que producirse ahora el arreglo de las cuestiones pendientes con los macedonios. Puesto que ellos de más buena gana hubieran querido volver a su patria, para vivir allí como gente rica, se valió del único medio que tenía a su alcance para retenerlos en Persia: al mismo tiempo que celebraba su propia boda con una hija de Darío, casó a 10.000 macedonios más, a Hefestión el primero, con mujeres asiáticas, los dotó a todos y pagó al ejército, con 20.000 talentos, las deudas que los soldados —nos gustaría saber con qué prestamistas ambulantes— habían contraído, sin que sus nombres figurasen por escrito, lo que evidentemente demostraba no ser sino una fórmula para hacerles un auténtico regalo. Pero el descontento seguía existiendo, principalmente por los nuevos contingentes asiáticos y su dotación igualmente suntuosa, llegando a estallar violentamente en Opis, a orillas del Tigris, cuando quiso enviar a su patria a los viejos y debilitados. Sólo ahora se manifestó todo el poder de su personalidad. Cuando, en vez de sólo los derechohabientes, *todos* globalmente exigen ser despedidos, salta de la tribuna y designa en el acto a trece instigadores, mandando darles muerte. Y cuando la ejecución se ha llevado a cabo, vuelve a subir a la tribuna y pronuncia aquel discurso (sin duda fingido magistralmente por Arriano), en el que les hace ver primero la pobreza de la Macedonia anterior, y luego dice: «Lo que he ganado os pertenece a vosotros. Asia Menor, Siria, Egipto, Mesopotamia, Persia, todo os lo he dado para que gocéis de ello, es vuestra propiedad; sois sátrapas, estrategos, taxiarcas; yo para mí no tengo nada especial para gozarlo; yo vigilo por vosotros, para que podáis dormir tranquilos. Enseñadme vuestras heridas, yo os mostraré las mías... Nadie pereció huyendo bajo mi mando, y ahora quería mandar a su patria, donde todos los envidiarían, a los que

quedaron inválidos para la guerra, pero ya que todos queréis salir, marchaos, dejadme solo, guardado por bárbaros vencidos. ¡Marchaos!». Acto seguido se encierra y reparte mandos a persas distinguidos, y en seguida se levanta entre los macedonios el lamento, le mandan parlamentarios y negocian, hasta que, después de tres días, sale de su reclusión y los declara llorando parientes suyos y se deja besar por ellos. A esta escena soberbia de enternecimiento sigue aquella gran comunión sacramental entre helenos y persas, de la que volveremos a hablar más adelante. Los diez mil guerreros viejos a los que envió a su país con Cratero se despiden conmovidos y con lágrimas de los que quedan, y reciben, además de la paga entera, cada uno un talento, pero, no obstante, queda en pie que en adelante existan también un Agema persa, peceteros persas y argiraspidos persas.

Pero no por esto quedaban en suspenso las grandes empresas. Ya antes de los acontecimientos de Opis, Alejandro había navegado en Persia en las desembocaduras del Éufrates y Tigris, y había descubierto que los persas habían abierto en el Bajo Tigris cataratas artificiales, mediante diques, para que por allí no pudiera penetrar ninguna armada enemiga. Como él creía poder evitar esto por medios mejores, se reía de tales artes, y devolvió al río su navegabilidad. Más adelante castigó a los coseos, un verdadero pueblo de rapiña, entre Susa y Ecbatana, que no merecía lo más mínimo la compasión de que le hace objeto Grote. Además, mandó construir una flota en el mar Caspio, porque también quería explorar el mar, y era muy conveniente que un heleno tuviera tales aspiraciones, porque los orientales, de por sí, no hubieran averiguado nunca los contornos de sus países y mares. Por fin, antes de acaecer su muerte, planeaba una expedición a la Arabia, y, mientras residía en Babilonia, llegaban em-

bajadas de todas partes, siendo incluso muy posible que también le hubiese llegado una de Roma, para la que, según Plutarco[25] opina con razón, fue un favor de los dioses el que Alejandro no haya vivido más tiempo. Sólo ahora parecía ser «el dueño de la tierra y de todo el mar»,[26] y ahora volvió a acordarse de los griegos, y les remitió a Olimpia, mediante su almirante Nicanor, aquella orden, antes citada,[27] de que las polis tenían que volver a admitir a todos los anteriormente desterrados.

Pero ya había muerto Hefestión en Ecbatana (324), habiendo sido llorado por Alejandro como Patroclo por Aquiles,[28] y pronto le vinieron presentimientos y presagios de que su muerte se acercaba, los que acogió con gran superstición. Después de enormes festines, pero más probablemente debido a su actividad sobrehumana, fue invadido por una fiebre, a la que resistió mucho tiempo. Según Arriano, que sigue con atención de día en día sus últimos momentos, yacía por fin enfermo en un edificio suntuoso cerca del estanque del parque; luego, en el palacio de Nabucodonosor. Aquí sus soldados consiguieron verle a la fuerza. Silencioso yacía durante aquel último desfile, y apenas levantaba la cabeza para saludar a algunos o echarles una mirada. A la pregunta de a quién dejaría el Imperio, contestó: «Al mejor» o «Al más fuerte», según como se quiera

25. Plut., *De fort Rom.*, 13. Cómo lo hubiera pasado Alejandro en una supuesta lucha contra Roma lo expone Livio, IX, 17-19.

26. Arriano, VII, 15, 4 y s.

27. Cf. tomo I, p. 357.

28. Es dudoso que realmente mandase quitar todas las almenas de las murallas, en las ciudades de los alrededores, como pretende Plut., *Alex.*, 72; según Eliano, *V. H.*, VII, 8, sólo se hizo en Ecbatana. Cierto es que se cortó el cabello, no comió durante tres días, guardó silencio absoluto y se lamentó.

traducir la palabra ατίδκστω. También parece haber dicho que preveía un agón gigantesco para celebrar su muerte. Falleció hacia el anochecer del día 13 de junio de 323, teniendo sólo treinta y dos años y ocho meses, y en seguida se levantó sobre su cadáver la disputa de sus mariscales.[29]

Alejandro era insaciable sólo respecto a la fama, según la característica que de él da Arriano (VII, 28 y siguientes). Esto en él es un rasgo específicamente heleno, mientras que en lo demás era completamente contrario a todo lo griego; en cambio, era muy digno de un rey en su lealtad en los tratados y en su particularidad de arrepentirse donde otros hubieran perseverado en la falta, considerándola como una vanagloria. Cuanto haya presentido y cuanto haya querido realizar no puede precisarse, quedando incierto, dado el concepto fantástico que de él se formaban los griegos.[30] Posiblemente hubiera intentado extender su dominio mundial con el alistamiento de mercenarios, que le permitían las riquezas persas, y también sobre el Oeste, donde ahora, en Cartago, quedaba la última potencia económica de primer orden que no estuviera a su disposición.[31] Aun sin contar con esta extensión ilimitada, su Imperio no hubiera podido quedar unido después de su muerte.

29. Según Eliano, *V. H.*, XII, 64, se quedó treinta días sin que le dieran sepultura, hasta que el mantis Aristandro de Talmeso profetizó dicha eterna a aquel país que lo poseyera. Tuvo su sepultura definitiva, como se sabe, en Alejandría, donde Tolomeo se quedó con su cadáver, a pesar de que él había deseado ser sepultado cerca del Ammonio.
30. Sospechosas son, sobre todo, las órdenes escritas halladas (las llamadas ὑπομνήματα), que Perdicas leería, según dicen, a los guerreros después de la muerte de Alejandro. Diodoro, XVIII, 4.
31. Ofelas de Cirene, un compañero macedonio de Alejandro, quería luego ocupar, por lo menos (por cierto inspirado por Agatocles), Cartago y Libia. Diodoro, XX, 40.

Es, sin embargo, una de las particularidades de los grandes conquistadores del mundo que ellos no obran directamente en favor del advenimiento de un porvenir definido, sino que más bien colocan al mundo sobre nuevas bases, sobre las que luego puede ser edificado lo nuevo de toda índole. Y, además, es una suerte, según nuestro pobre entender, el que una cultura superior venza a una inferior, que un pueblo más capacitado conquiste a otros que carezcan de tales dones, y esto ocurría en nuestro caso, aunque quizá la moralidad de la Grecia de entonces y la de la Persia contemporánea no se llevarían mucho. De todos modos, de nuevo volvió a quedar libre la vida después de haberla ahogado la semibarbarie persa. No obstante, hay que seguir las grandes causalidades de la historia universal para lograr trazar las verdaderas perspectivas. Nuestro juicio, en una visión general, aparece favorablemente influido por lo decisivamente favorable que fue aquella continuidad de la cultura del Universo, que sin Alejandro no hubiera podido lograrse. Roma llegó a conocer a Grecia de veras y específicamente por medio de los diadocos, en cuyas manos estaba la cultura mundial, y precisamente era la cultura lo que a Roma le gustaba de Grecia, lo que de ella quería y debía adoptar y salvar. Además, que la conquista de los territorios del Este helenizados le fue infinitamente más fácil y se adaptaba más a sus planes que si se hubiera tenido que encargar de tal tarea en su estado anterior. Pero también es verdad que el dominio universal romano entra como el macedonio en aquella cadena de cosas deseables que envuelve nuestro propio juicio. Y en ambos Imperios mundiales se funda la única posibilidad de la propagación del cristianismo.

Veamos ahora primero los grandes cambios geográficos que Alejandro y sus sucesores trajeron a los griegos. Éstos consisten en que griegos en masa fueran

llevados al Oriente, convirtiendo grandes partes de él en tierras helénicas. Que la menor parte de ello pudiera llevarse a cabo bajo el mismo Alejandro es obvio, ya que su reinado no duró más que doce años y ocho meses. Como toda clase de organización, también sus fundaciones de ciudades tenían que ser, por lo menos en parte, provisionales necesariamente, pero, de todos modos, es él personalmente quien ha indicado la gran innovación; no en balde escribió Aristóteles acerca de él un libro: *Alejandro, o sobre las colonias.*[32] Que su fundación, Alejandría, en Egipto tuviera cualidades excelentes, harto lo demuestra la Historia; que el rey mismo se cuidó de ella, dedicándole el mayor interés, ya lo hemos visto; también dícese edificara aquí un imponente palacio real.[33] Fundó una segunda Alejandría en el Cáucaso Bactrio (es decir, en el Paropamiso) y una tercera en la Tanais-Iaxartes como baluarte contra los escitas. A este último lugar se intentaba hacerle importante y famoso; en pocos días se le circundó con murallas, y Alejandro avecindó en él mercenarios helenos, bárbaros de las afueras, que se habían ofrecido voluntariamente, y algunos macedonios inválidos (ἀπομάχους) de su ejército. Éstos probablemente serían los elementos de población más corrientes de sus colonias;[34] también en su segunda visita fue reforzada la población por gente de las afueras y soldados inválidos. Se dice que fundó asimismo en Bactriana y Sogdiana

32. Diógenes Laercio, v, 1, 12, 22.
33. Diodoro, XIII, 52.
34. Una delegación de Nisa a la que recibe, hace contar en Arriano, v, 1, 5, que Dionisio, como modelo de todo fundador de colonias, fundó a Nisa después de vencer a la India (ἐκ τῶν ἀπομάχων στρατιωτῶν, οἳ δὴ καὶ Βάκχοι αὐτῷ ἦσαν), como recuerdo de sus expediciones y victorias para todos los tiempos, «tal como tú fundaste a Alejandría, etc., y fundarás aún muchas ciudades más».

ocho ciudades, aunque también destruyó otras;[35] por Cratero manda reconstruir Arigeón, a la que encuentra desierta; levanta en el Indo Superior —también por Cratero— las dos fortalezas Baeira y Orobatis, en el reino de Poro, donde venciera al Rey, así como Nicea, y en la orilla opuesta del Hidaspes, Bucéfala[36] y un considerable número de ciudades-almacenes en la India (entre ellas algunas Alejandrías más), en las que deja guarniciones, y todo en circunstancias de audaz improvisación. Incluso en el país oreita eleva la aldea mayor a ciudad, que tendría que ser grande y rica. Después del regreso se ocupa detenidamente en la idea de una colonización del golfo Pérsico, tanto en la orilla persa como en la árabe, y poco antes de su muerte, sale para construir, en un lugar excelente, hacia Arabia, una ciudad, y poblarla con mercenarios griegos;[37] también fundó en su expedición posterior contra los coseos ciudades considerables en una región bastante desfavorable. Según Plutarco, sus fundaciones de ciudades llegaban al número de setenta, cifra que, si bien puede ser exagerada, no debe de estar muy apartada de la realidad, de tratarse sólo de puestos fortificados; Arriano indica varias veces, al llamar estas ciudades florecientes (εὐδαίμονας), una intención resuelta de hacerlas grandes y felices.[38]

35. Estrabón, XI, p. 517.
36. Ésta se llama así por el caballo favorito de Alejandro, que se murió aquí, y que de todas maneras es más digno de mención para nosotros que el perro de Alcibiades. Rasgos especiales sobre aquél nos los da Gelio, V, 2.
37. Arriano, VII, 21, 7, dice que habría tomado para ello ὅσοι τε ἑκόντες καὶ ὅσοι ὑπό γήρως ἢ κατὰ πήρωσιν ἀπόλεμοι ἦσαν, los últimos, en contra de su voluntad, como ciertamente en muchos casos. También se permitía hacer a mercenarios griegos (que quizá procedían del ejército de Darío) lo que a los propios macedonios no se hubiera consentido hacer.
38. *De Alex. Fort.*, I, 5.

Es cierto que, corrientemente, los griegos sólo de mala gana se quedaban en aquellos puestos lejanos, y los avecindados en Bactriana y Sogdiana se sentían tan desdichados, que ante la sola falsa noticia de la muerte de Alejandro, se juntaron tres mil de ellos en el país de los malas, separándose de los macedonios; lo mismo se repitiría, aún en escala más grande, cuando realmente falleció, reuniéndose de aquellos «que anhelaban el modo de vivir heleno» un ejército de 23.000 hombres, que luego fue —como también los anteriores— aniquilado por los macedonios.[39] Es que no era ninguna bagatela el helenizar Oriente y gobernarlo por helenos, quienes ya llevaban cada uno consigo su parte de la descomposición helénica y el individualismo helénico, teniendo también, en fin de cuentas, cada uno sus propios conceptos especiales de las cosas. Tampoco eran específicamente aptos de dominar ni de dirigir grandes países bárbaros, por lo que, mientras tanto, tenía que encargarse de lo mejor el elemento macedonio.

De una importancia enorme para la helenización era, sin duda, la complacencia con que Alejandro trataba a los persas.[40] Él quería la fusión de los pueblos y

39. Diodoro, XVII, 99, XVIII, 7.

40. Sobre la actuación civilizadora del Rey se encuentran los mayores elogios en el escrito de Plutarco, *De Alexandri Fortuna*, I, 5 y s. Plutarco, que en las demás obras (por ejemplo, *De adul.*, 24) trata a Alejandro con mucha aspereza, aparece aquí como elocuente defensor suyo. Después de ceder la palabra, en la primera parte (que se ha perdido), a un adversario que todo lo explicaba por la simple «suerte que había tenido el Rey», aquí todo lo atribuye a su ἀρετή, y desde luego con una retórica soberbia, intercalando frecuentemente a Alejandro y haciéndole hablar por sí mismo; empleando la antítesis, preguntas planteadas, etcétera, expone cómo el vencedor enseñaba a algunos el matrimonio, a otros la agricultura, la abstención del parricidio; cómo los hijos de los persas, susianos y gedrosios

religiones, y la celebraba simbólicamente en aquel festín de los nueve mil que siguió a la escena de reconciliación en Opis, que claramente intentaba ser la gran consagración sacramental para el destino de Asia. Alrededor de él estaban sentados los macedonios (y según parece, no los que salían para volver a su patria, sino los que se quedaban), y sólo después los persas, pero luego también los personajes más relevantes de las demás naciones; de la misma ánfora ofrecían, él y los demás, las mismas ofrendas, iniciando el acto sagrado los grandes mantis helenos (sobre todo, seguramente, el gran Aristandro), rezando el mismo por el bien y la concordia y comunidad del Imperio para helenos y persas.[41] También esto era algo que llevaba marcado su signo, claramente legible para los pueblos de mil lenguas diferentes, que se extendían desde el mar Adriático hasta el Indo.

A Alejandro siguen los diadocos. Éstos colonizan sistemáticamente; no quieren seguir conquistando hacia tierras lejanas, sino que intentan simplemente reforzarse en sus territorios, y también emplean para la colonización, esencialmente, colonos voluntarios. Lo más im-

recitan ahora tragedias de Sófocles y Bactra y el Cáucaso veneran los dioses de los helenos. Más dichosos fueron los vencidos que los que habían quedado libres, porque los había *obligado* al bienestar. Dice que él no dio a los orientales trato inferior al de los griegos, pues había creído ser un enviado de los dioses como unificador y reconciliador de ambos pueblos, nivelando e igualando sus costumbres y modo de vivir, mezclando las sangres por matrimonios entre ambos y obligando a todos a considerar al mundo como su patria; al campamento, como su acrópolis; a los buenos, como sus deudos, y a los malos, como bárbaros. Su propio traje fue una mezcla de estilos macedonio y persa; si hubiera vivido más tiempo hubiera hecho de toda la humanidad un solo pueblo, con una sola ley y un solo derecho. Así se quedó sin sol aquella parte de la Tierra que no le vio.

41. Arriano, VII, 11, 8.

portante logrado a este respecto es lo que hicieron los Seléucidas, sobre todo Seleuco I, que dícese fundó, en total, setenta y siete ciudades, entre ellas dieciséis con el nombre de Antioquía en recuerdo de su padre, cinco con el de Laodicea (por su madre Laodica), nueve Seleucias, tres Apameas y una Estratonicea (por sus dos esposas Apame y Estratónica).[42] En honor de ciudades y países de Grecia y Macedonia había designado a Berea, Edesa, Perintos, Pela, Aquea, Anfípolis, Tegea, Calcis, Larisa, etc., algunas también en recuerdo de Alejandro (ya que honrar su nombre en estas fundaciones antes que el suyo propio era considerado como piadoso),[43] y de sus propias victorias, como Niceforión en Mesopotamia y Nicepolio en Armenia.[44] «Llenaba con ciudades las regiones más importantes de la Tierra, y convertía en habitable el desierto». Nuestra Antioquía no la edificó para que llevara una vida regalada, sino para que sirviese de punto de partida para otras ciudades; éstas ocuparon el lugar de los anteriores cuarteles de la retaguardia. Otros reyes se vanaglorian de los lugares que han destruido, a Seleuco le honra que les haya inspirado la vida... Fundaciones suyas se encuentran en Fenicia, más aún y mayores en Siria, y hasta en el Tigris y el Éufrates extendió esta labor meritoria, y sembró de ciudades el territorio hasta Persia después de haber tomado a Babilonia; ningún lugar que se prestase para la funda-

42. Hubo también la ambición de que una ciudad, en vez de por su verdadero fundador, pretendiese haber sido fundada por la dinastía que seguía en el poder. Así destruye Seleuco a Antigonia, en el Orontes, que había fundado Antígono, y construye, según Diodoro, XX, 47 (naturalmente cerca de ella), a Antioquía, a la que traslada los habitantes (lo mismo en Estrabón, XVI, p. 750).
43. Estrabón, XIII, p. 593.
44. Cita principal de estas denominaciones y de la fundación de Seleucia, en el Tigris, es Apiano, *Sir.*, 57 y s.

ción de una ciudad dejaba sin aprovechar; «helenizaba sin interrupción el país bárbaro», nos dice el antioquiense Libanio.[45]

Las más importantes de estas fundaciones de Seleuco eran Seleucia en el Tigris, y Antioquía en el Orontes. Aquélla fue poblada, no sólo con griegos, sino con macedonios y, sobre todo, con babilonios (los llamados sirios) y con judíos de diversas clases; de estos últimos hubo tantos, que una vez, en una sublevación, se llegó a matar a 50.000 de ellos. A su lado pronto quedó desierta Babilonia, cuya población en gran parte debió de haberse ido a la nueva ciudad. En tiempos de Tito tenía, junto con Ctesifonte, quizá alrededor de 60.000 habitantes, que, según su nacionalidad, eran repartidos en varios barrios. Idioma y costumbres eran por prescripción legal griegas, y un Senado de trescientos miembros, que se elegían según sus bienes e inteligencia, gobernaba, no sin tener a menudo conflictos con un partido del pueblo. Parece ser que no pocas de las celebridades científicas helenistas vivieron aquí.[46] Antioquía, además, era la llave de todo el país diadoco, capaz de tener en jaque, gracias a su situación sobre el Bajo Orontes, tanto a Babilonia y a las satrapías superiores, como a la satrapía inferior del reino seléucida, e incluso a los países de Tolomeo.[47] En esta región deliciosa había encontrado Seleuco, estando de caza, el mismo árbol en el que había sido convertida la virgen Dafné, en cuyo recuerdo llamó con este nombre al maravilloso lugar de recreo antioqueno y a su her-

45. En el *Antiochicus*, Reiske, I, p. 303. Él tenía, sin duda, las mismas fuentes de información que Diodoro, Apiano y otros.

46. Cf., sobre Seleucia, el artículo en *Pauly*, VI, p. 945 y s., de Cless.

47. Cf. Diodoro, XX, 47.

moso bosque.[48] La ciudad era una tetrapolis, que constaba de cuatro ciudades edificadas bajo cuatro reyes, y cada una de las cuales tenía sus murallas, y en poder y extensión no era inferior a Seleucia y Alejandría.

Si planteamos la cuestión de dónde vendrían (excepción hecha de los macedonios) toda esta multitud de *griegos* que poblaban estas ciudades seléucidas y las tolomeas en el mar Rojo, conviene recordar en primer lugar (como sabemos por el *Filipo,* de Isócrates), los muchos que con anterioridad habían quedado sin patria (los πλανώμενοι), y luego también explica tal movilización de gente de habla griega el hecho de que no acudían sólo de Grecia, sino también del Ponto, de Asia Menor, Italia, Sicilia, de la Pentápolis cirenaica, etc.; sobre todo, en el Oeste había bastantes ciudades griegas donde lo pasaban mal y emigraban de buena gana.

48. Un ejemplo que habla por sí mismo de la suposición o ficción de elementos griegos anteriores en las nuevas ciudades, lo ofrece la inventada prehistoria de Antioquía, en Libanio, sólo que es dudoso cuanto ha inventado éste mismo y cuanto ha reproducido de mentirosos anteriores. Según él, se habría fundado primeramente en este lugar, por los argivos, que perseguían a Io bajo las órdenes de Triptólemo, una ciudad llamada Ione; a éstos se unirían más adelante cretenses, chipriotas, eleos y heraclidas; también aparecen cerca de ellos Semíramis y Cambises; sus vecinos se distinguían de la corrupción que alrededor de ellos reinaba (νόσος, como dice Libanio, muy cortésmente para los sirios de su tiempo) por sus costumbres austeras. Naturalmente, es tan imprescindible la visita de Alejandro aquí como en Jerusalén; levantó su tienda cerca de la fuente que por orden suya fue convertida en un a modo de santuario, comparando su agua fresca y clara con el dulce jugo del seno materno, por lo que le dio el nombre de su madre. Tiene que haber decidido ya la fundación de una metrópoli, puesto que ha encontrado aquí un lugar que puede abarcar su grandiosidad; es más, incluso ha vecilado entre la inclinación por «nuestra región y el deseo por todo el resto del mundo». Seleuco, por fin, lleva allí hasta atenienses de la Antigonia destruida.

Muchos de ellos recibieron en el Este otra vez una ciudadanía. El Oriente, cuyas ciudades mayores y más poderosas hasta entonces no habían sido más que castillos reales, campamentos estables de la Corte, lugares de templos y mercados, conoció ahora las verdaderas ciudadanías; es más, en muchas regiones sólo ahora llegó a introducirse la vida urbana. Edificadas con fines políticos, estratégicos y comerciales, estas ciudades eran, por cierto, partes de Estados déspotas, organizados con miras a la conveniencia; pero aun así fueron autónomas hasta cierto punto, con consejos, elecciones populares, decisiones del pueblo, siendo divididas en files, con jurisdicción propia, derecho de acuñar moneda, llevar armas y con patriotismo y evergesia locales. Así, en Egipto, tenían una ciudadanía, aunque la capital careciera de ella, Tolemaida y probablemente aun otros lugares, y la posición de las ciudades seléucidas puede compararla Droysen con la de las ciudades imperiales alemanas,[49] y se hicieron dignas de tal trato, correspondiendo y ayudando al reino seléucida siempre que necesitaba volver a levantarse.

Desde estas ciudades se propagaba la cultura helénica sobre los países orientales, junto a un comercio muy extenso, así como su retórica, filosofía e investigación, y además de su literatura poética, y, sobre todo, su drama y sus propagadores: los artistas dionisíacos. El sistema agonal también se llevó allí, tanto como pudo trasplantarse; se habrán edificado hipódromos dondequiera que podía hacerse, e incluso se llegó a fundar una fiesta olímpica en Antioquía, que, evidentemente, intentaba sustituir de alguna manera la de Élida.[50] Lo

49. Droysen, *Hellenismus*, n.º 111, I, p. 69. Nótese, por ejemplo, cómo Arato, en el siglo II, mira por su provecho frente a los Seléucidas que luchan. Estrabón, XVI, p. 7554.
50. Libanio, p. 364; desgraciadamente no dice por qué

que no puede negarse es que en las ciudades sirias reinaba a veces una corrupción enorme.[51]

Grande era, sin embargo, la resistencia de estas fundaciones. Es cierto que ya desde dos décadas después de la muerte de Alejandro fue abandonado el país del Indo, debilitándose también la conexión del reino seléucida con las regiones bactrias y arianas, e incluso en la mitad del siglo III se levantó, en la región que enlazaba entre el Este y el Oeste, el dominio de un pueblo semibárbaro, los partos, que cortó completamente toda conexión, y Seleucia, o mejor dicho Ctesifonte, situada frente a ella en la orilla derecha del Tigris, fue hecha capital de los reyes arsácidas. A pesar de esto, se mantenían parcialmente las ciudades griegas dentro del reino del maharajá, y en Bactriana y Ariana,[52] los Arsácidas no supieron sustraerse a aquel perfume misterioso y narcótico de la cultura griega, llamándose en sus monedas posteriores filhelenos, y en su Corte fue representado Eurípides, lo que se sabe por la historia de la muerte de Craso.

Tanto mayor era la seguridad con que vencía el helenismo[53] cuanto más alto había sido el nivel cultural del pueblo respectivo. Los países del Éufrates y del Tigris estaban helenizados en su mayor parte, Siria

βασιλεύς. Además de un Seléucida, sería imaginable que fuera también un emperador romano.

51. Aten., XII, 35, según Posidonio.

52. Séneca, *Consol. adv. Helv.*, 6: «Quid sibi volant in mediis barbarorum regionibus graecae urbes? Quid inter Indos Persasque Macedonicus sermo?» Una influencia de lo heleno sobre la India (de todos modos sobre el país del Indo) puede suponerse, aun allí donde el idioma griego no se ha mantenido. Sobre ciudades helenas que se conservaron bajo los partos en Media cf. Estrabón, XI, p. 524.

53. La palabra en sí significa la imitación de costumbres, lengua, etc., griegas, por los que no eran griegos de nacimiento.

casi enteramente, sin hablar ya de Asia Menor. Esto no quiere decir que la población rural hubiera podido ser helenizada por completo en todas partes. El idioma griego era el oficial del lugar, aun para los bárbaros que vivían en las ciudades, y se enseñaba en las escuelas, pero a su lado se mantenían los antiguos idiomas nacionales. Así vemos cómo en los Hechos de los Apóstoles (XIV, II), las gentes de Listra, refiriéndose a Pablo y a Bernabé, lo hacen en lengua licaonia. En la Cíbira de la Magna Frigia, sus habitantes, según Estrabón (XIII, 631), hablaban el pisídico, solímico, griego y lídico. Mientras que los judíos, en muchas regiones fuera de su patria, habían olvidado el hebreo, suponiéndose por el hecho de que sus escrituras sagradas y rituales tuviesen que conservarlas en griego, en cambio, en Siria se dio el caso curioso de que en la Era cristiana volvió a resurgir el sirio, en ciudades que habían estado completamente helenizadas, como idioma literario de mucha fuerza vital, considerándolo los hierarcas de allí como el preferido para hablar y escribir en él:[54] al contrario que los santos de Asia Menor, tales como Basilio, Gregorio Nazianceno y otros, quienes no tuvieron a bien el levantar al nivel de idioma clericoliterario el capadocio e idiomas similares.

Que el griego se haya hablado *bien* en este Oriente no puede esperarse. Los bárbaros, que fueron inducidos al helenismo, no podían llegar a una pronunciación correcta, como a su vez los helenos tampoco podían hacerlo en los idiomas asiáticos. Pero ya se quejaban

54. Según Renan, *Marc-Aurèle*, p. 442, fue el gnóstico semicristiano Bardesanes (cerca de 200 d. J. C.) el que primero se encargó de los trabajos necesarios «pour assouplir l'idiome araméen à l'expression d'idées philosophiques». Además, redactó (después de que la poesía siria no había tenido más que el paralelismo semita) 150 himnos, parte de ellos en un ritmo imitación del de los griegos.

entonces hasta en el Ática de que, debido al tráfico con macedonios, muchos se «macedonizaban» en el hablar.[55]

Pero para volver sobre el tema de las fundaciones de ciudades hay que mencionar que los diadocos se permitían hacer fundaciones, refundaciones y cambiar los nombres de ciudades ya existentes, hasta en la parte oeste de Asia Menor, helenizada desde hacía mucho tiempo, y también en Grecia misma. En estos actos se acudía evidentemente a la fuerza, aun en casos en que se procedía con buena intención, repartiendo la población por diversos lugares según miras políticas, militares y económicas, suavizando tal vez la violencia con promesas de un terreno mayor y mejor que el antiguo. Precedentes para sinoiquismos los había bastantes en Grecia.[56] Así, Antígono y Lisímaco hacen resurgir a Esmirna, que desde la conquista por los lidios sólo ha sido poblada en forma de aldea durante cuatrocientos años, y hacen de ella la más hermosa de las ciudades de la región,[57] y el último asiento a los escépticos y quebrenios junto con otros en Antigonea (la que más tarde se llamará Alejandría Tróada). Dichas poblaciones ya se habían odiado antes siendo vecinas, y como ocurriría a menudo entre tales gentes reunidas a la fuerza, siguieron probablemente riñendo sin cesar, por lo que se explica que los escépticos más tarde obtuviesen de Lisímaco la orden para volver a su antigua Escepsis.[58] También el hijo de Antígono, Demetrio Poliorcetes, funda a orillas del mar, entre Nelia y Pagasea, la im-

55. Estrabón, XIV, p. 662; Aten., III, 94. Una obra del gramático alejandrino Seleuco, *Peri Hellenismou*, en por lo menos cinco tomos, cita en Aten., IX, 57.

56. Cf. tomo I, p. 88 y s., 249, 438 y s., y sobre las mezclas en Sicilia, en este tomo, p. 10 y s.

57. Estrabón, XIV, p. 646.

58. *Cf. Koldewey, Neandria, Berliner Winckelmanns-progr.*, 1891.

portante fortaleza Demetríada, mediante un sinoiquismo de ocho ciudades de los alrededores, las que siguen existiendo como aldeas de la comarca urbana,[59] y el mismo logra persuadir a los habitantes de Sición, a los que había librado de una tropa de ocupación tolomeica, para que abandonen el barrio situado en dirección al puerto y se trasladen, en su mayor parte, a la fuerte y vasta acrópolis, cambiando el nombre de su ciudad en Demetria y celebrado en su honor, como fundador de su ciudad, sacrificios y agones anuales.[60] Lisímaco trasplanta, además, a su Nueva Ilión a los habitantes de todas las ciudades de los alrededores, las que ya habían sufrido muchos daños,[61] y lo mismo fueron llevados al nuevo Éfeso la mayor parte de los habitantes de Lebedos y de Colofón, la última de las cuales fue luego llorada por su poeta yámbico Fénix.[62] Los mismos efesos tampoco querían salirse de su ciudad anterior, construida alrededor de su templo de Artemisa, para trasladarse al lugar que se les designaba, lográndose salir de tal dilema, según dicen, acudiendo a un procedimiento jocoso, haciendo que durante una lluvia torrencial se inundase toda la ciudad, cuyas cloacas se habían obstruido previamente. A la nueva ciudad, y en honor de su esposa, la llamó oficialmente Arsinoe, aunque no logró suplantar el nombre antiguo.[63] Por último, había sido construido por él la ciudad Lisimaquia, dándole

59. Estrabón, IX, p. 436.
60. Diodoro, XX, 102.
61. Estrabón, XIII, p. 593: τὰς κύκλῳ πόλεις ἀρχαίας ἤδη κεκακωμένας (las «ciudades enfermas», diría el bernés Justinger).
62. Pausan., I, 9, 8.
63. Estrabón, XIV, p. 640. Él mismo menciona, en p. 666, un cambio de nombre, igualmente descarado, de una vieja ciudad famosa, llamando Tolomeo Filadelfo a la Patera licia, igualmente Arsinoe, y también aquí quedó en uso el nombre antiguo.

su propio nombre y en recuerdo de la ciudad cardia que había destruido.[64]

Las fundaciones de Casandro fueron también muy importantes, aunque dicho rey en otro aspecto fuera muy terrible. Sobre todo, manifestó su perspicacia por la fundación de Tesalónica, llamada así por su esposa, hija de Filipo, que tendrá importancia mientras exista Europa. Establecida en el lugar de la antigua Terma, reunía los habitantes de veintiséis poblaciones anteriores de la región de Crusis y del golfo Térmico.[65] Al sur de ella se levantaba Casandrea, en el antiguo sitio de Potidea, donde avecindó la gente de Palene y bastantes de los habitantes de Olinto que se habían salvado de la catástrofe del año 348. Como asignó a esta ciudad, llamada por su nombre, mucho terreno y de buena calidad, y como ponía toda su ambición en su progreso, tomó rápidamente un gran auge y se hizo la más importante de Macedonia,[66] aunque no pudo evitar que (cerca del 280) el terrible Apolodoro se apoderara de la tiranía con la ayuda del proletariado obrero libre y siervo. Un acto ambicioso y filantrópico, unido a una execración del odiado Alejandro fue la restauración de Tebas por Casandro.[67] Convocó aquí a los tebanos sobrevivientes, pareciéndole soberbia la ocasión para restaurar a una ciudad tan famosa mítica e históricamente, veinte años después de su destrucción, y ganarse con tal mérito una fama inmortal. Persuadió a este fin a los beocios y obtuvo asimismo la ayuda de otras ciudades, no sólo helénicas, sino también sicanas e itálicas. Los atenienses se habían encargado de levantar la mayor parte de la muralla. Curioso es que logra

64. Pausan., I, 9, 10.
65. Estrabón, VII, p. 330, frag. 21.
66. Diodoro, XIX, 52.
67. *Ibíd.*, XIX, 53 y s., y XX, 110.

convencer a los acarnanios aliados de él contra los etolios, en una asamblea popular, para que se concentren, dejando sus pequeños poblados fortificados, en algunas pocas ciudades, para poderse ayudar mutuamente en caso de asaltos repentinos de los etolios. A pesar de todo, cayó poco después una de estas ciudades así pobladas en manos de los enemigos.[68] Por último, Alexarco, otro hijo de Antípatro, construyó también, cerca del Atos, una ciudad (quizá en forma redonda) llamada Uranópolis, que tenía una circunferencia de treinta estadios.[69]

Los monarcas seléucidas concentraban en sus ciudades a los habitantes de las de Asia Menor. Así se llevó Antíoco I, él en otros aspectos tan excelente, los de Celenea a Apamea;[70] también Seleucia, cerca del Calicadnos, estaba poblada por gentes de diversas ciudades. Tales actos muchas veces se pondrían como condiciones en cambios o trueques de territorios. Poco le importaba a un sultán como Tigranes el poblar su Tigranocerta con doce ciudades helenas vaciadas por él de habitantes o de llevar la población de la región capadócica mazaea allí mismo o a Mesopotamia. Después de la conquista de Tigranocerta cada habitante volvería a su ciudad de origen como pudiese y con los medios que dispusiera.[71]

Son afectados los judíos[72] con especial intensidad por el helenismo, hasta formar un vehículo del mismo, y ya entonces se convierten en un elemento móvil cosmopolita, abandonando la agricultura y dedicándose al comercio; desde Nehemías (que muere en 432) su

68. Diodoro, XIX, 67 y s.
69. Estrabón, VII, p. 331, fr. 35.
70. Estrabón, XII, p. 578.
71. Estrabón, XI, p. 532; XII, p. 539.
72. Lo siguiente, según Hitig., *Gesch. des Volkes Israel*, p. 302 y s.

historia está hundida en profunda oscuridad durante casi cien años; sólo se sabe que Artajerjes Oco, en su expedición contra el Egipto sublevado, hace prisioneros a una parte de ellos, trasplantándolos a Hircania y Babilonia. También a la fuerza avecindaría en un principio Alejandro a judíos en Alejandría, trasladando guerreros samaritanos a la Tebaida, mientras que por medio de Perdicas asignaba a los macedonios tierras en Samaria.[73] Después de su muerte muchos judíos, debido a las revueltas en Siria, emigraron a Egipto y Fenicia; más tarde, durante las guerras de los diadocos, fueron deportados gran número de ellos a Egipto; Tolomeo Ingo les daba en Alejandría derecho de ciudadanía y los empleaba de guarnición en otras ciudades; también fueron llevados algunos a Cirene, y en Egipto hubo fuerte inmigración judía aun en el año 311.

Aquí el pueblo adoptó características griegas. Aunque igualmente odiados por griegos y egipcios, una parte de Alejandría estaba formada por judíos que tenían su propio etnarca y vivían en un barrio propio, llegando esta ciudad a ser una rival de Jerusalén. Se consideraban en todos los países de los diadocos como defensores de las ideas monárquicas; es decir, eran en todas partes partidarios del príncipe del país y no de las naciones respectivas, siendo, pues, el instrumento más fuerte de descomposición frente a toda aspiración por el mantenimiento o la restauración de las antiguas nacionalidades. Por esto les era decididamente favorable un monarca como Tolomeo Filadelfo, también sistemáticamente tolerante en otros aspectos, y se dice liberó a cien mil prisioneros de guerra judíos, pagando a sus dueños un rescate de 600 talentos. Los judíos se hicieron entonces los financieros de los Tolomeos, dedi-

73. Lo siguiente, según Hitzig, p. 326 y s.

cándose otros también a la labranza. En parte influyeron en esta política los miramientos hacia Judea, por la que Seléucidas y Tolomeos estaban en litigio.

En Egipto, los judíos olvidaron el hebreo e incluso sus sabios; pasado cierto tiempo, ya no lo comprendían. Para la inmensa mayoría de sus compatriotas, que ya habían evolucionado completamente hacia lo griego (y no para dedicarlo al rey Tolomeo), los helenistas judíos emprendieron la traducción, primero del Pentateuco y más adelante del resto de sus escrituras sagradas. Ésta, que se llamó Septuaginta y que se consideró auténtica, igual que más tarde la Vulgata, fue la fuente de donde las autoridades judías en Egipto sacaban su derecho nacional, reconociéndola también la Gerusia de Alejandría e ingresando asimismo en la biblioteca real.[74] Cabe preguntarse cómo se llevaría la estrechez de ideas hebreas con la amplia envoltura del griego; pero al cabo se adaptaron y arraigaron fuertes en ella, a pesar de que el espíritu no pudo transformarse en un nuevo sistema de conceptuación y sin que el respeto a la traducción se hubiera enfriado, sin que por ello Alejandría se convirtiese en un foco de herejes o de proselitismo. Se manifiesta aquí una diferencia curiosa en contraste con el proceder de los árabes, *que a la fuerza tienen* que leer su intraducible Alcorán en árabe, como también los judíos modernos sus escrituras hebreas.

Un enorme odio repentino manifestó Tolomeo Filopátor (221 hasta 204) contra los judíos, y sería interesante conocer el porqué de tal aversión; su intención de mandar aplastar por los elefantes a todos los que se resistían a practicar los sacrificios paganos, dícese fue desvirtuada por un milagro divino;[75] en cambio, gozaron otra vez de muchos favores bajo su sucesor

74. *Ibíd.*, 339 y s.
75. Macabeos, III, 4-6.

Filométor. Fue entonces cuando hubo generales judíos egipcios; el peripatético judío Aristóbulo (uno de los primeros que mezcla filosofemas orientales y judíos con griegos) es preceptor del hermano del rey Evérgetes II, o Fiscón, y dedica al rey su comentario alegórico sobre el Pentateuco; también obtiene permiso Onías, jefe y sacerdote de un partido judío, expulsado de Palestina por sus compatriotas, partidarios de los sirios, para edificar un templo cismático judío con los restos de otro egipcio.

En otros muchos países diadocos se encuentran judíos. Muchos de ellos probablemente acompañarían a Tolomeo Evérgetes en su expedición a Asia (246-243), fomentando sus planes de conquista por su influencia sobre los judíos de Mesopotamia; parece que también participaron en las expediciones navales de Egipto contra Asia Menor y en aguas griegas y tracias, como suministradores de armas y víveres. De todos modos, se les encuentra luego avecindados también en Asia Menor, Macedonia, Grecia y en las islas.[76] A partir de Seleuco los hubo en las ciudades nuevas, sobre todo en Antioquía, y además, en buena posición. Bajo Antíoco III *el Grande*, se da el caso que 2.000 familias judías —al juramento judío se le daba más valor que al de paganos— son trasladadas a las fortalezas sublevadas de Frigia y Lidia, saliendo, pues, del destierro sirio para entrar en el griego. Entre estas dos zonas de dispersión hubo la diferencia de que las de allá del Éufrates, aunque aún eran ciudades completamente helenizadas, mantenían contacto con el pueblo israelita de Palestina y hablaban el arameo, mientras que los judíos

76. Esto según Cless, en *Pauly*, VI, p. 208, nota, donde se expone la probabilidad de que los hermanos sirios, en Corinto, y el cambista Egias, en Sicione, citados en Plut., *Art.*, 18, y en Polimeo, VI, 5, fueran judíos.

de las ciudades helenas, sobre todo en Éfeso (igual que lo hemos visto con los judíos alejandrinos) aprendían de los griegos, con los que vivían entremezclados, su idioma y costumbres, adoptando también su filosofía, preferentemente la platónica.

Así se extendió el pueblo judío intensamente hacia el Oeste y sólo la órbita cartaginesa parece haber quedado libre de ellos, por lo menos mientras existió Cartago como Estado, probablemente porque el judío no podía mantenerse frente al cartaginés. De cuando en cuando, en las ciudades había habido sus accesos de odio contra los judíos. De uno de ellos, en Seleucia, ya hemos hablado antes (p. 217); el resto de los que no fueron muertos se salvó entonces de los atacantes sirios y griegos en la ciudad parta de Ctesifonte. Cuán grande era el odio que iba acumulándose contra ellos, lo demuestra el consejo que se daba a un Seléucida, que, en el año 134 asediaba a Jerusalén, de exterminarlos a todos, alegando que era el único pueblo que no tenía comunidad con los otros y los consideraba a todos como enemigos; que sus antepasados habían sido expulsados de Egipto por leprosos; que ellos mismos se hacían una tradición de odio contra el resto del género humano, etcétera.[77]

Más adelante fueron las comunidades de judíos helenizados los focos más importantes para la propagación del cristianismo, en tanto que en sus principios tuvieran todavía carácter judeocristiano.

Respecto a las vanguardias de la helenidad en el Norte y Oeste, sus suertes y pérdidas, puede suponerse que en el Ponto hayan estado avanzando los escitas y que de las antiguas colonias de Mileto probablemente

77. Diodoro, XXXIV, fr. 1. Un trozo más largo sobre los principios de la historia judía, Moisés, etc., se encuentra, también, en XL, fr. 3.

sólo lograrían mantenerse las más fuertes. El reparto de las vidas griegas a través de todo el Oriente Cercano, más contribuiría a menguar que a aumentar sus reservas humanas, y el gran comercio de trigo con Grecia no había de quedar mucho tiempo en pie. Cierto apoyo dio durante algún tiempo el reino medio griego medio sauromático situado a ambas orillas del Bósforo cimerio, cuya capital fue Panticapeón (Kertch). De aquí fueron alejados los escitas mediante el pago de un tributo módico, y los piratas fueron acometidos con éxito; también pudo suministrarse a Atenas desde aquí, durante el siglo IV, gran cantidad de cereales, por lo que a un rey, llamado Leucón, perteneciente a la dinastía de los Espartócidas, le fue hecho el obsequio, junto con sus hijos, del derecho de ciudadanía ateniense.[78] Cerca del año 310 sale victorioso, en una guerra civil entre los tres hijos de Parisades, el usurpador Eumelo,[79] quien extermina la familia de sus hermanos y, hasta que se hace dueño absoluto, comete toda clase de atrocidades, tales, que parece como si se tratase de un tirano al estilo de Agatocles; pero después gobierna con moderación digna de elogio, sujetándose a las leyes, confirmando a los ciudadanos de Panticapeón sus antiguos derechos y otorgándoles exención de contribuciones; admite en su reino, de una ciudad amenazada por el rey Lisímaco, mil ciudadanos; domina a los piratas, y hubiera sometido a todos los pueblos del Ponto si hubiese dispuesto de más tiempo para gobernar. Si nos enteramos de que en sus pendencias con sus hermanos, además de los mercenarios griegos, que aun aquí eran inevitables, bastaba una señal para que tuviera a disposición 20.000 escitas de a

78. Cf. Grotefend, en *Pauly*, I, p. 1158.
79. Diodoro, XX, 22 y s.

pie y 10.000 jinetes, así como 42.000 tracios, nos daremos colonias de Mileto se hayan extinguido sin que nosotros nos enteremos siquiera de ello. Estos pueblos probablemente se hacían repentinamente más guerreros y ávidos de botín de lo que antes habían sido. Cuán peligrosa podía ser en tiempos posteriores la vida de una comunidad urbana en el Ponto lo demuestra la decisión popular conservada en una inscripción (procedente del siglo II o III a. de J. C.) de Olbia en honor de un magistrado, Protógenes, que hizo aquí una espléndida evergesia.[80] Según ella, un rey de los saios, que poblaban la región entre el Don y el Dniéper, Setafarnes, exige tributos una y otra vez de la población helena; bajo su protección hay también otra población mixta helenoescita; los escitas, tisamatas y saudaratas de la orilla oeste del Dniéper, que a su vez están perseguidos por los gálatas y sus aliados los esciros, solicitan de nuevo que se les deje refugiarse tras las murallas de Olbia, lo que decide a muchos de sus vecinos a emigrar. Por lo demás, la caja de la ciudad está vacía constantemente y depende de los subsidios del rico Protógenes. Bajo peligros interminables, y a pesar de haber sido conquistada varias veces dicha ciudad, se ha conservado en medio del tumulto de los bárbaros hasta la Era imperial, de cuya época tenemos una descripción suya debida a la pluma de Dío.

Apenas se sabe nada sobre el tiempo que hayan podido ser conservadas la lengua y cultura griegas en las colonizaciones, directas o indirectas, de los focenses en la parte Oeste del Mediterráneo; sin embargo, sabemos de algo que nos pone muchas cosas en claro. El principio de la segunda guerra púnica se relaciona con el hecho de que los romanos, como protectores de

80. *Corpus Inscr. Graec.*, 2058.

los helenos, concluyeron una alianza con Sagunto (Zacintos) y Ampurias, prohibiendo a Asdrúbal pasar más allá del Ebro. Los griegos del Ródano, sobre todo los de Masilia, fueron a su vez latinizados, después de cuenta de que en aquella región muchas de las antiguas ejercer con su cultura la influencia más enorme sobre los celtas de Galia; pero esto no supuso un cambio muy grande, ya que la cultura romana misma se había helenizado completamente, de tal modo, que lo latino era la capa bajo la cual podía sobrevivir el carácter auténticamente griego.

En Italia ocurrió algo parecido. Las polis griegas se hundían cada vez más, y Crotona y Megaponto estaban arruinadas, ésta por Agatocles y Cleónimo y aquélla por tiranos propios; pero Roma, que ya en Séntium (295) había protegido a Italia contra los bárbaros, empezó a salvar a los helenos, aun antes de llegar Pirro. Si bien es verdad que había abandonado a los lucanos las ciudades griegas con todo su territorio, por haber aquéllos tenido a raya a Tarento durante la guerra samnita; pero cuando estas tribus se metieron en tales ciudades una por una y vergonzosamente, no encontraron resistencia en Tarento, donde se planeaba una alianza de los itálicos contra Roma. Ésta se encargó de proteger a la amenazada Turios (282), y ahora otras ciudades pequeñas y no dorias vieron cómo los romanos eran su salvación, quedando guarniciones romanas en Locres, Crotona y Regio. La guerra de Tarento y la intervención de Pirro, que siguieron a aquellos acontecimientos, tenían como consecuencia el que Tarento y las ciudades griegas de Italia Meridional, que no estaban todavía desiertas por las devastaciones romanas o epirotas, quedaran bajo la tutela romana.[81] Si bien puede dudarse que Siracusa y cualquier otra ciu-

81. Cf. Pausan, VI, 3, 5, cuando habla del sino de Caulona.

dad sicana mereciera aún el nombre de polis y pudiera juzgarse moralmente como tal, no puede ser puesto en duda respecto de Tarento, que se había portado como griega, aunque en el peor sentido de la palabra. Ello ya lo demuestra al unirse con los semibárbaros de la Italia Meridional contra ciudades griegas, pero más aún al asaltar a la flota romana a traición, con la grosera ofensa a la embajada romana y el curso que tomó la asamblea popular, donde se arrojaron a los brazos de Pirro echando abajo a todos los elementos prudentes de la ciudad. Todo ello prueba, pues, la enorme petulancia de tal población. Es cierto que luego tuvo que aguantar a Pirro tal como era, por miedo a la venganza de los romanos. Las quejas ciudadanas fueron, sin embargo, grandes cuando cerró sus gimnasios y salas donde solían discutir su política guerrera, y también su teatro, es decir, su asamblea popular, y cuando prohibió sus sitios, abolió sus fiestas y los dominó sin piedad, por lo que muchos se salieron de la ciudad al parecerles así la vida como una esclavitud. Que *este* modo de ver tarentino no pudo sobrevivir está claro. En los romanos, empero, se había despertado entonces la convicción de su derecho a gobernar a Italia;[82] avanzaron en seguida con sus propias colonias y fundaron (273-263) a Pesto, Cosa, Benevento y Esernia, mientras que preparaban la fundación de Brindísium, y por fin, las ciudades griegas se sostuvieron, a pesar de todo, con todas sus fuerzas, al lado de Roma durante la segunda guerra púnica, incluso hasta la misma Tarento, donde habían preferido hacerse cartagineses después de la guerra de Pirro, permaneció durante bastante tiempo unido a Roma, y es

82. Polibio, I, 6, 6, dice, hablando de la guerra de Pirro, que ellos se dirigieron primero a las demás partes de Italia, y no lucharon por ellas como por un país extraño, sino por un país propio que les pertenecía.

que la que aquí ensanchaba el territorio sometido a su poder era una Roma filhelénica.

En Sicilia, Agatocles, del que más adelante tendremos que tratar aún, había unido y salvado lo heleno de una manera espantosa, si bien sólo de modo que la isla quedaba repartida entre él y Cartago. Pero desde su muerte (289) volvió a ser aquélla presa de revoluciones, incursiones de rapiña y desafueros de mercenarios y tiranos.[83] En Mesana los mamertinos, es decir mercenarios campanos que habían sido despedidos de Siracusa, asesinaron o ahuyentaron a los hombres, quedándose con las mujeres y bienes, y emprendieron expediciones armadas hacia todas partes, incluso hasta Italia. Cuando los cartagineses se aprovecharon de esta situación asediando a Siracusa, sus gobernantes (278) pidieron ayuda a Pirro, que estaba en la Italia Meridional como protector de los helenos. Éste quedó victorioso, dominó la anarquía en todas partes (excepción hecha de Mesana) y limitó a los cartagineses al Lilibeón; pero cuando después, para saltar al África como Agatocles, tuvo que imponer mayores exigencias para sus armamentos, se le apartaron los sicanos, tomando partido por los cartagineses o por los mamertinos, así que, acosado por todos, volvió a Tarento (276). Después de varios años de anarquía, nombró por fin Siracusa (274) como estratego al excelente Hierón, que era de la familia del antiguo Gelón y que se había distinguido como oficial bajo el mando de Pirro. Los ciudadanos, ciertamente, con ello no hicieron más que confirmar una elección de los soldados, pero él luego sacrificó a los mercenarios en una batalla contra los mamertinos, para salvar al ejército cívico. Reformó en-

83. Cf. Diodoro, *Frag.* 1, XXII, sobre la situación después de Agatocles. Sobre sucesos sangrientos en Siracusa, cf., también, Polieno, V, 37.

teramente la organización guerrera con la restauración de las milicias civiles y alistamiento de nuevos mercenarios, atacando ahora en serio y con éxito a los mamertinos, hasta que éstos, divididos, pasaron los menos a los cartagineses y la mayoría a los romanos. Después de una situación confusa, hizo la paz y contrajo una alianza con los romanos, siendo luego su mejor amigo en la guerra púnica, reinando desde entonces seguro como rey en Siracusa, según dice Polibio, sin que hubiera matado, desterrado o dañado a ningún ciudadano. Que se mantuviera en el poder durante cincuenta y cuatro años sin persecuciones, evitando la envidia, parece ser con razón lo más asombroso en él.[84] Cartago, empero, que sin Roma, a la larga, se hubiera adueñado de todos modos de la isla y que ya manifestaba apetitos hacia Regio y Tarento, fue expulsada ahora completamente de allí, y Sicilia Occidental fue la primera provincia romana. El que su mitad oriental fuese unida a la Sicilia romana, lo debió a la política desacertada del nieto de Hierón, Hierónimo, que se dejó engañar por Cartago con la promesa de ésta de darle el dominio sobre toda la isla. Cuando, en 214, Marco Claudio Marcelo apareció delante de Siracusa, las cosas habían llegado a tal punto, que la ciudad se hubiese entregado en seguida de muy buena gana si no lo hubieran impedido los tiranos que surgieron entre los mercenarios y los desertores romanos, tras el asesinato de Hierónimo, matando a los ciudadanos de más prestigio. La ciudad cayó (212), y dos años después también la de Acragas, que había sido convertida en púnica, vino a ser la Agrigéntum romana. Es natural que después de esto el dominio romano no fuera precisamente amistoso. El

84. Las citas principales sobre él, Polibio, véase I, 16, y VII, 8.

precio por el que fue salvada Sicilia de la tribu de Cam, fue el de rebajarla al nivel de una gran plantación, y ya en el siglo II a. de J. C. tuvo que pasar por los más terribles motines de esclavos. También cedió con el tiempo el griego al latino, pero aun así fue salvado por lo menos una última chispa del espíritu heleno.

Sicilia había sido el país de los tiranos κατ' ἐξοχήν. El toro de bronce de Fálaris, del cual se contaba en tiempos de Diodoro que se hallaba situado en la altura del Ecnomos, habiéndole dado su nombre (monte de la violencia),[85] es el verdadero símbolo viejo para su historia, con las terribles violencias y los horrorosos sacrificios de griegos por griegos.

Después de pasar brevemente revista al aumento y mengua del elemento griego en los distintos países, dediquémonos a tratar de los sucesores de Alejandro. Si a la noticia de su muerte, Demades, en Atenas, comparara al ejército macedonio con un cíclope privado de su único ojo,[86] pronto había de demostrarse que este cíclope había tenido muchísimos, porque a cada compañero de Alejandro se le hubiera tomado por un rey. Cuidadosamente seleccionados por Filipo y Alejandro, eran todos ellos hermosos, poderosos[87] y educados espiritualmente en un carácter verdaderamente principesco, como si no fueran escogidos de un solo pueblo sino de todo el mundo.[88] En su mayoría procedían de la alta aristocracia macedonia, no obstante decirse que Lisímaco era hijo de un penesto tesálico del séquito de

85. Diodoro, XIX, 108.
86. Plut., *Galba*.
87. Recuérdese, por ejemplo, el tipo que tienen las cabezas de diadocos en el Museo Borbónico y en las monedas. Según Eliano, *V. H.*, XII, 39, entró, por ejemplo, Perdicas en la cueva de una leona y se llevó su cría.
88. Justino, XIII, 1.

Filipo, y Tolomeo de un guerrero raso; y el no ser macedonio, sino sólo un heleno de Cardia, fue la verdadera causa de la perdición de Eumenes, el único que era leal a la familia real.[89] También solían algunos vanagloriarse de descendencia divina, y así, por ejemplo, Seleuco pretendía ser hijo de Apolo,[90] y todos los Seléucidas tenían la imagen de un ancla en el muslo, por haber dejado aquel dios una sortija en el lecho de su madre Laodica, con la imagen grabada de un ancla;[91] de Lisímaco se supone se atribuía ser descendiente de Dionisos, y a ambos los agüeros les profetizaron su futura dominación.[92] De Tolomeo, en cambio, se creía era hijo de Filipo, que habría casado a Lago con Arsinoe, quien estaba embarazada de él, y, en efecto, se exponen rasgos suyos que indican que al menos él se tenía por pariente de Alejandro.[93] Algunos de sus personajes atraen nuestro más vivo interés; ¡qué hombre más extraordinario es, por ejemplo, Antígono! Él y su hijo Demetrio serán las personas más sobresalientes, Seleuco el más noble y Tolomeo el más capacitado como monarca,[94] mientras que Casandro se nos presenta como el más siniestro,

89. Diodoro, XVIII, *passim.*
90. Justino, XV, 4.
91. Cf. Westermann, en *Pauly,* IV, p. 1303, nota.
92. Apiano, *Sir.,* 56, 64.
93. Según Pausan., I, 6, 2, se distingue entre todos los heteros cuando se trata de salvar a Alejandro del peligro, en el país de los oxidracos. Después de haberse instalado, sin miramiento ninguno, en Egipto, persuade a aquellos que estaban encargados de llevar el cadáver de Alejandro a la Egea macedónica, se lo entreguen a él y manda sepultarle primero en Menfis, al estilo macedonio; sólo Filadelfo, más tarde, le lleva a Alejandría para ser sepultado allí. ¿No sería esto un indicio de que haya hecho valer sus derechos como hermano?
94. En Diodoro, *passim,* y sobre todo en XIX, 86, es también el más humano y benévolo. Muy importante era también como historiador de Alejandro.

causante de la perdición de Olimpia y ordenador del asesinato de Roxana y su hijo, para que no existiera ya heredero del reino, mientras que del asesinato de Heracles, hijo de Alejandro, se encarga Polispercón. Entre los contemporáneos aparecen como figuras paralelas a Demetrio, el rey Pirro, y a Casandro, Agatocles de Siracusa. Todos ellos son hombres de los que raramente se encuentran a través de la Historia, y casi podría decirse que era aquélla una edad propicia para grandes figuras.

Causa una impresión rara ver citadas en las obras de Diodoro, al lado de esa gente, los sencillos y homogéneos cónsules romanos. En un diadoco, sobre todo mientras duran las guerras de sucesión, todo depende decisivamente de habilidad, grandeza, audacia e infamia personales, y sólo sin tal mácula se presenta Eumenes, aislado y con una nobleza singular, a quien Antigono dejaría perecer después que los argiraspidos le hubieron entregado.[95] Extraordinaria es, entre otras cosas, la fuerza vital de los diadocos, pues Lisímaco y Seleuco conservaban aún el vigor insaciable propio de la juventud cuando se combatieron, siendo así que aquél tenía setenta y cuatro años y éste setenta y siete, y cuando había caído Lisímaco, se vanagloriaba Seleuco de ser el único que había quedado de toda la plana mayor de Alejandro, diciendo que esto ya no era obra de hombres, sino un obsequio de los dioses; también Antígono encontró la muerte en una batalla a la edad de ochenta y un años.[96]

En la primera generación se trata aún de generales que se convierten en príncipes, mientras en la siguiente son déspotas orientales que en parte tienen (por ejem-

95. Justino, XIV, 1-4.
96. *Ibíd.*, XVII, 1, s. Sobre el tamaño gigantesco y el peso del Antígono octogenario, cf. Plut., *Demetr.*, 19.

plo, Antíoco I, Tolomeo Filadelfo y Evérgetes) dotes excelentes, pero ya van contaminados con todos los inconvenientes de un poder que carece de toda garantía y sólo puede mantenerse mediante una política sin escrúpulos. De todos modos, esta generación todavía posee la particularidad de hacer lo terrible sólo porque, o cuando, es oportuno; mas, después del siglo II, aun en esto se produce un rápido declive. Lo curioso y característico es que hasta los personajes más desacreditados, con todo su sultanismo y sus burlas, no aparecen orientalizados; aun los peores Tolomeos y Seléucidas (un Antíoco Epífanes y otros peores aún) son griegos degenerados, no orientales depravados, y bien se distinguen si se les compara con los reyes del Ponto, Armenia y Capadocia. Hasta los últimos diadocos crean con todas sus fuerzas un ambiente griego, e incluso la terrible Cleopatra de Siria (cerca del 140) mandaba a sus hijos a Atenas y a Cícico para que los educasen;[97] y el hecho de que, después de Alejandro, los príncipes no se casaran con mujeres orientales, sino con diadocas, probablemente será la razón principal de este fenómeno.

Entre los primeros diadocos, merece una atención especial Demetrio Poliocetes. Este hombre, dotado de un maravilloso talento, representa un tipo de gran perfección, como se da en otros casos de la Antigüedad

97. Apiano, *Sir.*, 68. También tienen características griegas ciertas actividades diletantes de estos príncipes, por ejemplo, Atalo Filométor cultivaba en su palacio toda clase de plantas venenosas (cuyo paralelo es que los reyes partos afilaban y aguzaban sus proyectiles personalmente). De Demetrio se dice acto seguido que no gastaba sus aptitudes técnicas en pasatiempos inútiles, como otros reyes, que tocaban la flauta, pintaban o ejercían la toreutica, sino que en él hasta lo banáusico fue real, relacionándose con la construcción de naves y máquinas de guerra. Plut., *Demetri.*, 20.

(desde Alcibíades hasta Antonio); es heroico, y al mismo tiempo representa el héroe como un actor. Lo que a él y a sus iguales les distingue de los modernos es que, con su don de enloquecer a la gente, pretenden inculcar en otros la fantasía, a la vez que ellos mismos son, en parte, influidos por su ánimo inclinado a fantasear. Su mismo físico era ya majestuoso y de una belleza singular, que recordaba a los héroes, así que los extraños corren hacia él en todas partes para verle. No hace, en su majestuosidad, ninguna distinción entre las masas, a las que desprecia, y los poderosos, y al mismo tiempo que puede hacerse temible para sus acompañantes, también sabe ser agradable y ganarse con su trato las simpatías de la gente; lo mismo se entrega al gozo que se consagra enteramente a la actividad, así que en las guerras parece ser fuerte, sobrio, adelantándose a todos, mientras que en tiempos tranquilos se entrega de lleno a las orgías, apeteciendo, según dicen, aquella vida que, según los conceptos míticos de la gente, estaba en auge en los tiempos de Dionisos.[98] Con su padre, el áspero y orgulloso Antígono, del que Plutarco, sin embargo, relata algunos rasgos nobles[99] (aunque siempre recaerá sobre él la culpa de la perdición de Eumenes y del asesinato de una hermana de Alejandro), mantiene las mejores relaciones, y tiene ocasión de evitar una necedad fatal de

98. Plut., *Demetr.*, 2; Diodoro, xx, 92. Según Eliano, *V. H.*, ix, 9, se teñía el cabello y se pintaba el rostro. En cuanto a su lujo, cf. Aten., ix, 9. Sobre su respeto al arte con ocasión del Ialiso, de Protógenes, cf. tomo iii, p. 55.

99. Plut., *Apophth. Reg. s. v. Antig.*, 3 y 8. Cuando se le habla de que en sus últimos años iba incrementándose en él la clemencia, dice: «Antes necesitaba el poder, ahora el pretigio y las simpatías». Cuando alguien manifiesta que en los reyes todo es hermoso y justo, contesta: «Sí, para reyes bárbaros; pero para nosotros sólo lo hermoso es hermoso, y lo justo, justo».

él.[100] Como tenía catorce años cuando murió Alejandro (del que se acordaba, sin duda, muy bien) y se crió en el campamento, pudo tomar parte desde un principio en su odisea, continuándola aun después de muerto ese rey, llegando este hombre, que continuamente andaba en busca de nuevos reinos, a tener las aventuras más grandiosas del mundo. Después de haber desempeñado su primer mando en la guerra contra Eumenes (317), le cede Antígono (313), amenazado por la gran alianza de los demás diadocos contra él, el mando en Siria contra Tolomeo. Es curioso cómo Diodoro (XIX, 81) lo presenta de tal manera ya en esta ocasión, que se ve su intención de hacer que, no sólo su ejército, al que antes de la batalla de Gaza (312) reúne en una asamblea, sino incluso el lector tomen parte en favor del espléndido héroe juvenil. No obstante, son vencidos sus guerreros que, como auténticos jugadores de azar, prefieren probar suerte con un joven jefe y no desgastado que con un caudillo viejo, arrastrándole en su huida, a pesar de sus ruegos; pero luego sabe rechazar al ejército de Tolomeo fuera de Siria, y el padre expresa una alegría especial por el hijo que había logrado salir con sus propios recursos de una situación apurada, y le considera digno de reinar como rey.[101]

Aunque luego no logra la conquista de Babilonia frente a Seleuco, en cambio toma Halicarnaso a Tolomeo, así como otras ciudades de Asia Menor, y, por fin, emprende desde Éfeso su famosa expedición para

100. Antígono, debido a un sueño que había tenido, creía deber matar a Mitrídates, que se había criado con su hijo; pero éste avisó al amigo, que huyó, y así fue fundador de la familia real Póntica.

101. Diodoro, XIX, 93, *ibíd.*, 100. Lo critica Antígono por el convenio concluido con los nabateos, pero se consuela con la esperada ganancia de asfalto del mar Muerto.

librar de la tiranía de Casandro a Grecia propiamente dicha, por la cual, al igual que su padre, manifiesta un idealismo particular. Toma los puertos de Atenas y de Megara y entra en la misma Atenas. Probablemente en el mundo contemporáneo carecería de efecto el saber con qué lujo de fantasía celebraron los atenienses a su libertador. Pero a su propia fantasía le gustó realmente toda aquella farsa, al ser celebrado como una deidad conservadora de Atenas, siéndole altamente agradable que la ciudad le dedicara su culto, su mito y sus placeres, sin contar con que la estancia en ella le proporcionaba un recreo en su eterna vida de campamento, sacándole de la monotonía de las caras asiáticas entre las que había vivido tantos años. Además que él y Antígono eran los que con más empeño deseaban que las ciudades de Grecia estuvieran voluntaria y amistosamente en continua relación de amistad con ellos, por darse cuenta (sobre todo su padre) de que para dominar el Este eran realmente imprescindibles los auténticos helenos y su espíritu, mientras que mantener un verdadero dominio sobre ellos mismos era empresa que sólo podría realizarse con grandes sacrificios.

Un año después (306) logra quitar a Tolomeo el dominio de Chipre. La descripción de su enorme valentía en la batalla naval contra aquél,[102] cuando estando en pie en la popa de su heptera arroja sus lanzas en el tumulto más fuerte de la lucha e intercepta los proyectiles con su escudo, es digna del relato homérico. Antígono y él se titulan ahora reyes, abandonando aquél la dirección de todas las empresas guerreras a su afortunado hijo, al que perdona sus orgías, no sin hacer algunos chistes graciosos sobre ellas.[103] Lo

102. Diodoro, xx, 52.
103. Plut., *Demetr.*, 19.

cierto es que Demetrio lo justifica en extremo; mientras que desde sus años de adolescencia está casado con Fila, la hija de Antípatro toma, además de ésta, por esposa, en Atenas, a Eurídice, viuda de Ofelas de Cirene, al que asesinó Agatocles, entregándose constantemente y con preferencia a una vida de crápula con heteras, llegando a estar dominado completamente en aquella época por la famosa flautista Lamia, a la que capturó en Chipre, y aunque de mucha más edad que él, no cabe duda que fue su amante.[104] Todo esto, sin embargo, no le impide llevar a cabo las más grandes empresas. Su especialidad son sus enormes naves, y asombra a todos sus enemigos con el uso de las máquinas de asediar (ἑλέπολις.). A pesar de ellas, no puede ocupar a Rodas, en el famoso asedio de los años 305-304,[105] pero conquista, en cambio, a Calcis, en una campaña victoriosa contra Casandro, así como otros lugares, entrando por segunda vez en Atenas, liberada en esta campaña, y entregándose de nuevo completamente a las adulaciones de los atenienses, que le dan ahora el título de caudillo de toda la Grecia (ἡγεμών), le dejan habitar en su Partenón, le consagran sus grandes Eulisinias, etc., mientras que el gran aventurero parece tomarlo todo en serio, lo que no impide que al mismo tiempo lleve una vida más desordenada que nunca.

104. De cómo las demás heteras se burlaban de la edad de Lamia, cf. Plut., *Demetr.*, 27.

105. Según *ibíd.*, 20, y *Apophth. Reg.*, *s. v. Demetr.*, por convenio con los rodenses, dejó abandonada allí su helépolis, como recuerdo de su grandeza guerrera y del valor de ellos. Lo más probable es que no fuera capaz de moverla de allí, porque, si es verdad que la helépolis, en dos meses hacía tan sólo un recorrido de dos estadios (Plut., *Demetr.*, 40), esta máquina, inventada por Demetrio, es una verdadera ironía contra éste su inventor, «tan rápido como el rayo».

Al enterarse de la cuádruple alianza de Casandro, Lisímaco, Tolomeo y Seleuco, vuelve a Asia, y aquí pierde, después de victorias iniciales, la batalla de Ipsos (301), por pretender perseguir una ventaja con ciego empeño. Mientras que los reyes victoriosos se reparten los países del Antígono caído, intenta volver a Atenas, como fugitivo, a través de Éfeso, cuya Artemisión no destruye. Pero en aquélla domina más la inconstancia y el afán de sensaciones siempre nuevas que la gratitud hacia el «libertador», que, además, en su última estancia les hizo pagar una fuerte contribución; los atenienses le despiden, pues, con vil ingratitud, y sólo cuando, en sus luchas contra Lisímaco, vuelve a adquirir en su vida aventurera cierto aumento de poder, ganando la amistad de Seleuco, a quien da su hija Estratónica en matrimonio, es cuando puede volver a liberarla, esta vez del tirano Lacares, que, mientras tanto, había usurpado el poder, conquistándola por el hambre. Se presenta rodeado de soldados, con los modales de un actor trágico, reprende a los atenienses ligera y amablemente, les regala trigo y nombra funcionarios a la gente más popular, pero al mismo tiempo hace que se le dé el Pireo y Muniquia por medio de decreto, y ocupa, además, el Museo (294).

Hubiera tomado también ahora Esparta, si no le hubiesen llegado noticias de que Lisímaco se apoderaba de sus ciudades tracias y de que Tolomeo había asaltado a Chipre, donde en la sitiada Salamina se encontraban su esposa y algunos de sus hijos. Pero ahora da Demetrio la impresión de dar desazonadas vueltas como en una pesadilla, porque al mismo tiempo se le presenta la perspectiva de apoderarse de Macedonia, donde después de la muerte de Casandro (297), uno de sus hijos ha asesinado a su madre Tesalónica, mientras que el otro, Alejandro, pide su apoyo y el de Pirro contra el matricida. Como Pirro de Epiro llega primero y se apo-

dera por de pronto de un gran trozo de Macedonia para sí mismo, este Alejandro, al presentarse también Demetrio, quiere hacerle comprender que ya no hacía falta y le acompaña hasta Larisa en su salida del país, persiguiéndose mutuamente con atentados contra sus vidas. El final es que el joven príncipe es muerto con todo su séquito, siéndole entonces fácil a Demetrio inducir a los macedonios para que abandonen el otro hijo de Casandro, el matricida, y le proclamen a él mismo rey; como tal es aceptado, pues en Macedonia tiene al mismo tiempo consigo a un hijo adulto, apto para la sucesión, habido con Fila, la hermana de Ca sandro.

Primero conquista, pues, a Tesalia y Beocia, que Esparta había instigado a sublevarse contra él. Aquí ejerce la mayor clemencia, persuadiendo, por ejemplo, a uno de los jefes rebeldes capturados, a ser razonable y nombrándole polemarca de su ciudad natal, Tespia, y con motivo de otra disidencia de Tebas, ocurrida tan pronto como había vuelto la espalda,[106] se contenta con trece condenas a muerte y algunos destierros, no haciendo nada a los restantes. Pero ahora tiene que enfrentarse con los etolios y su aliado el epirota Pirro, que había sido su cuñado cuando, durante su segunda estancia en Atenas, contrajo su tercer matrimonio dinástico con Deidamia (que había fallecido entre tanto). Mientras Demetrio devasta el Epiro y se casa, en cuartas nupcias, con Lanasa (hija de Agatocles de Siracusa y dueña de Cercira), que antes había estado casada con Pirro, con quien había reñido, éste vence a sus tropas en Etolia, y es ahora cuando empieza a decrecer su reputación, ya que los macedonios, que aún seguían en

106. Esto ocurrió cuando los getas cogieron posiciones a Lísimaco, porque esperaba en aquel momento poderse apoderar de Tracia.

sus juicios por el antiguo concepto heroico de la temeridad individual, encuentran ésta personificada en Pirro, mientras que la ruda altanería de Alejandro, reflejada en los demás diadocos y especialmente en Demetrio, les parece sólo como una imitación al estilo teatral; y es cierto que el Demetrio de entonces constantemente parece rodeado por lo que el griego llama τραγωδία (solemnidad teatral), su traje es de púrpura y oro hasta los mismos zapatos, y en su clámide lleva entretejido el sistema celeste; empieza también a entregarse de nuevo a las orgías, se hace inaccesible y antipático y hace sentir a los macedonios, por ejemplo, al tirar desde el puente Axios al río un montón de peticiones sin leerlas que sus detalles le aburrían y que dependían más de un capricho insolente que de un gobierno real. Pero si bien llega a entenderse con Pirro durante cierto tiempo, después de luchas de suerte alterna, cuando se dispone con 110.000 hombres y 500 barcos a reconquistar todo el vasto Imperio de su padre, es cuando se produce una alianza de los demás contra él y se derrumba su dominio por completo. Ya en su primer encuentro con Lisímaco ve con asombro cómo sus tropas amenazan con pasarse a aquél, y cuando cree que al menos los macedonios le preferirían frente al extranjero Pirro, se equivoca totalmente, porque aquéllos consideran al que sea más poderoso en las armas como el más digno de ser rey, y le mandan a decir, cuando los dos ejércitos acampan frente a frente, que se salvara huyendo, ya que estaban hartos de guerrear, para que pudiera seguir divirtiéndose en orgías. Entonces cambia, en la tienda de campaña, su lujosa y teatral clámide por otra modesta y oscura, huyendo secretamente (287), después de un reinado de siete años, mientras que Lisímaco y Pirro se reparten Macedonia.

A través de Casandrea, donde Fila, su esposa, se envenena desesperada de su suerte y de los auspicios

de volver él a ser rey, aparece en Grecia, y como simple particular, frecuenta las ciudades, incluso Tebas; pronto vuelven a resurgir sus esperanzas, volviendo a adoptar una conducta de rey. Los atenienses, que en un principio vuelven a renovar su infame terquedad, llaman en su socorro a Pirro, pero él se presenta con mayor poderío, y aunque intentan apaciguarle por medio del filósofo Crates, asedia su ciudad. Va con 12.000 hombres a Asia para quitarle a Lisímaco Lidia y Caria, que efectivamente conquista, y se casa de nuevo, esta vez con una joven toiomea. Las ciudades y estrategos de Lisímaco se pasan a su lado unos tras otros, y no parece improbable hubiese podido fundar aquí un reino, de no haber vuelto a preponderar en él su antiguo espíritu aventurero, llevándole a apetecer de nuevo la adquisición de Armenia Media y demás regiones orientales (τὰ ἄνω πράγματα), donde, aun para un vencido, había muchos sitios donde refugiarse. Pero su ejército está descontento por tales proyectos en lejanas tierras, y cuando después de fuertes pérdidas llega a Tarsos, tiene que prescindir del país de Seleuco y le escribe una carta quejándose de su suerte y rogándole encarecidamente se compadezca de su pariente,[107] cuyo fatal destino podía enternecer hasta el corazón de un enemigo. Seleuco se deja influir, efectivamente, y manda a su estratego, que en aquella región tenía su mando, le trate como a un rey, pero, volviéndole a asaltar la desconfianza, avanza con un ejército hasta Cilicia, ante lo cual Demetrio, cansado ya de vagar y de huir hasta el fin de su vida, le ruega le deje al menos tomar el territorio de alguno de los pueblos bárbaros autónomos y vivir en él, y que en caso de no concedérsele esto, por lo menos le permita mantenerse durante el invierno y

107. La hija de Demetrio, Estrátonica, pronto fue cedida por Seleuco a su hijo Antíoco.

no ser expulsado a la miseria o ser presa de sus enemigos. Como aun esta invocación de la vieja hermandad de armas en el Agema no tiene éxito, Demetrio vuelve a la carga, gana algunas ventajas, y sólo una grave enfermedad le impide conseguir más victorias. Después de su restablecimiento, por poco se apodera de Seleuco, con motivo de un asalto nocturno, pero después de fallarle éste, Seleuco logra que sus tropas deserten, diciéndoles que hacía mucho tiempo que quería perdonarles de no haber sido por Demetrio, y tras una última tentativa de huida, éste tiene que entregarse incondicionalmente (285).

Tras algunas vacilaciones por parte de Seleuco, se le retiene semirrecluido en el Quersoneo sírico (es decir en la región de Aramea, a orillas del Orontes). Aquí vive custodiado Demetrio, pero bien tratado, dedicado a la caza y buenas comidas, en palacios y parques y en comunicación con sus compañeros de huida. Envía recado a su casa de que se debe ocultar toda noticia referente a él, de forma como si estuviera muerto, debiéndose entregar todos los restos de su poderío griego a su hijo Antígono. Éste llevaba luto y se ofrecía como rehén por su padre; también muchas ciudades y monarcas intercedieron en su favor, a excepción de Lisímaco, que llegó a ofrecer grandes obsequios para que se le matara; pero Seleuco le conservó para Estratónica y Antíoco, queriendo, pues, probablemente, dejar que terminase su vida con su hija y yerno. Es ahora cuando Demetrio se entrega por completo a la bebida y al juego y filosofa sobre su ambición anterior, muriendo al cabo de dos años, a la edad de cincuenta y cuatro (283). Seleuco se arrepiente de no haberle tratado con más nobleza, y manda sus cenizas, en un suntuoso convoy triunfal, a Corinto, de donde su hijo las traslada a la Demetríada tesálica, donde encuentran sepultura.

Como variación, veamos ahora al hombre que no

es oriundo del círculo de Alejandro, sino de la casa de un pobre ciudadano de Regio, que en un principio sólo tiene que ver con el dominio sobre helenos desesperados y trata a los bárbaros como enemigos o como sometidos momentáneamente, pero que representa en el más alto grado el tipo del griego tardío, terrible, claro, dispuesto a cualquier decisión: Agatocles de Siracusa. Después de un sino extraño en su niñez,[108] llega este hombre, nacido en 361, con sus padres a Siracusa, que entonces había vuelto a repoblar Timoleón, y ejerce allí en sus años de adolescencia el oficio de alfarero.[109] Más adelante, llega a ser el favorito de un rico siracusano, quien, como estratego contra Agriento, le asciende a ciliarca, distinguiéndose entonces por su pesado y gigantesco armamento, así como por su valor personal y facilidad de palabra; tras la muerte de su protector, el matrimonio con su viuda le convierte en hombre rico. Por haber sido postergado por los en aquellos tiempos

108. Diodoro, XIX, 2, cuenta cómo su padre, Carcino, quien desterrado de Regio había llegado a Terma (dominio cartaginés), fue prevenido por un oráculo contra el niño que habría de nacer, ya que para Cartago y Sicilia sería la fuente de grandes desastres. Cuando nació el niño lo abandonó, pues, por decisión popular (este abandono no se efectúa según el criterio netamente griego, sino que parece que algunas de las creencias de Moloc intervienen en él), pero la madre pudo robarle de noche a los vigilantes y lo llevó a casa de su hermano. Después de pasar siete años es presentado a su marido, quien admira su belleza y fuerza, y le revela todo; éste acepta con alegría al muchacho, pero emigra a Siracusa por temor a los cartagineses, y la madre ofrenda una imagen de piedra del muchacho (en sustitución del sacrificio humano que no ha tenido efecto) a un santuario, y en las caderas de esta imagen un enjambre de abejas construye su colmena, lo que los intérpretes de presagios declaran ser un agüero de que obtendrá gran fama.

109. Aun siendo rey, además de sus ánforas de oro y plata, las tenía siempre también de loza en su mesa.

gobernantes de la ciudad, Heráclides y Sosístrato, les acusa en balde ante el pueblo de aspirar a la tiranía, permaneciendo durante algún tiempo en las ciudades griegas de Italia como faccioso y jefe de mercenarios, apoyando por último a los reginos, amenazados por la facción Heráclides-Sosístrato. Por fin, al caer dicho régimen, puede volver. Pero los dinastas huidos encuentran fuera, además de muchos partidarios que pertenecen al partido oligarca, también la ayuda de Cartago, y aunque ahora se acredita Agatocles en las luchas que siguen, por su ingenio y su valor como soldado raso y como jefe adjunto, es expulsado de la ciudad por el corintio Acestórides, a quien Siracusa ha elegido como estratego y que no se fía de él, y si logra escapar a los asesinos que éste envía por la noche en su persecución, es sólo gracias al ardid de disfrazar a su esclavo más fuerte con sus trajes, dándole su armadura y caballo, y mientras éste es asesinado en la oscuridad, él puede salvarse, envuelto en harapos, a través de un terreno intransitable.

La paz que después se hace con Cartago no sólo lleva otra vez a Siracusa al partido de Sosístrato, sino que también Agatocles, que mientras tanto se ha creado en el centro de la isla un poderío propio con el cual se ha hecho igualmente temible a cartagineses y a siracusanos, es invitado a volver; éste se aviene a la vez a jurar a los ciudadanos, en el templo de Deméter, que no emprenderá nunca nada contra la democracia, obteniendo después, adulando a las masas, el nombramiento de estratego y «guardián de la paz», cargo que duraría el tiempo necesario hasta que «reinase realmente concordia» entre los que se habían acumulado en la ciudad. El contrapeso principal formado contra él está constituido por una comunidad integrada por partidos contrarios y enemistados entre sí, aquel Sinedrión de los Seiscientos, que, aunque no gobiernan el

Estado y formalmente no son más que una hetería, cuenta con los ciudadanos más prestigiosos y ricos.

Con el pretexto de combatir a un partido contrario que pudiera reunirse en tierra firme, se hace dar los poderes necesarios para llamar repentinamente a las armas las tropas que juzgara convenientes; éstas son, empero, además de los más pobres y envidiosos, sobre todo 3.000 hombres que no son siracusanos, pero que antes habían luchado bajo su mando en la península, y no sólo odian a los Seiscientos, sino a todo el demos de Siracusa. A éstos los cita para el amanecer en el Timoleonteón, al mismo tiempo que a los más distinguidos de los Seiscientos, pretextando un asunto importante; acuden cerca de cuarenta, a los que detiene, pretendiendo que querían atentar contra su vida; alborota a las masas, quienes le piden a voces «que no siga titubeando», manda tocar la señal de ataque y ordena sean muertos inmediatamente por sus soldados los pretendidos instigadores, siendo no sólo los bienes de éstos, sino los del resto de los Seiscientos, robados por los que están «conformes» con él. Se va extendiendo la matanza por todos los barrios y el populacho en armas no perdona ni a amigos ni a enemigos, sino que sólo mira por el botín, mientras que otros sacian en sangrientas fechorías sus odios antiguos; penetran en las casas hasta por debajo de los tejados y ni los santuarios son refugios seguros contra los asesinos; todo esto lo hacen helenos contra helenos, en su misma patria y, según dicen, en plena paz.

Así son asesinados en un solo día 4.000 siracusanos, a quien sólo se puede reprochar el que sean gente más fina (χαριέστεροι) que los demás, mientras que 6.000 logran huir (la mayor parte a Agrigento), vengándose el populacho en sus familias de una manera infame. Aún espera Agatocles un día más, pasando luego revista a los detenidos, de los cuales deja en

libertad, por antigua amistad, al más importante, Dinócrates, mientras al resto, o los mata, o los expulsa de la ciudad. Ahora reúne la Asamblea popular, acusa a los Seiscientos de oligarcas, se vanagloria de haber liberado la ciudad de los que aspiraban a su dominación, declara que da la autonomía al pueblo y que quiere, libre ya de toda pena, vivir una vida privada como los demás, cambiando a la vista de todos su traje de guerra por un corriente himatión. Pero bien sabe que las masas que han participado en todas estas matanzas no pueden elegir a ningún otro como estratego, y efectivamente, todos los que han saqueado los bienes de los inocentes claman en seguida que no los abandone, sino que se encargue de los cuidados de todo. Esto lo hace como titubeando, y sólo accede cuando vuelven a insistir, pero antes declara no querer ser responsable en la estrategia de los actos de otros, obteniendo entonces lo que le apetece: que lo elijan estratego absoluto (στρατηγὸς αὐτοκράτωρ). Desde entonces es el dueño único. Proclama la cancelación de las deudas y el reparto de tierras a los pobres, y sigue gobernando sin dureza, intentando ganarse las simpatías de la gente con clemencia y palabras suaves, y no da lugar a que se choque, evitando el aceptar diademas, rodearse de una guardia personal, llevar una vida suntuosa o hacerse inaccesible. Se preocupa con éxito par la hacienda, la organización guerrera y la construcción de buques de guerra, y conquista la mayor parte de los lugares tierra adentro. Mientras tanto, queda el partido de refugiados concentrado en Agrigento, a la que se han unido muchos ciudadanos de Gela y Mesana, pero débil, debido principalmente a la inercia e ineptitud del miserable Acrótato de Esparta, cuyos servicios ha contratado este partido, así que por fin tiene que hacer las paces con Agatocles, por mediación de Cartago, que recibe por ello Heraclea, Selinonte e Himera (313).

Pero ahora le llega a Agatocles la gran prueba como tirano. Los cartagineses, llamados por el jefe de los refugiados, Dinócrates, invaden de nuevo su territorio, y, después de vencerle en el Himera, se les unen muchas ciudades griegas; en Gela, sin embargo, se ha preocupado antes, mediante la matanza de 4.000 ciudadanos y el saqueo del lugar, de que sus enemigos no encuentren en ella un refuerzo considerable. Como ahora se le asedia en Siracusa, equipa a toda prisa, mediante confiscaciones horrorosas y matando a todos los que le son adversos, una tropa escogida de 15.000 hombres; sale con ellos del puerto, aprovechando un momento en que no hay vigilancia, y desembarca en Clupea, en África. Aquí hace conducir las naves a tierra, y anuncia, ataviado con traje de sacerdote, a su ejército que piensa consagrar los buques a Deméter y a Cora, y acto seguido hace que sean consumidas por las llamas. Con el ejército, puesto así entre la alternativa de la victoria o la muerte, derrota a los cartagineses, somete a doscientas ciudades y aldeas e invita por todas partes a los habitantes a levantarse contra Cartago; el pánico en la ciudad es tan enorme que, ante tal apuro, sacrifican a Moloc doscientos hijos de familias distinguidas, y se envían obsequios a Melcarte, en Tiro, deberes éstos que hacía mucho tiempo no se cumplían.

Mientras, también los siracusanos le mandan a Agatocles la cabeza del derrotado Amílcar, que los asediaba, y quien había sido el vencedor del Himera, Agatocles, que no se atreve a emprender un asalto directo a la ciudad de Cartago, atrae a Ofelas de Cirene (un gobernador anterior de Tolomeo, que más adelante se había declarado independiente); bajo el pretexto de querer entregarle sus territorios en África, que eran inútiles para Siracusa, le manda matar alevosamente con todos sus partidarios, persuadiendo, con amenazas y promesas, a su ejército de 10.000 hombres, para que sirva

bajo sus banderas.[110] Tiene entonces la firme esperanza de fundar un reino africano y adopta el título de rey, pero sin cambiar todavía la corona sacerdotal por la diadema real.[111] Pronto logra también la conquista de Útica, que no dejó intimidarse en su defensa por el hecho de que ordenara atar a trescientos uticenses prisioneros a sus máquinas de asedio. La ciudad, tomada, pasa por una matanza horrorosa.

Lo primero que hace ahora es una rápida visita a Sicilia con 2.000 hombres. Aunque gana aquí ventajas sobre los desterrados, que están ya en decadencia y sólo son secundados por Agrigento, no puede evitar que el partido de los refugiados bajo Dinócrates reúna 20.000 hombres aguerridos. Sin embargo, obtiene una victoria sobre una armada cartaginesa que bloquea a Siracusa, y también sus enemigos sicanos son derrotados por uno de sus generales. Con ocasión de la descripción de un convite que sigue a una de estas victorias, Diodoro (XX, 63) nos completa su imagen con unos detalles curiosos: en tales ocasiones se desprende por completo de todo carácter de tirano y se presenta como uno de los más humildes; es un farsante sicano por nacimiento (γελωτοποιός καὶ μῖμος), tal vez en el tono epicárnico, no un trágico como Dionisio; no deja de burlarse de los presentes o de imitar a uno u otro de entre ellos; hasta en las asambleas populares sigue presentándose sin guardia personal, pero esto no sólo lo hace para ser popular, sino por astucia, para sonsacar lo que desea saber a la gente, gracias a la libertad de palabra que concede; invita a algunos que en estado de embria-

110. La viuda de Ofelas, la ateniense Eurídice, de la familia de Milcíades, pudo llegar a Atenas y fue allí esposa de Demetrio. Cf. p. 243.

111. Según Eliano, *V. H.*, XI, 4, llevaba la corona de mirto porque se avergonzaba de su calvicie.

guez han hecho manifestaciones adversas a su régimen, así como a los que se consideran más capacitados, a un convite, en el que (reúne a quinientos) ordena sean rodeados por soldados escogidos, dándoles muerte a todos para que no lleven refuerzos, cuando él esté otra vez en África, al partido de Dinócrates.

Cuando con nuevas tropas vuelve a África, se encuentra con que se ha vuelto la suerte en contra suya en este teatro de guerra. Su hijo Arcágato ha sufrido derrotas y se encuentra medio bloqueado; él también pierde ahora una batalla, y después de una noche horrible, en la que tanto el ejército cartaginés como el suyo sufren las más sangrientas pérdidas por un espantoso pánico que les invade, se decide, en vista de la deserción de todos sus aliados líbicos, a embarcarse con unos pocos y salvarse poniendo rumbo a Sicilia, abandonando a su suerte al ejército y a Arcágato, de quien desconfía. El hijo, que se da cuenta de esta intención, denuncia al padre a los soldados, que le ponen en prisión, maniatado; pero luego les conmueve la compasión, le sueltan y logra huir finalmente, con lo que crece aún más la indignación de los soldados, quienes matan a Arcágato y a su hermano menor y hacen las paces con Cartago. Cierto número de ellos, que creen aún poder mantenerse en algunas ciudades y continuar las pretensiones de Agatocles, son sometidos más tarde por los cartagineses, y en parte son crucificados o vendidos como esclavos.[112]

112. Diodoro, xx, 70, reconoce en el fondo una gran culpabilidad de Agatocles sólo respecto a su amigo e invitado Ofelas; en el aniversario de su asesinato perdió su campamento y sus hijos, y eran gente de Ofelas los que mataron a sus hijos; Diodoro concluye su razonamiento así: «Conste que esto lo decimos nosotros frente a los que desprecian tales cosas».

Llegado a Sicilia, el tirano se afianza por el terrorismo más espantoso; sobre todo, porque necesita dinero (y probablemente también porque está furioso por lo de África), asesina en la ciudad aliada de Egesta a los pobres, y somete a los ricos a un tormento tan horrible, que muchos, para no caer en sus manos, prefieren quemarse vivos en sus casas; vende las muchachas y muchachos a los brutios, y da la ciudad como domicilio a desertores; él, evidentemente, sabía de antemano que, o había que dejar a los ciudadanos en paz, o se les tenía que exterminar hasta el último. Además, manda a su hermano Atandro que ejecute a los parientes de todos los que en África le habían abandonado, no permitiendo ni que les den sepultura; manda que los cadáveres se expongan en la playa y queden insepultos. Y ahora es cuando va a dar la prueba más extraña de su poder magnético: otra vez se han reunido los aristócratas alrededor de Dinócrates, que dispone de 20.000 infantes y 3.000 jinetes, pero Agatocles le desconcierta con negociaciones, hasta que, mediante una paz con Cartago, se hace con dinero y víveres; le hace luego sospechoso a los ojos de sus propios partidarios, va a su encuentro y entra en batalla con él, a pesar de ser cuatro veces más fuerte, pasándose a sus filas cuerpos enteros del ejército de Dinócrates; entonces, adelantándose, aconseja desistir de la lucha, prometiendo a todos los que depongan las armas libre salida a su patria; acto seguido hace rodear por arqueros a los cuatro o siete mil que se dejan engañar, mandando matarlos desde lejos.[113] Dinócrates,

113. En esta ocasión insinúa Diodoro (xx, 89) la negatividad de su carácter, diciendo que él buscó la fuerza menos en el verdadero poder que en la debilidad de los sometidos y que temió más a los aliados (en lo que se hubieran convertido estos prisioneros) que a los enemigos.

que ya había aspirado al poder y es su parigual, hace un contrato con él y se convierte en su ayudante.

Después que las demás ciudades griegas hubieron sucumbido a ambos,[114] Sicilia, desde entonces completamente repartida entre Cartago y Siracusa, goza de algún alivio. Pero hacia el exterior desarrolla Agatocles una actividad intensiva. Saquea las islas Lípari a fondo, aunque luego el botín se hunda en el mar, y le quita Cercira a Casandro de Macedonia, dándosela como dote (299) a su hija Lanasa, con motivo de sus esponsales con Pirro;[115] conquista a Crotona y atraviesa todo el país brutio saqueando y robando, no pudiendo saberse si pretendía de nuevo hacer la guerra a Cartago. Su fin llega cuando su nieto Arcágato (289) le hace envenenar por el esclavo Menón; entonces el anciano Agatocles, con sus setenta y dos años, bien impulsado por los dolores, o buscando un endiosamiento similar al de Heracles, se arroja a la hoguera. La confusión que siguió a su muerte, y el hecho de que tras ella fuera acogido con júbilo su yerno Pirro, demuestran que era hombre extraordinario, y que, sin un carácter como el suyo, apenas podía esperarse resolver la situación; no obstante la simpatía que autores más modernos le tributan, enfocando lo a él referente con una luz favorable, siempre estará sujeto a críticas.

114. También esto se lleva a cabo con absoluta deslealtad y quebranto de todos los juramentos. Según Polieno, v, 3, 2, les hace contar por Dinócrates (que había mandado a su ciudad a los leontinos), que él aspiraba a imitar a Dionisio y los quería salvar, como aquél a los italos, que había derrotado en el río Eloporos. Cuando le consienten entrar bajo estas condiciones, deja exterminar por sus mercenarios a todo lo que vive en la ciudad. *Ibíd.*, v, 15, se relata el perdón de Megacles de Mesana, el único rasgo politicosentimental de Agatocles.

115. Es la misma que, divorciada luego de Pirro, se casó con Demetrio. Cf. p. 245.

Un aspecto completamente particular tiene, en cambio, Pirro. En primer lugar no necesita, como Demetrio, hacerse declarar dios, porque, por sus antepasados Aquiles, Peleo y Éaco tiene, desde un principio, toda la garantía de ser de descendencia divina y heroica;[116] esto le da, entre otras particularidades, el don de curar a los hipocondríacos. Sin embargo, no tenía seguro el poder, a pesar de todos sus derechos como heredero. La situación en Epiro era todavía de una rusticidad especial, y la hegemonía de los molosos sobre las demás tribus del Epiro tan inestable como la misma monarquía molosa. Su padre Eácides, cuando Pirro sólo tenía dos años de edad, fue mezclado en el infortunio de Olimpia, parienta suya, siendo (316) destituido y desterrado por decisión del pueblo, procedimiento que, según se dice, era inaudito aun para esta dinastía molosa,[117] y mientras que Casandro ejercía todo el poder en el país, se educaba al niño en la Corte del rey taulántico de Iliria, Glauco, adonde se la había llevado cuando huía la familia.[118] Siendo aún muy joven, se le vuelve a llevar una vez a su reino, pero pronto le echan de nuevo, tomando luego parte en las últimas expediciones de Antígono, quien quedó muy satisfecho de su

116. Plutarco, *Pirr.*, I, todavía no duda de que la familia era de Neoptolemidas auténticos; por esto se veneraba a Aquiles en Epiro bajo el nombre de Aspeto; entre tanto, empero, se barbarizaron y volvieron a la obscuridad todos estos reyes molosos, de los cuales se conocen desde Neoptólemo una lista bastante extensa, hasta que desde Tarripas, el bisabuelo de Eácides, padre de Pirro, se vuelven a reintegrar a la comunidad helena, adoptando costumbres griegas, su escritura y usanzas humanísticas.

117. Diodoro, XIX, 36.

118. La huida con Pirro y el refugio que encontró en la Corte de Glaucias se relata con gran lujo de detalles en Plut., *Pirr.*, 2 y s., pero evidentemente todo ello está muy compuesto cronológicamente.

conducta; a la pregunta de quién era el mejor general, dícese que contestó: «Pirro, cuando sea mayor». Después de haber vencido en Ipsos (301), aunque en balde, con el ala que él mandaba, mantiene para Demetrio, marido de su hermana Deidamia, los escombros de su poderío en Grecia, y va luego a Alejandría como rehén suyo. Aquí empieza para él la suerte, ya que habiéndosele recomendado a Tolomeo en las cazas y el gimnasio, y a su esposa Berenice por su sobriedad en la vida, se le da en matrimonio a Antígona, hijastra del rey, prefiriéndole entre otros príncipes. Además, se le provee de naves equipadas y se le da el dinero necesario para volver al Epiro.

Allí tiene que repartirse el dominio con el pretendiente al trono, Neoptólemo, y, tras atentar contra su vida por medio del veneno, logra darle muerte en un convite ritual; entusiasma a los epirotas y consigue la unidad en el mando, haciéndose su único señor; adquiere Acarnania, Anfiloquia y Ambracia, valiéndose de la guerra fratricida de los Casándridas. Ya hemos visto (245, sig.) cómo poco a poco llega a tener disensiones con el entonces rey de Macedonia, su cuñado Demetrio, y cómo en ellas es admirado por los macedonios debido a su valor personal. Auténticamente homérico, acepta, en medio de una batalla, el reto que le hace el general de Demetrio, Pantauco, batiéndose con él y venciéndole. Pero cuando posee la mayor parte de Macedonia, gracias a haberse apartado los macedonios de la causa de Demetrio, y puede quedarse con ella, la abandona al poco tiempo a sus disturbios interiores y a Lisímaco de Tracia, regresando al Epiro. El que luego aquí no pueda mantenerse inactivo nos lo explicamos sencillamente por su temperamento. Para él, como para los héroes míticos, no tenía atractivo la permanencia en la posesión, sino la conquista en sí, pues aquélla,

como claramente lo dice Plutarco,[119] le parecía de un ocio repugnante, al no causar apuros a otros ni sufrirlos de ellos. Así, considera la estrategia como el arte específicamente real,[120] y se parece mucho a Demetrio en que constantemente tiene que medir sus fuerzas y en que le resulta fácil consolarse de una pérdida;[121] ni siquiera pidió en sus ofrendas y sacrificios la victoria a los dioses, sino sólo la salud, porque teniendo ésta consigo se lograba la victoria, y se conquistaban vastos dominios, gloria y riquezas.

A su actividad se ofrecían en el Oeste como objetivo ciudades griegas agitadas, valientes pueblos itálicos y por fin una Roma. Para esta tarea estaba dotado de cualidades que recordaban a un Alejandro; ya en Macedonia se había podido formar la opinión de que en su exterior, rapidez y movimientos se parecía a aquél, viéndose en él como una sombra de la vehemencia y poder guerrero de Alejandro; mientras que otros reyes sólo le imitaban en atavíos suntuosos, séquitos, gestos y grandes palabras, él sólo le representaba en fuerza guerrera. También era clemente con su séquito, pese a su semblante, que más bien inspiraba temor que majestuosidad; era reservado en la ira y generoso contra burlas e injurias, pero inclinado sin reserva a toda clase de favores. Tenía amigos como Cineas, un tésalo, sobre quien recaía la fama de haber oído en tiempos pasados a un Demóstenes; el que desde la expedición siciliana gente indigna ocupase el puesto de este buen consejero nos inclina a deducir que había dejado de

119. *Pirr.*, 13.
120. *Ibíd.*, 8.
121. Al modo de pensar de Cineas se le compara con el temperamento de Pirro, que le hace contraste en Dión Casio, *Fragm. Libr. Prior.*, 40, 3, y en la famosa conversación simbólica en Plut., *Pirr.*, 14, paralela a la sostenida entre Solón y Creso.

existir en aquella época. Lo que le distingue decididamente de Alejandro es el hecho de no tener ni plana mayor, ni ejército nacional como éste; pues aunque al principio le siguen milicias del Epiro y pueblos aliados macedonios y etolios, en general tiene que contentarse con mercenarios y aliados inseguros.

En su expedición itálica, en seguida trata a los tarentinos sin miramiento alguno. Pero al primer contacto con los romanos inmediatamente se revela en él el conocedor objetivo del arte militar. Ya al explorar su campamento dice, guiándose por la frase de un poeta, que aunque aquel orden fuera ideado por bárbaros no tenía nada de bárbaro, e inmediatamente después de la victoria de Heraclea (280), opina que con tales guerreros debía poderse dominar a toda Italia, y que el mundo sería suyo si fuera su general. Es el primer heleno de alta posición que descubre a Roma y la admira abiertamente, como por otro lado Roma descubre en él el primer gran heleno. Pero en balde intenta conseguir que los romanos hechos prisioneros entren a su servicio; en vano busca una paz rápida y brillante, invitando a los romanos que junto con él sometan a toda Italia; su amigo Cineas recibió como contestación que Roma no estaba dispuesta a negociar mientras él estuviera en Italia. Aunque llega hasta Preneste y ve desde su castillo a Roma en la lejanía, no puede hacer más que volver a instalarse en sus cuarteles de invierno en Tarento: la impresión de Heraclea ya está casi desvanecida, y las atenciones del rey a Roma (el permiso dado a los prisioneros para participar en las Saturnalias) no consiguen nada.[122] Es cierto que aún vence

122. La conversación con Fabricio es rechazada por Niebuhr. Pero sería lástica por la frase del romano en Plut., *Pirr.*, 20: «Si después de haber paz contigo me quedara

en Ausculum (279), pero el ejército y los aliados romanos no se descomponen, y las filas romanas siempre se llenan y se reponen de nuevo «como procedente de un manantial que ha surgido en la patria».

Estando todavía ocupado en Italia, acontece al mismo tiempo la amenaza de Sicilia por Cartago, aliada de Roma, la que bloquea a Siracusa, así como la invasión de los galos en Macedonia, en la que perece su monarca Tolomeo Cerauno. Pirro, que ve amenazado el Epiro por los galos, al mismo tiempo que fuertemente le acomete la tentación de volver a ser rey de Macedonia, se queja de la Tique por ofrecer las mejores cosas a un mismo tiempo,[123] pero, teniendo que decidirse por una de ellas, elige a Sicilia, para elevar a rey a su hijo Alejandro, nieto de Agatocles, al que tuvo con Lanasa. De todos modos, estaría contento de poder salir de Italia con un buen pretexto, después de una estancia en ella de dos años y cuatro meses.

De sus éxitos sicilianos y de su corta duración ya se habló.[124] Se presenta allí personalmente, con gran esplendor, y así en el asedio de Érix se pone su armadura completa; promete a Heracles un agón y un sacrificio si demuestra, ante los helenos que viven en Sicilia, que él es un combatiente digno de su tribu y de su poder, y escala el primero la muralla —al igual que Alejandro en la ciudad de los malas—, mata como un soldado raso a cuantos se oponen a él, y por fin celebra la victoria en una imponente fiesta, con agones de toda clase.[125] Pero, después de tres años, ante la resistencia

como el primero de tus compañeros y estrategos (a lo que le invitaba Pirro), tu gente preferiría ser mandada por mí que por ti».

123. Plut., *Pirr.*, 22.
124. Cf. p. 234.
125. Plut., *Pirr.*, 22; Diodoro, fragm. 1, XXII, 10, 3, según la cual hace competencia a Heracles.

general que se opone a todos sus planes en Sicilia, le viene muy a propósito el ruego de ir otra vez en ayuda de la Italia Meridional, muy acosada por Roma, y al volver la espalda, se hunde su reino sicano; que deja la isla como un campo de guerra ideal entre cartagineses y romanos, lo sabe y lo dice así.

Además de que su armada con el botín ha sido muy diezmada por los cartagineses durante la travesía, tiene que vencer en Locres a un ejército mamertino, y allí otra vez se llega a un duelo en medio de la batalla y, aunque herido, parte en dos a un gigantesco mamertino, que le desafiaba a acercarse si todavía tenía vida. Estando otra vez en Tarento tiene aún 23.000 hombres, pero son vagabundos griegos y bárbaros, mientras que sus valientes epirotas (que sin duda le habían seguido antes esperando un buen botín) hace mucho que habían muerto. Y después de ser derrotado en Benevento (275), no tiene más remedio que volver a Epiro antes de que le bloquee la armada cartaginesa.

En balde solicita la ayuda de los reyes de Macedonia y Siria, previniéndoles contra Roma; en el Este ya no se le teme, y Antígono Gonatas le compara entonces a un jugador que echa los dados maravillosamente, pero que no sabe aprovecharse de sus jugadas. Como aún le quedan 5.000 infantes y 500 jinetes que ha trasladado al Epiro, pero carece de dinero para alimentarlos, tiene a la fuerza que buscar otra guerra, y al unírsele los galos invade a Macedonia, saqueándola; toma varios lugares, gana 2.000 desertores para su partido y ataca al mismo Antígono. Después que los valientes galos, que éste también tenía en sus filas, han perecido, y los conductores de los elefantes se han entregado con sus animales, Pirro corre hacia la falange enemiga extendiendo el brazo derecho, llama a los estrategos y triarcas por sus nombres y consigue que todos estos infantes aban-

donen a su jefe. A Antígono en su huida no le quedan más que las ciudades del litoral, y Pirro consagra lo mejor del botín al templo de Atenea Itónica con un dístico doble por la victoria sobre los galos y sobre el rey de los macedonios, cuyo final hace resaltar que los Eácidas ahora, como desde tiempos antiguos, eran héroes en el manejo de la lanza. Pero no puede impedir que sus galos saqueen ahora las tumbas de los antiguos reyes de Macedonia en Egea,[126] y pronto intenta, ya que su dominio de ella tampoco parece tener indicios de larga duración, apoderarse del Peloponeso. Aquí se desarrolla (272), la última parte de su sino; apoya primero al espartano Cleónimo, un hombre malo, y que había fallado en su intento de hacerse rey, pero fracasa en un asalto a Esparta; al salir de Laconia cae su hijo mayor, Tolomeo, y en venganza organiza una enorme matanza, que ofrece en holocausto al muerto a modo de sacrificio sepulcral. Luego invade la llanura de Argos, mientras que Antígono se mantiene en las alturas, contestando a la invitación insolente de bajar a luchar en el combate decisivo en un tono burlón, «que a disposición de Pirro había bastantes caminos para la muerte, si le faltaba tiempo para vivir». En una lucha callejera en Argos cae, por fin, del caballo, herido por una piedra que arrojó una mujer, y un macedonio le corta la cabeza, y lo hace aun temblando y torpemente, porque el caído le ha mirado con mirada terrible. Antígono, empero, cubre, llorando, sus ojos, con su clámide, y llama a su hijo bárbaro infame cuando éste arroja la cabeza cortada a sus pies. Luego, levantándola, la cubrió con su sombrero macedonio, la unió al cuerpo de Pirro y le hizo magníficos funerales. Y cuando le fue

126. Sobre esto, más detalladamente, Diodoro, XXII, fragm. 12.

llevado prisionero Heleno, hijo de este príncipe, le entregó las cenizas de su padre en una urna de oro, para que se las llevase a Epiro, su patria.[127]

Después de terminar esta exposición de la personalidad de los diadocos tenemos que tratar aún del desarrollo de sus reinos, su política y su modo de gobernar. Son los primeros griegos que se apoderan de grandes Estados, y tienen, además, la ventaja de que el régimen persa en todas partes sólo había dejado un recuerdo de impotencia y de aborrecimiento, de modo que ni siquiera de Persia surge un salvador de la nación sometida. Con una lógica sencilla adaptan a su principado la idea griega del Estado; según ella, a éste todo le era permitido frente al individuo, y al adversario vencido le solía aniquilar la Polis (o quien se hacía pasar por ella) sin la menor compasión. Así que cada diadoco siente ahora concentrado en sí a ese Estado, con todas sus prerrogativas; él es la Polis convertida en individuo, y podría decir, por lo tanto, con la misma razón que lo hiciera Luis XIV: «*l'État c'est moi!*» (el Estado soy yo). Quizá, según esto, al acometer todo lo que le parece oportuno para afianzar su dominio lo haga con perfecta ingenuidad, incluso, lo que siempre se nos aparecerá como horroroso, el quebrantamiento consecuente de la palabra dada al enemigo, el cual se entrega confiado al asegurársele la vida, porque lo que hoy se omitiera tendría que volverse a hacer dentro del año con mayor derramamiento de sangre, o bien perecer uno mismo. Guardar consideraciones a la vida del competidor, y repartirse el poder amigablemente de algún modo, no se les ocurre a estos príncipes,[128] pero como

127. Valerio Máximo, v, 1.

128. El objeto de su dominio es, en el fondo, el del mundo entero; no sólo lo que dejara Alejandro, sino también sus proyectos. Así Ofelas, aunque no le aporte a Agato-

realmente asesinan sólo por oportunismo, también pueden, más adelante, cuando los tiempos se han calmado, gobernar con arreglo a lo oportuno. Su despotismo es, por lo tanto, esencialmente distinto del de los tiranos de las ciudades griegas, que tienen como adversarios a los ciudadanos y no pueden apartarse nunca del régimen impuesto por la violencia, y distinto es también de los déspotas del Asia antigua. Son grecomacedonios en grandes proporciones, y sus adversarios son los otros diadocos, y también de vez en cuando la población disidente de nacionalidad bárbara.

Puede dudarse si, desde este punto de vista, no sería posible una especie de rehabilitación, aun para Casandro. Es cierto que, desde un principio, presenta desfavorables predicamentos como la insolencia y la vehemencia, y el mismo Antípatro no le asigna a él la regencia del reino, sino a Polispercón, si bien después la obtiene de todos modos, por Filipo Arrideo, o mejor dicho por su esposa Eurídice, y cuando apenas ha vuelto la espalda, aparece Olimpia en Macedonia, vengándose horrorosamente, no sólo de este matrimonio real, sino de cien de sus partidarios, entre ellos también un hermano de Casandro. Tras esto puede suponerse que de allí en adelante todo le había de parecer lícito; el matar a Olimpia, el casarse con la hija de Filipo, Tesalónica; el asesinato, más adelante, del joven Alejandro y de Roxana, para que los macedonios dejasen de hablar de la sucesión de éste al trono, y por fin, mediante Polispercón sobornado, la muerte de Heracles, hijo de Alejandro y de Brasina, aunque resulta muy problemático, por cierto, si los hijos que Alejandro tuvo con mujeres asiáticas hubiesen jamás sido capaces

cles más que 10.000 hombres, opina con toda seriedad que se apoderará de Cartago y de todas sus riquezas. Diodoro, xx, 40.

de gobernar a Macedonia, aunque sólo fuera por algunos meses. Casandro, que murió siendo rey (297), tiene que haber sido, además, persona de una fuerza y decisión extraordinarias, como lo demuestra en sus luchas contra Demetrio. Pero respecto a crímenes, ni el propio Tolomeo Lago, a quien tanto elogian por su filantropía, duda un momento en cometerlos, exterminando por propia iniciativa a gente peligrosa o que pudiera convertirse en tal,[129] y su hijo Filadelfo es también fratricida;[130] Antígono no sólo manda matar a Mitrídates del Ponto, de quien sospecha traición, sino también a Cleopatra,[131] la última hermana de Alejandro, antes tan pretendida por los diadocos. «Asesinato o boda», parece haber sido el dilema para las mujeres de esta familia.

Al principio de la formación de los reinos diadocos está aquel vaivén tumultuoso y extraordinario que, como suele creerse algo equivocadamente, había terminado, en cierto modo, con la batalla de Ipsos (301). Después de la muerte de Alejandro, empiézase con un tratado improvisado, reconociendo a los mariscales como sátrapas, siendo característica griega el que muchos se creían en seguida con los mismos derechos,[132] pero no tarda mucho en producirse la impresión de que lo repartido eran reinos y no regencias;[133] así que, uno tras otro, abrigan apetencias a apoderarse del Imperio por entero: Perdicas, que poco después es asesinado, pero quien vive lo bastante para mostrarse como asesino y

129. Diodoro, XX, 21, 27.
130. Cf. Cless, en *Pauly*, v, p. 193.
131. Diodoro, XX, 111, 37.
132. Respecto a cómo también al principio desempeñan su papel los tesoros de Alejandro aún no exhumados. Cf. Diodoro, XV, 50, XIX, 48, 56.
133. Justino, XIII, 4.

hombre violento;[134] Antígono, que aunque octogenario tiene las mismas aspiraciones, después de haber sido el primero que oficialmente traicionó la causa de la familia real, y por fin, Seleuco y su linaje. Este período tiene que haber sido de desesperación, viendo esta república de gigantes que no podía ponerse fin a tales luchas, que realmente no terminarán mientras algunos de ellos tengan fuerzas todavía y Roma aún no posea el monopolio del tráfico. Los Seléucidas, por ejemplo, luchan todo el tiempo que pueden contra Tolomeos, pergaménicos, disidentes de todas clases, y luego aun contra los partos, Macabeos, Estados del Norte de Asia Menor, etc., y al principio tienen también que enfrentarse con la India. Pero aún más increíblemente multicolor es la historia de Macedonia, en aquellos cincuenta años que siguieron a la muerte de Alejandro, hasta que Antígono Gónatas toma definitivamente posesión de ella. Como maldición por el exterminio de toda la familia real temenídica, que siempre quedará como uno de los sucesos más trágicos de la historia universal, perecen aquí también el linaje de Antípatro y de Casandro,[135] repartiéndose el dominio de este desdichado país, tanto sucesivamente como simultáneamente: Demetrio Poliorcetes, Pirro, Lisímaco, Tolomeo Cerauno y los galos, hasta que, por fin, los Antigónidas se hacen dueños de él. En los apuros de la invasión gala, los macedonios aprenden a invocar a sus grandes muertos, Filipo y Alejandro, como dioses,[136] pero también habían aguantado durante mucho tiempo a un diadoco tras otro,[137] y

134. Diodoro, XVIII, 33.
135. Justino, XVI, 2; «poemas, partim caedo, partim supplicio, partim parricidio luit».
136. Justino, XIV, 5.
137. Según Plut., *Demtr.*, 14, al que recordaban con más cariño era a Cratero.

la asombrosa facilidad con que los ejércitos y el pueblo pasaban a un nuevo monarca, denota que éstos especulaban en quitarse los partidarios mutuamente.

Respecto al título de rey, Plutarco insinúa[138] que (cerca de 306) fue adoptado paulatinamente por Antígono, Demetrio, Tolomeo, Lisímaco y Seleuco, si bien con una especie de temor. El ejército de Antígono había dado el ejemplo y los demás príncipes lo seguían por rivalidad;[139] sólo Casandro, sorprendentemente, no quiso saber nada de esto, a pesar que los demás le llamaban rey de palabra y por escrito, si bien el asesinato que ordenara de Roxana y del joven Alejandro les había dado a los diadocos la posibilidad de ver en sus territorios en cierto modo reinos conquistados.[140] El título causó un trato más elevado y relaciones más exclusivas, cambiando «con el traje exterior, como los actores trágicos, igualmente los modales en el andar y sentarse, el hablar y el saludo». Pero cuanto más decidida estaba la cosa, durante estas luchas en toda el Asia Occidental, de que los diadocos eran soberanos, tanto más cierto era para ellos el tener que seguir luchando. El rango que individualmente habían tenido bajo Alejandro, no decidía nada en estas cuestiones de supremacía; al contrario, existía, precisamente entre los que más valían, como por ejemplo Pirro, una presunción de que todo el que podía tenía derecho a conquistar países y fundar reinos, independientemente de toda legalidad. La personalidad militar decidía, por de pronto; lo que uno perdía, seguro e inevitablemente lo ganaba otro.

138. *Demetr.*, 17 y s. Cf., también, Diodoro, xx, 53.
139. Los títulos que los aduladores de Demetrio dan a éstos, en vez de llamarlos rey, véase Plut., *Rei publ. ger. praec.*, 31.
140. Diodoro, xix, 105. Agatocles entonces se llamó también rey, porque opinaba que en poder, territorio y hazañas no le aventajaban los demás. Diodoro, xx, 54.

En estas luchas ocurren también algunos actos de caballerosidad, que a los griegos ordinarios les podrían haber resultado incomprensibles y que revelan un rasgo característico macedonio; en parte, probablemente, pueden explicarse por el hecho de que se conocían entre sí desde el Agema de Alejandro. Hasta de Antígono se cuentan algunos detalles de tal índole.[141] Tolomeo envía al joven Demetrio, al que ha vencido en Gaza, todo su equipo perdido, «ya que la guerra no la hacían para conquistar bienes, sino fama y honor»; Demetrio, empero, implora entonces a los dioses que no le dejen mucho tiempo estar obligado hacia Tolomeo, y efectivamente, cuando vence a su vez en la lucha por Chipre, da a sus enemigos espléndidas sepulturas y deja en libertad a los prisioneros. Él y Seleuco, que en general es un carácter noble, se entrevistan con gran confianza cuando éste recibe a Estratónica, y en la tienda de Seleuco, así como en la nave de Demetrio, se celebran convites mutuamente; por aquél traba Demetrio amistad con Tolomeo, y durante algún tiempo es incluso yerno suyo; aun en sus últimos ataques contra Seleuco, Demetrio apela constantemente a la bondad de sus sentimientos.[142] Todo eso era posible entre personalidades que en todas las demás cosas eran capaces de tomar decisiones tajantes.

141. Según Diodoro, xx, 55; cuando logra escapar Seleuco, a quien persigue, por lo menos se alegra de haberse librado de la tentación de matarle. Pero a veces es ruin aun cuando podría ser generoso sin perjuicio para él, por ejemplo contra el cadáver de Alcetas, en lo que los termesios le dan una buena lección. Diodoro, XVIII, 47. Su última conducta frente a Eumenes es infame, aunque adornada con cierto enternecimiento. *Ibíd.*, XIX, 44.

142. Plut., *Demtr.*, 5, 17, 32, 47 y s.; Justino, XV, 22, dice respecto al noble comportamiento de Demetrio en Chipre: «Tanto honestius tunc bella gerebantur quam nunc amicitae coluntur».

Pero, entretanto, vemos que se dan las violencias y asesinatos más monstruosos entre los distintos dinastas y muy especialmente dentro también de cada dinastía, estando ya las masas tan encallecidas, que, por ejemplo, el ejército de Seleuco reconoce a Tolomeo Cerauno como señor de Tracia y Macedonia, después que éste (280) asesina al anciano rey, a quien hubo acompañado en el Quersoneso tracio, cuando fueron allí a inspeccionar un antiguo altar de Argos. Cuando Lisímaco cayó en poder del rey de los getas, Dromicaites, y éste le probó la pobreza y sobriedad de su pueblo, exhortándole a no guerrear contra tales hombres, sino tenerlos como amigos, y le dejó en libertad después de haberle hospedado amablemente como a un amigo,[143] sin duda le había parecido a Lisímaco como si estuviera en un mundo mejor y más noble y tuviese que volver de nuevo a un antro de asesinos.

Nunca, ni aun más adelante, se llegó a un sistema político ni incluso a un «equilibrio». Durante las mismas guerras de sucesión sólo había alianzas guerreras y tratados de paz momentáneos, con cambios en las fronteras y bodas de princesas, pero sin la menor seguridad. Al contrario, las declamaciones de las dos mayores dinastías, en toda Asia diadoca, la de los Seléucidas, y en Siria, Palestina, Chipre, Caria, Cicladas y posiciones tracias, la de los Tolomeos, así como las preocupaciones de los más débiles, no dejaban llegar el Oriente a una tranquilidad completa. En general, eran aliados contra el reino tolomeo Macedonia y Asia, porque los Tolomeos que, según Polivio (V, 34), llevaban, por lo menos al principio, una política exterior específica, dedicando a ella aún más seriedad que para gobernar a Egipto, y que, además, tanto por su posesión de tales dominios

143. Estrabón, VII, 3, p. 302; Diodoro, XXI, fr. 12.

exteriores, como por su supremacía decisiva como potencia naval, estaban seguros de la posesión de Egipto, tenían por su armada la posibilidad de desempeñar el papel de una potencia protectora de los más débiles,[144] y ello a la fuerza tenía que ocasionar constantemente conflictos. Las guerras más grandes alcanzaron luego sólo resultados mínimos de poca duración; cuando, por ejemplo, Tolomeo Evérgetes, cerca del 246, conquista la mayor parte del reino seléucida y sus ejércitos llegan hasta Bactriana y Tracia, sólo, por de pronto, se queda con Siria, y ni aun ésta permanece mucho tiempo tolomea.

De los Seléucidas, por lo menos Antíoco III vuelve a ocuparse en el Oriente más lejano. Reconoce a Partia y Bactriana, tras de varios años de guerra, como independientes, y concluye alianzas con ellas, y el bactrio Eutidemo[145] le ayuda, por lo menos otra vez, en una expedición para entrar a saco en la India y conseguir oro y elefantes.

El punto crucial para la política exterior de todos los reinos diadocos son los años antes y después del 200 a. de J. C., primero, cuando Filipo III desaprovecha ayudar a tiempo a Aníbal, y luego, cuando Antíoco III no apoya a Filipo en su lucha contra los romanos; después de Cinoscéfalos (197), los romanos

144. Según Polibio fue quebrantado después en otro lugar este sistema, desde Tolomeo Filopator. Aun Filipo III de Macedonia y Antíoco *el Grande* quisieron repartir el reino tolomeo directamente, sin pretexto de tiranía de ninguna clase, sino abiertamente, eliminando a Tolomeo Epífanes, *Polib.*, xv, 20.

145. Eutidemo, magnesio de nacimiento, y en guerra con Antíoco, manda decir a éste que no le envidie el título de rey, porque muchos nómadas esperaban ya que cesara su resistencia para convertir su país en región bárbara, a lo que Antíoco concerta un tratado y traba amistad con él. Polibio, x, 49; xi, 34.

podían, pues, exigir a Antíoco la libertad de todas las ciudades griegas, la evacuación de toda Europa y la restitución de todo lo que Tolomeo y Filipo jamás hubieran poseído; su guerra contra los romanos llega tarde (192), y después de haber perdido la batalla de Magnesia en el Sípilos, tiene que ceder (189) el Asia hasta el Tauro, y entregar, además de una enorme contribución de guerra, sus elefantes y naves. Desde entonces los diadocos, cada vez que quieren atacarse, tienen que preocuparse por lo que Roma opine de ello, y a ésta le es así muy fácil mantenerlos entre sí en profunda desconfianza.

Respecto a lo dinástico, con todas sus fuerzas debiera haberse asegurado y regulado por la ley la sucesión dentro de las familias reales. En vez de ello encontramos en este aspecto los saltos más asombrosos, por lo que, desde un principio, las relaciones en las familias dinásticas son como las entre asesinos. Excepción hecha de los parientes más lejanos de las familias reales, que de vez en cuando cometen traición en su cargo de gobernador, siendo castigados por ello con penas monstruosas,[146] son precisamente los parientes más cercanos los más perseguidos. Hijos, madres y esposas se exterminan repetidas veces, y el fratricidio es reconocido casi como un postulado matemático.[147] Sin embargo, la manera de actuar de Tolomeo Cerauno bien claramente demuestra cuán peligroso era dejar vivír a hermanastros mayores al lado de un hijo favorito menor. Era una excepción que Antígono saludara cordialmente a Demetrio cuando volvía de una cacería armado con la jabalina, manifestando así que estaban

146. Por ejemplo, Aqueo, como gobernador de Asia Menor, de Antíoco III, Polib., VIII, 17-23.
147. Cf. el razonamiento en Plut., *Demetr.*, 3.

muy compenetrados uno con otro, y efectivamente quedó esta familia, durante varias generaciones, libre de homicidios parentales. Sólo de los pergaménicos puede decirse esto sin reservas; era notorio que también a Apolonis, la viuda de Atalo I de Pérgamo, se la había ensalzado como dichosa porque su hijo mayor, Eumenes, podía moverse sin temor entre sus hermanos, armados con espada y lanzas;[148] pero en las demás familias, la regla era casi la misma que entre los sultanes osmanlíes.

La causa principal de ello son los matrimonios diadocos, que constituyen algo único en toda la historia monárquica de Oriente y Occidente. Matrimonios políticos los hubo frecuentemente en el Antiguo Oriente,[149] e incluso entre las familias de tiranos griegos se daban tales casos, pero los diadocos se casan ahora intencionadamente (desechando unirse, como Alejandro, con mujeres orientales), además de con sus propias hermanas, solamente con otras mujeres diadocas, con lo que parece se inicia aquí el sistema de matrimonios entre los de la misma estirpe real. Se contaba con el efecto que la consanguinidad produciría sobre las alianzas políticas, dándose en casos de alianzas, tratados de paz, cambios en las fronteras y en otros similares, la hermana o la hija en matrimonio al otro contratante, que la solía pedir como garantía. Sin embargo, en las primeras décadas después de Alejandro, cambiaron tan rápidamente las combinaciones políticas —sin hablar ya de las personalidades, a veces monstruosas, de aquellas princesas, empezando por Olimpia, y de la deslealtad y el libertinaje de los príncipes—, que un monarca llegaba a

148. Plut., *De frat. am.*, 5. Otros rasgos de lealtad fraterna en esta casa. *Ibíd.*, 18.
149. Recordamos sólo la boda de Astiages con la Arienis lídica al hacer las paces Ciajares y Alates.

desear verse libre de una princesa, mediante cuyo matrimonio había obtenido su aspiración al reino, una vez que hubiera alcanzado su fin. Esto ya lo intentaba Perdicas cuando, para adquirir prestigio de rey, pretendió, primero, a la hermana de Alejandro Magno, viuda de Alejandro de Epiro, aquella Cleopatra que más adelante mandaría matar Antígono,[150] al mismo tiempo que pedía en matrimonio a una hija de Antípatro, para obtener más fácilmente nuevas tropas de Macedonia. Pero Antípatro, que, por su parte, al estallar la guerra lamíaca, ofrece una hija a Leonato para obtener tropas de él, se dio cuenta del engaño, y Perdicas no obtuvo ninguna de las dos.[151] De lo más horrible es el trato que da Tolomeo Cerauno a su propia hermana Arsinoe, la viuda de Lisímaco; para obtener la herencia de Lisímaco se casa con ella, bajo unas promesas y juramentos solemnes de prohijar los hijos que tuvo ella con Lisímaco, pero a él sólo le interesa Casandrea, que aún tiene ella en su poder, y cuando al fin le entrega esta ciudad, recibe a los hijastros, aparentemente con cordialidad, y manda ocupar en seguida el castillo y asesinar a los muchachos en brazos de la madre, que en balde intenta cubrirlos con su propio cuerpo. Arsinoe, que a su vez había inducido a su anterior marido a matar a un hijo que tenía de primeras nupcias, tiene que ir desterrada a Samotracia; más tarde fue aún esposa de su hermano Filadelfo.

Una solución más benigna era la poligamia, tomando, cuando se daba una nueva coyuntura, una segunda o tercera esposa. Ésta la encontramos con Dionisio *el Viejo*, con el que probablemente tendría ya fundamen-

150. Cf. p. 267.
151. Justino, XVIII, 6. Según otra versión, en Diodoro, XVIII, 23, estaba ya casado con la hija de Antípatro, Nicea, queriéndola repudiar por Cleopatra.

tos políticos; y en la familia real macedonia era cosa tradicional y practicada ya por Filipo y Alejandro. Pero ahora llegamos a Demetrio, y éste se casa, además de con Fila, hija de Antípatro y viuda de Cratero, con Eurídice, viuda de Ofelas; Deidamia, la hermana; Lanasa, la esposa divorciada de Pirro, y, por fin, con una princesa tolomea. Aunque Fila era mayor que él, su padre Antígono le hizo tomar en consideración la ventaja política que ella aportaba al matrimonio, y como madre de su hijo mayor, así como por su inteligencia, siempre debió de haber tenido gran influencia sobre él. Entre los tantos ejemplos de poligamia citaremos aquí *sólo la familia asombrosamente* mezclada de Tolomeo Lago[152] y la confusión dinástica en la de Lisímaco,[153] así como recordaremos que Pirro, después de la muerte de Antígona egipcia, se *casó con una princesa peónica* e ilírica, y, por fin, con la ya mencionada Lanasa, la que luego le abondonó por tener celos de aquellas mujeres bárbaras.

También se dan casos de matrimonios por despecho. Cuando, por ejemplo, dos hijas del primer Tolomeo fueron esposas de Lisímaco y de su hijo, pretendió Seleuco a Estratónica, hija de Demetrio y de Fila, que Seleuco cediera aquélla luego a su hijo Antíoco, que estaba loco de amor por ella, no suponía ningún sacrificio, puesto que ella quedaba dentro de la familia Seléucida.[154]

Por fin, hay que mencionar los matrimonios entre hermanos. También en esto fue la precursora la corte de Siracusa, casándose Dionisio *el Joven* con una hermana uterina, y también Artemisia de Halicarnaso fue

152. Cf. Cless, en *Pauly*, VI, 190.
153. Cf. Westerman, en *Pauly*, IV, 1308.
154. Plut., *Demetr.*, 31, 38, relata esta historia sentimental muy detenidamente.

hermana de su marido Mausolo.[155] Entre los Tolomeos, empero, ocurre esto varias veces y desde un principio, y aunque Berenice no fuera ni siquiera hermanastra del fundador de la dinastía, sin embargo la mencionada Arsinoe fue esposa de su hermano uterino Cerauno, y luego de su hermano carnal Filadelfo. Tampoco entre los Seléucidas son cosa inaudita los matrimonios entre hermanos.[156]

Pero para volver a tratar de los matrimonios políticos hay que hacer constar que, de todos modos, sea que a pesar de los cambios de circunstancias se quedase uno con sus esposas, o sea que las repudiase o matase, el efecto de estos acontecimientos sobre el carácter de las princesas puede imaginarse. Casi siempre eran enemigas de los hijos de otros matrimonios, y frente a un hijastro desempeñaba la diadoca, de vez en cuando, el papel de Fedra. No pueden llamarse estas mujeres sultanas, en vista de que la sultana moderna sólo raras veces reclama derechos como hija de otra familia, y, además, no puede presentarse públicamente a formar un partido; sus influencias no pasan más allá de la puerta del harén. Las mujeres diadocas, en cambio, aportan —comparables en ellos a las Aqueménidas, por ejemplo a una Atosa— pretensiones políticas al matrimonio, a la par que actúan como si tales estuvieran ligadas a su persona. Ellas, y a veces también las esposas de meros tiranos de ciudades o de comandantes de fortalezas, adquieren repentinamente una impor-

155. Diodoro, XVI, 36. Es más, según Estrabón, XVI, 2, p. 656, asimismo el hermano menor, Idrieo, tenía otra hermana, Ada, por esposa. Además, había sido también Parisatis la esposa-hermana de Darío II. Ambos habían sido hijos de Artajerjes Longímano.

156. Antíoco II Teos se casa con su hermana Laódice, Polieno, VIII, 50. Sobre matrimonios entre hermanos en general, cf. Cless, en *Pauly*, VI, 193.

tancia como jamás la tuvieron las mujeres griegas, y de ellas salen, juntándose la sangre macedonia y la tradición asiática, decisiones y acciones que a veces son terribles. Varias aparecen como *mixta composita* entre Olimpia y Parisatis; recuérdense sólo las fechorías horripilantes de Laódice, que hizo asesinar a su marido Antíoco II (Teos) y a otra mujer tolomea de éste, así como al hijo de ésta, siendo después el genio malo de su propio hijo Seleuco II Calínico.

De buena gana nos enteraríamos de hasta qué punto consultaban los diadocos al pueblo en asuntos de importancia, es decir, a las tropas macedonias que estaban presentes. De Seleuco se dice por lo menos que lo hizo cuando cedió a su hijo, además de la esposa Estratónica, las provincias orientales, reuniendo para esto una completa asamblea.[157] En Macedonia, se apoyó Casandro en la asamblea cuando se trató de la condenación de Olimpia,[158] y en otras partes se consultaba tal vez al ejército antes de una batalla decisiva. Por lo demás, no existía política interior alguna en su sentido antiguo, porque aunque las ciudades, particularmente en el reino seléucida, siempre que fueran helenistas, guardaban una sombra de vida local y libertad, el Estado diadoco en sí es todo lo contrario de una polis griega con su vida y sus trabajos. El absolutismo, que proclamaba, por ejemplo, el primer Seleuco con la frase de que siempre era lo justo lo que decretaba el rey,[159] hace pensar ya en un principio muy parecido al mahometano de tiempos posteriores; también podía compararse con los emperadores romanos la forma de ejercer el dominio; sólo que estos Estados son improvisados y ninguno de ellos tiene una base como la de la República romana.

157. Plut., *Demetr.*, 38.
158. Diodoro, XIX, 51.
159. Apiano, *Sir.*, 61.

Bajo el príncipe se forma un cuerpo de funcionarios, organizados burocráticamente, cuyas facultades son muy amplias; así que los estrategos del reino de Tolomeo son, a la vez, gobernadores civiles y militares, y más adelante, verdaderos bajaes. Mientras que antes en Macedonia hubo una aristocracia como organismo de guerra, ahora tal vez exista una diferencia de rango que se funde en la etiqueta, pero ninguna que se base en el nacimiento; no existe ninguna lealtad, ni piedad especial, que pudiera relacionarse con alguna clase social, y si a una de las más altas jerarquías en la Corte tolomeica se les llama «los parientes» (συγγενεῖς), vemos en ello sólo un mero título, y no creemos signifique una nobleza hereditaria.[160] En cambio, habrá sido elaborado en la Corte tolomea, e imitando a ésta también en la seléucida, un ceremonial tal como lo exigen la Corte y la jerarquía de funcionarios, y es probable que la etiqueta fuera ordenada según el modelo persa.[161]

Dada la inconstancia de todas las Cortes diadocas y la falta de una tradición fija en las mismas,[162] lo más deseable hubiera sido la mayor capacidad constante del príncipe, sobre todo por el hecho de que el poder sólo se fundaba en un ejército de mercenarios. *In casu*, empero, hubo de arreglarse de cualquier modo, y así un joven rey, Antíoco V, nombra un regente del reino y

160. Cless, en *Pauly*, VI, p. 231, de quien se han extraído aquí varias cosas, es de otra opinión.

161. Sobre el traje de los mismos diadocos, nos enteramos por Plut., *Anton.*, 54, que consistía en calzado de soldado (κρηπῖδες,), clámide y el sombrero macedonio adornado de cintas (καυσία διαδηματοφόρος).

162. Parece, por ejemplo, que no hubo usanzas sobre el equipo y títulos de príncipe entre los hijos y hermanos menores del rey. Los tres hijos menores del gran Atalo quedaron como particulares, mientras Eumenes, como mayor, era rey. Estrabón, XIII, 4, p. 624.

tutor, tal como más adelante lo fueron los atabecs selyúcidas. Pero aun en el período de reyes más fuertes aparecen ya criminales verdaderamente infames como ministros principales, por ejemplo, el cario Hermias, que convierte en un infierno la Corte de Antíoco III *el Grande*, tendiendo trampas a todos los demás, enredando al rey en guerras para que no le pida cuentas, desacreditando a sus adversarios mediante cartas fingidas que mezcla entre su correspondencia, y matándolos después, etc.; tan pronto como Antíoco tiene un hijo atenta contra la propia vida del rey, para poder encargarse de la tutela del niño, y favorece su expedición a Atropatena, en que fácilmente aquél pudiera perecer; por fin, el médico Apolófanes ayuda al rey, que ya está completamente intimidado, a preparar una conspiración contra Hermias, quien durante un paseo al amanecer es cogido entre varios conspiradores que acompañan al rey y acuchillado; Antíoco es recibido en todas partes con júbilo al proseguir su viaje, y en Apamea, apedrean las mujeres y muchachos a la esposa e hijos de Hermias.[163]

Respecto al tormento y demás castigos por razones políticas, ya la expedición de Alejandro no carece de ejemplos; basta que estos príncipes sean griegos para permitírselo todo contra su adversario, pero a esto aún se añade la tradición del despotismo oriental a que ellos se adaptaron y tal vez también la de la tiranía griega. Al estilo oriental se acerca, por ejemplo, el castigo que se da a Aqueo, primo del mismo Antíoco, cuando aceptó, durante la expedición de éste a Atropatena, en inteligencia con Egipto, la diadema; después de una guerra larga, es entregado por traición al poder del rey y llevado en la noche a su tienda de campaña; aunque la primera reacción de Antíoco, generoso en otras ocasio-

163. Polib., v, 40-56.

nes,[164] sea el mutismo, y llore por el fatal destino de su primo, cuando al amanecer los amigos entran en la tienda se celebra un consejo de guerra, y se decide cortar a Aqueo, en primer lugar, las manos y los pies; luego, la cabeza, y, por fin, crucificar al tronco cosido en la piel de un asno, haciéndose así.[165]

No es de extrañar, pues, que los que se ven en una amenaza política prefieran para sí y los suyos cometer el suicidio a tiempo. El sátrapa disidente de este mismo Antíoco, Molón de Media, se suicida, después de haber sido derrotado en una batalla, en vista de los tormentos (αἰκίαι) que le esperarían si llegase a caer vivo en manos de su enemigo. Lo mismo hacen casi todos los demás conspiradores; el hermano de Molón, Neolao, huye de la batalla para reunirse con otro hermano, Alejandro, y matar a su madre común y a los hijos de Molón, y, por fin, a sí mismo, después de haber inducido a Alejandro a que haga lo mismo; pero Antíoco manda crucificar hasta el cadáver de Molón.[166]

Que bajo estas circunstancias la sociabilidad en estas Cortes sea peligrosa y la estancia allí para literatos, filósofos, etc., resulte insegura, es fácilmente comprensible. Aunque a la fuerza tiene que haber desde luego un séquito griego, y aunque se quiera y se desee en la gente cierta malicia en el hablar,[167] ¡ay de aquel que

164. Polib., VIII, 25.
165. *Ibíd.*, 22 y s.
166. Polib., V, 54.
167. Cómo los diadocos la emplearon también, haciendo burla de otros diadocos, lo demuestra Plut., *Arat.*, 15, según el cual, Antígono Gonatas, en un convite solemne, dice públicamente de Arato que éste había admirado hasta entonces las riquezas de Egipto (es decir, a Tolomeo Filadelfo), oyendo hablar de elefantes, ejércitos gigantescos y vida cortesana, pero que desde su viaje a Egipto, y al ver estas cosas de cerca, se había enterado de que todo ello eran decoraciones y exhibiciones teatrales, por lo que se pasaba a su bando.

no sabe respetar ciertos límites! A tal hombre le puede ocurrir lo que le pasó en la Corte de Lisímaco a Telesforo (que, además, era hiparca), a quien el rey, por un juego de palabras que hizo sobre los vómitos de Arsinoe, mandó llevarle por todas partes metido en una trampa de cazar martas y dejóle morir en ella.[168] El poeta pornográfico Sotades que, estando en Alejandría, insultaba a Lisímaco, y estando en la Corte de éste a Tolomeo Filadelfo, y de igual manera a otros reyes en distintos sitios, en vano creyó estar en seguridad al emprender un viaje, después de haberse burlado en Alejandría del rey por su matrimonio con su hermana, porque en la isla de Caunos le cogió un estratego de Tolomeo y le hundió en el mar en una caja de plomo.[169] Además, se dan bastantes ejecuciones de literatos: por un dístico sobre los príncipes pergaménicos fue crucificado el gramático Dafitas;[170] ni a Demetrio de Falero le protegió su valer como hombre de ciencia ante la caída en desgracia con Filadelfo. Sobre las demás relaciones de los diadocos con los filósofos y con el teatro, se hablará más adelante. Aquí sólo mencionaremos que aun en aquellas Cortes no faltaban los parásitos. Bajo todo diadoco de alguna importancia, hasta las épocas más tardías, se nombra a algún parásito de la Corte, cuyos (a menudo sosos) chistes se citan como los de una hetera favorita,[171] y todavía Mitrídates tenía su Cólax Sosípatro, y Craso su Andrómaco de Carrea.[172]

Hasta qué punto tendría verdaderos méritos la administración de los diadocos asiáticos, aventajando la

168. Aten., XIV, 6.
169. *Ibíd.*, 13.
170. Estrabón, XIV, 1, p. 647.
171. Aten., VI, 44 y s.
172. Nic. Damasc., fr. 78.

anterior rutina persa u otras asiáticas, no lo sabe nadie. A un soberano como Antígono se le ocurre en seguida la idea, como dueño de la región del mar Muerto, de hacer del asfalto que allí se encuentra una fuente de ingresos (πρόσοδος),[173] y como los tesoros de Alejandro se agotaron pronto, siempre debieron de estar meditando en la explotación de toda clase de medios económicos. Indudablemente, los Tolomeos fueron los que siempre obtuvieron la mayor parte del dinero, y cuando se pretende que Filadelfo, como otros diadocos, haya estudiado celosamente las ciencias estatales,[174] tendrá que relacionarse esto, sobre todo, con el arte de saber mantener floreciente la hacienda; el ejército de mercenarios y la armada lo exigía con urgencia.

Veamos ahora la organización militar. Ésta había sido llevada por Alejandro al más alto grado de perfección, y tropas más orgullosas que su Agema —que correspondería a un primer regimiento de guardas de corps de nuestros tiempos—, o que a sus «compañeros» a caballo (ἑταῖροι),[175] no existían en ninguna parte, siendo también insuperable en habilidad de maniobra la falange heredada de Filipo: macedonios, mercenarios y orientales adiestrados, estaban aquí unidos en un gran organismo guerrero.

Por de pronto, sigue haciéndose valer en el ánimo de la tropa la confianza en su propio valor, inmensa-

173. Cf. p. 241, nota 101.
174. Cf. Cless., en *Pauly*, VI, p. 191, Mommsen, *Rom. Gesch.*, V, p. 560, dice: «Si es la finalidad de un Estado sacar de una región el mayor provecho posible, entonces en el mundo antiguo serían los Lagidas los maestros absolutos en el arte de gobernar».
175. La palabra significa plana mayor, pero igual se llama también a un grupo de jinetes, y aun en el ejército de Antígono, en la batalla de Gaza, uno de 800 hombres. Diodoro, XIX, 82.

mente incrementada por las heroicas hazañas de Alejandro, y antes de las batallas entre diadocos se apelaba patéticamente a ellas; así dice, por ejemplo, Seleuco en la alocución a sus tropas, a las que tiene que envalentonar frente al ejército más numeroso de Antígono, «que los compañeros de armas de Alejandro, que en tal sazón, debido a sus magníficas cualidades, fueron ascendidos por él, no debieron impresionarse por la superioridad en el número de enemigos o en la superioridad de medios, sino fiarse sólo de la experiencia e inteligencia, con las que aquél llevó a cabo sus hazañas maravillosas».[176] Cada general tenía que conducirse con estos hombres con suma discreción, y rebajarse a tratarles como a sus iguales, para conseguir cualquier decisión extraordinaria, y así se dice, en la misma ocasión de Seleuco, que negociara con ellos a base de igualdad (ἐπολιτεύετο), por lo que le respetaron y fácilmente se conformaron con tomar parte en una operación tan atrevida y peligrosa. También tuvieron las tropas mucha voluntad propia durante las guerras de sucesión. Apenas muerto Alejandro, se enemistaron los distintos cuerpos militares entre sí,[177] y a uno de ellos como el de los argiraspidos, todo servicio, después de haber estado a las órdenes de Alejandro, les parecía despreciable,[178] por lo cual terminaron siendo sacrificados adrede por Antígono, después de haber traicionado a Eumenes, lo que les trajo tan mala fama, «ya que la traición es agradable a los monarcas, pero causa la perdición de los que se prestan a ella».[179] Aún más adelante son realmente los soldados los que deciden quién

176. Diodoro, XIX, 90.
177. Justino, XIII, 3.
178. Justino, XIV, 2.
179. Diodoro, XIX, 48. Según Polidemo, IV, 6, 15, se les reparte en guarniciones de poca importancia y alejados.

puede ser diadoco y quién no; así Ofelas, sin duda, debería su dominio sobre Cirene al hecho de que le consideraban como uno de los amigos de Alejandro que había tomado parte en sus campañas;[180] con qué entusiasmo fue recibido Demetrio, delante de Gaza, por los soldados, a quienes gustaban los cambios, y porque aún no se había podido formar contra él ninguna clase de pretextos ni prejuicios, lo hemos visto anteriormente (240); esto es suficiente para que nos figuremos la crítica a la que se sometería a un general mayor en años y práctica.

Por muchas y muy plausibles razones era muy importante, al principio, para cada diadoco, tener el mayor número posible de macedonios en su ejército. Ya Perdicas intenta conseguirlos del país de su origen.[181] Seleuco alista a los avecindados en el año 311 en Carrea de Mesopotamia, sea por persuasión, sea a la fuerza.[182] El número de ellos suele indicarse con frecuencia por separado, cuando se menciona la fuerza de los ejércitos; por ejemplo, la falange de los infantes, que estaba al mando de Demetrio en Gaza, estaba constituida por 2.000 macedonios, además de 1.000 licios y paufilios y 8.000 mercenarios; en otra ocasión tiene Demetrio, además de 10.000 mercenarios y 4.000 jinetes, 5.000 infantes macedonios; pero como no era posible alistarlos en Macedonia, de ahí que más de un diadoco desease apropiárselos de la misma Macedonia, por cuya posesión, como ya hemos dicho, se luchó durante cincuenta años. De buena gana nos enteraríamos también de hasta cuándo fue fecundo el alistamiento de los griegos, aunque parece haberse ocasionado un aumento considerable en la afluencia de mercenarios desde las polis

180. Diodoro, xx, 40.
181. Justino, xiii, 6.
182. Diodoro, xix, 91.

griegas al servicio de los diadocos; todavía Antígono, que había obtenido para ello el permiso de Esparta, alistó 8.000 hombres sólo del Peloponeso. Cuerpos subordinarios, como lanzadores de jabalinas, arqueros y honderos, fueron fáciles de conseguir en cualquier parte; para tareas especiales, tales como escalar las murallas, existían, por ejemplo, guerreros de vanguardia (πειραταί) etolios;[183] más adelante fueron los galos el pueblo κατ' εξοχήν que surtió de mercenarios, además de los tracios, cretenses, etc.[184] Por fin, durante la guerra de sucesión se habría incorporado seguramente a los ejércitos gente en masa, obtenida de cada príncipe mediante levas, aunque difícilmente podría ser comprobado cuántos sacaría cada príncipe de su país; a pesar de ello, seguían siendo los mercenarios el principal apoyo.

En casos en que los mercenarios eran necesitados con urgencia, solían exigir condiciones excesivas. Cuando, por ejemplo, Antígono Gonatas alistó galos bajo el mando de Bicerio, le prometió a «cada uno» —no se dice durante qué lapso de tiempo— una moneda de oro macedonia, y les daba como rehenes gente prestigiosa; después de reñida una batalla, le pedían esta misma paga para sus mujeres y niños, porque la expresión «cada galo» incluía también a los que no estaban armados, y amenazaron con matar a los rehenes en caso de que no se les abonase, según su cuenta, 100 talentos (en vez de 30); Antígono les hizo prometer el pago íntegro, diciéndoles que mandaran delegados para cobrarlo, y cuando los bárbaros, para quienes cobrar y llevar oro significaba una fiesta patética, mandaron a su mejor gente, Antígono los retuvo, naturalmente, has-

183. Polieno, IV, 6, 18.
184. Justino, XXV, 2.

ta que hubieron soltado los rehenes. Entonces les pagó los 30 talentos.[185]

Al principio dependían, generalmente, los diadocos, en gran parte, de la buena voluntad de los soldados, que eran muy propicios a disidencias y a pasarse de uno a otro bando, y son frecuentes los ejemplos de ello y de la preocupación de sus jefes de que lo hiciesen; así Seleuco, sabiendo que las tropas de Demetrio estaban algo desanimadas, apareció de repente, con una fuerza de *élite,* ante el ejército de aquél, se quitó el yelmo de un tirón y les preguntó por cuánto tiempo querían continuar la locura de servir a un hambrón en lugar de poder disfrutar las pagas de un rey pudiente y participar en un poder efectivo y no ilusorio; como consecuencia de esto, tiraron las lanzas y espadas, levantaron las manos y se pasaron a él por unidades enteras.[186] Mercenarios de un vencido los incorporaba el vencedor con toda facilidad a su ejército; sólo que había que mezclarlos entre las demás tropas. Esto lo hizo Demetrio, por ejemplo, con los 16.600 hombres de las guarniciones chipriotas de Tolomeo, y aún más adelante, en menor escala, en otra parte.[187] Un general disidente de Antígono, Telesforo, vendió sus naves en Corinto[188] y se dedicó a empresas por propia cuenta, llevando consigo a los soldados que quisieron unirse a él; tomó a Élida, e hízose fuerte en su castillo, saqueando el templo de Olimpia, y alistando más mercenarios con los 50 talentos adquiridos de tal manera.

Pero cuando los mercenarios amenazaban conver-

185. Polieno, IV, 6, 17.
186. Polieno, IV, 9, 3.
187. Diodoro, XX, 53, 103, algo especial es luego, cuando los macedonios en su patria se pasaran a él y de él (y otros) a otros.
188. Diodoro, XIX, 87.

tirse en un peligro, se libraban también de ellos sin reparos; Lisímaco hace asesinar sencillamente a 5.000 autariatas (probablemente mercenarios de un pueblo ilíricodalmático) que tenía a su servicio, porque habían perdido su equipo en una batalla contra Demetrio, temiendo que por ello pudieran sublevarse,[189] y cuando Tolomeo Filadelfo, al salir contra Cirene, sorprende a 4.000 gálatas, que tienen la intención de saquear sus tesoros y ocupar para sí el Egipto, los traslada a una isla desierta, donde nos les queda más remedio que matarse mutuamente o morirse de hambre;[190] más benigna es la conducta en un caso que demuestra, además, cómo los diadocos hacían incluso causa común con piratas para combatirse entre sí: Eneto, un estratego de Demetrio, tenía ocupada a Éfeso, y hacía reconocimientos por toda la región valiéndose de los piratas; entonces Lico, el general de Lisímaco, sobornó con dinero al jefe de los piratas, Andrón, y se apoderó por traición de la ciudad y de Eneto; pero como no se fiaba ya de aquéllos, por haber sido traidores a sus amigos anteriores, les dio su paga, ordenándoles que se fueran inmediatamente.[191]

El gran cambio general que desde Alejandro se muestra en la organización de los ejércitos consiste en que, en contraste con los ejércitos cívicos de las polis, adquieren de repente carácter de masas, y la guerra toma proporciones nuevas, que eran desconocidas del tiempo antiguo. Mientras perduraban los tesoros de Asia, de los que especialmente Antígono poseía una gran parte, se hacía posible la leva de masas ilimitadas de mercenarios, y si se hubiera podido aún robar «la

189. Polieno, IV, 12, 1.
190. Pausan., I, 7, 2.
191. Polieno, V, 19.

riqueza de Cartago», como lo pensaban hacer los griegos del ejército de Ofelas,[192] quizá tal sistema hubiera durado otro tanto. De todos modos, valía la pena ahora, con los medios actuales, y con la perspectiva de un estado de guerra permanente, elaborar un sistema completo de organización guerrera; fueron establecidos, en puntos fijos, depósitos permanentes; se almacenaron provisiones, y, sin duda, hubo también fortalezas y cuarteles, pareciéndole también muy ventajoso a Antígono el utilizar con regularidad, en toda la región asiática que dominaba, ciertas facilidades de comunicación, tales como señales luminosas y correos.[193] Puede dudarse de que hubiese adelantos esenciales en el arte de construir fortalezas o fortificaciones de campaña, pues en esto ya había alcanzado la Grecia antigua (por ejemplo, en Platea) un alto grado de perfección; sin embargo, para la guerra de asedios de fortalezas y para minas, contraminas, etc., no deja de ser un ejemplo clásico el asedio y la defensa de Rodas;[194] nuevo es, sin duda, el empleo de la mecánica mayor para la maquinaria de los asedios, la que no se empleaba en serio en las cortas campañas anteriores de los griegos, pero que ahora constituía la fama especial de Demetrio Poliorcetes,[195] y más adelante la de Arquímedes, a pesar de que el espíritu griego, acostumbrado a los cuadros de hoplitas y de jinetes, vio al principio en la artillería algo inicuo e

192. Diodoro, xx, 40.
193. Diodoro, xix, 57 (πυρσοί, βιβλαφόροι).
194. Cf. p. 243.
195. Cf. Diodoro, xx, 48, sobre sus máquinas que arrojaban proyectiles y piedras, y la primera helépolis, que tenía 43 varas cuadradas de base y una altura de 90, mien-50 varas cuadradas. *Ibíd.*, 85, sus χελῶναι y πύργοι montadas en tras otra (*ibíd.*, 91), con 100 de altura, tenía una base de ruedas. Arquímedes, quien con un tiro lanzaba muchos proyectiles, fue llamado por sus enemigos ἑκατογχεις Eust., II, p. 123.

indigno.[196] Ahora tomó un nuevo auge la armada. Naves mayores que los trirremes sólo las había construido Dionisio *el Viejo*;[197] también ahora surgen las naves con cinco órdenes de remos, y el innovador principal en estas materias, Demetrio, tenía incluso en Chipre una nave con siete órdenes de remos.[198] Los innumerables remeros que necesitaban aquellas flotas enormes con sus naves gigantes se obtenían ahora del material humano ilimitado de esclavos, así como también se disponía de los países principales para la flota de Fenicia,[199] Cilicia, Chipre y la tierra firme cerca de Rodas. No sabemos, por cierto, si la armada gozaría de los mismos honores que el ejército. Recuerda algo al tono con que Napoleón solía tratar a sus almirantes lo que se lee[200] de Antígono, dando a entender a los capitanes de sus naves que sus reparos no eran más que cobardía.

En las guerras de tierra, los elefantes eran la *ultima ratio regnum* de aquel tiempo. En la batalla de Ipsos, Seleuco llevaba consigo 480 de ellos,[201] y Demetrio le llamaba en burla «el Elefantarca»;[202] él y su dinastía sólo se servían de los indios, mientras que los Tolomeos

196. Sin duda, según un razonamiento antiguo, se dice en Eliano, *V. H.*, III, 16, que Demetrio tomó las ciudades con violencia, egoísmo e injusticia, quebrando y socavando sus murallas, mientras que Timoteo las ganaba persuadiéndoles y enseñándoles que era más útil obedecer a los atenienses.
197. Bajo su reinado ya se dan las órdenes selladas a los capitanes de naves, las que sólo debían abrirse en un momento fijado. Polieno, v, 2, 11 (12).
198. ¿Cuántos esclavos remeros tiene que haber tenido Demetrio para llevar en sus naves delante de Rodas a 40.000 soldados? Diodoro, xx, 82.
199. Sobre Fenicia, cf. Diodoro, XIX, 58, en ocasión de la construcción de la flota por Antígono.
200. Diodoro, xx, 73.
201. Diodoro, xx, 113.
202. Plut., *Demetr.*, 25.

tenían etíopes.[203] Sólo a sus dieciséis elefantes debió una vez Antíoco Soter el asombro y la derrota de la caballería gala, y mientras que sus soldados daban gritos de alegría, dícese que el rey lo consideraba como una humillación.[204] La edad tan alta que alcanzaban estos animales,[205] hace suponer que muchos elefantes de los diadocos sobrevivirían a la fundación y hundimiento de algunos reinos.

Entre los varios Estados de cuyo ejército y armada más se sabe figura el de los Tolomeos, que mantenían a los indígenas cuidadosamente alejados de las armas, a pesar de que ellos, en tiempos anteriores, en sus sublevaciones contra Persia, bien habían sabido usar las armas, aunque siempre estuvieron reforzados, desde el siglo v, por mercenarios y tropas auxiliares griegas; sólo en la guerra siria de Filopátor lucharon 20.000 egipcios indígenas; aprendieron a enorgullecerse, y sublevándose, se hicieron fuertes en Licópolis, en el delta, donde primero hubo que dominarles cruelmente; pero la sublevación volvió a producirse más adelante bajo Epífanes.[206] El contingente mayor lo constituían los mercenarios macedonios, griegos, galos, y más adelante, también los libios y tracios;[207] principalmente estaban acuartelados en Alejandría, aunque en parte también los había repartidos por el país, con fines de defensa, servicios de policía y cobro de las contribuciones. A esto hay que añadir la armada del Mediterráneo, indis-

203. Cf. Cless, en *Pauly*, VI, p. 198.
204. Luciano, *Zeuxis*, 8-11, Suidas s. v. Simónides de Magnesia.
205. Eliano, *Hist. anim.*, IX, 58. En esta obra se encuentra asimismo mucho sobre los elefantes.
206. Polib., V, 63 y s. Cf. Cless, en *Pauly*, VI, p. 213, 216.
207. Según Polib., V, 36, Filopátor tenía a 3.000 peloponesios, 1.000 cretenses, pero también sirios y carios (¿de levas?).

pensable para las posesiones exteriores del reino y para su mantenimiento, habiendo, además, aparte de ella, otra armada en el mar Rojo. Tampoco aquí dejaron de correrse ciertos peligros con los mercenarios; los llamados macedonios, que amenazaban y maltrataban tal vez hasta al rey y su Corte, produjeron una serie de rebeliones, y bajo Tolomeo Epífanes hubo que subirle la paga a aquel cuerpo degenerado, que con el tiempo había bajado al nivel de los egipcios ineptos para la guerra.[208]

La antigua organización guerrera se mantuvo a toda costa en Macedonia, cuya falange nacional es aun merecedora de un elogio entusiasta de Polibio.[209] En el reino de los Seléucidas hubo, probablemente en todas las épocas, además de los mercenarios, tropas nacionales, siendo armados hasta los ciudadanos de las ciudades, estando aún consideradas éstas, al contrario que en Alejandría, como auténticas polis. Los Seléucidas, sin embargo, se apoyaban esencialmente en su «ejército macedonio»,[210] es decir, en sus mercenarios, que en su mayor parte estaban concentrados por Seleuco I en Aramea; situada en una península, que rodeaba el río Orontes, era lugar muy seguro, llegando a llamarse, de-

208. Cf. Cless, en otro lugar, p. 230 y s. Aun en tiempos de Antonio habla de una φυλακὴ Μακεδόνων el lado de una φυλακή Ἀρμενίων. Pero, ¿serían auténticos macedonios perpetuados tal vez por la raza? *Plut.*, *Ant.*, 54. Además que, en tiempos posteriores (Josefo), las guardias de corps de los diadocos se llaman macedonias.

209. Polib., v, 11. Detenidamente expone XVIII, 29 (12) y s., las ventajas y los inconvenientes de la falange frente a la táctica romana.

210. Cf. Cless, en *Pauly*, VI, p. 935. ¿Es que hay que tomar al pie de la letra los 20.000 números macedonios en la pompa de Antíoco Epífanes? ¿Puede haber tenido todavía tantos aquel Seléucida tardío? La enumeración de un ejército seléucida completo, según pueblos y armas, nos la da Polib., v, 79, antes de la batalla de Rafia.

bido a esta clase de habitantes, Pela. Aquí, donde pasó los últimos años de su vida Demetrio Poliorcetes, estaban los 500 elefantes del primer Seleuco, sus tesorerías de guerra, sus instructores militares y la yeguada real, de 30.000 yeguas y 300 garañones, con sus domadores.[211] Este ejército se amotinaba también muy a menudo, y dispuso del trono después de la muerte violenta de Seleuco III Cerauno, elevando al mismo, como sucesor, a su hermano menor, Antíoco III (*el Grande*). Bajo este monarca se llega a la guerra con Roma, lo que Livio nos relata de un modo que deja entrever su intención de que el lector se forme una mala opinión de las aptitudes guerreras del rey y de su ejército.[212] Precisamente con los recursos de Apamea pudo, un usurpador como Trifón, ejercer durante años (desde 145) su usurpación, que tan peligrosa fue para la dinastía.

En la Grecia libre se mejoró en aquella época la organización guerrera, por el auge de las federaciones etólica y aquea. Con Arato y Filopemen disponían nuevamente de generales de cierta valía; de este último se cuenta que se interesaba mucho por las teorías de guerra y por la literatura militar, siendo sus lecturas

211. Estrabón, XVI, 2, p. 752.

212. Esto se pone de manifiesto en el discurso, quizá sólo fingido, de Aníbal, XXXVI, 7, 16. Cuando Antíoco, luego en Calcis, tras su boda con la mujer calcídica, se entrega a las orgías, entre todos sus oficiales (sobre todo en Beocia) reina la misma vida regalada, y desde luego, también entre los soldados libres de ejercicios y de guardias. En la primavera, al concentrarse cerca de Queronea, en seguida se notan las consecuencias de esta vida (11). Más tarde (17) usa Glabrio la expresión: «hic syri et asiatici graeci sunt vilissima genera hominum et servituti nata». Además, era ya curioso en los ejércitos de Alejandro el inmenso equipaje de botín, que de todas las guerras llevaban consigo, así como la multitud de mujeres, concubinas y esclavos, además de oro y plata. Los argiraspidos, de los cuales lo relata Polieno, IV, 6, 13, seguramente que no eran el único regimiento que llevaba tales cosas.

principales la táctica de Ángelo y los historiadores de Alejandro; no se fiaba de mapas historicomilitares, sino que estudiaba en persona el terreno de combates anteriores con todos sus detalles; con sus aqueos armados y vestidos nuevamente, causó gran admiración cuando, después de su victoria sobre Macanidas, cerca de Mantinea, hizo maniobrar su falange en las Nemeas ante los griegos; cuando, más adelante, estuvo al servicio de los cretenses, rápidamente hizo suyas las particularidades de aquel país en la guerra, empleándolas con mayor maestría que los mismos cretenses.[213]

Y, en fin, vamos a exponer en breves palabras el papel del soldado en la poesía. En vez de un «noble guerrero» sentimentalmente ensalzado, o siquiera de un libertino simpático, como el Georges en la *Dama blanche*, se le representa generalmente en la comedia como fanfarrón y pendenciero, al que por todas partes se le ridiculiza o bien se teme por su brutalidad; así le conocemos junto al parásito que le auxilia en el *miles gloriosus* de Plauto, y de buena gana nos enteraríamos de qué ejército proviene este tipo; también Teócrito, en el idilio XIV, cuyo escenario es Sicilia, nos describe una compañía poco agradable: el rudo jinete tesálico Apis motiva que se revele el amor que siente por Cinisca por otro en presencia de su amante Esquines y otro soldado; Esquines le pega a Cinisca, la pareja riñe, y cuando él se arrepiente, es aconsejado por otro personaje, a quien relata la historia, para que entre al servicio de los egipcios.[214]

Brevemente tendremos que tratar de las relaciones de los príncipes de esta época con la religión, tomando en consideración primeramente la de Alejandro, de

213. Plut., *Filop.*, 4, 9, 11, 13.
214. Véase también el papel de los soldados en *Dial. Meretr.*, 13, 15, de Luciano.

quien vemos es un griego piadoso y bastante supersticioso, que mantiene regularmente un culto griego,[215] respetando, como Jenofonte, sacrificios y augurios, ofrendando sacrificios en acción de gracias cuando ha logrado algo, y haciendo caso a los mantis, sobre todo a Aristandro de Telmeses;[216] con una fe firme en la conexión con el mundo del mito, sigue las huellas clásicas de la mitología griega y hace ofrendas a dioses y héroes dondequiera que encuentre sus santuarios, empezando por las tumbas de Protesilao y Aquiles,[217] hasta llegar al monte Meros cerca de Nisa, el que escala con sus «compañeros» y el Agema.[218] Nos recuerda la conducta mística de Olimpia, al leer cómo se hacen en aquel hermoso bosque unas coronas de yedra, mucho tiempo fuera de uso, cantando himnos a Dionisos, que es invocado con todos sus nombres, y cómo muchos macedonios nobles, conmovidos por la emoción de lo divino, irrumpen en un júbilo exaltado. La protección especial de los dioses, de la que él se cree rodeado, se llama, como en otros griegos, «el ente divino» (τὸ θεῖον o ὁ θεός).

Los primeros actos de teocracia se producen después, cuando ofrenda sacrificios a Apis y los demás dioses en Menfis, y hace construir, como hemos visto,

215. Suele decirse en Arriano: θύει κατὰ νόμον o bien ὅσα οἱ νόμος, pero también ὡς νόμος αὐτῷ, y por fin τὰ νομιζόμενα, por ejemplo ἐπινίκια.

216. Ya de muchacho derrocha el incienso en los sacrificios, Plut., *Reg. Apophth. s. v. Alex.*, 4. Cómo pide a su madre un cocinero conocedor de los sacrificios, cf. antes, p. 196, nota 4. De vez en cuando se empeña en no hacer caso a Aristrandro, teniéndole que pagar después de alguna manera.

217. En el templo de Atenas Ilias deposita su propia armadura, y toma, en cambio, armas sagradas arcaicas, que luego se llevan en procesión delante de él en las batallas. Arriano, I, 11, 7 y s.

218. Arriano, V, 2, 5 y s.

un templo a Isis, en Alejandría (p. 200), pudiendo invocar, por cierto, para tales actos (excepción hecha de Lisandro) a sus propios antepasados Perseo y Heracles. Posteriormente, en Babilonia, ordena la restauración de los santuarios destruidos por los persas, especialmente del templo de Belo, reorganizando el culto babilonio según el criterio de los caldeos allí hallados, y ofrendando sacrificios a Belo según sus prescripciones, hasta el punto que desde entonces hace muy a menudo sacrificios según ritos extranjeros; como una excepción se relata, cuando alguna vez no lo hace así, si con ello pretendía conceptuar a los dioses de las distintas naciones como dioses nacionales o como idénticos en un principio a los dioses griegos. De todos modos, actúa en forma contraria a lo que había hecho la fanática religión de Ormuz, por fines políticos, y además, por los mismos motivos por los que emprendió la gran comunión de Opis.[219] Si fuese cierta su intención de hacerse, al lado de Urano y Dionisos, el tercer dios de los árabes —«ya que al someterlos no hubiera cometido hazañas menores que éstos»[220]—, la deificación propia de los diadocos hubiera empezado ya con él; es posible se le hubiesen dado detalles de la religión árabe, que hiciesen parecer oportuno algo semejante a esta trinidad, curiosa de todos modos. Lo cierto es que el culto del favorito del príncipe empieza con Hefestión. La pregunta que Alejandro hace a Ammón si debía venerarle como héroe, es contestada afirmativamente,[221] por lo que se decide la construcción de un suntuoso heroón en Alejandría. El rey mismo quería ser enterrado en el templo de Ammón.

219. Cf. p. 215 y s.
220. Arriano, VII, 20, 1.
221. *Ibíd.*, VII, 14, 7. Según una versión, también habría consultado respecto a una veneración de Hefestión como dios.

Como dueños de países asiáticos, los diadocos no podían por menos de amoldarse de alguna forma a su religión, al mismo tiempo que propagaban por todas partes el culto griego. En ello les favorecía la antigua inclinación de los griegos a buscar la identidad y parentesco de sus dioses con los de otros pueblos,[222] venerando fuera de su patria a los dioses extraños, sin dejarse impresionar por sus figuras míticas y formas artísticas distintas, y aun introduciendo en Grecia los dioses extranjeros, si bien de manera muy condicionada.

A este respecto, hay que mencionar principalmente a los Tolomeos. Ya en Tolomeo Lago se revela una gran inclinación hacia la teocracia, sobre todo en el asunto de Serapis, al que manda llevar desde Sínope, en el Ponto, a Alejandría, debido a una aparición en sueños que le interpreta el eumólpida Timoteo de Eleusis. De cualquier modo que se mire este asunto obscuro, los hechos son que un dios del tártaro, que en Sínope solía considerarse como Plutón, y que sin duda tenía las formas artísticas griegas (estaban representados junto a él Cerbero y una serpiente) se traslada a Alejandría y se identifica (¿sólo aquí realmente?) como Serapis, es decir, como una figura de Osiris conocida desde tiempos antiguos como tal en Egipto, y que debía de corresponder al Plutón griego.[223] En el sitio donde aquel Serapis, junto con Isis, había tenido un santuario antiguo, se levantó, pues, el Serapeo, y Serapis fue para Alejandro el gran

222. Cómo en el sentido de mezcla de dioses, en cierto modo hubo un helenismo, mucho antes de Alejandro, cf. Preller, *Gr. Myth.*, I, p. 212.

223. Tacit., *Hist.*, IV, 83 y s.; Plut., *De Iside et Osiride*, 28; Macrob., *Sat.*, I, 7. Ya Alejandro encontró un templo de Serapis en Babilonia. Arriano, VII, 26, 2. Existen dudas si no pudiera haber llegado Serapis a Sínope en tiempos antiguos de Egipto, y si no habría que pensar por ello en el pretendido parentesco entre colcios y egipcios.

dios, patrón de la ciudad, siendo más adelante venerado en cuarenta y dos ciudades, aunque situadas en su mayor parte en el Bajo Egipto.[224]

Pero estos príncipes inteligentísimos también sabían establecer buenas relaciones con las demás religiones nacionales, porque así se requería en interés de su propia seguridad y porque como griegos les era fácil amoldarse a ellas; probablemente sabrían que el persa, con sus presunciones de Ormuz, se había obstruido su dominio de Egipto, provocando constantes rebeliones; también se habrían dado cuenta del hecho de que en Egipto la nacionalidad estaba identificada esencialmente con la religión. Por esto adoptaron el estilo egipcio, y sus templos, aunque no parece hayan dominado su idioma;[225] hacían grandes obsequios a los sacerdotes, les concedían rebajas en las contribuciones, etc., y sabían hacerlo con la necesaria habilidad para que los templos antiguos les entregasen gran parte de sus riquezas; protegían la religión, pero se aprovechaban no poco de ella. Con todo esto, no se olvidaban de su propia deificación, en lo que los Faraones habían sido sus precursores, y esto en muy alto grado, mandando edificar templos en su honor, consagrarles estatuas de dioses[226] y cantarles pea-

224. Según Macrobio, se construyeron todos los templos de Serapis, en Egipto, fuera del territorio urbano propiamente dicho, porque sólo aquí se solían sacrificar animales.

225. Plut., *Anton.*, 27. Según esta cita habían dejado en parte el título de μακεδονίζειν, lo que realmente no tenía ningún sentido, si sus guardas ya no eran auténticos macedonios.

226. En imágenes rindieron homenaje Tolomeos posteriores a sus antepasados, por ejemplo, Epífanes al Filadelfo. Cf. Cless en *Pauly* (del cual se han extraído varias citas), VI, 201, nota. Una continuación del culto de Hefestión es que la amante de un Tolomeo, Belistica, recibe en Alejandría, de Tolomeo Filadelfo, santuarios con la inscripción «a la Afrodita Belistica». Por fin se presentó Cleopatra públicamente en Tarsos como Afrodita, y en Alejandría como «nueva Isis», con el traje de la diosa. Plut., *Ant.*, 26, 54.

nes.[227] Ya el primer Tolomeo y su Berenice fueron proclamados «los dioses salvadores» (θεοὶ σωτῆρες), y los sacerdotes, al declarar a los reyes macedónicos como sagrados e invulnerables, les agradecían los favores recibidos y adquirían nuevas gracias, sin hacer por ello probablemente la menor concesión teológica.[228] Estas relaciones amistosas se revelan cuando Egipto da al tercer Tolomeo el nombre de bienhechor (Evérgetes) en agradecimiento, porque en su gran expedición de saqueo por Asia buscaba con gran cuidado las imágenes divinas robadas anteriormente por Cambises y las reintegraba a Egipto; también en honor de su nieto Epífanes pone, por las muchas donaciones de imágenes que hizo, así puede considerarse más bien como culto a los héroes, y si más adelante se le llama «dios» (θεός) a Antíoco II, como restauraciones y nuevas construcciones para favorecer el culto egipcio, la inscripción de Roseta, en escritura jeroglífica, demótica y griega, y en su honor parece haber sido introducida la solemne consagración real en el templo de Ftah en Menfis.[229] Aparte todo esto existía, no obstante, algo tan internacional como el culto suntuoso a Adonis en la cosmopolita Alejandría, el que indudablemente era popular para griegos, fenicios y demás asiáticos, e incluso finalmente llegó a ser comprensible hasta para los egipcios.

227. Lo último ocurrió, según Aten., xv, 52, en honor del primer Tolomeo, por lo menos en Rodas. Se conocían, además, peanes de Cratero, Antígono y Demetrio, después de que los hubiera introducido Lisandro. Una frase áspera de Antígono, cuando se le llama hijo de Helios, cf. Plut., *Reg. Apophth. Antig.*, 7.

228. Matter, *Essai historique sur l'école d'Alexandrie*, I, 59.

229. Según Suidas, s. v. *Caronte Naucrat.*, hasta valía la pena escribir un «liber pontificalis». Caronte de Naucratis escribió un libro acerca de los sacerdotes de Alejandría y del Egipto, su sucesión y sus hazañas.

Mientras que los Tolomeos cuidan el culto del país extremadamente, los Seléucidas más bien tienen que ensalzar a la religión griega. Reinando sobre pueblos de distintas religiones y apoyándose no sólo sobre sus mercenarios macedonios, sino también sobre las ciudades grecomacedonias de su reino, su situación es otra que la de aquéllos, así que en el mejor de los casos ocurre que Seleuco Calínico (a. del 226) construya en Antioquía, donde parece haber existido una especie de colección de dioses,[230] un santuario a Isis, para el cual Tolomeo Evérgetes regala la imagen; sin embargo, en las monedas de este reino sólo aparecen grabados dioses griegos. Tampoco parece producirse aquí la deificación oriental de los reyes. Antíoco I mandó construir en Seleucia, sobre las cenizas de su padre, un templo que se llamó Nicatorión, con un témenos a su alrededor,[231] pero esto

230. Sobre los dioses llevados allí desde Chipre, véase tomo II, p. 185 y s. Isis influye sobre Seleuco, por sueños, para hacerla traer de Menfis y entregarla voluntariamente al Tolomeo de entonces. La imagen es traída en una nave, y entonces se convierte la ciudad, según Libanio (p. 308), en albergue de los dioses, pudiendo, si quisiera, competir con el Olimpo, porque la estancia de aquéllos allí es una epopeya creada por los poetas, mientras lo que está reunido aquí, donde un templo se levanta al lado de otro, convence a la vista. Como prueba de la predilección de los dioses por Antioquía se cita (p. 306 y s.) la historia de una Artemisa maravillosamente bella, que se hizo dar para Egipto, de un Seléucida, un Tolomeo que había venido de visita. Allí tuvo Artemisa tal deseo por volver a su país, que atormentaba a la reina egipcia con enfermedades y reveló la causa por sueños, por lo que fue devuelta la imagen, llamándose desde entonces en el templo de Antioquía "Αρτεμις 'Ελευσινια. También un Zeus Casio, que los romanos se llevaron, obligó a éstos a que le devolviesen mediante relámpagos. «Tanto quieren nuestros dioses a este lugar y tan deseosos están los extraños por convertirse en nuestros.» Sobre las Tiques de ciudades seléucidas y su culto, cf. tomo I, p. 98 y s.

231. Apiano, *Sir.*, 63. Según *ibíd.*, 64, también los res-

puede considerarse más bien como culto a los héroes, y si más adelante se le llama «dios» (θεός) a Antíoco II, no es que haya sido objeto de deificación por parte de los sirios, sino por decisión de los milesios, a los que había liberado de un tirano. En todo caso fueron adversas las relaciones del régimen seléucida con la religión de los Magos. Alejandro parece haber vivido con ellos en paz e inteligencia; pero ya frente a Seleuco se revelaron desde el principio como desleales, intentando hacerle perder, cuando fundó a Seleucia a orillas del Tigris, el tiempo señalado como a propósito por los agüeros, por temor que su influencia pudiera desaparecer si otro linaje más fuerte se colocaba junto a ellos;[232] y cuando después los partos (cerca del 235) se apoderan de gran parte de Mesopotamia, relegando a los Seléucidas a la parte occidental de su reino anterior, inmediatamente se colocan al lado de esta nueva potencia, que incluso en aspecto religioso representa la mayor reacción contra el helenismo; es más, la creación del reino parto tiene que haber sido parcialmente obra suya. Aunque los Seléucidas hubieran tolerado la religión de Zend, los representantes de ella eran sus enemigos; por lo tanto, debió haberse producido una enemistad religiosa.

Cuanto más pasaba el tiempo menos parece que los Seléucidas se molestaban en tener consideraciones con los cultos asiáticos. Antíoco III *el Grande,* agotado económicamente por la guerra con los romanos, hacía una expedición de saqueo contra el templo de Belo en Elimais, siendo muerto allí con todas sus tropas. Su hijo y segundo sucesor, Antíoco IV Epífanes, hizo informarse por un partido helenista de los judíos que Palestina le sería leal y segura sólo cuando suprimiera los

tos mortales de Lisímaco estaban enterrados en Lisimaquia, en un santuario que llamaba Lisimaquión.

232. Apiano, *Sir.*, 58.

partidarios ortodoxos del judaísmo—quienes también eran al mismo tiempo partidarios de los Tolomeos—; además, Antíoco IV codiciaba los tesoros del templo de Jerusalén (sin lo cual probablemente hubiera dejado en paz la religión judía). Por su introducción forzosa del culto y de la civilización griegos y las opresiones ejercidas con tal motivo (aunque puede ser que sean muy exageradas en los relatos), etc., provocó la resistencia heroica de los Macabeos; también, como su padre, muere en Elimais, cuando regresaba de otra expedición igualmente fracasada contra un templo de Anaitis.

En la misma Grecia, en cambio, se encuentra la religión en un estado de descomposición progresiva en la conciencia de los hombres. En vista de que el politeísmo parece teóricamente insostenible frente a la reflexión, empiezan a invadir a los pensadores conceptos monoteístas, panteístas y ateístas del mundo, y también gana terreno el racionalismo de Eutémero, que era un amigo o funcionario de Casandro. Helenismo y Filosofía se hacen casi sinónimos, donde los bárbaros, como aquellos judíos alejandrinos, estaban compenetrados con él, también se hicieron conocedores de ésta;[233] pero, por otra parte, penetran en la religión griega Baal, Astarté, la Gran Madre y Atis, así como el Mitra persa, y precisamente estas deidades mezcladas son suntuosamente veneradas en todas partes. Todo esto se efectúa sin que se sepa cómo, pero cuán intensa era tal mezcla nos lo pone luego de manifiesto la época romana.

233. En tiempos de Filadelfo, el rey de los etíopes Ergámenes de Meroe, que había participado de la educación y filosofía griegas, no toleró más que los sacerdotes ordenaran a su placer el suicidio, sino que a su vez mandó matar a los sacerdotes en el santuario, abolió aquella orden y reinó libre desde entonces. Diod., III, 6, 3.

A la sazón se presenta también, como elemento esencialmente nuevo que antes sólo esporádicamente penetraba en la vida griega, la astrología, mientras que apenas se habla ya de consultas a Delfos u otros oráculos por parte de los diadocos. Respecto a esta cuestión, que ha llevado el espíritu griego a derroteros completamente equívocos, podemos referirnos a una parte anterior de esta obra.[234] Lo que, en cambio, permanece auténticamente griego es la predilección por el mito. Mediante el trasplante de mitos griegos (aparte la de nombres, lo que es lógico) se hacían verdaderamente familiares para ellos las ciudades del cercano Oriente. Esto fue de fácil realización en el Bajo Egipto, pues por Homero, los nombres de Proteo, Teonoa, Ulises, Menelao y Helena estaban relacionados con aquellos lugares. Exclusivamente de la Era alejandrina, en cambio, será la leyenda épica de Canobo, el joven y hermoso amante de Teonoa, que, muerto de la mordedura de una serpiente, es sepultado por Menelao y Helena en el sitio donde ahora se levanta la ciudad que lleva su nombre;[235] evidentemente, para esta epopeya, se habían inspirado en el sepelio de Osiris-Adonis. También en el reino de los Seléucidas el mito sigue a los griegos; la fuente del río Aborras (es decir del Caborras, que desagua en el Éufrates, cerca de Circesión) era la misma, según decían los indígenas, en la que se bañó Hera después de sus bodas con Zeus; allí abundaban deliciosos perfumes y en el agua saltaban bandadas de mansos peces.[236] Cómo el escenario de la epopeya de Dafne y su transformación en un laurel fue trasladada a Antioquía, y cómo allí se localizaban héroes griegos, lo hemos visto anteriormente (p. 217 sig.); también hubo allí una Castalia, donde

234. Tomo II, p. 377 y s.
235. Conón., 8.
236. Eliano, *Nat. anim.*, XII, 30.

Apolo hacía sus revelaciones mediante el bullir y borbotear de las aguas, interpretados por los sacerdotes.[237]

Veamos ahora los griegos en su patria. Al considerar la historia griega anterior, puede llegarse a la conclusión de que en toda la historia universal no se encuentra ningún pueblo que haya querido conservar su forma de vida a un precio tan terriblemente caro como lo pagaron las polis griegas. Desde que en ellas penetra el régimen democrático, predomina en su interior la persecución permanente de todos aquellos individuos que *pudieran* llegar a ser importantes, y que temporalmente como funcionarios o estrategos *tienen* cierto relieve; hay una enemistad inexorable al talento, por muy leal y devotamente que sirva a la patria, y un ataque periódico contra los que poseen algo; todo esto llegó a la convicción, inculcada en estos perseguidores, de que, al tratar de tal modo a todos los que eran algo, necesariamente tenían éstos que abrigar odio contra ellos en su interior, y en cualquier ocasión, a la fuerza les habían de traicionar. Este estado de cosas era ya antiguo, y puede tildarse de infantil la idea de que hayan sido los «malvados» macedonios quienes un buen día hayan robado a los griegos su libertad y todos sus altos valores. Lo cierto es que así se seguía obrando, mientras el mundo griego permaneció relativamente concentrado, mientras la ausencia de la patria se consideró como una desgracia y mientras que la ciudadanía, a pesar de todos los malos tratos, era lo único y lo era todo. Pero ahora se había ampliado el mundo de un modo inaudito; toda la existencia era móvil, la apolítica de los más excelentes era lo corriente, y las distintas dinastías les alentaban a desarraigarse de las ciudades; ¿qué de extraño hubiera tenido, pues, que bajo tales auspícios éstas abdicasen de

237. Nonn., II, 2.

sus concepciones, uniéndose a un conjunto estatal mayor, como, por ejemplo, Macedonia?

Si así hubiera sucedido, teniendo en cuenta «la dicha personal» según el concepto moderno, hubiese sido mucho «más oportuno»; pero sucedía que la Polis era un organismo inmensamente fuerte, que se defendía todo el tiempo posible contra una enfermedad terrible; así se mantuvo y rehízo hasta en la mayor miseria, y del hundimiento más profundo surgió de nuevo su «autonomía». Por esto se defienden con todo furor las ciudades sicanas contra Agatocles, a pesar de haber sufrido cambios de población, mezclas raciales, cambios forzosos de residencia e incluso creaciones de ciudades completamente nuevas durante doscientos años, y la mayor parte, al menos diez veces, por medio del asesinato; y es que ella constituye un verdadero santuario para los helenos, siendo para ellos lo que para otros pueblos algún que otro templo; aunque el ciudadano particular no se avergüenza (pensemos, por ejemplo, en el autor de los *Diálogos* seudoplatónicos, Hiparco y Minos, que son de una época de los principios de Macedonia) en exaltar la Monarquía; a veces muestra incluso verdadero ingenio servil hacia ciertos diadocos, y aunque también a veces lo hagan ciudades enteras, sin embargo, al someterse a un estado mayor (pudiendo haber puesto incluso sus condiciones) les es completamente imposible, por muy triste que sea su aspecto interior, no conociendo tampoco los griegos libres, aún los más tardíos, aquellas incorporaciones inadvertidas y apáticas de ciudades modernas de un Estado a otro; las ciudades diadocas orientales, empero, nacieron desde un principio como partes de grandes Estados.

Es que de la autonomía depende la igualdad, y aun el más ambicioso tiene que resignarse a ser un particular, a ser considerado como uno de los tantos y a ser

vencido en las elecciones por cualquiera que tenga más suerte;[238] que este estado de cosas era el preferido lo sabía muy bien el mejor conocedor de los griegos: Filipo de Macedonia, y lo había tenido en cuenta en su trato la Tesalia, no tomándola por conquista, sino aprovechándose de las pendencias de una ciudad contra otra, tomando partido por las que le llamaban; donde vencía, no expulsaba a los vencidos, ni se hacía entregar las armas, ni destruía las murallas; las disensiones interiores más bien las fomentaba que les podía fin; apoyaba al más débil, destruía al más fuerte, era en todas partes el amigo del demos y mimaba a los demagogos. Así, y no por las armas, se hizo dueño de Tesalia.[239]

Pero aun suponiendo que aquella imposibilidad interior de unirse a un Estado más grande no hubiera existido, el Estado más indicado, contra cuyo dominio los demás diadocos no hubieran podido hacer nada, es decir, Macedonia, era en sí misma demasiado desconcertada para estar a la altura de tal tarea, porque hasta los tiempos de Antígono Gonatas, bajo el cual llegó a estar de nuevo en manos fijas, se sucedieron en ella las dinastías como las sombras, y la mayor parte del tiempo no se sabía quién representaría al país en lo sucesivo. No obstante, a los griegos se les requería y se les ordenaban las cosas más dispares, y mientras tanto, los Tolomeos tuvieron tiempo sobrante para establecerse en la mitad del Archipiélago; Macedonia da también durante mucho tiempo la impresión de como si el peso de gigantescos recuerdos la impidiera morirse.

Que los helenos no eran capaces de unirse entre sí, ni aun momentáneamente, para desempeñar de nuevo un papel importante mediante sus fuerzas unidas, nos

238. Diodoro, xx, 79.
239. Polieno, iv, 2, 19.

lo prueban los primeros acontecimientos que siguieron a la muerte de Alejandro: la guerra lamíaca. Cuando llegó la noticia de su muerte, la excitación fue enorme;[240] inmediatamente se tomó en Atenas la decisión de librarse con todas sus fuerzas del dominio macedónico, estando también dispuestos a ello todos los demás griegos; pero como los que instigaban constantemente en las ciudades a guerras, disidencias y partidismos eran, precisamente, aquellos que por no tener nada no podían perderlo, siendo también ahora los primeros en este aspecto, los pudientes se les opusieron y aconsejaron desistir de aquella empresa;[241] así, después de un principio afortunado, terminó esta rebelión contra Antípatro del modo más desastroso, debido a la discordia que pronto se produjo. Los helenos eran sólo aptos, como decía Demóstenes (o Foción), para la carrera normal, pero no para la de largas distancias.[242] Desde entonces las polis están, después de haberse sometido una por una a Antípatro, en última fila de las luchas partidistas de los diadocos, empezando, especialmente para Atenas, una época de gran miseria, pasando de manos de un poderoso a otro.

En primer lugar, Macedonia exige de la ciudad humillada otra clase de mayoría que la que tenía hasta entonces, imponiéndole a tal fin un cambio de constitu-

240. Según una anécdota graciosa relatada por Plut., *Foc.*, 24, no quería creer Demades aquella noticia porque, «si fuese cierta —decía este orador—, el olor de un muerto así se habría esparcido ya por toda la Tierra». Foción, en cambio, procuraba serenar a la multitud con la frase de que si Alejandro estaba muerto hoy, también lo estaría mañana y pasado mañana, y que, por lo tanto, había tiempo para pensarlo todo bien.

241. Diodoro, XVIII, 10. Respecto a cómo la altanería ateniense en seguida volvió a aspirar a la hegemonía, cf. Plut., *Apophth. Reg. s. v. Foc.*, 12.

242. Plut., X, *Coart. vit. s. v. Demóstenes*, p. 46 E.

ción timocrática: todos aquellos que poseen menos de 2.000 dracmas son privados del derecho activo de ciudadano, por considerárseles inclinados a rebeliones y guerras (el número de éstos es de unos 12.000), y a los restantes, unos 9.000, se les hace dueños de la ciudad y su territorio, que se rige por las leyes solónicas; Foción, debido a que el demos ya no podía cometer excesos, no consideraba mala tal situación; sin embargo, había que aguantar una guarnición macedónica en Muniquia, a cuya retirada no estaba dispuesto el Estado vencedor; cuando los atenienses, unos años después (319) lo pidieron por medio de Demades, sólo sacó a relucir de qué mala manera un diplomático ateniense, que en sus tiempos se había querido hacer pasar por muy poderoso, podía ser aplastado por el engranaje político. Este gran orador sin ideal alguno, que constantemente se había dejado sobornar por Alejandro, había intentado desgraciadamente influir sobre Perdícas contra Antípatro, pero éste, que estaba en poder de su correspondencia con aquél, le privó de la vida a él y a su hijo Demeas.[243]

Cuando murió Antípatro, el nuevo regente del reino, Polispercón, hizo inmediatamente lo contrario de su predecesor; en la lucha contra Casandro, y como tutor de la familia real, quiso disponer de las polis griegas como de libres aliados e implantar democracias en lugar de las oligarquías impuestas por Antípatro,[244] a cuyo fin llevó todos los desterrados a sus polis. En Atenas, este cambio en la política macedonia ocasionó

243. Diodoro, XVIII, 48; Plut., *Foc.*, 30. Según Plut., *Foc.*, 1. Demades llevaba su política, según él mismo decía, con el casco naufragado del Estado; él también era un náufrago político.

244. Diodoro, XVIII, 55, existe ya para esta clase de cambios de constitución la expresión ἐλευθεροῦν. Cf. *ibíd.*, 56, la carta pomposa de los reyes sin poder a los helenos.

el hundimiento del partido de Antípatro y especialmente el de Foción; éste había incurrido en gran culpa al confiar demasiado tiempo en Nicanor, capitán de Casandro, y al no haber impedido a tiempo que desde Muniquia se hiciera fuerte en el Pireo. No deja de ser muy característica la conducta de los atenienses hacia él, y puede decirse que Atenas, vuelta a ser «libre», se muestra aquí con toda su bajeza. Después que Polipercón entrega al pueblo, con sus odios cobardes, a los que se habían refugiado bajo su protección, no se habla ya de procedimiento legal ordinario: Foción y sus amigos, cuyo perdón en balde ha requerido, tienen que beber la cicuta, «según la costumbre de los antepasados»; Atenas siente una necesidad impetuosa de tener una víctima honrada.[245] No fue Atenas el único

245. Cf. antes, p. 192. Diodoro, XVIII, 65 y s. De Plut., *Foc.*, 39 y s., y añadimos lo siguiente: Polispercón recibe a Foción y a sus amigos, que le habían encontrado, al mismo tiempo que a sus acusadores, en una aldea focense, delante de un gran baldaquín debajo del cual estaban sentados el rey Filipo Arideo y sus amigos. En seguida hizo coger a Dinarco y someterle a tormento y matarle; luego concedió la palabra a los atenienses, los que, acusándose unos a otros, armaron tanto alboroto, que uno de ellos mismo dijo: «Metednos a todos en una jaula de martas y mandadnos a Atenas para que allí demos cuenta de nuestra conducta». El rey se rió, pero los macedonios circunstantes y extranjeros, sin prisas (evidentemente, deseaban escuchar el modo de hablar ático, al que no estaban acostumbrados), hacían señas a los delegados para que presentasen allí mismo su acusación; sin embargo, no hubo imparcialidad, y Foción tuvo que aguantar, además de otras rudezas, numerosas interrupciones por parte de Polispercón. Por fin fueron llevados él y sus compañeros a Atenas, al tribunal, es decir, realmente a la muerte. Se les llevó en carros por el Cerámico al teatro, donde se reunió una asamblea en la que figuraban esclavos, extranjeros, atimios e incluso mujeres. Cuando alguien protestaba contra la presencia de ellos, la multitud gritaba que se matase a los oligarcas y enemigos del pueblo a pedradas; luego tuvo efecto, mientras que los decentes se cubrían la

lugar donde se produjeron persecuciones sangrientas; también en el Peloponeso hizo saber Polispercón a todas las ciudades que debían matar a los oligarcas de Antípatro y devolver al demos la autonomía.

Pero pronto tuvo Atenas que hacer las paces con Casandro, por las que accedía a las condiciones de una ocupación macedónica en Muniquia y restricción de los derechos de ciudadanía, que alcanzaba esta vez a los poseedores de diez minas; además, sería prefecto de la ciudad (ἐπιμελητής) un ateniense nombrado por Casandro. Sin embargo, Casandro, malvado en todos sus demás rasgos, proporcionó en esto a los atenienses otros diez años felices, al elegir a Demetrio de Falero, porque éste procuraba ayudarles no aboliendo la democracia, sino mejorándola. Aun así, la envidia y enemistad contra el dominio de pocos se incrementaron de tal modo, que tuvo que huir a Egipto cuando por vez primera vino Demetrio Poliorcetes (307); se le condenó a muerte, y las 300 imágenes y estatuas que se le habían erigido fueron destruidas o fundidas.[246] La reducción de la democracia la consiguieron sólo los romanos después del 146 con relativa facilidad, pero con una Grecia inmensamente más pobre y cansada.

Entretanto, vuelven a surgir las esperanzas más

cara, la condenación a muerte de cinco presentes y tres ausentes, dentro del mayor desorden. Hasta en el camino a la cárcel, Foción fue insultado y escupido; en la cárcel no había bastante cicuta, y Foción, además, tuvo que pagar la suya. Para colmo de rudezas, era el día de la procesión de los caballeros en honor de Zeus; de ellos, algunos se quitaron las coronas, y otros miraban llorando hacia la puerta de la cárcel. El cadáver fue llevado más allá de las tierras de Eleusis, y ningún ateniense encendió fuego para incinerarlo; más adelante vino el arrepentimiento, se castigó a los acusadores, se le erigió a Foción una estatua de bronce y se volvió a recordar a Sócrates.

246. Estrabón, IX, 1, p. 398.

brillantes, ya que los diadocos compiten en adular a los griegos; el mismo Casandro hace todo lo posible para su Casandrea, y reconstruye y repuebla a Tebas,[247] lo que, por cierto, Antígono, en una reunión de su ejército, le reprochaba como crimen, porque «había reconstruido una ciudad destruida por macedonios»; no obstante, el mismo Antígono declaraba que todos los helenos debían ser libres, autónomos y no sujetos a la ocupación extranjera, y su adversario Tolomeo escribía algo parecido, para que los griegos se diesen cuenta de que él propugnaba su autonomía no menos que Antígono.[248] Todo esto no impidió que en Argos un general de Casandro encerrara en el Pritaneo a 500 hombres del bando de Polispercón, partidario en aquellos momentos de Antígono, quemándolos vivos. Él, que no quiere ser cruel por sí mismo, no tiene más que dejar libertad de acción a los partidos: habiéndole dejado entrar en la ciudad arcadia de Orcómeno, Casandro da permiso a los «ciudadanos» para proceder contra la gente del partido de Polispercón, que habían buscado refugio en un santuario de Artemisa, siendo arrastrados desde los altares y asesinados «en contra de la usanza común de los griegos» (τὰ κοινὰ νόμιμα) de forma tan bárbara, que su lectura repugna.[249] Un general de Antígono, que ha conquistado a Egio, tampoco puede realizar su propósito de restablecer «la libertad de los egios», *porque sus soldados* saquean la ciudad, causando una terrible matanza y destruyéndola en parte;[250] en una

247. Cf. antes, p. 224. Los atenienses se permitieron, en esta reconstrucción, la barata demostración de ir coronados. La misma Tebas, que debía su nueva existencia a Casandro, no obstante, se dejó «liberar» poco después por un general de Antígono, que tomó la Cadmea y expulsó a la guarnición de Casandro. Diodoro, XIX, 78.
248. Diodoro, XIX, 61 y s.
249. *Ibíd.*, 63.
250. *Ibíd.*, 66.

palabra, cuando una ciudad pasa de la obediencia de un pretendiente a la de otro, siempre se suceden para ella los horrores del aniquilamiento.[251] Entretanto Antígono, para que por lo menos se confíe en la seriedad de su propósito de restablecer la autonomía de los helenos, envía tropas para la «liberación» de las polis peloponésicas;[252] más adelante se realizan aún aquellas expediciones liberadoras de ciudades de su hijo Demetrio, quien creía que esa autonomía le había de proporcionar gran renombre, y que conseguiría para ello adquirir de las ciudades griegas considerables contingentes de tropas, siguiendo en esto el pensar de su padre, que también había opinado que los griegos se convertirían para él en valiosa vanguardia.[253] Cuando luego, debido a la guerra de Ipsos, tuvo que volver a Asia para reunirse con su padre, pone como condición, en el tratado que hace con Casandro, que las ciudades griegas, no sólo en la Hélade, sino también en Asia, serían libres.[254]

Sin embargo, estos Antigónidas, dueños temporales de Grecia, son quizá la más fuerte de todas las dinastías diadocas, y, como hemos visto, distintos de los demás diadocos, pues su Casa se mantuvo durante varias generaciones limpia de todo homicidio entre miembros de la familia. Frente a los griegos, su política persigue esencialmente ganar sus simpatías, y a esto intenta

251. También, en Cratesiópolis, la viuda del hijo de Polispercón (asesinado por falsos amigos), que se mantuvo en Sicione, y de Diodoro, era tildada de *mater castrorum (ibíd.,* 67), mandó atacar, cuando los ciudadanos se reunieron en armas para conseguir su libertad. En esta lucha perecieron muchos, y ella mandó crucificar cerca de treinta.

252. Diodoro, XIX, 74.

253. Cf. antes, p. 242. Diodoro, XX, 45, 100, 102, 103. Según 110, tenía Demetrio (302) en la guerra contra Casandro, 25.000 hombres de las ciudades helenas, es decir, tropas mercenarias, más de la mitad de infantería.

254. Diodoro, *ibíd.*, III.

contribuir el esplendor con que Demetrio, entre otros lugares, se presenta en Atenas, en las Hereas de Argos, donde preside un agón panhelénico, y en el Istmo, donde hace que le proclamen caudillo de Grecia; en la Hélade esperan su gloria (ya Antígono decía que ésta se propagaría desde allí a través de todo el mundo habitado como por medio de altos luminares), y por conseguirla pretenden gastar con los griegos los bienes que obtuvieron por la humillación de los bárbaros.[255] También sabe proceder Demetrio con mucha clemencia, tanto después de la doble disidencia de Tebas, como después de la de Atenas. Del mismo modo como Alejandro había sido cruel con Tebas, y luego, premeditadamente, clemente con Grecia, también aquí se nota más adelante un cambio curioso en el proceder de esta Casa; aparte la ayuda que prestan a las polis libres, mantienen los Antigónidas guarniciones en Grecia, apoyan a tiranos, y Antígono Gonatas, a quien se suele tildar de caballeresco, emplea también a veces métodos bastante infames.[256] Tan pronto como surja Roma, ellos serán los primeros representantes del antagonismo griego contra los romanos, y para la desgracia creciente de Grecia, tendrán imitadores entre los demás diadocos hasta Mitrídates.

Parece ser que, en general, los diadocos creyeron depender de los griegos para proveerse de la inteligencia necesaria en sus gobiernos y países, explicándose así la gran evergesia que los príncipes pergaménicos y los Tolomeos observan con Atenas, y la enorme genero-

255. Plut., *Demtr.*, 8.
256. Plut., *Arat.*, 17. Más adelante dice Demetrio de Faras a Filipo *el Menor*, respecto al dominio macedonio sobre el Peloponeso: «Por los cuernos tienes que tener sujeto al buey». Los dos cuernos eran Acrocorinto e Itoma. Estrabón, VIII, 4, p. 361.

sidad y largueza de casi todos los diadocos con Rodas, damnificada (*cerca de 226*) *por un* terremoto.[257] Pero mientras existan los diadocos poderosos, las ciudades griegas vacilarán entre resistencia y adulación insensata, teniendo que atenerse a sus consecuencias; sólo una cosa no les es dada, como ya hemos dicho: el conformarse con una condición de súbditos en calma y piedad. No saben estar sin sus Asambleas populares y Concejos soberanos, aquellos «contiones», de los que todavía se burla Cicerón en su discurso de Flaco, y frente a los cuales los senadores romanos, siendo entonces todavía un cuerpo homogéneo, dan a Cineas la impresión de una asamblea de reyes.

Macedonia, con sus ocupaciones parciales de territorio griego era, por lo menos, una potencia completamente griega, què no tenía interés en la ruina, sino en la hegemonía en Grecia; además, había protegido a los griegos contra los bárbaros, mientras tuvo gobiernos fuertes, y las victorias de Filipo y Alejandro, sobre ilirios y tribalos, quizá fueron, efectivamente, actos salvadores de la nación. Pero a esto sucedieron las décadas entre la muerte de Cansandro (297) y el final de Pirro (272), durante las cuales en la misma Macedonia sucedieron disturbios sangrientos; en este tiempo, Grecia pudo haberlo pasado peor de lo que realmente lo pasó. Un gran peligro momentáneo lo constituía la invasión de los galos (279), aunque a éstos más les interesaba el tesoro de Delfos, del que se dice habrían obtenido algo, que la conquista de las ciudades;[258] el que no bus-

257. Polibio, v, 88 y s. Obsérvense, también, los celos de Atalo del rey de Bitinia por su mayor deferencia hacia los bizantinos. Polibio, iv, 49.

258. Anatemas «que anteriormente, bajo Breno, robaron los galos de Delfos y que se encontrarían más adelante en la Tolosa gala». Dión Casio, *Fragm. Libr. Prior.*, 97. Lo que luego aconteció con ellos, véase Justino, xxxii, 3.

casen nuevos territorios en Grecia, no se debería a la resistencia que les opusieron los griegos (de la cual existen relatos ilimitadamente exagerados a favor de Atenas,[259] porque todavía se sabía mentir, sino más bien a que Grecia, en el estado en que entonces se encontraba, no tenía nada de tentadora. Sabido es que los trocmos, tolistobeos y tectosages fundaron luego en Asia Menor, que aun tenía campos amplios y fértiles, un dominio, y que estas tribus galas, durante mucho tiempo, hicieron la competencia, como mercenarios, a los griegos.

Pero mucho antes de aparecer los galos se había presentado, en el norte de Grecia, otra calamidad para la nación; la Liga etólica, que, de paso sea dicho, fue esencialmente distinta de la más tardía Liga aquea, por lo que no debe comparársela con ésta. Con la decadencia de la Grecia más civilizada, y con la disminución y amenaza del caudal humano en el siglo IV, se habían envalentonado los pueblos atrasados de menor importancia; tales fuerzas elementales, que por existir son ya interesantes, aun cuando se las tenga olvidadas o se las crea haber disciplinado, lo son aún más en este caso, en que el sistema mercenario las había vuelto a revalorar y darles importancia, puesto que a mucha de esta gente la encontramos ya en el *Anábasis*, de Jenofonte; ahora precisamente se unifica una de las mayores de estas tribus —una masa helenizada a medias—, y forma una burda organización politicomilitar, primero para defenderse contra los macedonios y demás enemigos, pero dedicándose luego, animados por esta defensa de su justa causa, a robos y saqueos en gran escala, para asartar periódicamente en horda aquellas polis cansadas

259. Diodoro, fragm., 1, XXII; Pausan., X, 19, 4-23, según el cual sólo habían caído cuarenta hombres en la batalla de las Termópilas.

y desconcertadas; son principalmente labradores y pastores, habitantes de pequeños lugares, que se dan una vida regalada a costa del ciudadano degenerado. Ya en la guerra lamíaca tuvieron los etolios el papel principal al lado de Atenas;[260] en aquel entonces,[261] Antípatro y Cratero fueron a su encuentro con 32.000 hombres, pero ellos organizaron intrépidamente un ejército de 10.000 hombres, llevaron a las montañas a sus mujeres, niños, ancianos y todos sus enseres, abandonaron los lugares abiertos, equipando, en cambio, las plazas fuertes; aun así, probablemente hubieran sucumbido a la campaña de invierno de Cratero, si la llegada de Antígono no hubiera motivado que ambos contendientes se volviesen hacia Asia contra Perdicas, concertándose compromisos con los etolios, pero con el íntimo propósito de trasladarlos a todos en su día a la parte más lejana y desierta de Asia (321). Ellos, por su parte, tampoco cumplieron lo convenido, sino que seguían luchando victoriosamente contra el ejército de Antípatro, vendiendo o rescatando a sus enemigos que cogían prisioneros, y llegando también a hacerse terribles a los acarnanios cuando éstos fueron mandados contra ellos;[262] posteriormente se mantuvieron constantemente y por todos los medios contra todos los que sucesivamente reinaron en Macedonia; en su lucha contra Casandro, que también se sirvió de los acarnanios contra ellos, por ser partidarios de Antígono, ocurrió ya un pérfido quebranto en la capitulación concertada con una ciudad acarnania, cuyos ciudadanos fueron asesinados, pero

260. Diodoro, XVIII, 11, donde se citan como pequeños pueblos que en ello tomaron parte los eteos, melios, dorios, locrios, focenses, enianos, dólopes, atamanos, y parte de los molosos.
261. Diodoro, XVIII, 24 y s., 38.
262. *Ibídem.*

también los ejércitos de Casandro alcanzaron éxitos en su lucha contra ellos.[263] Más adelante los vemos aliados de Pirro contra Demetrio,[264] y el punto más brillante de su carrera, al que invocaron después, fue su fuerte defensa contra los galos (279), en la que, evidentemente, desempeñaron el papel más relevante de todos los griegos.

A partir de entonces sale este resto de la Antigüedad, que había permanecido esencialmente bárbaro durante casi cien años, al encuentro del mundo intelectual tardío, en busca de botín, y frente a tal proceder etolio no le sirven a las ciudades griegas ni democracia ni ilustración, porque regiones altamente civilizadas, que están en quiebra política y social, son presa de toda clase de banderías, y cada polis está tanto más indefensa ante tales ladrones cuanto más arruinada la tiene la demagogia. Cabe dudar todavía si todos eran helenos, pues al menos de las tribus de los agraos, apodotas y anfílocos sabemos que Polibio (XVIII, 5) dice expresamente que no formaban parte de la Hélade.[265] Su régimen federal, con una asamblea anual en Termón (el Penetolión) y una comisión permanente (los apocletas) como órganos, y un estratego, un hiparca, y un escribano, como funcionarios, no supone un nivel político muy por encima del de una banda de ladrones organizada, y, efectivamente, lo más corriente en ellos es el asalto y el robo, tanto por tierra como por mar, y especialmente el robo de ganado, vendiendo su botín en cualquier plaza fuerte que ocupan eventualmente. Su modo de hacer la guerra es vergonzoso y sin honor, de acuerdo con su

263. Diodoro, XIX, 67 y s., 74.
264. Cf. p. 245.
265. Cf. también, lo que dice Tucídides, III, 94, del lenguaje ininteligible y de las costumbres toscas de las tribus etolias.

idiosincrasia; invaden los territorios sin previa declaración de guerra, y las razones en que motivan su conducta son mero escarnio y mentira; cuando se apoderan de una ciudad se da el caso curioso de que primero matan al que les abre las puertas, saqueándola luego para obtener dinero y joyas, para lo cual recurren incluso al tormento; evitan tan sólo el pillaje de los templos cuando les son entregados voluntariamente los objetos de valor que contienen, pero llevándose sin escrúpulos los rebaños de los dioses e incendiando poblaciones sólo por el hecho de que no pueden mantenerse en ellas, envidiando a los que, por no hacerlo, pueden quedarse en las mismas.[266]

Y es precisamente este pueblo, que se ha convertido, como antes los galos, en una chusma asesina y nómada, el que obliga poco a poco a muchas ciudades a entrar en su federación, e incluso se apodera de la dirección del sagrario de Delfos, para lo cual sólo podía invocar su único mérito ante la Hélade: su decisiva resistencia contra los galos. Lo mucho que ofende a estos ladrones rústicos el superior estilo de vida helénica se ve en la destrucción del Dión macedónico, donde arruinan también el Gimnasio, los templos y todas las estatuas de los reyes, y en la conquista de Dodona, donde incendian las estoas, arruinan muchos anatemas y destruyen la «casa sagrada». Es cierto que también se roban objetos de arte; cuando Filipo III entró en Termón, centro de fiestas, elecciones y mercados, no sólo estaba aba-

266. En la conquista de Pelena, en Aquea (241), se disolvieron en seguida en riñas salvajes por el botín; sus oficiales, inmediatamente se apoderaron de las mujeres e hijas de los peleos; cada uno cubría con su yelmo a la que había robado, en señal de botín de guerra, hasta que llegó Arato, de repente, matando a setecientos y ahuyentando a los demás. Aunque éste, poco después, concierta la paz y amistad con ellos, éstas no duran mucho tiempo. Plut., *Arat.*, 31, 33.

rrotado de provisiones y preciosidades, sino que también las estoas estaban llenas de anatemas; fueron encontradas 2.000 estatuas saqueadas, que los vencedores arrojaron a tierra para vengar lo de Dión, destruyéndolas siempre que no tuvieran aspecto o inscripciones que las caracterizaban como divinas.[267] Entre los helenos llegó a ser tal la fama de los etolios, que a los atentados arriesgados, como el intentado por un capitán etolio para asesinar a Tolomeo Filopátor, se les llamaba «atrevimientos etolios», y a las fanfarronadas «palabras suntuosas etolias».

Por fin llegamos a su alianza con Roma, a la que antes, durante la primera guerra púnica, habían ofendido, por dar una contestación insolente a su demanda de avecuar las ciudades acarnanias.[268] Al parecer, esta alianza se dirigía contra el rey Filipo de Macedonia, partidario de Aníbal, pero realmente iba contra la mayor parte de los peloponesios, beocios, eubeos, focenses, locrios, tésalos y epirotas, de tal modo, que los etolios debían quedarse con el país y las ciudades de aquéllos, mientras que los romanos se apoderarían de la gente y de los bienes móviles. Desde entonces, en las luchas entre Filipo y Roma, los vemos generalmente ponerse de parte de esta última. Un proyecto de reforma para su confederación, que entonces se pone a discusión, es de lo más arriesgado, y queda en manos de sus personajes más principales, enormemente endeudados por

267. Polibio, v, 9. Los etolios habían saqueado el Poseidonión en Ténaro, el Artemisión en Lusos, el Heraón en Argos y el Poseidonión en Mantinea. De donativos suyos conocemos la estatua de Gilón y la de Olidas en Olimpia. Paus., VI, 14, 5, 15, 2. Ambos eran ellos, y es de suponer que los etolios se considerasen parientes lejanos de ellos.
268. Justino, XXVIII, 2. El hecho de que ellos demuestren ciertos conocimientos de la historia romana anterior hace suponer que tuvieran letrados consigo.

sus orgías. Al final, también se enemistaron con Roma, porque ésta no les otorgó más ventajas tras la guerra del año 197, uniéndose en el 192 con Antíoco y en el 172 con Perseo; después les fue ya de hecho imposible seguir sus formas de proceder anteriores, y entonces es cuando se demuestra «que sus ánimos estaban abestiados»; en efecto, al no poder causar daños fuera de su país, producen entre sí mismos las matanzas más horrorosas: «todo estaba lleno de injusticias, violencias y asesinatos, y a menudo actuaban sin razonar y sin finalidad, como si los hubiera invadido una tormenta».[269]

Que la «esfinge etólica», como se llama en el *Itifálico* sobre Demetrio Poliorcetes[270] a este régimen montañés de atracadores, pudiera mantenerse tanto tiempo se debió también, en parte, a que el Epiro vecino, después de la muerte prematura de los nietos de Pirro, se había democratizado, y por ende debilitado. Más allá se levantaron ahora los ilirios, otro pueblo de rapiña, del que los helenos habían sido protegidos antes por Macedonia, atacando a todos los demás, emprendiendo expediciones para robar y saquear por tierra y mar, y atreviéndose a llegar hasta Esparta.[271] Felizmente, con el tiempo tuvieron que habérselas con Roma.

Nos queda que tratar aún, en primer lugar, de la forma tardía de la tiranía, tal como se presenta en Sicilia (el país de los tiranos κατ' ἐξοχήν), en el Peloponeso y en las regiones fronterizas de los Estados diadocos; no obstante, podemos remitirnos para ello a pá-

269. Polibio, XXX, 11.
270. En Aten., VI, 63.
271. Cf. el relato de Pausan., IV, 35, 4, de cómo en Motón (Mesenia), con el pretexto de venderles vino, invitaron a mujeres y hombres a que subieran a sus naves, haciéndose a la mar con ellos. Conceptos fabulosos suyos los relata Gelio, IX, 4.

rrafos anteriores de esta obra,[272] en que hemos tratado ya de esto, procediendo en su lugar a la exposición de la Atenas contemporánea y de las polis en general. Aunque los griegos en aquellos tiempos cumplieron con su misión, que consistía en convertirse de una serie de polis en el fermento civilizador del Universo, no dejaban de sobrevivir por ello, bien o mal, las polis de su patria, y, por otra parte, seguían surgiendo de antiguas ciudades, o de las colonias de los tiempos anteriores, la parte más importante de las personas que sobresalían por su arte, poesía o cultura intelectual. Atenas, a principios de la Era macedónica, es precisamente el centro representativo de la comedia nueva, el fondo de las cartas de Alcifronte, la sede principal de la filosofía, lo que ha seguido siendo siempre, convergiendo todavía en ella todas las miradas de los griegos del extranjero.

La ciudad, sin embargo, tras las muertes de Demóstenes y de Foción, empobrece asombrosamente de personalidades políticas, y no sólo de esta clase de personalidades, sino de cualesquiera otras, puesto que Epicuro, que nació en 342, hijo de una familia de clerucos áticos, en Samos, es el último ateniense de importancia para la historia universal. Esto tiene relación con la extinción de las familias famosas, que puede observarse desde la guerra peloponésica,[273] y probablemente tendrá por

272. Sobre Sicilia, cf. antes, p. 234 y s., 261 y s. Sobre la tiranía en general, cf. tomo I, p. 273 y s. A la allí (p. 274, nota 424) citada tiranía de Cibira, cf., también, Polibio, XXI, 34, donde se relata cómo el tirano cruel, Moagetes, sale al encuentro de Cneo Maulio Vulso, en su expedición contra los gálatas, en una mísera procesión y quejándose de su pobreza, por lo que logra se le reduzca el rescate romano, de 500 talentos a 100 y 10.000 medimnas de trigo.

273. Cf. antes, p. 26 y s. Casos aislados son, cuando se sabía aún de una de las esposas de Demetrio, la viuda de Ofelas de Cirene, que descendía de Milcíades, o cuando el historiador Duris (Plut., *Alc.*, 32, de Samos, pretendía ser

causa, aquí como en otras partes, que el demos agotara a tales familias, con su sed de placeres, por sus enormes contribuciones, confiscaciones, ejecuciones y numerosos asesinatos. Daba, sin embargo, la casualidad que dichas familias eran precisamente las de tradiciones más espirituales y morales, de clase superior en todos los aspectos, cuya desaparición no era indiferente ni para la helenidad ni para la posteridad. Desde la guerra lamíaca todo es posible en aquella Atenas corrompida, y al pueblo, acostumbrado por su comedia a todo, hasta a la burla más insensata, le parece bien siempre que ocurra algo y que vaya revestido de forma teatral; en lugar de los dioses se festeja ahora a los individuos, lo que se demuestra por los exagerados honores con que se celebró el advenimiento de Demetrio de Falero, el prefecto impuesto por Casandro, y aun con las 300 estatuas que levantaron para honrarle no se alcanzó todavía la meta de las adulaciones, como pudiera suponerse. Cuando Demetrio Poliorcetes (307) les devolvió a los atenienses su democracia, prometiéndoles, en nombre de su padre, trigo y madera para la construcción de buques, los atenienses les dieron a ambos el título de reyes antes que lo hicieran los demás; les llamaron, más adelante, «dioses salvadores»; los incluyeron en la lista de los héroes epónimos de las files, celebraron en su honor agones, procesiones y sacrificios, mandaron tejer sus nombres en el traje de la

un descendiente de Alcibíades. Todavía, en tiempos de Plutarco (*Temíst.*, 32), existe Temístocles el Ateniense, un buen amigo de Plutarco y compañero suyo de estudios con el preceptor común Ammonio. Éste todavía gozaba en Magnesia de los honores que aquella ciudad concedía aún continuamente a los descendientes del gran Temístocles. Parece haber ocurrido igual que con los descendientes del Profeta, e incluso podría haberse dado el caso de que se presentara uno que tuviese el mismo nombre.

diosa Palas; levantaron, en el sitio donde Demetrio se «había apeado del carro», un altar «al descendimiento de Demetrio», añadieron a sus diez files antiguas una denominada Antígona y otra que llamaban Demetria, dieron a los mensajeros de Demetrio el nombre de teoros, cambiaron el nombre del mes Muniquión en Demetrión, y colocaron las estatuas áureas de padre e hijo en un carro al lado de las de los tiranicidas; por cierto, todo ello, en el fondo, lo realizaron sin grandes gastos, a excepción de un subsidio de 200 talentos con el que decidieron contribuir. El inventor principal de tales adulaciones inútiles era un tal Estratocles, mencionándose también que, a pesar de ello, después todo salió mal: se rompió el peplo, y siguió un año de heladas.[274] Aun con todo esto no habían agotado sus recursos, pues tres años después, cuando Demetrio liberó a Atenas de Casandro, que tanto la acosaba, para aparecer originales organizaron esta vez homenajes de la más vil adulación, y se le permitió vivir —aunque fuese un huésped bastante extraño para una virgen— en el Ofistódomo de Palas, que él mismo mandó llamar hermana mayor suya. Allí llevó una vida de las más libertinas, lo que no impidió fuese introducido y consagrado en los misterios eleusinos, para cuyo fin hubo que juntar los meses para acortar el tiempo preparatorio; contra todo esto sólo se atrevió a protestar el daduco Pitodoro; no obstante, le fueron aún erigidos tres santuarios de Afrodita, con los nombres de su esposa Fila y de sus heteras Leana y Lamia, así como heroones y altares, al menos a tres de sus principales aduladores, Burico, Adimanto y Oxitemis, a los que se ofrendaban dádivas y cantaban peanes; él mismo se dio cuenta, no sin asombro, que tras esto no quedaba ya en su tiempo

274. Plut., *Demetr.*, 10 y s.; Diodoro, xx, 46.

ningún ateniense grande y valeroso (se le había recibido con incienso, coronas, dádivas, prosodias, etc., con el *pueblo amontonado a ambos* lados de las calles, bailando y cantando), que él sólo era un dios verdadero, y que los demás dioses, o estaban durmiendo, o lejos e inútiles del todo, y que era hijo de Poseidón y Afrodita, venerándosele al mismo tiempo con todo fervor.[275] Éste es, efectivamente, el contenido que se ha conservado en el *Itifálico,* que estos «combatientes de Maratón» no sólo cantaban en público, sino también en sus casas, y que termina con una oración por la liberación de la «esfinge etólica».[276] En Lemnos, los clerucos áticos erigían a su vez templos a Seleuco Antíoco, y en los convites, la última copa la llamaban la del Seleuco salvador.[277]

Pero, a pesar de todo, conviven entonces dos tipos de Atenas. Al lado del corrompido y locamente adulador, cuyos demagogos, estrategos, etc., no vale siquiera la pena nombrar, existe otra Atenas mejor, la que (304) se mantiene frente a Casandro hasta que Demetrio aparece como libertador; la que se libra en 287 de los macedonios bajo la jefatura de Olimpiodoro, y que, más adelante, desempeña un papel, aunque muy exagerado por la tradición, en la defensa contra los celtas y aun contra Antígono Gonatas, luchando en la guerra cremonideica (269 al 262), aunque sin suerte, por lo menos no sin honor. Antígono hizo entrar otra vez en Atenas a sus tropas; pero como ésta había quedado completamente inofensiva, permitió a los atenien-

275. Plut., *Demetr.*, 23 y s.; *Aten.*, VI, 32 y s., donde se menciona que también en Tebas fue constituido un templo a la Afrodita Lamia.

276. Cf. p. 320.

277. Aten., VI, 66. También dejaban que Temisión, un favorito de Antíoco, se hiciera venerar, en las grandes fiestas griegas, vestido de Heracles. Aten., VII, 35.

ses volver al régimen democrático,[278] volviendo a prevalecer la debilidad. En la segunda mitad del siglo III esta ciudad se mantiene cada vez más apartada, y Esparta cae, entre tanto, en poder de un Macanidas, y un Nabis se aprovecha de los favores de los reyes alejandrinos y pergaménicos. De la época alrededor del año 217 se dice en Polibio (V, 106) que Atenas no tomaba ya ninguna parte en los asuntos helenos, entregándose de lleno a todos los reyes, especialmente a Tolomeo Filopátor, y ejecutando, sin preocuparse si eran o no decentes, toda clase de decisiones populares y manifestaciones; más adelante se coloca al lado de los romanos, teniendo que aguantar la devastación de parte de su territorio, pero recibiendo a cambio, en compensación, después de Cinoscéfalo, algunas islas.

Mientras que los conocimientos sobre Atenas son amplios en la Era demosteniana, van escaseando más al principio de la Era diadoca, extinguiéndose completamente desde los años alrededor del 250, y así ocurre en general con todas las ciudades, pues la vida interior de las polis cada vez se conoce menos. La literatura existente no se refiere ya a ella; tampoco la retórica, y los discursos epidícticos sobre casos fingidos, que siguen pululando en alto grado, no han conservado ningún discurso político sobre el Estado, excepto, tal vez, en los historiadores;[279] su último orador famoso, según el testimonio de Cicerón,[280] fue Demetrio de Falero. En las historias de Plutarco, en el Arato y en otras partes,

278. Las ciudades portuarias ocupadas por él fueron, por fin (229), devueltas a la ciudad.

279. Por ejemplo, el discurso excelente de Agelao de Naupactos, en el cual los auspicios de los griegos durante la segunda guerra púnica son expuestos con una objetividad inexorable (en Polibio, v, 104).

280. Cic. *Orat.*, 27, 92, II, 23, 95; Quint., x, 1, 80, le llama «ultimus, fere ex Atticis, qui dici possit orator».

lo que tratan con detenimiento son los relatos de conspiraciones y los de estratagemas. Los sefismas que se han conservado, casi todos ensalzan a gente que no es digna de tales elogios o se refieren a intrigas de la impotencia política.

Lo que se sobreentiende existió en este tiempo, en que cada llamada «reforma» posible consistía sólo en anular las deudas y volver a repartir la propiedad rústica, es una baja de la prosperidad en general y un aumento considerable en los alistamientos como mercenarios al servicio de los diadocos. Pasado el tiempo poco suele oírse ya de coregias, trierarquías y demás liturgias de toda clase; por una metástasis rara ocupa, hasta cierto punto, su lugar la evergesia urbana de la gente particular, que luego, en la Era imperial, tiene un importante papel como cosa evidentemente voluntaria en lo esencial y motivada por la ambición. Respecto al ambiente político, los tarentinos, reunidos en su asamblea con su vil conducta frente a los delegados romanos, nos muestran cuál puede haber sido el mismo en muchas de las asambleas populares de ciudades griegas.[281] Fatales eran los teatros, todos los cuales se habrían ya convertido en lugares de reunión, donde se estaba acostumbrado a ver y oír toda clase de chistes y obscenidades; incluso el sabio Metón sólo puede obtener la atención de la masa con tales burlas cuando quiere prevenirla contra una ruptura con Roma, y Cicerón dice de las asambleas populares griegas:[282] «Cuando el pueblo inexperto, ignorante de toda clase de asuntos de Estado, se reunió en el teatro, emprendió guerras inútiles, encargó a cabezas turbulentas la jefatura del Estado y desterró a ciudadanos de muchísimo

281. Dion, de Hal., XIX, 5.
282. *Pro Flacco*, 7, 16 y s.

mérito. Y si esto ocurría en Atenas, ¿qué moderación pudo haber reinado en otra parte? —en este caso en Frigia—. Gente de tales pueblos a menudo llevan el desorden a nuestras mismas *contionas* romanas. ¿Cómo se portarán estando solos? También el juicio de Axíoco —seudoplatónico que vive en la Era alejandrina— sobre el carácter de la democracia es sintomático para los tiempos en los que vivía el autor; en su obra *Sócrates* compadece profundamente al estadista desdichado, que tiene que acomodarse a los caprichos del demos y padecer por ellos, porque el demos es una cosa ingrata, tornadiza, cruel, maliciosa e inculta, en cierto modo conglomerado de una masa confusa de charlatanes violentos, y quien traba relaciones con ella es tanto más desdichado».[283]

Pero aun ahora se fanfarronea con los héroes, y no sólo los atenienses lo hacen con sus hazañas contra los galos en las Termópilas, sino que, como característica de aquella época, también tienen que inmortalizar los argivos a Pirro, que había invadido su ciudad y fue muerto en ella, puesto que él por lo menos había sido una celebridad. Un monumento de mármol blanco se levantó probablemente con gran pompa y enternecimiento en el lugar en que su cadáver había sido incinerado, siendo reproducidos en él sus artefactos de guerra y elefantes; los argivos de tiempos posteriores se figuraron que era un trofeo para conmemorar su victoria sobre él.[284]

Como en el caso de las tiranías, también respecto a Esparta nos remitimos a lo dicho anteriormente.[285] En

283. Axíoco, p. 368 c. y s.
284. Paus., II, 21, 5.
285. Cf. tomo I, p. 184 y s., y en éste, p. 29 y s. Sobre el primer Acromato y sobre Cleónimo, cf. aquí, p. 252 y 9. Sobre la muerte de Cleómenes, cf. tomo II, p. 521 y s.

lo que se refiere al intento de reforma de los reyes Agis y Cleómenes, es cierto que entonces había que interesar a más gente en el mantenimiento del Estado, si no querían verse expuestos a saqueos y devastaciones por parte de los etolios e ilirios, pero esta última reforma carecía en sí de fundamento, y también hubiera fracasado sin la batalla de Selasia; además, tenía el inconveniente de recordar demasiado al tan desgastado «anular deudas» y «repartir fincas», por lo que Arato no estaba tan falto de razón al reprochar a Cleómenes que hubiere destronado la riqueza y elevado la pobreza.[286] Reservando para otra ocasión el referirnos a las mujeres de la Casa de este rey como las últimas mujeres dorias de gran estilo, nos dedicaremos a la exposición de la forma oficial predominante en la Grecia de aquellos tiempos: la Liga aquea.

Al principio, formando una federación de pequeñas ciudades aqueas, de regiones estériles y litoral pobre en puertos de mar, no valía la pena mencionarla, y sólo logró destacarse algo más después de haberse unido a ella la ciudad doria de Sicione. A ésta la había liberado del tirano Nicocles (251) un tal Arato, que muy joven había sido ahuyentado por la tiranía de Abántidas, habiéndose refugiado en Argos. En una época en la que eran de uso diario en el Peloponeso las expediciones de saqueo y de guerrilleros (κλωπεῖαι καὶ καταδρομαί)[287] había hecho sus preparativos de guerra, por decirlo así, a la luz del día, y no había despreciado la ayuda del capitán de bandoleros más importante, un tal Xenófilo. La unión de la ciudad doria con la Liga aquea, además

286. Plut., *Cleom.*, 16.

287. Cf. sobre esta liberación, tomo I, p. 276. La situación en el Peloponeso de entonces recuerda aquella que más adelante, en el siglo II, permitió a los atenienses la expedición de saqueo contra Oropos.

de aportarle una gran subvención de Tolomeo Filadelfos, fue la única solución para dominar la discordia y confusión que se habían producido al volver a la patria exiliados de varias generaciones, y cuyas pretensiones producían grandes enredos. No puede negarse que esta Liga de ciudades griegas, que en parte estaban dominadas por la demagogia y en parte gobernadas por tiranos con connivencia macedonia, mejorara y salvara a muchas de ellas y cortara en las raíces muchos partidismos que sin ella hubieran conducido a una guerra civil. Especialmente el levantamiento contra los tiranos puede considerarse como su misión específica, y la liberación de Corinto de las tropas de ocupación en Acrocorinto, que logró Arato (243), puede ser considerada con razón por Plutarco, tanto por su valor como por su éxito, como la última gran hazaña helénica.[288] Sin embargo, las federaciones voluntarias entre los griegos nunca consiguieron más que provechos momentáneos (hubo verdaderas hegemonías medio o del todo obligadas), así que también esta organización, en el momento en que tuvo que enfrentarse en serio con un enemigo exterior, demostró tener sólo un poder aparente y en el fondo ser bastante impotente. Ya la facilidad relativa de asociarse demuestra claramente su debilidad; si realmente hubiera habido un temor de obligarse peligrosa e inesperadamente, no se hubieran asociado con tanta facilidad; además, demuestra, por su duración, que la Polis antigua estaba muerta; si ésta hubiera estado aún con vida, perdurando todavía alguna conciencia del valor de su existencia política no se la hubiera podido ganar, o tal vez sólo a corto plazo, para tal

288. *Arat.*, 24, donde se cita que el criterio de los romanos proclamaba sólo a Filopemen como el último de los grandes griegos.

conexión, e incluso los tiranos, que se avinieron a las órdenes de la Liga (Aristómaco *el Joven*, de Argos: Xenón, de Hermíona; Cleónimo, de Fliunte), no hubieran abdicado si les hubiesen quedado aún algunas perspectivas para mantenerse en el poder.[289] Arato mismo opinaba, por cierto, que las ciudades que en sí eran débiles se salvarían una por otra, actuando en cierto modo por el interés común, pero que una unión de ciudades débiles no produciría entonces una fuerte, como tampoco se consiguió con la unión protestante después de la batalla de la Montaña Blanca. Además, que estos aqueos no lograban nunca estar sin depender en cierto modo de algunos de los diadocos, y así Arato, ya en tiempos de la liberación de Corinto, nombró a Tolomeo Evérgetes aliado y generalísimo de las fuerzas de tierra y mar, y poco a poco la Liga se convierte en una especie de emisario para las potencias extrañas. También hacía sus guerras con mercenarios, que solían *considerarse como menos dignos de confianza comparados* con los de los tiranos, porque los Estados libres solían despedir sus tropas después que había pasado el

289. De Lisíades de Megalópolis, sin embargo, se relata en Paus., VIII, 27, 9 y s., que abdicó en la Liga, teniendo todavía seguro el dominio, por el hecho de no haber cometido ninguna acción sangrienta. Fue elegido más adelante estratego de los aqueos, pero no siempre se llevó bien con Arato. Por fin, pudo morir de muerte gloriosa ante las puertas de su Megalópolis, asaltada otra vez por los espartanos. Cf., también, sobre él a Plut., *Arat.*, 30, 35, 37; *Cleom.*, 6. Aristómaco de Argos es el sucesor de Aristipo, a quien Arato antes, en balde, había intentado expulsar de Argos. Cf. tomo I, p. 276. Cuando Arato le hubo persuadido de abdicar e incorporarse a la Liga, pidió 50 talentos para pagar a sus mercenarios. También él fue estratego de la Liga, pero, abandonado luego por Arato, fue llevado, contra la ley, por los argivos, al tormento en Cencrea, y después arrojado al mar; a Arato le trajo mala fama haber tolerado tal proceder contra este hombre, que no era un malvado. Plut., *Arat.*, 35, 44.

peligro.[290] Si tenemos presente todo esto, nos puede dejar sin cuidado la constitución y el organismo de la Liga, y especialmente la ciudadanía aquea, la que Arato parece haber proclamado,[291] y la que basta para probarnos la trivialidad de la ciudadanía de cada polis.

Así tenemos que esta liga no aguanta ni el primer contratiempo. Cuando ha llegado aparentemente a su punto culminante, siendo expulsados los macedonios de Acrocorinto, derrotados los espartanos bajo Agis, evacuados los puertos de Atenas por el sobornado comandante macedonio,[292] Mantinea arrancada a los lacedemonios, y cuando Arcadia se ha unido a ellos y existen alianzas con Atenas, Megara y Egina, basta que el espartano Cleómenes trabe amistad con los etolios para ganar victoria tras victoria; es más, cuando Arato es derrotado en Dime, parece que toda esta mezcla de democracias y tiranías entre inmediatamente en fermentación, y Arato teme incluso por su Sición, y no vacila en matar a los conciudadanos adversos a la Liga,[293] y en esta deserción general no le queda otro remedio, para evitar que el rey espartano se apodere de la jefatura de la Liga, que llamar en ayuda a Antígono Dosón y aceptar sus condiciones de devolverle Acrocorinto.[294] Aho-

290. Cf. las consideraciones de Polibio, XI, 13, con ocasión de la segunda batalla de Mantinea, donde Filopemen derrotó, con una multiforme mezcla de mercenarios, a los de Macanidas.

291. Según Estrabón, VIII, 7, 3, p. 385, haría de los ciudadanos, liberados de las ciudades anteriormente gobernadas por tiranos, «aqueos».

292. Respecto a esto y con qué facilidad y libertinaje Atenas cambiaba sus decisiones, según que un rey fuerte de Macedonia viviese o muriese, cf. Plut., *Arat.*, 34.

293. Pausan., II, 8 y sig.; Plut., *Arat.*, 40.

294. Sobre la posición falsa en la que se encontraba entonces Arato frente a Antígono, al que siempre había combatido, cf. Plut., *Arat.*, 43. Plutarco, *ibíd.*, 38, toma evidente-

ra, por cierto, vuelven a adherirse a la Liga las ciudades que antes habían salido de ella,[295] pero es bajo auspicios macedonios. Los aqueos, empero, acuerdan practicar en honor de Antígono sacrificios, procesiones y agones, dando a la antigua Mantinea, cuya población había sido exterminada o vendida en la esclavitud, el nombre de Antigonea.[296]

Su victoria en Selasia sólo la aprovechaba Antígono para establecer relaciones de alianza, bastante flojas, con los Estados griegos. Pero después de su muerte, y ya en el siguiente año (221), los etolios podían renovar inmediatamente sus fatales actos; su Liga era una unión *fuerte* para el robo y los placeres, mientras que la Liga aquea, nacida de la reflexión, era una unión débil para la protección y el apoyo comunes. Así, volvieron a invadir el Peloponeso, llenos de desprecio por aquellos Estados federados inactivos y acostumbrados a la ayuda ajena; los aqueos, efectivamente, se dejaron derrotar, y tenían que estar agradecidos cuando el actual rey de Macedonia, Filipo III, en una asamblea de Corinto, acordó la guerra común contra estos enemigos. Malamente apoyado, actuaba según sus propias convenien-

mente partido contra la llamada de los macedonios. Dice que se le censuraba a Arato que en la tormenta pasara el timón a manos de otro, si desesperaba de obtener la victoria, y que tendría que haber cedido su puesto a Cleómanes y no exponer el Peloponeso de nuevo a la barbarie de fuerzas ocupantes macedonias con sus mercenarios celtas e ilirios. Que poco antes aún recibía seis talentos anuales de Egipto, cf. *ibíd.*, 41, Cleómenes le habría dado doce talentos si le hubiera dejado nombrar estratego de la Liga.

295. De Argos se dice en Plut., *Cleom.*, 20, que fue posible hacerle desertar del partido de Cleómenes, porque éste no había satisfecho las esperanzas que tenían en una cancelación de las deudas.

296. Ya en una conquista anterior se había permitido Arato, para crearse partidarios, elevar los metecos a ciudadanos, tal como lo hacía Cleómenes en Esparta. Plut., *Arat.*, 36.

cias, teniendo sus miras puestas mayormente en Roma, y después que, según se creía, elimina a Arato y a su hijo envenenándolos (214), los aqueos figuran como aliados obligados en la guerra contra la gran potencia itálica (211-205), mientras que los etolios, Esparta y Élida se ponen de parte de Roma; las polis se dividían, pues, otra vez miserablemente entre los dos partidos.

Sólo Filopemen, que en el año 208 fue nombrado estratego y en el siguiente aniquiló al tirano espartano Macanidas, logra inspirar a la Liga un concepto más alto de sí misma, de modo que ella, como Plutarco[297] lo subraya fuertemente, desiste por fin de la presidencia de príncipes extranjeros, y cuando Filipo comienza de nuevo su guerra contra los romanos, los aqueos no están ya de su parte, sino que, por el contrario, en el año 198 traban amistad con Roma, siéndoles devueltas, después de Cinoscéfalo, las ciudades que antes se les había arrebatado. Pero Corinto tenía, en vez de la guarnición macedonia, una que era romana, y Nabis el terrible, perdonado por los romanos para que mantuviera en jaque a los aqueos, pronto empezó de nuevo con pendencias, aliándose con los etolios.[298] Cuando, después de su hundimiento (192), Esparta, que había sido ganada por poco tiempo para la Liga desertando más tarde, tenía que ser castigada duramente por Filopemen, ambos partidos defendieron su causa ante los romanos, quienes visiblemente procuraban debilitar a la Liga. Filopemen, en un intento de someter a los mesenios disidentes en el año 183, fue cogido prisionero y muerto. A éstos bien los pudo someter a la Liga su compañero Licortas, pero tal Liga estaba cada vez más débil y amenazada.

297. *Filop.*, 8.
298. Cf. sobre Macanidas y Nabis, tomo I, p. 189 y s.

Mencionemos en pocas palabras el patriotismo de entonces. Aunque Macedonia y el partidismo entre los diadocos dejara mano libre a los griegos, ningún Estado pudo ponerse ya a la cabeza de toda Grecia: ni Esparta, ni Tebas, ni Atenas; no obstante, acontecen en la vida de algunas ciudades en particular esfuerzos dignos de respeto e incluso heroicos. No es fidedigno, sin embargo, como ya hemos dicho, el relato que de la lucha contra los galos de Pausanias (p. 314), debido a las enormes fanfarronadas y, sobre todo, en lo que a las cifras se refiere;[299] de todos modos los griegos septentrionales se defendieron, mientras que los peloponesios, por no tener naves los galos, se limitaron a fortificar el Istmo, negándose a la defensa común. Una defensa espléndida contra el asedio fue la de Rodas ante Demetrio (305-4), y ya hemos mencionado la acción desesperada de los abidenos, que no quisieron sobrevivir a la destrucción de su ciudad.[300] Por otra parte hay también mucho patriotismo remilgado y palabrero, lo que siempre es mala señal para la realidad; probablemente datarán de esta época las acciones descritas por el modernismo y que encontramos motivadas en gran parte en las viejas historias mesenias de Pausanias, especialmente el entusiasmo directo en las batallas y la nobleza de ánimo, a menudo superfluo.[301]

Veamos, por fin, la figura tardía del panheleno virtuoso. También este ideal se levanta aún en algunos

299. Paus., x, 20 y s. A pesar de todas las fanfarronadas, no murieron en la batalla de Termópilas más que (21, 4) cuarenta griegos. Recuérdese, además, aquel párrafo famoso (23, 5 y s.) sobre el terror pánico que sobrecogió a los galos, quienes ni por su habla ni por su exterior se reconocieron, exterminándose entre sí en forma tal que ninguno escapó.

300. Tomo II, p. 517 y s.

301. Estas añadiduras quizá provengan de Rianos, que compuso su *Meseníaca* en la segunda mitad del siglo III.

sitios, pugnando por tomar forma real, con modelos como Epaminondas,[302] mediante reflexiones éticas y cierta influencia de filósofos, aunque con enormemente menos probabilidades de éxito que en el siglo IV, porque el mundo se ha convertido más en diadoco, es decir, más codicioso y violento que en cualquier época anterior, y las polis, en cuyo concierto debían reposar las esperanzas de los panhelenos, se han hecho más débiles y desconcertadas. Se trata, pues, aquí (en contraste con Temístocles, que en todo pretende ser original) de la especie de grandes hombres que ambicionan igualarse a un modelo, y entre ellos puede citarse indudablemente a Arato en sus mejores tiempos, y sobre todo a Filopemen.

Aquél adquiere, siendo muchacho, una educación paléstrica en Argos, donde se había refugiado, ganando en el péntatlon una victoria y una corona, mientras que para un futuro político, según dicen, se preocupa demasiado poco por la elocuencia; se toma muy en cuenta que en sus primeros tiempos (igual que hizo Epaminondas) se pusiera a disposición, como un cualquiera del que entonces fuera el estratego de los aqueos, aunque tal estratego sólo fuera un Dimeo o Triteo, o cualquier hombre de una ciudad sin importancia. Sabiendo que Foción y Epaminondas obtuvieron fama en sus tiempos de ser los hombres más justicieros y nobles, por rechazar grandes obsequios al tratarse de la conquista de Acrocorinto, él se somete, sin que nadie lo sepa, a grandes sacrificios y se expone a los mayores peligros. Aparte esto, parece ser propio de este tipo cierta sensatez prosaica: Arato no se fía demasiado de augurios u oráculos, sino que fía más en su inteligencia. A pesar del momento débil que tuvo, al suplicar a los mace-

302. Cf. p. 121 y s.

donios que viniesen en su ayuda, los sicionios le sepultaron por fin como un ser sobrehumano.[303]

Muy alto prestigio entre los griegos, por su criterio y por sus actos, tenía Filopemen.[304] Como Epaminondas en Tebas, se crió bajo la influencia de la doctrina pitagórica, y así se encargaron de su educación, intencionadamente, dos filósofos académicos, conspiradores constantes contra los tiranos y hombres que habían restablecido el orden en Cirene, para hacer de él por medio de la filosofía un hombre útil y beneficioso para toda Grecia. Desdeñaba adiestrarse para campeonatos, pero, en cambio, estudiaba las ciencias militares,[305] agricultura, caza, filosofía; esta última, sin embargo, solamente en cuanto parecía fomentar la virtud, y en todo aspiraba a copiar a Epaminondas, a quien alcanzaba en energía, inteligencia e independencia en cuanto al lucro; no sabía, sin embargo, dominar su ira tan perfectamente como aquél, por lo que se le consideraba *más bien como un carácter* predominantemente militar y no político; también estaba consciente del hecho de que a su carácter le era completamente opuesto el aceptar órdenes de otras personas. Su desinterés verdaderamente receloso se manifestó cuando rechazó el obsequio de unos 120 talentos, que los espartanos le ofrecieron, de los bienes de Nabis, que había sido asesinado, diciendo que sólo podía intervenir en favor de ellos cerca de la Liga aquea teniendo las manos completamente limpias; aquel de sus huéspedes espartanos que había sido encargado de anunciarle el obsequio había ido por dos veces a Megalópolis sin hablarle de

303. Plut., *Arat.*, 3, 19, 44, 53; respecto a su sepelio, cf. tomo II, p. 284.
304. Sobre él, además de Plutarco y Polibio, v., sobre todo, Pausan., VIII, 49 y s.
305. Cf. p. 293 y s.

la dádiva, y sólo en un tercer viaje se había atrevido a mencionarla. En cambio, mejoró su hacienda por los frutos de su labranza «la manera más honrada de adquirir». Así que, según dice Plutarco,[306] Grecia le quería muy especialmente, y aumentaba su poder por la fama que ya se le concedió durante su propia vida. Un elogio romano, empero, le llamaba el «último de los helenos», ya que la Hélade no había producido después de él ningún gran hombre que fuera digno de ella.

Después que Epaminondas hubo lanzado aún un reflejo de su ser sobre estos tiempos miserables, empieza, pues, a producirse, poco a poco, una especie de oscurecimiento en la nación: se produce la definitiva desarticulación de la Polis. Mientras que las ciudades, por lo menos en los países diadocos, llevaban una vida económica tranquila, y sólo las mayores (Antioquía, Alejandría, Seleucia en el Tigris) se levantaban tal vez a revuelos momentáneos, en gran número de las polis griegas se movían continuamente los principios fundamentales. Ya en el curso de la guerra peloponésica había ocasionado las más terribles reacciones —llamadas oligárquicas—, aquella mala tradición antigua de que la constitución de la democracia siempre ocasionaría violencias sociales, que constantemente impondría exigencias injustas, aunque declaradas legales, a los que poseían o ganaban bienes, y que a éstos, además, se les acometería ilegalmente en toda clase de formas. Pero el concepto exaltado, más allá de todo lo razonable, del derecho de la Polis sobre el individuo, se había mantenido y había sobrevivido a las hegemonías alternantes de Esparta, Tebas y Macedonia. Ahora sigue, pues (al lado de todo partidismo entre macedonios, aqueos y etolios) la degeneración del Estadc; su trayectoria im-

306. *Filop.*, 1, parecido Pausan., VIII, 52, 1.

pasible en tiranías de formación tardía, con un horroroso régimen mercenario, y en oligarquías violentas y democracias, que se manifiestan por matanzas, destierros y reparto de los bienes raíces. La inevitablemente última consecuencia de la democracia, la lucha por la propiedad, origina una verdadera vida infernal; una y otra vez se produce el comunismo, y ambos partidos aceptan toda alianza que satisfaga sus fines y se permiten el uso de todos los medios. Cayendo poco a poco en manos de cada vez peores, se completa por fin la quiebra de la vida griega del Estado, que en el fondo había empezado con aquella insensata subida de la burguesía al poder. Auténticamente griego es el placer con que tal vez, entre todo esto, se prepara y ejecuta una conspiración con todo lujo de detalles y astucias;[307] pero se apodera de uno un sentimiento singular cuando al otro lado se toma en consideración la enorme solidez interior de Roma que avanza, donde los individuos no se han separado aún interiormente del Estado ni se persiguen entre sí, sino que colaboran en sus intereses comunes.

Por la descripción de Polibio de los últimos veinte años del siglo III, se supondría que fue entonces cuando la nación hubiera sufrido más pérdidas en su potencial humano, si no se supiera lo que había pasado antes y lo que más adelante tendría aún que pasar. En esta época —sobre todo cuando, como hemos dicho anteriormente (página 333), Filipo, aliado de Aníbal tras de la batalla

307. Cf., además de las liberaciones de Sicione y Corinto en el *Arato* de Plutarco, en Polibio, VIII, 26-33, de la descripción detallada cómo Tarento se separó de los romanos, tomando el partido de Aníbal, como si ya no existiera una Roma que en otras circunstancias pudiera vengarse de tal comportamiento, y recuérdese la amplia literatura que existe sobre las estratagemas.

de Canas, tiene de su parte a los aqueos y Roma a los etolios, Élida y al espartano Nabis—, reina de hecho otra vez en Grecia el más completo estado de guerra: entonces, por ejemplo, tiene efecto en Cineta (en Arcadia), que desde hacía mucho estaba desequilibrada por asesinatos, destierros y partidismos, una reconciliación bajo la égida aquea, en la cual trescientos repatriados contraen los más solemnes juramentos de pacificación, al mismo tiempo que toman las más terribles decisiones; en el momento en que toman otra vez parte en los asuntos del Estado, llaman, en efecto, a los etolios y les abren las puertas de la ciudad, después de asesinar al polemarca del partido opuesto; pero encuentran en este mismo acto su justo castigo, ya que los invasores matan primero a los que les dejaron entrar, dedicándose luego de lleno a la matanza, al saqueo y al tormento, y finalmente, al volver de su expedición, que se ha extendido aún más allá, incendian toda la ciudad.[308]

Espantosa era la situación en Creta, donde la infamia parece haber sido algo que se sobreentendiera.[309] Una alianza concertada entre cnosios y corintios para la supresión de todas las demás ciudades, tuvo como consecuencia que la isla fuese dividida en dos partidos; así, por ejemplo, en cierta ocasión aconteció que los cnosios, enterados de que los litios habían hecho una salida, se aprovecharon para sorprenderlos, mandando mujeres y niños a Cnosos, e incendiando y destruyendo la ciudad; al volver los litios, no quisieron ya entrar en su desafortunada ciudad, sino que dieron la vuelta alrededor de ella, lamentando su destino y el de ellos, y refugiándose finalmente en la ciudad de los lapeos. En la lucha de los partidos cretenses, intervinieron de par-

308. Polib., IV, 17.
309. Polib., VIII, 18.

te de los cnosos los etolios, y por el partido contrario, Filipo y la Liga aquea.[310]

En Mesena, donde el pueblo, instigado por Filipo, había asesinado a doscientos hombres prestigiosos y ahuyentado otros muchos, surgió luego una democracia, en la cual el Estado estaba en poder de aquellos que habían confiscado los bienes raíces a los anteriores propietarios, repartiéndoselos entre ellos, haciendo venir también a gente extraña a la ciudad.[311] Parecida era la situación en el Quíos bitínico, que pertenecía a la Liga etolia. Los quíos, de tendencias comunistas, siempre habían ensalzado a los peores, castigando a los que les ofrecieron resistencia; así surgió Molpágoras, un demagogo y egoísta; adulaba a las masas y levantó calumnias contra los pudientes ante el populacho; mató a unos, desterró a otros, confiscó sus bienes para repartirlos entre las masas, alcanzando pronto un poder absoluto. Polibio, comentando sobre la suerte de esta ciudad, que conquistó más adelante Filipo, dejándola, en escombros, a su cuñado Prusias I, tras de haberla tratado con gran crueldad, dice que a todo pueblo se le puede cegar ante su ruina cierta haciéndole ver esperanzas de mejorar en su situación mediante el robo de los bienes de sus conciudadanos.[312] En una época en la que esto puede tenerse por costumbre corriente e irresistible las delicadezas de un Filopemen [313] impresionan extrañamente.

Especialmente grande era la depravación en Beocia. Sus ciudadanos, después de haber venido a menos desde hacía mucho tiempo de su fama y bienestar antiguo,

310. Polib., IV, 53 y s.
311. Polib., VII, 10 y s.; Plut., *Arat.*, 49.
312. Polib., XV, 21, 7: ὅταν τις πιροτείνῃ τὴν ἐλπίδα τῆς ἐξ ἀλλη-λων ἐπανορθώσεως.
313. Cf. p. 336 y s.

habían sido derrotados el año 245 por los etolios en Queronea, por no haber esperado la llegada de Arato; esto les desanimó de tal modo, que ya no se decidieron a ambicionar nada glorioso o a contribuir por decisión común en cualquier empresa de conjunto helénica, sino que se dedicaron exclusivamente a la vida regalada y a la gula, enervándose, no sólo física, sino incluso espiritualmente. Esto quiere decir que un pueblo griego perdió, debido a sus derrotas, su ímpetu patético, empezando a morirse viviendo; después de haberse unido formalmente a la Liga etolia, también abandonaron a ésta en sus guerras contra Demetrio II, sometiéndose sin lucha a los macedónicos tan pronto como apareció con sus ejércitos. Un partido antimacedónico, cuya existencia había sido como una última chispa de la gloria de los antepasados, pronto se extinguió, a excepción de unos pocos. La desarticulación de todos los asuntos públicos había alcanzado tal grado, que casi durante veinticinco años no pudo llevarse a cabo ningún pleito, ni en asuntos del Estado, ni en asuntos particulares. Las mismas autoridades impedían la jurisdicción, disponiendo, cuando debían celebrarse juicios, servicios de guarnición o expediciones, pagando también sueldos algunos de los estrategos a los necesitados, de los bienes comunes, con lo que las masas comprendieron que más les convenía dar los cargos públicos a aquéllos, pues así no serían llevados a juicio por sus fechorías o deudas, sino que más bien podrían esperar gozar de los bienes comunes, gracias al agradecimiento de los gobernantes hacia ellos. Hubo, además, otra mala costumbre, consistente en que los que morían sin descendencia no testaban dejando sus bienes al pariente más cercano, sino que los legaban en favor de los convites y orgías de sus amigos, e incluso muchos que tenían descendencia dejaban la mayor parte de sus bienes para los sisitios; así

que, para muchos beocios, el mes tenía más orgías que días. Cuando los megarenses (que habían sido aliados de los beocios con el consentimiento de los aqueos), indignados por tales procederes, volvieron a unirse con los aqueos en los años siguientes al 200, los beocios, indignados por tal «desprecio», invadieron su país con todos sus ejércitos y pusieron sitio a Megara; pero invadióles un pánico terrible porque circulaba el rumor de que Filopemen acudía con sus aqueos, y abandonaron las escalas puestas en las murallas y huyeron en completo desorden. Sólo cuando la paz entre Roma y Antíoco (189) había defraudado de toda esperanza a los innovadores beocios, tomaron estos Estados otro rumbo, estableciéndose que todos los pleitos tenían que ser juzgados; pero aun sobre esto se levantaron gran número de disputas, porque los que habían venido a menos eran mucho más numerosos que los ricos, y cuando además Roma exigió la restitución de ciertos refugiados, no quisieron avenirse a ello.[314]

Entretanto, por haberse cambiado el punto de gravedad comercial, se levantan en esta época diadocal ciertas ciudades, siendo ellas los únicos lugares donde reina aún algo de verdadera libertad, y de esta forma el declive de Atenas y de Mileto, y más adelante, sobre todo, la amistad con los Atálidas y con Roma forman las bases para la prosperidad de Cícico, situada sobre la península en la Propóntida. Ésta había ya expulsado las tropas de ocupación persas en el año 365, se había

314. Respecto a los asuntos beocios, cf. Polib., XX, 4 y s., XXII, 4. Sobre las empresas contra Megara, cf. también Plut., *Filop.*, 12; Pausan., VIII, 50, 4. Citas de burlones sobre la gula beocia las da *Aten.*, X, 11. Aquí también se da el dicho de que los beocios no hablaban otra cosa de lo que hablarían los jarros si tuviesen el don del habla, es decir, de cuanta cabida tenía cada uno de ellos.

fortificado y embellecido, y había defendido su independencia en las guerras diadocas —entre otras, la sostenida brillantemente contra el sátrapa Arideo[315]—. Asimismo Bizancio mejoró entonces; su situación espléndida y su comarca, extremadamente fértil —también poseía un pequeño territorio en el litoral asiático—, le tocó siempre pagarlas caras, debido a los frecuentes rescates de los tracios y bitinios, que vivían en sus alrededores, y en el siglo III vino a añadirse a esta calamidad otra: la de los gálatas, que habían fundado un reino alrededor de Tila, en el Hemos. Como la ciudad tuvo que pagar un rescate anual de ochenta talentos y, a pesar de sus ruegos, no se vio apoyada por los griegos (a quienes mantenía abierto el libre tráfico a través del Bósforo), buscó su arreglo por fin exigiendo el pago de derechos de paso por el estrecho, por cuyo motivo tuvo por cierto varias discusiones con Rodas en el año 220; sobre todo el tráfico de cereales seguía floreciendo, así que durante las guerras siguientes de los romanos contra Macedonia, Siria y las coaliciones griegas, y aún más adelante, pudo vivir sus épocas más felices, legándole, además, luego Roma sus propias leyes y una comarca considerable.[316]

Quien tomó la más curiosa evolución fue Rodas. Ésta, que había expulsado la fuerza de ocupación macedónica inmediatamente después de la muerte de Alejandro, se tenía por la más poderosa y mejor gobernada de todas las ciudades helénicas, y había limpiado el mar de piratas, en provecho de todos los helenos. Sus relaciones principales las mantenía con Egipto, porque era allí adonde se dirigía la mayor parte de su

315. Diodoro, XVIII, 51 y s.
316. Polibio, IV, 45 y s. Cf. Preller en *Pauly*, II, p. 599. Respecto a la fama anterior de Bizancio, cf. p. 119.

comercio; pero, no obstante, mantenía cuidadosamente la neutralidad con todos los diadocos, hasta que Antígono la rompió por burdas pretensiones, siendo entonces cuando se produjo aquel famoso asedio por Demetrio (305-4). Al recontar sus fuerzas para la defensa, se dice que sólo reunió 6.000 ciudadanos, lo que es sorprendentemente poco para una ciudad tan importante y que hace suponer la existencia de numerosos esclavos; a tal cifra había que añadir 1.000 vecinos y mercenarios, así como valientes esclavos liberados por sus dueños, a los que se les prometió el derecho de ciudadanía: se alentó a la gente prometiéndole, en caso de morir, un sepelio público para ellos y amplios acomodos para sus familiares; así se logró que reinase la concordia y una competencia general; los pudientes sacrificaban su dinero, los artesanos aportaban su saber y conocimientos, etc. También un capitán de mercenarios se portó lealmente con la ciudad, ya que Demetrio no logró seducirle; en esta democracia rodense el populacho estaba aún tan lejos de tener la palabra decisiva, que aquellos que aconsejaron derrumbar las estatuas de Antígono y Demetrio no consiguieron otra cosa que el ser censurados; en el momento más peligroso, cuando amenazaba ser conquistado el puerto, los prítanos hicieron un llamamiento de voluntarios escogidos, equipando con ellos tres naves que, bajo una verdadera lluvia de proyectiles, lograron la hazaña decisiva al hundir las máquinas flotantes de Demetrio. Después que Tolomeo, Casandro y Lisímaco consiguieron proveer de víveres a los sitiados, y éstos lograron rechazar otro asalto en una brillante defensa, llegó por fin la paz; una mediación anterior, por parte de Atenas y otras ciudades griegas, no había dado resultado, pero ahora el mismo Antígono deseaba que su hijo cediese, y por otra parte, Tolomeo aconsejó lo mismo a los rodenses; así, tuvieron que entrar en tratos con Antígono y en-

tregarle cien rehenes, pero logrando reservarse el derecho de quedar autónomos y sin fuerzas de ocupación extranjeras y de guardar sus propios ingresos. Después de este convenio, en el fondo muy honroso, Rodas, como lo había prometido, homenajeó a sus héroes, erigiendo estatuas a Casandro y a Lisímaco y consagrando incluso un témenos a Tolomeo (después de una consulta cerca del Ammonio), el llamado Tolomeón, como si se tratara de un dios;[317] continuó siendo una democracia moderada[318] con un comercio extenso y una organización marítima tan ejemplar, que Roma adoptó sus leyes marítimas. También se convirtió en gran centro artístico y como tal demostró sus tendencias hacia lo imponente, lo colosal y de efectos deslumbradores; se formó una retórica rodense, y los historiadores Zenón y Antístenes escribieron sus historiografías, según dice Polibio, no por su provecho personal, sino por la fama y por ser digno de hombres políticos el hacerlo, aunque Zenón pecó de su excesivo cuidado en el adorno de la expresión.[319]

La gran simpatía de que gozaba esta ciudad queda demostrada con motivo del célebre terremoto (cerca del 226), durante el cual se derrumbó, entre otras cosas, el coloso de Helios; tal desgracia fue aprovechada en tal

317. Por ello se ve claramente que una deificación de los poderosos no tiene que ser estimada en tanto, ya que una ciudadanía de la más alta probidad no se avergonzaba de ello. Cf. también p. 299, nota 227.

318. Según Estrabón, XIV, 2, 5, p. 653, supieron realmente guardarse aquí los secretos. En los arsenales se tenía lo que estaba fuera del alcance de las masas, y si alguien los espiaba o penetraba en ellos era castigado con la muerte. Cf., respecto a la constitución moderada, «por un matiz oligárquico», Westermann, en *Pauly*, VI, p. 489.

319. Polibio, XVI, 14, 17.

forma por los rodenses experimentados, que salieron más bien ventajosos que dañados, porque sus delegados, que solicitaban socorros, supieron presentar el caso de modo tan destacado e imponente, que, no sólo persuadieron a reyes y ciudades para que les favoreciesen con enormes cantidades,[320] sino que encima les quedaron agradecidos, lo que se explica no sólo por mera bondad y nobleza, sino también porque Rodas significaba para ellos lo que en francés se llama un *interêt majeur.* Rodas consideró, en efecto, el interés y la libertad de las ciudades como cosa propia suya aun frente a Filipo II (cerca del 201), por lo que se convirtió en enemiga declarada de éste, siendo partidaria de Atalo y de los romanos. En esta guerra llegamos a conocer al excelente almirante rodense Teofilisco que, después de la batalla librada cerca de Quíos, que le había sido favorable, tuvo ánimos aún para escribir un informe a su ciudad natal, muriendo al día siguiente de las heridas recibidas.[321]

Estos acontecimientos se relacionan con el preludio

320. De Hierón recibieron 75 talentos en plata «para la ofrenda de aceite en el Gimnasio», ánforas y urnas de plata y 10 talentos «para sacrificios», diez para socorrer a los ciudadanos, además de la inmunidad para los rodenses que iban a Sicilia y 50 catapultas; de Tolomeo Evérgetes, 300 talentos en plata, así como cereales, madera para construir naves, cazumbre, lino para el velamen, 1.000 talentos en latón acuñado, una cantidad muy grande para la reconstrucción del Coloso, 100 maestros constructores y 350 ayudantes, etcétera, de Antígono Dosón, maderas de construcción, hierro, brea, 100 talentos en plata, y además, de su esposa Criseis, cereales y plomo; de Seleuco II Calínico, inmunidad para los rodenses que fueran a su reino, 10 penteras armadas, cereales, maderas, resina y lana; donativos parecidos recibieron de Prusias, Mitrídates y de los dinastas asiáticos lisanios, olímpicos y limneos. Las ciudades que, cada una según sus posibilidades, ayudaron a Rodas, apenas podían enumerarse. Polibio, v, 88 y s.

321. Polibio, xv, 23, xvi, 9.

de la segunda guerra romanomacedónica. Filipo, que de acuerdo con Antíoco se había preparado para tomar las vanguardias tolomeas en Tracia, Jonia, Caria, etc., sostenía por aquel entonces una guerra de suerte muy variable contra los aliados de Egipto, especialmente Bizancio, Rodas y el reino pergaménico, en la que logró, entre otras cosas, la conquista de Quío, y más adelante la de Abidos (200). Egipto, Pérgamo y Rodas se quejan de él en Roma, y por la Atenas atacada y los acarnanios, el Senado se ve obligado por fin a emprender una intervención militar. En la guerra de tres años (200-197) que sigue a esto se produjo, por fin, la decisión en la batalla de Cinoscéfalo, y en las Istmias del año 196, Tito Quinctio Flaminio anunció a los griegos (de los cuales los aqueos se habían colocado mientras también al lado de los romanos) la nueva libertad. Pero el mismo decenio lleva aún a Antíoco a Grecia, a quien en seguida favoreció, sea el levantamiento estrepitoso, sea la inteligencia muda, de las ciudades griegas. Al ser arrojado de Grecia por la batalla de las Termópilas, rechazado al Asia Menor y derrotado allí en Magnesia, le privaron de todas sus posesiones en Asia Menor, cayendo por fin en manos de los aliados de Roma y quitándole toda posibilidad de seguir teniendo influencia en los asuntos griegos; al mismo tiempo, el hecho de que los etolios estuviesen por primera vez de su parte, provocó su primera gran humillación; suceden, por fin, en este tiempo y el que inmediatamente sigue las empresa, de resultados variables, de los aqueos contra Esparta y Mesenia, donde, en 183, Filopemen tiene que beber la cicuta.

Mientras tanto, sigue su trayectoria la desmoralización de las polis. Si las disputas entre ellas cesaban alguna vez por un momento, tal como tiene que haber acontecido alrededor del 190, la causa de ello es sólo su

debilidad mortal.[322] La nación había venido tan a menos, que, como dice Polibio en una ocasión eventual, nadie hacía ya nada de balde en Grecia y el soborno era siempre lo primero en que había que pensar.[323] Sólo en las venganzas horrorosas y en los sepelios manifiestan aún algo de su ímpetu anterior, como en el entierro de Filopemen, en el que fueron muertos a pedradas delante de su tumba los prisioneros mesenios;[324] en todo lo demás, tras Cinoscéfalo y luego Magnesia, *sólo se aspiraba a los favores* de Roma, y diputaciones en masa acudían allá y acullá para presentar sus causas ante el Senado, estando una vez, sólo de Esparta, representados por sus diputaciones, en tal audiencia, *cuatro* partidos.[325] Cuando en el año 179 murió de pesadumbre el rey Filipo (en cuya Corte existían situaciones horribles), por haberse visto obligado, por las intrigas de Perseo, a consentir el asesinato de otro de sus hijos, Demetrio, y cuando ya la guerra que él había planeado contra Roma estaba a punto de estallar, fue el momento del que dicen error principal de Perseo; él no sobornaba a reyes y políticos de las ciudades moderadamente (sin hablar ya de generosamente), a pesar de que bien lo podía haber hecho, dado el dinero con que contaba;[326] en cambio, había empezado, desde un principio, dándoselas de amigo de los griegos, invitando en pregones, que mandó hacer en Delos, Delfos y en el templo de la Atenea Itónica en Beocia, a los griegos que se hallaban fugitivos por sus deudas o desterrados

322. Plut., *Filop.*, 18. Compárese la situación con aquella en la que al disminuirse la fuerza física también mengua la intensidad de sensación para la dolencia física.
323. Polib., XVIII, 34 (17). Cf., también, tomo II, p. 437. Según XXI, 26, 9, el hombre más rico de Grecia era el etolio Alejandro, quien, al mismo tiempo, era un avaro.
324. Plut., *Filo.*, 21.
325. Polib., XXVII, 4.
326. Polib., XXVIII, 9.

por cualquier crimen a Macedonia, prometiéndoles la cancelación de sus deudas y una amnistía,[327] de modo que en las ciudades griegas, hondamente endeudadas, surgió un partido revolucionario desesperado; así, después que los etolios hubieron empezado con la abolición de deudas, este movimiento anárquico (aproximadamente en el 172) se extendió a Tesalia, y en casi todos los sitios ocasionó revueltas y guerras civiles. En esto reconoció, al fin, el Senado romano las intrigas de Perseo.[328] Fue entonces cuando aconteció lo peor que podía figurarse en la ya muy mal afamada Creta:[329] los cidoniatas, que vivían con los apoloniatas, no sólo en amistad, sino incluso en alianza, teniendo en comunidad con ellos todo lo que entre hombres se llama derecho, habiendo concluido y jurado un tratado (cuyo texto se podía leer en el templo del Zeus Ideo), asaltaron alevosamente por sorpresa a sus antiguos amigos, mataron a los hombres, robaron sus bienes y se repartieron y quedaron con sus mujeres, niños, la ciudad y la comarca.[330]

Perseo fue derrotado en Pidna (168) y cogido luego prisionero por los romanos, después de haber dado a la persona de su mayor confianza un trato que ponía de

327. Polib., xxv, 3.

328. Diodoro, xxix, 33. Cf. Mommsen, *Rom. Gesch.*, 7, 1, p. 760.

329. Estrabón, x, 4, 9 y s., p. 477, relata cómo Creta, que anteriormente, por sus buenas leyes, era un modelo para los demás, se trocó en lo más malvado, adoptando los cretenses (después de los tirrenos) la piratería, hasta que su propia isla fue desolada por los cilicios y, por fin, tomada por los romanos. Antes de acontecer esto hubo aquí grandes masas de mercenarios, con los que también se equiparon las flotas piratas.

330. Polib., xxviii, 14; Diodoro, xxx, 13, quien, a su vez, opina que esta manera de actuar era contraria completamente a los Ἑλληνικὰ νόμιμα, mientras que en realidad era muy específicamente griega.

manifiesto toda su malicia.[331] En los tiempos que siguieron a esto, Polibio pudo comprobar cierta mejora en los etolios, beocios y acarnanios, ya que en estos tres países habían muerto, mientras tanto, los individuos más malvados.[332] Sin embargo, fue ésta precisamente la época en la que puede reprocharse a las ciudades por haberse contentado con las más míseras limosnas de parte de los reyes, prodigando por cualquier mérito los más altos honores,[333] y en la que Atenas (156), «por la guerra de Perseo, llegó a tal estado de pobreza, que más bien por necesidad que por propia iniciativa», asaltó y saqueó a la pequeña ciudad fronteriza de Beocia, Oropos; a tal extremo habían llegado. Sin embargo, tal proceder no dejó de llamar la atención, y Roma exigió explicaciones; el demos mandó al Senado, lo que era característico, a los tres principales filósofos de las escuelas más importantes, para implorar les fuera remitido el castigo.[334] Los cretenses hicieron al mismo tiempo una expedición a Sifnos, logrando ser admitidos en la ciudad, en parte valiéndose de la sorpresa y en parte por persuasión; pero, a pesar de haberse comprometido a no cometer ninguna fechoría, con su acostumbrado desafuero redujeron sus habitantes a la esclavitud, saquearon los templos y regresaron cargados de botín; por cierto que los dioses les castigaron, pues

331. Según Dión Casio, *Frag. Libr. Prior.*, 65, 3, fue exhortado en Samotracia (donde se había refugiado) a entregar a su cómplice principal, Evandro, pero se negó a ello para que aquél no revelase sus secretos; luego, empero, le mandó asesinar secretamente, pretendiendo que se había sucidado.

332. Polib., XXXII, 20.

333. Sobre estas μικροδοσία de los reyes y μικροληψία de pueblos y ciudades, cf. Polib., V, 90, que hace una comparación con lo que recibió Rodas después del terremoto y con los donativos que solían darse en sus tiempos.

334. Pausan., VII, 11, 2; Gelio, VII, 14; Plut., *Catón el Cens.*, 22.

en una tormenta perecieron la mayoría de ellos.[335] Parecía como si el último resto de lealtad y de fe hubiese abandonado al género humano.

Entre las consecuencias morales de la guerra de Perseo hay que mencionar, además, un afán vergonzoso de denuncias. Después de Pidna, todo el mundo fue acusado de haber sido partidario de Perseo, y los romanos, aceptando estas denuncias de los griegos contra sus compatriotas, llevaron a Italia a mil hombres distinguidos de la Liga aquea, de los cuales solamente trescientos volvieron a ver su patria después de muchos años. Especialmente triste es también el servilismo que observaron los rodenses frente a Roma; en la guerra contra Antíoco habían estado prudentemente del lado de Roma, por lo que fueron obsequiados con partes de Licia y Caria; pero en la guerra de Perseo se habían comprometido y cayeron en desgracia con Roma, que les privó por decreto de sus posesiones, sobre todo en tierra firme. Entonces vemos cómo primero persiguen, dan tormento y entregan a los partidarios de Perseo, y luego su embajador expone en un discurso realmente lastimoso, no sólo que se les quitaba lo dado anteriormente, sino también alguna que otra ciudad que habían comprado o adquirido por otros medios; asimismo, por la declaración de Delos como puerto franco, los derechos del puerto eran rebajados a su séptima parte, y los pocos adversarios de Roma eran aniquilados por el mismo demos, así que el castigo sólo afectaría a inocentes; Roma les concedió por fin la alianza suplicada, y entonces Rodas, que ya se había repuesto algo, decidió (163) erigir, en el templo de Atenea, un coloso de 30 varas de alto en honor del demos romano.[336]

335. Diodoro, XXXI, 45.

336. Polibio, XXX, 8 y s.; XXXI, 7, 15; *ibíd.*, 25, desaprueba que los rodenses aceptasen el obsequio de cereales

El que no era romano tenía, en esta época de decadencia, tiempo suficiente para ocuparse en estudios e investigaciones, sirviendo con variedad alejandrina a la civilización universal, que se iba convirtiendo en romana. Es en aquel entonces cuando, felizmente para él, como para la historia universal, llegaba a Roma, por no haber ya nada que hacer en Grecia para un estadista, Polibio, como uno de aquellos mil aqueos, adquiriendo allí vastas relaciones, obteniendo un amplio horizonte y pudiendo escribir la historia de estos tiempos. También es él quien, a punto de emprender sus penosos viajes de exploración por Iberia, Libia, Galia y los mares externos, confiesa abiertamente el hecho de que los hombres de acción estaban libres ahora de ocupaciones bélicas y políticas, por lo que disponían de mayor tiempo para dedicarse a la investigación científica;[337] en otras palabras: el griego ya no es hombre de la Polis, sino que ha ganado un nuevo destino grandioso: ser la base para la formación intelectual del Universo. Ahora, pues, tal como él mismo lo deseaba (XII, 28), podían escribir la historia los mismos estadistas, y Polibio, personalmente, ha sido luego quien ha pronunciado las palabras decisivas sobre Roma y su historia.

En Hélade se acercaba la decisión final. Hacia ella se dirigían las esperanzas temblorosas de toda la helenidad desvertebrada, sin que haya quizá tenido la culpa uno u otro partido especialmente o en mayor grado, así que sólo se trataba por fin de saber cuál iba a ser la

que les hacía Eumenes, y la manera cómo lo emplearon; también, XXXIII, 17, describe su desconcierto y su depravación política alrededor del año 153. Más adelante, sin embargo, esta isla se defendió valientemente contra Mitrídates. Ella fue en aquel entonces el asilo de los romanos que se habían fugado de aquella matanza general. Apiano, *Mitr.*, 24.

337. Polib., III, 59.

ocasión por la que tal decisión se produjera. Alrededor del año 150 volvieron a producirse serios disturbios en conexión con la tercera guerra púnica; en Macedonia, donde aspiraban de nuevo a tener importancia, se levantó un falso Filipo, y aunque los griegos no le fuesen muy adictos, el pueblo, depravado y abandonado a las más violentas pasiones, se puso, no obstante, en movimiento, así que, mientras Quinto Cecilio Metelo terminaba su campaña en Macedonia, estalló en Grecia la lucha en forma de la tercera guerra aquea.

Cuán despreciable era la gente que se había apoderado del poder en las polis lo vemos por los relatos que hace Polibio de los partidarios de Critolao y Dieo;[338] por todas partes existe un dominio de los más malvados, de los odiados por los dioses, y responsables de toda clase de desastres, es decir, un grupo formado con las gentes perdidas de toda Grecia, que ya habían corrido tras de Perseo; éstas, en cierto modo, disfrutaban con el terrorismo, que ejercían con la mayor vehemencia. En su viaje por las ciudades, Critolao ordena a las autoridades que no persigan ya a los deudores, ni detengan a nadie por sus deudas; en la Asamblea popular aquea en Corinto se les cortó la palabra a los embajadores romanos, echándoles con escarnio de la tribuna de los oradores, «habiéndose reunido una masa tal de obreros de los talleres y de banausos como nunca se había visto, estando todas las ciudadanías, y especialmente la corintia, completamente cegadas por la pasión». Así pudo, pues, Critolao, escarneciendo a las autoridades existentes, denunciando a todos los que no estaban conformes, creando necias esperanzas respecto a una ayuda de reyes y repúblicas extranjeras, arrastrar a los aqueos a esta guerra perniciosa frente a una

338. Polib., XXXVIII, 8, 8.

superioridad manifiesta de los romanos.[339] Después de su hundimiento, que no tardó en producirse, Dieo, para poder continuar la resistencia inútil contra Roma, escribió a las ciudades, pidiendo se liberasen 12.000 esclavos, de los nacidos en casa, y los mandasen armados a Corinto, lo que, como es natural, produjo una gran fermentación entre los demás esclavos, ya que éstos esperaban también ahora una pronta liberación.[340] Como, además, la situación había empeorado a consecuencia de empréstitos forzosos y una leva general, en las ciudades reinaban la confusión y el desaliento más completos, considerando felices a los que se habían muerto y compadeciendo a los que se iban a la guerra. Ya antes de la conquista de Corinto muchos se dispersaron sin orientación fija, saliendo de sus ciudades, denunciándose mutuamente unos a otros ante los romanos, e incluso algunos se presentaron con ramas de olivo, acusándose a sí mismos de perjuros y queriendo saber cuál había de ser su castigo, aunque nadie les hubiera pedido cuentas; los tebanos abandonaron su ciudad por propia iniciativa, dejándola desierta; abundaban aquellos que se tiraban a pozos o desde rocas; era un espectáculo como para causar compasión hasta en un enemigo, y al lado de todo ello existía el último terrorismo de Dieo, que se valía de encarcelar, atormentar hasta la muerte y matar a latigazos para obtener confesiones y los últimos recursos financieros. Dentro de tanta desdicha, fue una suerte el que fueran vencidos rápidamente, de modo que los romanos no se irritaron sobremanera y no se necesitaron ya las tropas de África,

339. Polibio, xxxviii, 9 y s.

340. ¿Se habrían hecho después lo bastante ricos para comprar los esclavos necesarios? Evidentemente se tiene que admitir la «cría» de esclavos, que en tiempos anteriores estaba suprimida en Grecia.

por lo que tampoco pudieron seguir actuando los terroristas. Todos decían entonces (con un estilo que recordaba a Temístocles): «Si no hubiéramos perecido tan rápidamente, no hubiera habido salvación alguna para nosotros». La salvación, empero, que ahora había para ellos, radicaba en que los griegos, desde aquí dependerían del gobernador romano de la nueva provincia de Macedonia.

Tendremos que hablar ahora de la disminución cuantitativa de la población nacional, hecho que unas veces es olvidado y otras no se le hace resaltar lo bastante, pero que existía en un grado sorprendente. Si queremos averiguar las causas generales que lo producen tendremos, sobre todo, el motivo que Polibio da para ello de que los hombres, enviciados en la fanfarronería, avaricia y sed de placeres, no se casaban ya, o si aún lo hacían no querían tener hijos, o tal vez uno o dos a lo más, para poderlos educar en la exuberancia y dejarles riquezas; el mal había alcanzado al poco tiempo tan insospechadas consecuencias que la primera guerra o enfermedad hacía que la casa quedase desierta, por lo que al fin se debió cambiar de criterio u ordenar que todos los niños engendrados fueran criados hasta su mayoría de edad.[341] Sin embargo, nos parece dudoso que, aun entonces, tal sed de placeres fuese dictada principalmente por la propia conducta de los hombres y no más bien que fuese fruto de la desesperación, pues más razones tenían para esto último. Los desdichados padres sabían demasiado bien, en aquel tiempo en que la parcelación de las fincas y la cancelación de las deudas estaban a la orden del día, la suerte que les esperaba a los hijos y a la Polis, que creía hacerse rica

341. Polibio, XXXVII, 9, 7 y s. Cf., también, tomo II, p. 503 y s.; la ley tebana allí citada bien podría datar de esta época.

al despojar de sus riquezas a los propietarios. Se le abrieron los ojos demasiado tarde, para darse cuenta que, de este modo, cada vez empobrecería más y que al final llegaría a extinguirse toda la vida.

Además, suelen alegarse como causas de tal disminución la emigración de la población a los países diadocos, las guerras con los romanos (respectivamente las olas guerreras romanas que hasta la batalla de Accio atravesaban a Grecia) y las incursiones de los piratas, que iban adquiriendo gran preponderancia.[342] Pero todo esto no es lo esencial. Si los griegos no hubieran tenido que ponerse a salvo de los propios griegos, nunca hubiera habido una emigración en tan gran escala hacia Siria, Egipto, etc. Las guerras contra Roma y las guerras civiles romanas en Grecia eran de corta duración; excepción hecha de Haliartos, que fue destruida en la guerra de Perseo, y de Corinto, destruido en 146, sólo fue devastado por los romanos sistemáticamente el Epiro y el país de los ilirios, regiones ambas muy pobladas anteriormente, y que convirtieron en desiertos para asegurar la vía Egnotia, que unía a Apolonia con Macedonia; en tales regiones se viviría en poblados y entre escombros, puesto que las ciudades estaban destruidas, y por todas partes había campamentos de tropas romanas;[343] también puede comprobarse que los daños causados por Sila en la guerra con Mitrídates

342. Curtius, *Pelop.*, I, p. 83.
343. Estrabón, VIII, 7, p. 322, 327. Según *ibíd.*, p. 325, también había sufrido mucho Ambracia por el castigo de los romanos, y sus habitantes llegaron juntos con los de otras poblaciones etolias y acarnanias a Nicópolis, debido a un sinoiquismo ordenado por Augusto, evidentemente con buena intención (llevándose sus imágenes divinas allí). Cf. también Pausan., VII, 18, 5 y s. Epiro fue luego devastado otra vez por los tracios, cuando hacía mucho que era romano, a instigación de Mitrídates. Dión Casio, *Fragm. Libr. Prior.*, 99, 2.

fueron de poca importancia.[344] Respecto a la piratería, es cierto que con el declive de los reinos diadocos llegó a incrementarse considerablemente; Creta, arruinada por guerras civiles y reducida al salvajismo,[345] se convirtió en un nido de piratas, siguiéndola muy pronto también Cilicia, mientras que en el Oeste la piratería florecía ya desde muy temprano con bases en Iliria; por todas partes se extendieron los piratas, que se dedicaban también a cazadores y mercaderes de esclavos, pero precisamente el que tal plaga pudiese llegar a ser tan terrible es una prueba de que las regiones del litoral ya estaban despobladas, y no el motivo que produjera esta misma despoblación. La causa principal es, por el contrario, aquella que cita Plutarco de un modo eventual para explicar la disminución de la población, la extinción de muchos oráculos:[346] las luchas civiles anteriores (όαί πρότεραι στάσεις). Cuando en tiempos de Plutarco Grecia entera no pudo reunir más que 3.000 hoplitas, y cuando en Dión Crisóstomo se encuentra la afirmación de que los auténticos griegos antiguos habían llegado a ser una especie muy escasa, es que se había, pues, cumplido lo que el antiguo vidente había profetizado al final

344. Como se sabe, durante el asedio de Atenas fueron taladas las plantaciones en la Academia y en el Liceo, y también fueron robados los anatemas en Epidauros, Olimpia y Delfos; por ejemplo, el famoso vaso gigantesco de plata, que para ello hubo de ser despedazado. Sin embargo, su ejército exigía con ahínco trasladarse al Asia, evidentemente porque Grecia era ya un hueso descarnado.

345. Podría decirse que la Polis, aquí o en otras partes, cuando terminó siendo pirata, acabaría con el mismo Estado del que había surgido.

346. Plut., *De defectu orac.*, 8, cf. tomo II, p. 419. Cuando Plutarco, además de las luchas civiles, nombra también las πόλεμοι, que principalmente se decidieron en territorio griego, puede decirse de ellas lo mismo que para la piratería: eran perniciosas para la población, porque ésta estaba ya muy debilitada.

de su quinta generación humana:[347] que se produciría una discordia general, incluso dentro de las mismas familias, uno saquearía la ciudad del otro; el cumplimiento de juramentos y lo justo y lo bueno perderían todo su valor, honrándose en cambio a los malhechores y malvados, lo justo estaría en el puño y no existiría ya la vergüenza, y que el malo dañaría al bueno con palabras engañosas prestadas bajo juramento. «Caín, ¿dónde está tu hermano Abel?», podría haberse preguntado a la nación. Es que se habían unido las discordias constantes en el interior, con los asesinatos periódicos de los pudientes y los asaltos (*καταδρομαι*) de una ciudad a otra. Si ya por todo ello estaban muy debilitados, aún podíase exterminar todo cultivo con llevar afuera los esclavos y animales.[348] Ya no eran lo bastante ricos para sustituirlos por la compra, y ellos mismos no querían o no podían trabajar, estando además demasiado agotados para poblar otra vez el país con colonos libres; así fue cómo al dejar la tierra sin cultivar, por este mismo *circulus vitiosus*, empobrecían del todo. Por eso, ya poco después de Alejandro, gente ávida de botín, como Ofelas y sus secuaces griegos, se dirigían contra Libia y Cartago, porque la Hélade, debido a las constantes guerras, había llegado a ser débil y mísera (*αυθεσῆ καὶ ταπειγα*),[349] y Polibio dice que, en su tiempo (después del año 146), a pesar de que el Pe-

347. *Los trabajos y los días*, de Hesíodo, 180 y s. Casi parece como si hubiera sospechado el envejecer de la raza, haciendo preceder al principio del exterminio (181) el que nacieran los niños con cabellos grises en las sienes (πυλιοκρόταφοι.)

348. Alrededor de la mitad del siglo III, cuando Esparta estaba ya muy debilitada, los invasores etolios pudieron coger 50.000 esclavos (¿ilotas?). Un viejo espartano dijo entonces, sin embargo: «Han hecho bien en aliviarnos de ellos». Plut., *Cleom.*, 18.

349. Diodoro, XX, 40.

loponeso se había vuelto a reponer algo, en toda la península (siempre que no se vendieran los hombres como esclavos) no podían reunirse ni 6.000 talentos en bienes muebles.[350] Grecia terminó, pues, con un empobrecimiento general, quizá con gran asombro de los politicastros de entonces, que a lo mejor esperaban conseguir una vida regalada;[351] su libertad fingida era de hecho un despotismo, habiendo sido conducida a la misma situación que en el siglo XVII la nación española por el llamado despotismo, es decir, por la carga tributaria monárquica, sólo que España no fue embrutecida por el régimen de aquel populacho democrático.

Respecto a la destrucción y el asolamiento de las ciudades, prescindiremos completamente de aquellos casos en que fueron víctimas de los frecuentes terremotos locales, ya que poblaciones activas no se hubieran dejado amilanar por sólo tal hecho y dejar por ello de reconstruirlas. En lugar de aquella riqueza de establecimientos de ciudades (ἐυκτίμενα πτολίεθρα), de las que ya el catálogo de naves de *La Ilíada* nos da una impresión tan clara, llegamos con el tiempo a la situación que nos pone de manifiesto Dión Crisóstomo con las palabras: «¿No atraviesa el río Peneo una Tesalia desierta y el Ladón una Arcadia desolada?... ¿Qué

350. Polibio, II, 62. Sobre la mengua del bienestar material en las polis de la propia Grecia, cf. Buchsenschütz, *Besitz und Erwerb im Griechischen Altertum*, p. 610 y s. Después del año 133, un pretendiente como el usurpador pergameno Aristónico, con gran facilidad pudo reunir un ejército, con ciudadanos sin bienes, de las ciudades, y esclavos liberados, que él llamó heliopolitas. Estrabón, XIV, 1, 38, 646.

351. «La participación de todos en la dirección del conjunto y en el disfrute de su poder degeneró en la mendicidad de las masas, quienes tendían a la parca tesorería del Estado sus manos pedigüeñas para sacarle hasta el último óbolo para su comida diaria.» Bruno Bauer, *Philo, Straus, Renan*, 13.

ciudades hay más desoladas que Crotona, Turios, Metaponto y Tarento?... En Pela, en Macedonia, no se ven ya ni vestigios de una ciudad, excepto los muchos ladrillos quebrados».[352]

Vale la pena hacerse cargo de esta situación más detalladamente, mediante la observación del mundo en ruinas, que relatan Estrabón y Pausanias.[353] Empezaremos con la primera región que habría conocido tal situación de ruinas: Argos, de cuyo trato a las desdichadas ciudades comarcales hemos hablado en anterior ocasión.[354] «Si lo mismo pasó con Micenas, no es de extrañar que ahora también desaparecieran, sin dejar rastro, algunos de los lugares citados como ciudades súbditas de Argos», dice Estrabón.[355] Argos, con el tiempo, no había sabido hacer otra cosa que aniquilarlas mediante ejecuciones sucesivas «por falta de obediencia» (ἀπειθούσας) y aumentando con sus poblaciones los habitantes de la capital; no obstante, a pesar de toda esta ansia por habitantes ¡cuán poco llegó a ser luego Argos! Pausanias vio en las Argólidas los escombros sólo de Micenas, Hisia, Tirintia y Asina; de Ornea no quedaban más que dos templos; de Midea, donde antes reinara Electrión, el padre de Alcmena, no había quedado piedra sobre piedra; en Nemea, aunque seguían celebrando allí las Nemeas, el templo de Zeus, «céle-

352. Tars. Prior, p. 9 (ed. Dindorf). El prodigar el derecho de ciudadanía a cualquiera que fuera, por ejemplo a los actores (Cic., *Pro Arch. Poet.*, 5, 10) no evitó para nada la despoblación.

353. Lo hacemos sin presunción de dar una lista íntegra de ellas y omitiendo las ruinas de Sicilia e Italia. Pausanias mismo es, indirectamente, un buen testigo de la desolación y demolición generales. Puede incluso pretenderse que precisamente sus gustos por las antigüedades le llevaban a visitar las ciudades en ruinas; pero, ¿por qué son tan escasas las ciudades y poblaciones que existen al lado de ellas?

354. Tomo I, p. 92.

355. Estrabón, VIII, 6, 10, p. 372.

bre y digno de verse» en aquel cipresal, tenía el pecho hundido y estaba sin imagen; en su propia Acrópolis los argivos dejaban sin tejado el templo de Zeus Lariseo y la imagen sagrada de madera no estaba ya colocada sobre su base. Hasta la ciudad portuaria de Nauplia estaba desierta, quedando sólo las ruinas de las murallas, un templo de Poseidón, los puertos y la fuente Canato, donde Hera, bañándose, se hacía virgen una vez al año; esta fuente, que sobrevivió a la ciudad, quizá fuera antes el motivo de su fundación.[356]

Sigamos a nuestros dos guías a Lacedemonia y a las regiones occidentales del Peloponeso, y nos enteramos[357] de que aquélla, comparada con su densidad de población anterior, se hallaba muy despoblada; mientras que antes tenía el nombre de «la de cien ciudades», ahora sólo había allí, además de Esparta, unas treinta ciudades pequeñas; de los lugares mencionados por Homero, algunos estaban destruidos, de otros aún quedaban restos, y los más tenían nombres nuevos distintos. Probablemente las desolaciones y la reducción a aldeas de Faris, Brisea, Helos, Pelana y demás lugares,[358] fueron debidas a la antigua revolución licúrgica, pero Zárax había sido destruida por aquel Cleónimo, que llamó a Pirro a Esparta;[359] en Selasia, los aqueos vencedores habían esclavizado a los inocentes habitantes después de la batalla del 222.[360] Si este lugar no pudo jamás repoblarse es cosa que ignoramos, porque en las luchas aquellas entre griegos, tan sólo con llevar a los habitantes a la esclavitud podría despoblarse para siempre ésta u otra ciudad. También vio Pausanias en

356. Pausan., II, 15, 2, 4; 24, 4, 9; 25, 5, 7, 8; 36, 5; 38, 2.
357. Estrabón, VIII, 4, 11, p. 362; 5, 3, p. 364.
358. Pausan., III, 20, 3, 4, 6; 21, 2.
359. *Ibíd.*, 24, 1.
360. Pausan., II, 9, 2; III, 10, 9.

Laconia las ruinas de Cifanta y de Hipola; allí corría aún el manantial donde Atalanta, sedienta durante la caza, había golpeado la roca con su jabalina; todavía existía un templo de Atenea, así como, además, se encontraban en aquel país por los periegetas templos solitarios, a veces sin tejado.[361] Estas ciudades mesenias en ruinas puede suponerse que datan, en su mayor parte, de las antiguas guerras mesenias; allí vio también Pausanias las ruinas de Andania y de Dorión.[362] Dirigiéndose hacia el Norte, hacia Trifilia, hay que tener en cuenta que los lacedemonios, tras de la tercera guerra mesenia (cerca del 460), habían despoblado, mediante un sinoiquismo, a Pilos en Lepreón para favorecer a los lepreatas, demoliendo probablemente y destruyendo muchas otras heroicas ciudades de allí;[363] y si se llegaba después, por un largo camino, entre arena y bosques de pino, al valle del Alfeo, se encontraban en aquel lugar las ruinas de Escilo, cuyos habitantes, mucho antes de que Jenofonte hubiera recibido allí su propiedad, habían sido expulsados por los elios, por haber sido del partido de los de Pisa.[364] En la región de Pisa esta misma ciudad, sobre todo, fue destruida completamente por los elios (ya cerca del 570); no existían murallas ni otros vestigios, y estaba todo el lugar convertido en viñedos; de la ciudad de Frixa, situada en una colina abrupta, se veían aún escombros y el altar de un templo de Atenea; de la de Harpina, igualmente escombros y altares,[365] y también el Dispontión pisano había sido «abandonado» por sus habitantes, trasladándose éstos

361. Paus., III, 22, 9; 24, 1 y s.; 25, 6.
362. Paus., IV, 33, 6, 7.
363. Estrabón, VIII, 3, 30, p. 355. Cerca de Lepreón también estaba el lugar donde antes había estado Cas, *ibíd.*, 21, p. 348.
364. Pausan., V, 6, 3 y s.
365. Pausan., VI, 21, 5 y s.; 22, 1.

en su mayor parte a Epidamno y a Apolonia.[366] De Hirmine, en Élida, se dice: «Era antes una ciudad pequeña, pero ya no existe»;[367] de Pilos, cerca de allí, se veían aún las ruinas, y de Letrinos, antes una ciudad pequeña, sólo quedaban en pie unas pocas viviendas y un templo.[368].

En el norte del Peloponeso habían sido devoradas por el mar Hélice y Bura durante la catástrofe del año 373, pero varios otros lugares de Acaya estaban abandonados con o contra la voluntad de sus habitantes, a los que se había persuadido u obligado al sinoiquismo en una vecindad, así que Egea había sido absorbida por Egira, y Olenos por Dime, pudiendo aún verse aquélla entre Dime y Patras, así como un prestigioso templo de Asclepio, que se alzaba en aquel lugar desierto. Tampoco Ripas estaba habitado, y su comarca era propiedad de la gente de Egio y de Faras. En Dime había avecindado Pompeyo a muchos piratas indultados,[369] probablemente porque también aquí (a pesar del sinoiquismo de Olenos) escaseaba la población.

Veamos ahora el centro del Peloponeso: De Arcadia, Estrabón, en la principal cita que en sus obras hace sobre este país, dice que los pueblos de Arcadia (azanos, parrasios, etc.) parecían ser de los más antiguos de los helenos, pero que debido a la desolación completa de toda la región, no convenía hablar detalladamente de ellos porque las ciudades antes tan gloriosas habían sido exterminadas por las constantes guerras; los labradores habían abandonado el país ya desde aquellos tiempos en que tuvo efecto el sinoiquismo a la llamada Gran Ciudad (Megalópolis), y que ahora podía aplicarse

366. Estrabón, VIII, 3, 32, p. 357.
367. Estrabón, VIII, 3, 10, p. 341.
368. Pausan., VI, 22, 3, 5.
369. Estrabón, VIII, 7, 4 y s., p. 386 y s.

a ella aquella frase del cómico: «Una gran soledad es la gran capital»; sigue Estrabón diciendo que, sin embargo, había buenos pastos para el ganado, sobre todo para caballos y asnos, que se utilizaban como sementales; Mantinea, tan famosa por Epaminondas, así como Orcómeno, Herea, Clitor, Feneo, Estínfano, Menalo, Metidrión, Cafies y Cineta no existían ya o tan sólo vestigios de ellas; y si Tegea todavía existía en parte, así como su templo de Atenea Alea, y algo de culto se conservaba aún también en el templo de Zeus Liceo en el alto Liceo, encontrar algunos lugares mencionados en Homero resultaba difícil, e inútil para quien los encontrara, por su desolación.[370]

Ciertamente no fueron los romanos quienes causaron aquí tales destrucciones, sino que, salvo los casos del sinoiquismo de Megalópolis, que, aun afectando, según dicen, a treinta y ocho o cuarenta lugares, suponen de todos modos sólo a una pequeña parte de Arcadia,[371] su aniquilamiento fue causado en todo caso por las luchas interiores de los griegos. Sobre todo ocupaba a las generaciones posteriores la suerte de Megalópolis, a la que Cleómenes, sólo por el hecho de no haber podido, en tiempos difíciles, encontrar en ella ningún partidario, es decir, ningún traidor, maltrató de tal manera, que nadie pudo pensar entonces en su repoblación.[372] Apenas suficientemente reconstruida, esta ciudad, que en su tiempo había sido fundada con el mayor empeño por los arcadios, y con las más vivas esperanzas de los helenos, había perdido, no obstante, todo su adorno y riqueza anteriores; aún estaba en su mayor parte en ruinas en vida de Pausanias, quien, al descri-

370. Estrabón, *ibíd.*, 8, 1 y s., p. 388.
371. Sobre este sinoiquismo, cf. tomo I, p. 92, y en este tomo, p. 34.
372. Polib., II, 35.

birla, hace un examen coherente sobre la decadencia y ruina de ciudades;[373] en vez de alegar el simple motivo de que el Destino gusta de cambios, más bien hubo de haber pensado en las causas que los habían ocasionado. ¿Quién había causado aquí tales estragos sino los mismos griegos? De las poblaciones que habían tomado parte en el gran sinoiquismo nombra siete (entre ellas Metidrión, antes famosa por sus propios olimpiónicos) que aún existían como aldeas,[374] y a Palantión, que había sido elevado otra vez por Antonio Pío a rango de polis, y aún estaba en la cumbre de la colina sobre la ciudad, donde en tiempos antiguos había estado la Acrópolis, el templo de los misteriosos demonios del juramento, conocidos por «los puros» (καταροί);[375] las otras poblaciones estaban, en cambio, desiertas, habiendo, por ejemplo, en Cromes sólo unas ruinas; en Carisia, algunos edificios; en Tricolonos, y en un bosque, un sagrario de Poseidón; en Zoitia, un templo de Deméter y de Artemisa, que recordaban aún aquellos lugares, conservándose también algunas ruinas de Parorea, Macarea y Dasea. Además, conoce también el periegeta gran número de ruinas, de las que no era responsable Megalópolis: Brenta y Basilis, localidad de augusta fundación mítica, donde aún existía un templo de la Deméter Eleusina; Tireón e Hipso, ambas fundadas por Licaón, el rey arcaico del mito de Arcadia; Palante, Peroto, con un sagrario de Pan; Licoa, con uno de Artemisa; Sumetia y Menalo, donde, además de los restos de un templo de Atenea, los hubo también de un estadio y de un hipódromo, y donde en un monte del mismo nombre se podía aún oír la flauta pastoril de Pan. También hay que nombrar a Acacesión, donde

373. Pausan., VIII, 33.
374. *Ibíd.*, 27, 5.
375. *Ibíd.*, 44, 5.

Acaco, el hijo de Licaón, había educado a Hermes; de la arcaica ciudad de Licosura existía aún la periferia de las murallas y algunos pocos habitantes; medio desierta estaba Telpusa, cuya ágora, que antes formaba el centro de la ciudad, estaba ahora al margen de ella, y cuyo templo de doce deidades se había hundido; entre Tegea y Megalópolis se encontraban las ruinas de Hemonia; Orestasión tenía aún las columnas de un templo de la Artemisa Hiereia; restos de la muralla de circunvalación de la antigua acrópolis se encontraba aún en Asea, con templos sin tejado y en ruinas por todas partes. Se habla con tono de profunda melancolía del sagrario de Pan cerca del Liceo, donde aún había un estadio y un hipódromo, y en donde en otros tiempos se celebraron los agones de los liceos, encontrándose allí bases cuyas estatuas ya no existían, y de las cuales una hacía referencia en una inscripción a Astíanax, un descendiente de Arcas. Con los habitantes habían desaparecido también los juegos.[376]

En tiempos de Pausanias, la mayor parte de Arcadia, si no estaba completamente deshabitada, sólo pudo estar poblada por pastores, y de buena gana sabríamos a quién pertenecían sus rebaños. Ciertamente, aún no estaban talados los bosques, sino que abundaban, y con ellos los manantiales. Si, pues, alguna parte del mundo ha tenido realmente el aspecto de los paisajes de Poussin y Claude no será la Arcadia Anterior, que tiene que haber sido una tierra de agros intensamente cultivados y con muchas polis, sino la de entonces, con sus ruinas, templos y pastores, y sus bosques, que probablemente comenzaban de nuevo a extenderse.[377]

376. Todo esto, de Pausan., VIII, 25, 2; 28, 4, 29, 4; 34, 3; 35, 36, 38, 44.

377. Todo lo bucólico fue, después del siglo III, relacio-

Saliendo del Peloponeso, tal vez por Sicione, población muy menguada si se la compara con lo que fue en tiempos de Demetrio Poliorcetes,[378] se pasaba por un Corinto resurgido gracias a César, en tiempos de Estrabón y Pausanias, tras haber sido condenada al aniquilamiento, y en el 146 por el partido romano de los mercaderes, habiendo estado en ruinas durante cien años. Demostróse, sin embargo, gran respeto por todo lo que fuera tradición, o también una gran falta de delicadeza, en el hecho de que, aun teniendo delante las ruinas de Corinto, no se dejase suprimir las Istmias, sino que se encargó a los sicionios el celebrar aquel agón;[379] esto lo habrán conseguido los ávidos de fiestas, que siempre suelen ser poderosos cuando una época toca a su fin. Sin importarles el rumbo que tomaban los asuntos, anteponían a todo la gimnástica, además que ya estaban aocstumbrados a ver ciudades en ruinas.

Hasta en el Ática había una de éstas, y ello por una fechoría de los atenienses en la época macedonia. Atenas había perdido Salamina en el año 318, por entregarse sus habitantes a Casandro, según se dice, con cobardía premeditada, jurando los atenienses no olvidar jamás esta traición de los salaminos; pero más adelante ocupó también Demetrio la isla, que quedó como territorio macedonio, hasta que volvió a ser de Atenas en 229 por Arato; entonces estalló toda su cólera, acumulada durante 89 años; expulsó a los salaminos de todo su territorio y se dio a clerucos áticos; de la antigua ciu-

nado ingenuamente con la vida pastoril arcaica de Dafnis. Además, también en Virgilio, todo lo bucólico se adapta notoriamente a una vida, bastante moderna, de latifundios, ya que la agricultura en las comarcas se había ido sustituyendo en favor de una vida pastoril relativamente reciente.

378. Pausan., II, 7, 1.

379. Pausan., II, 2, 2.

dad, situada en dirección a Egina, aún pudo ver Pausanias los escombros del ágora y un templo de Ayax. Además de esta ciudad en ruinas, había en Ática la antigua patria de Mirón, Eleuteria, de la que no quedaban más que las murallas y los escombros de las casas; respecto a que Muniquia y el Pireo quedasen reducidos a pequeños poblados, tal vez puede acusarse aún a Sila.[380]

En Beocia había sido reconstruida Tebas por Casandro, y un ciudadano suyo, el cínico Crates, pronto la había abandonado, diciendo para motivarlo: «No necesito ninguna ciudad, que un nuevo Alejandro destruirá»;[381] efectivamente, llegó más adelante la desgracia, en la guerra de Mitrídates, por medio de Sila, que quitó a los tebanos la mitad de su comarca; es verdad que posteriormente les fue devuelta, pero estaban ya desde entonces reducidos a la pobreza y toda la parte baja de la ciudad, excepto los templos, se hallaba abandonada, estando poblada la acrópolis, que llamaban ahora Tebas y no Cadmea. En las mismas proporciones habían decaído las otras ciudades que no habían sido destruidas. No sólo Haliarto, demolida como ya dijimos en la guerra de Perseo, y cuya comarca fue dada a Atenas, había dejado de existir, sino que también en la región platea se veían las ruinas de Hisia y Eritra, aquélla con un templo de Apolo a medio construir y una fuente que daba el don de la mántica a los que de ella bebían; un templo medio terminado que había sido consagrado a Deméter y a Cora se hallaba también entre las ruinas de Escolo; entre los escombros de Glisas pudo verse la tumba de Epígono Argivo; Harma, uno de los lugares en el cual estaba localizada

380. Pausan., I, 35, 2; 38, 9; Estrabón, IX, 1, p. 393; I, 15, p. 396.
381. Eliano, *V. H.*, III, 6.

la epopeya de Anfiarao, se había convertido en aldea abandonada; en Micaleso, ya en la guerra del Peloponeso, los mercenarios tracios de Atenas habían asesinado a toda la población; Ascra, de la que aún se veía una torre, había sido destruida por los tespios antes de los tiempos de Aristóteles, y los orcomenios habían admitido en su ciudad a los habitantes que se habían salvado, llevándose también por fin a la misma, obedeciendo a un oráculo, los restos mortales de Hesíodo; pero, más adelante, Orcómeno decayó asimismo completamente; en tiempos de Estrabón, Tanagra y Tespia (a esta última acudían antes las gentes para ver al *Eros* de Praxíteles), eran las únicas poblaciones de Beocia que aún quedaban en pie. En total, no se distinguiría mucho la situación de este país de la de Arcadia,[382] y había regiones en las que se podía andar todo un día sin encontrar ni un pastor siquiera.

Respecto a Fócida, después que ya el ejército de Jerjes realizó allí grandes estragos, también se habían destruido a fondo sus ciudades, en parte mencionadas por Homero, en la Guerra Sagrada, repartiendo a los habitantes en aldeas, excepción hecha de Abea, que no había tomado parte en el agravio del templo. Más adelante —y esto antes de Queronea—, fue reconstruida en su mayor parte por atenienses y tebanos, pero algunas ciudades, bien porque ya antes hubieran sido débiles, o bien porque fueran demasiado pobres entonces, no se reconstruyeron, por ejemplo, Parapótamos, cuya situación llegó más adelante hasta ser desconocida, aun habiendo sido la patria de un Pitiónico. El mismo pueblo, que es digno de lástima, luchaba luego con gran ardor en Queronea y en la guerra lamíaca contra los

382. Estrabón, IX, 2, 5, 11, p. 403 y s., 25, 410; 30, p. 411; Pausan, VIII, 33; IX, 2, 1; 4, 3; 7, 4; 19, 2, 4; 29, 1; Plut., *Eis Hesiod. ypomn.*, 60. Sobre Micalesos, cf. tomo I, p. 384.

celtas, para refutar así las recriminaciones anteriores. Pausanias vio en este país los restos de la antigua Ledón, que había tenido que pagar las culpas de su cuidadano Filomelo; la ciudad había sido abandonada por debilidad llevando aún su nombre un poblado de otro lugar con sólo setenta habitantes. Estrabón vio también demolida a Dafno, situada en el mar Eubeo;[383] este último se refiere también a las ciudades epicnemídicolocrenses, que, con muy pocas excepciones, no eran dignas de mención. Caliaros, citada por Homero, aunque situada en terreno fértil, no estaba yo habitada. Besa y Augia, entre las localidades ozólicolocrenses ya no existían. Anfisa, anteriormente destruida por la sentencia de los anfictiones (339), volvía a florecer algo.[384] De las Tetrapolis dorias, situadas al norte de ella, en el Parnaso (Erineo, Beón, Pindo y Citión), se dice, sin embargo, que antes, aunque con poblaciones pequeñas y terreno malo, gozaban de cierto prestigio, pero que fueron derrumbadas en la Guerra Sagrada por los ataques de los macedonios, etolios y acarnanios, de tal modo, que ya por sí es de admirar que un vestigio de ellas haya sobrevivido hasta la Era romana. Los etolios y acarnanios eran la plaga de las ciudades dorias y pueden considerarse como una emigración tardía de los epirotas; probablemente, en tiempos de Filipo irrumpió este pueblo sobre la Grecia Central, agotada bajo su rey Aminandro, y tal como ocurrió en el siglo XIII con los albaneses, también aquellos devastadores se extinguieron después de cometer toda clase de fechorías.[385]

Asimismo de Tesalia dice Estrabón que, excepto Larisa, pocas ciudades habían conservado su antiguo

383. Pausan., X, 3, 33, 1, 4; Estrabón, IX, 3, 1, p. 416.
384. Estrabón, IX, 4, 5, 8, p. 426 y s.; Pausan., X, 38, 2.
385. Estrabón, IX, 4, 11, p. 427; 17, p. 429.

prestigio. No sólo habían desaparecido pequeños pueblos semibárbaros, como los talaros y éticos, sin saberse siquiera si habían sido aniquilados o habían perdido su independencia y con ello su nombre, sino que aun de los perheberos (cuya capital Elona, situada al pie del Olimpo, se hallaba destruida) apenas se encontraban restos, y en los pequeños pueblos norteños el propio Estrabón cae en confusiones, porque los cambios y las mezclas constantes de los Estados en los nombres y pueblos habían creado una situación caótica. Ciudades destruidas eran Pinasos y Iolcos, de donde había salido antiguamente Jasón. Como a éstas, las luchas entre los ciudadanos y las tiranías habían arruinado también a Ferea, que se hundió junto con su tirano. Asimismo Demetriada, que se había construido en las cercanías de las ruinas de Iolcos por el sinoiquismo ordenado por Demetrio Poliorcetes, había venido a menos, aunque aún se distinguía entre las demás poblaciones de la península de Magnesia. En Escotusa se habían vuelto a avecindar los pocos que habían logrado escapar a la matanza ordenada por Alejandro de Feres, pero en la desdichada guerra (evidentemente la lamíaca) de los helenos contra los macedonios, volvieron a abandonar la ciudad «por débil». Si en alguna parte no hubo los suficientes ciudadanos para formar una polis, debió de haber sido más ventajoso emigrar y vivir en otra parte como metecos, aunque en su antigua ciudad pudieran haber sido herederos de la comarca entera.[386]

Ahora el «descampado» de los etolios y acarnanios era tan apto para la cría caballar como Arcadia. Etolia estaba desierta después del castigo que le infligió Marco

386. Estrabón, IX, 5, 3, p. 430; 12, p. 434; 14, p. 435; 15, p. 436; 19, p. 439; 22, p. 442. Sobre Escotusa, Pausanias, VI, 5, 2; cf. tomo I, p. 267.

Fulvio Nobilior y las luchas interiores que le siguieron. Calidón y Pleurón, antiguamente orgullo de la Hélade, habían llegado a ser insignificantes; Olenos había sido demolida y sólo quedaban vestigios de ella; también Lisimaquia, situada en sus cercanías y que como su nombre lo indica era una ciudad de fundación relativamente reciente, había sido exterminada, y Pilena había sufrido casi tanto como Olenos. «Tanto los acarnanios como los etolios —dice Estrabón— estaban diezmados y agotados por las constantes guerras, al igual que muchos otros pueblos.»[387]

Cuando uno miraba los países rudos y montañosos de Epiro e Iliria los encontraba, como hemos dicho más arriba,[388] despoblados por los romanos, aunque muchas ruinas de ciudades también se encontraban en la costa tracia, por ejemplo, las de Singos, de la cual tomaba su nombre una bahía de la Calcídica, la de Estagira, patria de Aristóteles, que anteriormente su destructor, Filipo II, había vuelto a reconstruir, y de las ciudades pequeñas de Egos Pótamos y Critota.[389]

En tierra firme de Asia Menor no eran muy distintas las cosas. Por todas partes había ciudades desiertas, como, por ejemplo, la Tróade, Pedaso y Marpeso, cerca del Ida, donde Pausanias encontró aún a sesenta habitantes, y en Misia, Lirneso y Tebe, en el Placos, la ciudad Etión, y también la antigua Crisa, de donde Metídrisis trasladó el culto de Apolo Esminteo a la ciudad posterior del mismo nombre, en el Hamaxitos.[390] De las treinta ciudades eolias no pocas estaban

387. Pausan., VIII, 24, 5; Estrabón, X, 2, 3, p. 450; 6, p. 451; 22, 23, p. 460.

388. V. p. 356.

389. Estrabón, VII, fr. 31, p. 330; 35, p. 331; 56, p. 331.

390. Estrabón, XIII, 1, 50, p. 605; 61, p. 612; 63, p. 612; 65, p. 614; Pausan., X, 12, 2.

desiertas, así Larisa, cerca de Cumas;[391] de las jonias (que sufrieron mucho con los terremotos), Mius se había unificado con Mileto por falta de habitantes.[392]

Sobre la situación de muchas islas del Archipiélago, es característico un pasaje de Eliano.[393] Éste dice que el pájaro cianos o mirlo azul, que sólo anidaba en lugares de completa soledad, evitando la tierra firme e incluso las islas fértiles, abundaba, en cambio, en Esciros y otras islas, demasiado míseras e infecundas, sin valor alguno para el hombre; ¡este Esciros que, junto con Lemnos e Imbros, había constituido en el siglo IV el conjunto de las posesiones exteriores de Atenas! Por Estrabón sabemos que de las cuatro ciudades de Quío, Coresia se había reunido con Julis, y Polesa con Cartea; en aquélla aún existía un templo de Apolo Esminteo, y en ésta uno que fue fundado por Néstor al volver de Troya, consagrado a Atenea Nedusia. En Lesbos estaba destruida Pirra, y sólo un suburbio cerca del puerto estaba aún habitado. Icaria estaba abandonada, pero tenía aún pastos y era explotada por los samios; de Carpatos se habla, como en tácita suposición, de su completa desolación, aunque antes tuviera cuatro ciudades y bastante renombre, ya que hasta el mar llevaba su nombre.[394] El mismo Delos, en el que se había reconcentrado, tras del año 146, gran parte del comercio de Corinto, estaba, después de la destrucción por los soldados de Mitrídates, tan desolado, que las tropas que Atenas mandó eran los únicos habitantes.[395]

391. Estrabón, *ibíd.*, 3, 3, 6, p. 621 y s.
392. Estrabón, XIV, 1, 10, p. 636. También lo que Dión Casio, XXXVI, 20 y s., dice de la Grecia pirata de las ciudades abandonadas puede referirse al Asia Menor.
393. *Nat. Anim.*, IV, 59.
394. Estrabón, X, 5, 6, p. 486; 13, p. 488; 17, p. 489; XIII, 2, 4, p. 618.
395. Pausan., VIII, 33, 1.

También las islas cercanas a tierra firme estaban abandonadas, no sólo una, que no se nombra, cerca de la costa eólica,[396] donde aún se encontraba un santuario de Apolo, sino incluso la mayor parte de las islitas situadas delante de las costas de Ática: Fabra, Eleusa, Hidrusa, Helena y otras más.[397] De las islas grandes, sería Creta, que en tiempos de Homero contaba con cien ciudades, donde habrían reinado peores condiciones. A menudo se habría aniquilado allí a la ciudad vecina, sólo para apoderarse de su comarca, cuando la chusma reclamaba un nuevo reparto de tierras, o bien se la ocuparía, aun sin cultivarla debidamente, sólo para evitar que los vencidos y ahuyentados pudieran volver jamás. Así los hierapitnios demolieron una vez a Praso, ciudad eteocretense, con un templo de Zeus Dicteo; Festo fue destruida por los cortinios, que se quedaron con su comarca;[398] con Mileto habían hecho lo mismo los litios, y con Licastos los cnosios, y al final, del modo más infame, los cnosios exterminaron a Litos y los cidoniatas a Apolonia.[399] También Eubea había sufrido varias destrucciones y desplazamientos de ciudades; allí, por ejemplo, pudieron verse las ruinas de Egea, con su templo de Poseidón en lo alto, las de Estira, que en la guerra lamíaca fue demolida por el estratego ático Fedro, de Tamina y otras más.[400] En el *Venator,* de Dión, tenemos una descripción de cómo esta isla quedó convertida en soledad en su mayor parte, ya que la Naturaleza fue abandonada a sí misma. Un rico terrateniente había sido muerto en las persecuciones, tal vez en tiempos de Nerón, quedando de

396. Estrabón, XIII, 2, 5, p. 619.
397. Estrabón, IX, 1, 21 y s., p. 398 y s.
398. Cf. p. 339 y s.
399. Cf. *Ibíd.,* y p. 515; Estrabón, x, 4, 12, 14, 15, p. 478 y siguientes.
400. Estrabón, IX, 2, 13, p. 405, x, 1, 6, p. 446; 10, p. 447.

sus antiguos subordinados dos familias, emparentadas entre sí, en las montañas donde solían llevar a pastar sus ganados en el verano, llevando allí, con la caza, agricultura y viticultura, una existencia feliz en toda su pobreza. Naturalmente, llegan hasta aquí las autoridades y uno de ellos tiene que bajar un día a Calcis para justificarse. ¿Qué aspecto tendría esta ciudad? Un teatro, que existía aún para la diversión del pueblo; pero en el ágora pastaban las ovejas, y en el gimnasio estaba tan alto el trigo, que por encima de él sólo sobresalían las cabezas de las estatuas; es evidente que hasta incluso podía cultivarse el trigo en las calles. Algo mejor se conservaría Rodas, que no estaba gobernada democráticamente; Cercira, antes tan poderosa en el mar, y ahora venida a menos por guerras y tiranos, había sido liberada de éstos por Roma en tiempos de Tito Quinctio Flaminio, y un burdo verso burlón demuestra que su situación a pesar de esta libertad, dejaba mucho que desear.[401]

Se observa una gran miseria general, que hace comprensible que con el tiempo el abastecimiento de Grecia ya no se surtiese de los países del Ponto,[402] y que un Antonio, en Accio, a pesar de los métodos más rudos de reclutamiento, no lograse completar sus tripulaciones de remeros con la gente necesaria.[403] Todas estas poblaciones, de las que aún quedaba algún templo, escombros e incluso nada, habían tenido antes una razón de ser, un emplazamiento urbano, todo lo cual se había pisoteado. A fechorías tales como las que se permitió Argos poco después de las guerras persas, habían se-

401. Estrabón, fr., 1, VII, 7 y s.

402. Estrabón dice, VII, 4, 6, p. 311, que en tiempos anteriores salieron expediciones de trigo de Teodosia para Grecia, y de pescado en salazón desde el mar de Azof.

403. Plut., *Anton.*, 62.

guido las destrucciones que provocara el conflicto entre Esparta y Atenas, sobre todo la guerra peloponésica; también las que siguieron a éstas y duraron varios años: la corintia y la tebana, pueden haber destruido muchas poblaciones para siempre; posteriormente acontecieron las devastaciones de Filipo II y la disolución de las polis focenses, y luego, en el siglo III, mientras que los macedonios hasta Filipo *el Joven* no destruyeron probablemente ciudades ni apenas removieron poblaciones, las principales destrucciones fueron causadas por los etolios, que cometieron incendios y asesinatos, y para alcanzar un alto rescate procedían a llevarse a la gente. Si a esto añadimos lo que hacían los piratas ilíricos y los terribles atamanos, los últimos en dedicarse de lleno a la rapiña, fácilmente se comprende que pudiesen desaparecer tantas polis sin que un solo autor que se haya conservado a través de los tiempos nos hablara de ello. El mayor estrago lo hicieron, sin embargo, unos griegos a otros en las épocas terribles que van hasta el año 146. Tratándose de la desaparición de ciudades, no debemos olvidar tampoco los sinoiquismos. En esta época puede haber habido alguno —además de los decretados por los diadocos— motivado por la urgente necesidad, y ante la disminución general de la población, muchos habitantes de aldeas y pequeñas ciudades acudían a polis más grandes y fuertes, porque fuera de ellas la inseguridad era grande debido a los bandidos de tierra y mar; las poblaciones abandonadas serían luego demolidas, como en otros lugares, por el vencedor, quien disfrutaba sólo en la destrucción; o bien para utilizar sus piedras en la construcción de nuevos lugares, o para evitar se refugiasen allí ladrones o piratas. Después del año 146, se dice hubo cierto restablecimiento en este país desdichado; pero esto hay que comprenderlo sólo en un sentido relativo, excepción hecha de algunos lugares

privilegiados, como el nuevo Corinto. Todo quedó igual en ruinas, y Estrabón y Pausanias lo vieron tal como lo dejara el siglo II.

Espléndida fue la caza en estos tiempos. Los griegos «tardíos» han sido grandes cazadores, no sólo de liebres, sino de ciervos y jabalíes, amigos de la desolación y soledad, cuyo aumento hace precisamente suponer que el hombre se había ido retirando y no les hacía ya competencia. Si la agricultura hubiese florecido como floreciera anteriormente, no daría lugar para enterarnos de caza tan abundante ni de los hermosos pastos equinos de la Arcadia.[404]

Del trato que aún se daban entre sí los griegos distinguidos en la Era imperial, nos ilustra la historia relatada por Plutarco[405] del balneario Edepso en Eubea; se reñía debido a divergencias o partidismos entre bailadores y citaredos, siguiendo la disputa por las piscinas y salas, cortando un partido u otro los conductos del agua; se llegó por fin a tales extremos de salvajismo y de perversidad, que privados por el tirano (¿Domiciano?) de todos sus bienes, huidizos, empobrecidos, convertidos casi en otros seres distintos, sólo quedaron siendo los mismos en cuanto a su odio entre sí.

En esta época de retroceso general viene en ayuda del helenismo y de su civilización un fenómeno de primer rango en la historia universal:[406] el filhelenismo de Roma. Que el pueblo romano, tan duro y seco en otros aspectos y que tan pocas cosas ha amado, haya sentido aquí un idealismo y un entusiasmo insólitos, nos puede parecer o no verdadero milagro, pero si buscamos una explicación, bien estará recordar que entre

404. Sobre el gran auge de la pasión por la caza entre los griegos de entonces, cf. Helbig, *Unters. uber die campaniches Wandmalerei*, p. 274 y s.

405. *De frat. aun.*, 17.

406. Cf. tomo IV, p. 122, y tomo III, p. 476.

griegos e itálicos existía un parentesco muy antiguo y que Roma especialmente tenía ya desde antiguo relaciones con la helenidad. Los romanos, de todos modos, supieron hablar el griego desde tiempos muy tempranos. Los libros sibilinos, una falsificación del siglo VI o V, que Roma escogió como órgano fatídico, eran cresmos griegos, y en tiempos posteriores, pero ya al empezar el siglo III, el hecho de que Aulo Postumio hablase griego ante los tarentinos, y que Cineas, en su discurso en griego, fuera entendido por el Senado, demuestran que tal idioma se usaba corrientemente entre la clase alta romana.[407] En parte por mediación de Etruria, en parte directamente desde Grecia, muy pronto empezó una influencia constante; es más, puede incluso decirse que fueron los griegos los que interpretaron a los itálicos sus ideas y sentimientos. Sobre todo, la religión itálica, siendo un mero politeísmo, estaba completamente abierta a una fusión con el mundo de los dioses griegos, principalmente en su forma poética griega, y de todos modos, la parte etrusca no era lo bastante fuerte para defenderla. Así penetraron por todos los poros los cultos griegos y el mito griego, al cual ninguna nación itálica pudo oponer ninguno de su propia creación. Ya la transformación de los nombres mitológicos griegos (por ejemplo, Latona, Hércules, Ulises) demuestra que eran mencionados frecuentemente,[408] y tampoco hubiera podido introducir Livio Andrónico mitos griegos en el teatro, si con anterioridad no hubieran sido algo corrientes. El arte romano, sobre todo la arquitectura, habiendo sido etrusco en un principio, esperaba una helenización y anhelaba

407. Hay que tener en cuenta también que ya en el siglo IV se dan apodos griegos como Sofus en la familia Sempronia, y Filo en la Publilia.

408. En una urna palestina del final del siglo III, los nombres que designan las figuras son en parte palestinolati-

una purificación e idealización por el arte griego.[409] A fines del siglo IV existe ya en Roma el conocimiento de la sabiduría pitagórica; al menos, conocía Cicerón[410] una poesía de Apio Claudio Ceco que tenía parecido con las poesías pitagóricas; que con anterioridad entre los oyentes del sabio hubiera habido romanos, no es del todo inverosímil.

Además, se conoce de varias embajadas mandadas a Grecia. Ya en el año 454, tratábase de buscar una legislación que tuviera validez eterna y fuera común para los romanos. Se nombraron por el Senado, a propuesta de Tito Romilio, tres embajadores, que se mandaron en parte a ciudades griegas de la Baja Italia, y en parte a Atenas para pedir las leyes mejores y más convenientes a las circunstancias de la vida romana y llevarlas a Roma; de esta manera se preparó la legislación de las Doce Tablas.[411] Luego se le hacen varias consultas al Apolo de Delfos, quien da también toda clase de consejos de sabor helénico. Cuando el lago Albano (398) se desbordó, los romanos acudieron primero a los dioses y demonios de la región, consultando a los mantis del lugar si sabían un remedio contra ello, pero como el lago no se apaciguaba, estos mismos mantis les aconsejaron consultar en Delfos como la cosa más natural.[412] Después de la caída de Veyos (396) y cumpliendo una promesa, se manda a Delfos, como diezmo del botín, un soberbio trípode de oro, que por cierto llegó con grandes dificultades, ya que en el viaje cayó

nos y en parte griegos latinizados o griegos sin alterar. Cf. Schöne, *Annali Dell' inst.*, XI, 11, p. 337.

409. Cf. Helbig, *Annali dell'inst.*, XXXVII, p. 264 y s. Ojalá hubiesen adoptado de los griegos, entre tantas otras cosas, sus cifras.

410. Tusc., IV, 2, 4.

411. Dión de Halicarnaso, X, 50 y s.

412. Dión de Halicarnaso, XII, 12.



en manos de los piratas de las islas Lípari.[413] En la guerra contra los samnitas, manda Delfos al Senado que venere a Hércules según el rito griego, y cuando la guerra sigue siendo desastrosa, llega también el consejo de levantar estatuas al más valiente y sabio de los griegos, por lo que el Senado (probablemente por influencia de la Italia Meridional) coloca en el Foro una a Pitágoras y otra a Alcibíades.[414] Que hubiera ido en el año 323 una embajada romana a ver a Alejandro en Babilonia, es impugnado, pero no nos parece imposible del todo.[415] Cierto es que al principio del siglo III los antiatos, que aun siendo súbditos de Roma se dedicaban a la piratería y fueron capturados por soldados del rey macedonio de entonces, Demetrio Poliorcetes, fueron devueltos a los romanos con la advertencia de que se les dejaba con vida teniendo en cuenta el parentesco entre los helenos y los romanos, pero que consideraban poco digno que los mismos hombres que tenían la hegemonía militar de Italia, mandasen buques piratas a surcar los mares, etc., y el Senado puso remedio a tal suceso.[416] Una queja parecida la había ya formulado Alejandro, pero aquélla es notable especialmente por apelar el príncipe diadoco descaradamente a los romanos como semigriegos, y si Demetrio mandó escribir tales cosas, es que tendría sus razones para ello. Vemos además que Rodas mantuvo relaciones comerciales con Roma en el año 306, las cuales llegaron a fijarse en un tratado; después de la guerra de Pirro (273) se llegó a un intercambio amistoso de embajadas con el rey Tolomeo Filadelfo, y siete años después se presentó en Roma una embajada de Apoloniato, probablemente para pedir ayuda contra Alejan-

413. Diodoro, XIV, 93.
414. Plinio, XXXIV, 12, 26.
415. Cf. p. 209.
416. Estrabón, V, 3, 5, p. 232.

dro, hijo de Pirro. Para un fin particularmente piadoso había salido, en el año 293, una embajada de diez hombres de Roma para Grecia. Reinando el hambre y la peste, habían mandado los libros sibilinos ir en busca del Esculapio en Epidauro; efectivamente, llegó el dios en forma de serpiente sobre la nave, desapareciendo luego a la llegada a Roma en la isla del Tíber, donde se le levantó un templo. Por fin, pertenece también a una época bastante remota aquel enlace con el mito griego, que pretendía que Roma era oriunda de Troya, lo que se tomó muy en serio a mediados del siglo III, ayudando por ello a las ciudades acarnanias contra los etolios, motivándolo el que sólo los acarnanios no habían acudido a ayudar a los griegos contra Troya.[417]

Como la Roma anterior a Pirro, y luego por su guerra contra él y las ciudades griegas (si es que aún podían considerarse como tales) de la Baja Italia, las puso bajo su tutela, y en la primera guerra púnica, después de haber trabado amistad con Hierón, expulsó a los cartagineses de Sicilia, salvando a esta isla para la tribu de Jafet, son hechos que hemos visto antes, al tratar de los griegos occidentales.[418] Cuando más adelante salieron las bandas y armadas corsarias del rey pirata ilírico Agrón y de su viuda y sucesora Teuta, declarando esta última a todo el país como territorio enemigo, fue Roma quien, con su poderosa intervención, liberó de sus garras, en el año 229, a Cercira, Apolonia y Epidamno, asegurando con ello la costa de Élida y Mesenia, que habían sido constantemente castigadas por estos corsarios. Era aquella época en la que Macedonia y las Higas se debilitaban mutuamente, y en la que, en vista del agotamiento de los griegos, no hubiera

417. Justino, XXVIII, 1. Según Estrabón, X, 2, 25, p. 462, habían obtenido con ello que Roma les concediera más adelante también la autonomía.

418. Cf. p. 231 y s.

estado exenta del todo la posibilidad de que el Occidente helénico hubiera caído como presa fácil en manos de los ilirios, dacios, etc.; por haber eliminado Roma este peligro, fueron admitidos sus ciudadanos desde entonces en los juegos ístmicos y misterios eleusinos. Poco después empezó la segunda guerra púnica, al contraer los romanos, como protectores de la helenidad, una alianza con Sagunto y Ampurias. Es cierto que tuvieron que poner sitio en esta guerra a Siracusa, antes tan estrechamente unidas a ellos, pero el vencedor de Calstidio y Nola, a quien incumbió esta tarea, era amigo de la civilización y retórica helenas;[419] sintió pena por los sufrimientos que esperaban a la ciudad y limitó la violencia a dineros y esclavos, mientras todos los siracusanos libres debían quedar inmunes; despreció también al asesino de Arquímedes y honró a los familiares de este último. Para Roma no fue una mera frase el lema *parcere subjectis et debellare superbos*. Ya que fundaba un Imperio, quería que los sometidos fuesen inofensivos, pero siguiesen viviendo, mientras que los griegos, a pesar de la advertencia de Platón, seguían aniquilándose mútuamente y exterminando a los vencidos, tal como era costumbre entre polis y polis (ἀναστάτους ποιεῖν);[420] los legionarios empezaban, pues, después de cada conquista, por regla general, por matar a todo aquel con quien se encontraban, pero a una señal fija terminaban la matanza, empezando un saqueo en toda regla.[421]

419. Plut., *Marc.*, 1, donde se refiere que quería se le corrigieran las faltas que cometía al hablar griego.

420. Cf. tomo I, p. 378, nota 18. En Apiano, *Pun.*, 58, dice un amigo de Escipión *el Africano*, en un discurso en el Senado, referente a la práctica romana: ὡς εὐσεβὲς ὁμοῦ καὶ ἐς ὐετυχίαν χρήσιμον μὴ ἀφανίζειν ἀνθρώπων γένη παλλον ἢ νουθετεῖν; muy a lo gracioso y benévolo se pinta en Diodoro, XXXII, fr. 2, la conducta de Roma hacia los derrotados.

421. Polibio, X, 15 y s.

Sin embargo, era una cosa grave que en Siracusa, donde, como queda dicho, hubo un trato más benigno que de costumbre, por primera vez,[422] y esto según la decisión formal de no dejar nada atrás, se produjera un robo completo de obras de arte. Polibio (IX, 10) explica cómo entonces, y aun después, los romanos no habían obrado con prudencia al hacerlo, porque si su transformación en Estado poderoso hubiese nacido junto al amor al arte, entonces hubiera sido lógico trasladasen estas cosas a Roma, pero, en realidad, se habían hecho grandes, apartados lo más posible de tales lujos y suntuosidades, y abandonaban ahora el modo de pensar del vencedor para adoptar el del vencido... Y que se invitase a los saqueados, como quien dice, a pasar revista del botín, necesariamente tenía que enrarecer aún más el ambiente que había entre vencedores y vencidos... Apoderarse de oro y plata, al fin y al cabo, tenía sus razones, porque no podía uno hacerse poderoso en tales cosas sin convertir en impotente al otro, quitándoselas; todo lo que quedara al margen de estos medios del poder debíase, sin embargo, haber dejado, junto con la envidia, en su lugar primitivo, y en vez de darle mayor fama a la patria con pinturas y estatuas, hacerlo con principios dignos y grandes, y no adornar las casas privadas con los bienes de los particulares de Siracusa y los edificios públicos con los bienes comunes de aquella ciudad.[423] El robo de obras de arte quedó desde entonces implantado como costumbre, y se cometió, por ejemplo, también por M. Fulvio Nobilior el 189 en la conquista de Ambracia, la antigua resi-

422. Todavía Fabio Maximo dejó a los tarentinos «sus dioses enojados». Plut., *Marc.*, 21.

423. Que los griegos conceptuasen el robo de obras de arte de Siracusa como una especie de homenaje, es cosa que sólo lo creería Plutarco. *Ibíd.*

dencia suntuosa de Pirro, que estaba llena de donativos sagrados, estatuas y pinturas.[424]

También durante la guerra de Aníbal llegaron los romanos a emprender su primera verdadera intervención en la misma Grecia (214-205). Entonces los vemos como aliados de Etolia y enemigos del amigo de los aqueos, Filipo; pero en la segunda guerra macedónica (200-197), cuando Filipo se desentendió de la prohibición de una guerra de agresión contra Estados griegos, que empezó ocasionada por una petición de ayuda por parte de Atenas, podían presentarse completamente como filhelenos, y especialmente Atenas les salió al encuentro con un ímpetu patético, ya que Atalo, el bienhecho diadoco (εὐεργέτης), les cedió, con buenas razones, el desempeñar el primer papel en el filhelenismo.[425] Pero lo más significativo era que Roma, en esta guerra, en la que libraba a los helenos de las «arropeas» (es decir, de las tropas ocupantes macedonias de Acrocorinto, Calcis y Demetríada), tenía un general, que era una verdadera personificación del filhelenismo; se

424. Polibio, XXI, 30. Quizá también se llevaría entonces algún general del puerto etólico de Heracles, *Las hazañas de Heracles*, de Lisipo a Roma, porque «el lugar era muy apartado». Estrabón, X, 2, 21, p. 459.

425. Cuando fue a Atenas para conferenciar allí con los embajadores romanos, los atenienses le festejaron, aún más a él que a aquéllos, con una pompa enorme, dando incluso a una file su nombre e incluyéndole entre sus héroes epónimos. Pero cuando también le invitaron a tomar parte en sus asambleas populares, discretamente se negó a ello, alegando que no quería dar la apariencia de hacer alarde de sus beneficios ante ellos, pero en verdad —según parece— por ser demasiado avisado para desempeñar el papel de un ídolo de los atenienses y exponerse a tan enorme falta de tacto. En cambio, escribió una carta a la Asamblea, invitando con mucho celo a hacer la guerra a Filipo y aliarse con Roma, y cuando fue leída, el pueblo estaba dispuesto a tomar las decisiones que él proponía. Polibio, XVI, 25 y s.

encontraban con un «joven, de aspecto amable, de voz y expresión helenas, un amigo de la verdadera distinción, que por el modo con que dejaba se le expusiera un asunto, tranquilamente, mientras andaba, preguntando y discutiendo, se atraía ya las simpatías de los griegos», así que todos estaban encantados de T. Quinctio Flaminio, y las ciudades se llenaban de buena voluntad hacia él.[426] Éste, por su parte, tampoco andaba escaso en reconocer y elogiar el carácter griego, envalentonando, por ejemplo, ante Cinoscéfalo a sus soldados, diciéndoles que estaban a punto de medir sus fuerzas, en el lugar más honroso de la Hélade, con los mejores enemigos (los macedonios, famosos por las hazañas de Alejandro).[427] Después de su victoria, permitió siguiese existiendo el Estado macedonio (aunque con un poderío muy reducido, hasta llegar a ser inofensivo), no sólo como contrafuerte contra los tracios y gálatas, sino, además, para que los etolios, ante una ruina completa de Filipo, no quedasen como únicos dueños de Grecia, ya que bastante le habían enojado su conducta de abandono y rapacidad en Cinoscéfalo, y sus pretensiones de atribuirse los honores principales por el éxito de aquel día;[428] toda su insolencia no les sirvió para nada, no logrando hacer cambiar su decisión.[429] Así llegaron las Istmias del año 196, en los que el heraldo, después de haber ordenado silencio a toque de trompeta, exclamó: «Que los romanos y su emperador Tito Quinctio, después de su completa victoria sobre el rey Filipo y sus macedonios, declaraban libres y no obligados a admitir fuerzas ocupantes (romanas) ni

426. Plut., *Flam.*, 5 y s.
427. *Ibíd.*, 7.
428. *Ibíd.*, 8 y s., donde aparece también su dístico amenazador contra su poeta fanfarrón Alceo.
429. Polibio, XVIII, 34. Otro motivo se alega en Dión Casio, *Fragm. Libr. Prior.*, 58.

pagar tributos, sino con derecho a vivir bajo sus propias leyes: a los corintios, locrios, focenses, eubeos, aqueos, ftiotas, magnetas, tésalos y perhebos». Después que esto hubo de ser repetido por el heraldo, por no haber sido comprendido por todos, debido al alboroto que había en el estadio, se levantó un grito de júbilo que se oyó hasta en las orillas del mar, y según una típica exageración griega, unos cuervos que volaban por encima del estadio cayeron muertos en él, teniendo que escapar Flaminio para no ser aplastado. La misma declaración de libertad (Nerón la parodió más adelante en Corinto) fue repetida después en las Nemeas, para las cuales había proclamado Argos a Flaminio como arganoteta; también ciudades asiáticas fueron declaradas libres, yendo luego el libertador de ciudad en ciudad como reconciliador y repartidor de los desterrados, lo que hizo parecer la liberación como el menor de todos sus beneficios. Su magnanimidad se expresó en las inscripciones de consagración, en la corona áurea y los escudos de plata que ofrendó a Delfos;[430] sin embargo, fue una sombra sobre su carácter el que para llevar a cabo los asuntos griegos, y quizá por envidia de Filopemen, que fue tan alabado como él, concediera a Nabis un tratado por el que los desterrados espartanos no podían ser restituidos.[431] También como augurios críticos se presentaban numerosas reclamaciones de territorios que hacían los Estados entre sí, el descontento de los etolios y el macedonismo petulante que por largo tiempo manifestó Beocia, y contra el cual los amigos de Roma en dicho país pidieron a Flaminio con toda ingenuidad les

430. Plut., *Flam.*, 12.

431. Según Diodoro, XXVIII, fr. 13. Flaminio se disculpó ante los helenos, por el tratado con Nabis, diciendo se había hecho todo lo posible.

concediese el derecho de asesinar a sus contrarios.[432] Éste volvió a exhortar a los representantes de todos los Estados en Corinto para que hiciesen un uso razonable de su libertad, pidiendo como único obsequio la entrega de los itálicos vendidos en Grecia durante la segunda guerra púnica. Con ellos volvió a Roma, estando ya cerca Antíoco, después de evacuar las últimas fortalezas; obtuvo más adelante en Roma una rebaja de 1.000 talentos del tributo de Filipo y que se soltase a Demetrio, hijo de éste, que tenían como rehén.

Inmediatamente después, Antíoco *el Grande* pudo imaginarse a su vez que todos los griegos le anhelaban. Al llegar a Europa pretendía sólo querer recuperar lo «suyo», es decir, los territorios ocupados por los Tolomeos y Antigónidas, que anteriormente habían pertenecido a los Seléucidas, siéndole evidentemente inconcebible que se presentasen embajadores romanos y se entrometiesen en su intento de construir un Estado común seléucida. Pero esta intromisión era inevitable, puesto que él, en vez de dejar a Grecia en paz, se presentó con la pretensión de liberar a los griegos, que acababan de ser autónomos y libres, y, por tanto, no necesitaban de tal liberador.[433] La situación psicológica de los habitantes de Grecia, antes de producirse la guerra con Antíoco, era tal, que, aunque todo ser razonable que tuviera algo que perder fuese partidario de los romanos, había mucha más gente que no tenían nada que perder, y que, por añadidura, tenían que formular toda clase de reclamaciones desde tiempos ante-

432. Polibio, XVIII, 43.

433. Plut., *Cat. el Cens.*, 17. Cf., también, en Liv., XXXV, 46, la opinión que expresa el sabio Micitión de Calcis cuando Antíoco asedia en vano la ciudad. Según Diodoro, XXVIII, fr., 15, los romanos le mandaron decir que si él se entrometía en Europa ellos liberarían a los griegos en Asia.

riores;[434] fue tal clase de gente la que también después, incluso hasta la guerra de Accio, se alió con todo enemigo de Roma y hasta con partidarios interiores de Roma, siempre que pudieran con ello esperar algún cambio. Locos eran sobre todo los etolios, a quienes al principio el mismo Flaminio aconsejaba en balde; la última decisión de su estratego Demócrito decía que pronto se les entregaría a los romanos la decisión, en un campamento a orillas del Tíber.[435] Aunque éstos, por lo menos, se jugaban su existencia, la inteligencia humana de Aníbal preveía respecto a los eubeos, beocios y tésalos que, careciendo éstos de fuerza propia, irían con el más fuerte, inclinándose hacia Roma tan pronto como apareciera un ejército romano y que ésta les concediera su perdón. Aníbal, cuyo ingenio malgastaba Antíoco en tareas secundarias, no logró imponerse en el consejo de guerra de Demetríada, donde por fin se le dejaba hablar, con reparos y consejos;[436] tampoco se decidieron a buscar la alianza de Filipo, y Macedonia, Eumenes de Pérgamo, Rodas, Bizancio, la Liga aquea, Atenas y también Prusias de Bitinia (apaciguado por una carta de los Escipiones respecto a la política romana) siguieron al lado de los romanos. Así que Antíoco, después de pasar el invierno de 192 a 191 inactivo en Calcis, fue derrotado en la batalla de las Termópilas, y el vencedor, Manio Acilio Glabrio, que en su alocución a las tropas, antes del combate, había calificado la lucha por la liberación de Grecia de los etolios y de Antíoco, de «título espléndido de gloria», trató a los griegos, en efecto, con mucha benignidad, permitiendo sólo algo de saqueo en una localidad, cen-

434. Liv., XXXV, 34.
435. *Ibíd.*, 33.
436. Liv., XXXVI, 7. El discurso, de todos modos, sería bien fingido.

surando a los beocios por su ingratitud después de tantos beneficios, y perdonando por la intervención favorable de Flaminio, que estaba presente como legado, hasta a los calcídicos, que estaban en gran manera comprometidos.[437] Volvió incluso a aconsejar a los etolios que entregasen a Heraclea, ocupada por ellos, y pidiesen perdón al Senado por su locura o error. Que no lo hicieran, y que aun más adelante no respetaran el armisticio concluido con Escipión, causó a la Liga (en el 189) la pérdida de muchas ciudades, la imposición de una gran contribución y el final de su independencia política.

Entretanto, la guerra contra Antíoco se había trasladado al Asia, y en Ilion, al llegar los romanos, se había renovado el recuerdo del antiguo parentesco en una gran escena conmovedora.[438] Cuando luego en Magnesia quedaron también victoriosos, quizá los primeros en expresar el destino de Roma, de asumir la dirección del mundo, fueron Zeuxis y Antípatro, delegados del rey humillado. Ellos rogaron a los romanos delante de los Escipiones y su consejo de guerra, hacer de su suerte un uso benigno y magnánimo, no en interés de ellos o de Antíoco, «sino porque el sino había puesto en sus manos el dominio y el poder sobre todo el mundo habitado», a lo que Escipión contestó que los romanos jamás se habían vuelto insolentes por sus victorias.[439] El resultado fue que el reino seléucida quedó limitado a las regiones más allá del Tauro, siéndole impuesto un alto rescate y ampliados los Estados diadocos avanzados, y que un número de polis asiáticas que se habían mantenido leales, haciéndolo así resaltar por sus delegados en Roma (sobre todo Rodas, y luego Clazómenes, Mi-

437. Plut., *Flam.*, 23. Consagraron por esto a Tito y Heracles el Gimnasio, y a Tito y Apolo, el Delfineo.
438. Justino, XXXI, 8.
439. Polib., XXI, 16 y s.

leto, Quío, Esmirna, Eritrea, Focea y otras más), fueron en gran manera favorecidas; Roma se quedó para sí solamente con Cefalenia y Zacintos, pero todo el Mediterráneo, después que Cartago, Filipo y Antíoco le rindieron el servicio de presentarse como enemigos en sucesión adecuada, estaba ahora bajo su tutela.

De los numerosos delegados al Senado romano, el que mejor sabía decir cosas agradables para los romanos era el orador de los rodenses. «Vosotros perseguís otra meta que los demás hombres, dijo; otros, cuando van a la guerra, quieren ganar ciudades, ingresos, naves; a vosotros los dioses os han liberado de tales necesidades, dándoos, en cambio, todo el Universo para gobernarlo. ¿Qué es lo que aún os es menester y en qué tenéis fijados vuestros ojos con más avidez? Evidentemente en el elogio y la fama entre los hombres, dones los más difíciles de adquirir y aun de mantener.» [440] Cuando Roma castigó luego a los gálatas, salvó también con ello a las polis asiáticas, que se vieron libres así del temor a los bárbaros y a sus desafueros e ilegalidades, alegrándose más por esto que por habérseles liberado de los impuestos, guarniciones y órdenes del gobierno de Antíoco.[441]

Así terminó la guerra en la que Roma se vio metida, en parte, por la clemencia con que Flaminio había tratado a los helenos;[442] para la nación terminó bastante propicia, sólo que la Liga aquea se creyó que Roma le quería poner trabas con el trato favorable que dio a Lacedemonia libre después del hundimiento de Nabis, siendo, por ejemplo, censurada por el Senado en el año 184, por haber demolido las murallas

440. Polib., XXI, 23.
441. *Ibíd.*, 43, 2.
442. Mommsen., *Rom. Gesch.*, 7, 1, p. 724.

de Esparta,[443] Finalmente era también propio de los griegos olvidarse de la comprensión y júbilo demostrados por los favores recibidos de Roma, dejándose persuadir por el primero que llegara; así que al presentarse Perseo encontró en todas partes un partido a su favor, y Roma tuvo que declararle la guerra en 172, aunque no fuera más que para impedir que se apoderase de la hegemonía sobre Grecia, la cual, de no ser así, hubiera obtenido inevitablemente.[444] Además, los romanos llevaban ahora la guerra bastante mal e incluso con crueldad; ejecutaban a poblaciones enteras o las vendían como esclavos, y sólo al cabo de cuatro años (168) obtuvo Lucio Emilio Paulo en Pidna la victoria decisiva. Éste se consideraba ahora como un segundo Flaminio: después de Pidna se ocupó en la situación de Grecia, adoptando una actitud filantrópica y noble: restauró constituciones, regaló a las ciudades trigo y aceite de las existencias macedónicas, mandó colocar su estatua en Delfos sobre la gran base destinada a la de Perseo, visitó a Olimpia y aquí declaró dividida a Macedonia en cuatro repúblicas autónomas, de tal forma, que sólo tendría que pagar a los romanos, como impuestos sobre los bienes raíces, la mitad de lo que hasta allí habían pagado a sus propios reyes. Usó los tesoros reales para celebrar agones, sacrificios y banquetes, mientras que del botín sólo tomó para sí los

443. Diodoro, xxix, 17, cf. sobre Esparta contemporánea el tomo i, p. 190.

444. Polibio, xxvii, 9 y s. Compara la simpatía de los griegos por Perseo y sus éxitos iniciales, con aquella que experimentan los espectadores de campeonatos por el adversario más débil, frente al vencedor acostumbrado. Si lo hubieran pensado un poco mejor, sin duda no habrían deseado tal aumento del poderío de la Casa de Macedonia, que tantos sufrimientos les había causado; ahora, empero, todos se alegraban de que a los romanos les surgiera un adversario fuerte.

libros del rey con propósito de dárselos a sus hijos, amigos de los valores intelectuales, despidiéndose por último con un saludo amable a los helenos y una exhortación a los macedonios para —por orden del Senado— someter al país epirota (no puramente griego) de los molosos a una terrible destrucción y desolación, siendo destruidas 70 ciudades y hechos esclavos 100.000 prisioneros.[445] Parece como si a Roma, desde la guerra con Pirro, le hubiera quedado aún algo de temor al pueblo de los molosos, y que viera con agrado el aniquilamiento de sus elementos más vigorosos, mientras que no temía al griego, que necesitaba para su formación espiritual. También la armada pirata del rey ilirio Gentio fue regalada entonces a ciudades costeras griegas, mientras que su país, igual que Macedonia, fue dividido en tres repúblicas.

Pero, a pesar de todas estas afabilidades hacia los griegos, ya estaba decidido por el Senado el hacer inofensivos incluso a los Estados griegos aliados.[446] Cuando Eumenes quiso defender su causa en Roma, fue rechazado ya en Brindisium; Rodas perdió todas sus posesiones en tierra firme y tuvo que aceptar, por la declaración de Delos como puerto franco, que sus ingresos por derechos portuarios bajasen de un millón de dracmas a 100.000, y la sola palabra del embajador romano Cayo Pompilio puso fin a la política de conquista de Antíoco Epífanes frente a Egipto. Polibio está sin duda en lo cierto (III, 4) cuando juzga que el final de la Monarquía macedonia está precisamente en aquella fecha, después de la cual era cosa reconocida que no quedaba otro remedio que someterse a los romanos y seguir sus órdenes.

445. Plut., *Paulo Emilio*, 28 y s.
446. Cf. Mommsen, *Röm. Gesch.*, 7, 1, p. 771 y s.

Ya hemos hablado de la fiebre de denuncias que se apoderó de los griegos, de los procesos por alta traición y de la deportación de mil aqueos distinguidos a Italia; todo ello fue consecuencia de esta guerra.[447] También se dejó actuar entonces en el Epiro, del modo más brutal (cerca del 157) al terrible Carops, como pretendido amigo de los romanos.[448] En el Peloponeso reinaba, debido a estas cosas, un profundo odio contra aquellos estadistas aqueos que se habían rebajado a ser espías de Roma: en Sicione tuvo que verterse el agua donde se habían bañado, antes que otro entrara en el baño; en las fiestas y dondequiera que apareciesen eran saludados con silbidos y los muchachos les gritaban «¡Traidores!» al verlos pasar.[449] Sin embargo, menguó entonces en parte la filhelenia romana, debido a la influencia que adquirió el partido de los mercaderes, el que quizá influyó en la severidad sorprendente que se mostró hacia las faltas relativamente ligeras de Rodas. Directamente filhelénica se mostró luego Roma en la ayuda poderosa que prestó a Masalia (154), que además de Nices y Antípolis, estaba gravemente amenazada por los ligures, recibiendo parte del país de éstos, sus enemigos;[450] también en la Baja Italia dícese haberse conservado intacto el elemento griego, mientras que el resto del país se latinizaba.[451]

Al lado de ello se completó la helenización del romano culto, con pasos gigantescos, respecto a la poesía, arte, familia y religión; la filosofía ganó terreno: al principio, todavía según las formas del pitagorismo del

447. Cf. p. 351, sobre las tres clases de los que se habían comprometido. Cf. Polib., XXX, 6.
448. Polib., XXXII, 20 y s.
449. Polib., XXX, 23.
450. Polib., XXXIII, 7.
451. Mommsen, *Röm, Gesch.*, 7, 1 p. 862 y s.

sur de Italia, y pronto en las de la Estoa. Era muy importante que precisamente desde la intervención romana en Grecia se dispusiera de una filosofía tan honesta, que por su falta de toda especulación, su tendencia práctica, severidad moral, forma cerrada, racionalismo y hasta por su primitivismo religioso, particularmente, había de gustar a los romanos, ocupando pronto un puesto importante en su vida. Sin embargo, surgió también ahora un adversario a esta intelectualidad griega, en Marco Porcio Catón. Tampoco él había quedado en su juventud libre de sus influencias; cuando Fabio Máximo conquistó a Tarento, tomó parte en la campaña y fue huésped y amigo del pitagórico Nearco, del cual aprendió a contemplar la vida desde un punto de vista severo, ya que enseñaba (al igual que Platón) que el deseo era el cebo más fuerte para el mal, que el cuerpo era la principal desgracia para el alma, etc.[452] Pero en definitiva fue uno de los que se habían ocupado demasiado tarde en estudiar el intelecto griego (ὀψιμαθής). En Atenas, adonde fue durante la guerra de Antíoco como embajador, hablaba por un intérprete del pueblo, aunque sabía el idioma, sólo para no honrar él mismo al griego,[453] y es que el modo de ser griego que penetró en Roma le era verdaderamente abominable. Cuando el amanerado helenista Auro Postumio (que por sus modales de mal gusto lo desacreditó ante los romanos distinguidos) disculpaba en la introducción de su obra histórica, escrita en griego, las faltas de estilo por su origen romano, fue blanco del escarnio que por ello merecía,[454] por parte de Catón. Lleno de indignación estaba éste por la influencia casi de hechicería que sobre la juventud ejer-

452. Plut., *Cat. el Cens.*, 2.
453. Plut., *Cat. el Cens.*, 12.
454. Políb., XXXIX, 12.

cieron los filósofos que Atenas mandó al Senado como embajadores por el miserable asunto orópico:[455] Carnéades, de la Academia; Diógenes, de la Estoa, y Cristolao, de los peripatéticos, y pedía se les mandara marchar cuanto antes;[456] que se dedicasen a enseñar a los hijos de los helenos, ya que los jóvenes romanos debían, como antes lo hacían, concentrar su atención en estudiar las leyes y enseñanzas de los hombres que gobernaban en Roma. A su pueblo le profetizaba, en el caso de que se llenase de literatura griega, la pérdida de su posición preponderante en el mundo; Sócrates, a su modo de ver, era un charlatán; Isócrates, lo mismo, e incluso los médicos griegos no escaparon a su odio, curándose a sí mismo y a los suyos con remedios caseros.[457] No puede negarse que en todo esto su juicio era mezquino, pero tampoco debe juzgársele como un comediante. Catón era de un inteligencia muy clara, que sabía lo que quería perfectamente, y siempre será una de las más interesantes figuras romanas.

Lo griego, con todas sus formas, coloridos y perfumes narcóticos, terminó invadiendo el carácter romano, como un complemento mucho tiempo anhelado, y una multitud de griegos que, suficientemente recomendados por la elocuencia griega y la filosofía estoica, llegaron a Roma, ayudaron a esta propagación, así que ya no escaseaban los preceptos helenos. Hubo familias que se dedicaron a tal tarea con todo ardor, y así sabemos de un Emilio Paulo, que, siendo padre excelente y aunque diera a sus hijos una educación romana, les daba tam-

455. Cf. p. 350.
456. Ya cinco años antes había decidido el Senado, respecto a los filósofos y oradores en general: Si [Praetori] e. r. p. «fidique sua videtur, urti Romae ne esent». Suetonio, *De rhet.*, 1.
457. Plut., *Cat. el Cens.*, 22 y s.

bién la griega aún con más celo, porque no sólo eran de nacionalidad griega los gramáticos, sofistas y rétores, sino incluso los plásticos, pintores, maestros de equitación y hasta el inspector de los perros de caza y el montero mayor, que rodeaban a la gente joven.[458] Si se tributaban tales homenajes al helenismo, bien puede haber influido en ellos la certeza de que Roma tenía que seguir por el camino de la victoria y asumir para siempre el dominio sobre el Oriente helenizado. Sólo por esto había que poner a los jóvenes al corriente de la cultura helenista.

No obstante, es cierto que la conciencia (importantísima para todos los tiempos futuros) de una continuidad en el desarrollo del mundo, que debemos al filhelenismo de los romanos, tuvieron que pagarla éstos a un precio muy elevado, ya que, junto a lo bueno, se vieron precisados a aceptar también lo malo, pues cuando un primogénito genial, pero completamente pervertido, tiene que ser puesto bajo tutela de un hermano más joven y fuerte, éste no deja de aprender alguna de sus perversiones. Así, Polibio pudo comprobar en esta época los principios de aquellos sobornos,[459] que antes en Roma eran desconocidos y que tanto abundaban en Grecia; además, empezó también a reinar una confusión maligna por la mezcla del ateísmo helenista con las supersticiones helenísticas. En el año 204 se trasladó a Roma el ídolo de piedra la Gran Madre de Pesinunte, poniendo de este modo a Italia en contacto religioso con las regiones del Ponto; en el 186 tuvo que acaecer la conocida y terrible investigación de los cultos libertinos nocturnos de las bacanales, introdu-

458. Sobre la influencia de la pasión por la caza, de los griegos tardíos, sobre Roma, cf. Helbig, *Unters, über die campanische Wandmaleri* p. 277.

459. XVIII, 35. Por cierto que también contaba los más brillantes ejemplos sobre lo contrario.

cidas en la Italia Meridional; en el 181 fueron descubiertos en el Janículo los libros falsificados de Numa; Polibio señala la guerra de Perseo como fecha (XXXII, II) de origen del homosexualismo entre la juventud romana, así como de la vida con heteras, del simposio refinado y de toda clase de vida regalada, poniendo los medios para ello los tesoros macedonios llevados a Roma, que hicieron aumentar incluso la riqueza de los particulares. Más aún que los grandes bienes, habrá provocado este abandono de las viejas costumbres el contagio pernicioso de lo griego. Fatalmente para Roma, como para otras civilizaciones, el teatro fue el centro y expresión principal de la vida helenista, según veremos después.[460] Lo verdaderamente curioso es que los romanos prefieran las obras de la comedia nueva y media griegas con todas sus premisas y que una literatura de traducciones inmejorables hace accesible a las masas, y que Roma, en vez de representarse a sí misma en escena, encontrara más interesante la representación de Atenas, fenómeno paralelo al de nuestros tiempos, que en la segunda mitad del siglo XIX las costumbres de París, representadas en alemán desde el escenario, lograron entusiasmar a un público ger-

460. De su efecto sobre los conceptos religiosos dice Preller, *Rom. Myth.*, p. 23: «El teatro griego, introducido desde el final de la segunda guerra púnica, deviene para el romano escuela de formación intelectual para un concepto mitológico del mundo y una religión estética, la que había perdido, desde hacía mucho, toda su esencia religiosa más profunda, siendo desechada por la filosofía e incluso perseguida con escarnios e ignominias, así que el contraste entre la religión de los cultos y de las grandes masas se acentuaba aún más. Escipión Nasica, el pontífice máximo, previno a la vez contra la destrucción de Cartago y contra la implantación de un teatro constante. Todo fue en vano: las representaciones pronto fueron lo primordial en toda fiesta religiosa, y al lado de las circenses, uno de los medios más importantes para la ambición en los cargos».

mano. Tenemos que deducir de ello que existía una enorme simpatía por el espíritu griego, y si en algún punto se manifiesta una intencionada afinidad por él, es precisamente aquí.[461]

Plauto (254-184) y Terencio (185-159), empero, son precisamente para nosotros los representantes que se conservan de una literatura romana, que desde el siglo III había surgido de la griega o en contacto con ella, en parte con la ayuda de los semigriegos de la Baja Italia, ya que en un principio probablemente aún no se podría haber dispuesto de auténticos helenos. Entre ellos hay que mencionar al griego tarentino Livio Andrónico (282-204) como traductor de *La Odisea* en versos saturnianos, y también de dramas griegos en metros propios; luego su contemporáneo más joven, Cneo Nevio, si bien en su epopeya (en la que describía la guerra púnica en metro saturniano) se muestra completamente nacional, prefiere, sin embargo, en sus tragedias (en las que en parte trataba asuntos nacionales) y en comedias, las formas griegas; por fin, tenemos a Quinto Enio (239-169), auténtico helenista, hombre de origen mesápico, que sólo empleaba metros griegos, componiendo en ellos, además de su obra principal, la gran

461. Característico del tiempo en que se quería que hasta en Roma se produjeran los tecnitas griegos (sin comprenderlo siquiera), es la historia de Polibio, XXX, XIV, donde refiere del triunfo de L. Ancio sobre el rey ilirio Gentio (167): «Anicio organizó grandes juegos y mandó venir a los tecnitas más famosos erigiendo una enorme escena en el circo. Aquí introdujo primero a todos los flautistas, los hizo colocar junto con los coristas, en el proscenio, y mandó que tocaran todos juntos. Cuando lo hicieron, acompañándose de los gestos adecuados, opinó que no tocaban bien y que más valía que ἀγωνιζεσθαι (que combatiesen). Al verles indecisos, el lictor les enseñó cómo tenían que acometerse unos a otros, librándose, por decirlo así, una batalla. Sólo ahora se dieron cuenta y ejecutaron, junto con el coro, una farsa confusa y ridícula.»

crónica romana, tragedias y comedias, así como poemas de contenido variado (las llamadas *Saturae*). Con estos poetas, a los que pudiéramos añadir aún los trágicos Pacuvio, Estatio, Cecilio y otros más, se presentaba lo griego bajo disfraz romano antes de llegar directamente. El historiador de la segunda guerra púnica, Fabio Píctor, solía escribir en lengua griega, y sólo desde Catón hubo también descripciones de la historia nacional en latín. En tiempo no muy lejano habría también de obtener Roma traducciones de las ciencias, retórica [462] y filosofía griegas; el arte se helenizaba cada vez más intensamente, y en todos los campos se preparaba una fusión completa de las culturas griega y romana.

Conquistar el mundo lo sabían los romanos de por sí, pero conocerlo es lo que tuvieron que aprender de los griegos. De éstos dependían *a priori* para todo concepto intelectual y para expresarlo por medio de la palabra, así como de sus preceptores. Toda aquella transformación de un pueblo de raza al individualismo de la persona aislada tenía que verificarse, y sólo pudo conseguirse bajo la influencia griega; por eso los romanos, interesantes como individuos, sólo empiezan a manifestarse desde que existe el contacto con el helenismo, es decir, desde el siglo III.

Pero Roma, aunque sin duda con la clara convicción de serle imprescindible en lo intelectual, hubiera querido salvarla, no pudo salvar a la nación griega de sí misma. La miseria, la discordia y el robo mutuo perduraron en ella,[463] y aunque los griegos no se comprometen

462. Es cierto que Roma, por un edicto de los censores, se previno, aun en el año 92, contra los rétores «latini» que introdujesen una «novum genus disciplinae». Suetonio, *De rhet.*, 1. Contra los rétores griegos no podía hacerse ni esto.
463. Cuando en el año 150 el resto de los aqueos internados en Italia recibió el permiso de volver a su patria, y

aún en la guerra contra el seudo-Filipo (149-148), que tuvo por resultado la conversión de Macedonia en provincia romana, en la enemistad de la Liga aquea contra Esparta, en que ambos partidos se apoyaron en decisiones del Senado, se encendió la chispa de la última guerra. De la clemencia inicial de los romanos se sacaba la conclusión de que iban mal los asuntos de Roma contra Cartago y Viriato, emprendiendo contra su mandato la marcha contra Esparta y ahogando con gritos las palabras de los delegados de Metelo, mientras Critolao declaraba querían que los romanos fuesen sus amigos y no sus dueños. A ello pusieron fin Metelo y Mumio fácilmente y en poco tiempo. Aun ahora observaron los romanos una clemencia extraordinaria, excepción hecha con Corinto, la cual el partido de mercaderes romano consiguió se le diera un trato especial. Es cierto que en Calcis ocurrieron atrocidades horribles; que perdió sus murallas al igual que Tebas y que fueron robadas gran número de obras de arte y trasladadas a Roma, y también esta vez, a capitales de provincias itálicas. Pero, por lo demás, se contentaban con disolver las confederaciones (especialmente la aquea), prohibir a los griegos tener bienes raíces en más de una polis, imponer a las ciudades el pago de una contribución fija a Roma; dentro de los Municipios, entregar el gobierno a un Consejo de pudientes y someterlos en lo demás a la dirección superior del gobernador romano de Macedonia. También en los castigos pecuniarios observaron moderación, ya que las multas impuestas a los municipios no fueron ingresadas en las cajas romanas, sino destinadas a las ciudades

Polibio, incluso, reclamaba del Senado fueran reincorporados a sus anteriores cargos honorarios, dijo Catón, sonriéndose: «Polibio quiere volver, cual Ulises, a la cueva de Polifemo, por haber olvidado allí su sombrerito y su cinturon». Plut., *Cat. el Cens.*, 9.

perjudicadas, incluso remitiendo más adelante parte de ellas y entregando los bienes confiscados de los reos de alta traición a sus padres o hijos.[464] Así resultó que Mumio y los diez senadores asociados a su labor dejaron un recuerdo grato, y el general romano fue recibido en todas partes, durante su viaje por las ciudades, con los honores merecidos; también su clemencia y continencia fueron tanto más apreciadas, cuanto que se sabía que tenía poderes amplios para proceder según le pluguiese.[465] Si se consideraba el contraste que había entre el trato que dio a Grecia y su conducta para con los países bárbaros en África y España, sin duda tenían razón sobrada para considerarse dichosos.

Después del aniquilamiento de Cartago y Corinto, hubo en Roma hombres inteligentes que se dieron cuenta de que habían llegado a ser demasiado poderosos. Nasica opinó entonces que era precisamente el momento en que el Estado se hallaba inseguro, ya que no habían quedado a quienes temer ni sentir respeto,[466] y, efectivamente, es entonces cuando empezó aquella época en que Roma aparece desigual, pasando de imponentes hazañas aisladas a grandes pausas de mediocridad y maldad. Pero, en definitiva, no se solía temer a los griegos en el campo de la política; ya Fabio Cunctátor, refiriéndose indirectamente a ellos, afirmaba que el primor no lo constituían los sefismas, sino que dependía del corazón de cada cual;[467] tales reflexiones solían repetirse a menudo, además de que estaban convencidos que las hazañas de Roma valían más que toda su ética y retórica.[468] Los mismos griegos aprendieron a ver en la misión de Roma como dominadora del mundo la

464. Según Mommsen, *Röm. Gesch.*, II, p. 47.
465. Polib., XXXIX, 16.
466. Plut., *De Cap. ex inim ut.*, 3.
467. Dión Casio, *Fragm. Libr. Prior.*, 53, 16.
468. Cf., por ejemplo, Quintiliano, *Inst. or.*, XII, 2, 29.

parte bella y sublime que tenía,[469] y sólo la chusma, y ésta por cierto aun durante mucho tiempo, podía ser instigada al odio hacia los romanos, como, por ejemplo, aún en el siglo I, en Atenas, cuando los elementos revoltosos del demos se dejaron persuadir que Mitrídates era filheleno, mientras la gente decente salía huyendo a reunirse con los romanos.[470] Entre éstos seguía existiendo el filhelenismo. Ya el hecho de que muchos de ellos hicieran sus estudios en Atenas, forjaba firmes lazos entre ambos países, y una de las últimas proposiciones que el derrotado Antonio hiciera a Octaviano fue que se le dejara terminar su vida como particular en Atenas.[471] Y, en fin, se trata incluso con verdaderos mimos a los griegos, creándose una idealización ridícula de lo heleno. Después que ellos mismos se aniquilaron mútuamente con todas sus fuerzas, Bruto ordenó a los suyos[472] (el mismo que luego exigió a los salaminios chipriotas un interés del cuarenta y ocho por ciento), al tratarse de reunir unos cuantos actores griegos, «que lo hicieran por persuasión, pues no era de buen gusto obligar a un heleno»; Antonio, a quien Plutarco compara expresamente con Demetrio Poliorcetes, también se le asemejó en el modo de desempeñar en Atenas el papel de filheleno.[473] Lo que aun bajo los emperadores se solía gastar en cumplidos con los griegos nos lo demuestra la carta de Plinio *el Joven* (VIII, 24) a un funcionario, que salía para la provincia de Acaya, al cual advierte tenga en consideración que aquellos con los cuales estaba a punto de reunirse eran los hombres más libres (es decir, súbditos romanos); que ellos ha-

469. Cf., por ejemplo, Plut., *De fort. Rom.*, 2.
470. Pausan., I, 20, 3.
471. Plut., *Ant.*, 72.
472. Plut., *Bruto*, 21.
473. Plut., *Ant.*, 33, 57.

bían mantenido este derecho que les concedía la Naturaleza por su primer mérito y lealtad como aliados; todos los recuerdos míticos e históricos los tendría que tener presentes, y si llegara a Atenas o mandara en Esparta, tuviese presente que sería cruel y bárbaro robarles la sombra y el resto de su libertad; que pensara en lo que había sido cada polis, y así no olvidaría que dejó de serlo.

De la segunda guerra púnica (que coincidió con la de Filipo y sus aliados contra los etolios, con la de Tolomeo Filopátor y Antíoco por Celesiria), y con los últimos años de Arato, data Polibio (1, 3 y sig.) el gran destino universal, una situación mundial completamente cambiada; también aquí es, pues, un griego quien ve las cosas en su conjunto, y en contraste con lo anterior, y lo hace constar así; es muy posible que éste y otros razonamientos griegos fueron los que despertaron precisamente la conciencia de los romanos en sus propias fuerzas. Polibio se da cuenta de que en los tiempos anteriores los acontecimientos en el mundo estaban en cierto modo aislados unos de otros (σποράδες); separados tanto por principios como por su fin y lugar, y que desde esta época la historia se convierte, por así decirlo, en un conjunto orgánico (σωματοειδής); así, que asuntos itálicos y libios se entretejen con asiáticos y helenos, tendiendo todos a una meta, y que, por lo tanto, la expansión romana hacia el Este dependía de la victoria sobre Cartago. Como el sino hace convergir las cosas del mundo, así su exposición tenía que dar un gran compendio de todo. Precisamente fue esto lo que le animó a escribir, sin contar que ninguno de sus contemporáneos se dedicaba a esta tarea. Además, este gran destino común le parecía cosa sobremanera magnífica y útil, porque nunca había logrado obra tan acabada la diosa Tique, que tanto remueve y cambia el

destino de los hombres, como en sus propios tiempos. Polibio aparece plenamente conmovido de la gran coherencia de los acontecimientos; no es extraño, pues, que hiciera justicia a los romanos, reconociendo sin rodeos en uno de sus pasajes importantes la superioridad del soldado romano sobre el griego.[474]

Conviene ahora echar una breve ojeada sobre los diadocos tardíos hasta la mitad del siglo II. El régimen diadoco había desarrollado sus fuerzas específicas en las instituciones del Estado, poderío militar y civilización, esencialmente en el siglo III, incluso desgastando parte de ellas hasta entonces. En él se agotó también bastante de la importancia y celebridad de sus individuos, y más adelante (y no sólo debido a la entrada en escena de la poderosa Roma), demuestra tanta debilidad y desgaste,[475] como una verdadera perversión de la perversión; todo ello en la misma época en la que también en Grecia la vida llegaba al último extremo de la desarticulación.

La sangre macedonia se mantuvo, sin embargo, bastante pura, gracias a los matrimonios entre las varias familias reinantes; aun los más malvados pueden haber sido hombres de raza pura, y más bien como excepción acontece la particularidad de un despotismo demente, lo que en otras partes es consecuencia lógica del despo-

474. Polibio, XVIII, 18. Cuando habla de Cinoscéfalo, expone cómo los romanos, además de escudo y lanza, llevaban las palas de zapar, cosa que los griegos eran incapaces de hacer, porque apenas podían llevar las picas durante la marcha. Como paradigma al σωματοειδές de la historia, compárese lo que pasó *en la CLXXVII* Olimpíada (72-68), en Flegono, *Olimp.*, 14, el parte de los vencedores olímpicos de entonces, pero delante se abre un horizonte mucho más vasto.

475. Piénsese en la obesidad de los diadocos tardíos como Tolomeo VII, de su hijo Alejandro, del Magas de Sirene, Aten., XII, 73 y s.

tismo oriental, es decir, aquella mezcla de crueldad y opulencia que suele surgir de un poder absoluto, pero al mismo tiempo inseguro; en general, conservan los diadocos su razón, y sus acciones quedan dentro de lo calculable. De todos modos ya es algo digno de alabar que sus dinastías se mantuvieran tanto tiempo y no fueran desbancadas por usurpaciones y jefes de mercenarios, lo que a veces parece ser inminente cuando se les ve en manos de ministros depravados, de tutores, etc., como Hermias, con Antíoco III y Sosibio con Tolomeo Filopátor.[476] Con el tiempo, son medianamente protegidos como dinastas dependientes de Roma; sin duda se podría destruirlos, pero difícilmente había de sacarse provecho de ello. Roma, cuando esto favorece sus propósitos, instiga tal vez un pariente contra otro o protege a uno que notoriamente es suplantado.

En comparación con la generosidad de principios anteriores, que en el año 226 después del terremoto de Rodas se demostró tan brillantemente, se queja Polibio (V, 90) de que los diadocos de su tiempo eran mezquinos (μικροδοσία) y que creían haber hecho una gran cosa cuando regalaban a un pueblo o polis cuatro o cinco talentos; ello estaba en armonía, como hemos visto anteriormente (p. 350) con la misma miseria en el tomar (μικροληψία). A obsequios mayores habría lugar, cuando, en tiempos en que los romanos distinguidos empezaban a ser sobornables, se trataba de posponer la ruina por mediación de ellos.

En varias dinastías se incrementaban los actos de

476. Sobre Hermias, cf. antes, p. 280. Ahora, en las Cortes diadocas se volvían poderosos hasta los eunucos. De éstos los hubo buenos y hasta guerreros y hábiles, como Aristónico, que había sido educado con Tolomeo Epífanes. Polibio, XXII, 22.

violencia, y la muerte natural era un acontecimiento raro; por fin se precipitaron las cosas, mezclándose todos como una pesadilla; los príncipes apenas pueden distinguirse individualmente, y prevalece un tipo general de diadoco tardío; sólo destacaban a veces rasgos o fechorías particularmente malvados, o alguna que otra acción aislada característicamente helénica.

Los más vigorosos de los diadocos tardíos son, sin duda, los últimos Antigónidas, y entre ellos ocupa el primer lugar Filipo III (o V) (221-179), hijo de Demetrio (239-221) y primo de su antecesor Antígono Dosón (229-221), vencedor de Selasia. Tuvo que luchar con traidores para alcanzar el trono, pero también se le inculpó de haber matado, en los primeros años de su reinado, a Arato, que había sido, no sólo un amigo, sino casi un padre para él, suministrándole un veneno de efecto lento, así como de haber seducido a la nuera de aquel; se le acusó de haber atentado también con veneno contra la vida del marido de aquélla, Arato *el Joven,* y mandado asesinos contra Filopemen;[477] se habla, asimismo, generalmente de su tiranía y orgías. Pero sea cual fuere el concepto que pueda tenerse de él y de Perseo, su bastardo mayor, ellos por lo menos obraron consecuentemente para conservar el poder, y, además, con una convicción y un concepto grandioso de la dignidad de Macedonia. Éstas fueron las causas de las guerras con Roma, de las cuales, por lo menos la segunda, hubiera evitado de buena gana Filipo;[478] in-

477. También mandó envenenar a dos oradores atenienses que tenían influencia con el pueblo, Paus., II, 9, 4. En Atenas se le odió a muerte después que incendiera la Academia (200) en una de sus invasiones, destruyendo las tumbas y estropeando los τεμένη de los dioses. Diodoro, XXVIII, 7.

478. Recuérdese aquella graciosa respuesta que dio en el campamento de Abidos (Pol., XVI, 34) a Marco Emilio Lépido, que le entregó el ultimátum imperioso de los romanos, di-

cluso el matar a su hijo legítimo Demetrio, por instigación de Perseo, pudiera haber tenido razones suficientes en que Macedonia perdurara y volviese a resurgir.[479] Si Filipo, contrario al carácter general de su familia, degenera y se hace libertino, no sólo puede explicarse este fenómeno por irrumpir en él su naturaleza primitiva,[480] sino más bien estamos dispuestos a creer que la gran amargura sufrida ante el sino que tuvo que purgar fue la causa de ello. Es la suya una figura trágica, lo que no es la de Antíoco. Incluso aquel afán de vivir (φιλοψυχία) de Perseo (que últimamente tanto le fue reprochado) quizá fuera motivado por sus esperanzas de volver a apoderarse de Macedonia, deseo que, sin embargo, no se realizó por haberle dado muerte en Alba, a orillas del lago Fucino, privándole del sueño.[481] Esta estirpe sucumbió, pero no se corrompió.

Entre los tolomeos empieza la degeneración rápida y decididamente con Filopátor (221-204). Éste se cree seguro contra ataques desde el exterior, y lo está realmente, por lo menos respecto a Egipto, desde la victoria de Rafia sobre Antíoco *el Grande* (217). Abandona, pues, completamente la política exterior; se hace inabordable y se somete al infame ministro Sosibio, «criatura hábil, experta y fatal», cayendo inmediatamente al principio del reinado, como víctimas suyas, la madre

ciéndole que le perdonaba el lenguaje insolente, por tres razones: primera, porque era joven e inexperto en asuntos políticos; segunda, por ser el hombre más hermoso de su época, y por último, porque era romano; que de buena gana evitaría la guerra contra Roma, pero si tenía que ser, invocaría a los dioses para que fuesen testigos y se defendería valientemente.

479. Polibio, quien en XXII, 17 y s., y XXIII, 1-8, sólo hace resaltar en Filipo lo lúgubre y terrorífico, no nos parece que hable muy objetivamente en estos párrafos.

480. Así lo explica Plutarco, *Arat.*, 49.

481. La opinión posterior que Burckhardt tuvo de Perseo y que difiere de ésta, cf. en tomo II, p. 522.

y el hermano del rey, así como el espartano Cleómenes.[482] A su lado surge aquella pareja de hermanos, Agatocles y Agatoclia, que la propia madre Oinanta entregó a Filopátor,[483] y bajo cuya influencia comenzó un desenfrenado furor báquico de banquetes, prostituciones, homicidios de todas clases, elevándose a Agatoclia, al lado de la hermana y esposa del rey, Arsinoe, al rango de esposa secundaria. Cuando Arsinoe fue por fin eliminada, a instigación de la infame camarilla de la Corte, y poco después murió Filopátor, se produjo, con la subida al trono de Epífanes, que sólo tenía cuatro años, una enorme crisis. La muerte de Filopátor y de Arsinoe fue proclamada al mismo tiempo que al niño se le imponía la diadema, dándose lectura a un testamento falso del rey difunto, por el cual Sosibio y Agatocles eran nombrados tutores; con ello se relaciona el gran tumulto de los alejandrinos ante la muerte de Arsinoe. Mientras que Agatocles manda fuera con encargos a los personajes más importantes, planea un nuevo gran alistamiento, y asciende a los más ordinarios e insolentes de los cortesanos al rango de «amigos del rey»; a la cabeza del pueblo indignado se pone el comandante de Pelusión, Tlepólemo. Agatocles fracasa en su intento de ganar para sí a los macedonios —aunque, según parece, visita un cuartel tras otro, y tiene

482. Polib., xv, 25, 2. Cf. tomo II, p. 522.

483. De cómo un individuo tal como Agatocles llegaba a ser reconocido por todas partes, nos da Polibio, xv, 31, 6, un testimonio curioso: *Aristómenes* el acarnanio, uno de los guardias de corps del rey, fue el primero que le invitara a un banquete, honrándole con una corona áurea, como las que únicamente se solían dar a los reyes; también llevaba una sortija con sello tallado con la imagen de Agatocles; uníale a él, además, una especie de padrinazgo, por llamarse su hija Agatoclia. Un cortesano adivinó en él al que habría de ser todopoderoso en el futuro.

que pensar en la huida o en la tiranía; en esto, el populacho y los macedonios se levantan bajo el lema de «salvar al rey niño», produciéndose en pro de la lealtad aquellos disturbios de tanta extensión, y verdaderamente clásicos para Alejandría, en los que es salvado Epífanes y se le hace decir que «sí» con un gesto afirmativo de la cabeza, al aniquilamiento de aquella gente. La escena principal se produjo en el estadio: después que las pasiones de la masa del pueblo se desbordaron con la muerte de la primera víctima, sucesivamente mataron a todos los otros de un modo atroz, echándose el pueblo sobre ellos, apuñalándolos, mordiéndolos y despedazando sus cuerpos.

Epífanes (204-181) se encontró primero bajo el dominio de Tlepólemo, sucediéndose después un «visir» todopoderoso a otro en la Corte, y efectuándose siempre estos cambios por la violencia. El ataque combinado de Filipo III sobre las vanguardias egipcias en el archipiélago, y de Antíoco *el Grande* sobre Celesiria provocó la intromisión de Roma y el que se pusiese al niño bajo la tutela romana (200). Epífanes, empero, nunca llegó a elevarse por encima del nivel mental de un niño, poniendo fin al reinado de este ser tan inmensamente dependiente (que se caracterizaba por tan terribles revoluciones interiores) unos amigos suyos, que le envenenaron ante la amenaza de que se les quitara lo que ellos habían robado.

Persona de mejores cualidades era su hijo Filométor (181-145). Aunque no logró recuperar la Celesiria para Egipto, consiguió que Antíoco IV, que había atravesado este país saqueándolo, tuviera que evacuarlo de nuevo (170); en su segunda invasión (168), fue echado por Pompilio de la manera ya sabida. Entonces tuvo Filométor conflictos interminables con su hermano menor Evérgetes (o Fiscón), contra el cual repetidas veces tuvo que solicitar la ayuda de Roma, que mediaba entre

los dos hermanos a la vez que los instigaba a combatirse. Después que el rey sufrió un accidente en una caída de caballo, de vuelta de una incursión victoriosa en Siria, llegó este Evérgetes, que hasta allí se había tenido que contentar con Cirene, a reinar realmente solo (145-116). Era hombre pequeño, panzudo y libertino, que no se arredraba ante ninguna crueldad ni combinación de infamia; al hijo de Filométor le mandó asesinar en seguida, mientras se casaba con la viuda de éste, Cleopatra, la hermana común de ellos; a ésta la repudió[484] para unirse a su hija, violada por él, y por fin convivió con ambas. Éste fue el mismo hombre que más adelante escribió comentarios eruditos, con apuntes importantes geográficos y etnológicos, que como alumno de Aristarco (al que, sin embargo, terminó expulsando) ejerció la crítica de textos homéricos, el que probablemente aumentaría también la biblioteca de Alejandría y el que prohibió la exportación de papiro por celos hacia los príncipes bibliófilos de Pérgamo. Al principio, su régimen fue terriblemente exclusivo; después de haber hecho los alejandrinos indignados una revolución, intentó reducirlos a la obediencia mediante un terrorismo general unido a una persecución especial de todos los partidarios de su hermano, y varias veces mandó a sus mercenarios, cuando se veía amenazado, cargar sobre ellos. De esto resultó que la parte griega y razonable de la población huyó en su mayoría de esta ciudad, hecho que tiene que haber sido de gran trascendencia para la civilización helénica, puesto que gran número de gramáticos, filósofos, geómetras, músicos, pintores, preceptores y médicos llegaron como fugitivos

484. Cf. Justino, XXXVIII, 8, cómo mandó despedazar a su propio hijo y servírselo a ella en una comida. *Ibíd.* Cómo no se avergonzaba de aparecer en traje transparente ante el conquistador de Cartago.

a Grecia, donde, debido a las constantes guerras, se habían extinguido en gran parte los conocimientos generales (εγκύκλιος παιδεία). Estos refugiados, con sus enseñanzas y formación de alumnos, efectuaron una renovación en el campo intelectual.[485] Evérgetes invitó por decreto a nuevos colonos para que se avecindasen en Alejandría, y hubo efectivamente quienes acudieron atraídos por la perspectiva de buenos negocios, pero a éstos tampoco los trató mucho mejor.

Los demás Tolomeos, que reinaron entre las ingerencias constantes de Roma, manifestaron la degeneración en sus peores formas, y sólo al final aparece una figura todavía de aspecto relevante: la figura de Cleopatra.

Mientras que la estirpe de los Antigónidas, en la divisoria de los tiempos, tuvo su Filipo III, la Seléucida nos ofrece a Antíoco III *el Grande* (223-187). Éste posee, además de las superiores cualidades morales, una gran energía, por lo que merece especial simpatía. Tuvo que elevarse, luchando, de un ambiente infame; convertido en buen general, participó en las campañas personalmente y con los mayores esfuerzos y fatigas, de modo que bajo su reinado se vio cómo el antiguo carácter macedónico volvía decididamente a florecer. Logró con su compañía india recuperar las satrapías orientales, aunque poco tiempo, y no sólo éstas, sino incluso las ciudades del litoral y los dinastas del Tauro para acá, afirmando así su poder y siendo el asombro de asiáticos y europeos.[486] Con esto debió de haberse contentado, en vez de formular antiguas reclamaciones seléucidas

485. Polibio, XXXIV, 14. En esta ocasión nos da el autor, que estuvo en Alejandría como prisionero, una característica de las tres clases de población alejandrina (egipcios, mercenarios y griegos avecindados). Aten., IV, 83.
486. Polib., XI, 34.

sobre Egipto y la parte occidental de Asia Menor, porque realmente hubiera estado bastante atareado con dominar a los gálatas y tiranos en el interior de Asia Menor. Pero su altanería parece haberle llevado a aquella guerra fatal contra Roma, que tan fácil era de prever. Además, su capacidad bélica había disminuido según iba envejeciendo, por lo que no logró lo que de él esperaban los observadores que seguían de lejos los acontecimientos;[487] Aníbal, con su plan grandioso de mandarle con el ejército y la armada a Cartago y luego a Italia, pronto fue eliminado por la camarilla cortesana siria, que inculcaba al rey el temor de que el púnico pudiera oscurecer su fama.[488] Desde Magnesia (190), que en todo es *dies fatalis* para el poder diadoco, queda muy quebrantado el dominio seléucida; Pérgamo y Rodas son maliciosamente ensanchadas, Aremnia se separa, y ya conocemos cómo el propio rey encontró una muerte nada honrosa en su empresa contra el templo de Belo (p. 301); pronto encontramos también seléucidas como rehenes en Roma.

Una figura aún curiosa de esta dinastía es el hijo menor[489] de Antíoco *el Grande* y su segundo sucesor, Antíoco Epífanes (175-164). Éste quiere olvidar su condición de rey y desempeñar el papel de hombre griego particular, con toda su dejadez característica, e incluso a veces también el papel de ciudadano (como si entonces hubiera sido un placer ser un πολίτης griego), pero Antioquía no hacía gran caso de su pobre rey aburrido. Se cuenta que cultivaba el trato con gente humilde y

487. Polib., XV, 37.
488. Una frase sarcástica de Aníbal sobre el ejército suntuosamente equipado de Antíoco nos la relata Gelio, V, 5.
489. Sobre él, Polibio, XXVI, 1, y Aten., X, 52 (en parte, según Tolomeo Evérgetes II). Polibio le llama por su conducta ἐπιμανής. Él es el undécimo cuerno de la cuarta bestia, en *Daniel*, 7, 8 y 24.

que bebía con los extraños presentes, por muy humilde que fuera su condición. Dondequiera que hubiese un banquete de jóvenes aparecía con su orquesta, así que la mayoría de los convidados se levantaban asombrados y huían. A menudo vagaba por todas partes sin séquito alguno; frecuentemente llegó al ágora sin su traje de rey, llevando el vestido de un simple ciudadano, se bañaba en baños públicos y cuando estaban llenos de gente común, y mandó que le llevaran allí los ungüentos más lujosos. Donde más se le veía era en los obradores donde se trabajaba el oro y la plata, entreteniéndose en conversaciones técnicas con los τορευτής y demás artífices; se presentó en público como aspirante a un cargo de funcionario; daba la mano a unos, abrazaba a otros, para obtener su voto como ἀγορανόμος o δεμαρχος, y una vez obtenido el cargo se sentaba, según la costumbre romana, en una silla de marfil, donde escuchaba los pleitos del mercado y los dirimía con todo celo; algunos le tenían por un hombre de bien y otros por un loco, siendo estos últimos los que estaban en lo cierto. También en sus obsequios era exagerado: en las ofrendas que mandaba a las ciudades y en los honores a los dioses sobrepasaba a todos los príncipes anteriores, como se puede deducir del Olimpión en Atenas y de las estatuas que rodean el altar de Delfos; cuando en su segunda invasión de Egipto fue echado del país por Pompilio, se consoló intentando en los agones celebrados en Dafne en su procesión festiva, superar en suntuosidad las fiestas celebradas por Emilio Paulo en Macedonia; el pobre Seléucida, sujeto al concepto asiático de la pompa, la consideraba como un argumento victorioso frente a los romanos, que además eran filhelenos; sólo que en su afán no logra alcanzar más que una revista colosal, para la cual tiene que ser privado de gente y de dinero su reino entero, a fin de que todo el esplendor sea acumulado durante un

mes en Antioquía.[490] De cómo este rey torturaba además a los judíos, estamos enterados por los libros de los Macabeos; a los embajadores de Roma, la que en secreto favoreció siempre a los gálatas contra él y contra Eumenes, manifestaba, aunque en el fondo les odiaba, una deferencia estudiada. Murió, como su padre, al volver de un malogrado saqueo de templos en Elimais, según ya hemos indicado (p. 302, sig.); malos agüeros le habían angustiado antes por este propósito impío.

Bajo sus sucesores Roma fomenta constantemente

490. Diodoro, xxxi, 16, razona: Los demás reyes diadocos también habían intentado aumentar su poderío militar y sus posesiones, pero ocultando esta tendencia de Roma lo más posible; en cambio, él, como era notorio en todo el mundo, había reunido lo mejor para estas fiestas, poniendo en escena, en cierto modo, todo su poderío real, así que resultaba fácil formarse una idea acertada del mismo. En esta poderosa pompa (cf. sobre ella Diod., *ibíd.*, y Aten., v, 22 y s.) venían primero toda clase de contingentes mercenarios y bárbaros, magníficamente adornados y armados. Entre ellos aparecían 200 parejas de esgrimidores (por lo tanto ya gladiadores al estilo romano), 1.000 caballos (¿auténticos?), niseos, 1.000 compañeros (ἑταῖροι) e incluso el famoso Agema (esto es la gloria militar pasada) como «procesión histórica», 100 carros de seis tiros, 40 tetripas, un tiro de elefantes y 36 elefantes sueltos. En otra procesión desfilaban inmediatamente después 800 efebos, 1.000 animales de sacrificio, etc.; luego venían las imágenes de todos los dioses y demonios, tantos como eran venerados por el género humano (en lo que abiertamente se manifiesta, pues, la Teocracia), así como todos los héroes, dorados o adornados con trajes áureos. Además, eran dados a conocer al mismo tiempo los mitos de cada uno (¿pintados en los carros?). Seguían las imágenes de Nyx, Hemera, Gea, Urano, Eos y Mesembria, y luego eran llevadas en procesión un sinnúmero de ánforas de oro y de plata; cerca de doscientas mujeres derramaban perfumes por las calles, y al final, pasaban otras 80 mujeres, llevadas en literas de oro, y 500 en literas de plata. Después de la pompa seguían agones, monomaquias y cacerías; la atmósfera de los gimnasios estaba impregnada de los perfumes

las discordias, llegando a las exigencias más vergonzosas. Al mismo sucesor de Epífanes, reconocido por ella, llega una delegación que le exige quemar primero las naves de guerra, luego mutilar los elefantes y disminuir el poder real en todos los aspectos, como así se hizo.[491] Más adelante, Roma apoya a sabiendas a un falso pretendiente, el supuesto hijo de Epífanes, Alejandro Balas. La degeneración de aquella familia se ve, por ejemplo, en que fuera posible se mantuviera como reina una mujer tal como la Cleopatra siria. Esta hembra terrible, criminal y, sin embargo, no carente de inteligencia, hija de Tolomeo Filométor, fue primero esposa de Balas; luego, tras la caída de éste, de Demetrio II Nicátor, y después que los partos le cogieron prisionero, de su hermano Antíoco VII Sidetes. Cuando éste murió en la guerra contra los partos, y Demetrio volvía con una princesa parta, siendo derrotado por un usurpador, le mandó asesinar y mató después de un flechazo con sus propias manos a un hijo suyo, Seleuco V, temiendo pudiera convertirse para ella en un

más deliciosos, y fueron organizados inmensos banquetes. El mismo Antíoco, montado en un caballo mediocre, iba y venía a lo largo de la procesión de la pompa, ordenando: «¡Adelante!», o «¡Más despacio!» También, en los banquetes, dirigía, bebía a la salud de brindis propios o de otros, etcétera. Cuando empezaron los actores, mandó que le llevasen cubierto de velo, como si él mismo fuera actor, y, al empezar la orquesta a tocar, se levantó de un brinco y bailó e hizo de actor con los cómicos, así que todo el mundo se salía avergonzado (cosa que aún era permitida, mientras que bajo Nerón nadie se hubiese atrevido a hacerlo). Todo esto lo hizo después de robar al joven Tolomeo, y en parte con «aportaciones» de amigos, y después de haber saqueado la mayor parte de los templos. Con todo, evidentemente, era muy inferior a la pompa de Filadelfo cien años antes, de la que aún tenemos que tratar. Cf., también, tomo II, p. 200 y s.

491. Polib., XXXI, 12, 19. Por cierto que el tutor del joven rey mandó asesinar a aquel embajador, pero el asesino fue también entregado más adelante. Polibio, XXXII, 6.

segundo Orestes; por fin, cuando atentaba contra la vida de su segundo hijo, éste le obligó a beberse el veneno que para él tenía preparado.[492] Pero mientras que los Seléucidas estaban en decadencia, los partos se hacían cada vez más poderosos y, debido a su debilidad, la piratería y el tráfico con esclavos tomaron un incremento asombroso, sobre todo los que tenían por base a Cilicia.[493]

También estaban en decadencia los dos Estados occidentales de Asia Menor. A Bitinia la vemos bajo el régimen de Prusias II (185-149), el que traicionó a Aníbal. Tal rey se vestía para recibir a los embajadores romanos completamente como esclavo manumiso, con píleo, toga y calzado, y en el año 166, después de la guerra de Perseo, llegó con tal vestimenta a Roma, junto con su hijo Nicomedes, se postró ante el umbral de la puerta del Senado y veneró a los senadores sentados, con las palabras: «¡Os saludo, oh dioses salvadores!»; ellos sabían apreciar este profundo envilecimiento y le daban una contestación amistosa.[494] Más adelante asaltó, de manera alevosa, a Atalo II de Pérgamo, portándose de modo que Polibio le tildó de loco, pues tan pronto se postraba gimiendo ante los dioses como les robaba y destruía sus templos; de todas formas, era un bárbaro, feo, cobarde, sin cultura ninguna, que llevaba una vida sardanapálica.[495] A su hijo Nico-

492. Apiano, *Sir.*, 68 y s., donde aún hay más detalle de la degeneración de la Casa Seléucida. Cf. Estrabón, XVI, 2, p. 754, cómo los aradios se reservaban el derecho de cuidar a pretendientes sirios refugiados. Cf., también, la descripción de Antíoco IX Ciciceno en Diodoro XXXIV, 34.

493. Cf. Estrabón, XIV, 5, 2, p. 668 y s., donde el poder de los piratas se relaciona con la usurpación de Trifón, indicando cómo el comercio en grande de esclavos fue facilitado por el gran mercado en Delos.

494. Polib., XXX, 19.

495. Polib., XXXII, 27, XXXVII, 7.

medes le desterró a Roma, queriendo hacerle matar allí, pero éste volvió a Bitinia, organizando, con ayuda pergaménica, un levantamiento contra su padre, mandando los romanos, como mediadores, una ridícula embajada, que provocó las burlas de Catón, porque consistía en un gotoso, un hombre a quien una teja que le había caído sobre la cabeza había desfigurado la cara, y un medio tonto.[496] El final fue que Nicomedes destronó a su padre, asesinándole en el templo de Zeus en Nicomedia, mandando matar también a todos sus hermanos.

De la dinastía pergaménica hemos visto antes (p. 274) que formaba, por el buen trato que solía reinar entre los hermanos, una excepción comparada con otras cortes diadocas. Vemos a Atalo I (241-197), a quien elogia Polibio (XVIII, 41) por sus victorias sobre los galos, con su noble conducta en la riqueza, su vida familiar moral y su helenismo, así como a su hijo Eumenes II (197-159), ambos amigos de los romanos, pero que aun viendo su salvación en Roma, no se rebajan por esto como los reyes de Bitinia. Todavía después de la guerra contra Antíoco recibió Eumenes cantidades enormes de botín. Más adelante se dejaron persuadir los romanos de que se hubiera comprometido con Perseo y se le rechazó ya en Brindisium cuando, después de Pidna, quiso justificarse en Roma; ésta vio con gusto cómo era acometido por los galos, a quienes favorecía real aunque no directamente; incluso un legado romano, Cayo Sulpicio Galo, se sentó durante diez días en el trono del gimnasio de Sardes y aceptó maliciosamente toda clase de quejas de los asiáticos contra él.[497] Mejor trato dieron a su hermano y sucesor, Atalo II (159-138), príncipe bueno, aunque más adelante se relajara; a lo

496. Polib., XXXVII, 6.
497. Polib., XXXI, 2, 10. Según *ibíd.*, 13, Ariarates de Capadocia, que había rechazado enérgicamente a los agreso-

menos, obligaron a Prusias a pagar una fuerte indemnización por su incursión en el territorio pergameno y a la cesión de ciudades. En su sobrino Atalo III (138-133) se manifiestan rasgos terribles; es un tirano sanguinario, incluso para parientes y amigos, y de vez en cuando se apodera de él una profunda melancolía que le lleva a no cortarse la barba y el cabello, a retirarse del gobierno y ocuparse sólo en la horticultura, escultura y el arte de la fundición de metales.[498] Como preveía tiempos malos, legó su reino hermoso y floreciente a los romanos, que de él hicieron la provincia de Asia.

De las dinastías diadocas semibárbaras, que suelen llegar a nuestro conocimiento en los márgenes extremos de la historia romana (tales la de Capadocia, del Ponto y de los gálatas), así como de la mayor parte de los diadocos de la segunda mitad del siglo II, no nos incumbe hablar.

Dedicándonos a examinar la civilización en el sentido más estricto de la palabra, nos gustaría saber hasta qué punto la decadencia de la Polis y la aversión a la ciudadanía fueron la causa de que talentos verdaderamente grandes se consagrasen a cuestiones intelectuales, y si las altas disposiciones en sí aumentaban o, al contrario, disminuían. Sin embargo, es completamente imposible emitir un juicio satisfactorio a este respecto, puesto que empieza a escasear toda tradición fuera de lo que se relaciona exclusivamente con diadocos, filósofos o demás literatos y con escándalos. Que la gente se apartaba del Estado para volverse hacia la sabiduría y la investigación, claramente lo dice Polibio,[499] y tam-

res trocnogálatas, siendo denunciado por ellos como enemigo de los romanos, sólo con gran cuidado y amabilidad logró legitimarse ante los embajadores romanos.

498. Esta salida de una Casa diadoca hacia el diletantismo en el arte, es muy muy característica y ocurre de vez en cuando, en los diadocos; piénsese también en Nerón.

499. Cf. p. 352.

bién, indudablemente, la filosofía ganaría adeptos de este modo; en cambio parece muy dudoso se acudiese a las artes por tales motivos, ya que éstas tenían y guardaban a su gente de todos modos, y es manifiesto que en escultura y pintura se seguían creando las obras más espléndidas. Es, sin embargo, un feo vacío en la tradición de aquellos tiempos que un profundo silencio se mantenga aún sobre los artistas más grandes y que los nombres famosos dejen de citarse completamente; si se conocen, en efecto, los nombres de los escultores rodenses y pergamenos sólo es casualmente, al mencionar una obra suya, y no como los de maestros famosos por doquier. También los nombres de los actores célebres desaparecen de la literatura, lo que no excluye que aún actúen muchos y muy excelentes, que no se nombraban por haber una gran abundancia de ellos.

En otros aspectos, lo poco que se ha conservado entorpece nuestro juicio, y el que no conozcamos de todo el mundo diadoco asiático o egipcio, fuera de los teatros, ni un solo edificio bien conservado, nos prohíbe emitir todo juicio verdadero sobre la arquitectura de aquellos tiempos. Hasta la poesía nos ha llegado muy fragmentaria, y si exceptuamos a Teócrito, no representa precisamente nada extraordinario. Géneros enteros, como la lírica coral, pueden haberse extinguido casi por completo, pero se explica por qué no había de florecer una lírica individual excelente, aunque quizá no precisamente en Alejandría.

Donde más demostrada está la vida general del espíritu griego es en el campo de la filosofía, en sus tres tendencias principales: la Estoa, el Epicureísmo y la Escepsis. De todas maneras, es aún una gran prueba de la fuerza de los griegos en aquellas épocas que consiguiese realmente helenizar el Oriente Medio, y sin duda no sólo por la presión política ejercida en su favor por los gobiernos macedonios, sino por su civilización y su-

perioridad interior. Si al lado de esto el promedio de la masa del griego culto, en comparación con épocas anteriores, parecía por su aspecto exterior afeminada o delicada, es cosa ciertamente importante de saber, pero sobre la cual no nos es dado decidir.[500]

¿En qué condiciones se encontraban ahora los ideales de la nación helénica, aquellas cosas espléndidas que parecían absorber todo el interés de los griegos anteriores, sobre todo la fama? Respecto a ésta, no faltan hombres, ni aun en el mísero siglo III, que aspiran a ella. No cabe duda que las pocas figuras famosas en el Estado y en la guerra de la llamada «Hélade libre», como Arato, Filopemen, Cleómenes y otros, tienen defectos y debilidades considerables, y el último no sólo demostró su insuficiencia individual después de Selasia, sino que toda su reforma revelaba ya demasiado la descomposición griega de entonces. No obstante, al hablar de ellos *solía revivir el impulso patético antiguo, y precisamente* Cleómenes debió de haber estado rodeado de personas que individualmente le consideraban como gran hombre; refiérese, por ejemplo, detenidamente, cómo en Esparta, después de la derrota, rechazó el ser curado por una esclava, y sin beber, sentarse ni quitarse la coraza, apoyado con la mano izquierda en una columna y con la cabeza reposando sobre el brazo, descansó un rato meditabundo, huyendo luego hacia el mar.[501] Si posiblemente en esta escena buscó sólo un efecto escénico como buen actor, su fin en Egipto no dejó de constituir una verdadera tragedia. Con toda intención, queríase dar un reflejo de la antigua fama espartana.

500. En pro de ello hablaría la referencia de Aten., XV, 35, sobre perfumes y afeites.
501. Plut., *Cleón*, 29.

También algunos diadocos aparecen aún dotados del ansia de la gloria. Ésta puede ser llevada a menudo por falsos derroteros, comprobándose que más bien la vanidad y manías de glorias guían sus decisiones, pero una excepción encontramos todavía en el adversario de Cleómenes, Antígono Doson, que, después de perdonar a Esparta y dejarla todas sus instituciones, aun estando enfermo, se apresura a volver a Macedonia para encontrar allí, en la lucha contra los invasores ilirios, el placer de una muerte verdaderamente heroica. Murió de una hemorragia en medio de la victoria, montado a caballo, y (como probablemente se inventaría en las lesques) pronunciando la frase: «¡Qué hermoso día!» [502]

En general, puede observarse que la verdadera aspiración a la fama va decayendo. Sobre todo, la fama agonal está extinguiéndose, como lo demuestra el importante testimonio del *Filopemen* de Plutarco (3). El gran estratego aprendía, militar desde su juventud y hasta en sus modales, todo lo que tuviese relación con la guerra, y como parecía tener grandes dotés para la lucha a brazo partido, sus amistades le aconsejaron que se hiciese también atleta. Al preguntar él si este ejercicio no le estorbaría en su educación militar, le dijeron, con razón, que el cuerpo y modo de vivir de un atleta eran completamente distintos de los de un guerrero, pues aquél necesitaba dormir mucho, comidas regulares y un régimen de movimiento y reposo exactamente prescrito, perjudicándole cualquier alteración, mientras que en la vida del soldado todo era vagar, irregularidad y hábito en el hambre y el insomnio. Entonces Filopemen rechazó el atletismo y se rió de él, y más adelante, por medio de escarnios y castigos, llegó a expulsarlo de su ejército, ya que hacía inútiles para la lucha militar los

502. *Ibíd.*, 30.

cuerpos más fuertes; en cambio él mismo se fortaleció por medio de la caza y la labor.[503]

Llegó a venerarse y consagrarse ahora todo lo que fuese poderoso, aun lo despreciable, con tal que causase en la gente cierta excitación nerviosa o despertase curiosidad. Y a principios de esta época pudo permitirse Hárpalo la satisfacción de que los griegos, en su patria, venerasen a su hetera Pitiónica, a la que hizo construir un gran monumento, en el camino sagrado a Eleusis, como «Pitiónica Afrodita»,[504] con témenos y altar como a una diosa; tenemos luego el ejemplo augusto de Demetrio de Falero, de quien los atenienses estaban tan entusiasmados que le pusieron (para nosotros una prueba más del poco valor que se daba ya a los monumentos honoríficos)[505] 300 estatuas de una vez, las que por cierto en su caída tuvieron la suerte correspondiente.[506] Inmediatamente después, como hemos visto (p. 322, sig.), el «asediador de ciudades» Demetrio es deificado aún más descaradamente, y desde entonces es ya cosa general la deificación de varios diadocos, no sólo en sus Estados,

503. Piénsese también (aunque sólo datan de la Era imperial) en las malicias que Luciano hace decir a Anacarsis en el diálogo llamado según él. Éste se atrevería a ahuyentar con su corta espada a todos aquellos gimnastas quemados por el sol, obligándoles a buscar refugio gimiendo detrás de las columnas, y niega que la gimnasia cree aptitudes dignas para una guerra seria. Pero que los olimpiónicos eran aún insolentes en tiempos romanos lo demuestra Luciano, *Demon*,. 16. Cuando Demónax se burló de uno de ellos, por su traje con adornos de flores, el otro le dio con una piedra en la cabeza, haciéndole brotar la sangre.

504. Cf. p. 187.

505. Dicho sea de paso que Atenas, que siempre tiene que llevarse la razón, no hace distinción, en la glorificación monumental de sus ciudadanos, entre guerras ganadas y perdidas. El general de la guerra lamíaca, Leóstenes, fue pintado por Arquesilao junto con sus hijos en el templo de Atenea en el Pireo. Paus., I, 1, 3.

506. Cf. p. 310.

donde no hubo más remedio, sino también en la Grecia libre. Así, en Atenas, lo fue Caristio Aristónico, que había jugado con Alejandro a la pelota, y el hecho de que por tal arte se le nombrara también ciudadano, excluye toda sospecha de que se haya tratado de inmortalizar una actitud hermosa. ¡Y si sólo se hubiesen limitado a esto! Una vez se llegó a erigir una estatua al titerista Euriclides, al lado de los grandes trágicos, al mismo tiempo que se cedía a otro titerista, Potino, la misma escena en la que un Eurípides y sus iguales habían entusiasmado al pueblo con sus grandes obras inmortales. La nervosidad constante solía buscarse una salida en los sefismas, como, por ejemplo; «A tal y tal ha de erigírsele una estatua»; así, que llegó a tenerla, en los teatros de Hestia y Oreos, el prestidigitador Teodoro, sin hablar ya de las estatuas a los músicos, como la del citarista Arquelao de Mileto, o la del cantante Cleón en Tebas (donde, en cambio, no la tenía Píndaro).[507] Con la gran escasez de celebridades verdaderas no es de extrañar que, por fin, como lo demuestran las listas que dan Eliano y Ateneo de gente flaca, pequeña, gorda, lela, glotona y borracha,[508] la fama pudiera ganarse por cualidades tan sólo relevantes físicamente, aunque fuesen realmente odiosas.

Una reacción contra la facilidad de adquirir fama era la reprobación absoluta, cuyo representante es Zoilo, a quien no se puede fijar cronológicamente con seguridad, aunque lo más probable es que perteneciera a la época de Filadelfo. Él era oriundo de Anfípolis, que entonces era macedónica, y escribía (a su manera también como macedonio) contra Homero, asimismo

507. Aten., I, 34 y s.

508. Eliano, *V. H.*, X, 6, XIII, 15 (de cómicos), I, 27, II, 41 (entre los borrachos hay varios Seléucidas).

contra Platón e Isócrates; en general le gustaba hablar mal de todos, y esto, como decía, porque no podía hacer mal a nadie, y llegó a enemistarse con todo el mundo por la malicia con que atacaba a vivos y a muertos por igual. Así se ha hecho proverbial el nombre de este Tersites literario, o, como también se le llamaba, el Cínico retórico.[509]

El primer plano de la celebridad de entonces lo ocupan, además de los diadocos, los filósofos y las heteras. Luego veremos cómo los atenienses honraron al estoico Zenón, a quien levantaron también una estatua dorada en Citón (Chipre), para honrarse a sí mismos sus conciudadanos; cuando murió Carneades, dícese hubo incluso un eclipse lunar y el Sol se obscureció.[510] También se habla aún de los sabios, mientras que de los artistas (a no ser que se hayan perdido sus noticias) se guarda silencio casi completo. De las heteras, empero, de los diadocos y de algunos filósofos, como Epicuro, se hacía el tema principal en las conversaciones,[511] y, en general, la hetera se coloca como tipo en el primer plano, disfrutando, además, de una gran celebridad individual. Aun cuando los chistes y anécdotas que sobre ellas contiene el poema del alejandrino Macón, del tiempo de Filadelfo y Evergétes, son en su mayor parte bastante insípidas y obscenos (aunque de elegante sencillez), es fácil deducir por él tales hechos.[512] Sin embargo, al igual que ocurre en general con todo el régimen diadoco, que desgasta completamente sus valores individuales

509. Sobre el «Azote de Homero», cf. tomo III, p. 134.
510. Suidas, *s. v. Carn.,* y nosotros nos preguntamos como Don Abbondio: «Carnéades, chi era costui?»
511. Enumeraciones y rasgos particulares, entre otros, en Aten., XIII, 37, 39 y s. y 42; sobre los de Epicuro y sus discípulos, Leontion, *ibíd.,* 53.
512. Importantes párrafos de ello en Aten., XIII, 39, 41 y s.

en los cien primeros años de su existencia, después del año 200 ya no existe ninguna hetera famosa.

¿Qué sentiría del helenismo en esta época tardía la persona verdaderamente ambiciosa y ansiosa de gloria? ¿Qué última forma podía aún adoptar la voluntad agonal helena? Poder y riquezas generalmente eran propias de las Cortes, pues la Polis, donde aún existía, era, para decirlo así, un hueso descarnado, y sólo más adelante, y limitado a la localidad, pudo volver a ser famoso quien se había conservado rico, sobre todo en la tranquila Era imperial, mediante la evergesia; la exhibición pública como artista (citaredo, bailarín, jugador de pelota, etc.) exigía un talento especial, y no podía ser de interés para todos los que aspiraban a la fama; así que, por de pronto, ésta sólo podría obtenerse por lo que hasta cierto punto era producto de la educación intelectual, es decir, por la retórica, y ahora, además, por el puro discurso epidíctico, excepción hecha de lo cual era ya cuestión de cada uno el incluir también la representación de alguna secta filosófica. Ello necesariamente exigía una vida ambulante, porque el escribir libros obscenos a sueldo no se conocía aún, y la propaganda, por muy buena que fuera, no tenía a su disposición ninguna prensa, por lo que en todas partes hubo que hacerla personalmente. Así se explica que, bajo los emperadores, cuando toda ambición política era absolutamente imposible, y la carrera literaria, para quienes escribían en griego, apenas era remunerativa, existiesen personas como los sofistas filostráticos con su discurso epidíctico, moviéndose sólo al margen de lo político. El más ambicioso tenía que hacerse fundador de una religión o γόητος como Apolonio de Tiana y Alejandro de Aboniticos; tal persona, al fundar un nuevo culto, podía finalmente, aunque necesitaba también llevar una vida ambulante, atraer otra gente al

lugar donde él estaba. Del extremo a que llegó el deseo de fama en los tiempos más tardíos, es decir, de la muerte en la hoguera de Peregrino Proteo en Olimpia, hemos tratado en ocasión anterior.[513]

Aunque una edad se caracterice por lo que venera oficial o al menos usualmente, no por esto deja de ser útil tener una descripción contemporánea de su vida diaria. Una de las puertas en la que pudiéramos llamar para buscar informes de esta índole sería la comedia nueva, la que por cierto casi sólo conocemos por reproducciones romanas. Sin embargo, el fruto que de ella podemos sacar no es tan importante como pudiera suponerse, porque sólo llegamos a conocer una Atenas unilateral, con relativamente pocos tipos, cuya generalidad, a pesar de los muchos rasgos de las costumbres contemporáneas, no permite fundar sobre ellos una descripción realista de la vida.[514] De muy distinto modo se ocupa de este problema un famoso filósofo, Teofrasto, cuyos *Caracteres* son algo más importantes que las muñecas estereotipadas de la comedia. Esta obra, no obstante que en ella se descubran por su autor las características eternas del malvado género humano, aunque muchas veces bajo el traje específico de su nación y de su tiempo, probablemente fue escrita sólo en el siglo III (según el proemio, en el año nonagesimonono de la vida de Teofrasto) y con la optimista esperanza de ayudar con ella al perfeccionamiento de la generación joven. De los virtuosos no habla el autor, y aun de lo malo sólo trata lo más destacado, omitiendo

513. Cf. tomo II, p. 526. El odio mortal que Luciano tiene a Peregrino probablemente se debe, no sólo a la ilustración, sino al temor de cualquier moción que pudiere dar origen a una religión nueva.

514. Sobre los tipos de la comedia nueva, cf. tomo III, p. 382 y s.

todas las medias tintas y los caracteres dudosos, faltando muchos tipos que se esperaría encontrar, por ejemplo, el *miles gloriosus*, el sicofante, el usurero, el mal poeta, etc.; parece que Teofrasto evita con mucho cuidado la descripción de oficios para atenerse a los matices éticos, a lo que, existiendo cierta predisposición, surge de lo íntimo del hombre. Su intención fundamental es de carácter filosófico-filológico. El autor cree (en parte sobre la base de la ética nicomántica de Aristóteles) que los rasgos particulares de la vida corresponden a cualidades; así, empieza con una breve definición de ellas (con lo que a sus comentadores no suele satisfacer del todo). Diríase como si a ciertos individuos, una vez que los reconoce como tipos, les siguiese los pasos en la vida, porque de una mera observación fugaz de muchos difícilmente hubiera surgido esta obra, al menos no sus mejores capítulos. El resultado efectivo es, pues, que además de la descripción de algunos necios e incultos, tenemos una galería de toda clase de tipos odiosos que vivían en Atenas, sacándose la impresión que sus habitantes se dejaban llevar por la mentira y el engaño, sin preocuparse mucho de la buena o mala fama, y deduciéndose que reinaba un ambiente general de descaro. Además, una observación con la amplitud que encontramos en la obra de Teofrasto sólo era posible por la publicidad completa en la vida ática. Los atenienses estaban constantemente *en scène* y en relación unos con otros, creando la fraternización general un ambiente que se distingue completamente del moderno, así que, por ejemplo, el adulador (κόλαξ) es mucho más pegajoso de lo que sería posible en nuestros tiempos. Al mismo tiempo vemos entre estos caracteres una especialización riquísima, ya que aquellos que nos parecerían como tipos, son descompuestos en sus matices más detallados y finos; así, Teofrasto distingue dos especies de aduladores: al vanidoso,

que no adula intencionadamente, sino por su temperamento o manía de hacerse agradable a todo el mundo (ἄρεσκος), y el otro, que obra sólo por su propio provecho (κόλαξ); del mismo modo, entre los charlatanes distingue al trivial y aburrido, que no calla en todo el día, diciendo cosas de sobra conocidas (ἀδολέσχης), del charlatán pegajoso y repugnante (λάλος).[515]

515. Especialmente llamamos la atención en este conjunto a la descripción detallada del adulador (2) cuyas particularidades en la vida obvio es que las estudiase Teofrasto. No es el parásito, que todo lo aguanta por su vientre, sino aquel que, con intención egoísta, quiere hacerse agradable a la gente a cualquier precio. Hacía mucho que existía este tipo al lado del del parásito, y, además, como tipo específicamente griego (cf. antes, p. 173 y s.). El adulador procura sobre todo despertar la vanidad de su patrono. «Mira cómo en las calles todo el mundo te está mirando como a ningún otro.» «Ayer se habló de ti en la estoa; treinta personas preguntaban quién era el hombre más excelente y todos te nombraron a ti.» Él le quita el tamo del vestido y las granzas que el viento le ha metido en el cabello, diciendo, de paso, que para la edad que tiene aún conserva muchos pelos negros; cuando habla el patrono manda callar a todos, y al final dice: «¡Excelente!» Si se burla el patrono hace como si se muriese de risa, y a sus niños les compra manzanas y peras, les lleva a su presencia y los besa diciéndoles: «¡Oh cría de un padre probo!» (estas adulaciones de los niños se repiten en el ἄρεσκος [5]) Cuando está presente al comprar sandalias exclama: «El pie es más hermoso que el calzado», y cuando el patrono va a visitar a un amigo, corre delante de él para anunciarle y vuelve para indicar qué lo ha hecho. En la mesa es él quien primero elogia el vino y la comida en general y luego por partes. Está muy preocupado porque no pase frío el patrono, y lo envuelve y le mira constantemente, aunque hable con otros. En el teatro se hace entregar los cojines por el criado y los coloca en el asiento del amo. Elogia la arquitectura de la casa, la tierra primorosamente labrada y el parecido del retrato. Aun con todo esto se sabía, como ya se dice al principio, que era muy mal compañero, que sólo iba a su provecho, es decir que ningún ateniense era tan simple que no le calificase de adulador, pero a pesar de ello existían y prosperaban. (Según Aten.,

Si, apartándonos del ateniense, nos fijamos en el súbdito de los diadocos, nos damos cuenta de que éste tiene algo en particular de lo que en Grecia no se dispone: por grande que sea la carga tributaria que pese sobre él, ha escapado a la Polis, que entre los llamados griegos libres sólo existe como fantasma mortífero. Es cierto que las ciudades diadocas hasta cierto punto aun son Polis, pero se puede vivir en ellas con algo de

VI, 65, hubo hasta un escrito especial de Teofrasto περι χαλακείας. En el capítulo del ἄρεσκος (5), la segunda mitad se ha unido por contaminación a la primera. Ya no trata de éste, sino de un ser muy atareado que se las da de distinguido y de elegante; que en el teatro procura sentarse cerca del estratego y hace muchas compras, no ya para sí, sino para amistades que tiene en el extranjero, envía a Bizancio lo que de allí le piden, mandando perros laconios a Cícico, miel himeta a Rodas, y todo lo cuenta a través de la ciudad, enseñando a sus perros, monos, palomas sicanas, etc., a todo el mundo; en el fondo es un sujeto inofensivo, que sólo peca de alborotar demasiado al disfrutar de estas pequeñeces. Parecido a éste es el individuo que se propone distinguirse en detalles y minuciosidades (μικροφιλότιμος) (21). En los convites tiene que tener su sitio al lado del anfitrión; cuando su hijo núbil es afeitado, se efectúa esto, según la costumbre de la gente distinguida, en honor de Apolo Pítico; va también «ad hoc» a Delfos, y el esclavo que le acompaña tiene que ser un negro. A su perrito le pone una lápida con la inscripción: «Clados el Maltés». Cuando los prítanos han terminado su sacrificio para la madre de los dioses, se empeña (evidentemente siendo él también prítano) en que se le deje anunciarlo al público, vestido y coronado solemnemente, y dice a su mujer cuando llega a casa, que se ha sentido muy feliz.

En el capítulo περὶ ἀγροικίας (4), al labrador libre se le trata ya con bastante desprecio, como un ser completamente rústico y estúpido, según un ejemplar que Teofrasto ha llegado a conocer «in concreto». Magistralmente se describe luego (6) el sinvergüenza descarado ἀπονενοημένος y su desvergüenza. No sólo pretende que se le permita su descaro, sino que su deseo es que lo presencie todo el mundo, y no está contento como no tenga a su alrededor toda una reunión

autoritarismo municipal y alguna evergesia, y si las exigencias a sus ciudadanos no son iguales que antes y hay revuelos periódicos en ciudades como Seleucia, Antioquía, Alejandría, etc., difieren esencialmente de las crisis cívicas de Grecia.

Bien puede decirse que el πολίτης anterior era un hombre muy distinto del súbdito diadoco, pero ahora ya no existía, y ningún poder del mundo podía hacerle

de gente. Vive más tiempo en la cárcel que en su casa; de todas las ocupaciones vergonzosas se encarga sin vacilar, y, además, peca de maledicencia de tal manera, que sus injurias en alta voz resuenan a través del Ágora. El simple sinvergüenza (ἀναίσχυντος) (9) se limita en su descaro a aprovecharse (sin duda muy a menudo) por una serie de pequeños fraudes, para utilizar cosas sin pagar, contrabandear, etc. *Un sinvergüenza también es el vulgar* (11) (βδελυρός), pero no sólo en su provecho, sino por inclinación al descaro; ocupa tal vez una posición entre los dos tipos anteriores. Es escandalosamente molesto, con toda intención, causa repugnancia y molestias al particular y a toda una reunión (por ejemplo, en el teatro), siendo, además, de una avidez repugnante. Parece ser que muchos se manifestaron de este modo. ¿Quién hubiera podido impedir a estos tipos amargados, en aquella Atenas de entonces, democrática e irreligiosa, que molestasen a quien y como les viniese en gana? También está representado el tipo descortés e inabordable (24) del grosero negativo (ὑπερήφανος) que no va en busca de la gente para insultarla, sino que se limita a ser infinitamente ordinario con los que tienen que tratar con él.

El charlatán (λάλος) (7) nos da la impresión de que los espartanos sabían bien lo que se hacían al mantener su laconismo a la fuerza. Ellos conocían las despachaderas griegas, cuando soltaban las riendas, y tampoco les faltaba la malicia. Este λάλος es infinitamente pegajoso en su vanidad y estorba con una discreción sin par todo negocio, toda conversación y todo placer o reunión de los demás; cuenta cosas pasadas que hace mucho ha leído; repite discursos, con los que pretende haber hecho gran efecto. Con todo esto, bien sabe cómo es, y se encuentra encantador; «No me callaría aunque se dijera de mí que soy más hablador que las golondrinas»; hasta los niños se burlan de él y le ruegan: «Cuéntanos algo,

resucitar. Aquella unidad de estilo que rodeaba antes todas las manifestaciones del intelecto, en el Estado y en el arte en su totalidad, se había disuelto para siempre; a cambio de la ciudadanía antigua, se disponía de la vida privada, por cierto pagada a un precio muy alto, pero de que por fin se llegaba a disfrutar. Mientras el individuo era libre económicamente lo era del todo, y podía dedicarse por entero a aquella actividad

para que nos durmamos». Un mentiroso, que tiene que darse importancia creando noticias a diario, es el inventor de noticias (λογοποιός). Éste es esclavo de su nervosidad, un iluso que improvisa hechos antes de que se realicen, y además, como hace constar Teofrasto, sin provecho propio, porque mientras habla en el baño se le roba el traje, o mientras fantasea en la estoa sobre victorias terrestres y marítimas, pierde un pleito. El número de tales personajes es muy grande y se les encuentra en todas las estoas, talleres y dependencias del Ágora. Al lado de ellos existe el fanfarrón (23) (ἀλαζών) el que ante todo se vanagloria de riquezas y propiedades que no posee, también con coregias y trierarquías y demás donativos, así como pretendiendo haber tomado parte en las expediciones de Alejandro o de recibir cartas de Antípatro; es capaz de decir que la casa alquilada donde vive pertenece a su padre, y que la quiere vender por ser pequeña para la hospitalidad que él ofrece. Pero también se representa el malicioso calumniador (κακολόγος) (28), que sabe contar algo malo de todos sus amigos y parientes vivos o muertos.

Luego se nos presenta el tacaño (10) (μικρολόγος), cuyo lema, al ahorrar en pequeñeces, es: «Que en un año se reúne así una gran cantidad», y que no permite a nadie coger de sus frutas caídas al suelo (deduciéndose de ello que esto sería uso general y casi lícito en Atenas); también se ofrece la figura parecida del avaro (22) (ἀνελεύθερος). Además, nos es descrito el repugnante (19, 20) en dos variedades: el δυσχερής, al mismo tiempo grosero e indiscreto, pero que si quisiera podría tener otra «clutus corpori», y el ἀηδής, repugnante en palabras y que se permite también toda clase de faltas en las formas de sociabilidad. Muy cómicos son en parte, el distraído (14) y el aturdido (ἀναίσθητος); en cambio, es un ser desagradable el (12) tipo que carece de todo tacto, y cuya indiscreción se expresa en la mala elección del

que más le interesase. Todos iban, pues, ahora por el camino que sus propias individualidades les trazaban; viajaban, por ejemlo, sin estar expuestos a sospechas mortales, siempre que los medios se lo permitían, y empleaban sus fuerzas según les venía en gana. Los «oficios se separaban», como antes jamás se había hecho entre los griegos, y, sobre todo, en el reino Tolomeo «claramente se distingue entre una clase de fun-

momento adecuado (ἄκαιρος), siendo capaz, por ejemplo, de hablar mal, en una boda, del sexo femenino. (En cambio no lleva razón Teofrastos cuando le censura por decir delante de un ciudadano que azota a su esclavo: «Uno de mis esclavos se ha ahorcado, después de ser azotado».) Aquí probablemente hablaría el ἄκαιρος como hombre.

Interesante también es el supersticioso (16) (δεισιδαίμων), por los medios que gasta es hombre de cierta posición, y no pertenece al populacho. Se da aquí una lista bastante amplia y curiosa de las supersticiones que existían en la vida diaria. Había quien desistía completamente de todo pensamiento, iniciativa propia y por ejemplo cuando un ratón roía el agujero de un costal de harina, iban al intérprete de presagios (ἐξηγητής) y aun cuando éste aconsejase dar el costal a un guarnicionero, para que remendara la rotura, no quedaban por eso tranquilos y preferían tirarlo a la basura. Al lado del intérprete de presagios existe el de sueños, el mantis, el observador de agüeros por el vuelo de los pájaros y sobre todo los orfeotelestos, a los cuales se manda bendigan a la familia entera. También figura aquí una especie «naturalmente baja» de sacerdotisas para las purificaciones.

Hasta la suerte más favorable no llega a satisfacer (17) al criticastro (μεμψίμοιρος). Si se le anuncia el nacimiento de un hijo, contesta: «Di, además, que he perdido la mitad de mi hacienda y dirás la verdad». Hasta en el detalle más minucioso (18) es descrito el exageradamente receloso (ἄπιστος). Éste hace vigilar a un esclavo por otro, se levanta de noche para cerciorarse de si todos los pestillos están echados y las cerraduras en buen estado, para todo necesita testigos y fiadores. Se ve cuán fuertes razones había en Atenas para abrir bien los ojos. Sólo un capítulo corto y descolorido se dedica al que (26) tiene todavía ideas oligarcas, que sólo murmura algunas frases hechas, conocidas desde hace mucho tiempo, opinando, por ejemplo, que en la ciudad ya no

cionarios y otra de militares», mientras que «artistas y hombres de ciencia eran especialistas de cierta exclusividad» —lo que hacía mucho indicaba la apolítica de los filósofos[516]— toda relación «con un Estado determinado». Lo que une a las personas es ahora su actividad privada, en vez del interés político; cuando se reúnen los hombres de ciencia en el Museo de Alejandría y los actores en sus sinodias, no son menos cosmopolitas tal vez que las tropas mercenarias de sus tiempos.[517]

Pero el carácter nacional, que en su conjunto llamamos helenismo, lo mantienen los griegos sin polis en el Oriente. Si, por ejemplo, examinamos las 131 locuciones proverbiales («proverbia») que el seudo-Plutarco cita como corrientes en Alejandría, vemos que una sola (97) se refiere a lo egipcio y otra (119) a una región libia; todo lo demás, o es oriundo del tesoro común de proverbios griegos, o está relacionado con la mitología griega, o con características de la vida en Grecia; o se trata de giros que en parte no pueden haber sido adquiridos sólo por la conversión, sino necesariamente por la lectura; concretamente, la historia griega anterior debe de haber sido cultivada muy intensamente en Alejandría,[518] dirigiendo de buena gana sus miradas sólo

se podía vivir y que Teseo era el origen de todos los males que la habían sobrevenido. Se nota que ya no era de temer la formación de un verdadero partido. La brevedad de estos últimos capítulos podría ser (siempre que no los haya compendiado un copista) una prueba de que Teofrasto pensaba reunir aún más rasgos de los caracteres correspondientes, pero que en ello le sorprendió la muerte.

516. Cf. tomo III, p. 491, 505, 515.

517. Esto en parte según Helbig, *Unters. Über die Campan. Wandmalerei*, p. 185.

518. Se sabe que una vez en Esparta se le dijo a Aristágoras respecto a su traje jónico suntuoso, que lo milésico estaba más indicado en su patria. A las promesas sanas se las llaman (del conocido caudillo ático de mercenarios) pro-

hacia el Norte. Si lo heleno se mantiene, en cambio, y al contrario que en las colonias anteriores, que siempre habían sabido exactamente a qué tribu griega pertenecían preferentemente, haciendo profesión de ella, aparecen aquí las antiguas tribus helenas en una completa mezcolanza, no soliéndose preguntar por el origen de la gente, y en las Cortes, sobre todo, abundarían los

mesas cares. Un desafuero muy señalado se denomina un tenárico (por el asesinato de los ilotas de allí por los espartanos). Una respuesta descaradamente amenazadora se llama «palabra de los escitas», porque éstos habían dicho a Darío que lo pasaría mal. Si un juez todo lo trataba con mucha demora se decía «Bulias es juez», frase tomada de una antigua historia sobre una discordia entre los elidenses y los calioneos. Quien prefería estropear una cosa en vez de dejarla al enemigo, decía como los atenienses en tiempos de Jerjes: «Esto no lo recibe el meda para guardarlo». Un juramento de no volver jamás a la patria se llamaba juramento focense. Se sabía que Terpandro había apaciguado las discordias de los espartanos entre sí por lo que, cuando se hablaba de un apaciguamiento, se citaba la frase espartana «debido al cantante lesbio». Hasta pequeñas obscenidades de la antigua comedia ática circulaban en Alejandría: «Los muslos de Pérdix» se referían a un mercader ático cojo que había muerto hacía ya más de cien años. El viejo estañador de metales, en Samos, Glauco, era citado siempre que tal trabajo no había salido muy bien con las palabras: «Este no es el arte de Glauco».

Otros detalles dan prueba del ojo perspicaz y de la lengua mordaz de los alejandrinos. Proverbiales son para ellos: lo mísero de los sacrificios faselíticos y carios, la tacañería de los ciudadanos de Calcis en Eubea y de los de Micenas, los modales de las prostitutas de Corinto, la vida regalada de Masalia y de Samos, la simpleza de los habitantes de Arbela en Sicilia. Si la gente conversaba entre sí en secreto, se decía: «Los áticos celebran las Eleusinias». Si alguien estaba lúgubre y gruñón, se decía de él: «Ha consultado un oráculo de Trofonio». De los muy hospitalarios se decía: «Siempre se admite gente en casa de Cidon» (que era un corintio cuya hospitalidad era proverbia). Si alguien quería prevenir a otro y no exponerse a alguna ingratitud, decíase (según un acontecimiento muy antiguo): «Puedes dar oráculos a los beocios», etc.

aventureros y advenedizos de todos los orígenes posibles.[519]

Sería interesante saber hasta qué punto se conservaba en las ciudades diadocas la antigua forma de educación intelectual en las disciplinas normales (ἐγκύκλιος παιδεία), incluyendo la gimnasia. Es cierto que nadie estaba obligado a ella por su condición de ciudadano; tampoco el sistema de vida, ni siquiera el de los libres, dejaba el ocio necesario para ello; gran parte de las gentes hay que suponer serían como proletariado, cuyo trabajo barato convenía ya más que el de los esclavos, y por encima existía, tal como en tiempos modernos, la clase de los propietarios, empresarios, comerciantes, intelectuales, etc.[520] Por ello es, pues, probable que la formación intelectual en general sólo se cultivase hasta el límite que el prejuicio heredado del helenismo lo exigiese. A su lado, y como una segregación de ella, según sus especialidades, la sabiduría se dedicaba a recopilar y dependía del amparo y remuneración por parte de la autoridad. Sus varias disciplinas fueron elaboradas en una actuación concentrada completamente hacia lo especial, lo que a los antiguos, sin duda, hubiera parecido banáusico, pero es que, por fin y de todo corazón, se podía ser especialista, es decir, banauso.[521]

En las ciudades diadocas era inevitablemente débil la religión, siempre que no hubiera sido substituida, tanto respecto a dioses como a dogmas, por cultos egip-

519. Según Helbig, p. 189 y s

520. Sobre el incremento o disminución de la esclavitud carecemos de toda información. Los esclavos caseros sin duda seguirían como anteriormente, en lugar de los esclavos fabriles; en Egipto habrá que pensar se hayan empleado egipcios, entre los que el trabajar en tiempos antiguos (aunque apenas ya ahora) había sido cuestión de la casta, pero nunca de la esclavitud. Sobre la gran actividad que encontró el emperador Adriano, cf. *Hist. Aug. Saturn.*, 8.

521. Así Rohde, *Griech, Rom.*, p. 17.

cio-orientales, porque se carecía de los cultos arcaicos locales, que en los griegos primitivos habían sido su más fuerte apoyo; también el mito estaba abandonado casi por completo en la Grecia de esta época, y aunque de vez en cuando se le aclimatase intencionadamente y con cariño,[522] difícilmente arraigaría; lo que de él se veía en el teatro no inculcaba respeto, y, además, muchos sistemas filosóficos substituían ya a la religión.

En este estado de cosas sólo es de extrañar que en tal época no se dé una genialidad en la poesía o en las artes; no dudamos que haya existido en la vida, y, de cuando en cuando, podrá haberla substituido el vagabundear filosófico o la charlatanería religiosa. Desde luego, ahora se separan los individuos y sus caracteres en amplias variaciones; mientras que antes, debido a su educación uniforme, hubo un matiz común en todos los griegos, ahora se distinguen un sinnúmero de tipos característicos, y la comedia nueva, el arte bucólico y las artes figurativas se esfuerzan en representarlos hasta lo más profundamente genérico de su particularidad;[523] podía decirse que la humanidad griega se había enriquecido de un modo *extensivo*.

Veamos ahora cuál era la situación de la mujer. Tenemos que echar primero una ojeada a las últimas figuras de las mujeres dorias, que aparecen en las pendencias de los reyes Agis y Cleómenes. Mientras que un siglo antes, después de Leuctra, las espartanas se habían lamentado, y en la guerra sagrada la reina Deinica tomó parte en el saqueo, las herederas ricas, que desempeñan un papel en estos tiempos, no figuran como personas indignas. Agis gana a su madre Agesístrata y a su abuela Arquidamia para sus planes, y aunque le han educado en la opulencia y vida regalada, después de

522. Cf. p. 303 y s.
523. Helbig., p. 186.

sus reparos iniciales le instigan aún más, haciendo propaganda para él entre las demás mujeres, que, sin embargo, no surte efecto, por defender ellas su propia riqueza. Ambas, tras el fracaso de Agis, son asesinadas, inmediatamente después de él, en la cárcel, con una alevosía horrorosa; Agesístrata, después de quitar a su madre de la soga de que pende y colocarla al lado del cadáver de Agis, exclama: «Siempre que esto sea mejor para Esparta»; éstas son sus últimas palabras.[524] Cilonis, en cambio, hijo de Leónidas (al que Agis expulsó) y al mismo tiempo esposa de su sucesor, Cleómbroto, logra persuadir a su padre, aunque muy enojado contra el yerno, para que le deje huir, conpartiendo voluntariamente con él su exilio en unión de sus hijos, a pesar de no estar conforme con la conducta de su marido para con su padre.[525]

Más adelante, la viuda de Agis, Agiatis, heredera muy rica y la mujer griega más hermosa de su tiempo, tras haberla obligado Leónidas a casarse con su joven hijo Cleómenes, convierte a su nuevo esposo a las ideas del Agis fracasado, y también la madre de Cleómenes, Cratesiclea, después de la muerte de Leónidas, accede completamente a las intenciones de su hijo, influye para ganar a su causa a los espartanos más distinguidos, y se casa ella misma con uno de los más poderosos.[526] Agiatis muere durante la guerra contra Antígono, y es muy llorada por su esposo, que apresuradamente llega a Esparta para sepultar su cadáver. Cratesiclea, al enterarse de que Tolomeo Evérgetes exige a ella y a los niños de Cleómenes como rehenes para la ayuda pro-

524. Plut., *Agis*, 4, 6 y s., 20.
525. *Ibid.*, 17 y s. La escena en la que abraza al marido amenazando al padre con suicidarse ella antes, en caso de ser muerto Cleómbroto, por desgracia concebida al estilo de un trágico posteuripideo.
526. Plut., *Cleom.*, I, 6.

metida, y aunque el hijo titubea mucho tiempo antes de decidirse, se declara, riéndose a carcajadas, dispuesta a ello, ya que era por el bien de Esparta, y encarece a Cleómenes, al despedirse de él en el templo de Poseidón de Ténaro, que guarde dignidad, «para que nadie nos vea llorar o nos crea indignos de Esparta, porque sólo esto depende de nosotros; los destinos, en cambio, dependen del demonio». Con semblante sereno se va con sus nietos hacia la nave, y hasta desde Egipto, al enterarse que su hijo tiene la posibilidad de entenderse con los aqueos sin tener en cuenta a Tolomeo, le envía la orden de no estar constantemente temiendo a Tolomeo por una mujer vieja y unos niños pequeños.[527] En Egipto es, por fin, complicada en la ruina de Cleómenes.[528] Entre sus mujeres, la esposa de Panteo, joven y muy bella, en la muerte de su esposo da una prueba de ser verdaderamente digna de él, después de haberle acompañado exponiéndose a todos los peligros a los que él se exponía. Ella llevó de la mano a Cratesilea, conducida por los soldados al lugar de ejecución, donde primeramente son asesinados los niños de Cleómenes, delante de su abuela, que sólo les dedicó la siguiente necrología: «¡Oh niños, en qué habéis terminado!», y después que ésta y las demás mujeres recibieron el golpe mortal, se ciñó el himatión, cuidó a las moribundas todo lo que pudo, y a continuación se arregló sus vestidos, se adornó y se veló con cuidado, para no necesitar que nadie después de su muerte la hiciese este servicio, y permitiendo sólo al verdugo acercarse a ella, encontró un fin heroico.

Estas lacedemonias, a las que concretamente se sabe que los hombres se subordinaban, permitiéndolas una influencia mayor que la propia en los asuntos públicos,

527. *Ibíd.*, 22. Las palabras «del demonio» suena, sin embargo, como una añadidura filosófica.
528. *Ibíd.*, 38, cf. tomo II, p. 522.

y que tenían en Esparta grandes posesiones,[529] forman, por cierto, una excepción en el mundo griego, y pronto había de llegar el día en que Nabis, en su exterminación sistemática de todo lo espartano, las casaría con sus hasta entonces ilotas. En lo demás son las heteras las que ocupan el primer plano de la vida. Friné y Glícera vivían al empezar el siglo III, y llegaba el tiempo en que se convirtieron en el centro regular de los placeres de la juventud. De educación refinada y chistosas, tal como se presentan, por ejemplo, en las cartas de Alcifronte (escritas, según modelos helenistas), atraen hacia ellas «generales, estadistas, escritores y artistas», así que «en casi toda personalidad relevante del helenismo puede comprobarse la intervención de una hetera famosa», resaltando, sobre todo, como ya hemos dicho (p. 424, sig.), las de los diadocos. A Lamia y Leana, de Demetrio Poliorcetes, edificaban templos como Afroditas en Atenas y Tebas, y las de los Tolomeos eran tan conocidas, que el segundo Evérgetes (Fiscón) trató de ellas en sus *Comentarios*. «En tiempos de Polibio, las casas más hermosas de Alejandría llevaban los nombres de célebres flautistas y heteras», y estatuas suyas estaban colocadas «en templos y demás edificios públicos al lado de generales y estadistas».[530] También en los vasos de esta época era corriente pintar escenas de su vida. Pero ya hemos dicho que desde el siglo II no llegan a ser realmente famosas, y esto tiene por causa que en los tronos de los diadocos faltaba también sencillamente el hombre que hubiera podido elevarlas; donde los príncipes han degenerado de tal modo, también la vida cortesana deja de atraer la atención y el interés de la gente.

529. Plut., *Agis*, 7.
530. Esto en su mayor parte según Helbig., p. 195 y s.

Respecto a las demás mujeres, «aun no se puede notar ningún cambio en las instituciones muy restringidas de su vida».[531] Ni en la mesa común, ni en reuniones públicas, como comedias o teatros, pudieron cultivar ambos sexos —como ocurrió más adelante en Roma— una sociabilidad galante; todavía iban las mujeres honradas solamente acompañadas por dueñas recelosas por la calle o a las fiestas de las divinidades; su vida, en la casa, quizá inclinada a tener cada vez más poder sobre el marido, se deslizaba, no obstante, en aposentos separados, destinados especialmente a las mujeres;[532] y con más rigor vivía la virgen; la «muchacha recluida», como dice un poeta, estaba aún sujeta «al celoso encarcelamiento de la vida de reclusión»; «la suave y apasionada pretensión del joven» que se encuentra en los poetas de la época, difícilmente pudo ser sacada de la vida real;[533] el noviazgo no existía, a la

531. Así opina Rohde., *Griech. Rom.*, p. 68 y s., de quien son extraídos los siguientes párrafos.

532. Corn. Nep. expone en el prefacio que todo romano llevaba a su esposa al convivio, «Quod multo fit aliter in Graecia; nom neque in convivium adhibetur nisi propinquorum, neque sedet nisi in interiore parte aedium, quae gynaeconitis appellatur, quo nemo accedit nisi propinqua cognatione coniunctus». Cómo el matrimonio podía ser una relación meramente basada en miras jurídicas y de comodidad, lo demuestra Diog. Laerc., 18, 14. El filósofo Menedemo y Asclepíades, amigos desde hace muchísimos años, se casan, aquél con la madre, éste con la hija. Cuando esta última se muere, Asclepíades se casa con la madre, la que cede Menedemo, mientras él mismo, siendo ahora jefe del Estado, se casa con una rica, aunque la esposa anterior sigue encargada de llevarle la casa, en la que vive junto con Asclepíades. Todo esto ocurría alrededor del año 300.

533. En Diodoro, XIX, 33, se exponen polémicas sobre los matrimonios por inclinación, sin duda según un razonamiento de la Era diadoca. Al conocerse las muertes de las viudas indias en la hoguera donde se incineraba el cadáver de su marido, deducía de ello este griego tardío, que debían de haber sido muy frecuentes los envenenamientos,

esposa sólo se la veía en la misma boda; los esponsales eran todavía convenidos por los padres, quienes a veces son censurados por la elección inconsiderada de una esposa completamente desconocida. «Aunque no puede dudarse de la existencia de un amor cariñoso y puro» en la vida contemporánea de aquella Grecia, sin embargo, «se carece completamente de pruebas de que éste se haya conquistado sus derechos por instituciones de la vida cívica». La suerte de la mujer, no obstante, se considera como una desdicha, y así lo revelan inconfundiblemente aquellos versos graves que se han conservado del *Hermafrodita* de Posidipo (primera mitad del siglo III), según el cual todos, incluso el pobre, crían a un hijo, mientras que una hija es gravosa hasta para el rico.[534]

Sin embargo, hubo diferencias. Mientras que en la propia Grecia, si se exceptúan aquellas últimas mujeres dorias, apenas llega a ser nombrada una mujer,[535] y en toda la historia de la Liga aquea ninguna llega a intervenir como una especie de Stauffacherin,* estando en Atenas sujetas a grandes limitaciones, como lo demuestra la caracterización tan poco individual que se

como consecuencia de los matrimonios discordes, y que estos matrimonios no eran felices por no haber sido concertados por los padres, sino contraídos por los mismos jóvenes en su primera juventud, por lo que, al desilusionarse los casados, tenían que fracasar a la fuerza.

534. En Estobeo, ed. Meineke, vol. III, p. 79, aun se dice más sobre la enorme predilección que se tenía por los hijos varones frente a hembras. Cf. tomo II, p. 512 y s.

535. De toda clase de mujeres eruditas, filósofas, poetisas y pintoras (por ejemplo, Hiparquía de Crates en Tebas, Hedica de Samos, la pintora Anaxandra de Sicione y otras) que se nos presentan esporádicamente, no pueden sacarse conclusiones generales. Lo siguiente es de nuevo copiado de Helbig., en otro lugar, p. 191 y s.

* Figura femenina relevante de la epopeya alemana del medievo, inmortalizada por Schiller en su *Guillermo Tell*. — T.

las concede en la nueva comedia, aparecen en las capitales de los diadocos en una posición más libre, con un desarrollo más individual y más consideradas por los hombres. La vida en las Cortes de Alejandría, Antioquía y Pérgamo era «rica en intelectualidad y placeres refinados»; también las reinas y sus damas tomaban parte en ella, y estas condiciones tenían influencia sobre grandes sectores de la población. Si Teócrito manda un huso a la esposa de su amigo Nicias en Mileto, acompañando este regalo con una poesía, esto constituye un acto sentimental que aun cien años antes hubiera sido imposible. Pero, sobre todo, *Las adoniazusas* del mismo poeta serían inconcebibles en una Atenas. En ellas se presenta un aspecto de la vida de las capitales, que es de lo más instructivo y curioso, tomándose como motivo una fiesta de Adonis, que se celebra en las salas del palacio real y en la que se ve una suntuosa imagen de Adonis sobre lecho de plata, rodeada de Eros volantes y a su lado una Afrodita plañidera, ambos en un recinto de flores. Entre el público, que acude en masa, hay dos amigas de origen dorio, de Siracusa, esposas de ciudadanos alejandrinos de la clase media, que se han atrevido a asistir con una esclava, y que replican, sin intimidarse, a uno de los presentes que se burla de ellas por su marcado dialecto dorio; entran por el pórtico, pueden admirar la gran función de la cantante argiva y se van por fin edificadas en el más alto grado. Cuando uno lee este poema se cree trasladado a una metrópoli moderna; una mujer ateniense, sin embargo, no se hubiera atrevido a meterse entre una multitud tan abigarrada.[536] De que en esta misma Alejandría, y también en otras Cortes diadocas, las reinas a veces desplegaban una impor-

536. Rhode, p. 63, nota 1, opina que la libertad que nota en la conducta de las adoniazusas sólo era prueba respecto a la vida en Alejandría y para las dorias.

tante actividad política, ya hemos hablado en páginas anteriores al tratar de las dinastías diadocas,[537] si bien a la terrible Olimpia no llegó a ganarla ninguna de las diadocas.

Ya empiezan a revelarse en la vida y la poesía de aquellas épocas los primeros indicios de *galantería* por parte de los hombres y de *coquetería* por parte de las mujeres.[538] Aquélla se expresa, al menos tratándose de princesas, en los epigramas conservados de las imágenes de dos Berenices y en la «adulación del astrónomo Conón», el que llamó a un grupo de astros Cabellera de Berenice; también Polifemo quiere besar la mano a Galatea en la obra de Teócrito, y en otra parte, Aquiles besa la de Deidamia. En la misma obra de Teócrito, Galatea trata con coquetería a Polifemo, y en otro idilio, «una mujer presuntuosa de la capital» se enfrenta de igual modo con «un vaquero enamorado»; en las imágenes que adornan una copa, una mujer echa miradas amorosas «a dos hombres que la hacen el amor».[539] Se sobreentiende que las que más se distinguieron en este respecto fueron las heteras. Además, las relaciones entre los sexos vienen a ser ahora el asunto principal de las tres especies poéticas vivas: de la elegía, del idilio y de la comedia nueva,[540] aunque en esta última más que el amor prevalece la intriga, alcanzar la meta por la astucia, siendo su contenido en la mayor parte de los casos la aversión del joven contra el matrimonio que le espera o la aspiración de la hetera a mantener relaciones con él

537. Cf. p. 273 y s.
538. Helbig en otro lugar, p. 194 y s.
539. También en las pinturas de paredes pompeyanas, de origen helenista, puede verse con qué cuidado Perseo ayuda a bajar de la roca a Andrómeda y cómo Afrodita coquetea con el árbitro Paris., Helbig., p. 201.
540. De Helbig en otro lugar, p. 196 y s.

o convertirlas en un matrimonio.[541] También ahora se convierten los cuentos de hadas miletos en una forma definida literaria. Los hombres de letras alejandrinos también van en busca de leyendas y epopeyas de amor, que hasta ahora sólo se habían divulgado de palabra, o amplían los mitos antiguos con motivos eróticos: en Duris de Samos (en tiempos de Filadelfo) se describe el amor entre Aquiles e Ifigenia; Atalanta, que antes (en Eurípides) era completamente opuesta al matrimonio, se convierte ahora en amante de Meleagro, y hasta Galatea lo será después de Polifemo, a quien en obras anteriores había despreciado y en la de Teócrito sólo se había permitido embromarle tirándole manzanas. El mito de Dafne, probablemente hallado por los poetas alejandrinos entre los labradores arcadios, representa a Apolo intentando ganar a «la cazadora recelosa de los hombres» por medio de la música. En la poesía, como en las artes figurativas, se extiende el estilo coquetón de los Eros, y en los vasos (sobre todo los de Italia Meridional) va en aumento la representación de las relaciones de hombres con mujeres y muchachas honradas.[542]

Es cierto que en la época alejandrina se despertara en los sentimientos un rasgo característico, como antes no lo encontramos. Sólo ahora puede haber sido creada una Juno Ludovisi, consciente de su majestad y bondadosa a la vez. Incluso llega a intensificar este rasgo hasta llegar a la sentimentalidad, que hasta cierto punto puede ser una señal de envejecimiento; el helenismo tenía ya en cierto modo sobre esto un predecesor en Eurípides.[543] Sin duda se empieza a gozar más frecuentemente de los sentimientos, que antes tan a raya se

541. Cf. Preller, en *Pauly*, III, p. 287.
542. Cf. Helbig, p. 222 y s., 237, 242.
543. Cf. tomo III, p. 326 y s.

tenían: entre los bucólicos y elegíacos se habla mucho de lágrimas, tormentos de amor y desesperación, descripciones patológicas de la enfermedad de amor, y también se ponen en boga anécdotas como las de Antíoco y Estratónica. Hay que recordar en particular el sentimentalismo exagerado que despliega Apolonio de Rodas al referir la despedida de Jasón de su madre, y cómo en su *Medea* evita intencionadamente todo lo mítico y fatal, para dedicarse, en cambio, profundamente a averiguar todas las sensaciones del alma femenina.[544] También en las efigies de los diadocos, como en la del propio Alejandro, se encuentra a menudo un rasgo sentimental, y lo mismo hasta en tipos idealizados como las cabezas no icónicas de atletas, algunas de Palas, del Apolo Giustiniani;[545] la misma predilección para la representación de figuras dolorosas la comparte también la pintura.[546]

Como complemento antitético se produce, frente a lo sentimental, el «refinamiento de la sensualidad».[547] El tono dominante era aquel frívolo y libertino que se expresa en los chistes de las heteras, tal vez revestido aún de las formas de hilaridad y hedónica, heredadas del siglo IV, aunque, de cuando en cuando, unido con el pesar doloroso de combatirse mutuamente a muerte y la conciencia de poderlo pasar mucho mejor si no fuera por estas luchas fratricidas.[548] En el arte y en la poesía aumentan las representaciones sensuales. Así como los

544. Cf. tomo III, p. 150, 155 y s., Rohde, en p. 68, cree que la participación en «la poesía erudita del día» sólo puede suponerse en heteras cultas. Dado el precio elevado de los libros en aquel tiempo, nos gustaría saber más detalles de los hombres y mujeres que realmente leían aquella literatura.

545. ¿Sería quizá de esta época el Hermes del Vaticano?

546. Esto según Helbig., p. 244 y s.

547. Cf., respecto a ello, Helbig., p. 249.

548. Cf. el párrafo de Apolodoro de Caristo mencionado en Aten., III, 13.

poetas se solazan en la descripción del desnudo feme nino, también los artistas lo representan con tal pre meditación, que denota un fuerte contraste si se le compara con la representación del desnudo en tiempos anteriores; también en la vida gustan de la lascivia de la media o completa desnudez[549] y de los trajes trans parentes.

El amor por los muchachos *in praxi* puede que siguiese igual que en tiempos anteriores, pero como ya no existe la Polis ni ningún heroísmo guerrero común con el cual relacionarle al tomar un amante, deja completa mente de motivarse por ética suprema, política o por vigor educativo. Por última vez puede que se haya pro ducido con matiz patético en la amistad de Cleómenes *el Joven* con Panteo;[550] más adelante, ya no existen re laciones famosas entre amante y amado, ni aun entre los diadocos, de los cuales, sin embargo, Demetrio Poliorcetes aun podía haber sido capaz de desarrollar cierto pathos. El amante no existe ya como elemento de la sociedad y figura conocida, sino sólo como objeto de pla cer, y la sentimentalidad se desvía principalmente hacia las relaciones con las mujeres. En la poesía aún emplea ba Fanocles el motivo, en forma erudita, para descrip ciones etiológicas, pero en lo demás, el asunto se rebaja en la mayoría de los casos a una obscenidad tratada de un modo artístico,[551] y donde no ocurre esto, los epigra-

549. Un ejemplo de ello, en tiempos anteriores, nos lo ofrece la historia de Friné relatada en p. 130 y s.

550. Cf. tomo II, p. 522.

551. Entre éstos figuran el cretense Sotades, un yambógrafo que, según Hesico, compuso en dialecto jónico, φλύακας o bien κιαλιδους, que también fueron llamados 'Ιωνικοὶ λόγοι (como títulos se han conservado *La expedición al Hades, Príapo la amazona, Los encerrados* y otros más). Se expuso con sus obras a bastantes peligros (cf. p. 282). También el etolio Alejandro, el milesio Pires, un tal Teodoro, Timocáridas y Ienarco solían cultivar esta especie.

mas correspondientes adoptan la forma de suspiros disimulados. Sólo Teócrito llega tal vez al corazón en sus poemas a los jóvenes (παιδικά), pero después de él no lo consiguió nadie más.

Otra innovación en el horizonte del griego de esta época es el nacimiento del sentir paisajista de la Naturaleza.[552] Ya por Homero sabemos que la antigua Grecia tenía aprecio por las excelencias del paisaje; sin embargo, se produce ahora algo nuevo: ya que el politeísmo se deshace ante la reflexión, privándose así a la Naturaleza de sus deidades, al despoblarla de sus ninfas, sátiros y Panes, las montañas y selvas, la Naturaleza toda empieza a influir y hablar, sin el anterior intermediario personal, «directamente al espíritu», y esto, al mismo tiempo que aumentan de un modo asombroso, y debido al reflejo de Oriente, los conocimientos del mundo, tanto en geografía como en historia natural, y se introduce entre otras cosas una botánica científica y aclimatadora.

Este incremento del sentimiento en favor de la Naturaleza, que está en relación natural con las tendencias de la época hacia lo sentimental y lo melancólico, puede comprobarse por el enorme auge de la pintura paisajista, que conocemos sobre todo por las copias pompeyanas. También por otros indicios se sabe que los griegos empezaron ahora a buscar las bellas vistas panorámicas. Con anterioridad a ellos, este sentido lo tuvieron los persas, cuyo amor por la Naturaleza se conoce por las noticias que se tienen de los espléndidos parques de sus reyes (παράδεισοι), por los honores que Jerjes concedió a un hermoso árbol: un plátano,[553] y además por la nota interesante del rey Darío, en que

552. También en este párrafo citamos en su mayor parte a Helbig., p. 269 y s.

553. Herodoto, VII, 31. Asimismo del Oriente más antiguo existen aún testimonios sobre los «jardines colgantes de Semíramis».

mandó le llevaran a las islas Cinaneicas, «desde donde contempló el panorama del Bósforo».[554] En los griegos sólo ahora se produce este sentir. El primer escalamiento de una montaña para gozar del panorama que conocemos, es el del Hemo por Filipo *el Joven* de Macedonia;[555] ya algunos decenios antes, Apolonio de Rodas había empleado tal asunto como motivo poético: hace escalar el Díndimo por sus argonautas (I, 1.103 sig.), una vez llegados a Cícico, y aunque el fin es «ofrendar un sacrificio a la diosa Cibeles», fácilmente se ve que en esta excursión sobre la alta montaña es la vista hermosa lo que importa; también se encuentra en Apolonio (III, 164) una descripción del panorama del Olimpo, y hay que hacer destacar el gusto de este poeta por la luz y los fenómenos meteorológicos.[556]

El paisaje se abre ahora incluso paso entre las metrópolis nuevas, que daban el tono a la vida, sintiendo el habitante de éstas una necesidad de rodearse de la Naturaleza, a la que satisfacen los príncipes imitando grandes vistas panorámicas en las ciudades. Así, Antioquía tenía a orillas del Orontes espléndidos paseos, y en el Dafne vecino, un parque magnífico. También en Alejandría las masas de edificios estaban separadas por jardines y bosques, y en el centro de la ciudad se levantaba el Paneo, una loma artificial, «que era asequible por medio de un cómodo camino con muchas curvas, y desde cuya cúspide se veía el panorama de toda la capital». Puede ser que se quisiese demostrar con ello a los antiguos egipcios cuánto más bello era esto que no una mera pirámide. Además, el palacio de Tolomeo contenía también «numerosos jardines», y en el Museo había un

554. Herodoto, IV, 85.
555. Livio, XL, 21 y s.
556. Cf. Helbig., p. 213 y s

paseo umbroso plantado con árboles, «donde se paseaban los sabios». Al mismo tiempo fue levantado en Cnido por Sóstrato, el constructor del faro de Alejandría, la primera *pensilis ambulatio.* Hasta se preocupaban en la construcción de las casas por que éstas tuvieran una vista hermosa; el *oecus cycicenus* de Vitruvio, una habitación en la casa de unos poderosos helenistas, está calculada para tener vistas al exterior por tres lados.[557]

El incremento de la pasión por la caza, que en la Grecia antigua probablemente había sido suplantada por otros ejercicios, la gimnasia principalmente, puede haber tenido su causa, en parte, en el impulso del habitante de la ciudad hacia la libre Naturaleza, pero especialmente demuestran su existencia tres fenómenos literarios: la bucólica de Teócrito, que denota verdaderamente el anhelo del hombre culto por la campiña, como si se tratara del paraíso perdido; el escenario del paisaje, que ocuparía también en las novelas de amor un lugar preponderante,[558] y los epigramas de la Era diadoca, reflejando impresiones paisajistas. En estas obras, empero, no sólo habla el gozo estético que da la Naturaleza, sino que la alegría y el dolor humanos se comparan y se entrelazan con ella, y frecuentemente las cosas son invocadas a tener compasión o ésta se les imputa a ellas.[559].

También la situación del arte había cambiado. Hasta aquí los artistas griegos habían reproducido las ideas que vivían en el pueblo; la cuestión estaba, pues, en saber qué era lo que ahora debían representar. El desarrollo de los asuntos griegos hizo del arte el instrumento para glorificar a los monarcas, convirtiéndose, por con-

557. Cf. Helbig., p. 272 y s.

558. Quizá sea de esta época la descripción de Tempe, en Eliano, *V. H.*, III, 1.

559. Por boca de un estoico vemos el deleite por la Naturaleza, en Cicerón, *De deor. nat.*, II, 39, 98 y s.

siguiente, en cosa de lujo. Pero resulta que, a pesar de ello, no ha servido *sólo* al poder y a la riqueza, sino, además, a un espíritu individual y al sentido de la belleza, por lo que logró crear muchas obras grandiosas y extenderse por nuevos sectores de la vida.

Alejandro estuvo en relaciones íntimas con Lisipo y Apeles, y también los diadocos ocuparon a muchos artistas en sus Cortes, llamando a trabajar para ellos incluso a los extranjeros. Al mismo tiempo surgió en ellos el espíritu coleccionista: Tolomeo Filadelfo ya tenía una colección de pinturas de tablas de maestros antiguos; a Evérgetes le mandó Arato a Alejandría pinturas siciónicas, sobre todo de Pánfilo y de Melantio, al objeto de ganarle para sus fines políticos; Atalo de Pérgamo ofreció «100 talentos por una pintura de Arustides», y Nicomedes de Bitinia prometió a los cnidos la cancelación de todas sus deudas de Estado «a cambio de cederle la Afrodita de Praxíteles». Cortes como la de Macedonia y Ambracia (antes residencia de Pirro) fueron encontradas llenas de obras de arte al conquistarlas los romanos. Los diadocos, en tiempos posteriores, practicaron intensamente el robo de obras de arte, y ni los anatemas de los templos (notóse bien: deidades griegas) estaban seguros contra ellos. Se sobreentiende que también los particulares seguirían a los príncipes en su afán de coleccionar tesoros artísticos, dentro de lo que sus medios les permitiesen.[560]

En la pintura se creó entonces aquella decoración de paredes que tenía como centro una pintura sobre tablas incrustadas; se crearon, además, conjuntos homogéneos, e incluso ciclos enteros pintados sobre tablas, como, por ejemplo, se encontraban en el templo de Atenea en Si-

560. Cf. para esto y lo que sigue, Helbig., p. 127 y s., 139, 181 y s.

racusa, desde los tiempos de Agatocles, con representaciones de luchas ecuestres. También hay pintores de pequeñas obras de género, ya que desde Alejandro se dan reproducciones de esta especie, como tiendas de barberos y zapateros por Pireco, las escenas de comedias por Calates,[561] y las figuras de niños y muchachas haciendo coronas de flores por Pausias. Por la ilusión tan grande de realismo que en ellas se ensalzaba, muchas pinturas de este último debieron de haber sido hechas sobre tablas; en la representación del sacrificio de un buey, había, por ejemplo, aplicado una curiosa acortación de líneas, y la cara de la Mete que bebía veíase brillar a través del cristal; por otra parte sabemos que este mismo pintor fue el primero en adornar los cielos rasos con pinturas, y, por lo tanto, al fresco. Esta técnica del fresco volvió a recuperar con el tiempo su situación preponderante para la decoración de paredes, ya que las pinturas de tablas de renombre se prefería guardarlas en pinacotecas propias, elaborándose también con preferencia la pintura al fresco como pieza central en un conjunto de decoración al fresco.

Hemos visto ya[562] cómo por parte de los diadocos y aficionados se solían pagar precios enormes a pintores como Teón y Nicómaco, y también hemos hablado de que algunos príncipes tenían a veces la pretensión de hacerse pasar por peritos o aficionados de las bellas artes;[563] asimismo ricos particulares seguían este ejemplo suyo. Igualmente hemos mencionado[564] que en tiempos

561. Pireco asimismo pintaba animales y bodegones (por ejemplo del género de comestibles). Escenas de comedias también se encuentran en la pintura de los vasos.

562. Tomo III, p. 55.

563. Cf. lo dicho en las p. 413 y 418 sobre Antíoco Epifanes y Atalo III.

564. Tomo III, p. 50, nota 43, y aquí, en p. 203.

de Alejandro el dibujo fue admitido como una de las materias de enseñanza para los muchachos libres; esto ocurrió debido al mérito de la escuela de pintores de Sicione, en cuya severa disciplina reconocían los griegos un elemento pedagógico; ya Aristóteles[565] opinaba que la enseñanza del dibujo era provechosa para formarse un criterio sobre las obras artísticas.

La plástica estaba limitada, hasta hacía poco, a las conocidas obras de la escuela de Rodas, como el Laocoonte, el toro Farnesio, y a las de Pérgamo, como el gladiador moribundo, el galo y su mujer, etc., que denotan el espléndido fomento de las artes por parte de los rodenses y de los príncipes pergaménicos; pero, ¿quién hubiera pensado que se encontraría algo como el friso gigantesco del altar de Pérgamo?[566] Para ser breves, podemos decir que, si en algún sector puede expresarse algo del *dies diem docet*, es aquí precisamente. Lo mismo ocurre respecto a la arquitectura, cuya producción de obras magníficas puede deducirse de los edificios del Imperio romano, que en alto grado dependió de este arte. Desgraciadamente tenemos que contentarnos con aquellas reminiscencias romanas, y tal vez también con las bizantinas y sasánidas y con las descripciones de Vitruvio, para deducir de ellas algo sobre las innovaciones de aquel tiempo respecto a la instalación interior de las habitaciones, salas, etc.; acaso el tiempo nos proveerá de más detalles. Es deplorable que, en vez de disponer de ruinas apreciables y de concisas y exactas descripciones de periegetas sobre los suntuosos edificios de los diadocos y su instalación,[567] tengamos sólo los pasajeros relatos que nos da Ateneo de la

565. Polit., VIII, 3.
566. Cf., respecto a éste, en tomo III, p. 79.
567. Estrabón, por desgracia, lo trata con demasiada brevedad.

pompa de Filadelfo y de Antíoco Epífanes, así como de las tres naves de lujo: el icosoro de Hierón, el teseracónteres y la talamego de Tolomeo Filopátor, y también, de una época anterior, la descripción de la sepultura (πυρά), en la que fue incinerado Hefestión y de la carroza fúnebre del sepelio de Alejandro.[568]

En la pompa de Filadelfo, de la que tenemos que volver a tratar como ejemplo de tales acontecimientos la meta de la gigantesca procesión que atravesaba el estadio[569] era una lujosa tienda colocada en medio del castillo, que contenía en su centro 130 clínas para el banquete de la sociedad cortesana. La decoración de esta tienda tiene que haber sido muy suntuosa, animada e ingeniosa. Entre otras cosas, se veían en su interior, en veinte grutas interrumpidas por ninfeos sobre altos zócalos, simposiones de carácter trágico, cómico y satírico, que aquí por lo visto se representaban con vestidas imágenes de cera en una especie de paisaje montañoso artificial. Aquí debió de haberse expresado la parte ideal de lo griego por medio de una especie de mascarada. La misma pompa, según su carácter esencialmente dionisíaco, era evidentemente una superación, llevada al extremo de lo colosal, de las procesiones festivas griegas, y debía de reunir en sí lo solemne, lo miticodramático y lo carnavalesco, precisamente en este litoral egipcio, en manifiesto contraste con las procesiones (sin duda completamente estables) de la religión egipcia, casi exenta de mitos. A la ca-

568. Cf. sobre la pompa de Filadelfo, Aten., v, 25 y s., y tomo II, p. 200 y s. Sobre la de Epífanes, Aten., v, 22 y s., y aquí, p. 414, nota 490; sobre las naves de Filopátor, Aten., v, 37 y s.; el icosoro de Hierón, v, 40 y s.; la pira de Hefestión, Diodoro, XXVII, 115; la carroza fúnebre y el sepelio de Alejandro, Diodoro, XVIII, 26 y s.

569. En qué relación estaban la procesión y la tienda no se dice en ninguna parte con claridad.

beza de innumerables procesiones iba la del lucero de la mañana, a la que seguían la de los padres del rey (Tolomeo Lago y Berenice) y la de los doce dioses, de tal manera, que a cada dios se le había rodeado de todo su ciclo de mitos por medio de algún procedimiento figurativo; enormes figuras inanimadas aparecían rodeadas de personas vivas, y la pompa dionisíaca propiamente dicha, que seguía a la anterior, representaba al mismo dios con todo su numeroso séquito, seguido de los elementos principales de su mito, y, por fin, un número de símbolos dionisíacos en oro y plata de enorme tamaño, amén de los innumerables envases y enseres de tamaño corriente que eran llevados por miles de personas. Daba principio a las piezas principales la carroza, tirada por 180 hombres, con la imagen gigante de Dionisos bajo una sombrilla, en cuyo séquito iban cuatro clases de bacantes (macedonias, mimalonas, basaridas y lidias) con dagas y serpientes en las manos y el cabello suelto. A continuación venía, tirada por hombres, como todas estas carrozas colosales, la de la Nisa (de la montaña Nisa personificada), cuya figura gigantesca podía levantarse, brindar y volver a sentarse; seguían luego la del lagar con 60 sátiros; otra con una manga enorme, de la cual manaba vino, que también era distribuido desde muchos otros carros; una carroza con una gruta en la que se hallaban Hermes y las Ninfas, de la cual manaba leche, además de vino, y otra con un Dionisos, que figuraba volver de la India, sentado en un elefante, conducido por un satirisco como cornaca; todo ello acompañado de un séquito inmenso de animales, hombres y carros capturados al enemigo, e incluso la colección zoológica del rey. Seguían grupos de Dionisos perseguido por Hera y de Alejandro (quien, como dueño de la India, estaba muy en su lugar aquí) con Tolomeo, además de mujeres, que representa-

ban las antiguas polis grecoasiáticas; todavía seguía una procesión de Zeus y de muchos otros dioses, y la de Alejandro sobre una carroza tirada por elefantes y en medio de Nisa y de Atenea, y luego gigantescos emblemas de dioses (vara de heraldo, raya del relámpago, égida); y para final venía un desfile de todo el ejército, compuesto de 57.600 infantes y 23.200 jinetes. Todo esto, a pesar del loco derroche, es muy significativo, si se piensa en la cara que pondrían los egipcios nacionalistas, que así vieron una exhibición del mito y del arte del pueblo conquistador en sus mayores proporciones. Como de suprema ironía puede considerarse que, a pesar de todo, no existía en la cosmopolita Alejandría un auténtico ambiente dionisíaco, sino seguramente sólo máscaras pagadas por su actuación, pero, en cambio, también estaba muerto el auténtico y religioso antiguo Egipto.

En la investigación se haría sentir, sin duda, rápidamente la ampliación enorme de los horizontes mundiales transformando de mil modos los criterios. En realidad, siempre fueron exiguos en los griegos la tendencia a lo puramente positivo y el afán de crítica, como lo demuestra la posibilidad de haber tantas recopilaciones de «cosas fabulosas» (θαυμάσια); el espíritu fabulista de la nación seguía en pie, y Estrabón, que ya acusa a los antiguos autores Herodoto, Ctesias y Helánico de la mentira divertida, se queja respecto a ello, sobre todo de los historiadores de Alejandro: de los que más había que desconfiar eran Deimaco y Megástenes, porque eran los que relataban la existencia de gentes sin boca ni nariz, de hombres de un solo ojo o de largas piernas y de los que tenían los dedos de los pies por detrás, renovando la fábula homérica de las luchas entre pigmeos y grullas; los pigmeos, según ellos, tenían tres palmos de estatura, contando, además,

de hormigas buscadoras de oro, pancs con cabeza en forma de cuña, serpientes que se tragaban reses y ciervos con cuernos y todo, etc., no obstante lo cual, tales historiógrafos fueron enviados a Palibotra, para Sandrócoto y su hijo Amitrócades.[570] Con igual fantasía, una división de Agatocles descubre en Libia toda una cordillera llena de gatos, pero sin un solo pájaro, y tres ciudades de monos, que, venerados como deidades, vivían en las casas *promiscue* con los hombres, recibiendo los niños nombres de monos.[571] Y todo esto se tenía por posible, dándose crédito a los mentirosos en vez de dárselo al pobre Piteas.

De todos modos, es indudable que también se divulgaron entre los hombres muchos y grandes conocimientos auténticos del mundo, y los griegos fueron y seguían siendo el único pueblo que poseía un interés universal y tenía inclinación a describir y comentar el mundo. A ellos se había unido aquel gran contingente de helenizados de los pueblos sometidos. Entre los famosos filósofos y oradores que Estrabón menciona al hablar de los países correspondientes, muchos pertenecerían a esta clase de hombres, aunque es difícil distinguir entre ellos y los griegos colonizados; sólo escasearon egipcios helenizados hasta tal grado, y Maneto, que dedicó su obra fundamental a Filadelfo, fue durante mucho tiempo el único que escribía en griego sobre las antigüedades de su patria. Los más inclinados hacia el helenismo eran los judíos, siendo el griego su principal medio de expresión, hasta el punto que ciertas clases llegaron a olvidar el idioma hebreo.[572] También un miembro de la casta sacerdotal de Babilo-

570. Estrabón, II, 1, 9, p. 70.
571. Diodoro, XX, 58.
572. Cf. p. 227.

nia como Beroso, pudo tomar parte en la obra recopiladora de los helenos; los restos miserablemente lacerados de su obra son el fundamento imprescindible para la historia de aquellas regiones. Una gran cantidad de sangre bárbara entró en los conocimientos y pensamientos helénicos, dando lugar a una enorme compensación de las fuerzas intelectuales.

Pensemos, sobre todo, en la ampliación extraordinaria de la geografía como ciencia por Eratóstenes (bajo Tolomeo Evérgetes). Los grandes resultados científicos de su obra, que iba acompañada de un mapa del mundo, eran la consecuencia de la conquista de éste por los griegos, con la que había ido paralela su exploración ya en tiempos de Alejandro, en que los dos intrépidos masaliotas emprenden a tal objeto sus viajes: Piteas penetró hasta las islas Shetland (hasta Tule), Eutímenes hasta el Senegal (no tan lejos como el cartaginés Hannón). No hay edificio público en el mundo que pueda colocar en su fachada las estatuas de tales conciudadanos, tal como se hizo en el edificio de la Bolsa de Marsella. También los diadocos hicieron en este sentido grandes y sistemáticos esfuerzos; los Seléucidas mandaron expediciones para explorar el mar Caspio; viajes a Etiopía se emprendieron por encargo de los Tolomeos, así como la empresa de circunnavegar (περίπλους) el mar Rojo por Agatarcides, en la que la fantasía, sin embargo, se encargó otra vez de dar los pormenores de los litorales más lejanos, a los que Agatarcides no había llegado, siendo precisamente en tal expedición en la que se fundan las fábulas posteriores de los sabeos; por último, Evérgetes II (Fiscón) mandó a Eudoxo a la India.

En regiones más cercanas, es decir, en la última órbita griega, se desenvolvían en cierto modo como sucesores de los logógrafos los periegetas, que ilus-

traban las tradiciones monumentales y locales, las epopeyas, los edificios, obras de arte, inscripciones, particularidades del lugar y rarezas. Surgen los viajes cosmopolitas y el anticuario erudito. Así vivía el prototipo que cita Pausanias, Polemón, natural de Tróade, pero avecindado en Atenas (cerca del 200), constantemente viajando; dejó gran número de monografías de las más variadas formas, como enumeraciones, polémicas, cartas, etc.[573] En él puede comprobarse también un interés por la historia del arte, ya que sólo sobre los anatemas de la Acrópolis ateniense escribió cuatro libros, así como otros sobre plásticos (ἀγαλματοποιοί) y pintores.

También se trata en esta época de la dirección y fomento de las ciencias, cosa completamente nueva. Hasta aquella fecha los griegos no habían conocido más que investigadores y coleccionistas aislados, como Demócrito, y sofistas viajando por doquier con sus enseñanzas. Por fin aparecieron las escuelas de los filósofos, que al mismo tiempo eran lugares de reunión para ciertos ramos de la ciencia. Alrededor de un filósofo se agrupaban discípulos, que acogían su doctrina, la revelaban, la difundían y la mantenían viva. A instalaciones fijas, como la Academia y el Liceo peripatético en Atenas, inevitablemente tienen que haberse unido algunas existencias en libros y colecciones.[574] Ahora los griegos estaban bastante adelantados en todo saber para necesitar urgentemente, fuera también de Grecia, institutos fijos, que sus

573. Según Suidas, escribió, por ejemplo, una *Pereigesis* de Ilion κτίσεις de las ciudades de Fócida y sobre su parentesco con los atenienses ατίσεις de las ciudades del Ponto y de las de Lacedemonia, y hasta una *Kosmique periegesis o geographia.*

574. ¿Hasta qué punto ocurriría lo mismo también con los templos?

polis tempestuosas y unidas en un proceso de decadencia no les podía facilitar. En tales polis, el sabio tuvo que substraerse del Estado mediante una pugna violenta, lo que no le era necesario ya en los Estados diadocos. La situación era distinta sólo respecto a los filósofos, en cuanto que ellos podían mejorar a los hombres o bien representar alguna doctrina política; los investigadores, en cambio, no anhelaban más que poder investigar o recopilar con tranquilidad; era, pues, posible una sabiduría completamente apartada del mundo, como la de Arquímedes.[575] Los príncipes fomentaron a su vez el saber, bien simplemente consintiéndolo o bien por medio de un mecenismo directo, que aunque no puede causar el florecimiento de obras maestras de la literatura, en cambio, muy bien puede hacer posibles grandes investigaciones y descubrimientos científicos. Mientras que la fuerza motriz de los griegos anteriores, en la literatura como en las demás cosas, había sido sobre todo el agón, ahora más bien se trataba de realizar una sólida labor científica y repartirse esta tarea.

No podemos por menos, en este conjunto, de acordarnos de Alejandría.[576] Esta ciudad estaba situada (siempre que pueda incluirse también a Roma y a Italia) en el centro del actual mundo helenista; asegurada contra conquistas como ninguna de las Antioquías o Seleucias, estando en este aspecto de seguridad en situación contraria a la de Macedonia. Además, Egipto era un lugar donde desde muy antiguo se cultivaba el saber y el coleccionismo. Bibliotecas existían ya bajo los antiguos Faraones, y la de Osimandias había llevado la inscripción de «Sanatorio para intelecto» (ψυχῆς ἰατρεῖον), y también hay que tener en consideración el

575. Cf. Plut., *Marc.*, 14-19.
576. En este párrafo varias veces es citado el *Essai historique sur l'École d'Alexandrie*, de Matter.

criterio y las dotes de los primeros Tolomeos. Aunque Lago sólo había sido un vulgar guerrero, su hijo es luego el más culto e ingenioso de todos los diadocos, y entre otras cosas, el que, como compañero de Alejandro, ha dejado en su Diario (empleado por Arriano) los documentos más importantes sobre el gran rey. Teniendo el íntimo sentimiento de que como hombre y como príncipe necesitaba las importantes fuerzas intelectuales de los griegos, no sólo obsequiaba a los sabios que acudían allí, sino a los que no podía retener en Alejandría por ser extranjeros. Durante su estancia en Grecia ronda a los filósofos (es decir, a sabios en general y hombres de ciencia, porque el sistema sería probablemente el que menos le interesaba) y sostiene correspondencia con Teofrasto, que no quiso ir con él (como tampoco Menandro ni Filemón). Su hijo Filadelfo más bien favoreció la poesía que la filosofía, pero, aun así, era discípulo del filósofo Estratón, y personalmente naturalista y botánico celoso, así como fundador de una gran colección zoológica.[577] No se sabe si es el padre o el hijo quien más mérito tiene en la fundación de aquel instituto que se llamó el Museo y que dio tanta fama a la ciudad.

Era una parte del palacio de Bruquión, llamada así por un santuario de las Musas que había en él. Aquí alojaba ya el primer Tolomeo a hombres de ciencia, y trajo con grandes gastos, libros para ellos de Grecia, Asia y África. Filadelfo siguió adquiriendo libros en Rodas y Atenas, y compró, entre otras, la Biblioteca de Aristóteles; en su inclinación hacia lo poético fundó también juegos apolíneos con agón dramático, aunque parece que la importancia poética de Alejandría, una vez pasada la Era de la Pléyade trágica, de Teócrito y

577. Cf. Cless, en *Pauly*, VI, 199.

de Calímaco, pronto llegó a su fin, mientras que la científica se mantuvo durante mucho tiempo. De todos modos, vivieron y estudiaron en el Museo, durante siglos, filósofos, poetas y hombres de ciencia, que gozaban de alguna dote, comiendo juntos, según el testimonio de Estrabón,[578] y paseándose en una plaza común (περίπατος).

El burlón Timón, refiriéndose a ellos, dijo lo siguiente en sus sillos:

> Muchos se nutren en el hervidero de pueblos que es Egipto, como garrapateadores de libros, causando grandes disputas allá en la jaula de las Musas.

comparando así el instituto donde se reunían con una jaula de pájaros.[579] Probablemente estarían inspirados por Demetrio de Falero, cuyo consejo siguieron al fundarlo según el modelo de la escuela peripatética de Atenas.[580]

Alejandría era, pues, la sede de los hombres de ciencia de la Grecia de entonces y de las regiones por donde vivían dispersos los griegos, desde la Rusia Meridional hasta Mesopotamia, y desde aquí al extremo Oeste. Pero en cuanto se quiere penetrar en detalles sobre la organización del Museo, muchas cosas quedan en la obscuridad. Ni siquiera sabemos cómo fueron nombrados sus miembros, y sí sólo que por orden del rey fue uno separado de su cargo de catedrático por enseñar doctrinas demasiado críticas; se trató, por cierto, del curioso pesimista cirenaico Hegesias (el Πεισιθάνατος) que instigaba a sus discípulos a suicidarse.

578. Estrabón, XVII, 1, 8, p. 793 y s. Él y Filóstrato, *Vit. soph.* emplean las expresiones
579. En Aten., I, 41.
580. Baumstark, en *Pauly*, V, p. 273.

No se nos dice si era el prefecto del conjunto, el sacerdote de las Musas y cómo lo era; sólo existen hipótesis respecto al importe de la dotación en total y de la paga en particular, sobre el reparto de los trabajos, si éstos se comunicaban en lecturas o si se disputaban por discusión, si se efectuaba alguna enseñanza y hasta qué punto fue prescrita. Además, puede dudarse que todo lo que se suele llamar «Escuela Alejandrina» haya pertenecido realmente al Museo, porque muchos pueden haber trabajado en la biblioteca, aun sin tener dotación o empleo, viviendo en la ciudad fuera del Museo y enseñando en ella; de qué vivían éstos no nos incumbe averiguarlo. Esta escuela fue de todos modos un conjunto multiforme. En la filosofía, por ejemplo, estaban representadas aquí las distintas sectas sin exclusividad alguna. Hubo platónicos, aristotélicos y estoicos alejandrinos, y las ciencias especulativas todavía eran la parte menos esencial de la escuela; la concurrencia a los estudios geométricos, astronómicos, geográficos, médicos y gramáticos habrá sido a menudo más importante.

En el palacio Bruquión, hacia la puerta Canópica, probablemente en el mismo Museo o en su proximidad, estaba la Biblioteca, en cuya fundación, como ya hemos dicho, debieron de tener el mayor mérito los dos primeros Tolomeos; también la presencia de Demetrio de Falero, cualquiera que sea su influencia sobre ellos, debe tenerse en cuenta por partenecer a los reinados de ambos reyes. Respecto a los principios según los cuales se verificaban las colecciones, es probable que primero se traería de la literatura griega todo lo que fuera digno de conservarse, lo que era relativamente fácil de conseguir en Grecia y Sicilia, que estaban empobrecidas. Otro testimonio, que puede referirse a los griegos y a los monumentos de los países conquistados por los dia-

docos, es el de Epifanio, según el cual Filadelfo escribió a los *reyes* rogándoles que mandasen (probablemente en copias) todo lo que en sus países existiese en obras de poetas, logógrafos, oradores, sofistas, médicos, medicosofistas, historiógrafos, etc. Una vaga afirmación que hallamos en Sincelo pretende, además, que el mismo rey mandó traducir al griego las escrituras sagradas de los caldeos, egipcios y romanos, lo que no debe interpretarse como si realmente hubiese existido un interés por la literatura de los bárbaros en general. La Septuaginta judía puede haber sido redactada con la participación del gobierno, pues tenía la finalidad práctica de servir a los judíos que habían olvidado su idioma propio. Los libros que formaban el tesoro literario del antiguo Egipto parece ser que se dejaban en los templos de la nación.[581] Desde luego, se coleccionaba muy sistemáticamente y fue reunida una cantidad enorme de libros,[582] así que, cuando empezaba a faltar sitio, tuvo que ser instalada otra biblioteca bajo los últimos Tolomeos, en o cerca del Serapeo.

Veamos ahora las tendencias generales de la Escuela Alejandrina. En vista de los muchos polígrafos, que siempre suelen causar ciertos prejuicios, se tenía antes a los alejandrinos por meros comentaristas o compiladores, y precursores de los bizantinos, se les reprochaba los *jeux d'sprit* que, de vez en cuando, se permitían,

581. Matter dice, en I, 109, que Filadelfo se había impuesto un sacrificio «en ne réclamant point pour sa bibliothèque des trésors qu'il pouvait regarder comme sa conquête», y que ya su padre había hecho lo mismo. Maneto (cf. p. 456), como sacerdote egipcio difícilmente pertenecería al Museo.

582. Oscilan las noticias sobre el número de rollos de esta colección, destruida en la guerra alejandrina de César; a mediados del siglo III decíase que existían más de medio millón, puesto que podían ser de diámetro muy reducido; puede considerarse posible que sean cifras exageradas.

como si fuera algo corriente en ellos, juzgándoseles con dureza por su último producto: el neoplatonismo y sus abusos. Sin embargo, fomentaron todas las ciencias en *las* que se ocuparon, *creando algunas nuevas y* elevando otras a la altura que luego conservaron hasta llegar a los tiempos de la Europa moderna, especialmente las ramas, hasta entonces poco fomentadas por los demás griegos, de la anatomía y astronomía científica y algunas disciplinas matemáticas y de ciencias naturales. También los meros compiladores eran de importancia inapreciable, tratándose de gente ingeniosa, que tal vez abarcasen con su espíritu todo un sector completo en su desarrollo histórico. Por este procedimiento consiguió Calímaco con sus *Tablas* (πίνακες τῶν εν πάσῃ παιδεία διαλαμψάντων καὶ ὧν συνέγραψαν) una historia de la literatura en 120 libros, en los que se trataba, en un compendio completo y ordenado, de las distintas clases de poetas trágicos y cómicos, rétores, legisladores, etc.; el mismo autor parece haber descrito, en una obra titulada *Museión,* la historia de esta institución hasta sus tiempos. De Alejandría era también el citado (p. 458) periegeta Polemón, que por otra parte sólo es concebible en una época en que reine la seguridad necesaria para poder dedicarse a las colecciones y compilaciones. Puede achacarse muy bien a la poligrafía el que la mayor parte de lo que legó no fuera otra cosa que compilaciones de temas según su contenido y a menudo bastante carentes de sentido crítico,[583] si bien hay que tener en cuenta que aquí se

583. Calímaco, por ejemplo, escribía sobre maravillas mundiales de toda clase, recuerdos históricos, agones, costumbres de los bárbaros (ojalá tuviésemos todavía esta obra), sobre la colonización de islas y fundaciones de ciudades, además de una obra sobre la denominación de vientos, peces, aves y meses en los distintos pueblos.

trata, igual que al comienzo del Renacimiento, de un sistema intermedio entre una recopilación especial y un tratado general, y que, como compendio, era completamente indispensable en aquellos tiempos.

Para la Historia, en el sentido más escueto de la palabra, poco hizo la escuela alejandrina, a pesar de que, como hemos dicho, el primer Tolomeo había dejado en sus *Memorias* quizás una de las más importantes obras históricas. Pero tampoco puede esperarse que Alejandría se encargase de ser el cronista del mundo entero; sólo la Grecia libre dio aún vida, aunque en la época de su mayor desarticulación, a un Polibio. En cambio, allí se hizo muchísimo (como también fuera de Alejandría) en favor de las antigüedades, a las que bien podía dedicarse el interés general que había por coleccionar y conservar, lo que no deja de tener sus méritos También había trabajos biográficos muy útiles de los recopiladores correspondientes a los que se solía considerar como filólogos y gramáticos, y tenía esta escuela un mérito positivo por su ordenación de los tiempos mediante una cronología general. En fin, como fruto a todas luces importante de tales tiempos, tenemos los compendios de la historia de ciertas ciencias, y así, por ejemplo, Erastótenes, creador de la cronología, hacía en su *Geografía* una historia de las ciencias geográficas.

No exenta de la obligatoriedad de la enseñanza y de arbitrariedades, pero en general muy útil, era sin duda la actuación examinatoria de textos por parte de gramáticos y filólogos, cuyo objeto principal, el garantizar el texto homérico, constituye por sí un mérito para Aristarco. A ello se unía una fuerte actividad exegética y clasificadora, se parafraseaban los antiguos poetas y prosistas, examinando las obras en conjunto y en párrafos aislados; debatíase sobre ellos, según

parece, de palabra, y se agudizaba de este modo el instinto de la dicción de obras anteriores;[584] también las producciones propias, fueran poéticas o científicas, de un Euclides, Eratóstenes, Aristarco y también de Calímaco y de Licofrón fueron comentadas con el tiempo por la escuela. A ella se debe el concepto de clasicismo, ya que sobre la base de Calímaco, sobre todo Aristófanes de Bizancio y Aristarco, eligieron un cierto número de autores como los que especialmente debían darse a conocer. No cabe duda que en la constitución de tal canon mucho que para nosotros sería aún de gran importancia fue eliminado. La selección hecha aquí de los épicos, yambógrafos, líricos, trágicos y poetas de la comedia antigua, media y nueva, oradores, historiadores y filósofos, es la que ha perdurado en los tiempos posteriores a la Antigüedad. La literatura griega había encontrado un lugar donde se la honraba. Lo que aquí era recomendado, por ejemplo, los tres grandes trágicos y los diez oradores áticos, se leía por los helenistas cultos, y en particular por los romanos, que hicieron copias para ellos y, por lo tanto, fueron luego conservados para nosotros.

En fin, los gramáticos escribieron también obras teóricas sobre la gramática griega, y diccionarios, tanto especiales como generales (λέξεις κωμικων, συναγωγαὶ λέξεων πσῶν), etc. Estas obras tenían que ser de capital importancia en una ciudad tan heterogénea como Alejandría, donde de hecho —como en general ocurría en los países diadocos— tiene que haber predominado un dialecto macedónico, y donde quizá también llamaría la atención el helenismo judío, que surgía en la cercanía

584. De esta actividad constante de los gramáticos se burla Heródico (en Aten., v, 65), llamándoles gente confusa, οἷσι μέμηλε τὸ σφίν καὶ σφῶιν καὶ τὸ μὶν ἠδὲ τὸ νίν.

docta de los gramáticos, con su dejadez y sus giros orientales. Frente a ellos mantenían el idioma común, libre de dialectos (κοινήν), que se basaba principalmente en el aticismo.

Como una auténtica señal de buen gusto puede considerarse que la oratoria epidíctica, que pronto se convirtió casi en la única admitida (porque Aristóteles llegó con su *Retórica* cuando ya casi no valía la pena hablar), no logró arraigar en Alejandría, por lo menos en el Museo, mientras que en otras partes, gracias a su elegancia de dicción, su fingida fogosidad en la recitación y demás caracteres declamatorios, se propagó rápidamente. Esta tarea se abandonó, pues, a las escuelas de oradores de Rodas y de Apolonia, aunque, en cambio, se dedicaron en Alejandría a la actuación teórica de la elocuencia, rama importante desde Aristóteles, ejercida también por los estoicos, si bien se limitaron a admitir allí sólo algunos tratados sobre el arte de hablar.

La *Filosofía* conservaba en Atenas su sede principal y también varios alejandrinos acudieron allí para oír a Zenón y a Epicuro. Los filósofos que llegaron a enseñar en el Museo no fueron de los mejores ni aun bajo los primeros Tolomeos: el ateo Teodoro, el ya mencionado pesimista Hegesias, el epicúreo Colotes, el materialista Estratón, y luego, poco a poco, filósofos de todas las escuelas. Predominaban los peripatéticos, entre los que ya en el siglo II encontramos a un judío, Aristóbulo. En general puede decirse que sólo por estos hombres las oleadas de los demás movimientos del espíritu griego llegaron al reino tolomeo.

En las *ciencias naturales descriptivas*, con Teofrasto y su discípulo Estratón, desapareció entre los griegos, en general, la verdadera investigación. Seguían comentando a Teofrasto y a su preceptor, Aristóteles, de-

dicándose, sobre todo en la fauna, a los «fenómenos fabulosos», y parece ser que en general estaban demasiado apegados a la predilección por la causalidad falsa o mítica a la ilusión, así que con singular preferencia solían ocuparse en las fuerzas mágicas de piedras y plantas. En cambio, la *Medicina,* que tiene en Egipto una famosa tradición desde la más remota antigüedad, debe verdaderos progresos a Alejandría. Herófilo y Erasístrato persuadieron a los Tolomeos que permitiesen las autopsias de cuerpos humanos, y lograron incluso obtener que con su ejemplo sancionasen tales investigaciones, condenadas hasta entonces por el prejuicio;[585] también la *Terapéutica* fue enriquecida con nuevos medicamentos, existiendo gran número de médicos y produciéndose incluso especialistas, como ya los hubo en Egipto antiguo.

Pero la actividad científica más importante de Alejandría eran las *Matemáticas,* en las que probablemente poco o nada se debía a la tradición egipcia. Euclides, de quien nos quedará la duda de si fue oriundo de Sicilia, Siria o Egipto, y que seguramente ya en tiempos de Tolomeo Lago vivía en Alejandría,[586] es por sus *Elementos,*[587] y aunque haya copiado mucho de los investigadores anteriores, el iniciador de nuestras modernas matemáticas; su discípulo Apolonio de Perga escribió sobre las secciones cónicas. De los *mecánicos,* el más importante, Arquímedes, vivía por cierto en Siracusa, pero también en Alejandría puede presentar los nombres famosos de Ctesibio y Herón. En la *teoría musical*

585. Sin embargo, aún creían que la sangre sólo corría por las venas, y que las arterias servían únicamente para dar paso al aire que recibían del pulmón.

586. Él le dijo que no existía ninguna «vía regia» hacia las Matemáticas.

587. Los primeros libros son de aritmética y geometría, el décimo sobre la teoría de lo inconmensurable.

fue muy apreciado un discípulo de Aristóteles, Aristóxeno, que, en vez de basarla en las cifras pitagóricas, lo hizo en el oído. En la *Astronomía* (en la que tampoco conviene atribuir demasiado valor a los méritos egipcios),[588] Aristarco de Samos volvió a descubrir el movimiento de la Tierra alrededor del Sol, que Pitágoras había previsto, pero que Aristóteles había impugnado después; posteriormente, el gran Hiparco proyectaba también un catálogo de astros y construyó una esfera en la que todas las estrellas fijas estaban indicadas, la cual más tarde pudo invocar Ptolomeo, para demostrar que la distancia de ellas, entre tanto, no se había alterado. También en los alejandrinos la Astrología y demás supersticiones se relacionaban con la Astronomía: la predilección de los helenos por lo mítico e ilusorio no pudo ser destruido de un solo golpe, y los mismos hombres de ciencia creyeron a veces en tales cosas. Pero, ¡qué importancia tiene esto frente al mayor descubrimiento que jamás hiciera el género humano! A pesar de todos sus errores y desviaciones, Alejandría ha obsequiado al mundo con una investigación inmensa.

También se fomentaron las ciencias fuera del Estado tolomeo. Se sabe de varios diadocos que se rodearon de filósofos, y, además, que las bibliotecas se hicieron absolutamente imprescindibles como base la más segura para el pensamiento y conocimientos griegos en tierras lejanas. Pero aunque el depósito existente fuera trasladado a Oriente, hubo de todas formas pocos institutos verdaderos al estilo del Museo alejandrino.

Lo más análogo de éste, aunque relativamente tarde, se encuentra en el reino pergameno, bajo Eumenes II

588. Euxodo la conocía, pero juzgando por lo que Arato suponía que era no pueden haber sido más que algunos conocimientos poco profundos. Cf. Matter, II, 89 y s.

(197-159).[589] En su Corte vivía el gramático y gran crítico de Homero, Crates de Malo, jefe de una secta particular, frente al Aristarco alejandrino, el cual hizo florecer aquí, particularmente, el estudio de la epopeya antigua. También el poeta Museo de Éfeso, algunos médicos célebres y probablemente los historiadores Menandro, Artemón y otros más se encontraron allí. Además, fue llevada a su auge por Eumenes la biblioteca fundada ya por Atalo I. Como se sabe, se oponía a la prohibición de exportar papiro de Egipto, procurando la envidiosa Alejandría impedir el aumento de la biblioteca, la industria del pergamino, que además era la continuación de un antiguo aprovechamiento de las pieles de animales, en Oriente. Quiso el destino que esta biblioteca, que —según dicen— alcanzó 200.000 rollos, tuviera la suerte de llegar a Alejandría, y Antonio la regaló (los romanos hasta entonces no la habían tocado) a Cleopatra, después de lo cual seguramente sería considerada en Alejandría como sustituta de la biblioteca incinerada del Museo.

Del reino seléucida sólo se conocen detalles casuales y aislados. Así se sabe que el polígrafo y poeta Euforión de Calcis, sabio prestigioso, fue nombrado director —desgraciadamente no se dice dónde[590]— de una biblioteca pública.[591] Además, se nos sorprende con la afirmación de que los habitantes de Tarsos manifestaron un afán particular por la filosofía y la instrucción en general, de tal modo, que aventajarían a Atenas, Alejandría y todas las demás ciudades famosas por su elocuencia y filosofía. Lo que aquí sorprende es que los

589. *Cf.*, sobre Pérgamo, Krafft, en *Pauly*, III, p. 277. Cf. al mismo autor, en *Pauly*, sobre los escritos de Atalo I, de temas de historia natural. (*Pauly*, 1, p. 929.)
590. Westermann, *Biogr.*, p. 73.
591. Estrabón, XIV, 5, p. 673.

amigos de la ciencia son todos gente de aquella ciudad, que viajaban por tierras lejanas, quedándose en su mayoría fuera, al contrario de otras ciudades, a las que acuden de fuera y donde luego se quedan (Alejandría, por cierto, tenía ambas cosas: admitió muchos extraños y mandó no pocos de los suyos). Estrabón conoció gran número de sabios társicos de varias disciplinas, y afirma que Roma estaba llena de tarsios; pero ni aun esto permite la conclusión de que haya existido en Tarsos efectivamente un instituto. Nos gustaría saber detalles más concisos acerca de la Escuela médica de Esmirna, que, según dicen, había fundado Erasístrato, aquel médico de Seleuco que adivinó la causa de la enfermedad de Antíoco, pero que pasó la mayor parte de su vida posterior en Alejandría.

Hierón II de Siracusa tenía con él a su pariente y amigo Arquímedes, que le construía sus máquinas ofensivas y defensivas para los asedios, así como el famoso navío gigante. También tenía a su alrededor poetas como Arquimelos, cuyos epigramas sobre la nave recompensaría liberalmente, y Teócrito, que sin duda tampoco quedaría mal retribuido.

De los Antigónidas no puede esperarse hayan creado en su reino centros de estudios; se hallaban en exceso ocupados políticamente, además que la misma Grecia estaba demasiado cercana. De todos modos, algunos de ellos tuvieron trato con gente erudita y culta, y por orden de Antígono Gonatas, que se había hecho amigo de lo intelectual, el cilicio Arato, que había impresionado al rey por su himno a Pan, puso en versos en sus *Phainomena* el *Katoptron*, de Euxido de Cnidos.[592] El

592. Cf. las βίοι de Arato en Westermann, p. 53 y 58. Entre sus demás escritos figuran también títulos de poemas sobre el mismo rey y la reina Fila.

mismo rey tenía también en su Corte al poeta de *Tebais*, Antágoras de Rodas, y al etolio Alejandro, y procuraba reunir a su alrededor «muchos de los cultos».

Tócanos aún hablar de la *Poesía* en esta época. Si nos preguntásemos simplemente lo que por impulso natural y voluntario hubiera brotado del solar alejandrino diríamos que, dada la población de esta ciudad cosmopolita, conglomerado de todas las partes del mundo, hubiera sido tal vez la sátira o el yambo más malicioso su producto natural, ya que los alejandrinos tenían fama de poseer las lenguas más maliciosas que pudieran encontrarse en toda la redondez del Globo, y, efectivamente, prosperó gente del talante de un Sotades, que se sostuvo en auge hasta que Tolomeo Filadelfo se hartó de sus excesos.[593] Luego pudiera haberse producido alguna forma degenerada de la comedia nueva o de la farsa, y, por fin, se crearía la novela, que más adelante, efectivamente, prosperaba en Egipto.

Y es que los Tolomeos también deseaban tener en su país un florecimiento de la literatura; por ello en Alejandría empezaron a ser imitadas todas las antiguas especies literarias, sin que lo así conseguido lograse tener fuerza vital alguna. Sólo una vez se extravió, como por una feliz casualidad, un verdadero poeta a esta ciudad. Teócrito (sea natural de Sicilia o de Cos), era un poeta que escribía por imperativo interior; sus idilios son, en parte, tan inmediatos y de una sencillez tan graciosa, que conmueven involuntariamente; con su modo de pensar tan encantador y tan infinitamente vivo para presentárnoslo todo, son sus escritos el documento principal de la curiosidad ansiosa del hombre de la ciudad por la Naturaleza[594] y las relaciones

593. Cf. p. 282, 446, nota 551.
594. Cf. tomo III, p. 161 y s., y aquí, p. 449.

sencillas de la vida. Pero Teócrito forma una excepción. Todo lo demás, creado en tragedias, epopeyas, etc., al menos lo que nosotros conocemos, fue mera pompa cortesana o trabajos eruditos académicos.

Para sustituir al agón natural de la auténtica vida griega fundó Filadelfo uno artificial para el teatro, que probablemente había construido ya su padre. Para ello disponía de un conjunto de siete astros de la intelectualidad (Homero *el Menor,* Sosíteo, Alejandro de Pleurón, Filisco, Dionisíades, Licofrón y Eantides, o, según otros, Sosífanes). Éstos competían en las fiestas apolíneas y dionisíacas (o en ambas), y, de todos modos, fueron repartidos premios entre los vencedores.[595]

Según los títulos de las obras que se han conservado (sobre todo las de Licofrón) fueron representados también, y ello es curioso, además de las míticas, asuntos históricos: *Los maratonios, Los casandrios* (es decir, según Niebuhr, los sufrimientos de éstos bajo su tirano Apolodoro), *Los aliados,* de Filisco, y también un *Temístocles.* Algunos poetas parecen haber sido bastante fecundos, según las cifras que se mencionan de sus obras, y también probablemente se compondría ahora de un modo tetralógico. Sobre el lujo con que estaría instalado todo puede juzgarse por la pompa de Filadelfo, que glorificaba principalmente lo dionisíaco, pero, en cambio, lo que faltaría por completo es el gran fondo religioso y político del teatro ático. Es difícil juzgar una literatura de la cual todo se ha perdido, pero si se tiene en cuenta que Calímaco y Apolonio, con sus obras de tan relativa calidad como las que conocemos, obtuvieron una gran fama académica y fueron muy comentados, se impone la conclusión lógica de que tam-

595. Cf. Teócrito, XVII, 112 y s., donde Διονύσου ἀγῶνες sin duda significa el drama.

poco el drama alejandrino logró salir de este bajo nivel. De los cómicos (entre los cuales Macón de Sicione era el más famoso) ninguno alcanzó fama considerable, y también es muy probable que,[596] después de un corto lapso de tiempo de extraordinario auge, la tragedia, si no repentinamente, se fuera hundiendo poco a poco sin remedio.

Además de los trágicos, se conocieron un número de poetas que, al menos por cierto tiempo (algunos incluso la principal parte de su vida), vivieron en Alejandría; entre ellos encontramos a Calímaco, Arato, Nicandro, Apolonio y también Teócrito. Ya hemos hablado anteriormente de estos poetas;[597] sólo queremos recordar aquí cómo se revela en Calímaco la Era ya no verdaderamente poética, sino más bien literaria, en que él cultiva toda clase de especies literarias. Excepción hecha del sinnúmero de obras que escribía en prosa, produjo, en forma elegíaca, los cuatro libros de los *Orígenes* (*Αἴτια*), un trabajo de carácter arcaico, en el cual, como Ovidio en *Los fastos*, escribía sobre el origen de varias instituciones, etc.; tenía, además, un poema elegíaco narrador, la *Hecale;* la invectiva *Ibis*, dirigida contra el rival poético Apolonio de Rodas; muchos epigramas, de los que cerca de ochenta se han conservado, al igual que sus seis himnos, más, luego, yambos, canciones y, según un testimonio que se pone en duda, hasta dramas satíricos, comedias y tragedias.[598] También aquí ha de lucharse contra la rara fatalidad de que lo más importante que creara este poeta tene-

596. Welcker, *Griech. Trag.*, III, 1.238 y s., 1.269.
597. Sobre los himnos de Calímaco, cf. el tomo III, p. 159 y s.; sobre sus elegías, p. 225; sobre Arato y Nicandro, p. 179; sobre Apolonio, p. 149 y s.
598. Suidas dice claramente: οὕτω γέγονεν ἐπιμελέστατος ὡς γράψαι ποιήματα εἰς πᾶν μέτρον.

mos que reconstruirlo de fragmentos, notas literarias y presuntas imitaciones romanas; respecto a estas últimas, Catulo, por cierto, ha traducido en su *Coma Berenices* un poema de Calímaco, y seguramente, como también los elegíacos posteriores, debió de imitarle en lo demás; pero lo que la elegía romana, con sus bellezas eternas, debe a la alejandrina, es cosa que nadie puede probarlo detalladamente. En las obras alejandrinas eran casi nulas las sensaciones íntimas del alma; en cambio, estudiaban a todos los escritores y poetas anteriores y las leyes de su actuación; aprendieron de todo lo que había existido e imitaron con mucho cuidado las figuras literarias, de forma que la erudición y la habilidad eran ahora las sustitutas de la anterior poesía verdadera.

Los poetas abundaban tanto en Alejandría que seguramente se criticarían con encono, pero siempre por minucias. Ya hora llega un poeta de Calcis, que se había prometido elaborar para los colegas del Museo una cocción tan difícil y rebuscada que tendrían buena ocasión para romperse la cabeza con su discusión; se trataba de Licofrón con su odiosa *Casandra,*[599] un poeta que sólo para aparentar erudición calla el nombre de quien habla, sustituyéndolo por los mitos más desconocidos,[600] o que emplea en vez de las palabras usuales las más raras,[601] formando nuevos compuestos artifi-

599. *Casandra* se distingue claramente por Suidas de las obras épicas de Licofrón. Su «carácter artificial, que llega hasta lo burlesco», se explica por la imitación del estilo de los oráculos. Hay interpolaciones en el poema que se refieren a sucesos romanos.

600. Esta costumbre de parafrasear los nombres la han considerado los poetas romanos como algo particularmente agradable, y de buen grado dejaban al lector margen para adivinar. Así Silio Itálico, XIII, 3, llama a Aníbal Dux Agenorius, porque Agenor, padre de Cadmo, había sido antes rey de Fenicia, y porque Cartago era colonia fenicia.

601. Por ejemplo, κέλωρ, ἶνις, ἄμναμος, φίτυμα por υἱός.

ciales; la escuela cayó en la trampa y empezó a escribir comentarios sobre su obra.

Licofrón es el peor de estos filólogos y gramáticos poetastros, pero su rebuscado amaneramiento se encuentra también en Apolonio y Calímaco. Si en estos poetas se busca lo natural, lo más probable es encontrarlo en el epigrama. Era en todo una época para transformar lo tradicional a formas graciosas, y, por lo tanto, especialmente apta para el poema alegórico ingenioso y de bellos giros; aunque había bastantes autores que trataban de cosas vanas y rebuscadas,[602] también los había que nos ofrecieron muchas pruebas primorosas de esta forma, tan abierta a todos los sujetos y a todas las clases de ingenio, incluso del propio Calímaco. Florecían, sobre todo, el epigrama anatemático, escóptico, erótico y simpósico, y como este poema corto es fácil de coleccionar, probablemente hubo muy pronto colecciones de ellos. *La corona,* recopilada en el siglo I a. de J. C. por el cínico Meleagro, es una de las que se han conservado hasta nuestros días.

Todavía faltaba en tiempos de los diadocos la novela, quizá porque los altos precios del papiro no permitían se llegara a la lectura en masa, a la producción industrial y editorial en grandes proporciones para una muchedumbre de lectores. Como sustituto puede tal vez considerarse aquella descripción de los sentimientos del alma, tal como la emplea Apolonio[603] en su *Medea,*

602. El epigrama alejandrino trata de joyas y primores de los reyes a las que ensalza, así como de otras cosas más, por ejemplo, de la cuerna (ῥυτον) elaborada por el mecánico Ctesibio. Aten., XI, 97. También son ya de esta época los poemas que, según se escriben, toman la forma de altares, siringas, huevos, alas, hachas, etc. Asimismo demostraban habilidad en hacer anagramas, y Licofrón hacía, por ejemplo, de Πτολεμαῖος; ἀπὸ μέλιτος y de 'Αρσινόη; ἴον Ηρας.

603. Brevemente recordaremos a otro poeta épico, al autor de la *Meseniaca,* Riano de Creta, al que conocemos

más bien de carárter estático que épico e impulsivo; también estaba de moda la preponderancia de lo descriptivo, que anteriormente, en Homero, aparecía en perfecto equilibrio con lo narrativo, pero que ahora empieza a presentarse con pretensiones propias, ya que con la disminución del vigor poético se ha perdido la relación adecuada entre ambos. Como especie estilística en prosa sólo tenemos de esta época la epistolografía, tanto la auténticamente aparecida bajo el propio nombre, como la atribuida poéticamente a grandes o famosos hombres de tiempos pasados (Fálaris, Temístocles, Eurípides, los socráticos, etc.).[604]

Respecto a la poesía no alejandrina, su conservación desde el siglo IV y la posición que tomase frente a la vida, hay que reconocer que no tuvo grandes variaciones, porque el cambio más importante, el apartarse de los grandes prototipos poéticos, o bien la inferioridad de lo que aún se producía en ellos, en las grandes obras épicas, lírica grande y tragedia, ya se había efectuado en aquel siglo, y el alto desarrollo de la nueva comedia no tiene nada que ver con la transformación del mundo por Alejandro; así, podemos decir que la poesía siguió con su ropaje y presunciones puramente áticas, y sólo muy raramente algún poeta importante buscaba su escenario fuera de la antigua Grecia. A las inclinaciones eruditas del tiempo salió al encuentro la didáctica de

indirectamente por Pausanias, y directamente por un fragmento conservado por Estobeo. Probablemente no vivía en Alejandría, aunque adoptaba el estilo de su escuela. Cf. tomo III, p. 148.

604. Cf. las obras de Platón, de Müller y Steinhart, VIII, p. 279 y s., respecto a las trece cartas de Platón, algunas de las cuales quizá constituirían precisamente un estado transitorio, siendo atribuidas a discípulos directos de Platón (la carta séptima fue considerada como auténtica por Burkhardt). Cf. tomo I, p. 361, nota 4.

un Arato y un Nicandro, para los cuales nos remitimos a lo anteriormente dicho.[605] Es curioso comprobar, al ver las obras poéticas de entonces, la gran diferencia existente entre la poesía y las artes figurativas; mientras éstas avanzan en su camino con extraordinario vigor, parece que pesa una maldición sobre toda la creación literaria.

El teatro, sin embargo, seguía manteniendo su gran popularidad. Todavía en agones se representaban, en Atenas y otras partes, tragedias viejas y nuevas,[606] y aun cuando los poetas de estas últimas no lograsen verdadera fama (tan poca o aún menos que los de la Pléyade alejandrina), sin embargo, ello supuso la implantación de la tragedia en Roma, y el efecto que lograron hacer allí un Accio, Pacuvio, etc., demuestra aún la enorme fuerza vital de las formas dramáticas griegas. Como ya hemos dicho,[607] los τεχνυτης dionisíacos, es decir, los actores, son los precursores más eficaces de la cultura helenista en todo el mundo, y nadie como ellos contribuyó tanto a la rápida helenización del Oriente; es más, probablemente sería el teatro el elemento que, como ningún otro, unía a los griegos en tierras lejanas y el que atraía a los orientales. Casi todos los ejércitos iban acompañados por actores; la farándula dionisíaca ya había acompañado a Alejandro, y tal costumbre la consideraban los generales como imprescindible siempre que el lugar y los medios lo permitían.[608] Antígono

605. Tomo III, p. 179.
606. Sobre la agonía de la tragedia griega, cf. la exposición detallada hipotética de Welker en el tomo III de *Griech.. Trag.*
607. Cf. tomo III, p. 393 y s., y aquí, p. 19.
608. Puede pensarse aquí también, en la instrucción del 21 de agosto de 1799, que Napoleón dejó a Kleber, donde promete mandarle la «troupe de comédiens» pedida hacía mucho a Francia, justificándolo de la siguiente manera:

convocó el personal para un agón gigantesco en Antigonia, y cuando la fiesta proyectada, debido a la guerra, no pudo realizarse, indemnizó a atletas y tecnitas pagándoles 200 talentos.[609] Al hablar de Cleómenes *el Joven*, que en esto era una excepción, se dice expresamente que todos los demás ejércitos helenos (es decir, de las ciudades) y reales (es decir, de los diadocos) iban acompañados por mimos, prestidigitadores y toda clase de hechiceros por el estilo, bailarinas y músicos ambulantes.[610] Ya indicamos que junto a este trajín iban toda clase de bribones, y que a Polibio le parecía ser el teatro el agente de la descomposición.[611] Aun con todo el respeto debido al sentido del arte, todavía muy alto, de los griegos, y teniendo en consideración las ventajas de que gozaba su espíritu, ahora completamente libre y vuelto hacia el mundo, para crear obras eternas en arte y poesía, no puede uno por menos de hacer constar que la producción artística del momento se había rebajado a ser elemento de mera diversión, y esto, además, en el sentido de una época muy corrompida. Para ello tenía un precedente fatal que pudo

«Cet article est très important pour l'armée et pour commencer à changer les meurs du pays».

609. Diodoro, xx, 108.

610. Plut., *Cleóm.*, 12. Sólo en una expedición a la región de Megalópolis, hizo representar Cleómenes obras teatrales por una «troupe» de artistas ambulantes, en un teatro instalado «ad hoc», poniendo un premio de 40 minas. Que se quedara presente todo un día como espectador, no lo hizo por sentir ganas de ver un espectáculo, sino para observar, en el país enemigo, una conducta particularmente altanera.

611. Cf. tomo III, p. 393. Aristóteles (*Probl.*, 956), se pregunta ya a qué se debía el que los tecnitas dionisíacos en general fuesen de baja moral, llegando a la conclusión de que con sus muchas otras actividades no tomaban parte en la de la ciencia (λόγου σοφία), y también, en parte, porque siempre se encontraban en la miseria, predisponiendo ambas cosas a la φαυλότης.

igualar en trascendencia a los efectos de las antiguas obras maestras, las obscenidades sobre los dioses, de la comedia media ática. Además, hay que tener en cuenta, especialmente para esta época, que en los países de los diadocos ya no se trataba de coregias en el estilo antiguo con sus competencias, sino del lujo de los cuarteles generales, Cortes y grandes capitales, cuyo criterio probablemente era predominantemente decisivo, así que lo que diletantes eruditos elaboraban en el antiguo estilo de la tragedia no pudo ya cambiar los gustos.

Nos gustaría saber hasta cuándo se mantuvieron en Atenas las Dionisias con sus representaciones trágicas tetralógicas y con los coros completos. Cuando la vieja institución ya no pudo realizarse con regularidad, porque las files ya no se encargaban de las coregias, algún bienhechor o un diadoco habría proporcionado, de vez en vez, los medios necesarios para una fiesta completa, pero hasta cuándo esto perduró con nuevas obras poéticas *ad hoc* es tan desconocido como todo lo demás de la historia de Atenas a partir de la mitad del siglo III.[612] Ahora, en cambio, fueron construidos teatros en muchos sitios, por toda la extensa parte del mundo gobernada por los diadocos y hasta por semibár-

612. Cf. antes, p. 325. Welcker supone que por lo menos hasta el año 268 debieron de celebrarse representaciones regulares. Según Luciano, *Dem. encom.*, 27, había cesado la representación de obras nuevas, pero las antiguas seguían representándose. Se mantuvo el sentimiento de que tenían relación con el culto, aunque no sabemos a qué tiempo se refiere la cita. Según Dión Cris., *Or.*, XIX, 487, se representaban en su época las antiguas comedias enteras (es decir, las obras de la comedia nueva); probablemente sobrevivían «par entreprise»; de la tragedia, en cambio, sólo se habían conservado las partes fuertes, es decir, el diálogo yámbico, y las partes más suaves (mélicas) habían desaparecido. Después del siglo II apenas se mencionan ya nombres de nuevos poetas. Todo lo más que se compone a veces son dramas para la lectura o declamación, y esto sólo en la Era imperial.

baros, o lo que lo eran en sus tres cuartas partes, como Tigranes en su Tigranocerta, del cual se sabe que para la inauguración mandó reunir a la fuerza artistas dionisíacos de todas partes;[613] se sobreentiende que ellos no sólo se empleaban en las representaciones dramáticas, sino también en toda clase de timélicas, es decir, músicas y de orquestas,[614] y aunque se daban también dramas, no se quiere decir con esto que se hubiese realizado una representación efectiva; éstas, en la mayoría de los casos, se abandonaban por falta de medios, contentándose probablemente con un conjunto muy reducido y limitado a representar las escenas más suntuosas, llevando un solo actor todos los papeles.[615] Donde y cuando se disponía de medios para ello, debieron de haberse mantenido o introducido de nuevo las representaciones completas de los distintos géneros,[616] y, sobre todo, para las Dionisias, que en todas partes se celebraban, debió de haber sido atractivo en grado sumo el ejemplo dado por Atenas en sus agones dramáticos.[617]

613. Plut., *Lucul.*, 29.

614. De paso recordaremos que el teatro también servía para celebrarse en él asambleas populares, juicios, etc. Con preferencia es el lugar donde se proclaman cambios de gobiernos, y así, por ejemplo, Demetrio Poliorcetes o Arato proclamaron tales cambios desde la escena. Plut., *Demtr.*, 34; *Arat.*, 8, 23.

615. Cf. tomo III, p. 340.

616. Es extraño que aún se celebrasen los juegos satíricos; quizá tenía esta forma una vida tan larga por disponer en ella el actor (respectivamente el autor de un coro local.

617. Welcker, en otro lugar, III, p. 1.296, menciona un sofisma cercírico, por el cual fueron contratados para las Dionisias tres auletas, tres autores trágicos y tres cómicos, pagándoles con los fondos de una donación hecha «ad hoc». Por Plut., *Arat.*, 53, nos enteramos que tecnitas dionisíacos actuaban en fiestas de conmemoración políticas, como la de Arato. En ella cantaban canciones al son de la cítara.

Los representantes principales del arte mímico en aquel tiempo eran los llamados gremios (σύνοδοι, κοινά) de los tecnitas dionisíacos, uno de los cuales tenía aún su centro de reunión en Atenas; los había que se llamaban según los dos lugares festivos Istmos y Nemea; otros, según Teos, o por el Naucratis egipcio, etc. Uno de los más importantes habrá sido el jónico de Teos, donde bajo la Era de Alejandro se había construido para el culto dionisíaco un santuario exquisito en estilo jónico, al mismo tiempo que el teatro; el gremio de artistas fundado entonces, con motivo de una revuelta en Teos huyó más tarde a Éfeso; después gozó de la protección especial de los reyes pergaménicos, y fue trasladada, bajo Atalo II, a Mionesos, encontrando, por fin, su sede definitiva en Lébedos. Aquí se celebraban anualmente, todavía en tiempos de Estrabón, reuniones festivas y agones en honor de Dionisos, y es muy característico que todas estas sociedades se adherían firmemente a este dios y mantenían relación con él. Tal gremio, con otros coordinados que tenían, desde luego, sus propios poetas dramáticos, poseía bienes, podía aceptar grandes legados, estaba exento de contribuciones, recibió de varias ciudades el derecho de ciudadanía, y en las guerras disfrutaba el privilegio de que ambas partes beligerantes debían respetarle, etc. A veces, como lo demuestra la ya mencionada historia de la inauguración del teatro en Tigranocerta, eran reclutados tecnitas dionisíacos en masa, y hasta Antonio hizo reunirse en Samos a todos los de los alrededores, cuando tuvo allí su cuartel general en la guerra de Accio.[618] Estas levas en masa, que ya se dan bajo los primeros diadocos, nos prueban que a menudo debía de tratarse de algo que estaba muy lejos de ser clásico.

618. Plut., *Anton.*, 56 y s., les dio luego Priene para οἰκητήριον.

Hasta dónde extendían los tecnitas sus viajes lo revela la conocida historia de Jasón de Trales, que había ido con su compañía a la boda del príncipe parto Pacoro con la hermana del rey armenio Artavasdes,[619] y cuando en el banquete cantó el papel de la 'Agaua, de *Las bacantes* de Eurípides, cambió la cabeza de Penteo con la de Craso muerto que acababan de traer; tal ocurrencia le valió, según dicen, un talento de recompensa. También en el Oeste encontramos tecnitas, y no sólo las compañías griegas se limitaban a actuar en Roma, sino que incluso, según una descripción de la Era imperial romana, *scaenici asiaticiani et qui in eodem corpore sunt,* se levantó en tal época, mientras vivían todavía, una sepultura para ellos cerca de Viena.

Entre las obras de los poetas antiguos que aún se representaban puede comprobarse, sobre todo, una poderosa supervivencia de las de Eurípides, en cuyo texto, según dicen, introducían los actores muchos añadidos y alteraciones; también Menandro, del que habla Quintiliano con entusiasmo, se representaría probablemente hasta muy entrada la Era imperial. Sin embargo, al lado del drama se introdujo cada vez más la pantomima, hasta haberle suplantado por completo en el siglo III después de Jesucristo, y así Libanio, en el siglo IV, la pondera como única ocasión en que el pueblo puede conocer los mitos antiguos, si bien él mismo menciona todavía verdaderos actores, que existían también en tiempos de Sinesio y Crisóstomo, al lado de los bailadores y pantomimos, y hasta incluso en Casiodoro.[620] Fuera de la literatura quedaba probablemente el farsante (ἠθολόγος), es decir, el representante bur-

619. Se dice de él que era autor de tragedias, discursos y obras históricas.

620. Cf. Welcker. En otro lugar, III, 1.317 y s.

lesco de un solo carácter, que en la mayoría de los casos improvisaba sus papeles, y que, a su manera, haría lo mismo que hizo literariamente Teofrasto, al recopilar en sus *Caracteres éticos* los distintos rasgos de un tipo.

Volvamos a tratar más detalladamente de la Filosofía, pues ello es lógico tratándose de una época en que los filósofos estaban en el primer plano de la escena y atraían constantemente el interés general. Con vigor notable perduraban las escuelas antiguas, y las nuevas que surgían también se mantenían; el mundo helénico en decadencia se preocupaba tanto de ellas, que el cambiar de escuela un hombre famoso causaba la mayor sensación: un tal Dionisio de Heraclea, que había sido discípulo de Zenón y que en edad avanzada se pasó a la escuela epicúrica, fue llamado desde entonces y durante toda su vida «el Cambiado» (μεταθεμενος).[621] Todo esto es inconçebible sin existir como condición previa un talento e inclinación enormes de la nación por la especulación, y sería interesante saber si los indios y los árabes, en este aspecto, pueden ser comparados con los griegos, y si sus filósofos y sectas filosóficas tuvieron tan notoria trascendencia en la vida como las de los griegos.

Esta época da la sensación de no igualar ya en la filosofía a Platón y Aristóteles, pero (a no ser que, como los escépticos, se desesperase de la verdad en sí y de que fuera cognoscible) se sentía la necesidad de constituir, utilizando eclécticamente los resultados anteriores, un sistema de verdad subjetiva y cierta, y de fundamentarlo dogmáticamente; al paso de esta necesidad salían, sobre todo, la Estoa y el Epicureísmo, ambos con la tendencia de subordinar lo teórico a lo práctico.

621. Aten., VII, 14.

El sistema estoico tiene un fundamento esencialmente panteísta. Su dios es la fuerza de la Naturaleza, que está sujeta a la materia y se pone de manifiesto en el desarrollo del mundo, y luego también la razón del Universo, un ser eterno, razonable, perfecto y bienaventurado. Éste aparece tan personificado y etizado en el himno de Cleantes, que al final resulta una especie de teísmo moralizador: él es la providencia (πρόνοια) que provee de todo y que cuida de todo, es el autor de la ley moral, el juez que recompensa y castiga, el Demiurgo; es decir, el moldeador y creador de las cosas.[622] Y para su existencia, tiene la escuela la prueba teleológica y la *ex consensu gentium*. Aquellas partes de la religión popular que no estaban a la altura del concepto estoico fueron abandonadas, dándoseles otro significado por la alegoría o la etimología violenta; así Zeus era el cielo; Hera, el aire; Poseidón, el agua; Hefesto, el fuego, etc., con lo cual la Estoa, por cierto, no hacía otra cosa que reconocer el abismo que mediaba entre ella y la religión popular. Esta doctrina elogia al mundo (nótese bien, no la vida en el mundo tal como era usual *de facto*), ya que él es el cuerpo de Dios, le llama idóneo y armónico; su forma de globo es la más perfecta, y lo imperfecto, lo bueno y lo malo no existen en sí, sino como condición del bien, porque ningún polo puede concebirse sin su contrapolo; sólo cuando se le observa por separado parece defectuoso, pero, visto en combinación con el conjunto, es conveniente y hermoso. El mundo, empero, tiene como sino el volver a Dios, como el fuego original, y esta vuelta es al mismo

622. Sólo en Epícteto se convierte el Demiurgo en el Creador, igual que estoicos posteriores acentúan la πρόνοια. ¿Hasta qué punto tiene razón Schopenhauer con su hipótesis de la influencia judía sobre la creación del concepto estoico de la deidad?

tiempo el principio de una nueva creación del mundo ἀποκατάστασις τοῦ παντός) que vuelve a repetirse un sinnúmero de veces.

Inconsecuentemente se introduce ahora en este sistema la libertad de voluntad del hombre y se caracteriza a la virtud como el bien más alto y único y como suficiente para la bienaventuranza. Sólo lo bueno moralmente es bueno, y lo malo moralmente es malo; lo intermedio es indiferente (ἀδιάφορον), y desde luego, no pertenece a los «bienes» (ἀγαθά), aunque se concedan importantes diferencias, reconociendo la riqueza, la salud, etc., al menos como aceptables o preferibles. Cuando esta virtud, según Cleantes, por su concepto abstracto se considera como imperdible y como unidad, ya que quien tiene una las tiene todas, sin querer se acuerda uno de aquel lema pietista: «no se puede salir de la Gracia», y es que los estoicos aparecen, efectivamente, de vez en cuando, como los pietistas del mundo antiguo en decadencia. Con la subordinación del individuo, que exige la Estoa, a la ley general del mundo, con su actividad correspondiente, con la conciencia de la propia sabiduría y primor y con el heroísmo moral, se combina también aquel rigorismo exagerado, que encuentra su expresión en la imagen del sabio estoico.[623] Esto se convirtió en un ideal irrealizable, pues la misma escuela tuvo que admitir que hasta los mejores sólo se iban acercando a él, pero como todo lo llevó hasta la exageración (a un *aut..., aut)*, acogiendo por un lado nada más a sabios y capacitados con la sabiduría y la virtud, y por otro únicamente a necios e inservibles, sucedía que, o quedaron estrictamente estos últimos,[624] o

623. Cf. tomo III, p. 517.
624. Con esta desesperación de llegar a ser un sabio, por lo menos en parte, estaría relacionada la licencia de cometer suicidios.

bien la doctrina decaía, puesto que todo era bueno sólo porque o cuando lo hacía el sabio en una indiferencia moral. La descripción detallada en todas las situaciones posibles, sobre todo su felicidad en medio del dolor, y otras paradojas por el estilo, provocaban en los de fuera aquel escarnio del que tenemos un ejemplo en la conocida diatriba de Cicerón contra Marco Porcio Catón.[625]

Las doctrinas estoicas del Estado no valían gran cosa, aunque, de hecho, precisamente los estoicos hayan tenido la mayor influencia sobre aquellas polis. Al ser Zenón teóricamente partidario de la abolición de toda separación entre los hombres en Estados y ciudades, y al solicitar que todos debieran ser conciudadanos y la Humanidad debía estar sujeta a una sola ley, el ciudadano del Citión semifenicio aparece frente al Estado concreto como el semita corruptor.

Aunque la Estoa haya sido insignificante como creación especulativa, sin embargo, fue importante durante siglos como modo de pensar y como semirreligión. Su propagación en la última parte de la Era diadoca fue extraordinariamente grande. Entre los discípulos famosos de Zenón no hubo, sin embargo, ni un solo ateniense, sino que todos eran de Chipre, de Heraclea Póntica, de Sidón, Alejandría, Cartago y Quío. Cleantes era de Asos y su discípulo, el famoso Crísipo, de Solos. Pero, en cambio, hubo también fuera de Atenas preceptores estoicos en Rodas, Apolonia, Pérgamo, Alejandría y Tarsos (de donde venía un número bastante considerable de estoicos), además que el estoicismo fue moderado y popularizado por Panecio (cerca del

625. Pro Murena, 29, 61. Cicerón, sin duda, no dice ni una sola palabra de Zenón que no sepa con certeza, pero en cambio recopila lo más paradójico.

año 150) y Posidonio (cerca del año 100) al relacionarlo con doctrinas platónicas y aristotélicas. Llegó a introducirse en Roma, y fue, gracias a sus cualidades, como ya hemos expuesto (p. 393, sig.) el sistema griego que más agradó a los romanos (y a los más destacados de ellos). Su aparición es, por cierto, el fenómeno de una época que estaba envejeciendo, es el conservar y reunir los elementos éticos que aún quedaban, la oposición contra la desintegración moral que amenazaba adueñarse de todo, una oposición que desde un principio tiene algo de brusco, de morboso y enfermizo,[626] pero ya era mucho que, a pesar de su fuerte oposición contra la época en la que surgía, lograra ocupar tal posición. Conviene, además, recordar las demás actividades científicas importantes de los estoicos, sobre todo su filosofía del idioma y su actuación gramática, fundamental a pesar de los tan mal afamados errores etimológicos.

Respecto al sistema de Epicuro, nos remitimos a lo dicho en la parte anterior de esta obra.[627] Más aún que la Estoa, recalca lo práctico. Según su criterio, todo el saber solamente tiene valor para conducirnos a la bienaventuranza. También procede más bien dogmáticamente, haciendo a sus discípulos aprender de memoria sus sentencias principales, redactando a este fin su sistema en forma de extractos, a los que la escuela se atenía luego firmemente y sin escisión en su dogma, contentándose con perpetuarlo; ello motivó que (excepción hecha de Lucrecio) no existan epicúreos famosos. Así como Zenón se había instruido en los representantes de todas las escuelas, también Epicuro procedía de un modo ecléctico. Su dogma de la bienaventuranza como finalidad la más alta de la vida procedía

626. De este modo Wagenmann, en *Pauly*, VII, p. 1444.
627. Tomo III, p. 528 y s.

de la escuela cirenaica de Aristipo,[628] del cual, sin embargo, difería en que no era el goce físico lo que declaraba ser más sublime, sino el bienestar interior (que, sin embargo, como la desgana, depende del estado físico) y en que no se refería al goce momentáneo, sino al bienestar de toda la vida. También la física, cuyo estudio recomendaba no por interés científico, sino en cuanto contribuya (sobre todo por la liberación de aquel concepto terrible de la Naturaleza y del Tártaro) a la bienaventuranza, la había sacado en su mayor parte de Demócrito. Respecto a sus dioses, había quien no creía hablara de ellos en serio, sino que al conservarlos lo hacía queriendo evitar disgustos;[629] también puede suponerse que su predilección griega por lo bello le haya impedido pasarse sin ellos. Sus dioses viven en las llamadas μετακόσμιαι, en la delicia y tranquilidad más perfectas, no ocupándose en gobernar al mundo (también la deidad estoica no entra en ninguna relación causal con la actuación del hombre, y los dioses sólo se regocijan como espectadores en el espectáculo

628. De paso mencionaremos aquí los tres representantes principales de esta escuela, que tenía como lema común que nada era bueno o malo por naturaleza, sino sólo según las leyes y costumbres; un hombre honesto, por respeto a las leyes prohibitivas existentes y a la opinión pública, no cometería nada que fuera ilícito. Son ellos los discípulos de Hegesias, Anicerio y de Teodoro. Anicerio, por lo menos, conservaba aún las principales sensaciones: amistad, buena voluntad, piedad hacia los padres y patriotismo, mientras que el sectarismo de Hegesias lo hace todo sólo por su propia persona, y Teodoro sostenía decididamente que el sabio no necesita amigos, y que era razonable no se sacrificara por la patria, puesto que no debía perderse la razón para acudir en ayuda de los que no la tienen. Hegesias y Teodoro vivieron (por lo menos durante algún tiempo) bajo Tolomeo Lago en Egipto.

629. Cicerón, *De Nat deor.*, I, 30, 85; *Vides nonnullis videri Epicurum, ne in offesionem Atheniensium caderet, verbis reliquisse deos, re sustulisse.*

que da la sufrida Humanidad), siendo el sabio epicúreo, con su ἀταραξία, su más fiel retrato. Por un lado, se quejaban con razón sus adversarios de que los epicúreos se sustraían excesivamente al mundo exterior, sobre todo al Estado,[630] y Epicuro había llegado, con sus amonestaciones, a vivir en la soledad (el λάθε βιώσας),[631] en el polo opuesto de la antigua aspiración que anhelaba distinguirse constantemente frente a los demás (el αἰὲν ἀριστεύειν); pero si, por el otro lado, vemos su gran estimación de la amistad como condición principal de toda alegría y conveniencia de la vida, y observamos cómo esto se amplía hacia una benevolencia general, y se establece el lema de que hacer el bien es más agradable que recibirlo, no puede negarse el carácter humanitario de la ética epicúrea, y sin duda se nos presenta con ella de nuevo el puro espíritu griego.

En fin, diremos que surgió, aunque por poco tiempo, el escepticismo de Pirrón, que había tomado parte en

630. Plut., *Non pose suai vivi* (17), llama la vida de los epicúreos una βίος ἀνέξοδος καὶ ἀπολίτευτος καί ἀφιλάνθρωπος καὶ ἀνενθουσίαστος. En el mismo escrito se queja (13) también de Epicuro, aunque él mismo había llamado al sabio amigo de representaciones artísticas (φιλοθέωρος), diciendo que se alegraba como cualquier otro de lo que en las Dionisias se podía ver y oír, y que en el simposio no dejaba margen para conversaciones sobre música o crítica literaria, sino que favorecía o toleraba conversaciones militares y hasta burlas. Dice que Epicuro iba al teatro temprano, para escuchar a citaredos y flautistas, pero cuando alguien en el simposio hablaba sobre cuestiones de música, aunque fuera tan prestigioso como un Aristógeno, o Aristófanes de Bizancio o Teofrasto, se tapaba los oídos con ambas manos. Por ende, se distinguirían mucho las conversaciones de mesa de los epicúreos de las de otros sabios; se conoce que tenían aversión a hablar sobre música o pesía. *Ibíd.* (12) se reprocha el desprecio de la poesía antigua, sobre todo al discípulo favorito de Epicuro, Metrodoro.

631. Según Hésico, aquella amonestación era de Neocles, hermano de Epicuro.

la expedición de Alejandro a la India y que más adelante vivió como filósofo en Élida (por lo tanto, no en Atenas). Como en la Estoa y Epicuro, también en él prevalecía el interés práctico, y la bienaventuranza, que igualmente era su meta, la vio como Epicuro en la ataraxía. Lo curioso de su tendencia es la ruptura del sujeto con el mundo objetivo y la renuncia de todo juicio objetivo, así que, como la percepción por los sentidos y los conceptos no son más que juicios subjetivos, de toda sentencia puede igualmente pretenderse lo contrario,[632] por lo que la bienaventuranza tiene como condición previa el abstenerse absolutamente de todo juicio (ἀφασία). Hacia esta escéptica, algunos de cuyos rasgos recuerdan también a los sofistas del siglo v, se inclinaba igualmente la escuela platónica tardía, o sea la Academia media y nueva. Cuando Arquesilao, y más adelante Carnéades, derribaron la teoría estoica del conocimiento, se limitaron a la verosimilitud (πιθανότης) como criterio práctico para las acciones.

Hemos visto anteriormente[633] el odio que se tenían las escuelas, siendo casi éste el único fanatismo verdadero de aquellos tiempos, y también cómo aquel celo y fanatismo que recuerda las luchas religiosas siguió en pie hasta bajo los romanos, quienes estudiaron afanosamente los antiguos filósofos. De todos modos, es extraordinario en sumo grado que la tradición de tantas escuelas sobreviviera tantos siglos, manteniendo sus contrastes y matices, hasta que finalmente el neoplatonismo vino a absorberlos en su mayor parte.

Echemos por fin una ojeada sobre la situación de los filósofos en la vida. Hemos visto,[634] que al lado de los

632. Cf. la frase de Pirrón: οὐ μᾶλλον οὕτως ἔχει τόδε ἢ ἐκείνως en Gelio, XI, 5, donde todas estas dudas ilimitadas son ilustradas en todos los demás aspectos.
633. Tomo III, p. 524 y s.
634. Cf. p. 424 y s., y tomo III, p. 494.

diadocos y heteras eran casi las únicas celebridades de la época, y que con el declive de los diadocos, que ocasionó también el de las heteras, quedaron absolutamente sin competidor en cuanto a celebridad se refiere. Vamos a considerarlos primeramente en sus relaciones con los diadocos. Éstas tenían sus precedentes en las tres invitaciones de Platón por los Dionisios y en las relaciones de Filipo y Alejandro con Aristóteles. Alejandro, más adelante, tuvo en su séquito, en Asia, a Calístenes, un hombre extremadamente altanero.[635] El que también como preceptor (ἐπι σοδία καὶ παιδεύσει) le acompañase Anaxarco, fue otro precedente fatal para la Filosofía en las Cortes, porque fue él quien se encargó de consolarle por medio de la más burda adulación, aunque en forma de reproche, después de haber hecho matar a Clito.[636] Bajo los diadocos, que necesitaban urgentemente «material humano» griego, andando «a la caza» de celebridades,[637] era fácil que al lado del funcionario, soldado, actor, etc., el filósofo llegara a desempeñar un papel relevante. Puesto que estos reyes, al igual que los tiranos italianos del Renacimiento, no estaban rodeados de un séquito de aristocracia de sangre, gozaban completamente de libertad para la elección de sus amistades, y cuando los más geniales de ellos realmente sentían este deseo, podían sin trabas entablar relaciones con filósofos helenos, que generalmente eran también oradores, y en los que se disponía, por decirlo así, del

635. Cf. p. 204.

636. Arriano, v, 9, 7; 10, 6; 11, 1. Ulut., *Alex.*, 52, cómo instigaba al rey a hacerse presentar en la mesa las cabezas cortadas de reyes y sátrapas, lo que Alejandro a veces le echaba en cara; cf. Aten., vi, 57.

637. De Cleómenes expresamente afirma Plut., *Cleóm.*, 13, que no obraba como otros príncipes, los que ἐπὶ τοὺς ἀνθρώπους θήρας ἐποιοῦντο χρήμασι καὶ δωρεαῖς δελεάζοντες αὐτοὺς καὶ διαφθείροντες.

espíritu griego *in nuce*. Tolomeo Lago fue en busca de ellos, como ya hemos visto,[638] y puede creerse, en lo que de él se relata, logró atraerse, después de la toma de Megara, a Estilpón; le ofreció dinero y le invitó a irse con él a Egipto, a lo que el filósofo accedió en parte, negándose a acompañarle y retirándose a Egina hasta que Tolomeo se hubo marchado.[639] Uno de los Tolomeos también mandó que se le dieran informes sobre Zenón, y en la Corte de Filopátor, aunque el solicitado Crísipo, que no dedicaba ninguna de sus obras a rey alguno, dejó la invitación sin contestar, permaneció, sin embargo, su discípulo Esfero, que, según parece, había llegado a Egipto como consejero del espartano Cleómenes. Más que ningún otro, sentía este vivo deseo por la filosofía Antígono Gonata, que en general es elogiado por sus inclinaciones científicas. Cada vez que iba a Atenas visitaba a Zenón, al que además apreciaba por sus dotes de compañero en los banquetes, y se interesó repetidas veces por Cleantes; debido a una recomendación de Zenón, colocó al estoico Perseo como preceptor de un hijo suyo bastardo y como consejero político, cargos que debió de haber desempeñado a satisfacción, puesto que más adelante fue nombrado gobernador militar de Acrocorinto.

Probablemente en aquel entonces los estoicos se presentarían, a veces en las Cortes de los reyes como preceptores de los príncipes y hasta como «consejeros de conciencia» con su casuística, al igual que luego en otras épocas habían de hacerlo los jesuitas. También

638. Cf. p. 460.

639. Diógenes Laerc., II, 12, 4, donde también se relata cómo Demetrio, después de la conquista de Megara, mandó vigilar su casa, queriéndole restituir lo robado (por supuesto en un saqueo anterior), a lo que dijo el filósofo que no había perdido nada de sus «bienes», impresionando a Demetrio de tal modo, que fue a escuchar uno de sus coloquios.

es verdad que estas relaciones fueron frecuentemente exageradas, en el sentido que más les convenía, por los filósofos vanidosos que se apresuraban a aceptar tales ofrecimientos o por sus aduladores, y nos inclina a dar tal opinión el caso de Antígono y de Zenón, pues la carta conservada en Diógenes Laercio (VII, 1, 8), en la que el rey ruega al filósofo «ser no sólo su preceptor, sino el de todos los macedonios juntos», es evidentemente una exagerada falsificación, que prueba solamente los humos despreciables de los filósofos.[640] Aunque entonces, sin duda, se citara frecuentemente el verso de Sófocles[641]

Sabio es el monarca al que rodean sabios,

las relaciones en general de los diadocos con la Filosofía llegaron a tal extremo que se la exigía sirviera de mero pasatiempo al lado de las demás orgías, tolerando y hasta deseando que en los banquetes los filósofos mostrasen aquel simulacro de independencia que practicaba Anaxarco frente a Alejandro, pero haciéndoles a veces objeto de escarnios.[642] Así, no puede suponerse haya animado a Lisímaco ninguna intención formal cuando cierta vez desterró a todos los filósofos de su reino, y cómo el anfitrión del *Convivium,* de Luciano, invitó juntos a un simposio personas como el ateo Teodoro y la cínica Hiparquía.[643] También se dio el caso de que por habladurías de un filósofo, a quien algún poderoso no quería tolerar, se permitiera agravios,[644]

640. Esto está demostrado por Unger, *Münchner Sitzungsber.*
641. En Nauck, fr., 13.
642. Aten., XIII, 92.
643. Diógenes Laercio, VI, 7, 3. Cf. tomo III, p. 510 y s.
644. Así ocurrió en una historia que Diógenes Laercio, II, 18, 4, relata de Nicocreón, potentado de Salamina, en Chipre, y de Menedemos.

como el epicúreo Diógenes frente al rey Alejandro Balas en Seleucia: aquél, un difamador malicioso, había solicitado y recibido del rey, que personalmente era partidario de la Estoa, un traje purpúreo y una corona áurea con la imagen de la Virtud, de la que pretendía ser su sacerdote; habiendo más adelante regalado estas prendas a una actriz, fue amonestado públicamente en un simposio de filósofos y gente distinguida.[645] Probablemente tales actos constituían, como en las relaciones de los diadocos con sus «parásitos», una parodia de la vida griega en dimensiones mayores; a veces invitaban a los filósofos, valiéndose de la violencia para traerlos y de malos tratos para retenerlos, y si causaban un desagrado extralimitado, tal vez se procediese de forma sumaria contra ellos. Antíoco VI, hijo del mencionado Alejandro (que realmente fue un príncipe orgiástico y en ocasiones hasta cruel), mandó ejecutar al susodicho Diógenes por su mal hablar intolerable, y probablemente es también aquel Seléucida el que, como antes Lisímaco, expulsó a todos los filósofos de su reino, amenazando con la horca a sus discípulos y con la desgracia a sus padres.[646]

Respecto a la actuación de los filósofos en la vida pública fuera de los Estados diadocos, a su apartamiento del Estado, sigue ahora, por fin, una época de intervención multiforme en los asuntos públicos, pero en un sentido muy diferente del de los platónicos del siglo III. La causa de esta aproximación a los asuntos del Estado puede provenir de que, al extinguirse en aquellas ciudades decadentes las otras personas de prestigio (estadistas, estrategos, etc.), se ponía automáticamente en el primer plano aquel que todavía era capaz de tratar algo

645. Aten., V, 47.
646. Aten. XII, 68.

con continuidad. En este sentido habrá que dar a la palabra «filósofo» un significado más amplio, que significa, sobre todo fuera de Atenas, no el representante verdadero de ciertas escuelas filosóficas, sino una expresión vaga, que abarca también a rétores y gente de las más diversas clases que se ocupaban a su modo en el sentir intelectual y que adoptaba el matiz de alguna que otra secta.

Sobre todo, los estoicos estaban en actividad política en aquella Grecia. La utopía de Zenón, en el fondo no había sido más que un radicalismo cosmopolita bastante simple.[647] Pero después se entrometió su escuela en toda clase de constituciones, puesto que con aquella distinción barata en sabios y necios era posible meterse en todo. En Atenas, que seguía siendo la sede principal de los sistemas filosóficos,[648] donde tenían su local en la estoa Pecile, que había vuelto a recobrar prestigio gracias a ellos,[649] el viejo Zenón tiene que haberse hecho acreedor de méritos por su intercesión cerca del victorioso Antígono Gonatas en la guerra cremonideica, al igual que anteriormente Crates cerca de Demetrio Poliorcetes. Se le entregaron entonces las llaves de la ciudad, honrándole con una corona áurea y

647. Cf. especialmente Plut., *De fort. Alex*, I, 6.

648. Cómo Pirrón evitaba a Atenas, cf. p. 490. De paso se ha relatado aquí una historia de Diógenes Laercio, II, 10, 5, que ilustra la vanidad de los filósofos: El elio Elexino, que en un principio pertenecía a la escuela megarense, se fue a Olimpia, filosofando allí. Cuando sus discípulos le preguntaron el porqué de tal traslado, les dijo que pensaba fundar una secta que se llamaría «la Olímpica» (ello indudablemente sólo por la propaganda que daba aquel nombre), pero como su auditorio tenía dificultades de manutención y veía que la región era insalubre, se fueron de allí dejando en Olimpia a Alexino, que seguía viviendo solitario, acompañado de un esclavo suyo.

649. Cf. tomo III, p. 486.

una estatua de bronce.[650] Al lado del espartano Cleómenes encontramos también al ya mencionado Esfero, un discípulo íntimo de Zenón, del cual se dice que alentó el alma del joven para tomar decisiones atrevidas. La estoa fácilmente llevaba hasta la temeridad los caracteres ardientes.[651] Junto con Tiberio Graco desempeña más tarde un idéntico papel el estoico Blosio de Cumas.[652]

De cuando en cuando también aparecen los filósofos en convenios y conspiraciones dirigidos contra los tiranos. Abántidas de Sicione es acuchillado por los discípulos del dialéctico Aristóteles y de un tal Deinías.[653] Contemporáneos fueron, según Plutarco,[654] los académicos Ecdemo y Megalófanes de Megalópolis, compañeros antes de Arquelisao en la Academia, quienes aplicaron la filosofía a la política práctica. Ellos fueron los que libraron a su ciudad natal de la tiranía de Aristodemo (por lo demás, excelentemente), atentando en secreto a sus asesinos. Asimismo ayudaron a Arato para la expulsión del tirano siciónico Nicocles y restablecieron en Cirene, desorganizada por sus disturbios interiores, la situación legal, teniendo también el mérito de haberse encargado para bien de Grecia de la educación de Filopemen, que había quedado huérfano muy joven, una vez que hubo salido de los años de su niñez.[655] Atenas, empobrecida hasta la miseria, mandaría al Senado romano, con motivo del saqueo de Oropos, al académico Carnéades, al estoico Diógenes y al peripatético Crito-

650. Cf. los informes de Unger en otro lugar. De Crates, cf. p. 247.
651. Plut., *Cleóm.*, 2.
652. Plut., *Tib. Grac.*, 8, 17, 20
653. Cf. tomo I, p. 275 y s.
654. Filopemen., I.
655. Cf. p. 336.

lao, para que consiguiesen una rebaja en la sanción, probablemente porque esto no le costaba nada, y además porque, de no ser ellos, nadie hubiera conseguido nada. Según Gelio, no sólo se presentaron ante el Senado, donde Cayo Acilio fue su intérprete, sino que, además, cada uno lo hizo a su manera en numerosas reuniones, lo que provocó las iras de Catón.[656]

En medio de todo hubo aquí y acullá, y desde luego también en Roma, expulsiones de epicúreos. En Mesena, donde esta secta hubo de tener partidarios (existe entonces hasta un epicureísmo que llaman «laconio»)[657] recibieron un buen día la orden de cruzar las fronteras del Estado antes de la puesta del Sol, mandando después los *timucos* (como eran llamados allí los arcontes) purificar los templos y toda la ciudad. De la misma manera expulsaron los litios en Creta a algunos epicúreos que allí había, como representantes de una filosofía afeminada y vergonzosa, y como enemigos de los dioses, declarando que si alguno volviera sería encerrado durante veinte días en la canga, delante del Ayuntamiento, untándole de miel y leche para que le comiesen abejas y moscas, y si aún después de esto viviese, se le arrojaría con vestidos de mujer por un precipicio.[658] Es difícil suponer la existencia de tales hechos sin haber sido causada una importante agitación por parte de los estoicos.

Pero volviendo sobre la actuación política de los filósofos, hay que mencionar que ellos y los rétores desempeñan de cuando en cuando, hasta en la Era romana, el papel de demagogos. Aquel Aristión, que persuadió a los atenienses, al acercarse Mitrídates, se uniesen a él, ejerciendo una atroz tiranía, hasta que

656. Cf. p. 394 y s.
657. Demetrio el Laconio, Estrabón, XIV, 2, 20, p. 658.
658. Eliano, fragm., 39, *V. H.*, IX, 13.

Sila la derribó, era un epicúreo, que anteriormente se había hecho rico con sus enseñanzas en Mesenia y Tesalia.[659] El rétor Hibreas, discípulo del sofista Diotrefes, y el rétor Zenón de Laodicea lograron, en tiempos de Antonio, persuadir a sus ciudades para que resistiesen a Labieno, que invadía el Asia Menor con sus ejércitos partos.[660] En Seleucia, en el Calicadnos, había un peripatético, Ateneo, de quien se dice gobernó su ciudad bajo Augusto y estuvo complicado en la investigación por la conspiración de Murenas, aunque fue absuelto.[661] También de un anterior preceptor estoico de este mismo emperador, Atenodoro, se dice que liberó a Tarsos de la demagogia del poetastro Boeto. Su sucesor en la dirección de la ciudad fue un académico, que también había sido preceptor en la Casa imperial.[662]

El que tanto sepamos de esta gente se debe al gran interés que tomaron los romanos por la filosofía, y así, Estrabón trata de todo rincón donde nació algún filósofo, escribiendo su obra para instrucción de los romanos, como más tarde Diógenes de Laerta la suya. También Cicerón conocía gran número de filósofos y se interesaba por sus estudios. En Atenas, donde todavía en tiempos de Luciano vivía un gran número de ellos en las distintas sectas, se tenían sus jardines por curiosidades que se visitaban en los viajes. En Italia, el gran número de bustos de filósofos que se han conservado, aunque no pueden identificarse en cada caso, y que, a juzgar por su valor artístico no muy considerable, eran probablemente hechos en serie para las bibliotecas y palacios, demuestran la importancia que habían adquirido en la vida romana. Puede incluso

659. Apiano, *Mitr.*, 28, Aten., v, 48.
660. Estrabón, xiv, 2, 24, p. 660.
661. *Ibíd.*, 5, 4, p. 670.
662. *Ibíd.*, 5, 14, p. 674 y s.

ser que haya habido aquí muchas más esculturas de filósofos que en la misma Grecia.

Con esta referencia a la supervivencia de la filosofía griega en Italia, que estaba destinada a ser para nosotros la mediadora del espíritu griego, damos por terminado este modesto esbozo que hemos podido dar de aquel fenómeno de enormes proporciones que representa el desarrollo del hombre helénico.

ÍNDICE

Páginas

Páginas

Páginas

Páginas

Páginas